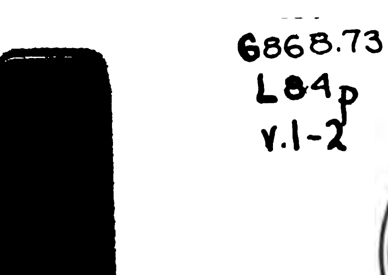
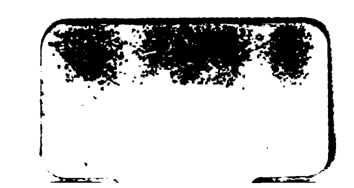
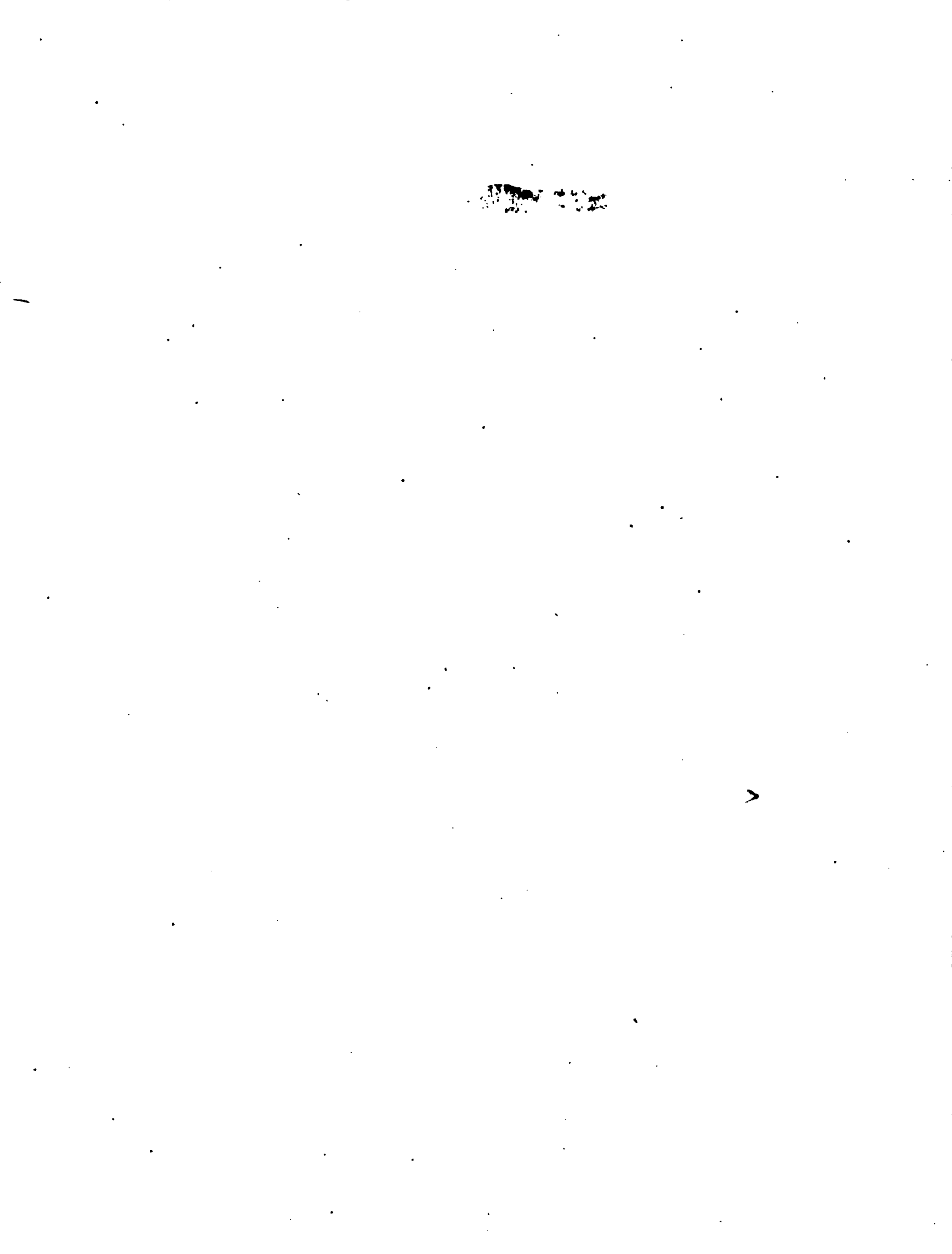





6868.73
L84p
v.1-2


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS





POT POURRI.

Colección de artículos literarios y humorísticos; Morales, Filosóficos, Críticos, Biográficos, Discursos, Peroraciones, Viajes, Costumbres, Revistas, Novelas, Dramas, Comedias, Soliloquios teatrales

POR

QUERUBIN.

(JESUS F. LOPEZ.)

AL BELLO SEXO DE AGUASCALIENTES EN TESTIMONIO DE GRATITUD.

TOMO PRIMERO.



AGUASCALIENTES.

IMPRENTA DE EL AGUILA.—PRIMERA DEL OBRADOR NUMERO 20.

1897.

ADVERTENCIA.

Estas cartas, que no se han publicado, las recogerá la historia como un justificante que enaltece la piedad del bello sexo de Aguascalientes, y la de la Sra. Josefa Peña de Bazaine.

Exma. Sra. Dª Josefa Peña de Bazaine.

León de los Aldamas, Abril 28 de 1866.

Señora.

El día 10 de Febrero del año presente fuimos condenados, por una Corte Marcial francesa en Aguascalientes, á sufrir la pena del último suplicio los tres primeros signatarios, y á cadena perpetua los dos últimos.

La sociedad de aquella Capital especialmente, y con una solicitud grande el bello sexo, se empeñaron en impetrar para nosotros el indulto; hubo el acierto de escogeros como medianera, interponiéndose á vuestro lado entre las víctimas y un patíbulo que levantaba, más que el rigor del Código militar francés, la ceguedad y la desconfianza injustificables.

Vos, señora, alcanzasteis nuestro perdón. A impulsos de un corazón sensible habeis mostrado, una vez más, que la compasión hacia el que sufre es la parte angélica de vuestro sexo.

Considerad, señora, cual será nuestra gratitud si al acariciar á nuestros hijos recordamos que todo os lo debemos: desde el fondo de nuestro calabozo no cesamos de bendecir vuestro nombre, y de rogar al Sér Supremo derrame sobre vos inacabables dichas.

Todos los sentenciados, ya sea para implorar clemencia ó para reclamar justicia, hablan de su inocencia con encarecimiento: nosotros no queremos seguir ese sendero al dirijiros nuestro voto de gracias. Cuando calme la tempestad de las pasiones; cuando el tiempo y la abnegación hagan olvidar los agravios de la guerra civil, entonces sabreis, señora, si vuestros protejidos de hoy han sido culpables, ó si víctimas nada más de la calumnia. En uno ó en otro caso resplandecerá como el sol vuestra acción generosa, propia únicamente, digna sólo, del corazón de una mexicana.

Tened la bondad, señora, de admitir estas líneas como el testimonio de nuestra gratitud, y de transmitirla también al Exmo. Sr. Mariscal Bazaine.

Señora.

Jesús F. López.—Diego Perez Ortigoza.—Jesús Hernández.—Valente Arteaga.—Félix García.

Al Sr. Teniente Coronel Brincourt.

Cuautitlán, Mayo 12 de 1866.

Señor Coronel.

Al llegar á nuestro destino, y al separarnos de vos, acaso para siempre, es nuestro deber daros las gracias por el buen trato que de vos hemos recibido.

Hay un título, señor, que enaltece al hombre más que el de valiente; ese título es el de humano; vos señor, habeis sabido adquirirlo dignamente. ¿Qué hubiera sido de nosotros si no hubiéramos sido á nuestro destino y á vuestras órdenes conducidos? Los nombres de Barthesse y de Brincourt nos serán siempre queridos, como lo serán también de nuestros hijos. Llevad, señor, en esta carta la expresión sincera de nuestra gratitud, y las últimas frases de despedida de los prisioneros de Aguascalientes.

Jesús F. López.—Diego Perez Ortigoza.—Jesús Hernández.—Valente Arteaga.—Félix García.



A LOS LECTORES.

Al salir á luz por primera vez una obra literaria, es de moda que le preceda un juicio crítico formado por persona acreditada en las letras: en él se hacen resaltar las bellezas que contiene la obra; se analizan los pensamientos; se ponen en relieve las imàgenes, como previniendo al lector que no debe juzgar desfavorablemente de lo que en el libro lea, si no quiere caer en la nota de temerario: ¿Quién se atrevería entonces á gesticular una mueca mostrando desagrado? ¿quién serà tan audaz que no secunde el parecer del panegirista?

Siempre he creído que tales prefacios no forman iglesia; que se consideran en general como la campanilla de los apuros que se repica, para que un acomedido sirva al autor de lazarillo y lo guié en la ruta de la publicidad. ¡Dichoso el novel escritor que cuenta con un amigo sincero y un protector decidido que le haga la olla gorda ò que le diga la verdad! Si con frecuencia un título ingenioso salva una obra de un fracaso ¿qué será si antes de salir el santo á la procesión ya se le hace percibir el sagrado olor del incensario? ¿No obstante, ¡cuàntos autores han existido á quienes acólitos inexpertos pegan en la cara con él!

El autor de este libro no ha repicado la campanilla de los apuros, ni ha suplicado á sus amigos que le ayuden á bogar contra las olas; sale á zumbar como los tàbanos, y á volar libremente por esos mundos; ojalá y pudiera siquiera imitar al cocuyo ó à la luciérnaga á quienes se les admira porque se anuncian con una luz fosfórica demasiado simpática.

Para imprimir esta colecciòn no se ha consultado à nadie

ni se ha sujetado à censura; temiò el autor que le sucediera hoy lo que le aconteciò en otro tiempo con sus primeros escritos; era jóven y le desvelaba el anhelo de adquirir renombre.—"¿No seré yo—decía-el embriòn de un La Rosa, de un Payno, de un Zarco?

Se atreviò à escribir; màs aún; se atrevió á mostrar el primer pujo de su cacumen à un notable escritor para que se dignara leer y echar un remiendo à "un pequeño mamarracho;" así llamaba humildemente á los regüeldos de una musa retozona. A los ocho días recibió la correcciòn del buen literato: puso con toda calma y severidad una regla de esquina à esquina del papel escrito, y tiró con garbo y desenvoltura líneas de tinta en forma de *equis*. El censor había leído los primeros renglones, y encontràndolos malos, corrigió el resto de una sóla plumada y de una manera radical. Fué severo, y divisando las columnas de Hércules, escribió allí aquellas palabras aterradoras *Non plus ultra*: yo encontré también realizada la fábula que revela la existencia de las vacas de Gedeón que se alimentaban con carne humana.

Este desengaño no fué suficiente á matar en el autor la comezón de adquirir gloria. Habìa heredado de su padre la afición á la literatura, pero nò su buen gusto; se deleitaba en leer los entremeses de D. Ramón de la Cruz, y á su padre sòlo le gustaba la tragedia griega. Todos, todos contrariaban su vocaciòn; ¿podría sobrevenirle mayor desgracia?

Su abuelo, que le tenía un amor entrañable, se recomendaba entre otras grandes virtudes, por su sensatéz; el autor imaginó que estarìa satisfecho y haciendo pavos reales por tener un vástago, un pimpollo con retoños literarios; pero languideció su ilusión al oirle referir al Cura de su pueblo cosas estupendas, que lo dejaron boquiabierto hasta el sofoco: le decía con fervor y con acento dolorido:

—Señor Cura; rogué á Dios con encarecimiento que no me diera un hijo ladròn, y me lo concedió: le rogué que no me diera un hijo borracho, y me lo concedió: le rogué que no me diera uno pendenciero, me lo concedió: le rogué que nò me diera una descendencia poseìda de vicios pecaminosos, y también hasta ahora me lo ha concedido, porque Dios Nuestro Señor fué muy complaciente conmigo. ¡Còmo se me olvidó suplicarle que no me diera un hijo literato! y por castigo de

mis negros pecados; me lo ha dado; sí señor, me lo ha dado. Huyendo del perejil..—Y se golpeaba la frente.

¿A quién podría el que esto escribe volver sus tiernos ojos que alentara su esperanza? Jamás esperó ser un genio en la literatura ó en el periodismo, y no aspiró á merecer alguno de esos lauros que no marchita el odio ni la envidia: sólo aspiraba á ser un gacetillero de tres al cuarto, que es el último de los escalones de la carrera periodística; tal era su deseo, así como existe, en los que siguen la carrera monástica, una vocación de lego; sòlo deseaba separarse del vulgo para escupir en rueda con la flor de la alta categoría. Su error fué creer que era màs expedito para conquistar medios de bienestar el sendero de la literatura que el del trabajo corporal.

Nadie está contento en el estado en que Dios lo coloca: aprendió bien en su juventud, à la perfección, y era lo suficiente para vivir con holgura, solo dos cosas; á curtir pieles y á sembrar trigo. ¡Còmo Dios permitió desviar sus pasos para invadir la órbita en que giran esos astros de la literatura! Profesión nula en nuestro país, que no dá qué comer, ingrata y sin títulos, cuyas glorias dependen màs bien de los ·alzones de cola que otros colegas dan si pertenecen á la sociedad de elogios mútuos, que de los propios merecimientos. Un discurso parlamentario en que se grita y en que se manotea, como en los sermones de predicadores presuntuosos; un artículo incendiario en que se ponga al Gobierno como chupa de dómine; un epigrama incisivo contra un Ministro, forman el pedestal de una reputación política. No es difícil llegar à la cúspide del templo; pero sí lo es sostenerse en ella apuntalado sólo por el crédito adquirido. El único bien positivo que se adquiere en cultivar la literatura, es el de dragonear como tribuno en el parlamentarismo, ó el de ilustrar las cuestiones políticas como periodista. El renombre literario, la fama de poeta, son un sambenito que se lleva colgado; unos versos perversos ponen de manifiesto la pobreza del ingenio. Ver nuestro nombre impreso en letras gordas, era lo que el autor deseaba para satisfacer la pueril vanidad, cuando sòlo tenía veinte años.

Fué comisionado alguna vez por un club patriótico para ser el loco-mòvil de unas elecciones, y diò principio á sus trabajos con la publicación de un periódico independiente y liberal, los carteles, con letras gordas, anunciarían la aparición de

VI.

"*La Balanza de Astrea.*" El título fué meditado y discutido; era grato, insinuante, de elevados atributos; era un magnífico programa, cuyas tendencias civilizadoras podrían adivinarse. Jamàs la justicia tuvo adalides más hidalgos. Se iba á desplegar el velo que cubría el porvenir y á ponerse el talento de los redactores en tela de juicio; la redacción se encerraba en uno sólo, sí; uno era el jefe de ella; es decir, el jefe de sí mismo; el subscrito, el Cesar: Jefe sin soldados; Prior sin frailes; Señor sin moros. ¡Qué gloria es despacharse con cucharón! El nombre del autor se exhibiría con letras grandes; en su vida las había visto más gordas.

Dichoso el que piensa, el que discurre, el que escribe: màs dichoso el que sabe leer. Millares de ojos se fijaràn en el cartel y sabrán que tiene que salir á luz, haciendo ruido, la balanza que Astrea tiene para pesar la justicia. La primera visita fué á la imprenta y allí palpó el autor que *tiraban*, es decir, que imprimían, grandes cartelones; allí estaba gravado en letras negras y visibles el nombre de Querubin y el del General H. que era el gran Pelasgo del Partido liberal, y que por sus honrosos servicios era el gran Candidato.

Contenía y disimulaba las emociones. El cartelonero informó que no respondía si el viento ó los muchachos arrancaban los cartelones, porque el Administrador de la imprenta había introducido economías mal entendidas; ya no pagaba el alquiler de una escalera, y había retirado los veinticinco centavos que se destinaban á comprar harina para el engrudo, substituyendo el gasto con un centavo para *atole acedo.*

Lamentando esas economías, el Jefe de redacciòn se lanzò á la calle à esperar el momento supremo. Al fin en la esquina se fijò el primer anuncio y le raspaba distinguir su nombre embadurnado con *atole*, crema muy ligera que se hace con horchata de maìz bien recocida: esperó, dando la espalda al aviso, á que el papel estuviera bien restirado y adherido á la pared. Un granuja fué el primero que fijó sus ojos en aquellas letras, y leyò silabeando el simpático título. "La..la.. Bal-naza....la Balnaza de Austria."

Amostazado por tan singular lectura preguntó al chuchumeco dónde lo enseñaron á leer.

—En la escuela de Cristo—contestó muy orgulloso.

—Pues ve á decir á Cristo que te vuelva tu dinero, porque no sabes leer. Dice: "La Balanza de Astrea."

Rectificando el chico la lectura, lanzò al viento un silbido, y exclamò:

—Usted es el que no sabe leer; que Cristo le devuelva su dinero.

. Y emprendió la fuga temiendo que yo le suministrara un bastonazo. Yo leí deletreando, y persuadido de que el granuja tenia razòn emprendí mi marcha para la imprenta, furioso, como agua para chocolate, y me encaro con el Director, llevándolo ante los carteles.

—¿Cómo dice ahí?—le pregunté con imperio, con los pelos parados como puerco-espin, lanzando una jaculatoria de esas que no se rezan en el rosario.

—La Balanza de Astrea—me contestó algo mohino.

—Lea usted bien.

—La Balanza de Astrea, volvió à decir; yo se bien lo que me digo.

También él participaba de la alucinación que producía una lectura en que no se fija bien el sentido de la vista.

Mi altercado llamó à todos los cajistas y movilizadores de la imprenta, y exclamaron á una voz.

—Se equivocó la colocación de las versales: se ha errado el tiro.

—Pues que disparen dos, como decía Fígaro.

Yo le dije convertido en basilisco.

—Fuera de aquí, mamelucos; son ustedes impresores y no saben leer en letras de molde.

—Perdimos el tiempo y el trabajo.

—Y yo mis siete pesos cuatro reales que importò el papel, y mi honra y mi crédito que no tiene precio.

No era esta la única equivocación; en el original se decía que el General fulano, por su *honrosa conducta*, era, del partido liberal, el gran *Candidato*. El cajista había escrito: "por su *horrorosa conducta* es el gran *candidito*.

Poco faltó para que allì me pegara un tabardillo. Una persona caritativa me ministró agua de azúcar para contener un derrame de bilis.

Haciendo nueva impresiòn y doble gasto, quedò enmendado tal despropòsito. Cobré experiencia, y adquirí la certidumbre de que en San lúnes, á la hora de la *cruda*, que es la de las once, ningún cajista está en su juicio.

Bien decìa Fígaro; "es una gloria ser escritor."

Bajo malos auspicios inauguraba mi nueva carrera: si yo fuera supersticioso habría dado al traste con mi vocación y vuelto al ejercicio de industrial; pero no hay mártir sin fe. Continué la carrera en la que me esperaban tantas amarguras: coloqué en los altares de mi patria, como holocausto, prisiones, garrotizas, pedradas, desmechones, desafìos, mojadas, odios, persecusiones, destierros, hambres, y al fin de todo, la enagenaciòn del cariño de mis deudos, de quienes me separa el abismo de las ideas: desde entónces hasta ahora soy vìctima expiatoria del desdén, y se alejan todos de mí como si padeciera mal de elefantiásis.

Mis amigos y correligionarios no me sientan á la mesa del festìn en un día de gloria, ni me confieren una comisión honorífica; pero no me olvidan para constituirme en cantor fúnebre de los muertos, como buho que canta en los cementerios. Ojalá y una empresa de inhumaciones hiciera conmigo una iguala; yo serìa el cantor sempiterno de todos los difuntos; el muerto tendría al pié su elegía cuyo gasto debería incluirse en el de la inhumación, con los cargadores, cartas mortuorias y pisonazos en el cementerio.

Como periodista constituí y dì la respectiva patente de santos y excelentes padres de familia y esposos, á multitud de muertos. También hice otros milagros de prestidigitaciòn; convertì en bellas y virtuosas á las novias que llegaban al altar. Ojalá y el Señor Cura hubiera hecho conmigo otro contrato para improvisar cantos epitalàmicos á las parejas que entran al santo gremio, incluyendo el gasto en las obvenciones parroquiales.

Un día entablé con mi hija el siguiente diálogo.

—¿Porqué no recoges tus artículos que andan espareidos en los periódicos, y haces la reimpresión de todos ellos?

—Porque no tendrìan interés para la posteridad artículos fugaces que fueron oportunos en su época, ante una sociedad conocedora de los hechos y de los hombres que los inspiraron. Esos escritos fueron flores de un día, lanzados sin meditación; y por eso murieron sin dejar huella de su existencia.

—Algunos habrá que despierten la curiosidad en todas épocas.

—Muy pocos serían los que pudieran tenerla, y aun éstos

se encuentran saturados de cierto tufillo, de algún sabor de localidad que sólo encontrarían eco en estas regiones; son tan pocos los que quedarían limpios, separando la basura, que à penas llegarían à formar un pequeño volúmen. Se perdieron en la revolución mis manuscritos en donde podrían escogerse algunos. Si mis escritos, superficiales y humildes, hicieron que mi nombre fuera un poco conocido, es mejor dejarlo así para no empañar su pequeño lustre; al reimprimirlos, circularlos, resuscitarlos, sacarlos á una nueva vida, es poner en evidencia la pobreza de mi ingenio, porque valen bien poco. ¿No crees que hay famas usurpadas?

—Cuando se recomiendan á los hombres por su talento, suele salir la duda á nuestro paso; lo primero que ocurre es preguntar ¿dónde están sus obras? Si tus escritos tienen algùn sabor de localidad, puedo asegurarte que no seràn los únicos: ¿qué otra cosa, sino locales, son los artículos de Larra; La Junta de Castello Branco., Nadie pase sin hablar al portero, y aún la polémica con D. Pedro Pascual Oliver?

—Pero en ellos campea el sarcasmo gracioso y contundente, la finísima ironìa, la sàtira burlona; aún sus cuentos y agudezas oportunas revelan al hombre de gran talento. Esos artìculos, ligeros como son, viviràn siempre cual modelos de crítica afiligranada: unas veces son sinapismos que irritan la piel, y otras son cáusticos que levantan ámpula.

Los grandes génios, como los astros, brillan por que tienen luz propia; nosotros, pigmeos de la literatura, somos satélites de esos astros para reflejar una luz que se nos presta.

—No brillarás en el mundo, pero alumbraràs en tu círculo. El sol alumbra el Universo; la lámpara, el hogar: yo quiero poseer tus escritos reunidos en un tomo y leerlo en el círculo de nuestras amistades; tú morirás, pero ellos sobrevivirán como recuerdos de estos dìas; yo me recrearé leyéndolos. Alguno habrá de tus compatriotas que los aprecie como yo: alguno habrà en la posteridad que los lea con agrado, ¡Cuántos hombres se sepultaron en el olvido porque, dominados por la desconfianza ó por modestia, abandonaron los frutos de su ingenio, como padres desnaturalizados; un padre ama siempre à sus hijos aunque sean feos y deformes!

—¿Crees que mis escritos puedan darme nombre?

—Una hija todo lo espera de la sociedad en que vive.

—¿No experimentarás algo parecido al remordimiento cuando palpes que por dar brillo à mi nombre, le quitas el poco lustre que haya adquirido?

—¿Y de que te serviría una fama ficticia? que la posteridad te dé lo que merezcas. Para aplaudir siempre tus discursos, tendrás un pequeño auditorio, que es tu hija; para leer tus escritos, en los cuales incluyo tus obras teatrales, tendrás á tus amigos. Quien escribe y publica fía el éxito de sus producciones á su buena ó á su mala estrella, como el gladiador que fia el buen éxito de su empresa al destino y á la fuerza de su brazo. Siempre es necesario arriesgar algo à la fortuna.

Al día siguiente mandé levantar el primer pliego de esta publicaciòn; mi hija querida sólo tuvo el gusto de ver impresos los diez primeros y no columbró su deseo de tener empastado un volúmen; la muerte segó aquel arbusto cuando estaba todavía lozano y vigoroso. Después todo languideció en torno mio, por que nada me queda sobre la tierra. Mi hija solía escribir sus pensamientos, y se recreaba en hacer truducciones que alguna vez me dedicó. Sòlo por intercalar en mis escritos impresos aquellos suspiros de un àngel, y que queden adheridos á los mios, como la yedra se enlaza con el árbol, he continuado esta publicaciòn. La ternura filial puede ser una disculpa á mi atrevimiento: ¿por qué nò habría de serlo la paternal solicitud de un sér que morirá en la soledad abandonado de sus parientes y de sus amigos, pronunciando siempre con amor el nombre adorado de su María?

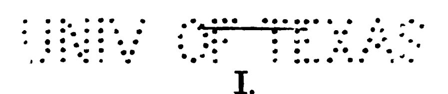
Esta obra la dedico, como testimonio de mi gratitud, al bello sexo de Aguascalientes; la dedico á la mujer heroica que supo, con la influencia de su virtud y el poderío de sus làgrimas, conmover à los invasores de mi pátria y derribar los cadalsos.

QUERUBIN.



IMPRESIONES DE VIAJE.

Fragmentos de mis memorias íntimas.



I.

México, Octubre 26 de 1862.—Al fin me encuentro en la corte: ya estoy frente á frente con esa sociedad rigorista que todo lo examina, que todo lo discute, y que no dejará pasar el màs leve incidente sin formar un comentario.

Ayer he venido á esta ciudad de un punto muy lejano, de aquellas remotas tierras á donde llegan opacos los destellos de la civilización; yo, criado al aire libre, aspirando las brisas embalsamadas de los verdes campos; yo, que me asusto de oir el monótono rodar de algún simón; que se me erizan los pelos al oir crugir la seda, ó rechinar las botas charoladas bajo la presión de un pié sin juanetes, me encuentro á cada paso delante de un soberbio landó, cuyos briosos caballos anuncian pisarme los talones; ¡ay! yo tengo que huir las costillas, temeroso de que un nuevo Longinos ministre al nuevo Jesús una lanzada en el costado.

¡Qué hermosa es la corte! ¡cuánto deslumbran las maravillas del lujo al que ha vivido tantos años en Belchite, como dicen los cortesanos! ¡cuánto sorprende el bullicio de la sociedad al que está acostumbrado á la monotonía de la vida campestre, ó á las costumbres agrestes é inciviles de un pueblo rabón! ¡Cáspita! ¡cuánta magnificencia, cuánto esplendor en todo lo que me rodea! Esto es para volver loco á cuarlquiera; allí el teatro, aquí el paseo, más allá el palacio y los diputados, acá la formidable plaza principal, las cadenas y los títeres; y luego el portal y las chucherías, y después los cajones y los perfumes: confieso que estoy fascinado, fuera de mí.

Un día me encontraba meditabundo, con la vista fija en un plano de México, en éxtasis semejante al que ocupaba á Newton, cuando por tibiar un huevo metió en el agua hirviendo su relox: yo buscaba con avidez la calle del Terror, donde había de hacer una visita; de esta contemplación me sacó mi compañero de infancia, el festivo Pancho Rascarrabia, que hace muchos años abandonó los patrios lares.

—Amigo mio! un abrazo, un estrecho abrazo, amable y querido ami-

go; me acaban de decir que has llegado, y en el acto he venido á saludarte.

Yo estaba sorprendido por una visita tan inesperada, y entre las suaves presiones de mi caro amigo, no podía del sofoco articular una palabra.

—Hombre, por las once mil vírgenes, basta de tanta amabilidad, que vas á ocasionarme una apostema.

—Cuánto has engordado; ¡quién te conoció tan raquítico y endeble, y hoy tan lleno de vida y de salud! ¡qué milagros hace la Constitución! Pero bién, dime, ¿qué hacen los amigos de las batuecas? ¿qué hace el tuerto Blas y el cojo Castañares? ¿qué dicen las muchachas mis paisanas? ¿ya se usan por allá las crinolinas?

—Si me haces tantas preguntas á la vez, no podré contestar à ninguna. Extrañas en mí un cambio tan repentino, y yo desconozco en tí aquella mesura, aquel encogimiento que te eran peculiares en otros días; te has vuelto el hombre más locuaz que he conocido.

—Ya, ya, ya verás lo que es México; al fin tendràs que amoldarte á sus costumbres, y que abandonar también esa educación de provincia aquí tan criticada. Voy á darte unos consejos, porque al fin yo conozco ya este teatro. No salgas jamás de tu cuarto sin hacerte la *toillette*, ni te pongas el nudo de la corbata á la *negligé*; tal abandono sería un crimen de lesa civilización que jamás te lo perdonaría la buena sociedad. Nunca mires à persona alguna con fijeza, porque le infundirás desconfianza.

—¿Es un crimen en México ver á las personas?

—Líbrate de leer los letreros, y de contemplar los carteles de las diversiones públicas.

—¿En México no se deben leer los letreros?

—Cuando pases por la calle de Plateros, no te detengas en los aparadores para ver los perfumes de Montauriol.

—¿Sí? esas cosas no son para vistas.

—Sobre todo, guárdate muy bién de pedir mole de huajolote en una fonda francesa, ensalada en el almuerzo y rabanitos con mantequilla á la hora de la comida; si tal desacato cometieras, verías reirse en tus barbas à los mozos y presentes: esto sería un sambenito que traerías colgando por todas partes; y en el teatro, en el portal, en las cadenas se te señalaría diciendo: "aquel, aquel ha pedido en la comida rabanitos con mantequilla."

—Mucho agradezco tus consejos, y cuento con tu protección para que me introduzcas en la sociedad. Cuando llegabas, me ocupaba en buscar en ese plano la calle del Terror, donde tengo que hacer una visita; te suplico me guies á la casa.

—En el acto;—dijo mi amigo levantándose de su asiento. Nos lanzamos á la calle, y pronto estábamos en la casa que yo buscaba. Mi amigo se despidió de mí con un estrecho abrazo.

Me anunciaron por medio de una campanilla desde el momento en que pisé el dintel de la puerta; al fin de la escalera me aguardaba una

criadita de no malos bigotes, que vestía un trage de indianilla, y traía cruzada una pañoleta, cubriéndole pecho, cuello y espalda; sobre esta se le miraba una trenza grande y lustrosa como la esperanza de un proscrito. Dí mi nombre, y fuí conducido à la antesala; sin hacerme mucho aguardar, se presentó la Srita. Iris, á quién yo tenía de ver, y dió principio nuestra conversación, después de mostrarnos recíprocamente los títulos que habían de formar los eslabones de una cadena amistosa. Pretendí eliminar de mi conversación cierto aire de provincialismo que me es peculiar; mas temí caer por falta de naturalidad en la peor de las nulidades, en la afectación.

Iris es una señorita de estatura regular, y de movimientos gallardos y elegantes; es blanco el color de su tez, castaño el de su pelo, y claro el de sus ojos grandes y espresivos; es ovalada su cara, y en su frente grande y tersa, brilla un destello de inteligencia; un frenólogo descubriría en ella que la domina una sensibilidad esquisita, no obstante su caràcter festivo. Vestía un trage negro de seda, que le cubría hasta el cuello, no dejando visible más que la parte superior de su alba garganta; estaba peinada á la *María Estuardo*, y sólo ostentaba como gala de su tocado, una modesta flor natural, y una castaña en forma de mariposa.

II.

Cuán poética es una jóven vestida con sencillez, sin mostrar más riquezas que las joyas de su talento; sin más aliño que los atractivos de su hermosura, de su afabilidad y de su educación. Iris es bondadosa, afable y espansiva; para todos tiene una sonrisa; para todos tiene abierto su corazón sensible y generoso. Como un medio de amenizar nuestra conversación, le refería algún episodio de la lucha sangrienta por la cual acaba de pasar el país, y noté que sus ojos se humedecían; involuntariamente había puesto yo la mano en la llaga, y movido los afectos más tiernos y delicados en el corazón de aquella criatura.

—¿Vd. ha prestado algunos servicios á la revolución?—me preguntó con cierto interés.

—¡Señorita!....no hablemos de eso.

—¿Estubo vd. en la accion de Salamanca? refiérame vd. alguno de los incidentes más notables de ese combate; no puede vd. imaginarse cuánto cuànto me afecta ese recuerdo.

Y al pronunciar estas palabras, se desprendió una lágrima de sus ojos que recogió en su pañuelo.

—Si le es á vd. doloroso ese episodio de la revolución ¿para qué recordarlo?

—Siempre es grato oir hablar de las virtudes de los deudos que han bajado al sepulcro; del heroismo de los amigos, de las proezas de aquellos objetos que se amaron con ternura: yo tenía un hermano en quien estaba concretado todo mi cariño; abrazó la causa constitucional, y ex-

haló el postrer aliento de la vida en la acción de Salamanca.... Ese hermano que yo adoraba con afecto tan profundo, ahí está....

Volví la vista, y ví el retrato de uno de los defensores más entusiastas de la causa de la libertad; ese retrato era del coronel Calderón. Le comtemplé un momento con el respeto que inspira la memoria siempre cara de un grande hombre; con esa veneración que infunde un soldado que consagró á su causa hasta el último latido de su corazón, de un soldado que jamás manchó los timbres de su carrera una deslealtad, ni una acción pusilánime. A su lado estaba también retratado el general Nuñez, otro jefe que sosteniendo hasta el heroismo su fé republicana, murió al pié de las trincheras formidables de la plaza de Guadalajara. Dos amigos, dos hermanos qne se abrazaron en el mundo para seguir una misma senda, para defender la causa de la humanidad á la sombra de una misma bandera, murieron circundados de gloria, unidos por la cadena de la inmortalidad. Al contemplar aquel retrato; al verlos formar un solo grupo como si hubieran tenido el presentimiento de su trágico fin, no pude ménos que conmoverme; mas disimulé mi emoción por no causarla aun más dolorosa en el alma sensible de la impresionable Iris; porque no podrà cicatrizarse jamás una herida que la guerra civil abrió en su pecho; yo daría mi vida en cambio de animar aquellos retratos; por volver un hermano á Iris; por volver sobre todo á mi patria à dos de sus campeones más esforzados, cuyas potentes lanzas conquistarían lauros inmarcesibles ante el enemigo estrangero....Algún día nuestra patria levantarà un monumento para perpetuar la memoria de esos mártires esclarecidos. Eutretanto una cruz rústica está clavada á inmediaciones de Salamanca, en el sitio donde quedó exánime el cuerpo de la primera víctima de esa revolución desastrosa, que se inauguró en aquel campo, y terminó en las lomas de Calpulalpam.

Después de permanecer un momento en silencio profundo, lo interrumpí diciendo á Iris:

—¿Tendrá vd. la bondad de tocar alguna cosa en el piano?

—Sí, me contestó; soy muy torpe, pero mostraré á vd. mis habilidades.

Se colocó al piano, y sus dedos reprodujeron una ária de Atila, y la cavatina de Hernani.

—Es lo mejor que puedo ejecutar, me dijo en tono festivo, recuperando su buen humor.

—Perfectamente, señorita; si Verdi estuviera en este momento aquí, quedaría muy complacido de que vd. reprodujera sus notables producciones.

La criada se presentó, y dijo á Iris desde la puerta de la sala:

—Niña? dizpenziuzté.

—Acércate; ¿qué se ofrece?

—Zabuzté lo que ha zuzedido, niña? ¡ay Jezúz! que el zeñorito no quizo tomar el baño ni el chocolate; niña, vayaluzté á reprender, que á mí no me haze cazo.

—Será preciso imponerle un fuerte castigo; ha estado hoy insufrible, desobediente, caprichoso: ha cometido una falta de urbanidad con una visita; te mando que lo encierres aunque llore.

Yo me atreví á implorar clemencia para el niño travieso, y la graciosa Iris dió orden para que no le permitieran la entrada en la sala mientras yo estuviera en ella, pues no sería difícil se le antojara hacer una descortesía.

¡—Pobrecito! esclamé, volviendo à interceder; sea vd. más clemente!

—Si no lo conoce vd.; es insufrible.

—¡Ay Jezúz! niña; que láztima me dió verlo llorar porquiuzté le zuminiztrò un manazo; ¡regañeluzté nomàz, niña!

—Sí, dije yo; hágame vd. favor de eharle solo una amable regañadita.

¡—El señor intercede indulto para el reo, y se le otorgarà; pero no consientas que venga por aquí.

Yo dí á Iris las gracias por su complacencia.

Al despedirme, noté que el señorito andaba frenético haciendo festejos à mis pantorrillas, pues se había burlado de las órdenes de Iris; se abalanzaba à mí, enseñàndome sus filosos, punzantes y diminutos dientes, y entonces comprendí que el mentado señorito era un faldero consentido de la casa. Iris estaba disgustada y dispuesta á castigarlo con todo rigor, no solo por sus desmanes, sino más que todo, por su ingratitud, pues había tenido la osadía de enseñar los dientillos á su benefactor al que lo librara de un tremendo castigo.

Dejé aquella casa, satisfecho de haber forjado relaciones amistosas con tan amable y simpática jóven; me propuse cultivarlas, comenzando por conquistar el querer de tan adusto *señorito.*

III·

Noviembre 1 º—La plaza principal presentaba un espectáculo bellísimo; se celebraba en ese día la fiesta de Todos Santos.

En el zócalo se ha improvisado un salón donde campea el buen gusto; donde se han colocado los adornos de una manera fantàstica y caprichosa; multitud de faroles chinescos lo iluminan, y las macetas ostentan gran variedad de esquisitas flores. Como por encanto nos vemos trasportados á un jardín en donde se reunen las bellas hijas de Anàhuac para lucir sus atractivos; siempre risueñas, siempre gentiles, y como fugaces mariposas, van de un lugar à otro en busca de ilusiones.

Por todas partes se miran dulcerías, puestos de fruta, y grandes salones; allí, en algunos de ellos, se representan en miniatura, y por medio de autómatas, las partes principales de algunas óperas. Tomé un boleto, y me introduje en el salón.

Momentos después se cantaron una parte de *Barbero* y el miserere del *Trovador*, cuyas piezas entre sí forman un contraste; la una por su música festiva; la otra por su romanticismo.

Un jóven que representaba 22 años de edad vino á colocarse á mi lado; nos dirigimos algunas palabras, y más tarde nuestra conversación

tenía un aire de confianza, de estrecha familiaridad; esto era un preludio de que podría unirnos alguna vez un lazo de simpatía: sus palabras, el acento de su voz y aun sus miradas, revelaban desde luego que no había doblez en ellas; es demasiado jóven, y esto garantiza su sinceridad.

Al despedirse me dijo su nombre, la calle en que vivía, y me ofreció su casa, agregando que yo sería bien recibido en ella, aun sin necesidad de presentación. Me habló de sus hermanas, las cuales le acompañaban; volví la vista, y ví á tres señoritas de las cuales dos llevaban gorros elegantemente adornados con listones rojos.

—Esos listones, dije á mi amigo, ¿tienen alguna significación, ó se han colocado allí por casualidad? Ya sabe vd. que en esta época turbulenta todos toman una parte activa en la política y cada uno se propone manifestar con señales ostensibles sus afecciones por algún principio.

—Esos colores simbolizan los afectos del corazón. No olvide vd. que tendriamas mucho gusto en recibirle en casa.—Al decirme esto, estrechó mi mano con tierna cordialidad.

—Dé vd. á sus graciosas hermanitas, le dije, mis felicitaciones por que ostentan con donaire colores emblemáticos.

Un momento después aquella familia desapareció á mi vista, dejando en mi alma una impresión agradable. Por instinto conocía que un gran fondo de bondad era su principal virtud: mis ojos la vieron como se mira la exhalación que cruza rápida por el cielo, y eso fué suficiente para conmoverme; no sentía la emoción fugaz que se esperimenta al ver una familia ostentando las maneras decentes que son peculiares sólo à la buena sociedad; no sentía la fascinación que ejercen en nuestros sentidos las maravillas del lujo y los atractivos de la belleza. ¿Qué clase de sentimiento había en mi alma? ¿Sería un destelló de simpatía tal vez recíproca, que hizo brillar ante mí el color de aquellos listones, ó el ardiente mirar de algunos ojos? ¿Languidecía mi corazón al escuchar los acentos tiernísimos de *Trovador*?

Noviembre 10.—Hoy fuí presentado por mi amigo ante su famila, que vive en la medíocridad.

La clase media proporciona en México deleites desconocidos á los habitantes de Provincia, porque ignoran éstos los usos y costumbres de la corte, y no pueden presentar màs que su educación más ó menos esmerada, su buena fé y su natural franqueza: en esa clase donde hay indulgencia y verdaderas virtudes sociales; donde hay instrucción sin pedantería y talento sin ostentación; donde hay, en fin, amabilidad sin finjimiento, es donde se aprecia á las personas por sus cualidades y no por sus riquezas.

Aquella familia, que pertenece à esta clase, tiene por jefe á un señor de sesenta años; una señora que representa cincuenta es la madre de mi amigo. Desde el momento que allí me presenté, vino una señorita á hacerme los honores de la casa; su nombre es María: buscaba la oportunidad de conocer à fondo su corazón, á la vez que ella hacía lo mismo

poniendo como un medio su amabilidad; adiviné desde luego que teníamos los dos idénticos pensamientos y que caminábamos al mismo fin.

Todas las mujeres reciben del cielo un don especial para hacerse amar; hermosura, sensibilidad, talento....hé aquí las dotes que esa cara mitad del género humano sabe emplear para ser querida y para tener un lugar distinguido en todas partes: y no son estas cualidades únicamente; no es la hermosura sólo la que avasalla los corazones, ni la que busca en el alma los afeetos sublimes para fijarlos eternamente; no es el talento aislado el que tiene ese màgico poderío, ese irresistible magnetismo que siembra simpatías y hace palpitar el corazón á impulsos de un sentimiento muchas veces desconocido; se necesita que esas cualidades tengan por base la bondad. La amable María tiene un carácter bellísimo, y se conoce en él un rasgo de benevolencia, que le ayuda á granjearse un aprecio universal; por eso al escuchar sus palabras, como si fueran el espejo de su alma, sentí hácia ella un rasgo de fraternal cariño.

Las otras dos hermanas llevan por nombre, la una *Aurora,* la otra *Angelina.*

Aurora es una jóven esbelta; su color es blanco y rosa, semejante al de la concha nácar; es su nariz de una regularidad perfecta; sus ojos de un café oscuro revelan inteligencia, y antes que su boca ellos espresan sus pensamientos; tiene su mirada cierta espresión de benévola languidez, de orgullo señoril, que la hacen aparecer severa al mismo tiempo que amable y magestuosa; cuando rié descubre dos hileras de dientes blanquísimos, y dá á su fisonomía un aire de jovialidad que encanta; el timbre de su voz es sonoro; su conversación interesante y llena de reticencias, que la hacen aparecer reservada aun con sus amigos más intimos. Por un efecto de distracción permaneció á mi vista un momento con el brazo en la mesa, y reclinada la cabeza en su mano; tal vez un pensamiento melancólico cruzaba por su mente; me parecía que ahogaba un suspiro, que contenía una queja nacida en el alma; ¿acaso serà desgraciada? Si hubiese tenido el pelo suelto, creería ver en ella la similitud más perfecta de las vírgenes de Rafael.

Angelina es una jóven alta, graciosa, gentil; su frente es grande y recortada por una línea de pelo ligeramente rizado; à sus ojos negros y brillantes les adorna una ceja arqueada, perfecta, y las grandes pestañas les dan una leve sombra que hace se dilate su pupila; su nariz es regular, y los làbios frescos y purpurinos como el botón entreabierto de una camelia; las megillas suaves y tersas ostentan un color rosado, y su cuello y brazos imitan en sus contornos á las estátuas voluptuosas de Canova; vista de perfil, cuando lleva la cabeza erguida, cuando la vuelve hacia la espalda, es admirable su conjunto, es el tipo de las mujeres de la antigua grecia. Cuando permanece sentada su vestido cae graciosamente sobre la alfombra, y al descuido se le ve la punta de un pié pequeño y delicado.

—¿Cómo se llama el marido de vd., señorita? pregunté á Aurora, buscando pretexto para entrar en conversación con ella.

—¿Mi marido, señor?....no soy casada, contestó dando á su acento un aire de circunspección.

—¿Y el de vd.? pregunté à la señorita Angelina.

—Mi marido se llama Juán; dijo con indiferencia en tono sarcástico y burlón; al mismo tiempo una ligera sonrisa apareció en sus labios y en la de los demás concurrentes.

—¡Juàn! repetía en mi imaginación, ¡Juán! ¡qué nombre tan prosáico! Como el corazón de la mujer es caprichoso y busca los contrastes; como he conocido bellezas angelicales unidas en amorosísimo consorcio á figurines asmodiacos, imaginé el marido de aquella jóven, un Juanete de pequeña estatura, trigueño, de ojos verdes, voz chillona y gutural, que con mano tosca y huesosa, manchados los dedos con tinta de alguna oficina, tributaba caricias anti-poéticas á la más linda criatura del Universo. Como mi imaginación vagaba libremente, pude figurarme á un Juán de sensible corazón, á un Juàn de buen alma, que sentado à sus piés con las piernas en cruz, pulsando una guitarra adornada con flor de lienzo, entonaba esta canción:

Cuando te conocí, dueño adorado,
Quedó de tí mi corazón prendido,
De mí quedó tu corazón prendado;
Mas luego que me hiciste tu marido,
Me ví por desgracia condenado
A un eterno, perennal olvido,
"A un rincón de la memoria echado,"
A vivir en los pliegues adherido
De tu airosa, esponjada crinolina......
¡Apiádate de mí, bella Angelina!

IV.

Nuestra plática tenía aún la gravedad y la circunspección del cumplimiento; y mis adorables amigas no dejaban conocer á fondo su carácter; eludian ingeniosamente mis preguntas á manera de los tiradores de esgrima que nunca presentan á su adversario el corazón; así es que no pude conocer qué clase de impresiones les causaría mi visita, ni adivinaba si esas miradas de inteligencia que se cambiaban entre sí me serían favorables; al disimulo observé que la simpática Angelina contenía una amable sonrisa, y en ella tal vez quería decirme, haciendo una graciosa mueququecita: "tu importuna curiosidad bién merece que te diga una mentira"..

....

Consulté el relox, y eran las once de la noche; nuestra despedida fué la de estampilla; el cumplimiento acostumbrado de "esta es su casa," fué contestado por mí con aquella jovialidad escolàstica que yo había aprendido, con aquellas palabras escogidas que emplean los mexicanos ilustrados; las mias aunque saturadas de provincialismos eran la expresión del sentimiento de gratitud que me animaba, y que con su trato

y amabilidad me inspirara tan apreciable familia.

Esas demostraciones de afecto hacia un individuo que se vé por la primera vez, solo se encuentran en la clase media.

V.

Diciémbre 23.—Estoy convidado para concurrir à unas *posadas*; es Noche Buena y se celebra el nacimiento de Jesucristo, con todo el júbilo de que es susceptible un corazón cristiano. La plaza principal y las calles todas, llenas estàn de la multitud entusiasta que al son de la música, entona sus báquicas canciones y se entrega à toda clase de desórdenes, á la sombra de la tolerancia; la policía en esta noche es ciega y sorda.

Sirviendo de compañía à mis simpáticas amiguitas, me dirigí á las *posadas*. Ya estamos en la casa.

La sala no está adornada para lo que propiamente se llama un baile; es solo una tertulia casera, una fiesta profano-religiosa, donde no se ostenta esa lujosa perspectiva, esa molicie aristócrata y banal, que sorprende, admira y extasía. Los sonoros arpegios del clave y de la flauta, resonaron en mi oido, á la vez que mi alma esperimentaba sensaciones agradables; veía una docena de jóvenes alegres, vestidas con sencillez, postrarse humildemente ante una Virgen que cabalgaba en jumento, y entonar en su loor himnos y alabanzas; yo permacía estático con vela en mano, como tonto en vísperas, pues éranme desconocidas tales ceremonias; no osaba hincarme temeroso de hacer rodilleras á mi pantalón; y al dirigir mi vista al espejo más cercano, observé que mi fisonomía daba señales de quererse conmover à impulsos de un fervor religoso; hice un esfuerzo por reirme, pues todos allí estaban alegres; la Virgen y el recien nacido, los dueños de la casa, las muchachas y señoras de respeto, los músicos y danzantes, los criados y los niños; todos, todos mostraban su alegría en noche tan venturosa. Los peregrinos, los reyes magos que se veían en el portal de Belén, las figuras todas que se ostentaban en el nacimiento, parecían estar contentas por tan fausto acontecimiento; solo una figura manifestaba pesar.

Dió principio el rezo, y después de cantar algunas jaculatorias, se contestaba en coro:

¡Oh peregrina agraciada!
¡Oh bellísima María!
Yo te ofrezco el alma mía
Para que encuentres posada.

Una Lola angelical, cuyos ojos podrían guiar á los reyes magos en su peregrinación, tuvo la bondad de dirigirme la palabra.

—¿Por qué no canta vd. á la Virgen?

—¡Ay, señorita! porque no sé; pero si vd. quiere enseñarme, tendré por maestra á la más interesante de las criaturas.

—¡Cante vd.!— volvió á decirme.

¿Cómo no obedecer á tan dulce mandato? ¡Cantar à la Virgen! ¡pues!

precisamente la inclinación que he tenido toda mi vida. ¡Cuántas vírgenes no han escuchado mis cantares! Al repetir el coro, hice oir mi voz, cuya melodía tiene mucha semejanza con el cú cú de un tecolote: observé que el maestro de la flauta volvió á mí su vista sorprendido, y ya no pudo continuar tocando.

Se mandó cerrar la puerta, y la concurrencia quedó dividida entre la sala y la recámara; dos ligeros golpes se dieron en la vidriera, y continuó el canto religioso: ¡era là Virgen que venía à pedir posada! Los cohetes hacían por los aires sus estragos, y uno de ellos se introdujo en la sala, arrojando chispas entre las devotas, lo que ocasionó grande algarabía: una señora de profundas creencias religiosas, y de una piedad sin límites, se santiguó, imaginando que el diablo en figura de buscapiés, andaba por ahí, pues el olor á azufre era muy perceptible. Después siguió la procesión en el interior de la casa; lós chicos íban delante, luego las niñas y señoras, y à continuacién las personas de gravedad: dos muchachas, frescas y poéticas como la flor que se abre á los primeros albores de la mañana, conducían á la Virgen; la estación era larga, y había de cantarse toda la letanía; ofrecí reemplazar á una de las señoritas, y llevé mis calabazas, pues se me dijo que los hombres no cargaban á la Virgen. Por la primera vez renegué de mi sexo; no valieron súplicas, mandatos ni amenazas; las señoras se muestran intransigentes cuando defienden sus fueros; desde ese momento me pareció que todos los hombres llevamos escrito en la frente un signo de reprobación, un anatema terrible y femenil que nos priva, no solo de cargar jamás á la Virgen, pero aun siquiera al burrito.

Dió fin el acto religioso y principió el profano. Las *posadas* son un pretexto para hacer una *soirée* durante los nueve días que preceden al de Navidad. La música preludió una danza cubana, y como movidas por un resorte, se pusieron de pié varias parejas.

Es un cuadro indescriptible el que presenta una sala de baile cuando todos se agitan al compás de esa danza; es la esencia de la sensualidad; es lo sublime del placer; es, en fin, un destello de la felicidad eterna.

¡Ay! quién tuviera la ligereza de Terpsícore para lanzarse al viento haciendo piruetas, emprender marchas, dar vueltas y revueltas, y acompañadas de las armonías del bandolón escuchar palabras confusas entre las semi-fusas, oir un suspiro sofocado, el latir de un corazón sensible....¡¡oh!!......

Mi vista contemplaba aquel cuadro con arrobamiento,con ese deleite que inspira un espectáculo que se viera por la primera vez; admiraba la gentileza de tantas jóvenes que se entregaban al placer sin acordarse del pasado; que gozan de las delicias del presente y solo consagraban un suspiro al porvenir; á ese porvenir que á su imaginación se presenta lleno de ilusiones...... ¡Cuántas en aquel momento verían radiar sus esperanzas, y cuántas también las verían ofuscarse, como se ofuscan las estrellas entre nubes y celajes!

En competencia á tantas jóvenes, y superando á las demás en gracia y hermosura, aparecían mis amigas y compañeras. Si las vierais como elevándose à las regiones de lo ideal parecían seres divinizados por

el paganismo; si las viérais apoyarse muellemente en el hombro de su compañero y seguir el compás de la música en suavísimo vaiven; si las viérais sonreir cuando sus caritas de arcángel tomaban por la agitación un tinte de carmín; si las viérais aéreas, fantásticas, alígeras, cuando sus piés apénas tocaban el pavimento, cuando su imágen se proyectaba en los espejos y desaparecía como por encanto; si las viérais...... ¡oh! es mejor que no las veais, si no quereis sentir destrozado el corazón; huid, huid de ese piélago insondable donde muchas veces zozobra la nave de la esperanza, donde el alma se embriaga y enloquece al escuchar el canto divino de esas sirenas peligrosas.....

¡Cuántas impresiones deja en el alma una danza cubana!

Después que se bailaron distintas piezas, la voz elocuente del bastonero pronunció de una manera perceptible esta palabra: "¡A cenar!"

La concurrencia se colocó al rededor de una gran mesa, y con apetito bien demostrado, saboreaba la sabrosísima ensalada de noche-buena, los pescados de distintas clases y otra multitud de platillos á la francesa no faltando el revoltijo. Se hicieron á Baco sus sacrificios en conmemoracion del nacimiento de Cristo, y algunos de los concurrentes pulsaron su laúd con dulzura y entusiasmo. El vino había producido su efecto, y yo mo encontraba más animado y jovial que de ordinario. Cada uno á su vez tomó la palabra, y yo la dirigí á la dueña de la casa, que es una señora muy amable y bondadosa, diciendo el siguiente:

¡Oh Laura! Si no el placer
En noche de Navidad,
Me obligaría la amistad
Por tu salud á beber.
Quiero, y con solo querer,
Brindo alegre y oficioso
Porque en Edén venturoso
Horas pases placenteras,
Con tus amigas sinceras,
Con tus primas y tu esposo.

—Muchas gracias, señor; me dijo la simpática Laura:—por esa fineza ofrezco à vd. una copita, que tomará vd. por....¿por quién? por la señorita que tuvo la bondad de presentar á vd. en esta casa.

—Con gusto la tomaré, pero....

—Esa señorita es muy digna de que vd. la obsequie.

—¡Oh! tanto, que merece tome yo en su nombre, no una copa, sino una botella, un barril, un tonel, un.... mas ¡por el Niño-Dios! cuando rebosa la medida, soy procaz, atrevido, insufrible, pendenciero......

—Primero esta copa de champagne.

—¡Dios mío!....Señorita, mi cabeza se pierde, mis ojos se han puesto bizcos, mis labios balbucean palabras....

—Lo disimula vd. mucho.

—Si ya estoy mirando dos Lolas.

—Justamente mira vd. las dos Lolas que hay en la mesa; pero si no les ha quitado vd. la vista en toda la noche.

—¡Qué indiscreción! Y lo dice vd. tan formal, que las señoras creerán....

—Esta copa la toma vd. porque las Lolas lo miren· ¿la toma usted?

—Sí, amabilísima Laura; tomo veneno si vd. me lo manda.

Antes de apechugar aquella copa, dije en tono festivo:

Si yo de mi humor prescindo,
Aunque haga una carambola
Y el diablo meta la cola,
Bebo, como, canto y brindo
Por una y por otra Lola.

Las incomparables Lolas me dieron las gracias con una mirada expresiva.

—Ahora la copa de *cognac.*

—¿Más todavía? He tomado rhom, cerveza, champagne, Burdeos, cognac, marraschino....

—Un garbanzo más no revienta una olla....¡Si está vd. tan alegre! ¿No la toma vd?

—Sí, tomaré una, diez, mil, las que vd. quiera, pero no soy responsable de las consecuencias:—y elevé la copa solicitando la pública atención. La concurrencia guardó silencio, y yo dije con palabras entrecortadas:

Porque mi afecto se afána,
Porque mi gusto se afina,
Porque me gusta Angelina
Hoy brinda mi musa ufana.
Porque esa bella tirana,
Me esclaviza de tal modo
Aun encontrándome beodo,
Que yo daría sin enojos
En transacción por sus ojos,
Mi gloria, mi dicha y....¡todo!

—¡Bravo! ¡bravísimo! esclamaron algunos de los presentes, acompañando con aplausos sus palabras y cerrándose recíprocamente un ojo.

La cosa se puso color de hormiga: uño de los concurrentes se acercó y me dijo: "nos veremos; conmigo ha de hacer vd. la carambola." Yo estaba aturdido con ese tiro á quemaropa, con un jaque tan inesperado, y no sabía que contestar: me pareció que aquellas palabras eran el nuncio seguro de mi muerte: ¡un desafio, santo cielo! ¡ay! y mi antagonista tenía la espada al cinto y los mostachos más torcidos que la intención de los redactores y dibujantes de *La Orquesta*....Mi tranquilidad se alarmó en alto grado....

Puso fin á la tertulia el primer rayo de Febo que penetró al través de los vidrios del balcón. En aquella hora se retiraron los concurrentes contentos de solemnizar dignamente, y con todo el fervor de un cristiano rígido y observante, la venida al mundo del Mesías verdadero.

VI.

Enero de 1884,

Quien no haya abandonado á México de órden suprema; quien no haya salido por una garita como el perro que se engulló el jabón; quien no haya emprendido el camino á pié, ó en mal rocín, cuando vienen tras de sí los aguijones de la policía, no sabe lo que es la flor de la canela, Quien vuelva á la capital con la vista fija en una curul, y que mira los futuros goces, como figuras caleidoscópicas, ó como visiones de una linterna mágica, es lo que hay que ver de afortunado y de seductor; recibir, ¡ay! recibir doscientos cincuenta cada mes, es pasar por los halagos màs nefarios de una fortuna suegra; es pasar por las horcas caudinas de una deidad tiránica; toser fuerte en los hoteles, disputar el pago de las copas y los *sandwichs*, y frecuentar las fondas y los *restaurants*, donde se come bién y se paga mejor, es una felicidad que solo para contada, más cuando los tesoros de la madre patria son quienes han de pagar el pato. ¡Qué mal gusto tiene aquel á quién no le agrada ser diputado ó senador! Paga exacta y adelantada para los Benjamín de la administración, y que son los màs: un teatro de extensos horizontes para el que tiene musa juguetona y talento despejado, audacia sin límites, é instrucción aunque sea mediana; ser diputado, es lo que podría decirse en Inglaterra, meterse en la cámara de los *comunes;* ser senador, es introducirse en la càmara de los *lores.* ¡Cómo me causa envidia una vida tan regalona! Pero viene á consolarme la más calva filosofía, y exclamo con todas veras del corazón:—"Al que Dios se la dió, San Pedro se la bendiga," sin dejar de lanzar al aire un suspiro màs hondo que el de un novio calabaceado.—Pero el que viene á México como si fuera uno de aquellos espíritu-murciélagos que aleteaban ante el cuerpo aletargado de Macbeth, es à cada paso un màrtir del deseo. Pasar delante de la Concordia; ¡oh! contemplar el espectàculo más discorde al través de los cristales de la Bohemia, como diría Nacho Altamirano, en que un pollo á la *derniere* se engulle á otro pollo condimentado á la *Marengo;* en que alguno trincha unos como corazones, traspasados por una como flecha, imagen exacta de las campañas de Cupido; y màs allá, los *macarrones á la italiana,* formando dulce consorcio con los *chorizos de Extremadura* y las *morcillas á la Capoul.* ¡Oh espectáculo grandioso para los que no han comido!—exclamaría D. Cleofas el *gastrónomo sin dinero,* preciosa creación de Ventura de la Vega.

Escucho el retintín de las copas, el sonoro rechinar de los cubiertos, la réplica constante del que está entre *corrido y escaso,* ó como dicen otros, entre *gallos y media noche* ¡Ah caribes! ¡buén provecho! engullan

á dos carrillos mis amables y buenos ex-compañeros; coman y beban aquellos que tienen qué, los que tienen buen apetito y buena digestión, que así haré yo cuando las suyas vea: no creais vosotros que al pararme ante esos cristales me ánima la envidia, ni que vengo á México por hambre, no....de mi casa la traigo......

Oh Dios! ¿por qué la vara mágica de tus liberalidades alcanza á unos de tus hijos, y à otros solo la pajuela del largo chicote de tu justicia? ¿por qué has dado á unos barriga para enjaular pavos y perdices, sin sufrir una indigestión ni congestión, y à otros les has suprimido el abdomen bajo los rigores de una indisposición sempiterna? ¿por qué no desvías nuestros pasos como desviastes nuestros pesos, siquiera para no rezar á todas horas el padre nuestro, y exclamar fervorosos el "*no me dejes caer*" delante de ese templo culinario, delante de ese Omarini, que es el Orobeso de esos druidas; dàme tu fortaleza del Getsemaní para resistir de mis tripas las revueltas intestinas.

Pero habitar por economía un cuarto-wagón de á cincuenta centavos, un chiribitil que usurpa el legendario nombre de cómoda posada, de una ergástula de claraboya donde no hay espejos ni colgaduras, ni eléctrica campana, ni escupideras, ni sofá, ni mecedoras butacas; sino para torturar á un convaleciente existe solo un jergón màs delgado que mi esperanza, con bastas de pedernal como chimborazos, un catre cojo que ostenta con donaire lo figura del Escorial é imprime en mis costillas la imagen del martirio de San Lorenzo; y à mayor abundamiento hay junto á mi cabecera una botella, un vasito en abreviatura, una vasija diminuta que no es para describirse, pero sí para aventarse de solo un suspiro. Tras de todo esto, almorzar de à cuatro reales, y fumar los cigarros de la "Bola sin rival." Dios Nuestro Señor me reciba estos sacrificios en expiación de mis negros pecados! Pero eso sí, ya estoy en la corte, ya estamos en Madrid y en nuestro barrio, como diría Bretón. Estoy aquí instalado en un....¡qué cuarto, señor, qué cuarto! con más propiedad se le debía de llamar un sexto. Más claro le dán á un muerto en el Campo Florido. Pero qué vamos á hacer cuando todo se encarece en México, y cuando mi palo no está para cucharas.

Después de bañado y hecha la *toilette*, como hoy se dice entre la gente fina, caprichosa hasta nomás por introducir galicismos innecesarios, me lanzo à la calle. ¡Qué impresiones me causa México después de seis años de ausencia! mis recuerdos se agolpan à la mente, no ya de cuando era colegial, sino de otra época no muy distante en que nos hería un sol de cara.

Veo à mis amigos, y trabajo me cuesta reconocerlos, porque graves y magestuosos me codean y no nos saludamos. ¡Si será! ¡si no será! exclamo en mi vacilación, sosteniendo una lucha formidable entre la duda y mis afectos; no pudiendo contener los latidos del corazón y un regocijo que estalla, me arrojo en los brazos de Pedro Baranda, ó, por ser más urbano con quién siempre ha escupido en rueda, del señor general D. Pedro Baranda, y exclamo: "mi buén Perico, mi predilecto amigo, mi estimado compañero; venga un abrazo, y otro, y otro, aunque lo reviente á vd." asemejándose esta escena á una de las de "La Gallina ciega."

—¿Quién es vd., señor, que tanto amor y confianza me manifiesta?

—¿Quién? míreme vd. y reconózcame.

Pedro Baranda me miraba asustado, y de hito en hito: rugaba el entrecejo, y en su mirar se leía el asombro de que estaba poseido.

¡Ni por esas! exclamaba más confuso. A pesar de su carácter, de su bondad, de su franqueza siempre propensa á la broma, no hallaba quién fuera el que asaltaba su regazo; tal vez me tomó por aspirante á un empleo, y que impetrar quería su recomendación y su valimiento; tal vez creyó que sería uno de tantos que, sabedores de su nueva y elevada posición en la zona militar de Tabasco ó de Campeche, quería, cuando menos, ser su ayudante. Para sacarle de dudas, le dije casi al oido mi nombre, mi poético nombre de *Querubín.*

—Jesús! exclamó mirándome de perfil, ¿y es vd.? hombre, no lo creyera, ¿dónde está aquella sobresaliente y colgante barriga á la Ortegat, y los pómulos inflados y la obesidad frondosa y fabulosa á la Justo Sierra?

—¡Ay amigo! exclamé casi contristado......¡se fueron! y yo vuelvo á la vida, después de tocar las fronteras de la eternidad.

No sé qué pasó por mí al estrechar à este buen amigo, compañero de mis lucubraciones diplomáticas en el Congreso. Me despedí de él para dar asaltos á otros compañeros. Islas, Balandrano, Pancho Sosa, amigos y nobles adversarios alguna vez; á Prieto, el poeta más popular; á Chucho Fuentes Muñiz, á quien ya es preciso saludar con el sombrero en la mano, verle con respeto y no con familiar llaneza; à Manuel Romero Rubio, que es ya un suegro ilustre. Todos, todos ocurren en tropel á mi memoria, aun aquellos que han bajado al sepulcro; para con los muertos he evocado su memoria; con los vivos he tenido una reyerta muy amistosa; alguno al ver mi entusiasmo, al sentirse sofocado entre mis brazos, me decia: "¿como le vá á vd. padre?" tomándome por un clerizonte siervo de Dios, ó por un fraile exclaustrado: otros....fueron mis amigos cuando yo era diputado; mas hoy no, porque el sol de la popularidad está en su Ocaso, y yo, imagen del esqueleto, estoy sin carnes y sin plétora, pero con el humor de siempre y con un amor á mis amigos elevado á la quinta potencia.

Seis años de ausencia; seis años de estar en el potro de los tormentos agobiado por el hambre y los deseos; viendo las lonjas suculentas y no deberlas comer; ver por última vez las riberas de la existencia, y zozobrar la nave que me conducia á la eternidad para que una oleada caritativa me arrojara de nuevo á este valle de làgrimas; ¡ah! esto es tener de nuevo amor á la vida, cuando la inexorable pelona me hacía sus últimos gestos; ver á nuestros amigos, con quienes hemos discutido àrduas cuestiones, como tópicos omniscios para curar las llagas de la madre patria. Hay algo de religiosa y fraternal solicitud en recordar las ideas, las palabras, las bromas, los sarcasmos de personas queridas, vertidas en los buenos días de la fortuna, ó en las horas de la adversidad; ni los ódios de partido, ni los celos literarios, ni traidores halagos del interés, son capaces de engendrar, en un enfermo que vuelve del otro mundo, el resentimiento ni la memoria de los agravios.

VII.

México se ha regenerado. Por todos rumbos se escucha el rugir de la locomotora que lleva la vida y la civilización à regiones distantes: cruzan en todas direcciones los wagones y se oye el gemir del cornetín que llama á los pasajeros á vaciar su bolsillo en el repleto bolsón de la empresa del tranvia, como si fuera ese cornetín el cuerno de caza de Rui Gómez que llama al candoroso Hernani.

¿Qué es ese sol nocturno que nos deslumbra? ¿la luna se ha hecho pedazos y ha esparcido Dios aquellos fragmentos en las calles de México, como esos esferóides que brillan en el espacio? Es la luz eléctrica que pregona los adelantos del siglo y la cultura de mi patria. Esos calvarios, cuyo número recuerda el campo sangriento del Japón, donde fueron sacrificados San Felipe de Jesús y sus compañeros son los postes y conductores del sonido, que llevan à largas distancias, sobre las alas del rayo, el timbre y los acentos del hombre, y que inmortalizan el génio de Edisson: es el teléfono que se vé en todas direcciones.

Es esta una ciudad encantada donde las maravillas de la arquitectura forman la estética belleza y anuncian là prosperidad más rápida. El zócalo de un monumento que cayó en el olvido, sirve hoy de base á un *kiosko* soberbio: lo rodean los eléctricos faroles, lo iluminan sus mil làmparas; esparcidos se ven los bronces y los mármoles entre mágicos jardines; más allá la nueva calle que inmortaliza el nombre de Zaragoza, y un poco màs lejana la estátua de Colón, de esa víctima de la ingratitud, que ostentaba como un trofeo, como un signo de sus recompensas, un par de grillos. No al gobierno de México ni á sus habitantès debe el ilustre genovés la reparación de su memoria; la debe à uno de los potentados de esta capital que la costeara. "La gloria póstuma es la mejor," ha dicho un sabio; yo no lo soy, pero creo que más verdadero es el apotegma del que decia: "á muertos y á idos, no hay amigos."

Hay algo de candor en creer que las honras no se deben tributar á los vivos y sí á los muertos. Más cuerdo fué el pueblo americano en tributar honores á su compatriota Morse levantàndole una estátua que él mismo había de descubrir el día de su inauguración. Tambien la filosofía de la vanidad hace progresos. En cuanto á mí, si yo fuera digno de la apoteósis, me halagaría más saber que mi patria me tributaba en vida honores, y no imaginar que podría haber un mameluco sarcástico que me aplicara aquello de "......la cebada al rabo."

México tributa un homenaje de admiración al hombre que lo incrustara en la zona civilizadora, como levantarà algun día estátuas á Humbold y á Cuauhtemotzin.

Falten ustedes de México por algun tiempo; vuelvan ustedes á él y todo lo encuentran cambiado: no con poco criterio dice un adagio:

Quien de su casa se aleja
No la halla como la deja.

Donde antes había una Iglesia hoy es templo consagrado á alguna diosa del paganismo. Un pintor ó un estatuario; una hetárea ó una modista; un Praxisteles ó una Frinee. La tolerancia de cultos ha hecho del templo cristiano una mezquita y del claustro un gineceo; el velo y el sayal son sustituidos hoy con el manto de la cortesana ¿qué extraño es que el sastre vaforito haya dejado su localidad y hoy sea una droguería ó una cantina donde se toma un pisco-lavis? ¿qué extraño es que la fonda del buen beefsteak se haya llevado sus tradiciones y sus baterías hasta el quinto infierno? El hambre no es como el hombre; ella no admite esperas, rebajas y descuentos. Pero ahí veo un rótulo que dice: "Fonda Española."—¡Canario! allá me lanzo, y preparo mis mandíbulas, capaces de morder hasta las botellas, si son de la tierra de María Zantízima.—Penetro á esa estancia con garbo gaditano y pido pronto las tajadas. Suculentas como son esas viandas, engullo uno tras otro los platillos, y al sentir caer el peso à mi satisfecho estómago recupero la calma, la razón, y pido un poco de *pulque*.

—¡No hay! me dice el mozo; porque ha de saber vd. que este establecimiento es frecuentado por personas muy decentes.—¿Quiere vd. cerveza? ¿Cariñena? ¿ Rioja? ¿ Priorato? escoja vd.; pida vd., que los hay muy buenos y baratos: porque todos somos españoles; no más yo soy indio, pero no salvaje.

—Bién! muy bién! pero acérqueme vd. una salsa picante y exitante para saborear este puchero y estos albondigones.

—No es bodegón señó; -exclamó el dueño de la fonda;- aquí no se conoce el chile ni el clemole, ni lo peneque.

¡Oooooh! exclamé meneando mi cabeza en ademán de arrepentimiento, por mi indiscreción. Pues bien, muchacho, traeme un plato de frijoles.

—¡Sacrilegio! dijo el dueño de la fonda que servía á sus parroquianos. Por qué no le das al señó un anteojo de larga vista para que vea que aquí todo somo gachupine? aquí no hay frijole, señó.

—Pues mándeme vd. judías ó habichuelas. ¡Qué! ¿no hay pulque en Andalucía?

—No señó.

¿No hay chile tampoco?

—¡Cá! Si lo hay, é mejor que el de aquí.

—Y guindillas, y....

Mejore que lo de aquí.

—Y guajolotes........

Pavos sí; guajolote......no lo sé, pero eté uté seguro que si lo hay, son mejore que lo de aquí.

Yo lancé admirado una jaculatoria de bodegón, y aplaudí. Los españoles comensales reian á carcajadas é hicieron retintín con los vasos y cubiertos; bajo el mayor entusiasmo exclamé: ¡españoles! ¡nobles hijos de D. Pelayo y de D. Fabila! que felices sois vosotros, aún los que vivis en México, con no saborear jamás ni conocer los frijoles....¡qué dirían las naciones extranjeras! y luego el chile piquín que si lo comieran, se envenarían, y después bailarían el zapateado de Càdiz.

Pues bien, le dije al mozo, puesto que esta fonda es muy española, traeme un anteojo de larga vista para distinguir la *olla podrida* y el *queso picón* y....

La esposa del andaluz era una mejicana patriota y entendida, y al oir la reyerta tuvo la amabilidad de ofrecerme el manjar predilecto.

—Yo soy mejicana; me asocio á sus deseos y lo complazco.

—¡Amabilísima paisana!—esclamé rebozando en mí la alegría,– al fin encuentro con quien quejarme; ¡auxilio! ¡socorro!

El andaluz declaró que era una profanación presentar en aquella mesa una vianda tan prosaica; que era un crimen de lesa civilización, y lanzó al aire un interjección sevillana; pero su esposa, no obstante su humildad angélica, le hizo una muequecilla graciosa y espresiva.

—Levantemos nuestra bandera que jamás se humilla, me dijo con entusiasmo.

—Viva México y los usos nacionales,—esclamé cobrando bríos.

Los españoles tambien aplaudieron; el andaluz se declaró vencido ante la mediación de su consorte, y nos convidó á comer al día siguiente el platillo nacional, es decir "pavo en salsa roja."

—¡Mole de guajolote!–esclamó la adorable paisana;- tal es su nombre; no se lo hemos de cambiar nomás que por extrangerizar el guiso.

Salí de allí con el estómago muy satisfecho y contento con haber pasado un rato en *Vista alegre*. Ya lo saben ustedes, señores; no hay que reclamar frijoles en una fonda española, porque los peninsulares ni los conocen, mucho menos los residentes en México. ¿Con qué no apechuga un andaluz?

VIII.

Pasaron los idus de Marzo; nuestro César augusto cayó ante el senado romano; los que formábamos su círculo tocamos á dispersión al día siguiente de nuestro pataleo por no recibir un tiro á quema ropa, para sustraernos á los halagos del vencedor. ¿A quiénes corresponden los honores de este tiempo? ¿para quienes son los laureles? ¿para el que mató la vaca, ó para el que tuvo la pata?

Marcela, ¿á cual de los tres?

Pero Marcela al fin y al cabo despreció al hermafrodita D. Agapito Cabriola y Biscochea, como si dijéramos al partido conservador-moderado, que pusilánime llama al toro desde la barrera temiéndole á la cornada; al capitán D. Martín Campana y Centella, que á pesar de su marcial continente y su Florencio rozagante, le salió el tiro por la culata como al partido decembrista: D. Amadeo Tristán del Valle, tuxtepecano neto, cuyos trabajos salieron como las avellanas viejas, todas rancias.

"Entre mi oficial y yo
Hicimos este retablo;
Si está bueno, lo hice yo,
Y mi oficial, si está malo.

¿Dónde estàn, pués, mis adversarios? ¿dónde mis amigos y asociados? los busco y no los tiento; los llamo y no responden. Muerto está el que no resuella. ¡Cuàntos cambios en la política! ¡Dios mío! ¡cómo se desvanecen los hombres como sombras chinescas! Nadie sabe para quien trabaja.

¿Conque no fué Franklin el inventor del para-rayos, sino Diwisch? ¿no Morse el del telégrafo sino Chappe?—Después del triunfo se hizo una ensalada de Noche buena y ni el demonio que conozca ese carnaval. El partido caido metió la hoz en mies agena y jugó con buen resultado una partida de *gana-pierde*. Propicia la fortuna no cesaba de protejerle, y una mano hábil manejaba la ciguiñuela. Oí cantar à un bromista la siguiente copla:

Yo cultivaba un moral
Por interés de las moras;
Otros comieron las frutas;
Yo cogí solo las ojas.

Ya distingo à Joaquín Alcalde, y le abrazo y le saludo como á un antiguo amigo. Despues de algunas expanciones é interjecciones, me hizo sentar à su mesa. Su amigo Romero Vargas estaba allí; otro compañero de catàstrofe à quien alcanzó tambien la rabiada del cetáceo revolucionario, en esa campaña contra los moros africanos, en la que se perdió el rey D. Sebastiàn y no parece hasta hoy: Muerto está el que no resuella.

—¿Conque vd.,-dije á Joaquín Alcalde,-dió malas cuentas de su administración? ¿conque vd., que fué la guacamaya del octavo Congreso y el prestidigitador de los cubiletes, se ha retirado de la política y quedó en el olvido? no lo esperaba yo de su actividad y patriotismo.

Joaquín inclinó la cabeza como si dirigiera la palabra al pavimento, y me decía con orgullo.

—Nada soy; ni siquiera diputado.

Y Romero Vargas hacía una cara tal, que podía creerse pasaba por su mente este triste pensamiento: "el pago tras el pescuezo," que es el galardón de los revolucionarios de buena fé.

Yo, deseoso de hacer una zalamería al amigo que me ha dispensado su favor y su confianza, le dije como por broma:

—¿Ni una curul para vd., mochiller más belicoso de la gallera decembrista? ¿para vd., el periquito más hablador del Congreso? ¿para vd. que si subía á lo más alto de la montaña congresil era para fulminar á los *gochicochinos* terribles amenazas?

—La revolución triunfó,—decia Joaquín,—pero no la legalidad. Mi puesto en el Congreso habría sido, si me hubieran electo, el que me imponía el deber de amigo de un hombre que navega todavía, y cuya nave han desmantelado las circunstancias. Por hoy diré á usted que *duermo y sueño*.

Relámpago fugaz iluminó mi estancia, como esos bólidos errantes que suelen verse en el espacio; fué la robusta voz del patriotismo, que reso

nó en el cuerpo legislativo en defensa del periodismo; aun no están muertos los demócratas de antaño. El Sr. Romero Vargas pronunció un elocuente discurso impugnando el dictámen de esa reforma constitucional, que sellarà los labios del tribuno de oposición y del escrito-independiente.

Alcalde dió lectura à ese discurso, que cautivó mi atención hasta su fin. Yo veo el desborde de la prensa, y aun he deseado su represión, pero no he querido cortar las alas al pensamiento escrito.

Romero Vargar me decía con el acento de la convicción màs profunda:

—Asistimos á las funerales de la libertad de imprenta; pronto no habrá más que un incensario para la administraciòn actual. Mis adversarios, Balandrano y Salas, no contestaron mis razonamientos sino con declamaciones vagas; y en cuanto al primero, solo le afectó que lo comparara con César por lo *chaparrito*.

—Balandrano,-contestaba yo,—es escritor, y como tal, no debía defender el dictámen con la vehemencia de convicción profunda, pues algo ha contribuido con sus escritos à la ilustración de México; más apropósito hubiera sido haberle aplicado por ese desliz las palabras de César, que pronunciarían con dolor sus compañeros del periodismo: "¡Y tú también, Bruto!"

—Ningunas razones hubieran podido variar su propósito de no modificar su dictámen, -decía Romero Vargas.—La ley de imprenta sufrirá los honores de la guillotina, y sus verdugos serán los mismos escritores.

Si la ley orgánica queda en pié, solo habrà querido la comisión destruir ese fuero especial de condenar un escrito por un jurado; parece que éste es el pensamiento cardinal de la comisión.

....

Nuevamente volvimos al tema de nuestra conversación; no era extraño que me interesara saber algunos pormenores de aquella lucha intestina que principió en el campo de batalla y continuó en el terreno de las ideas y las intrigas palaciegas; que plantaron los amigos del general Diaz con audacia y con valor; regaron con sus deseos los amigos del Sr. Iglesias, como Alcalde, Altamirano, Vallarta, Antillón; y que ingertaron también los iscariotes y los héroes de á última hora en un día de triunfo.

—¿Cuàntas heridas sacó usted en ese fandango? -pregunté à Alcalde en tono de broma,- me parecía ver á usted volver á su hogar con banda al cinto y laurel en la cabeza, pero con pierna de palo y un ojo apagado.

—No soy de armas guerreras y destructoras; pero siguiendo las alusiones de vd., que me ha llamado perico y gallo, diré que soy como esas aves, de *pluma*, de *garra y pico*.

—Usted me aseguró en tiempo oportuno, que navegaba con viento en popa. La nave de las circunstancias políticas sintió inflarse sus velas y se lanzó al océano de la revolución.

—Sí, pero sopló el Norte.

—Y se desató el vendaval.

—Y vino la borrasca.

—Y zozobró la nave; y usted, como el perico de los marineros según el cuento vulgar, se encaramó, buscando salvación, en el palo más alto; desde allí decía usted á sus adversarios políticos los lerdistas, como satisfecho y triunfante: "*se.... fregaron; se fregaron*" lenguaje no muy pulcro, pero adecuado al perico de los marineros. La nave, combatida por la tempestad, sê hundía á cada momento, y al llegar el agua á lo más alto del palo, decía usted á sus correligionarios con ferviente desesperación: "*nos.... fregamos; nos fregamos.*

Alcalde, desde el principio de la comparación, sintió el arponazo, y sólo decía que yo era muy rencoroso al recordar hoy lo que estaba olvidado.

—La revolución es como Saturno; devora á sus propios hijos,—me contestó.

—Yo creo que hay más analogía en comparar aquel aborto revolucionario en que vd. tomó parte tan activa, con algunas aves gallináceas que devoran el fruto de su propio vientre.

—Los hombres que formaron el círculo de vd., -me decía,- han tenido habilidad para introducirse en la administración, formado alianza con unos y nulificado á otros de los que fueron los validos más estimados. Hoy ejercen influencia en los destinos del pais; mañana....será otro día. Acaso nuevos hombres gozarán de tal privanza: una elección se acerca: cuatro partidos están en asecho.

Cualquiera diría que este diálogo, que tenía un tono tan íntimo, era una discusión filosófica para preparar una situación más favorable á un terno de amigos que en otro tiempo fueron antagonistas. Yo, hablando en defensa de mis correligionarios, le cité este epígrafe de Solis:

Tres supe ayer que tenias,
Y hoy he sabido otro màs;
Niña, á esta cuenta tendrás
Más longanizas que días.
Las mañas de treinta tías
Amor en tu pecho ha puesto;
Pero ya que estoy dispuesto
A entrar en tu laberinto,
Pasaré por ser el quinto
Por irme acercando al sexto.

Aquí, señor cajista, me corta vd. esta tela de impresiones para que la inserte vd. en *La Libertad*; pero si aun falta verso y sobra tonada, puede vd. completar su número con lo que à continuación se expresa.

IX.

El fallecimiento de un amigo querido, me obligó á llevarlo à su última morada.—La comitiva iría en los tranvías que conducen al cementerio de Dolores à los que fueron números, y hoy son como los ce-

ros, símbolos de la nada. Llevar un difunto no es un acontecimiento nuevo ni raro; pero hay que hacerlo con alguna pompa por *la vanidad*: el carro fúnebre está de luto y adornado con crespones, y hasta los machos participan del mudo dolor; un moño negro donde nace la cola para que el difunto lo perciba, es de rigor. El cochero, ¡ah! el cochero ó conductor debe vestirse también de luto y con traje honesto y decente, como el reglamento del Congreso previene à los diputados se presenten á desempeñar sus funciones; guantes negros de sobresalientes y largos dedos, sorbete con crespón y levita con mangas también muy largas; pantalones remangados, y otros hasta la espinilla; trajes que desechó la clase alta y que hoy sirven para adecentar á los postillones de la muerte. La cabeza es grande; estrecha la entrada del sombrero; este baila un rigodón, y el paciente lo sostiene guardando el equilibrio.

Mucho pesar por el difunto han de tener sus condu ctores cuando no lo han conocido; y tienen que pasar por el ridículo de ponerse levita y corbatín que los pone tiesos por falta de costumbre; decíame uno que no podía *arriar á Bartolo* (así se llamaba el macho por lo flojo) ni *manijar el chirrión*, porque iba abrochada la *chupa* y le apretaba los *sobacos*.

Despues de marchas y contramarchas con el cadáver, y esperas de la *corrida*, nos pusimos en la vía de la tumba, llegando al panteón de Dolores.

Mientras que ensanchan la sepultura y se le dá más profundidad, recorro aquel sitio adornado de flores y monumentos, donde reposan nuestros amigos. Nombres ignorados por mí, pero cuya piedad filial consagra una memoria á los restos mortales de un sér querido. Busco con avidez entre aquellas tumbas el nombre de alguna persona cuya mano estreché algún día. La primera losa me reveló dos nombres que aun me es grato pronunciar: Pantaleón Tovar — Regino Tovar. ¡Gran Dios! yacen aquí dos amigos, y del segundo no tenía noticia de su desaparición de este valle. ¡Friolera! ya resucitó el muerto: un hijo de mi amigo que llevaba el mismo nombre fué la víctima.

¡Cuántas tumbas de hombres ilustres que no deben confundirse en una sociedad tumultuosa porque brillaba en su frente la inteligencia son ignoradas en aquel sitio; las cubre el velo del olvido y el hielo de la muerte.

El espíritu màs vigoroso desfallece ante recuerdos tan melancólicos en el panteón solitario; esparcidas se ven sobre las tumbas las coronas ya marchitas; las flores y los arbustos que embellecen aquellos terrenos áridos, simbolizan la lucha perenne entre las parcas que todo lo entristecen y los vivos que quieren poetizar hasta la habitación de los gusanos.

Mi vista distingue una loza humilde y en ella grabado este nombre: CARMEN. ¡Oh! yo la conocí llena de esperanza cuando le sonreía la vida con todos sus encantos, cuando su existencia se deslizaba tranquila como mariposa entre las flores y los perfumes; cuando era feliz con su piano y los afectos de sus amigos. Sus gracias, su mirar, sus palabras vienen á mi mente; conservo en mi memoria sus expansiones, y por prime-

ra vez vengo à su tumba á mandarle mis suspiros y á consagrarle mis lágrimas como un tributo de amistad y de reconocimiento. Jamás he pisado los lugares que alguna vez frecuentamos sin que venga á mi pensamiento su nombre y el recuerdo de sus bondades. Descansé en su sepulcro; recogí algunas florecillas que han brotado allí, acaso fertilizadas por los despojos de esa amable criatura, de ese sér angélico que endulzó con sus consuelos algunos de los minutos màs amargos de mi vida. ¡Oh Dios! recíbela en tu seno; haz que mis acentos lleguen á su oido para recrearla en el fondo de esa tumba solitaria.

Abandono el lugar de los sepulcros donde resonará bien pronto el canto lúgubre de las aves nocturnas, mientras vuelvo con el corazón contristado ante esa bulliciosa sociedad, á escuchar los graciosos acentos de la Theo. El corazón humano late con las emociones que producen los contrastes.

Vuelvo por Tacubaya á México á una hora en que los tranvías hacen su último viaje. Hago una seña y no se para; asalto y me cuelgo de una correa, con la punta del pié en los filos de una tabla y el otro al aire para conservar el equilibrio; jamás fué, yo lo aseguro, màs gallarda la actitud de Airec ejerciendo su aire-volante.

Uno de cachucha se me presentó:

Llevaba estas iniciales: *F. C. D.*

Las traduje así: *Feo Como Demonio.*

Me tendió la mano sin articular palabra, y creyendo que me saludaba, la estreché con dulce amor y amistad: insiste por segunda vez, y yo torné á besarle la mano fria y huesosa.

—¡¡Boleto!! exclamó con el acento del león africano.

—¡¡Colgado!! le contesté con la respiración sofocada y construyendo como él oraciones sin verbo y sin preposición.

—¡¡Abajo!! gruñó de nuevo.

—¡Adentro! dije tiritando de frio.

—¡Policía! dijo con voz estentórea, enseñándome las tijeras.

—¡Humanidad! fué mi contestación enseñándole los dientes. Si vd. quiere paga por este milagro acrobático, recurro à su equidad; y á su...... Hombre, ¿no le han dado á vd. nunca una bofetada?

—Jamás! ¿muñeco asustadizo?

—Entremos, pues, en arreglos; soy pobre de solemnidad; vea vd. que voy en el aire como alma que se lleva el diablo: daré á vd. cuartilla por el pasage.

—¡No tengo boletos de á cuartilla!

—Pues daré á vd. seis centavos.

—¡No tengo boletos de seis centavos! pronto, ó lo echo abajo

—Saque vd., pues, un real de mi bolsillo, porque no soy dueño de mis movimientos. Cuidado con mi reloj.

Después de esto caminen ustedes en tranvia en el postrer viaje.

X.

Los avances de la civilización regeneran las costumbres, como las innundaciones de los ríos fertilizan los terrenos. El teatro, las fiestas religiosas, el trato social, el amor, las ceremonias epitalámicas, todo ha sufrido una trasformación radical. Nuestras costumbres de hoy no se parecen à las de antaño.

Ya no es el teatro un punto de reunión donde se dá cátedra de moral con la representación de la vida de Santa Genoveva ó la de San Pascual Bailón; ya no se representa el *Moro de Venecia* en que Ottelo se le vestía con el uniforme de general del ejército mexicano; ya no se obliga à los visitantes véspero-nocturnos à rezar el rosario y la caminata como un medio de amenizar la estéril conversación. Todo ha cambiado, y hasta la ternura filial se muestra hoy con más vehementes expansiones que en otros días. La confesión y comunión no preceden como prólogo del holgorio de cumple años; no el papà contrito y rasurado oculta su calva venerable bajo el terciopelo y los bordados de un gorro griego con borla de canelón, ni abriga su abdómen con una bata tolomaica, ni ostenta las pantuflas chaquiroleadas; ya no es el papá quien prepara su propia fiesta y escoje la cuerda con que ha de ser colgado, ni pone el incensario en las manos que le han de mandar el sahumerio de las felicitaciones. ¡Cuán distinto es hoy el sentimiento filial, como es distinto también el modo de expresarlo!

Una familia, con expontaneidad prepara la sorpresa màs agradable á los que son autores de su existencia; se esfuerza cada hijo en elaborar con su propia mano algún objeto útil ó curioso. Los chiquitines rasguean una plana de letra inglesa ó traducen una parte del Telémaco, matizan un tapiz, ó estudian y ejecutan con soltura una pieza de mùsica. Después, toda la familia se acerca á una mesa primorosa, cuyos atractivos exitan el apetito. ¿Qué felicidad puede ser comparable con la que rebosa en una familia en el día solemne de un cumple años? todos rien sin pensar en mañana, en las arterías del destino. La niña que corre tras de la mariposa para cogerla y aprisionarla en un florido vergel, sonriendo con la inocencia de los àngeles; no se fija en el advenimiento de un día funesto en que desaparecerá esa felicidad, en que se eclipsaràn esas ilusiones y languidecerà su corazón. La pérdida del hermano es menos sensible; la de un padre, el tiempo y la naturaleza pueden cauterizar las heridas del alma; mas las pérdida de una madre nada en el mundo puede borrarla; à todas horas ocupa nuestra memoria, ya sea en medio de los círculos más animados ó en el seno de los placeres más agradables. Siempre he leido con admiracion este feliz pensamiento, deslizado en la mente de un hijo ante el cadáver de una madre.

"Puede un amigo leal
Suplir la falta de un padre;
Al cariño fraternal
Suple el lazo conyugal....
Más nada suple á una madre."

Por esta causa vemos el ahinco con que los hijos festejan el grandioso día; también en la familia entra el estímulo, y nadie deja de contribuir á hacer una coquetería afectuosa al sér más caro. En esa fiesta de familia que se celebra en el hogar, toman parte los deudos y los amigos; el trato social más civilizador, los destellos del progreso, han hecho partícipes del gran júbilo á una parte de la sociedad. Las Lolas las Pepas, las Conchas y Guadalupes, nos hacen salir de quicio y dan impulso al comercio, protejen las bellas artes y animan todos los círculos. Preguntad à los comerciantes y os dirán que en los días de cumpleaños duplican sus ganancias, exhiben los vistosos trajes y los dijes más deslumbradores; los abarroteros realizan sus esquisitos vinos y pescados, es decir, sus comestibles y *bebestibles* (?) Preguntad á los zapateros, á los músicos, á las modistas, y os dirán que en tales días se muestran pródigos sus parroquianos en gastar dinero. Las tertulias, los días de campo, los expléndidos saraos, muestran todo el lujo que una sociedad culta ostenta en aplauso de un sér querido.

Pocas son las naciones en que se celebra el natalicio de algún miembro de la sociedad, pero en cambio las recíprocas felicitaciones están designadas para el día de *año nuevo*. Unir la cola del que se vá con la cabeza del que se viene; estar en la orgía más placentera la última hora del año y unirla como con una cadena màgica á las horas primeras del año nuevo; celebrar esa transición de la vida espirante à la vida naciente, al lado de una familia y algunos amigos predilectos, en distintos círculos, y enviarse mutuamente regalos como símbolo de amistad, y como expresión de un deseo satisfactorio de próspera felicidad en el nuevo año. Tales son las costumbres que sustituyen á las felicitaciones del natalicio en otros paises; por eso vemos agitación febril en este día en los círculos extranjeros, y tibieza en los días que conmemoramos. La sociedad mexicana no abandona sus tradiciones, y sí adopta nuevas costumbres; los numerosos santos del almanaque, aristócratas del santoral, presiden espléndidos festejos; desgraciado del que se llame Cleofas ó Macario, porque nadie se acordará de felicitarlo; las posadas, las rifas de compadres, el árbol de Navidad, el año nuevo, forman en nuestras costumbres un consorcio singular; nacionales y extranjeros toman parte en esas expansiones, y todos gozan con los destellos de una cultura siempre en progreso aun las personas extrañas á un círculo y á una familia son partícipes del júbilo en un día memorable.

Con motivo del cumpleaños de un amigo, su familia invitó á una parte considerable de su círculo social á que fuera actor en su placer; sus recomendables hijas fueron artistas en esa noche; sus amigas afinaron su voz y templaron sus instrumentos; con cuánto júbilo manifestaron esas bellas, cándidas palomas del hogar, siempre felices, el aniversario del autor de sus días; sus amigos contribuyeron gustosos, ávidos de manifestar sus simpatías, á esta fiesta de familia, como una ovasión afectuosa, como una apoteósis de amor y de reconocimiento á quien ha sido buen esposo, excelente padre, amigo leal y sincero.

Nosotros no fuimos actores sino invitados á oir; la familia ha ocupadó siempre un lugar predilecto en nuestra simpatía y en nuestra ad-

miración; por eso sentíamos las emociones màs agradables á cada nota que escuchábamos de la orquesta, y à cada modulación que producía la garganta de las simpáticas hermanas. Ese afecto, ese amor filial, es la parte angélica del bello sexo; como esas hijas incomparables son todas las mexicanas.

La concurrencia fué expléndida y numerosa; el precioso salón de la sociedad filarmónica francesa estaba completamente lleno; era un jardín donde se admiraban las matizadas flores de una selecta sociedad; botones que pronto se abrirán para embalsamar nuestro ambiente en esas reuniones encantadoras con que las distintas sociedades, guiadas por el amor al arte, nos deleitan y nos seducen.

Jugaron con fuego los artistas improvisados, y el fuego de su inspiración cundió como una chispa eléctrica para herir nuestra alma, para hacerla conmover en las palabras más elocuentes de la hija que celebraba el aniversario de su padre.

....

....

La encantadora Srita. T......cantó con una gracia incomparable la preciosa romanza *un tiempo fué*......y los concurrentes, con animación y galantería, y más que todo, con justicia, aplaudieron á la simpática artista, haciéndola repetir las piezas. También mereció esos honores el coro final del segundo acto, pues tal manifestación de gratitud fué dirigida á las tres hermanas y à los amigos que tuvieron la complacencia de contribuir á la conmemoración del día.

No sé qué encanto esparcen esas fiestas de familia; tienen una fisonomía, un sabor peculiar que nos deleita; ¡qué afectos nos infunde un grupo de amigos al hacer el sacrificio de exhibirse, de estudiar, de gastar el tiempo para decirnos con modestia y suplicándonos: "tenga usted la bondad de asistir á nuestra fiesta," y como un refinamiento de bondad muy propio del carácter mexicano, darnos las gracias porque hicimos el *favor* de asistir, y à mayor abundamiento, decirnos que dispensemos no haya sido el espectáculo tan expléndido como merece nuestro delicadísimo gusto. Esto es lo sublime de la bondad, porque también es muy sincero. Nosotros, no sólo estamos agradecidos por la invitación, sino que nos parece que hemos tomado parte activa en contribuir eficazmente á celebrar el natalicio de un amigo.

Dichoso el padre que tiene á su lado esos ángeles divinos y que muestran su adoración con tales rasgos de filial ternura.

XI.

Trascurrieron los días de mortificación en que la rígida cuaresma nos puso escuálidos, y la Semana santa contristó nuestro corazón. Volvemos á la sociedad; frecuentamos nuestro círculo; oimos de nuevo el acento de nuestros amigos, y esto nos encanta como si entráramos de nuevo á la vida, ó como si tornàramos á nuestra patria después de un largo destierro.

Continuamos nuestras tareas, y andamos siempre à casa de impresiones. Los teatros abren sus puertas y exhiben sus novedades, es decir, sus notables artistas, para no abdicar los atractivos que sujetan mal de su grado á un público que se acostumbra á la vida de molde, y no abandona su costumbre de concurrir al mismo teatro, en su misma localidad y recorriendo las mismas calles. Nada diremos de las clases de espectáculos que le son agradables, y que hasta cierto punto le preocupan, creyendo sean los mejores.

A los afectos á la zarzuela, no les hableis de la ópera séria, ni de la compañía de verso, ni de la tragedia italiana; acostumbrado su oido á una música cancanera, y su vista á la figura caricata de un personaje ridículo, lo selecto, clásico ó sublime les parece indigesto. Tal divisićn la encontramos tan marcada, que en un mismo teatro, y bajo la dirección de igual empresa, una familia se divide; cada parte se abona á función par ó impar porque han de ser sérias ó cómicas segùn son de su agrado.

Si este es el espíritu que domina á nuestro pùblico ¿qué extraño es que á nosotros nos alcance también tal preocupación? Somos monómanos, y solo asistimos con entusiasmo al teatro donde se representan muy al vivo y con sabores de realismo, los acontecimientos de la vida; como por campanada de vacante ocurrimos á oir los trinos de una cantatriz de fama siquiera para que no se escapen esas notabilidades sin dejarnos un recuerdo, una grata impresión. No quiere decir esto que seamos refractarios á la música, sino únicamente entusiastas por otra clase de espectáculos que nos causan impresiones màs gratas.

Alguna persona, por cierto que es de una instrucción profunda, nos decía que él era una de las muy pocas personas que había en el mundo á quienes no agradaba la música, y esto decía, aùn á riesgo de incurrir en el anatema de Calvino, fulminado en estas palabras: „el hombre á quien no agrade el vino, la música y las mujeres, es un idiota.„ —No sé hasta qué punto podría usted exagerar tal sentimiento, pero sé que aun los irracionales se encantan con las armonías y las melodías de algunos instrumentos.—„No á todos,-me contestaba,- porque he visto algunos que al oir la música huyen espantados, ó permanecen indiferentes royendo un hueso.„

No puede delinearse con más donaire la caricatura del mal gusto ó la idiotez.

Nosotros no quisiéramos ni por un momento imaginar que fuéramos tan insensibles á la impresión de la cadencia que huyéramos de proposito de los teatros Nacional, Arbeu ó Principal. Pero hay en nuestro círculo personas tan amables y tan instruidas, que pasamos á su lado las horas de la noche sin sentirlas: para cierta edad y condición, los espectáculos infunden tédio y buscamos un refugio á nuestro espíritu en el trato íntimo de nuestros viejos amigos, y un solaz en los recuerdos de la infancia y de la vida de colegio. Los jóvenes no creen en los placeres que el hombre maduro y el anciano encuentran en esa vida monótona; día vendrá en que ellos también compongan su peluquín, y se quejen de la gota al lado de los compañeros de la infancia; nos complacemos nosotros recordando nuestras campañas á las órdenes

del General Filisola ó de Bustamente, suspiramos por los tiempos en que regía la sétima base de Tacubaya, más elàstica que el cauchout, y salimos de quicio recordando las formaciones del 5 º de caballería, llamado *los tamarindos*, la marcha de la *cívica* y los ejercicios de los *polkos*, especialmente el batallón de „*¡ay mamá!*„ que nada tenía que envidiar á „*los zuavos de Tenoxtitlán.*„

Dejemos pues nuestra estancia, y echemos una cana al aire, como dicen los *lagartijos*, nueva denominación que no conocíamos; *verdearemos* un momento; echaremos una mirada casi modesta á una señorita de poético sombrero *mosquetero* ó de prosaica *capota*; un feo, cuando ménos, infunde respeto, si no es que provoca *hilaridad* à un manojo de pollas tiernas ó roncas; válese que en este mundo, lo dice un adagio, nunca falta una media rota para una pierna podrida: si estamos ya dando la espalda á las garitas de la vida, tal vez demos frente con algunas que se encuentran en el ocaso de su esperanza, y quieran parodiar el entusiasta hijo de Jalisco, que tiene por lema, „si no conquista arrebata:„ si á nosotros nos faltan simpatías, y con ellas los atractivos, nos sobra la experiencia y con ella la gravedad. Consolémonos nosotros mismos, à falta de un pincel caritativo que nos pinte el porvenir color de rosa.

Ya divisamos las puertas del circo Orrin, y estamos adentro. Un murmullo lejano llega á nuestros oidos. ¡Jesús! ¿se ha reventado el Limbo? cuatrocientas chicas, inquietas y golondrínicas invaden como avalancha la gradería del circo; son las educandas del Hospicio y sus convidadas; del lado opuesto, y como para conservar el equilibrio, aparece la gusanera masculina del mismo establecimiento, ávidos de ver grátis, merced ó la munificencia y galantería de los hermanos Orrin, un espectáculo encantador. El gobernador del Distrito, acaso el Minisnistro, como un nuevo San Vicente de Paul de la niñez, promuven para sus hijos ese rato de solaz. ¡Ay! solo el que fué pobre en su infancia puede apreciar en todo su valor ese día de felicidad en que se pueden ver vivos el elefante, los camellos y las fieras, que un muchacho solo conoce dibujados en el silabario. Son tan caros esos espectàculos para la juventud naciente, para esa juventud, esperanza de la patria; ¡dos reales por ver el circo, las fieras y los monos!pero. . . . ¿con qué ojos divina tuerta? exclamaría más de algún mocoso en nuestros días, como exclamaba yo cuando tenía siete años al saber que un elefante iba à exhibirse *por cuanto vos disteis*, como claman los billetes al portador que reparten las fábricas de cigaros: yo ofrecí al payaso montarme gratis en el colmillo del gigante animal si me metía de violin á la diversión; debido á tal extrategia conocí en mi niñez á esos portentos del Africa ó del Asia. Comprendemos el alboroto de esa juvenil gusanera; y á nombre de mi patria damos las gracias à los hermanos Orrin; creemos que ha sacado ànimas del Purgatorio; que es cuanto hay que decir.

Para los niños pobres, que se educan en las casas de asilo, es un día de gloria concurrir á los espectáculos; no olvidarán jamás esas impresiones. ¿Por qué en todas partes no se proporciona á los pequeñuelos esos estímulos que les prepara el corazón para hacsr el bién?

XII.

Desde Noviembre està dando funciones diariamente esa empresa, y en algunos días las hay matutinas, vespertinas y nocturnas. Á fuerza de presentar novedades artísticas se sostiene el interés constante y aveces creciente en un público que va en pos cada día de nuevas impresiones. Allí vereis los ejercicios más sorprendentes, y que cautivan nuestra admiración. A Miss Ormond, graciosa y gallarda; á Mr. Ricardo Bell, ya dominando á sus magníficos caballos, como no lo haría el mismo Alejandro, el más diestro ginete de la antigüedad; ya formando las posturas más difíciles y galanas al aire, ó apoyàndose levemente en un corcel que parte con una velocidad vertiginosa. Miguel Angel y Canova no soñaron jamàs reproducir con su cincel las actitudes de esos grupos, ni con más encantos que el que la simpática Ormond imprime variadamente á sus ejercicios ecuestres; contribuye á deleitar nuestra vista los graciosos trages y su sonrisa angélica. El público la mira con cariño y la aplaude con agrado. No hace muchos días que al emprender un acto ecuestre difícil y peligroso, contuvo el caballo su carrera, á consecuencia del imprudente movimiento de un repartidor de anuncios; la amazona cayó al suelo, sufriendo una lesión dolorosa, todo el mundo se ha interesado por su restablecimiento, y esto muestra marcadamente sus simpatías.

¿Puede llevarse la bella ilusión más allá de los desiertos del Asia, y de las regiones glaciales? Sobre una superficie plana, formada de madera, vemos deslizarse dos figuras humanas; se acercan á nosotros, y se retiran como figuras de una linterna màgica; se mueven en todas direcciones, y en su marcha mesurada no observamos el balanceo de su cabeza, ni el esfuerzo para mover una pesada mole bajo la presión de sus piernas. Lily gentil, como las bailarinas de Canova, nos parece deidad del paganismo, ó una de las ninfas de la diosa Eucaris. Al lado de su compañero emprende los pasos más peligrosos, y se desliza en febril agitación al violentísimo compàs de una música armoniosa. Bajo la salvaguardia de las leyes del equilibrio se hacen los cambios más difíciles, que sería imposible imitarlos sobre una mullida alfombra, y con un calzado de alto tacón. Esto se llama el *arte de patinar*. Nada en nuestra patria hemos visto más singular: diputados hemos conocido que se deslizan tranquilos por el filo de una espada: militares que atravesarían el Niàgara sobre un cable restirado ó un alambre flojo: periodistas de vista gorda que en el viento harían dos y hasta tres maromas como los hermanos Karls; empleaditos que caen parados como los gatos, ó se trepan con donaire por la percha egipcia de un circo político; munícipes y senadores que como el mulo Punch ó el caballito Mosca, obedecen los mandatos de un mayoral; todo esto hemos visto en el trascurso de la vida, pero no habiamos soñado en esos *patinadores* tan hábiles que sin perder el equilibrio hacen tales prodigios. ¡Paso, paso à la perfección del arte! admiración para la simpática Lily, y un aplauso para Fletcher que nos ha de enseñar sus habilidades, para que nosotros las apliquemos

à la política, sobre todo sus difíciles juegos malabares, y su nunca bién aplaudida caricatura del ruso aprendiz.

Viene después Bell, con sus graciosas gesticulaciones, su música del flautín, sus caidas estrepitosas y sus indirectas del Padre Cobos, que pueden arder en un candil; nuestras amables concurrentes ríén con tales gracejadas, y sienten deslizarse la vida en medio de los placeres más agradables.

Nuevos artistas hemos admirado en estos días; el hombre del fuego, hábil prestidigitador, que iniciado en los misterios y adelantos de la química, toma en los labios un pedazo de estopa, y arroja chispas como la chimenea de una locomotora. La ágil Geraldina y pequeña Jeri que á tan gran altura hacen los ejercicios más aterradores. Para no exitar nuestros nervios y calmar nuestros temores, se pone una pequeña red que evite una desgracia; esto es una ilusión; un desliz, un ligero vértigo ocasionarà la muerte aunque la víctima caer pudiera entre los estambres de una red: el yokó, mono del Brasil, no hace sus evoluciones con màs gallardía que esas dos artistas sobre el doble trapecio, y su descenso en el cable con solo una vuelta al derredor de una pantorrilla, y con el cuerpo al aire fuera del centro de gravedad. Ya comenzamos á creer que el género humano desciende del mono, y que Dios quiso darle al hombre inteligencia en cambio de suprimirle el rabo. Lamentable cambio! cuànta donosura no daría al hombre y hasta à la muger ese adminículo tan útil à los animales! Figuraos al hombre haciendo piruetas sobre un ladrillo para saludar con las dos manos, y agitando el sombrero con la cola; figuraos á nuestras pollitas encolando el abanico por todos lados, y dirigiendo con tino certerísimo los gemelos en el teatro. ¡Cuàntos prodigios no harían los acróbatas y los que no lo son si pudieran disponer de un rabo tan amaestrado!

XIII.

19 de Abril.

Esta fecha es memorable por ser el día en que vino al mundo Crescencio García, uno de aquellos séres que dejan en su paso un reguero de beneficios. Fué el mejor de los hombres; en él se encontraban todas las virtudes y la negación absoluta de todos los vicios. Duerme ya en paz y yo aún no he visitado su sepulcro, única expresión de agradecimiento y de cariño que me es dable tributarle. Amaba á su madre, á su esposa y á sus hijos; todos los bienes que el cielo le concediera los compartía con estos objetos tan caros à su alma. ¿Qué puede valer mi gratitud para un hombre que habita otra mansión? Su esposa y sus hijos necesitan en este día el consuelo. Me dirigí á su casa, y al pisarla, se agruparon á mi mente los recuerdos del pasado.

Hoy, por primera vez en su aniversario, vengo á contemplar la desolación de una familia cuyo hogar era un Eden, porque lo animaba con sus bondades el más leal, el más sincero de los hombres; hoy está triste porque pasó por sus umbrales la inexorable, la más funesta de las sombras. Me anonadaba la idea de presentarme, porque mi presencia

evocaría tristes reminiscencias si mis emociones, mal disimuladas, revelaban la angustia del alma.

Yo, sensible á los beneficios, herido por sus afectos, he sentido avivarse año por año la herida que dejó en mi alma pérdida tan funesta. Benditas sean las lágrimas si ellas brotan como un raudal para caer al corazón agobiado por los pesares. ¡Cuán difícil es disimular el dolor y engalanarlo con el ropaje de la alegría; es un agravio, es una traición á la gratitud aprisionarlo dentro de los límites de un deber artificioso y compasivo, por no lacerar otros corazones que sufren, que están en el mismo secreto y con idénticas ficciones.

Esta fiesta solo podría ser imaginariamente conmemorativa para un hermano de quien ya no existen sino los despojos de su mortalidad, el recuento de sus virtudes y la memoria siempre cara para los que le amamos. Grande y solemne parece este día y sin embargo, cada familia, cada individuo en la sociedad tienen una fecha grata ó fatídica, ya sea para simbolizar la felicidad, ó porque representa los rigores de las Parcas.

¡Amistad santa! solo en tus brazos podremos consolarnos de las asechanzas del destino derramando una lágrima, ó bien al dar expansiones á nuestro espíritu en el borde de una copa, ó entre los arpegios de la música. Pero en este día, ¿qué inspiraciones pueden brotar á nuestra mente, por gratas que sean, que no vayan á posar sobre la losa fría de algún sepulcro?

Allí, allí están formando un grupo los séres más queridos, los pedazos de mi alma, vestidos con el negro crespón que simbolizan sus pesares, mústias sus frentes, humedecidos sus párpados. Concha, Lupe, Angela, Tomasa, Luisa, Luz, y, descollando también para cubrirlas con su sombra veneranda, la madre de mi amigo. ¡Ay! Objetos idolatrados! llorad, llorad, pero bendecid á la Providencia: no han concluido aún los rigores de su Justicia, como no se ha agotado tampoco el raudal de sus beneficios.

Yo he visto agitarse bajo este recinto personas adorables formando los eslabones de una cadena en la gran familia y que también bajaron à la tumba; yo á mis solas las recuerdo una à una, y en mi pobre corazón quedaron eternamente grabadas sus bondades. Permitid á un viajero, amigos miós, estas tristes memorias, flores marchitas del pasado, porque él tomó parte en vuestros placeres y viene hoy á tomarla también en vuestros dolores, á confundir por primera vez sus làgrimas con las vuestras.

Yo sentía las expansiones màs dolorosas: no era este día nuncio de fiestas agradables; cada palabra mostraba un secreto pesar. Al lado de aquella familia, y atraida por una antigua amistad, había otra que yo no conocía, que nunca había visto bajo aquel techo en los días de nuestros festines. Algunas frases humorísticas, como para disimular un mudo dolor, nos cambiamos íntimamente; yo comprendí que también el deber animaba aquellas personas para mí extaañas, y que iban á endulzar con sus consuelos la amarga copa del aniversario en esta fecha. Acaso también aquellas criaturas habrían sufrido ya los dardos de la des

gracia, y tendrían que elevar á Dios sus fervientes ruegos desde el lugar de los sepulcros y exalar un suspiro ante los restos frios de un padre adorado.

Durante nuestra conversación, yo quería adivinar por la expresión de unas fisonomías simpáticas, ya indiferentes, animadas algunas veces, ó veladas por las sombras de los pesares, alguna historia interesante.

¿Por qué feliz casualidad nos encontràbamos reunidos en este recinto?

¿Obedecían como yo, á los impulsos de un mismo mandato? ¿Acaso sería este incidente el preludio de otros acontecimientos notables que inspiren á mis memorias algún creciente interés? ¿seré yo para lo futuro quien tenga que narrar en mis privadas impresiones bellos episodios epitalámicos, cantos entusiastas en aplauso de acontecimientos grandiosos, ó descriptor, como en esta vez, de escenas luctuosas que vengan á enlutar mi pluma?

En algunos momentos de reflexión, sentía las inspiraciones del bien hacia aquellas personas desconocidas que exitaban mi curiosidad.

Yo he asistido à las fiestas de la patria estrechando la mano de hombres prominentes que rigen sus destinos. He asistido á sus reuniones clásicas donde la elocuencia formó las coronas de tantos héroes y sus gloriosas apoteosis.

He visto cruzar ante mí mujeres hermosas en quienes los diamantes y las perlas realzan su angelical belleza, sonriendo con agrado, y deslizàndose caprichosamente al compás de una danza.

Han llegado hasta mi oido las historietas más interesantes que forjara el amor ó desvaneciera el desdén; escuché los suspiros de la juventud que contempla los dorados horizontes de su porvenir, y la aurora de su dicha, entre las copas de la orgía y los encantos del sarao.

En la sociedad he sido testigo de tantas escenas que sellaron la felicidad á muchos hombres al lado de mujeres añgélicas, llegando al altar cubiertas con el velo de las vírgenes, ceñidas las frentes por las coronas de azahar y rosas blancas.

Jamás he sentido preocupada mi fantasía con ideas màs confusas, podría decir, más caprichosas, queriendo adivinar en la fisonomía de aquellas criaturas que por primera vez veía, alguna historia interesante. La una se llama *Estrella del mar*; la otra la designaremos con el nombre de *Angélica.*

Estrella, muy jóven aún, es un botón que se abre á los primeros albores de la mañana. Risueña, inteligente, sincera, su existencia se desliza como flor que un manantial lleva entre sus ondas. A sus ojos de un color café oscuro, sombrea una negra pestaña, y su sonrisa anima su semblante cuando expresa alguna idea humorística. Sus facciones, de perfilados contornos asimilan un tipo egrégio; su acento, de un timbre cadencioso, es la expresión de su alegría característica. No ha sentido aún el dardo que hiere el alma y que viene á transformar en sombrío un halagüeño porvenir. Feliz será siempre si el destino conserva sus ilu-

siones de hoy con el esplendor de una dicha innacabable, y la realización de los ensueños de felicidad con que se adormece. Su alegría constante, su mirar fijo y benévolo, las frases cariñosas con que reviste aún sus más frívolos pensamientos, y que son las inspiraciones de su sensibilidad, le concitan la admiración de cuantos disfrutan de su trato.

Angélica es un tipo diverso. Reflexiva, un tanto cuanto circunspecta, no aventura una palabra sin meditar su sentido màs conciso como para expresar con vigor una idea razonada; sensible á las expanciones de la intimidad, inspira confianza cuando recoge en su oido los clamores de la desgracia, ó las melodías que salen del alma al gozar en un momento de júbilo. Sus respuestas, un poco tardías, traen siempre el sello de la reflexión como temerosa de aventurar una sílaba que revele sus más recónditos secretos. Su mirar es lánguido y reposa un instante sobre algún objeto, adquiriendo un tinte de melancolía. Hay en su mirar ese encanto que atrae, que seduce, que avasalla las voluntades, que las sujeta al imperio de sus atractivos, como si ejerciera con solo el magnetismo de sus pupilas el irresistible poderío de la fascinación. Su semblante parece velado frecuentemente por un velo de tristeza, y solo se ostenta risueño cuando percibe los acentos que murmuran el placer, la felicidad de los objetos de su cariño, ó cuando quiere trasmitir una idea llena de benevolencia.

Poseida de la más exquisita sensibilidad, le afectan en alto grado la simple relación de los sufrimientos, acogiendo bajo su piedad angélica toda queja de dolor, todo acontecimiento que va marcado con el sello de la desgracia.

Durante una conversación en que me refería algún incidente desagradable, daba á sus palabras el énfasis del desprecio ó de la indignación como inspirados en la más severa moral; poco más tarde volvía á concentrar sus reflexiones en esa languidez que encierra su mirar. En ella tan alegre, tan festiva en otro tiempo según su narración, hoy ha cambiado su carácter, encontrando más goces en el hogar, en los afectos fraternales, que en los círculos más animados, que en los espectáculos más deslumbrantes. Su juventud se desliza entre las flores y los perfumes tal vez sin fijarse en contemplar esos celages encantados que muestran el porvenir á una jóven llena de vida, de animación. Tales son en conjunto las impresiones que me ha causado. Interesándome por su dicha, vinieron á mi mente reflexiones de otra especie. ¡Oh! los misterios del corazón, los afectos del alma, suelen revelarse en el semblante con señales indelebles. ¿Será acaso desgraciada? ¿tan jóven y ya el destino habrà nublado su existencia, como si fuera un día triste y sin sol? Casi conmovida me refirió à grandes rasgos la muerte de su padre. He aquí la causa de sus tristezas.

. . . .

Otra persona extraña para mí, era una señora, madre de esos dos ángeles de que ántes hice mención. La magestad de su porte, sus dulces palabras, su interesante conversación, y la severidad que pudo revelarse en alguna fugaz interjección, me hicieron compararla con las matro-

nas romanas que concentraban aquellas cívicas y domésticas virtudes formando del hogar un santuario, del corazón de sus hijas el pedestal de las heroinas, del génio de sus hijos los filósofos y los poetas, los tribunos y los guerreros, que enaltecían á la patria. La moral del Evangelio, su piedad religiosa, la dulce y cristiana resignación en los infortunios, forman su corona; pero su mundana recompensa será la satisfacción de ver à sus vástagos cercanos á concluir una carrera ilustre.

Yo consigno en las páginas de mi àlbum estas pasajeras impresiones, homenaje à los manes de un amigo, como un testimonio de gratitud á sus deudos, y como una débil manifestación de simpatía hacia las personas que me sedujeron con su finísimo trato.

Acaso en el trascurso de la vida, continuando de nuevo mi camino, internándome en el laberinto de una sociedad tumultuosa, vuelva á encontrarme con esos séres angelicales como el viajero que, al cruzar una pradera, vuelve à encontrar las mariposas vagando entre las flores.

XIV.

Visito à la familia á quién recientemente he conocido; es su trato amable y sincero. Allí encontré á dos jóvenes que acaso sean dignos de figurar en estas impresiones: el uno por sus escentricidades; el otro por su intimidad con Estrella.

Este último se llama Julio, su edad manifiesta veintidos años, y es de un continente agradable: su cuerpo es esbelto y bien formado. Posee un óvalo contorneado desde el límite de su frente hasta la barba, y los pómulos poco perceptibles se desvanecen en una línea curva para confundirse en las oblícuas de sus mejillas. Sus ojos pequeños de un color verde gris brillan dentro de sus órbitas con esos destellos que revelan una clara inteligencia. Poco marcada es la línea que arquean sus cejas, y corto el espacio que separan entre sí sus dos lacrimales: su nariz es regular, y recta la línea que le da forma, sin el recorte unduloso que da expresión marcada à todas las fisonomías. Estuvo con migo poco espansivo, y á mí no me era posible iniciarme en su amistad; solo mediaron entre nosotros algunas frases de cortesía. Acaso mi semblante, marcado á mi pesar con un aire de adusta severidad, le parecería nuncio poco aceptable en sus afectos, con solo unos instantes que permanecimos bajo un mismo techo. Si yo fuera su amigo íntimo, formaríamos ese lazo que con suave atractivo acerca y une los sinceros, los nobles sentimientos; ellos se sobreponen sin trabajo á las desigualdades de la edad, del caràcter y de la posición social, cuando pueden ponerse acordes las simpatías de un interés común ó de un cariño fraternal.

Yo procuraré con señales bien espresivas y urbanas iniciarme en su intimidad; si no la aceptare, aguardaré á que el tiempo pueda borrar las repulsas y pueda juzgar mi caràcter sincero y sin dobléz.

Tales son los antecedentes que me hicieron adivinar la recíproca inteligencia de esos dos jòvenes que parecen nacidos el uno para el otro.

Estrella ama á este jóven y acaso es su primera impresión. ¡Cuán

brillante será la contemplación de su porvenir á esa pareja desde las playas encantadas de su tranquila existencia! Esos primeros albores de la vida, ese sol que nace cada día tras los horizontes de un mar sereno; ese cielo azul y trasparente, esas estrellas y luceros, como reguero de ilusiones que una niña contempla enamorada, febril, al lado del objeto de su cariño.....¡Pobre Estrella! tan joven, tan sensible, ama con el candor de la inocencia, con el fuego del alma. Julio es su Universo; Julio es su adoración; por él vive; por él respira; para él son todos los latidos de su corazón. Nada serán á su lado los pesares; nada los sinsabores de la vida, porque le ama con abnegación. ¡Estrella! siento por tí el más vivo interés: yo no quemaré incienso en aras de tu amor, pero admiraré tus encantos y me recrearé en tu dicha, si me acogieres benigna bajo las alas de tu amistad. ¡Bendiga el Señor tu amor, y con mano pródiga esparza flores en tu camino!

¡Qué feliz será el hombre que posea tu corazón! se deleitará en tu mirar; se extasiará contemplando tu sonrisa.

Yo le inspiraré confianza; le sentaré á mi lado como lo haría con un niño; de la manera más afectuosa, le hablaré de tí, de tus virtudes, de tu profundo amor.... Yo le diré: "posees el corazón de un ángel, Julio; ama à Estrella con la ternura de una alma juvenil; no lastimes su corazón; no la hagas derramar una lágrima que entolde el cielo de su ventura: ¡pobre niña si llegare à sentir debilitado su afecto! Julio, ama á Estrella, adora sus perfecciones con toda la ternura de un amor delirante; vela por su dicha aun después que la lleves al altar y te unan á ella indisolubles lazòs: yo amaré á los dos, y lleno de júbilo contemplaré la era divina de tu felicidad.

No viertas una palabra que lacere su corazón sensible; las lágrimas que brotan à los ojos de una tierna niña, queman el alma y esterilizan sus nobles sentimientos. Dios bendecirá tu unión; tu vida será una tarde apacible y serena, sin nubes y tempestades."

....

Otras dos jóvenes que más tarde he conocido, son hermanas de Angélica y Estrella. Una se llama Luz boreal; la otra, Rosa.

Apareció á mi vista la primera como esas ráfagas de fuego que iluminan las regiones polares en sus noches eternas.

Su cuerpo esbelto es de una expedición flexible y graciosa, y arrastra con donosura la falda de su largo vestido. El aire de familia, sus ojos claros y su pelo de un color que se asemeja al de las espigas del trigo, cònserva con sus hermanas un perfecto parecido. No hay en su fisonomía rasgo alguno que pudiera revelar la severidad, los banales sentimientos, ni la frivolidad de un carácter poco amable. Por el contrario, toda su fisonomía es el espejo de una alma que rebosa la bondad: su sonreir jovial y sin artificio muestra un corazón de paloma, colocado bajo el capelo diàfano de la humildad sublime.

Sus virtudes característícas subyugan las voluntades; ellas se muestran por sí solas con candoroso descuido, y con la sonrisa del inocente niño.

Sus palabras se escapan de sus labios sin las alteraciones de la voz al espresar contrarios afectos, articulàndolas con apacible suavidad. Es imposible verla y oirla sin sentir hacia ella una admiración profunda.

Durante nuestra conversación, tímida, como la que es posible tener con una persona á quien por primera vez se mira, me habló de su esposo ausente, de sus esperanzas de pronto regreso, contando día por día y hora por hora el tiempo en que su esposo estaba ausente.

La contemplé un momento con éxtasis al ver á su hijito en sus brazos, ostentando con maternal orgullo al fruto de su amor.

Allí podría inspirarse Rafael para pintar otro cuadro inmortal.

Una joven que revela todo lo que necesita de sublime y de divino una faz angélica; un niño descansando en el regazo, perfecto en sus formas, bello y simpático en su conjunto, de ojos grandes y azules como el éter purísimo del cielo; ocultando sus manecitas entre las blondas de un vestido, vuelta la faz hacia mí con fijo mirar y semblante alegre; su tez es suave y finísima, imitando el color sonrosado de la concha. Al verme tendió los brazos hacia mí, y yo le acaricié con entusiasmo y admiración.

Nada es comparable al júbilo de una madre que mira tributarle caricias à su hijo: él es el constante eslabón que une entre sí el alma de sus padres: él es un símbolo de alianza y de ternura entre sus deudos; él, en fin, quien armoniza todas las simpatías, todas las afinidades entre sus padres y una sociedad egoista; el llanto del niño en el hogar es el realismo y la corona de la felicidad más perfecta; una cuna vacía es la noche tenebrosa en un consorcio, que no se anima y alumbra sino con el primer vagido del niño que viene al mundo.

Propicio el cielo conserve á esta virtuosa jóven su inmensa dicha, su sin igual ventura, la vida de su hijo, y la tierna solicitud de su esposo.

En este poético vergel descuellà un tierno botón de Rosa que aun no sale de su infancia, y que se adormece con los ensueños de la inocencia. Canta como si sus gorgeos fueran los trinos de los pajarillos que anuncian la alborada: rié como si el timbre de su voz imitara los arpegios lejanos de una flauta.

¡Corre y salta por las praderas, Rosa inocente! siendo el encanto de tu madre, de tus hermanos y de tus amigos; gozá de tu felicidad bajo ese techo màgico en que se meció tu cuna; aprisiona las mariposas; corona tu frente con las violetas, imágenes de tu vulubiliadad y emblemas de tu candor: día vendrà en que recuerdes melancólica estos placeres de la infancia; en que te conmuevas al cruzar las mariposas; en que derrames tus lágrimas en las corolas de las flores; porque tu corazón latirá movido por otras sensaciones; en el fondo de tu pecho naceràn los suspiros, como la fragancia que está depositada en los cálices de esas rosas que hoy deshojas con deleite.

Entre las personas que frecuentan el trato de mis amigas, existe uno á quien daremos el poético nombre de Clarín del Bosque.

Su cuerpo es chiquitín; vivo su genio; el óvalo de su faz es casi circular; propenso constantemente al buen humor, busca la discusión para formar la caricatura de lo que no merece su aprobación; muestra con franqueza sus escentricidades, y tras ellas se percibe un cerebro vacío.

Desde luego concentra y busca pretextos para lucir su instrucción escolástica, y el apego que tiene á los principios de una religión ultramontana.

Amenazado don Clarinete de una debilidad nerviosa que podría desarrollarse mentalmente con el estudio, abandonó la carrera de las letras, sofocando sus propensiones al saber; pero busca una salida á las exuberancias de sus deseos, ávidos de sensaciones enérgicas. La política, la amistad, la religión, el amor. He aquí lo que forma en su imaginación un Edén, y que es un raudal inagotable de placientes distracciones. En todos estos afectos forma un ideal, y le tributa adoraciones como si fuera su becerro de oro.

En polítiea tiene ideas que fraternizan con las de la Iglesia católica romana, para patrocinarla y ejercer la exclusión de todo culto erróneo. No sería extraño que proclamara el advenimiento de otra época lejana en que le viéramos á él mismo arrastrar con orgullo y con donaire el manto de los insignes caballeros de la órden de Guadalupe. Su pesadilla son las teorías soñadoras de los liberales inconsecuentes y perseguidores de la religión.

Afectuoso con sus amigos, le parecen pocas y débiles las demostraciones familiares, si no las acompaña de actos más insinuantes, aunque sean rechazados por hombres graves; no se contenta con saludar haciendo una cortesía y pronunciando una frase; se abalanza á su amigo con ardimiento, y al aire los brazos, como las aspas de un molino de viento, conociéndosele ímpetus de imprimir en el carrillo un ósculo á la francesa, y da un sofocón contra su pecho á la inocente víctima. Es dulce, afectuoso, insinuante, y en materias de cariño, es lo que podriamos llamar *la pura miel.* Sus delirios no soportaron la orfandad, y busca cualquier padre adoptivo que le preste su nombre. Cuéntase que al encontrar en la calle à su papà postizo, lo asalta, lo constriñe, y lo lleva en sus brazos de una acera á otra como si fuera un nene travieso y zalamero; se habian trocado los papeles; él era quien llevaba á su papà á regalarle dulces, á comprarle un rorro de pelo rubio y rizado, que cierra los ojos al recostarlo, y que si lo oprimen el vientre dice muy claro "papà y mamá". ¡Qué amor tan entrañable y antojadiso!

Para padre adoptivo de un monómano, es muy apropósito un tonto: no fué desacertada la elección.

En cuanto al sentimiento religioso lo tiene tan desarrollado, que pertenece nada menos que á una sociedad de propaganda; es un verdadero clarín para tocar llamada á todos los sócios al inaugurar fiestas en los templos, ó al participar cuales son los altares donde se aplican más sufragios á los fieles difuntos. Para una sociedad tan laboriosa es un potosí ese don Clarín de pico de oro.

Las afecciones morales no siempre estàn en ebullición, y don Clarín entonces no se anda por las ramas: levanta á Dios el alma y los ojos al cielo en busca nada menos que de un ángel que se humanice. En algunos lúcidos intervalos se distingue por su buena elección; no ha cogido todavía un tabaco para fumarlo por la lumbre; admira la belleza y adora la virtud; ¿qué más prueba de cordura podría dar el más avisa-

do de todos los hombres? Alguna vez saca el pié del justo límite, suspira y se enternece; prepara sus baterías para dar el asalto á un corazón.

He oido decir que alguna vez, excitado su sistema nervioso, cayó de rodillas ante una niña, en plena concurrencia, solicitando,—¡Santa Tecla nos ampare!—estrechar la blanca mano, que al fin arrebató, y quiso imprimir en ella el signo más humilde que pueden expresar unos lábios rojos. ¡Pués no era nada lo del ojo! Se le podría perdonar el atrevimiento siquiera por el buen gusto.

De rodillas don Clarín
Quizo iniciar un exceso
Derrepente dando un beso
En el ala á un serafín.
Aunque con distinto fin
Hace en ese acto el papel
Del atrevido Luzbel,
Animando aquel retablo;
"Siempre ha estado bien el diablo
A los piés de San Miguel."

Crean ustedes que tampoco
Podrá engendrar mucho daño,
Ni ser funesto el engaño
Que en su furor hace un loco.
Si mis recuerdos provoco;
Si á mis memorias soy fiel
Consagraré en un papel
Lo que á mis pósteros hablo:
"A los piés estuvo el diablo
Del arcángel San Miguel."

Bretón dice con desprecio,
¿Señor, que no ha de poder
Ser amable una mujer
Cuando la persigue un necio?
Si un homenage es aprecio,
Y la palma y el lauerel
Se hermanan con el rabel,
No me engañará el retablo;
¿Por qué pone Dios al Diablo
Bajo los piés de Miguel?

Hasta un ojo de la cara
Diera por haberle visto
Semejante al anti-Cristo
Que mil promesas dispara.

Ruega, embiste, gime, ampara,
Pero en su frente un cartel
Pone el réprobo Luzbel....
¡Huele à azufre este favonio!
¿Pues qué, dominará el demonio
Al arcángel San Miguel?

Siempre por los piés empiesa
El cojo que en un desliz
Tiene la testa infeliz
Por faltarle la enteresa.
Con el cetro una *princesa*
Rompió la corona en él;
Que un ridículo papel
Lo hiciera hasta San Antonio;
¡Cuánto más lo haría un demonio
Si besara à San Miguel!

Si en la mano flecha un beso;
Si estando á los piés de hinojos
Busca encanto en unos ojos
Quien tiene el genio travieso,
Bien merece que un proceso
Se le forme en el dintel
Del infierno á todo aquel
Que sin decir un vocablo,
Se quiere igualar al diablo
A los piés de San Miguel.

Dijo Angélica;—Ese enré....
Con todos sus pormenó....
Sus peripecias y horró....,
Darle crédito no pué....
Mas si usted lo afirma, cé....,
Que en un costal todo cá....;
Y puesto que usted lo sá........,
¿Quién lo dijo? ¿cómo y cuán....?
—Yo, que lo estuve mirán....
Por el ojo de la llá....

—Si él hubiera dado el beso,......
Con donaire y sin emboso
Un manazo muy rasposo
Al atrevido endereso.
—¡Ay, Angélica! ¡Pués eso!....
Eso el bribón se propuso,

En cambio de tanto abuso;
Recibir y dar manazo,
Que por rezo, de un porrazo
Cura el Cura, y hace el uso.

Para completar esta familia existen cuatro hijos, á quienes solo he saludado y apenas conozco de vista; las labores á que están destinados, su carácter circunspecto, y la falta de oportunidad para tratarlos, me han obligado á permanecer en su presencia con esa gravedad que sólo destierra un trato frecuente.

A pesar de mi aislamiento he podido descubrir grandes cualidades que forman la dicha de una familia. Siendo muy jóvenes perdieron a su padre; esta circunstancia les oscureció el porvenir y no pudieron dedicarse á las carreras profesionales. Sin más guía que los consejos de una buena madre, tenían à la vista esos dos senderos que à la juventud inexperta les brinda la suerte; uno es el de las privaciones de todo género; otro el que muestran los halagos de los placeres. Supieron escoger el del honor, guiados por sus bellas inclinaciones naturales, y alentados por la voz de una madre. Libres en una sociedad corruptora, supieron formarse por sí sólos, y escoger el círculo de sus amigos desde la infancia, no perder de vista la moralidad cuyos gérmenes había depositado en su alma la más buena, la más piadosa de las madres.

Así debe haber sido mi santa madre, cuyas caricias no gocé porque pronto descendió al sepulcro. Ambas se hubieran identificado en las grandes virtudes, en un carácter dulce y benigno; severas para dirigir á sus hijos, formarles el corazón y marcarles el sendero del honor que recorren hoy con paso firme; sobre todo para infundirles las creencias que se radican en los dogmas cristianos y en la fe más pura. Esa buena conducta en unos jóvenes, podría estar fundada en el raciocinio, como hija de una convicción profunda ó de una clara inteligencia; pero los sentimientos nobles que nacen en el alma, los engendra exclusivamente la solicitud maternal trasmitidos en ella con las caricias y la ternura, con las lágrimas y el sacrificio; porque estos afectos al desarrollarse en el niño, hermanados con los destellos intelectuales, sólo pueden dirigirse por los consejos de una madre, cultivarse por la energía de un carácter razonador que se sobrepone sin trabajo á las naturales preocupaciones de un corazón materno. Andrómaca no sería màs á propósito que esta señora para depositar en el alma de sus hijos los gérmenes primeros de todas las virtudes; ninguna de las mujeres ilustres de la antigüedad podrían aventajarle. Amables, respetuosos, tiernos son esos hijos, no sólo con su madre adorable, sino con unas criaturas que por su sexo necesitan de apoyo en el mundo; no sólo del cuidado maternal, sino de las caricias de sus hermanos y de su sombra benéfica.

Yo me he conmovido altamente al contemplar entre ellos una sonrisa tan insinuante como fugaz y espontánea que unos jóvenes dirigen constantemente á sus hermanas, con esa naturalidad que revela un raudal de beneficios y de amor entrañable. Cada uno por sí no tiene otro

pensamiento que su madre y sus hermanas; y sus aspiraciones no alcanzan otro límite ni otra atmósfera, que su hogar, el trabajo y la abnegación.

Uno de estos hermanos que cursó las aulas, hizo hasta su término la carrera del foro, como por una complacencia hacia los deseos de su familia; mas después, cediendo á sus inclinaciones bien manifiestas, emprende el camino que le llama al sacerdocio. Hoy está próximo à llegar al altar, ungido por el Oleo santo, encontrando un terreno erizado de espinas para ejercer las virtudes que aconseja el Evangelio, y para propagar esa luz divina y civilizadora del cristianismo, al ejercer su sublime ministerio. Con un carácter afable y modesto, hará la conquista de algunos hombres á quienes ha cegado la irrupción de los errores más funestos.

Estudioso y de un claro talento, tal vez está llamado á ocupar los puestos prominentes de la Iglesia, à donde solo llegan los hombres de saber y de acrisolada virtud.

XV.

„La Libertad„ viene á mi mesa.

Comienzo por adivinar las palabras; el traducir trae sus inconvenientes; á las blasfemias que nos hacen decir los cajistas, los tipos empastelados, la letra ininteligible de los redactores, hay que agregar la malicia del lector y sus interpretaciones color de fuego.

Junius, mi buen amigo, nuestro consocio en el periodismo, ha sido conmigo amable, y sólo nos hemos cambiado frases benévolas; igual cosa ha sucedido con mis estimables compañeros de redacción, porque los chicos de „La Libertad„ todos somos *buenas hojas*, como las espadas de Toledo. A *Junius* siempre lo he visto con predilección, y felicitado por sus escritos; le he dicho con juvenil entusiasmo, con tímida espresión, cuánto estimo sus producciones. Después de estos piropos, es natural que nos separemos en muy cordial amistad: ¡quién pensara que nuestro consorcio había de turbarse por la sombra pasajera de una ligera nube, es decir, por la educación de la mujer!

Yo conocí una pareja conyugal que fué feliz toda su vida, menos un solo día en que el diablo metió la cola; la amartelada esposa tuvo el capricho de poner su amor en un faldero, y lo agasajaba más que á su marido; le daba las caricias y le obsequiaba con el beefsteak que no le pertenecía; ¡angelita inocente! sólo se llevó al sepulcro un mordisco y dos coscorrones, ministrados por su consorte.

Nomás á un dentazo se ha hecho acreedor *Junius* por las ideas que ha vertido en „La Libertad„ del Sábado.—Ha dicho que......

No envidia los lauros de la señora doña Pilar Sinués de Marco ni las de ninguna notabilidad literaria siendo femenina, porque cree que esa carrera no se instituyó para las mujeres. ¡Caracóles! ¡qué bién se conoce que *Junius* tiene en su casa lo que necesita, y no anda causando lástimas en la vecindad! Yo sí ambiciono esos lauros, y màs los am-

biciono porque los juzgo bién merecidos. A la señora Sinués de Marco le ha costado trabajo el adquirirlos; apenas hay en España, y aun en los paises en que se habla castellano, una mujer tan popular entre las de su sexo; esa escritora no será la más instruida en las ciencias e sactas; no será en las filosófico-morales, pero siendo enciclopédica su instrucción ha consagrado su tiempo en trasmitirla à la mujer, en marcarle el sendero del bién, y más tarde las *pequeñas virtudes* que son las que ennoblecen á la mujer en el hogar y en la sociedad; las máximas y consejos sembrados en sus escritos, llevan en alas de la publicidad, á todas partes las nociones del bién, y se aprovechan de ella desde la clase pobre hasta la clase más encumbrada. Sus escritos todos llevan un fin moral, filosófico y social; eleva á las del sexo débil y las defiende de las diatrivas de los escritores burlones, poniendo la instrucción al alcance de todas las clases; sus estudios históricos han contribuido à ilustrar y à instruir á la mujer española y americana, cundiendo sus doctrinas hasta los pueblos incultos.

La Baronesa de Wilson, dedicada à los estudios de la historia, será más profunda; seràn leidos con gusto sus escritos por hombres pensadores y aun por mujeres de elevada gerarquía; pero sus conquistas no serán tan numerosas como aquellas que la señora de Marco ha heeho ya.

Gloriosos son los lauros alcanzados por esa señora; consagra su pluma á desterrar la ignorancia, á difundir la moral entre tantos séres que no tienen grandes elementos para instruirse. Preguntadlo à vuestras hijas y á vuestra esposa, ¡oh *Junius* obcecado! si no las teneis no podreis juzgar con imparcialidad, porque los ciegos de nacimiento no pueden deliberar sobre los colores; preguntadlo á las discretas señoritas de vuestro círculo, y os daràn una respuesta bién convincente; leed el prólogo de la obra de la señora Sinués sobre las mujeres célebres y vereis si sus observaciones no son justas, contundentes sus diatrivas.

Si para educar á la mujer y para mejorar su condición social debiera enseñársele lo estrictamente necesario, es decir, lo necesario para la vida ¿á dónde iriamos á parar? si descartamos lo inùtil y lo notoriamente malo, sucedería lo que al glotón que engullía una cantidad grande de albaricoques; comenzó por tomar los más grandes y sanos y dió fin comiéndoselos todos.

Recurramos á un símil. Descartad en la mujer la sabiduría por inútil y perjudicial, porque es seguro que, para la filosofía no ha de ser una Santa Teresa de Jesús, ni para el Estado una Isabel de Inglaterra, ni una Catalina de Rusia. La historia patria, la universal, la geografía, las matemáticas, la literatura, son incompatibles con las labores domésticas; la música, la pintura, el canto, el baile, el dibujo, los idiomas, de nada sirven á la jóven de la clase media ni á la de la ínfima, y.... ni aun à la de la alta sociedad; tales estudios son perjudiciales, puesto que, "las hacen charlatanas y pedantes;" ademàs les roban el tiempo que han de emplear en hacer calceta, en remendar unos pantalones y en hacer una tortilla de huevos. Brillar en la sociedad por artificio, es tributar un homenaje á la afectación; es lucir, como la luna, una luz prestada de un astro rutilante; no se le debe alucinar á la sociedad con

falsos aliños que no están en el alma, ni deslumbrar como las luciérnagas, con una luz ficticia. Algo más positivo necesita un hombre en el alma mía de sus ojos. El bordado, las flores artificiales, la floricultura, las bellas artes en todos sus atributos, todos aquellos prodigios que encantan la vista y que podriamos llamar *de ornato*, distraen á la mujer del cuidado de los hijos y de la asistencia del marido......¡Ooooh!

Todo esto podría decirse del bello sexo, tomando por pretexto á la jóven del pueblo ínfimo; pero no es aplicable á la de la alta clase.

Seguiremos, sí, seguiremos descartando lo inútil.

La ropa de lujo que hace interesante á una mujer y realza su belleza plástica en el templo, en el teatro, en círculos sociales, no es màs que un insulto á la indigencia y una carga dispendiosa para el marido. El colorete, los postizos, el bullarengue, los dijes en las orejas, son perniciosos é incómodos, y las mujeres pueden pasarse sin ellos; son el símbolo del capricho, de la ligereza y del coquetismo.

En ella la cocina selecta, es *gula*.

El buen gusto en los trages, *soberbia*:

El uso de vistosas telas, *vanidad*.

Pero si descendemos hasta los vestidos de humilde percal, podriamos calificarlos de superficiales. La historia nos refiere que en la antigüedad eran muy felices las mujeres con usar sandalias, una túnica ligera y el manto; no usaban medias, ni botines de altísimo tacón, ni el simbólico *sígame usted, pollo*, ni el tupé, ni los ricitos frontales llamados *bésame aquí*; todo esto, que es inútil en la señora de guante blanco, es superfluo en la señora de la clase media, y ridículo en la jóven de la ínfima; hasta el polvo dentífero y los perfumes higiénicos son onerosos para el cochero y el cargador; con màs, que en su rusticidad tienen estragado el gusto y son incapaces de distinguir la selecta perfumería de ese olor vulgar que produce el ajo y la cebolla, el chinguirito y la isabel dormida, el pulque y el tepache.

Si hemos de ser altamente severos analizando todo lo inútil, supriremos el *rebozo*, las enaguas de vuelo de seda ó de castor, los porabajos, la pomada, la bandolina, y el desemarañador; nuestras inditas no lo usan, y ¡son tan poéticas, tan gentiles con su lío al rededor de la cintura y su tilma ó gabán, los piés descalzos y la cabeza peinada á la Medusa! gana la estética, y ellas pueden hacer brotar la inspiración á todos los poetas, puesto que, con sólo verlas en su alucinadora sencillez, exclamó un alemán: „me gustan las inditas porque parecen cohetes tronados.„ No cabe duda que la conquista hizo grandes adelantos, y à los trescientos años tienen los naturales la sencillez del edenismo y la sonrisa de los ángeles; son à propósito para seducir al aguador, para condimentarle los alberjones y los amarillitos. Eva en el Paraíso, para seducir á su compañero, que por cierto no fué cargador, no necesitó cantarle el *miserere* ni *la paloma*; vestida con hojarasca pudo llenar su cometido al venir al mundo; y los paganos no necesitaron bordados para cumplir con los deberes que les imponían las leyes y la religión.

Ese lujo superficial, que ostentan las educandas del Hospicio, no será desdeñado por las gentes que habitan las casas de vecindad; enséñese-

les cuales son las obligaciones de las buenas madres de familia; que sepan que los principales deberes de una mujer es darle muchos hijos á la patria, según la respuesta de Napoleón á Madame Stael! Yo he leido no sé en qué parte el siguiente axioma.

Camisa exenta de mangas
Sin cuello, bata y pechera,
Sin lo de atràs y las haldas,
Excluyen la costurera.

Conocí á un señor D. Deogracias que, entusiasta por los ejercicios ecuestres, adquirió un caballo de la rasa inglesa moderna: jamàs procuró adquirir yeguas de rasa pura, descendientes de la del Profeta, porque son de precio elevado, pero sí las buscaba de gran alzada y de fecundidad maravillosa; como consecuencia de esto se pretendía que la madre criara bien á sus *mamíferos*. Parir seguido y dar de mamar con constancia, era cuanto llenaba sus deseos.

¿Qué otra cosa puede desearse para las educandas pobres, que nacieron para esposas de los aguadores y cordeleros, sino las cualidades yegüisticas de D. Deogracias? Mejorar la condición social de la mujer, sacarla de su abyección por medio de una educación esmerada, es lanzarla á la voràgine de la prostitución; es condimentar manjares para los ricos, y desviarlas de ser esposas de los pobres, ha dicho Plaza en un intervalo lúcido, dice mi amigo *Junius*.

Según esto, los pobres no merecen tener por esposas á mujeres instruidas, que sepan cuales son sus deberes como madres; ni deben conocer los dogmas de su religión, ni los acontecimientos que refiere la historia patria, ni los rudimentos de la higiene y de la medicina doméstica, nì que tengan idea de las ciencias que se ligan con el bienestar de la familia, ni de la teoría de los planetas, ni de la causa de los terremotos, ni de la geografía, ni de la historia universal; estos conocimientos enciclopédicos, que son los que forman la felicidad de los pueblos y no el número de sus sabios y de sus genios, se declaran incompatibles, son por demás en las esposas de los pobres.

Cuando nós hemos propuesto buscar un medio para mejorar la condición social de la mujer pobre, no hemos encontrado otro que el de la educación, y crearle con ella algunas necesidades.

Es tan poco lo que una mujer pobre necesita para vivir, que en tres días haría el curso de las cátedras escolares: ¿qué puede necesitar la esposa del zapatero, cargador y carpintero? ¿Remendar? ¿cocer los garbanzos? ¿asear á los chicos? esto es como el oficio del aguador. No obstante; la humanidad recibiría un beneficio, según *Junius*, con que se establecieran escuelas de maternidad, es decir, supongo yo, escuelas donde las mujeres aprendan, no á ser madres, sino á cumplir con los deberes de tales, cuando lo sean. Yo deduzco de esos consejos que sería muy bueno fundar en el Hospicio una cátedra donde se enseñara con sólidos principios el arte de remendar los *chochocoles;* para servirla me atrevería à recomendar al maestro Coyote, el de la calle del Empedradillo,

que es muy hábil para pespuntar un remiendo con correa y en el tepalcate en su esferíco adminículo; no vayan ustedes á pensar, muy al contrario de Arrangois, no se le escurre ni una gota de agua.

Como música podría enseñàrseles à soplar la gaita gallega ó la chirimía, y à cantar el Mambrú ó algunas seguidillas como las que compuso el maestro Coyote, cuyo prelùdio es el siguiente:

La sobrina de don Diego
es como la hija de Antonio;
si le hablan de matrimonio
ella quiere luego-luego.

La tal sobrina ha de ser como aquella de quien nos habla Quevedo, diciendo:

Item más, una sobrina,
doncella.... otro item más;
siendo peor que Barrabás
á nada bueno se inclina.

Es seguro que si en el Hospicio se les enseña el punto y contra punto para cantar la Stella Confidente, las educandas ya no aceptarán un marido pobre; aspirarán á meterse una sopa muy grande al lado de un rico, si tienen anchas tragaderas. Estas suripantas son un prodigio de ignobles aspiraciones; pero ¿qué vamos á hacer si tal es su inclinación natural? siendo esposas ignorantes.-no hay qué hacer juicios temerarios,—ni pensarían siquiera en un cambio de fortuna pudiendo andar en picos pardos con los ricos, mucho menos con los pobres; los gatuperios es planta que florece sólo donde se escuchan las melodías de Shubert.

Acaso se me diga que no se opone *Junius* á que se dé educación esmerada al bello sexo, sino únicamente á que se le enseñe música, idiomas, hacer flores y bordados á las chicas que están destinadas á ser esposas de los pobres artesanos. Pues bien, este argumento es el que vengo combatiendo, porque no hay incompatibilidad entre ser esposa de un pobre y laborioso artesano, que más tarde será de mediana fortuna, y en que afine su voz, confeccione sus vestidos y los de sus hijos, y hable un lenguaje exento de interjecciones semi-salvajes; yo creo que un pobre sin parecer un loco, bien podría aspirar á casarse con una mujer que, á las recomendaciones que él le busca, añadiera otras habilidades que engendra una buena educación.

Entre esa multitud de criaturas infelices puede haber algunas que descoellen con verdadero genio, y bastaría una solamente, para redimir á ese género humano de abyectos séres femeniles que van en pos de una esperanza. Los pimpollos del Hospicio, con precocidad sin ejemplo, dan impulso á sus inclinaciónes inmaturas, y quieren ser ya esposas de aguadores. ¿Qué les parece á ustedes que hicieron en días pasados? armaron una trampa de seducción al anciano bombero, es decir al agua-

dor: habría sido aquel un nuevo campo de Agramante si el nuevo José, el émulo del que pudo ser rival de Putifar, no hubiera dejado allí los girones de su capa, y dado pitazo de que las educandas lo galanteaban. Esas mocosuelas saben màs de lo que les han enseñado. ¡Dios salve à la República!

XVI.

Los acontecimientos de la última semana dignos de narrarse son en primer término los enlaces de personas notables que, cada una en su círculo, llama la atención. Si nosotros hubiéramos de concurrir á todas las ceremonias religiosas sería necesario formar una iguala con los curas de almas y con los jueces del Estado civil para formar las crónicas matrimoniales y entonar á cada pareja un canto epitalámico, á manera de un Sr. Gayoso que debe tener contratado un cantor fúnebre, un poeta elegiaco, un Justo Sierra, en fin, que llore delante de cada difunto, y que haga vibrar su lira con tétricos acentos; mas ya que tenemos de escribir algo, nada es más justo que consagrar un plumazo á ese Sacramento, y á ese contrato que, día con día, se practica en todos los pueblos de la tierra, ya sea según los ritos cristianos, ó de otros distintos cultos; ya sea por el camino religioso, por el civil, ó bien por el criminal, como decia el otro.

El matrimonio es un acto de là vida que acaso sólo interesa à los que lo contraen, y es de lo que más nos ocupamos los indiferentes; àun los que no conocemos á los cónyuges sentimos los retortijones de la curiosidad, y deseamos saber quién es esa novia que, como una nube de plata que se mece en el espacio, vemos cruzar para el templo, cubierta de crespón y blancas flores: algunas nos parecen hermosas; las màs simpáticas; todas graciosas y felices, á lo menos en ese día. Una señorita con traje de desposada *in fieri*, es el foco de todas las miradas, objeto de todas las admiraciones, y tambien el blanco de todas las envidias, sí, de las envidias nobles ó innobles; ellas convergen en la que lleva albo traje de *moiré*, velo de crespón, símbolo de la pureza, y azahares emblemáticos de la inocencia. Los jóvenes de ambos sexos envidian esa felicidad de dos séres á quienes unen lazos de simpatía, de amor, de la pasión frenética, para entrar en ese gran mundo que eclipsa las ilusiones de la soltería, para mostrar la realidad del afecto, grande y sublime, sin los fantásticos resplandores de un prisma encantado.

Si las costumbres pudieran regenerarse de tal modo, que no se observaran en la sociedad ninguno de los actos lujosos y que ostenta la molicie, sería la ceremonia matrimonial más imponente y magestuosa de lo que es ahora, ya sea que se celebre en el templo, bajo las ceremonias augustas de la religión, ya bajo el imperio de las leyes civiles, ó bien de los dos modos á la vez; pero sin poner en espectáculo á una inocente niña que llega al altar con el candor de la paloma, mientras que una multitud curiosa le lanza los arpones de la malevolencia, y la sonrisa mal intencionada del ridículo: las envidias de pretendientes despreciados; las anécdotas siempre sarcásticas de algunas relaciones que no lle-

garon á madurar; las pretensas que vieron burladas sus esperanzas con el afortunado galán al conducir á otra novia á los altares, son, con mucha frecuencia, objeto de conversaciones en tales momentos; se asiste mentalmente á las escenas del hogar, aunque la esposa se entregue en esos instantes á los placeres del sarao, expresión inocente de su dicha realizada en ese día solemne, ¡cómo se interpretan sus sonrisas, sus suspiros, sus lágrimas, sus sensaciones, al sorprender la ternura hacia el esposo cuando rebosa la copa de la màs grande felicidad! todas sus acciones tienen un tinte de candor, que se expresa con sencillez, con espontaneidad en un círculo de amigos que toman parte en el júbilo de ese día, y que al siguiente buscarán con mirada indagadora y maliciosa á esa pareja para felicitarla. La sociedad, que forma esa cadena de alianza en un pueblo, debía procurar que los recien casados, después de recibir las bendiciones de los ministros de sus cultos, fueran á pasar los primeros días á un lugar apartado del bullicio de la sociedad, y después penetrar en sus salones cuando se han olvidado aquellas reminiscencias que preceden al himeneo, para celebrar en familia, con los amigos íntimos, la unión que Dios y el legislador legitiman.

Tres actos tienen lugar cuando la criatura recorre el sendero de la vida, y marca su paso sobre la tierra hasta la decrepitud: el bautizo, el matrimonio, el *requies-cat*; es decir: la aurora de un sol naciente, su paso por el cenit, el crepúsculo vespertino al hundirse en su ocaso. La generalidad mira con indiferencia ese acto que acristiana, que abre las puertas del cielo á quienes vienen al mundo entre dolores y llanto; pero le sigue con interés cuando suena la hora de su emancipación; con dolor cuando ha exhalado el último aliento......

Como el egoismo es un vicio inherente al sér humano creo que todos nos debemos poner tristes si no nos es dado encender esa antorcha que convida con sus beneficios à todos los mortales; en cuanto à los hombres que áun no la han visto apagarse, sólo se les permite lanzar un suspiro que queda sofocado en los pulmones ó en la región de las quejas inoportunas: ¡cuántos hay que, á pesar de su indiferentismo por las prácticas católicas, desearían frecuentar el santo Sacramento del matrimonio!

Las mujeres recuerdan con entusiasmo el gran día, en que vistieron el traje nupcial y llegaron á los altares con fe reverente, porque tuvieron también esperanza fundada: esto es una verdad, no obstante las opiniones de un escritor, más burlón que filósofo, que sostiene, sólo por lanzar un sarcasmo contra el bello sexo, que „la mitad de las mujeres pasan su vida buscando un marido, y la otra mitad procurando deshacerse de él.„

Hoy está probado que salen buenos los matrimonios que se disponen como las patatas, es decir, *al vapor*; ya no se ven parejas que encanecieron en la contemplación del himeneo; que duraron *quince años* para resolverse á volver la espalda al Cura que los esperaba con las arras y la cadena conyugal; en estos tiempos de ferrocarriles y de electricidad, el matrimonio se inicia, se desarrolla y se efectúa en menos que canta un gallo.

„El tiempo es dinero,„ dicen ellos, aplicándose á sí mismos ese adagio norte-americano.

„El tiempo perdido, los santos lo lloran;„ dicen ellas, y ¡arriba! como quien apechuga una purga.

¿A qué esperar una señorita, cuya vida es fugaz, á que se *pele la pava* al frente de sus balcones? ¿que le siga à todas partes, y que el día menos pensado encuentre al pretendiente hasta en la sopa? No es cuerdo entretener dos lustros para que à la mejor de espadas diga una ú otro aquello de

Te dije que te quería:
te lo dije así no-más......

Bien hacen las pollas en despachar á los pavi-pollos con su música á otra parte, para que no hagan malaobra si hay alguno formalito.

Un novio, si se ausenta ó se ataranta, se encuentra al volver con un sustituto, ó como decía Quevedo:

Os dormísteis, y una Eva
hallásteis al despertar;
hoy, si se duerme un marido
halla á su lado un Adàn.

Réstanos hablar sobre las clases de matrimonio que en México se celebran; unos tienen la aprobaciòn de Lucifer, y se forjan pronto, prontito, con sólo las condiciones de voluntad recíproca, de necesaria conveniencia. Estas parejas son como las aves de paso, como las viajeras golondrinas; vienen con el calor de la Primavera, con las auras veraniegas y emigran á los primeros anuncios de un soplo invernal por no arrecirse de frio: otras parejas de nevado temperamento, esperan los graznidos de los ánsares y las grullas para enceder la estufa y buscar con artificio el abrigo del calor mutuo. Como esos matrimonios estàn *diablificados* por un espíritu malévolo, bien conocerà todo el mundo que no pueden ser ni felices ni duraderos. ¡Dios nuestro Señor libre à nuestros lectores de la influencia corruptora, de las zalamerías de esas vestales, que mantienen como en la antigüedad, el fuego sagrado de sus paganos templos!

Viene después el contrato civil que legitima la ley, que brinda màs garantías á la desposada, que realiza la elevación de la mujer, y también sus derechos ántes ilusorios, sus beneficios y los de sus hijos, y que hace efectivo el castigo del esposo que *picopardea* á excusas ó á la vista de su *carísima* consorte; hoy la ley està reformada por una mano poco previsora en el sermoncito que el juez del Estado civil debía de leer à los contrayentes, por ser el estuche de los deberes recíprocos, de sus derechos prácticos, precisos, inalienables y verdaderos que elevan á la mujer al rango de compañera del hombre y la saca de la condición de *cierva*.

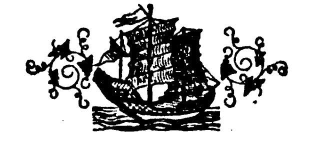
Muchas parejas se unen sin las bendiciones de los ministros en la vía religiosa; otros se conforman con dar *manazo* ante un sacerdote de cual-

quier culto; descuidan las prescripciones que garantizan los derechos de los desposados y de su prole, y que sella con la marca de la moral universal un vínculo que sólo la muerte puede romper.

El contrato civil ha venido á ser respetado por todos, más que el matrimonio religioso: no por otra cosa sino porque la ley considera bígamo al que contrae, viviendo su consorte, dos ó más veces enlace con distintos séres, según los mandatos legislativos, y castiga con severísimas penas al que los infringe.

¿Y la religión? ¡ah! deja el castigo de los infractores de la unidad sacramental para después de muertos......¡Corneta! ¡pues ojo les hace entonces la tristeza!....dicen los que no creen ó no temen ni á la justicia de Dios ni à las caricias del demonio. *A la hora de los gestos* se acogerán à la elástica Misericordia Divina; pero al cruzar por este mundo daràn con mormónica gentileza, *sopa y trago*, sin que á la justicia humana le quite el sueño la audacia descarada, las anchas tragaderas de un sér bígamo.

¿Qué hace entretanto la sociedad? ¿qué el cura de almas, centinela avanzado de la moral cristiana? Por esta causa creemos que ninguna mujer por su propia conveniencia, debe esquívar el contrato civil, á la vez que su unión sea santificada por el ministro de su culto.



DESAHOGOS HUMORISTICOS.

A VUELA PLUMA.

Sofocado y sin aliento para poner en acción nuestra pluma, nos dejaron los chupamirtos que libaban la miel de los nectarios de la tesorería y de los ricos propietarios. Volvemos á la vida, alegres pero escuálidos á narrar á nuestros lectores los acontecimientos que en el día causan sensación y en la noche se cubren con un velo misterioso.

Una sociedad de jóvenes entusiastas por la música, cantó en la Merced las *siete palabras* de Mercadante, y el *Stabat Mater*, de Rossini; estos actos religiosos son un estímulo para los aficionados, en este país donde la música està en un atraso completo; mas unas hermosas señoritas se prestaron gustosas á contribuir á este concierto religioso, y todos los concurrentes quedaron complacidos de haber oido, entre las armonías de Rossini, aquellos dulces trinos que, como una ovación, se elevan à Dios.

La festiva funciòn de San Màrcos se inaugura en nuestro suelo, esa hermosa temporada en que nuestro ameno jardín se reviste con las galas de la Primavera, y se adorna con los encantos de la belleza femenil. ¡Cuán hermoso es ese sitio en la estación de las flores! pródiga la Naturaleza derrama allí sus dones, y el arte contribuye á realizar el efecto mágico que produce en nuestra fantasía, el conjunto de variadas flores, de árboles frondosos y de aves vocingleras. En esos días nuestras amables paisanas, volviendo de un letargo que las domina todo el año, salen como las mariposas á vagar entre las flores, á ostentar sus graciosos trajes, á lucir los atractivos con que las adornó la Naturaleza. Yo he recorrido muchas ciudades del suelo mexicano: he admirado el talento de las durangueñas, la encantadora voluptuosidad de las hijas de Jalisco, la amabilidad avasalladora de la culta sociedad guanajuatense: en los días de las adversidad encontré un techo hospitalario en San Luis y en el Saltillo, y quedé fascinado con las gracias de esas mujeres que hermanan à la sencillez y franqueza de las campesinas los atributos de la ilustración: he vivido mucho tiempo en esa ciudad hermosa, en ese México encantador, donde cada casa es un palacio, cada jardín un Edén, cada mujer una hurí; he visto bogar pequeñas embarcaciones con ninfas coronadas de rosas, adormecerse con los cantos sensorios de los poetas y agitarse en las praderas al compás de una música voluptuosa; pero cuando he vuelto al suelo querido de Aguascalientes; cuando he aspirado las brisas de su ameno jardín; cuando he visto á mis adorables paisanas cruzar á mi vista, rebosando gracia y magestad, encuentro dé-

biles las gratas impresiones de otras ciudades, porque aquí estàn mis dulces recuerdos. Hijas de Aguascalientes, ¡cuánto os ama mi corazón! yo recuerdo que vuestra sensibilidad ha derribado los cadalsos y roto las cadenas á los prisioneros; à impulsos de un sentimiento generoso habeis probado que la compasión hacia el que sufre, es la parte angelical de vuestro sexo.

Para que el bello panorama que representaba el jardín en esos días tuviera su complemento, le daba animación la presencia de varias señoritas de Lagos que habían venido à disfrutar la bella temporada: gracias, talento, amabilidad, han sido las dotes que las recomiendan y que les han grangeado una estimación general.

Escasa en diversiones ha sido nuestra predilecta temporada. No hubo espectáculos teatrales, ni frenético can-can, ni zarzuela, ni dramas patibularios; pero en cambio hubo juegos de azar; roletas, que á título de diversiones pàra el sexo hermoso, dejaban exhaustos los bolsillos; *partidas*, que son un sarcasmo en una sociedad cristiana, puesto que arrojan màs *judíos* que los qne arrojó del suelo de Valencia el intolerante Felipe III.

¡Admírense ustedes!

¡¡Hubo corridas de toros!! Los adictos á esta barbarie ¡cuántas maldiciones enviaban al diputado que esto escribe porque tuvo la osadía de proponer al Congreso la abolición de las corridas de toros!

Siempre que esos espectàculos tienen lugar, se lamentan desgracias trascendentales. No hablaremos del sacrificio de séres inofensivos cuyo martirio complace á un auditorio insensible: no describiremos las sangrientas escenas que aplaude una clase que se llama civilizada; esto arrancaría una carcajada al que busca emociones y no las encuentra en los actos del heroismo ó en la práctioa de las virtudes cristianas.

Hubo allí una víctima: uno de esos séres desgraciados de quien la sociedad se mofa y lo aplaude, en cambio de una chuscada, de una anécdota aguda y muchas veces picaresca: esa víctima fué el polichinela de la cuadrilla de toreros. Un descuido hizo que la fiera le diera una herida mortal, mientras que el público gritaba ó se reía, silbaba y aplaudía ante el espectàculo de la muerte, de la sangre, de la desolación: caballos que caen heridos y que mueren con horribles contorsiones, en presencia de niños de una exquisita sensibilidad. Más allá, à la vista del público, el arlequín moribundo, el sacerdote que le ministra los auxilios de la religión, y un grupo de curiosos, deseosos de apurar sus emociones, de contemplar la agonía y las horribles gesticulaciones de la muerte. También los hijos de Hipócrates se presentan à ejercer su sublime sacerdocio. Observaban que la víctima aun respiraba, pero màs se acercaba al sepulcro. Los médicos no permitieron, á pesar de las súplicas de la esposa aflijida, que una esponja con alcohol limpiara la faz enharinada, ni despojar del traje de múltiples colores al moribundo payaso: no, la fiebre y la congestión podrían sobrevenir al instante, y he aquí por qué aquella cara, semejante á la paleta de un pintor, se parecía también á la de una lechuza; los doctores se desternillaban de risa; el Cura se encoje de hombros, vacila y contiene una carcajada antes de pronunciar un *ego te absolvo*. La pobre víctima, agobiada por

los dolores, lanza un gemido; el confesor ora y se rié aconsejando perdonar al toro que ocasionó la injuria, y se estremece al ver oculta tras la harina y el bermellón una fisonomía dolorida; aquella no es una fisonomía humana, es una ave nocturna que invoca de Dios la misericordia, del confesor el perdón, de los médicos la ciencia, de los circunstantes una limosna.

Al lado de lo sublime siempre está lo grotesco; así, en esa actitud de carnaval, en aquella faz, símil perfecto del tecolote, se vió abrirse una boca, aparecer una lengua incolora y llevar al estómago el Símbolo de una creencia. ¡Con cuánta razón el Cura tenía, en acto tan solemne, qué contener una carcajada!

Dos bailes presenciamos en esos días, coronados con estético miriage. Las señoritas tuvieron el capricho de adoptar algunos usos de la clase ínfima y adornar sus salones de un modo fantástico. ¡Feliz metamorfosis! la más delicada jóven que se trasformó en aldeana, nos obsequiaba con pastelillos ó con agua-nevada. Más allá una linda vivandera, una florera vivaracha y sensual nos ofrece sus graciosas vendimias que formaron sus manos delicadas. Yo admiré tanta amabilidad, tan exquisito gusto al formar de lo vulgar mucho de sublime, de agradable, de seductor.

Esas adorables jóvenes, yendo en pos de lo nuevo, de lo maravilloso, de lo fantástico, han hecho, imitando las costumbres del vulgo, una apología del buen gusto; han realizado el antítesis de V. Hugo y de Dumas, "lo feo es hermoso." Cuántos hombres de gusto delicado hubieran querido caer prisioneros en brazos de una chiera remonona: cuàntos hubieran apetecido morir crucificados en un calvario alabastriño donde se ostentaba una cruz de corales napolitanos ó de cuentas ambarinas! Haced *jamaicas*, lindas señoritas, y trastornareis el cerebro de cuantos jóvenes anhelen someterse al cetro de vuestros encantos.

El mes de María es la fiesta que más os llama la atención; os alejais del sarao y volveis vuestras miradas al templo: ya no tienen vuestros ojos el brillo del amor profano; ellos se humillan ante el altar, ante aquella hermosa figura del cristianismo que santificó á la mujer siendo Esposa y Madre, y rompió las cadenas de la esclavitud social que oprimían á vuestro sexo. Volved, volved después al mundo cuando hayais orado; dejad el traje si lo usais de *angel celeste,* y vestid el de los ángeles terrenales; dejad la corona de azucenas blancas que en el templo ciñe vuestras sienes, y sustituidlas con las de azahar. Volved à vuestros salones, aunque sea contritas y arrepentidas, á ser su más precioso ornato; á nuestros jardines, á competir en belleza con las galas de la Primavera.

También el cristianismo tiene sus gerarqías; también en la Iglesia hay su división y sus partidos. La parroquia de la Asunción recibe en su recinto á la aristocracia para que presente à María sus adoraciones entre el lujo y la molicie, miestras que el templo de San Diego recibe bajo sus bóvedas las *pobres* ovaciones de una muchedumbre *pobre* y abyecta.

"Vayan á la parroquia, -decia el padre Boneta;- vayan con ese Curita

de la Asunción las aristócratas de crujiente seda y anchas crinolinas, y vengan acá, conmigo, las pobrecitas que ofrecen con sus trabajos á la Madre de Dios sus lágrimas y sus flores....»

Así han quedado divididas las clases: ¡santa y divina religión que obra tantos prodigios!

¿Y quién es el padre Boneta? dirán los que no lo conocen.

Fray Antonio Boneta salió de los claustros de San Francisco de Puebla para transformarse en clérigo, gracias á las leyes de Reforma que, cual las de la Naturaleza, forman de las crisálidas volubles mariposas. Prelado del convento de San Diego de esta ciudad, se dió á conocer y estimar de nuestra sociedad por su infatigable celo y su amor al culto. Industrioso y trabajador, empuña la azada para cultivar la tierra y regarla con el sudor de su rostro, y vuelve después al templo á cumplir con los deberes de su ministerio. Su tiempo y su atención los divide entre el *templo* y la *ladrillera*; entre el púlpito y los caballos de brío; entre las *ovejas*-borregos y las *ovejas*-cristianos; no permite que en su Iglesia *se le pare otro padrito entrometido,* pues él á sí mismo se sobra y se basta. Con la celeridad del rayo pasa de la sacristía al altar, de aquí al púlpito, del púlpito al confesonario. Dá lo comunión y empuña la alcancía; reza el rosario y recibe las oblaciones; como un prestidigitador, convierte las cuerdas de pita tocadas al Seráfico Padre, en pesos duros del águila; ¡Todo para el culto! ¡Cómo quisiéramos verlo de ministro de hacienda en estos días de crisis monetaria! Juarez, Juarez, haced de un Boneta un ministro de finanzas, y creará al erario un manantial inagotable de dinero; él sólo es capaz de callar á la oposición.

San Antonio ó fray Antonio, como le llama en estilo fraternal del claustro el padre Boneta, estuvo de enhorabuena: estrenó hábito nuevo, pues el viejo se convirtió en reliquias. Al santo le hería el sol de cara, como suele decirse; para el estreno se le mandó purificar en la Piscina del agua y del jabón, pues permaneció muchos años, como la Constitución, arrinconado, lleno de telarañas y remiendos. La muchedumbre lloraba enternecida al ver al tan buen mozo santo ya rejuvenecido, y se precipitaba á darle un ósculo reverente. Ay! era aquello un hormiguero, una gusanera en que las devotas se lanzaban al santo para ganar las indulgencias que le han concedido en Roma á nuestro Seráfico Padre Sn. Francisco y á los hermanos del cordón.

«Besen, besen pronto á Fray Antonio, -decía el predicador,- porque ya lo voy á vestir de limpio, y entren en recogimiento, que voy á echar la *petición.*»

Las loterías están de moda en todas partes; ya se anuncia una en no sé qué templo, y dirigida por la sociedad religiosa de San Vicente de Paul: llevará un nombre de santo; se llamará «*lotería de las virgenes*» y valdrá medio real cada billete; su producto se destinará á los pobres; el premio mayor será *doscientos cincuenta dias de indulgencias.*

¡Hablen ahora los mordaces liberales!

De moda han estado las destituciones. El secretario de la Jefatura política fué destituido del empleo por un abuso que el Sr. Jefe político

calificó de *pecado bufando*: fué preso y encausado, y al fin quedó en libertad, pero con una nota que no ha podido lavarla toda la misericordia del juez de letras. El secretario se preparaba à encender la antorcha de Himeneo, pero el diablo metió la cola y todo lo descompuso: hoy recorre las calles mirando al Jefe Político con ojos de desafío, y suspirando en cada ventana, como diputado que se quedósin curul en las pasadas elecciones.

Un ciudadano descendiente de las casas solariegas de México, fué educado en sus primeros años en esta ciudad, à la que profesa una adhesión sin límites. Moralidad severa, probidad jamàs desmentida, anhelo ferviente por los adelantos de este país, son las dotes privilegiadas que pueden hacer un buen gobernante: dotado también de talento é instrucción, posee un carácter franco y espansivo, reposado y prudente: siempre marca sus determinaciones con el sello de la justicia, y no tienen cabida en su ànimo las pasiones ni el espíritu de bandería. Acostumbrado á ver en todos un derecho justo para adoptar un principio político, tiene por norte la *tolerancia*. A estas cualidades reune la circunstancia de poseer una inmensa fortuna. Si este Sr. admitiera la candidatura que con tanta espontaneidad se le ofrece, obtendría casi unánimemente los sufragios.

Los partidos son exigentes, y quieren en sus prohombres más que buenas cualidades administrativas, ciega condescendencia á sus pretenciones muchas veces absurdas, y los halagos à las pasiones pequeñas; cada ciudadano que deposita en la urna electoral el nombre de su candidato ó suscribe una postulación, si no lo anima un espíritu benéfico al país, se cree con un justo derecho à la *privanza*, y quiere formar de un gobernante un gobernado. Quizá este señor, al obtener el sufragio de los pueblos, sabría huir de esos escollos donde se estrellan las buenas intenciones, y marcar el período de su administración con actos de la más recta justicia; en una palabra, *gobernar con todos y para todos*. Las cualidades de su carácter privado son una garantía de que no tendrán lugar en su ànimo los odios de partido ni las adulaciones de los *favoritos*. Nuestro tipo ha vivido mucho tiempo entre nosotros, dedicado á la minería que es su profesión, ó á la agricultura que ha fomentado últimamente. En la actualidad, es un buén diputado y allí, en su más alta escala, lleva la iniciativa. Dotado de un espíritu de economía que conduce hasta la exageración, profesa la teoría de *los gobiernos baratos*: él ha quitado al presupuesto los gastos superfluos, reducido el sueldo de los empleados, y arreglado los *egresos* á los *ingresos*; en una frase, ha quitado á la propiedad un gran peso, y al comercio onerosos gravámenes. En política se ha distinguido por sus inclinaciones al partido liberal progresista; jóven y educado en las aulas civilizadoras de la capital, no tiene ese exagerado celo patrio que degenera en *provincialismo*, ni las tendencias á la anarquía que son peculiares á los hombres que sólo han conocido el cielo de su pueblo.

Avido de aura popular, halaga los intereses de la sociedad en que vive, juega con las pasiones de todos, y sabe enfrenarlas á tiempo para que no se desborden: en sus aspiraciones se deja entrever que prefiere más

bien que à la gloria de *piloto* el nombre de *grumete*; màs bien que al nombre de *cantante* el de maestro *al cembalo.* Algunas personas lo acusarán de que es en la Legislatura un diestro *titiritero.*

A los expertos marinos ciertas brisas les anuncian recios vendabales, precursores de la tormenta. Para no zozobrar conducen á tiempo la nave á la ensenada.

El C. Luis A. Chavez es un comerciante de fortuna que tiene un círculo en su gremio; sus tendencias son librar al comercio y gravar la propiedad. Sobrino del Sr. D. J. M.ª Chavez que con su honradez y su martirio llenó de gloria al Estado de Aguascalientes, se muestra orgulloso de su nombre y de su fortuna: acepta el cargo de gobernador, y se adormece más bien con los *honores* que dá una elección popular, que con los sinsabores de empuñar las riendas del Ejecutivo; pero acepta las consecuencias de la elección, porque cree poder desarrollar un programa que enaltezca á su país y lo haga prosperar. Como el númen que lo inspira, *Mercurio*, dios del comercio, en vez de obtener un bastón con borlas robará á Neptuno su tridente, á Cupido sus flechas, el cinto á Venus, el cetro á Jove.

Tema el Sr. Chavez equivocarse en esta época revolucionaria que no es la suya, y en vez de tomar el cetro de Jove, arrebate como Mercurio el rayo destrucctor· Hombre *sin vicios y sin virtudes*, querrá avasallar la administración al *límite* del escritorio, de la caja y de la partida doble. El comercio al menudeo y los corredores de número le levantarán una estatua, y pregonaràn que quiere hacer de Aguascalientes una gran plaza comercial, pero que en realidad se le oirá suspirar cada vez que salga una conducta, ó le causará el insomnio la idea de que aun existen alcabalas.

Si el pueblo lo favorece con su voto y recibe el gobierno del Estado, pronto le abrumará su peso, y arrojará el bastón diciendo: "Ahí se queda eso." No es lo mismo combatir la voràgine de las pasiones en épocas turbulentas, ni acallar á los descontentos, ni enfrenar á los anarquistas, ni someter á los revolucionarios que todo lo desbastan, que proyectar las especulaciones entregado á una vida muelle y de deleite que ocasiona la alharaca de una prole inquieta y traviesa, los halagos de una consorte virtuosa y el goce de una buena fortuna adquirida con el trabajo. Lo repetimos, esta no es la época del Sr. D. Luis A. Chavez,pues el horizonte está preñado de celajes que tal vez serán formidables tempestades.

Las elecciones seràn enteramente libres y sin agitaciones, según lo demuestra la actitud de las autoridades. No hay un sólo periódico que se esfuerce en dirigir la opinión, ni se oye la voz de los tribunos: en todas las clases se ve cierto malestar, cierto cansancio, que es precursor de la indiferencia, y resultado de la poca fe que se tiene en el porvenir. ¿Quién puede tomar à cuestas un candidato, ni constituirse sacerdote de una idea, cuando se perciben de nuevo los relámpagos de una revolución inevitable? En vez de un caudillo, todos buscan un tejado donde resistir la tormenta.

EL CUCHARON.

Las economías es el vicio culminante de nuestros Legisladores.

No habrá banquetas cómodas y seguras para el público, ni limpieza en la ciudad, ni hospicio para los pobres; pero sí es seguro que se han de crear empleos para algún afortunado favorito, y cátedras inútiles sin discípulos que aprendan, y premios rumbosos que se reparten á cuatro gatos. Lo que más ha llamado nuestra atención es que sin discutir se aprueba la partida de ,800 pesos que un Sr. Gobernador gasta en su viaje á México para arreglar....¿qué? las basas de una elección que no son bases, y percibir los vislumbres de una esperanza.—Con tres viajes á la Capital que al año haga un Sr. Gobernador se gastarán 2,400 pesos que podrían servir para aumentar las escuelas. ¡Item más, una sobrina!....Un doble sueldo en un mes para el Gobrnador sustituto que mamará dos tetas, pues alguna remuneración se le había de dar por sus desvelos y sus fatigas en treinta días y treinta noches de agitaciones y de insomnios; y si se ha de agregar á esto el sueldito del Congreso.... ¡arropen á mi ahijado, que le indigesta el bocado!

¿Cómo pasar sin discución si es de justicia y conveniencia gastar esa suma? ¿qué dice el dictámen? ¿qué opina la comisión? ¡ah! ¿qué ha de decir siño es aprobar el gasto que de forzosa necesidad se hizo? ni un gesto, ni una guiñada de ojo, sino la misma mano que inicia, *acepta* y *suscribe*, y un aprctón de manos á los compañeros......Pero eso no es pluma, ilustres padres conscriptos; es un *cucharón* para hacer rebosar el plato. ¡Quién pudiera meter en él una cucharilla y saborear tan suculenta sopa!

El mismo Gobernador sustituto inicia á la Legislatura, de la cual es miembro, el pago de un sobresueldo que él meterá en su bolsillo: marcha impávido á ocupar su curul, y como él solo es comisión de Hacienda, dictamina que se apruebe la iniciativa del Gobernador; toma posesión de la Secretaría que también desempeña; arrulla á su Benjamín que es su iniciativa y su propio dictàmen, lo agracia con su voto y con o tros á propósitos, y....-Reprobamos el modo inusitado, el camino escabroso, la rectilínea, la violenta iniciación.

La Francia introdujo el gran trinche en la moderna mesa; un fraile portugués aplicaba en la misa un memento por el que inventó el colchón: los suecos sostienen ser ellos los inventores del plato: Arquímides se inmortalizó con la palanca y el tornillo: reflejan sobre Guttemberg los resplandores de la imprenta. Nada es más digno de nuestro orgullo; nada más acreedor á la gloria monumental que nuestra Honorable Legislatura, porque ella ha inventado *el cucharón.*

JAQUE AL REY.

Sainete-político burlesco.

PERSONAJES.

Un Doctor.—Un Abogado.—Un Candidato.—Un Diputado.
Un Agente.—El General Presidente.—Un Director de escena.
El Maestro al címbalo.—Un telonero.—Un lucero.

Las escenas 1ª y 2ª pasan en Aguascalientes, las siguientes en México
Epoca actual.

ESCENA I.

Doctor.—(Retorciéndose el bigote y componiéndose los anteojos.) ¡Canario! no sería yo doctor en medicina, examinado en partos y recibido en cirujía, y además me quitaría el nombre, si no triunfara en estas elecciones, parto, enfermedad y convalecencia de un pueblo.

¿Qué es esto, señor, qué es esto? (dirigiendo la palabra al público.) Abandone usted su profesión; sofrene usted sus inclinaciones de atender á la humanidad doliente, à la sociedad que *pita,* á los hospitales, á enfermos foráneos, sólo por degradarse á servir de tópico pesetero; à ir con todos sus años á curar las llagas á la patria, para que un *quidam* como Querubín, escritorzuelo de un periódico callejero, le diga á uno mil boberas; ¿y en qué circunstancias? cuando teniamos amarrado el albur para ganarlo. Ahora salimos con que en México no aceptan á nuestro candidato. Este señor Presidente no es hombre de buen gusto.

Abogado. (Saliendo de los bastidores).—Doctor, buenas noches.

Doctor.—Licenciado! venga usted acá, hombre; póngase usted las antiparras y lea lo que nos dicen de México. ¿De qué le sirve á usted ese talento que Dios le ha dado? Medite usted la respuesta que demos á los comitentes cuando nos digan:

¿Vino la sota á que fuimos?
¿O vino el rey del enredo?
—Y usted y yo ¿qué decimos?
Amigos, todos perdimos,
Si á la puerta viene Hornedo.

Abogado.—¡Ah! sí: tempestad en un vaso de agua; no creo que el Presidente nos deje con las faldas levantadas.

Doctor.—¡Pero señor!....mientras discutimos la enfermedad y las medicinas, al paciente se le cae la campanilla. ¡Corra vd.!

Abogado.—Voy á México; hablo; hecho el silbato; y como por tramoya cambio el escenario.

Candidato.—(Entra rezando, y sin ser visto.) Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar....

Doctor.—El gobierno que teniamos asegurado....

Abogado.—El Presidente no conoce esta localidad, y quiere insuflarnos al Diputado, solo porque....

Candidato.—(Rezando.) A los pobres los llenó de bienes, y á los ricos los dejó sin cosa alguna.

ESCENA II.

Dichos y el Gobernador, con el periódico *La Libertad*.

Gobernador.—(Suspirando.) ¡Estàn cansados de llorar mis ojos!

Doctor.—¡Excelencia!

Abogado.—¡Mi buen Gobernador! [Haciendo una profunda caravana]

Gobernador.—Mis predilectos amigos....Vean ustedes esa revista que publica este diario: está visto; se nos encarama el Diputado: lo peor del cuento es que pinta con colores sombríos nuestra situación, pone á descubierto nuestras poridades, y á nuestro candidito.... lo sacan al balcón......

Doctor.—Y hacen su autopsia; y de tal manera lo flajelan, que....

Candidato. (Rezando.)—Se le pueden contar todos sus huesos.

Gobernador.—¿Pero quién hace caso de un demente y despechado?

Abogado.—Y la prensa de México, que es nuestra aliada, no dice siquiera *esta boca es mia.*

Doctor.—¿Y nuestro Senador?......

Candidato.—Ora pro-nobis.

Abogado.—Y nuestros amigos......

Candidato.—Ora pro nobis.

Gobernador.—Y Querubín....

Candidato.—Liberanos Domine.

Doctor.—El corazón y el pulso, avísan. Un misterioso fluido cósmico me reveló que las frecuentes marchas á la Capital del ya mentado Pachito, decían bien claro que tenía gato encerrado.

Abogado.—No hay qor qué aflojarse ni de qué aflijirse.

Gobernador.—¡Pués no es nada lo del ojo!

Doctor.—¡Creiamos en las influencias de vd., oh, Licenciado!

Abogado.—Voy à México; me encaro con Gonzalitos; le hago presente el disgusto general de este pueblo; toco la puerta á su razón; ustedes se muestran inflexibles, lanzan bufidos de pura rabia.

Doctor.—Y harà tanto caso el Presidente de nuestro disgusto como de los disgustos de Memet Alí....—¡Ooooh!

Gobernador.—Siento que no tengamos ni un periódico que sea nuestro pañito de lágrimas en la Capital; un periódico que nos levante la cola, ó que nos cante un de profundis; que nos ayude á bien morir. ¡Oh si tuviéramos siquiera *El Fandango* que tanto nos sirvió la vez pasada! Pero Fray Robustiano canta en otras vísperas, y convertido en Querubín revolotea en otra gloria.

Doctor.—Consuélese su excelencia. Una criada de cierta Hacienda conserva ejemplares de ese periódico para confundir á un malvado. Me refirieron el siguiente epigrama tomado de un libro:

"En casa del *caporal*
Un periódico que había
Escondió Leonor un día
Debajo del delantal.
Preguntó el *caballerango*,
—¿Qué tienes ahí, Leonor?-
Ella contestó:—Señor,
¿Qué he de tener? *El Fandango*."

Gobernador.—Por lo que respecta á nuestro señor Presidente, es preciso enviarle un comisionado.

Doctor.—Un médico que le cure las cataratas.

Abogado.—O un abogado amigo que le lea la Constitución y le muestre sus responsabilidades.

Nieto.—(Rezando.)

Que el gentil conozca á Dios,
El Presidente sus yerros;
Los partidarios del otro
Tengan arrepentimiento.

Gobernador.—Sobre todo, nombremos un comisionado que no nos cueste nada, porque la economía es la madre del bienestar......Pero no había reparado en que allí está fervoroso nuestro candidato, dándose golpes de pecho.

Abogado.—Estos señores todo lo quieren arreglar con salves y letanías.

Gobernador.—Eh! eh! compañero *in fieri*, no rece usted tantas jaculatorias, que al fin nos ha de llevar el diablo.

Doctor.—Lea usted lo que *La Libertad* dice de todos nosotros.

Candidato.—(Representando) La leo!

Gobernador.—Despídase usted del gobierno.

Candidato.—¡Me despido!

Abogado.—Hombre, indígnese usted.

Candidato.—¡Me indigno!

Doctor.—Las cosas andan por México muy mal. Toda la prensa está por hostilizarnos, y por sostener al otro candidato.

Gobernador.—Los periodistas hablan; nosotros obramos. Para ganar una elección, se contarán nuestros votos, y nó los artículos de fondo, ni las frases encomiásticas.

Doctor.—Cada gallo canta en su muladar.

Abogado.—No meterá el Gobierno general la mano en las elecciones.

Candidato.—Esa mano es una especie de cuchara de viérnes que se mete en todos los potages. Se marcha usted á México, y le dice al Presidente que ahí tiene las cuentas del otro, las cuales publicaremos.

Doctor.—Bien!

Gobernador.—Perfectamente.

Abogado.—Me ponen ustedes entre la espada y la pared. La cara se nos caería de vergüenza á ustedes y á mí si Gonzalitos nos dijera éstas ó idénticas palabras: "Si ustedes lo creyeron culpable, ¿por qué no lo acusaron? ¿no tenían el palo y el mando? ¿por qué hasta hoy conocen sus defectos? Ustedes son sus cómplices; ustedes no siguen al capotillo sino al bulto.

Gobernador.—¡Cómplices!

Candidato.—Cómplices cuándo es patente nuestro patriotismo, nuestro desinterés, para confusión de liberales; es bien sabido que todos los diputados....

Gobernador.—Yo renuncié mi sueldo; tú renunciaste tu sueldo; aquel renunció su sueldo......

Doctor.—Nosotros renunciamos nuestro sueldo,

Abogado.—Oh abnegación! oh sublime desinterés.

Candidato.—¡Oh maravilla de desprendimiento!

(Coro de patriotas canta dentro.)

Tal desinterés no es raro
En el hombre de esa grey
Que es hipócrita y avaro;
El obrar contra la ley
Cuesta á la patria muy caro.

Abogado.—Partiré para mi destino; quizá podré clavar la rueda de la fortuna.

Gobernador.—Con usted van mis esperanzas.

Candidato.—¡Oh si pudiéramos plantar una pica en Flandes! Puede usted ofrecer mi dimisión, mi renuncia á la candidatura.

Abogado.—¿Y á quién le hacemos cargar el muerto?

Doctor.—[Aparte.) Esta es la oportunidad de hacerme presente.

Candidato.—Desde luego me ocurre un candidato. Tenemos entre nosotros un Coronel que debe serle simpático al Presidente, no puede decir *nó* con sus dos letras. Hoy le ofrezco la candidatura á nombre de todos nosotros; como un medio de halagarle, le ofrezco, además del sueldo,

de Gobernador, un par de mil pesos para que compre sus juguetes, que saldrá de los bolsillos de nosotros los propietarios, y que tendrá la segunda mira de tenerlo á nuestras órdenes, pues es bien sabido que al que regala la gallina no se lo niega el alón.

Abogado.—Al pié de la letra expondré á Gonzalitos cuanto ustedes me instruyan.

Doctor.—Oculte usted lo de los dos mil pesos, porque podrá ser contraproducente. Eh, Licenciado, luzca usted, luzca usted en esta vez sus habilidades diplomàticas, y desate ese nudo gordiano.

Abogado.—Dejen ustedes rodar la bola y confien en mi eficacia.

Gobernador.—Levantaremos á usted una estátua.

Candidato.—Haga usted ántes una visita á la Virgen de Guadalupe.

Doctor.—(Aparte.) ¡Malvados! cuando yo he sido el motor de esa revolución. ¡Falsear una situación! ¡Diablo! este caramelo con honores de "*bien me sabe,*" parece *turrón* de cuchara, ó chochos de *Piñón* cubierto.

Gobernador.—Diga usted al señor Presidente que yo estaré dispuesto á renunciar el puesto, y que pronto quedaré repuesto con un patriota supuesto. [Ciérranse el ojo el Gobernador y el Licenciado y hacen una seña muy significativa hácia el doctor.)

Candidato.—Al mal paso darle priesa.

Abogado.—Confien ustedes en Dios, en mi brazo y en mi derecho.

Doctor.—Todos confiamos, más que en todo, en su brazo derecho.

Coro de siervos, cantan dentro.

Dios salve la situación,
Y nos saque del enredo
Si llega la pretensión
Cual las palmas á Toledo,
Después de la bendición.

Doctor.—Dele usted una billa à Hornedo.

Mutación. La escena pasará en México, como verà el curioso lector

Salón particular para recibir à los hombres notables

ESCENA III.

El director de escena y algunos mozos de palacio dentro del escenario y ántes de levantar el telón. Escena privada de familia y entre bastidores.

Director.—Arreglen ustedes pronto esos muebles y téngase lista la campanilla. Sobre aquella mesa se coloca la Constitución de 1857: sobre esta otra la ley electoral y la colección de las Constituciones de los

Estados, especialmente la de Aguascalientes. Hoy se debe presentar una persona que trae una solemne embajada del Gobernador de ese Estado, y el Ejecutivo quiere recibirle con estimable agasajo, porque la urbanidad nunca está reñida con nadie. No se les antoje à ustedes lanzar una carcajada indiscreta al ver al embajador. Serán admitidos á la privada recepción todos los representantes de ese Estado. No se olvide de advertir á los importunos lean ese cartel mandado fijar á perpetuidad en la puerta de la presidencia y dice muy claro: „Hoy no recibe el señor Presidente; *mañana sí.*" Avisen à los periodistas que anuncie esta recepción con letras gordas, lo mismo que al Lucero para que atice el alumbrado; al telonero que suba y baje el telón con oportunidad; sobre todo á Querubín, que tenga lista la orquesta, procurando que nadie se me desafine: que suenen bien todos los instrumentos, especialmente el *tololoche*, pues Goethe lo tiene dicho:

Si hace estruendo por los aires
Es señal que es bueno el bajo.

Esas nubes que despidan muchas descargas eléctricas al estallar la tempestad: no se olvide el rugir de la tormenta y de cuando en cuando las carcajadas: todo à su debido tiempo.

Querubín. (con la batuta en la mano.)—Tocaremos la rumbosa obertura „Tos ojos serán dos flechas, pero no la mamarás," que el autor ha dedicado á los conservadores de Aguascalientes.

Lucero.—Director; hombre, me causa lástima poner velas nuevas; dejaremos esos *tiritos*, que al fin y al cabo no es un gran personaje el de la embajada.

Querubín.—¡A una, señores!

(Toca la orquesta la obertura.)

Director.—Listo el telón.

Telonero.—Descenderé con rapidéz para levantar el pesado telón: miedo le tengo al batacazo si pierdo el equilibrio; puedo estrellarme los sesos: si me mato, solo recomiendo à mis amigos al pobre Aguascalientes, que está en poder de moros y en riesgo de dejar á Dios. ¡Vaya! ni les cuento yo á ustedes.

Director.—Tilín, tilín. Se levanta el telón.

ESCENA IV.

El General Presidente, despues el Licenciado de brazo con el Senador y el Diputado.

General. (A un ayudante) —Si entre los aguardantes se encuentra trasconejado un Licenciado padre de la patria, puede pasar con los agregados à la embajada.

Abogado. (Haciendo una caravana. Todos se saludan respetuosamente.)—Beso á usted la mano. (Pone el sombrero bajo el antebrazo; el bastón bajo el sobaco, y lee:) „Ciudadano Presidente. Tengo la honra de poner en las manos......[traga saliva] en vuestra mano una

misiva epistolar, que me acredita, cerca del Ejecutivo, como enviado extraordinario de mi señor Gobernador de Aguascalientes. El Estado que represento desea conservar con vos una cordial amistad y os manda por mi boca respetuosas salutaciones.

He dicho."

General.—Puede el jefe de la embajada hacer á un lado fórmulas diplomáticas. Ocupen ustedes un asiento, y vamos al grano.

Senador. [Aparte al Abogado.)—Por Dios, no vaya vd. á tragar camote. Serenidad.

Abogado.—Señor presidente. El pueblo de Aguascalientes prepara las elecciones locales, y solicita *libertad* para elegir al nuevo Gobernador.

General.—¿No la tiene?

Abogado.—Necesita, para recomendar á un candidato, una pequeña pieza de artillería, ó como el vulgo las llama, *una geringa*; necesitamos además una ametralladora, sistema *Krup*, y las bayonetas federales que impongan libre y voluntariamente el libre sufragio.

General.—Hah! Hah! ¿Nada más tiene que pedir?

Abogado.—Nada más. (Le codean el Senador y el Diputado, y pela tamaños ojos.) Ah! ¡qué desmemoriado soy! Pide también con encarecimiento no dé vd. oidos á unos cuantos tunantes que aspiran sólo à dar mordiscos al erario, y à desprestigiar á nuestro candidato.

General.—Ooooooh! eso es ya muy grave. Quieren aquellos señores ser exclusivamente los que impongan su voluntad à todo el Estado, sin dar à sus adversarios ni el derecho de quejarse.

Abogado—Allá está dirigiendo la nave gubernamental la flor de la honradez, la flor de la inteligencia, la flor del desprendimiento......

Senador.—La nata de la sabiduría.

Abogado.—La flor de la religión, la flor....

General.—Pissh....! la flor de la canela de una vez; sé que se han dedicado á la floricultura; es aquel Estado un ameno jardín que cultivan con esmero la *flor y nata* de los hombres ilustres.

Abogado. —Como que el Erario de allà está muy pobre; como que no hay despilfarro; como que el señor Gobernador en sus gastos se sujeta á *sota, caballo y as*; como de eso de hacer una elección, pagando viaticos à los electores....Pues sí; todos aquellos señores de la administración son tan honrados, tan probos, tan temperantes, tan......

General.—Tienen muchos *tanes*....¡Pero señor! usted, como los mosquitos, hace como que pica, y hace como que se va; bueno sería que hiciera usted de una vez como que se viene: al grano, al grano.

Senador.— Necesitamos fondos para la elección; los del Estado están muy escasos, mientras que los de aquí....

General.—Ay, ay, ay! ¡á quién se lo cuenta usted! Donde uno cree que hay jamón, ni estacas.

Senador.—Y sobre todo, aquellos pueblos quieren, que en materia de elecciones locales, no se les aplique *la ley del embudo*. Nadie piensa en elegir al otro candidato. [El diputado hace señal de asentimiento.)

General. (Respirando fuerte.)—Acabaràn ustedes de explicarse. Es

decir, que Aguascalientes quiere muchas cosas. Sin tantos rodeos, tambien hubiera yo comprendido que el señor Gobernador y su compañía de banderilleros quieren dar *sopa y trago.*

Senador. (Conteniendo la risa.)

Quieren salir del combate
Coronados de laurel;
De héroes hacer el papel,
Y que les den chocolate
Por la mano de Isabel.

General.—Eso de que la fuerza federal ayude al Gobernador á imponer un candidato, tiene tres bemoles; será lo que tase un sastre. Su prohombre no es simpàtico al pueblo, y por lo mismo no infunde confianza al Ejecutivo, que debe velar por la paz y las instituciones. Hay que obedecer las leyes de Reforma; y si Aguascalientes se empeña en elegir al Candidato de usted que, según tengo informes, es enemigo de todo progreso, hariamos al gato mayordomo del unto.

Abogado.—Nuestro Candidato no acepta la candidatura, puesto que no es del agrado de usted....no es escudo de oro que por sí solo se recomienda para que à tódo el mundo agrade.

General.—Es decir que renuncia á la mano de la bellísima Leonor.

Abogado.—Hoy nos proponemos elegir gobernador á un señor Coronel.

Senador.—Bien claro es que con tal prohijamiento se manifiesta al señor Presidente la sumisión á su voluntad.

General—A un señor Coronel

Abogado.—Al señor Coronel.

General.—Les ha nacido en el alma. ¡Qué amor tan inmaturo!

Senador.—Nadie más imparcial y exento de odios.

General.—¿Sííí? No me lo cuente vú - Todos los ciervos huelen de muy lejos la pólvora y la bala del cazador.

Abogado.—Señor Presidente, yo quisiera robustecer....(Se perciben truenos y relámpagos un poco lejanos.)

General.—Es inútil. Aquí concluye la velada. Diga usted á sus amigos que ese señor Coronel, según la Constitución de su Estado, no tiene los requisitos que ella sanciona,

Abogado.—Pondremos sobre la ley un puente colgante; perforaremos la Constitución, y le haremos un túnel, una doble vía. (Resuenan dentro algunas carcajadas.)

General.—Los liberales de Aguascalientes se quejan de que sus adversarios han hecho tales agujeros á la Constitución que parece harnero. Dígales usted que yo no tengo allá mis soldaditos para que ustedes me los galanteen: el Coronel tiene otro muñeco que bailar, y no puede convertirse en *títere* cuando es más útil para *titiritero.* Sobre todo, no es suple-faltas ni remendón, para ponerlo á las órdenes de esos mamelucos.

Abogado.—Señor Presidente, adios!

General.—Señores y amigos míos, hasta otra vista.

(Los tres embajadores hacen una profunda reverencia hasta tocar el pavimento con el sombrero. Salen escurridos, con los faldones del frac entre las piernas. Dentro se oyen silbidos y carcajadas.)

ESCENA V.

El General Presidente.—Después un Agente.

General.—Es decidido; el Gobierno general es la piedra de sacrificios de los partidos. Yo le he de poner el cascabel al gato; yo les he de poner la mamadera á todos los aspirantes; yo he de ser la nodriza de tantos y de tontos, sentarlos en mi regazo, mimarlos y....para que después la oposiciòn me azote y tenga yo que exclamar con la sonrisa en los lábios; "¡ay, amor, cómo me has puesto!" Toro de plebe serían capaces de volver al Presidente los partidos y los partidarios.

Agente.—Señor General; buenas noches.

General.—Mejores las tenga usted, amigo mío. Alguna novedad lo trae à usted á tales horas por estos salones.

Agente.—¡Qué se ha de hacer! Mis amigos se han alentado á trabajar en las próximas elecciones.

General.—Harán muy bién.

Agente.—Es que yo soy el candidato.

General.—Felicito à usted.

Agente.—Cuento con que una parte de la Legislatura me ayudarà con su prestigio.

General—Oh! eso ya es algo. Pero ¿à qué altura se encuentra el crédito de usted por las altas y por las bajas regiones populares?

Agente.—Cuento con la seguridad del triunfo, porque todos mis amigos uniforman los trabajos.

General.—¡Hah hah! Muy bién. No olvide usted aquello *de la mano á la boca....*

Agente.—Ya usted vé, señor General, lo que cuesta ser uno candidato. Cuando á un hombre, cansado de andar en picos pardos, se le mete en la mollera ponerse en gracia, y pide la mano de una mujer, todos los envidiosos, todos los calabaceados, se asocian para desprestigiar al pretendiente; por Dios, no dé usted oidos á esos monigotes que quieren desprestigiarme, envilecerme.

General.—¡Y dirán luego que no hay dos cabezas que conciban á un tiempo idénticos pensamientos! La misma pretensión han tenido en este momento sus adversarios; yo no soy ligero para dar crédito á los chismes de cocina.

Agente.—Con frecuencia nuestros contendientes lanzan à nuestros amigos *cohetes á la congreve* para desunirlos y desorientarlos. Han dicho que el Ejecutivo mira mi candidatura con ojos de suegra soflamera, y que nunca en sus días consentirán en que el círculo liberal gobierne aquellos pueblos, aunque tengan que recurrir á todos los medios de falsear la voluntad popular.

General.—Déjelos usted venir. El Gobierno general no protejerá

decididamente à un candidato que carezca de simpatías, pero no tolerará tampoco ese juego de cubiletes que convierte lo negro en blanco.

Agente.—Nuestros amigos sabrán muy pronto esa resolución de usted: y en cuanto al círculo oficial que allá me contraría, á cuya cabeza están los propietarios y la gente de Iglesia, tendrán el disgusto de enfadarse. Ya se anuncia que el señor Gobernador abdicará el Poder para no verse precisado á sucumbir ante la fuerza de la opinión.

General.—Hé aquí una resolución que podría desconcertar los planes de usted: pero, ¿en qué piensa el señor Gobernador? ¿por qué quiere darnos semejante pesadumbre? Muy sábio fué aquel que dijo:

"El mundo comedia es;
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles,
Y á veces el entremés."

Agente.—Señor General....

General.—Calme usted, pues, á sus partidarios si buscan el triunfo de sus ideas y sus aspiraciones dentro de la licitud constitucional; tal conducta no puede menos de ser simpática al Ejecutivo de la Unión. Adios, y hasta otra vista. (Vase.)

Escena VI.

Agente. (Solo.) —Con viento en popa navega mi bajel: si zozobran mis deseos, no por eso dejará de lucir en aquel suelo la luz de la democracia. Desde hoy empuñaremos una nueva bandera, diciendo con voz robusta: "en tres jugadas daremos el jaque mate."

(Al público.)

Con un huracán deshecho
Y cuando el rayo resuena
Bogará en la mar, serena
La nave del buen derecho:
Un marino, en caso estrecho,
Domina las olas altas;
Mas si tú, pueblo, te exaltas
Porque dirige un grumete,
Bien miras que es un *sainete*:....—
Perdona sus muchas faltas.



LA TENIA.

¿Habrá uno solo de nuestros lectores que pueda dudar de los adelantos de la medicina y de la cirujía? Los portentos que ella nos muestra cada día son otros tantos testimonios de que ya no es una ciencia oscura como lo era en otros tiempos de infeliz recordación; como aquellos en que á los pacientes de el mal de elefantiasis ó el de Sn. Antonio los aislaban de todo trato para no contagiar á la sociedad. Hoy todos sabemos que, conservando pura la sangre, ministràndole fierro y desterrando ciertos alimentos dañosos, puede conservarse el hombre con salud completa en medio del peligro; sobre todo, desde que se han fundado compañías de seguros sobre la vida, los médicos y los boticarios duermen á pierna tendida y abandonan el rebaño á trasquiladores de nueva creación.

Existía en otro tiempo una lombriz que por su reproducción mortificante era el terror de todas las barrigonas y de los que sentían frecuentes retortijones, como los sienten hoy los antípodas de un candidato triunfante; era designada con el nombre vulgar de *solitaria*; raras solían ser las personas que las tenían; mas cuando este animalito se posesionaba de un estómago, solo igualaba el gruñir de tripas al del que era víctima de la sesantía diputadil ó al de la desilusión de un gobernador no reelecto. El tamaño de la *solitaria* se medía como el alambre telegráfico, por centenares de varas. El cuzo de Abisinia fué un remedio que dejó muy atrás á la raiz de granado y á la pepita pachona de la calabaza; después el elechomacho; y hoy.....¡santo cielo! el Dr. Purgant, en consorcio con un Sr. Iglesias, son los últimos poseedores del gran secreto; y los únicos que tienen una segunda vista para penetrar hasta los antros oscuros de un estómago repleto, y decir con precisión matemática; "este sí; aquel nó; el de más allá, tienen *solitaria*." Bajo el párpado inferior del ojo izquierdo, aunque el paciente sea tuerto ó vizco, se retrata el *solitario* animal que tanto horror causa.

—Venga vd. acá, hombre; su color me indica, su gesto también, y su modito de andar, mesurado y corto, que usted tiene *solitaria*.—dice el Doctor.

—¡Pero Doctor! jamás he sentido nada alarmante; yo tengo buena apetencia......

—¡Eso, eso!

—Bebo mejor......

—Pues, allí está el *quid*.

—Duermo perfectamente; sólo es interrumpido mi reposo por alguna pesadilla, cuando sueño que triunfó la reelección en el Estado, ó que será gobernador D. Fulano.

—Tontería, amigo mío, tontería; esos son precisamente los síntomas más seguros de la *tenia*: ó tiene vd. la maligna que se llama *armada*, ó tiene vd. de las otras dos clases que son menos perversas, pero que siempre roban al estómago la nutrición del alimento.

—¡Pero cómo ha de ser eso Doctorcito! esto es contra lo natural.

—Yo no puedo explicar á vd. las enfermedades con arreglo á la ciencia, porque no me entendería vd.; sólo con una comparación vulgar, indigna de un médico culto, podría esplicarlo à vd. Pero en fin si vd. se empeña....

—Hable vd. Dr., y quíteme estas palpitaciones de corazón y estas revoluciones intestinales que ya comienzo á sentir por las aprehenciones de espíritu.

—Figúrese vd. que el estómago es una caja de fierro, grande, en donde se encierran los caudales públicos, que son el alimento que debe repartirse á distintos órganos de nuestro sistema: si un monstruo se chupa los jugos nutritivos, como cierta persona ¿qué les queda á los otros órganos, sino es el alimento impuro que no los beneficia? Si un funcionario omnipotente es *tenia* de la Tesorería, él se chuparà los caudales y no dejará sino residuos de alimentos insalubres á los demás parásitos; la salud decae y la muerte está cercana. En manos de vd. está, Sr. D. Fulano, curarse à tiempo de la *tenia*. Hay tres especies de *solitaria* que en cada Provincia se designan con nombres distintos; aquí se llama *jaimera*; otra se llama de los *mercaderes*, y la más insignificante es la que persigue á los *marineros*; todos de la familia de los *cestoidos*.

—¡Jesús, Sr. Dr.! pero ¿como no habían sabido esto los médicos antiguos? ellos sacaban la solitaria á un paciente sentándolo en un sillico, lo elevaban por escotillón, y como quien estira la punta de un ovillo, la extraían, estimulándola con el vapor de la leche y la canela.

—Vea vd., vea vd. Sr. D. Fulano. Ahí tiene vd. à D. Sutano, gordo y lleno de salud; pues á este Sr. le ministré un pomo de la medicina que aplico, y arrojó la *solitaria* llamada *marinera*. La misma operación le hicieron al Dr. Gúllíver en México. Al Candidato N.... le administramos la pócima, y no echó *solitaria*; pero sí una gusanera furibunda que yo no sé de donde salió tanta gente para formar el gran gallo la noche de su postulación. A su competidor lo mortificaba otra lombriz que no es conocida ni clasificada, pero la arrojó, y ha tomado un preservativo para librarse de las bascas y de la tenia de los Mercaderes.

D. Mengano logró con mil trabajos arrojar la que tanto lo mortificaba; era *marinera*, y ha quedado muy débil y con el estómago delicadísimo. A D. Silvio Pellíco le ha sucedido una cosa sorprendente; arrojó cincuenta varas de la de mercaderes, pero no sale todavía la cabeza; salió entera toda la de los marineros, sin dejar señales de que le quede más que la jaimera.

¡Ay amigo mio! se horripila el cuerpo al considerar que todos, todos en estos momentos tienen ese voraz animal cuyos gérmenes están en la carne. Desde que yo senté mis reales en esta ciudad no se ven màs que caras compungidas que ocurren á mí en solicitud de remedio. Los médicos del lugar me llaman charlatàn y dicen que mi medicina es

la que cria instantáneamente la *tenia*, y me envían pacientes que la *tuvieron* y ya no la *tienen*, solo por poner á prüeba mi humildad, mi modestia y mi amor á la ciencia.

Nos consta que la casa del Dr. Purgant està llena á todas horas, para consultarle. Ojalá y pudiera decirnos á nosotros, pobres redactores de este periodiquín, quiénes tienen gusanos en el vientre; quiénes *solitaria* Jaymera, de Mercaderes ó Marinera, y cuàntos pomos se pueden tomar los pacientes para arrojarla dentro de quince días à mas tardar.

EL LEON AGREDIDO.

(APÓLOGO.)

Los hombres han convenido en considerar al león como el rey de los cuadrúpedos; no sólo porque en la fuerza reside su potencia, ni la magestad en su rugir, sino porque es generoso, valiente, astuto, prudente y en algunos casos ha dado pruebas de *talento*. El elefante no le ataca, solo se defiende, y con resoplidos cree intimidar al czar de los desiertos africanos. Para los animales feroces tiene el león su potente garra y la agilidad en sus movimientos; para los inofensivos, la indiferencia; para los audaces y *espadachines* el desprecio; para los séres débiles, el amor, la compasión, y acaso un rasguito de todas las propensiones, si está hambriento.

Se dice que los perros de presa, los galgos de caza, los mastines alborotadores, obligan al león á nulificar su potencia; pero que los falderos, los famélicos podencos, los perriquines ladradores y ladinos encarámanlo á un palo temblando cobardemente.—No es que les tenga miedo, puesto que, si logra azgarlos con su potente garra, en vez de devorarlos se *sienta sobre ellos* pero sin sofocarlos. Es que el ladrar ladino del falderito lastima su oido delidado, impuesto á escuchar sólo los rumores de la soledad y el estruendo de las tempestades. Nada le intimida; ni el bufar del sanguinario tigre, ni el silbido del boa constritor, ni la voz de la Naturaleza, ni el acento del hombre; combate silencioso, ruge de furor al ser herido.

Así vemos que el león africano es el símbolo del gran partido liberal; ve á sus adversarios que aprestan sus armas para una lucha formidable, y el león les espera de pié; no atiende á la jauría de canecillos que le asedian con ladridos agudos y penetrantes; ¡ay! sólo quieren hacerlo descarar y treparse à un palo. Multitud de periodiquitos salen de sus tuseros para ladrar; invocan unos la causa de la religión; otros la bandera del cesarismo.—El león bosteza y duerme, fiando en su potencia y en el porvenir.

Los Avestruces y el Erario.

Examinemos los pasi-trancos de un Ministro de Fomento, y de uno de sus amigos predilectos.

Un contrato se celebró con una casa especuladora, mediando como agente el Sr. Lic. D. Alfonso Lancaster Jones, para introducir al país algunos animales utilísimos, unos bípedos asombrosos en pujanza y resistencia, más que ciertos entes que recorren las calles de México, y son para todo inútiles. Aquellos han de superar en utilidad al camello que atraviesa los arenales de la Arabia, y á los bùfalos y bisontes en los páramos de América. ¿Saben ustedes cuales son esos animales? Son nada menos que los avestruces, originarios del Africa, que han de aclimatarse en Chihuahua. Van á desaparecer los desiertos que hoy atraviesan los salvajes. Como parte alícuota del contrato, se introducirán también otras aves muy raras, de canto agradable, cuyo nombre no hemos podido averiguar; la noticia ha llegado hasta nosotros de una manera oscura y misteriosa, por la admiración que infunde y por las impresiones que deja en el ànimo de todos todo aquello que va marcado con el sello del génio. Esas aves se cree que son àguilas de dos cabezas; pero nosotros no podemos dejar pasar la noticia por nuestras anchas tragaderas.

La noticia cundió con celeridad á los confines de la República Mexicana, causando furor, un verdadero y maravilloso escándalo; los poetas tiemplan su lira para celebrar el contrato con dulcísimos arpegios. El Sr. D. Emeterio Robles Gil, desde Guadalajara, y algún otro poeta incógnito desde Puebla, han remitido al Sr. Lancaster Jones magníficas poesías, felicitàndolo por sus conquistas, y asegurándole que su nombre pasará á la posteridad, radiante de gloria. Hay mucho de grandioso, mucho de sublime, que satisfará el amor propio de nuestro buen amigo el Sr. Jones, si se constituye en el primer zapador de la civilización que del Africa tiene que venirnos, al ser introductor al país del hercúleo avestruz; màs todavía, del águila de dos cabezas; de ese animal que creiamos mitológico, y que simbolizaba el poder y la magnificencia de los grandes imperios de la tierra.

Figúrense nuestros lectores, cuán hermosos van á tornarse esos desiertos de Chihuahua el día en que veamos al avestruz servir de macho de carga ó de carretela, trasportando velozmente las pieles de cíbolo y las cornamentas de búfalos y de ciervos que hoy son tan escasos en ambos hemisferios; figurémonos también, por dar vuelo á nuestra fantasía, ver al Gobernador de Chihuahua, montado en un avestruz, con lanza en ristre, emprendiendo una cruzada contra los salvajes, y que al alarido im-

ponente y aterrador se contesta con el graznar de esos gigantescos animales, que tienen pujanza para servir de cabalgadura; que obedientes á la voluntad de un guerrero, á la voz de mando de un corifeo de batallas, se lanza, como el clavileño de D. Quijote, á los espacios con seguro vuelo, si se le aprieta una clavícula ó clavija, que será la bálbula de seguridad, y que deja escapar el gas que le infla; cual águila capdal, caerá sobre los impíos salvajes, à la manera que cae el gavilán sobre la tímida pollera; en un santi-amen serán destruidos los aduares de esos bárbaros que son tan remisos á la vida civilizada.

Suben de punto estas consideraciones al suponer que el jefe de una espedición barbárica se hará seguir de un par de esos monstruos biceps, de àguilas devoradoras, que exploran el campo para mayor seguridad, como el cuervo ó la paloma viajera que llevó hasta el Ararat la oliva de la paz: Se abisma nuestra imaginación contemplando esos beneficios para nuestro país, que todos, en conjunto, formarán el zócalo de la columna que las generaciones venideras levantaràn al Sr. Jones.

Se dice en el públicó que, para servir de fundamento al contrato, se alega que el avestruz produce una pluma finísima, como la que en el comercio se conoce con el nombre de *pluma de marabú*; con ella se adornan las caudas regias, y en las artes se emplean con muy buen éxito para formar los primorosos tocados, adornos de vestidos y sombreros de las coquetonas de la Alameda, que *ellas* pagan á subido precio. Ocurrimos, pues, por satisfacer nuestras dudas, al circo Orrin, y vimos un animal implume que maldita la gracia que nos hizo, y luego á un Diccionario que nos dió la siguiente definición: "AVESTRUZ. Ave de dos varas de altura que se distingue por tener sólo dos dedos en los piés, las piernas muy largas, el cuello, la cabeza, el pecho y vientre desnudos enteramente de plumas, y las alas muy cortas ó inútiles para volar.—Struthio camelus."

Aquí nuestras ilusiones se ofuscaron; un baño ruso no habría causádonos más impresión, y exclamamos: ¿cuáles serán entonces las plumas finísimas que arroja el avestruz? ¿cómo emprenden un viaje por los aires si tienen alas inútiles para volar? Ahora falta que salga *canard* lo del avestruz, y *borrego* lo de la pujanza para transporte; quedarán lucidos los contratistas, y por consiguiente, efímera la gloria del Sr. Jones.

El Ministro de Fomento, celoso por los adelantos del país, en lo que se relaciona con su ramo, pidió *sesenta mil pesos* para dar el primer lote de subvención á las àguilas de dos cabezas, que son los contratistas; mas el Sr. Dublán, no obstante su entusiasmo por todo lo que contribuye á fomentar la industria y los adelantos de la agricultura, no ha podido ministrar tal cantidad. Atruenan sus oídos los gritos de las viudas que se mueren de hambre, otra especie de àguilas devoradoras que serían capaces de devorar, asfixiar, constreñir al Sr. Jones el día que lo vieran, á guisa de indios *guajoloteros* que conducen à la plaza del mercado á los *guajolotes*, arrear para Chihuahua á los avestruces. Los empleados estàn con el Jesús en la boca temiendo no les vuelvan à dar quincenas por gastar los fondos en introducir esas águilas que, á

mayor abundamiento, han de comer doble cantidad de pan, si es cierto que tienen dos cabezas.

Por ahora, el erario se ha salvado de la voracidad de los bàrbaros, mediante los avestruces, como en otro tiempo se salvó el Capitolio de la irrupción de los vándalos por el aviso de los gansos.

Dios salve á la República y perdone al Sr. Jones el pecado mortal de sus buenas intenciones.



"La instrucción del Pueblo."

Cuasi agonizante, exasperada por el asma, asfixiàndose por el enfisema, abandonaba un momento su lecho de muerte para divisar por una claraboya de la sacristía los últimos rayos del sol, claro y radiante, cuando la muerte la sorprendió y quedó inerte al dar una tosidura.

No sabemos por qué se mandó desbaratar la planta donde se consignaban los últimos cántares. Tocaba el bombo, la gaita gallega y esparcía el agua bendita. Dios la ha recibido ya en su seno, porque la inocente no perdió la gracia del bautismo en el poco tiempo que estuvo en este mundo. Fué larva, gusano después, al fin mariposa de nuestros jardines; murió, pero en la Primavera próxima brotarán nuevos gusanos. ¡Paz á los muertos!

Tuvo una vida y un fin como Traviata....padeció de tisis y se murió cantando.

"¡Gori gori! hizo ya su defunción
El gaitero, el gaitero de Gijón."



HISTORIA
DE "EL SIGLO XIX."

El Mercurio de Valparaiso lleva en América el báculo de la longevidad: oimos todavía la tos cascada del matusalénico cofrade, cuyas canas nos infunden veneración; su barba blanca, interés; sus acentos, modulados en la experiencia, un respeto profundo.

Tras ese anciano vemos cruzar al interesante *Siglo XIX* llevando por Lazarillo á D. Ignacio Cumplido. ¡¡Corneta!! pues ese señor, no vayan ustedes á pensar, tiene intenciones de peinarle la cabeza al Siglo XX. Él ha visto pasar sereno los años y los *Siglos*. Narra con fresco colorido la prisión del padre Arenas en el cuarto situado junto à la escalera principal de Palacio, y asistió á la ejecución en su carácter de mocosito prófugo de la escuela; él ha visto la caida estrepitosa, el eclips total de muchos hombres-astros y la elevación prodigiosa de otros héroes como los generales Diaz y Gonzalez, pues no lo habría creido aunque se lo juraran los más formales profetas de la antigüedad, que habían de presidir el más rápido progreso de México. Hoy se queda boqui-abierto ante los caprichos de una fortuna frecuentemente veleidosa.

Fundó el impresor Nacho Cumplido como un preludio, *El Cosmopolita*, y después, como editor, *El Siglo XIX* solo por impulsar su naciente establecimiento tipográfico, y, ¡lo que son las leyes del destino! sin pensarlo, ni saberlo, sin preveerlo ni soñarlo, forjaba él mismo la cuna de muchos hombres ilustres. Con paternal cariño ponía la lactante mamadera en la boquita de tantos párvulos que debían con el tiempo trepar al pescuezo de la madre patria por un palo resbaladizo. Cumplido, bajo los auspicios de Rodriguez Puebla, tosió gordo, puso las andaderas à D. Mariano Otero y á D. Juán B. Morales; por fortuna no dió en la monomanía de escribir per-*versos*, como nuestro célebre Tancredo; él, que infundía brío á sus redactores en àrduas y luminosas cuestiones, les mandaba también las auras refrescantes de la popularidad; forjaba, como albañil inteligente, sólidos pedestales y escalas ascendentes para llegar á las altas regiones de la diplomacia y del poder. Jamàs abandonó á sus catecúmenos, como no abandonó tampoco á los cajistas, prensistas y tintadores, solo porque podría encaramarse hasta los brazos más elevados del árbol de la libertad; comprendió sus deberes de editor y se encerró en sus muros con plausible modestia y humildad. Es mucho cuento este, señor D. Ignacio, más cumplido que lo que po-

dría serlo el cocinero en un hospital de locos: dispone vd. las viandas y no las prueba. Usted no ha querido imitar à la hiedra que, adhiriéndose á un robusto tronco, se eleva y florece; pero si se asimila usted à la planta paràsita que chupa los jugos vivificantes de arbustos vigorosos.

Cumplido, con sus caracteres y sus prensas, ha tenido una influencia decidida en los destinos de México; su mirada de águila andícola, penetra en las oscuras regiones del porvenir, y con mágico cartabón mide la talla de sus neófitos educandos; sus augurios son proféticos. R. Puebla, Otero, la Rosa, Ramirez, Morales, Lafragua, Lacunsa, Zarco, Prieto, Payno, Iglesias y otros muchos, dieron sus primeros y vacilantes pasos en la calle de los Rebeldes, y se nutrieron con la leche de una nodriza robusta y sana; una brisa bonancible hinchó las velas de cumplida nave, y surcando mares tempestuosos, arribaron á las playas del poder. profundos escritores, instruidos poetas, elocuentes tribunos, hábiles estadistas, astutos diplomáticos, discretos financieros, y pasaron las fronteras de *El Siglo XIX*; ser redactor de número, extrechar la mano de Cumplido, es encarrilarse en la vía férrea que lleva sin tropiezo à los encumbrados puestos del Estado: asirse de la cola ó frac de ese impresor activo, de ese hombre obeso, de negras patillas, abultados mofletes, y cara fandanguesca, es lo mismo que zambullirse á guisa de pato en el mar proceloso de la política, y aparecer después agarrándose las narices, en una secretaría de Estado. Fábrica de ministros fué el pequeño cuarto donde se condimentaban artículos de superficie en la calle de los Rebeldes. ¿Quién va arriba, y quién abajo? era el problema que había de resolverse. D. Nacho, con un gorro frigio en la cabeza, à guisa de prestidigitador, y una batuta cual maestro *al-cémbalo*, decía: "Marche Otero al Congreso y con el arpón de la diatriba derribe à ese omnipotente ministro, á ese león de Numea. Suba Ramirez á la tribuna, y arroje las flechas de su aljaba para que caiga á mis piés ese gabinete de autómatas. Ascienda Zarco á la montaña y lance un reto á esos hombres protervos del gabinete que me miran con desdén, como si yo fuera un muñeco titeresco, ó un comparsa despreciable de las escenas teatrales. Cada gallo cante en su muladar, y nadie se me descaree.

Y los ministros caían:

Y rugía la tempestad con estruendo formidable:

Y estallaba el rayo:

Y aparecía el íris refulgente.

El nuevo sol alumbraba otra escena y otros hombres. ¿Quién engaña á quién?

La mesa del festín estaba puesta; se apuraban las copas de la orgía; ¡raros contrastes de la suerte! no debía saborear los pasteles el cocinero que los condimentara. Nacho Cumplido, como el director de escena de los teatros, oía los aplausos, contemplaba el entusiasmo que inspiraban sus tramoyas, y guiñaba èl ojo à sus amigos íntimos. Su orgullo y su aspiración estaban satisfechos; no pedía ni una tajada, pero..... ¡qué pavos reales nos hacía en el despacho de su imprenta! la única recompensa de sus fatigas era engalanar al decano de la prensa con letras

nueva, teñirle los blancos cabellos, rizarle la peluca, asear la dentadura, curarle la *gota* y acicalarlo como á un pollo en una fiesta nacional.

¡Cuántas vicisitudes han combatido la vida del *Siglo*! sus adalides, de casco y de coraza, como guerreros de la edad media, han defendido la causa de la civilización. Desde los primeros vagidos de la democracia hasta el trueno gordo de Tecoac, los que han sido sus redactores velaron siempre por el triunfo de toda idea de progreso. Unas veces arañando à El Monitor Republicano, y otras paseándose de bracero con él, seguian el mismo viento cardinal en vías distintas, pero paralelas; como los gacetilleros y los cómicos, siempre peleando, pero siempre juntos. ¡Cumplido y Tancredo unidos! ¡Jesús! algún cataclismo quiere trastorñar al mundo: no se disputan ya las impresiones oficiales, ni les trastornan el cerebro los gorgoritos de una cantatriz, ó la pirueta de una bailarina; el carro republicano se volcó, y es sabido que la adversidad une à los hombres. Si *El Siglo y El Monitor* se saludan, es el signo más seguro de que hay comercio de amistad entre uno y otro editor.

Ahora, en nuestros dias, y al terminar el siglo XIX, ¿habrá algunos Cumplidos? Sí, los hay que, en Belen, cumplieron su condena; habrá muchos imitadores que se desvelan por obtener impresiones del gobierno, pero pocos que dén impulso á la idea civilizadora y que protejan al escritor novel y de naciente génio. Con oportunidad podriamos decir lo que Roberto Esteva, y antes que él algún otro: «los dioses se han ido.»

Contintúa *El Siglo* sus tareas periodísticas, dejando tras de sí un surco de luz, como dejan las naves en el Océano el fuego San Telmo. Dispersos hoy los hombres que en otros días sembraron en sus columnas la semilla del progreso, buscan en otras regiones, de limitados horizontes, la realización de sus teorías y aún de sus sofismas políticos. Altamirano, Julio Zárate, Vigil, Agustín R. Gonzalez, y otros muchos, cuyos nombres no recordamos en estos momentos, callan y esperan; tal vez rebulla en el cerebro de alguno la aspiración de servir un Ministerio, siguiendo la tradición de que antes hemos hecho mérito, y alcanzar así los lauros que una fortuna próspera prepara al hombre estudioso y de talento; no ha llegado su época todavía, pero......ahí está el porvenir. Hoy podriamos decir lo que en otro tiempo el editor del *Siglo*.

¿Quién vá arriba y quién abajo?

Entre tanto, Nacho Cumplido lleva en Paris una vida muelle; como los adoradores del Becerro de oro, espera la venida de un nuevo Mesías. Le anima la esperanza; los recuerdos vigorizan su fe. En sus delirios y espansiones remite á personas que, estando lejanas de él, quieren conocerlo, su retrato fotogràfico de cuando era pollo ronco, y recibe en recompensa retratos hechos hace veinte años, opaco el brillo del colorido, pero la imágen animada por la lozanía de la edad juvenil, donde no apunta entre sus cabellos la escarcha del invierno de la vida.

Para el génio no hay instanteros que marquen en su marcha uniforme la carrera del tiempo, pero en vista de esos retratos diriamos con Cumplido.

¿Quién engaña á quién?

HISTORIA

DE

"EL MONITOR REPUBLICANO."

"En pocos días he recorrido el camino que conduce desde la esclavitud hasta la libertad."—Así exclama *El Monitor* recordando las palabras que en su entusiasmo lanzó, como un saludo al liberto mexicano, el General Iturbide...... Nosotros queremos narrar acontecimientos contemporáneos que se vienen à nuestra memoria hoy que estamos de gorja, queriendo arrancar à nuestro rabel notas melífluas para daruna serenata debajo de unos balcones. Dios Ntro. Sr. nos dé su santa ayuda, Job un rasguito de su paciencia, y Plutarco un destello de su robusta inspiración para contar, ya que no para cantar, con imparcial criterio, la historia de los héroes que, por mal de nuestros pecados, se encuentran en la oscura cámara de nuestro cerebro.

Puesto que soltamos ya con donaire y desembarazo nuestros arpegios, no faltarà un curioso que diga tenemos entradas como las de un calvo, ó como los pastelillos de los franceses, *mucha harina y poco ostión*; sino es que *La Voz de México*, al leer nuestro epígrafe, nuestro nombre y nuestros propósitos, y al ver á Tancredo en el bramadero, diga con desdén: "A tal Aquiles, tal cantor;" pero sus chanzas coludas y maliciosas las contestaremos plagiando un pensamiento de Lope de Vega:

No haga *La Voz* tal carambola,
Y tape las inmundicias con la cola.

El *Monitor* se fundó años muy atrás para competir con la publicacón del *Siglo XIX*. Necesitaba una bandera, y colocó en su palo mayor la nacional; necesitaba un emblema, y colocó en ella como un escudo el gorro frigio, símbolo de la democracia pura: desde sus primeros rugidos el *Monitor* ha sido el campeón màs ardiente para defender los principios avanzados de nuestro siglo; jamàs vaciló en montar sus baterías frente al poder omnipotente de la Iglesia, ni dejó de escucharse su voz para proclamar los derechos del pueblo. D. Ignacio Ramirez en la tribuna, y "*El Monitor Republicano*" en la

prensa, fueron los zapadores de la reforma política en México. Con valor civil lanzaron el reto á una sociedad imbuida en las tradiciones ultramontanas, y serenos resistieron las tempestades y los terremotos, los anatemas de la Iglesia y las maldiciones de las beatas. Uno y otro tuvieron el gusto de ver planteadas las instituciones, aunque han presenciado también los combates de la anarquía, la degeneración de los principios màs civilizadores, y el eclipse tal vez del sol de la libertad.

El *Monitor*, como los gallos de mejor ley, cuando no encuentran un enemigo con quién pelear, ensaya sus espolones y su acerado pico con los consocios de su misma gallera, y hasta con los gallo-gallinas de la vecindad; no está contento sino encrespando la golilla; la Constitución es su alcàzar, la libertad su Bósforo, los principios avanzados su harén; las leyes de reforma sus odaliscas; celoso como un turco, el *Monitor* se enfurecería si otro gallo cantara ó si se introdujera en su serrallo queriendo meter su cuchara; de seguro que sería picoteado hasta descarearse. Pero si á este enemigo natural no se lo encuentra al paso, alzará camorra donde quiera y con cualquiera. Combatir es su divisa; aunque en la polémica sufra un descalabro, se retira con tambor batiente á felicitarse por su victoria. No hay mártir sin fe.

En cuanto á la parte material, es ya otra cosa: abarcar todas las impresiones ya sean oficiales ó no; servir al público que mejor paga; estar en el favor del "supremo tramposo" ó en la oposición si se le repele; tener sólido el fondo de una caja de fierro, es su deleite; llenarla mensualmente por medio de la prestidigitación á cuyos cubiletes son los editoriales y la gacetilla, tal es su afan constante. Habladle de patriotismo; habladle mal del clero, del dominio del sacerdocio sobre las ma sas ignorantes, y el *Monitor* estarà como de pascuas; le vereis pararse en la punta de los dedos de los piés para defender ó para impugnar la democracia ó el retroceso; discurre con raciocinio, embiste con energía, asalta con denuedo á pecho descubierto, á bayoneta calada al paso de calacuerda; siempre sereno y siempre con bríos; pero no menteis la *tesorería* porque sufre una enagenación mental. Nuevo Don Quijote de la política, como el ingenioso manchego, en todo es sabio y cuerdo, ménos en lo que atañe á la andante caballería.

Su ideal son los principios de la democracia francesa; sus prácticos pilotos Gómez Farías, Juarez y Ocampo, à quienes ha levantado altares como á semi-dioses. Eleva con entusiasmo á los sacerdotes y á las vestales de su fe política, pero......¡cuántos desengaños no ha tenido en este mundo al recoger el musgo santo de la sagrada encina! su *casta diva* se mete entre las nubes, y sus criaturas se ocultan ó se le encaran; no hay cabeza que peine que no le salga tiñosa, como el dice.

Para defender las ideas nuevas que irradian en el Universo, era opaca la luz de un faro, y tibios los rayos de un sol de Invierno. Tancredo era más à propósito para organizar una imprenta que para hacer la propaganda de las doctrinas novísimas, ó para introducirse en los laberintos palaciegos. La asociación, ¡ah! la asociación era la locomotora más adaptable para llegar oportunamente al valle de las instituciones liberales, en un país, sobre todo, donde el fanatismo religioso no ha que

rido abdicar sus errores. Buscó aliados, buscó sócios, se formó satélites, y en una atmósfera de oxígeno más puro le seguían sus acólitos. ¿En dónde encontrar esos propagandistas de fe ardiente, de constante anhelo que tuvieran como hábito el trabajo, como vehículo de las consecuencias de la discolería, y como recompensa el martirio? ¿dónde están esos hombres de fe sincera, nutridos en la adversidad, alentados por el sacrificio; esos héroes, en fin, que para deificarlos el paganismo sólo necesitaba conocerlos? Armado Tancredo con su perseverancia, enciende su linterna como Diógenes, abandona su tinaja, y se lanza por esos mundos de Dios en busca de un hombre, de un socio á quién atar al carro de un destino próspero ó adverso. De ese consorcio resultaría la difusión de la idea en las masas, la prosperidad de la imprenta; para Tancredo.... el cuerno de la abundancia. Mas para el escritor que empleaba su inteligencia y arriesgaba su sociego, ¿qué le quedaba más positivo que la gloria efímera de un aplauso? ¡A! sí; los silbidos de los antagonistas, y las amenazas de ese culebrón, de ese boa constrictor que se llama fanatismo. Allá, como en lontananza, en diversos tiempos, distingue el *Monitor* á Florencio María del Castillo, al jurisconsulto D. J. María del Castillo Velazco, Carlos Olaguíbel y Arista, Vicente Morales, Manuel Caballero, Luis G. de la Sierra, y sobre todo. á Chávarri, conocido generalmente bajo el seudónimo de Juvenal. Pero... ¡ea! se nos quedaba en el tinbero el nombre del torito más bravo de la plaza, del tremendo Pipo, que tantos dolor-detripas ocasionó al inperté-rrito *Monitor*.

Con cada uno, y en su oportunidad, hubo un coloquio amoroso, una reyerta, una seducción patética. Se formó la asociación simultáneamente: se forjó la cadena fraternal.—Pongamos nuestra empresa sobre bases sólidas, -decia Tancredo á Florencio;- repartámonos los emolumentos como buenos hermanos. Tú y yo seremos los monitores y los torpedos del periodismo; la inmortalidad nos aguarda, y la patria nos coronará con sus laureles: la próspera fortuna nos espera; si le cerramos la puerta, si se marcha desdeñada, jamás volverá: unidos siempre los dos navegaremos con viento en popa; tú harás de tu pluma una saeta, y yo haré de mi mano una cuchara. Forjemos una compañía, como decia Gaspar, para fumar un habano....

—¡Cómo! -decia Florencio, -¿fumar los dos un tabaco, señor don Vicente García, por añadidura, Torres? ¡Qué! ¿yo me apodero de la boquilla, y à usted le dejo el extremo que arde? ¿á usted que le gusta coger las cosas por donde no queman? ¿la ley del embudo?

—No, mi querido pescadito, no; yo soy tu amoroso cocodrilo.—esto contestaba Tancredo:— la *libertad* para el pensamiento: la *igualdad* para el trabajo: la *fraternidad* para las recompensas; equitativa es mi intención; este el dilema, escoje. O yo chupo y tú escupes, ó tú escupes y yo chupo.

Y à Florencio María del Castillo, á ese genio modesto, siempre le tocó escupir hasta que se hundió en la tumba; parece que de ese lugar se escapa el amigable acento de „no me olvides„ que se dirije á Tancredo: pero ese diario jamàs ha hecho una reminiscencia del ilustrado publicista que extendió el crédito del *Monitor*.

Acompasado el paso, sereno el semblante, aparece á nuestros ojos el Licenciado J. María del Castillo Velasco. Más entusiasta por las glorias forenses que por las políticas y literarias, ejerce con provecho su profesión; sus escritos le granjearon un nombre como estadista, y desempeñó el Ministerio de Gobernación; el fué el Secretario más previsor, de más iniciativa y de más inteligencia de uno de los gabinetes del señor Juarez. Tuvo el desacierto de restablecer las extinguidas loterías, y á los porfiados billeteros. Dios no le perdonará ese pecado que tantos males ocasionó á la humanidad. Cada lotería inventaba un nombre pomposo para vender sus billetes; *La Predilecta*, de Pedro Rincon, se hundió en la nada; la de la compañía Lancasteriana se fué á fondo; la de.... En fin, Alfonso Labat, se apoderó de un nombre sagrado, le llamó de la *Purísima*, y vivió algun tiempo, pero murió. Otra sociedad se acogió á la *Providencia*, vendió sus billetes y lucró; ésta se desune y cada socio quería llevarse debajo del brazo, cuando ménos, el título de la Providencia, como una propiedad para seguir providenciando; ocurren en su querella á Castillo Velasco, y éste, hábil para encontrar ardides, le ocurre un medio de conformar à los disidentes, y era que los billetes todos llevaran el nombre de la Divina Providencia; pero que los de uno fueran *verdes*, y los de el otro, *colorados*. He aquí que el génio de Castillo Velasco sin incurrir en anatemas por falsear el dogma, creó dos *Providencias*, la *verde* y la *colorada*: la dividió en lotes y rompió esa Unidad santa que forma la creencia de los hombres en el Universo. Castillo Velasco, no es ateo pero sí era Ministro; en sus creencias religiosas no estaba *descarriado*, pero sí *descarrilado*. Cuando era redactor del *Monitor* miraba con singular cariño hácia los altos puestos, y se *deleitaba*; al llegar á la cumbre, veía su escritorio de Letran, y se *desvanecía*; tal vez de aquí nació su creencia, que más tarde se elevó á un axioma: "No se ve lo mismo de abajo para arriba, que de arriba para abajo."

Ni el confesor ordinario, ni el arzobispo con todas sus facultades, le absolveràn jamás ese pecado nefando de restablecer las loterías, ya muertas en el suelo mexicano; tal vez sea de los casos muy escasos que se reservan al Pontificado; *La Voz de México*, muy competente en el asunto, podría sacarnos de la duda, pero creemos que aun en el Vaticano le negarían la absolución, como cuentan las crónicas le sucedió al inventor de una gabela onerosa y universal.—Dícese que el inventor del papel sellado, por esta grave culpa, no encontró misericordia à los piés del confesor, y ocurrió á Roma en alas de su desconsuelo; en su carácter de penitente arrepentido, hizo comprender al Santo Padre su trascendental invento; de un salto se pone de pié el hombre que ata y desata asi en la tierra como en el cielo, y azorado pegaba escandalosos gritos. Después, por consejos de un cardenal caritativo, el inventor se arrojó al rio, y daba patadas de ahogado, como Tancredo pasado el triunfo de Tecoac; y cuando su santidad, en medio de su corte se paseaba en el gran puente sobre el Tíber.—"Allá se ahoga un infeliz pecador, le decian: absuélvalo su santidad, y sáquelo de las garras del demonio." El Padre Santo, haciendo en el aire la señal de la cruz,

exclamó: "*Ego te absolvo*, no siendo el del papel sellado, porque no alcanzará perdón de Dios."

Juvenal está actualmente en ebullición; arde su chirúmen, y gime el pito de su locomotora dominguera, con aplauso nuestro y con agrado general; superficial algunas veces, sabe dar á sus escritos un interés creciente y de actualidad; ligero en sus asuntos como es necesario lo sean esas revistas semanarias que esparcen su aroma en el único día de su existencia, sabe amenizarlos con anécdotas oportunas, imágenes vivas, y con sarcàsticos pensamientos; su prosa métrica y cadenciosa, llena de sal ática y un tantocuanto burlona, da à sus artículos fugaces un sabor agradable, salpicado de savia griega. Muchos de esos artículos reunidos formarían un precioso *bouquet* de inestimable precio, pero ojalà no nos escribiera sobre *modas*, porque acostumbrados á leer sus revistas como si fueran unas melodías de Shubert, interpretadas por la estudiantina española, viene el contraste à desvanecer nuestra ilusión como el baño ruso.

Pipo vaga por las calles como los niños del Limbo, sin gloria ni pena; atormentado solo por los remordimientos, sentó sus reales en la gacetilla de *La Voz de México*; allí hacían un papel importante la Tangos y el Matasiete, cuya mano estrechaba día con día en las pulquerías y en los figones de la media noche, y esa confraternidad no sentaba bién á un periódico, cuya gravedad canoniguesca es todo decencia y pulcritud. ¡Qué diría la corte cardenalicia!

Tancredo sigue recogiendo cuantas noticias le dan para estamparlas en su periódico, y poco se cuida de su veracidad.

—¿Por qué inventa la fantasía de vd. tantas mentiras, Sr. D. Vicente?

—Ah! sí, yo las invento, pero *fíjese* vd. en que tienen el mérito de que yo *soy el primero que las dá.*

Tan aguda disculpa merece un premio. Tancredo ha sido en el partido liberal el hombre de fortaleza y de firmes convicciones; en el eclipse de su partido y en las iras de la fortuna, ha *sabido perder*: desde la guerra de los polkos, en donde recibió un balazo en la cara, hasta nuestros días, ha estado en el puesto que le marcan sus convicciones y sus deberes. En la decadencia de su edad recordará con orgullo los triunfos de là democracia, aun en las regiones de las utopías y en los campos de batalla. No le afectan las derrotas, porque cree que ellas no son duraderas cuando las iluminà un sol Poniente, pero su fe no le abandona un instante, ni decae su espíritu por los golpes del destino.—Alguna vez nos dijo por alentarnos contra los franceses: "Los viejos gavilanes chillan pero no se *arrugan*" ¿No es esto la voz de la fe, de la esperanza y de la entereza?

Herederos de su nombre y de sus gloriosos antecedentes, deja hijos que con mejor éxito recojerán los frutos de una semilla que arrojó su padre en un campo estéril; pero las lluvias y el trabajo lo fertilizarán algún día.

ECONOMIAS.

La Legislatura, despuês de dormir y soñar por algunos meses, va á discutir la ley de hacienda, es decir, el presupuesto de egresos y el de ingresos. Se proponen nuestros padrastos conscriptos tantas economías, tantas, tantas, que no sabremos qué hacer con ellas. Es probable que ahora se reduzca á dos terceras partes el presupuesto del año anterior. Quizá no sucederá lo que al caballo del andaluz, que se murió precisamente cuando se iba acostumbrando à no comer. La lucha continúa; el comercio y los propietarios tienen sus atletas; los propietarios colocan su navaja bien afilada en el espolón de sus mochilleres. Quedan para resolver la cuestión un discípulo de Hipócrates, y un farmacéutico, á esos faunos gemelos que espolean á la humanidad, el uno con el bísturi y el otro con la espátula, ¡Dios nos tenga de su mano!

Aun no podemos decir nada respecto de la iniciativa del Ejecutivo, porque no abre sus sensibles ojos á la luz de la publicidad: sólo sabemos se inicia que los efectos pueden almacenarse en la plaza hasta un año, ántes de pagar derechos. He aquí una observación, á vuelo de pájaro, presedida de un apóstrofe. Cuando estalla un pronunciamiento en algún puerto, ya nadie hace la antigua pregunta de ¿cuál es el plan? ¿peligraràn las instituciones? ¿se derramará mucha sangre¿ ¿estará ramificada en toda la República? No señor, ahora tales dudas que la experiencia ha puesto en claro, son sustituidas con estas: ¿cuál es la casa de comercio que està interesada en ese pronunciamiento? ¿á cuantos millones ascenderà el contrabando que se quiere introducir? Una cosa semejante nos sucede á nosotros y á los habitantes de esta capital, en vista de esa iniciativa del Ejecutivo ¿qué casa de comercio muy favorecida del poder, exclaman y exclamamos, estará interesada en que sus mercancías permanezcan en la plaza sin pagar la alcabala respectiva, sino hasta que haya trascurrido un año? La ventaja para el erario no la percibimos.

La teoría de los gobiernos baratos rebulle en el cerebro bien organizado de nuestros muy amados representantes; reducirán el presupuesto à una tercera parte; haràn que el sueldo de los funcionarios sea tan re-

ducido, que no les alcance para comer sino verdolagas; no habrá una cantidad para mejoras materiales, porque ha de haber muchas economías.

Cuando vemos á nuestro Gobernador con aire modesto, más modesto que la humilde sensitiva, que se encoje al contacto de una mano cariñosa, asistir á las festividades cívicas con levita cepillada con tocino; con un fieltrecito de toquilla grasosa, camisa sucia y manos de guante de pellejo humano, no muy albas, tentados nos hemos visto de decir á la Legislatura: señores ¡por san Gestas! aumentad al Gobernador cinco pesos para que pueda el angelito presentarse siquiera en las festividades cívicas "con modesto y decente traje" como manda la ley, y como demanda la civilización y la dignidad del primer magistrado: no por economizar el valor de unos guantes y aparecer con la humildad de un capuchino, se exhiba con desdoro para el Estado. Cuando vemos que el Gobernador recorre las calles á pié, se presenta en el paseo con sombrero jarano, va al teatro armado de un amanza locos en vez de bastón; que al llegar al territorio del Estado un personaje digno de atenderse, por sus méritos y por su posición social, tiene que tomar para ir á encontrarlo un coche simón, de mulas más aburridas que el Ayuntamiento, que no aceleran el paso con los besos ni con los abrazos latigueños de un cochero ó de un Gefe político paciente; que el Gobernador anda, á guisa de demandante, pidiendo prestada su desvencijada y terrosa carretela á doña Fulanita si no la tiene ocupada, nos hemos visto tentados de decir á nuestros económicos legisladores, "legisladores, decretad el gasto para comprar un carruaje al Gobernador, y el gasto de un par de jumentos que lo conduzcan." Miremos á nuestro alrededor señores! ¡hasta D. Canuto Macicez, que no es en la sociedad más que un átomo, tiene carretela! Dad al Gobernador este lustre, que al fin es la primera persona del Estado.

Cuando vemos que en el Estado no se puede hacer recepción digna á un personaje, porque el Palacio de Gobierno solo tiene un salón más largo que el deseo de un indigente; que en vez de servir para audiencias que jamás las hay, son para recibir las espectoraciones de los empleados; bodegas inmundas de la Aduana, y puras oficinas guberniles, hemos intentado pararnos en las puntas de los dedos de los piés, estirar como el de una garza blanca nuestro muy largo pescuezo, y con voz estentórea decir: Diputados! diputados! por Dios, por la Virgen, por la corte celestial; y si esto no es suficiente, por Luzbel, por Belial, por Asmodeo, por Belcebút, por Cupido, por Minerva, por las siete musas, decretad un gasto para formar una vivienda modesta si quereis, sin la muelle ostentación de la vanidad, pero cómoda, decente y aseada, que pueda servir para el Gobernador y su familia si le place, ó si nó para un huésped ilustre que algún día quiera visitar nuestra capital. No siempre el Gobernador del Estado ha de ser rico para tener una habitación lujosa; si es pobre deslucirá el brillo, no de su persona, sino el del Estado. Legisladores, legisladores; no querais para el Estado tanta economía, pues vosotros mismos, en vuestro humilde mediocridad, buscais á la vez que vuestra comodidad, aquel brillo, superficial si se quiere, pero que demanda la ci-

vilización y la cultura. Si para vosotros mismos no quereis esa indolencia, esa negligencia, esa indiferencia y esa tendencia á lo vulgar y à lo económico, ¿por qué la quereis para la primera cabeza del Estado, cual es el Ejecutivo? Si conoceis algún ricachón miserable que por economía ó por avaricia, no goza de las comodidades de la vida, y se presenta haciendo alarde de su abandono, ¿por qué lo calificais de incivil?

Personas habrá que al leer este artículo, ó al saber que decretais el gasto que proponemos, esclame casi bufando de cólera, que se quiere decretar contribuciones para darle lujo al Gobernador, no os fijeis en sus declamaciones; tal vez será un egoista contribuyente que no entiende de estas cosas; que en vez del brillo del Estado, solo vé la oscuridad de sus bolsillos: no se las espliqueis, porque no las comprenderà, como un ciego de nacimiento no comprenderá jamás, no podrá tener idea siquiera, de los colores, aunque le hagais de ellos descripciones hasta la consumación de los siglos.

Haced que los empleados se vistan con un traje decente; que los que presiden los espectáculos públicos, se presenten con el traje de su dignidad y de su autoridad, no con la chaqueta del vulgo, como los hemos admirado en estos dias, pues no quita lo cortés à lo valiente. Infundidles si podeis, ¡padres conscriptos! ¡económicos legisladores! un rasguito siquiera de vuestra ilustrada educacion y de vuestro recto juicio.

Mandad vestir á nuestros soldados, á nuestros valientes soldados, con el traje propio de su institución, aunque cueste un poco màs; no queremos soldados encolados como un petimetre, sino con un traje que lo eleve ante sus propios ojos y ante los de la sociedad; un traje que les infunda los atributos del noble orgullo, y ese aire marcial que dá respetabilidad al guerrero. Al paso que la industria adelanta, al paso que es màs barato el uniforme, nuestros soldados caminan à la perfección de la decencia con la espalda á su destino, como D. Simplicio en su jumento. ¡Recordad, recordad! haced reminiscencias; antes al soldado se le vestía de paño, se le ponía el penacho de pelo, se le acicalaba hasta con lujo, y se elevaba la milicia con aquellas apariencias dignas de una culta sociedad. Poco à poco hemos ido caminando hasta el Edenismo, de economía en economía. *¿Paño del país* para el soldado? es mucho lujo; vistámoslos de *mahon ó de bring* que es más barato, aunque el crudo Invierno convierta en filete nevado las carnes crudas de nuestros pobres soldados. *¿Bring* en el verano? es mucho lujo para un recluta; aun la *guinea* que se emplea para vestir á la tropa es sustituida hoy con la *manta* de á real y claco.

¿No os parece, legisladores, que aun puede reducirse ese gasto á su menor espresión? quitadles el pantaloncito y la chaquetita que llevan nuestros guerreros á raiz del pellejo, si el pellejo puede tener raices; vestidlos de hojas de higuera que es el traje más económico. Aprovechad el siguiente ejemplo.

Un pintor muy pobre, pero muy hábil en el arte de Apeles, ofreció á su esposa vestir á su hijo de militar el día de S. Juan, que era el día de su santo, en premio de sus adelantos en la escuela: la víspera del día designado, madre é hijo reclaman el cumplimiento de la oferta; la po-

breza extrema tiene aguijones acerados, y obliga al artista à dar tornillo á su ingenio.

Repentinamente sale de su meditación; dáse una palmada en la frente y exclama:

¡Bién! el niño estrenará mañana vestido; muy temprano se le dá un baño, y se le corta el pelo.

Al día siguiente el artista se encierra con su hijo; le despoja de sus harapos; toma su paleta y sus pinceles y lo pinta. Qué pantalón encarnado con franjas blancas! ¡qué bota federica! ¡qué piqueta abrochada con boton dorado, y con costillar! ¡qué charreteras! ¡qué manoplas! ¡Oooooooh! Ahora!......¿que hacemos con el sobrante de los colores? ah!! esclama tomando el baston y una cinta que emplea con honores de riendas.... ¡tu caballito!

Tomó al chico de la mano y llevó á lucir su genio, hijo de la economía.

Cuando querais publicar un bando, legisladores, llamad á un pintor de brocha gorda, y haced que á los oficiales se les pinte de los colores de pájaros vistosos un pantalón y una piqueta: á los soldados es bueno dar un baño de almagre.

¡A qué grado de adelanto puede conducirnos el deseo vehemente de hacer economías! Mandad conceder indulgencias á los vestidos viejos de los soldados, como lo hacian los frailes, y vendedlos á los fanáticos para mortajas; es un medio muy ingenioso y económico para renovar constantemente el uniforme de nuestros soldados.



La ciencia aplicada á la administración.

El hombre, al dedicarse al estudio, al consagrarse á la meditación, al destinar una parte del tiempo al trabajo intelectual, busca resultados que así mismo le beneficien, y con más frecuencia que eleven á la humanidad.—Los resultados felices de muchos inventores ó los de los que sorprenden los misterios del mundo desconocido, pueden aplicarse á la administración y ésta vendrá á ser la gran ciencia de gobernar.

Parmantier encuentra en la patata una parte altamente alimenticia, y salva al indigente de los horrores del hambre. ¿Será posible que nuestros filantrópicos gobernantes quieran y puedan dedicarse á proteger una industria que alimente à los pobres, mediante un trabajo proporcionado á sus facultades? Parmantier encontró la fécula que hoy nutre al pueblo indigente de Irlanda y à los desgraciados saboyardos. Nuestro buen Presidente, aunque no grande todavía, puede hacer el paralelo entre la escuela y la patata, y encontrar que la fécula es la instrucción. Si multiplica los planteles, como si dijéramos, los plantíos, cuidando de remover la tierra de las raíces para que los ascáridos no se alberguen en ella y perforen el fruto; es decir, que directores y pedagogos sin ciencia, sin empeño y sin instrucción, que son en este caso las lombrices, sería la ciencia del sabio francés aplicable á un ramo de la administración. En la Nación hay escuelas y colegios mal servidos, cuya dirección se dà á los favoritos sólo por obsequiarlos con una canongía. Quitar la patata à las lombrices es quitar las lombrices à la patatas, es lo saludable si se quieren levantar buenas cosechas Esto se consigue abonando la tierra y diciendo á los preceptores que busquen mamá que los envuelva, pues á la madre patria le han dejado agujerado el manto como un arnero, con el que ya no puede abrigarlos.

Si comparamos la instrucción á un globo aereostático, veremos que el adelanto consiste en darle dirección. La ciencia moderna realiza ya su teoría, y Glay Lusac podría envanecerse si viera que su pensamiento no ha dejado de estudiarse día con día: se infla el globo con hidrógeno ó con humo, á la Mongolfier, que es más ligero que el aire, y

no se consigue dominar el elemento, como nunca se ha conseguido en el colegio hacer que los discípulos adelanten, porque no hay ni direccién ni cátedras, ni libros dè texto, ni suficientes discípulos; á estos se les llena de hidrógeno la cabeza; se hacen charlatanes con el humo; se remontan, caminan al acaso contra la esperanza de sus gobiernos, y descienden cuando se ha escapado el gas. Si se busca un gas màs pesado que el aire, es decir, un sistema de enseñanza, buenos preceptores y directores que no sean recompensados por trabajos políticos, se logrará dar dirección à los globos.

Si la instrucción es sólida y el deseo de enseñar es empeñoso, llegará á dominarse la ignorancia; habrá muchos jóvenes á quienes enseñar y no se hará del colegio un baño de deleite para los que hoy reciben paga sin trabajo. No hay que fiar en las apariencias, ni en la tirantéz cómica de hombres titulados, ni en la fácil locución de oradores que preparan sus discursos de un año para otro, diciendo que son *improvisados*; ni en los premios de relumbrón que se reparten á los destartalados discípulos, cojidos á lazo como á potros salvajes ó amenazados con las tres R R R consabidas. Si todo esto no se enmienda, podriamos augurar que perecen los aereonautas. El siguiente ejemplo podrá ser muy provechoso si el buen señor gobernante quiere meditar sobre instrucción.

Veiamos nosotros, pobres redactores de un humilde periodiquín que se repartían cátedras de un colegio entre personas ignorantes; como un mal ejemplo es contagioso y no teniamos gran cosa que arriesgar, nos descidimos à solicitar la cátedra de idioma japonés, é hicimos *genuflexiones* á su Excelencia.—No creia yo— nos dijo el gobernante.—que tan cerca de nosotros estaba quién poseé un idioma raro en nuestras regiones.—"Excelencia, nuestra natural modestia.... "A un apretón de manos siguió nuestro nombramiento. A nosotros poco nos importaba no saber el idioma; lo que nos importaba, y mucho, era que no lo supieran aquellos á quienes nosotros teniamos que enseñarlo. Al fin del año hicimos unos premios de rechupete que nos puso en la playa como á la espuma el mar; nos felicitaron, sí, nos felicitaron los oyentes y mandaron tocar el Himno Nacional. Los premios se repartieron de preferencia entre los muchachos màs allegados al gobernante. Un chino habló con los rapazuelos y no se entendieron; mis contrarios se enfuñinaron; yo les decía para vindicarme: "Señores, no confundan ustedes, como los enemigos de Caravantes, el chino con el japonés." Así me salvé.

Las prisiones en el País estàn desarregladas. No hay presidiario que teniendo en casa unos ojitos negros ó una docena de moscas blancas no se le permita ir á curarse al hospital. No sabemos qué aires maléficos ventean en nuestras cárceles que sólo á los poseedores de recursos, y no à los pobres de solemnidad, les ataca mal de garganta, reblandecimiento cerebral, ó dolores en la espina, que sanan luego con sólo cambiar de aires. Entre el hospital y la impunidad no hay más que un tabique movedizo. Legris Douval pasaba días enteros en las prisiones, estudiando el carácter de los presidiarios para atraerlos al sendero de la honradez. Nos ha legado una obra consagrada á mejorar el esta-

do de las prisiones. ¿Qué diría del portento de las nuestras?

Recomendamos su lectura al Presidente futuro.

Volta, con dos diversos metales, soldados entre sí, toca con un estremo los riñones y con el otro las patas de una rana, haciéndola temblar cuando ya no tiene vida. Así pone á sus pósteros en la pista de dar animación á un muerto.

Nunca cesaremos de recomendar al nuevo gobernante aplique la pila de Volta al movimiento de metales, de la plata y del oro en la Tesorería; hay renacuajos que tienen dorados los riñones, plateadas las piernas y petrificado el corazón; tocadlos y los vereis saltar, animarse, temblar y mostrarse al fin sumisos y obedientes á la ley; hacen el mortecino, y saben introducir el contrabando aunque un lince fuera el vigía que cuida las garitas; aplicad entónces el aparato de Volta, simbolizado en la justicia; así salvareis los fondos públicos de una usurpación comercial: con ese aparato podrá reanimarse también el Erario cuando se haya convertido en cadáver.

Si hay desmoralización en los empleados consagrados á administrar justicia, hay que purificar el aire de los juzgados, cuidar que no entren en putrefacción los juicios y los espedientes y hacer que las aguas potables salgan puras de los manantiales.

Bertholet descubrió que el precioso líquido puede conservarse sin corromperse mucho tiempo con poner en él un poco de carbon pulverizado. ¿Por qué no se ha de aplicar este específico en la puerta de los tribunales para impedir que la corrupción, si llega á invadir la zona de la justicia, no pase los dinteles?

Ya lo miran nuestros lectores; somos como los médicos, pero como los médicos buenos; que señalamos la enfermedad y proponemos el remedio oportuno y eficaz.

¿A qué seguir refiriendo los nombres de tantos genios que dotaron á la humanidad de inmesos beneficios? Ellos reposan en la tumba y las generaciones sucesoras les tributan admiración y bendiciones, levantando monumentos que eternizan su memoria.

Ojalá que nuestro buen Presidente quiera inmortalizarse aplicando la ciencia à la administración; encontrará en ella grandes filones que explotar en bién del pueblo que es su amigo, y no trasquilar el vellón á las ovejas de quien él es el pastor.

La Teoría de Darwin.

CAPÍTULO I.

De cómo un mono feroz es susceptible de domesticarse.

Sabed ¡oh lectores! que los colegiales buscan distracciones inocentes en que pueden ejercitar la paciencia, cultivar el amor à los semejantes y aguzar el ingenio. Uno de estos tenía un mono; lo educaron, y él compartía con sus bienhechores sus caricias y su agradecimiento. Si se enfermaba, solícitos corrían á socorrerlo aplicàndole las medicinas. Los sinapismos y las purgas, las lavativas y las sangrías, las píldoras y los revulsivos, eran ministrados por manos diestrísimas; los que se dedicaban á la medicina, los que la emprendían para boticarios, ensayaban en el gracioso mono los remedios más enérgicos; él era valiente, impetuoso, iracundo, pero fué domesticado por la chusma escolàstica; se le vestía de frac y de *sorbete* á la inglesa; de cachucha y casaqín à la italiana; de marinero á la española; y de cuando en cuando, de payaso à la francesa. El mono se enfermó; los colegiales ocurrieron à curarle, afligidos, lacrimosos.

Un pueblo puede ser representadò por un mono; el hombre en el edenismo no era sino un mico sin rabo; pero la civilización lo regenera y lo levanta á otras regiones; así hemos visto al leon generoso, al sanguinario tigre, à la astuta serpiente, modificar sus voraces instintos ante la inteligencia del hombre: ¿qué valen entónces la ira, el salvagismo del mono, ante un sér racional que doma fieras y subyuga pueblos?

CAPÍTULO II.

De cómo los pueblos y los hombres pueden parecerse á los monos.

En el centro de la República Mexicana existe un gran pueblo, ilustrado, valiente, belicoso; se dice que sus hijos nunca *pierden* y que

cuando una adversa fortuna hace que se les *ladee la silla*, como ellos dicen, se levantan con el santo y la limosna, es decir, *arrebatan y se agarran las narices.* De esto resulta que nadie quiere jugar con ellos ni al pan y queso, temiendo que den al perder al afortunado un arañazo.

Si los vierais ¡oh lector! recorrer los campos á guisa de leñadores, trepar por los árboles de elevadas cimas, hacer los ejercicios gimnàsticos más difíciles, mecerse de una rama, atravesar como Leottard el espacio, asirse con destreza de las ramas de otros àrboles, creeríais que ese pueblo es el acróbata más notable del mundo; el trapecio es para él lo que sería para la urraca y el gavilán; la fuerza hercúlea no admite comparación con su pujanza; camina por el filo de una espada con paso sereno sin que se sangren los piés; se viste de frac y de cachucha; lleva con donaire el traje mosaico y ostenta los relumbrones del soldadico sanjuanero; pero oculta cuidadosamente cierto adminículo, cierta *prolongación* longimétrica de la espina dorsal, que mucha similitud tiene con el rabo. Darwin vería confirmada su teoría si examinara á los hijos de ese pueblo cuando recorren los campos en sus ejercicios gimnásticos, en sus correrías, como los monos de la Huasteca veracruzana, culumpiándose de los palos del telégrafo y atacando al viajero descuidado.

Es muy fiel el parecido del mono á ese pueblo; está domesticado así como lo está el mono; *pierde, arrebata y* corre; se encarama á un palo, chilla y gime, pero espera beneficios que algunos hombres quieran concederle, porque él rehusa el conquistarlos. Ese pueblo debe colocar en el escudo de sus armas, no al águila que devora un culebrón, símbolo perfecto del pueblo y su tirano, sino al mono domesticado por los colegiales.

CAPÍTULO III.

De cómo la teoría de Darwin encuentra prosélites en los Estados.

El Gobernador de Puebla tiene un làtigo y flagela á su rebaño, á una jauría de monos, á pesar de estar enfermo de la gota, à consecuencia de esa *gota* constante que sería capaz de taladrarle el estómago.

El de Michoacán enseña á su pueblo à culumpiarse en un trapecio, á colgarse del rabo y á salvar las distancias.

San Luis Potosí ve llena su capital con los habitantes de su Huasteca, y los admira cuando usan el sombrero tricornio; obedecen ¡ay! al mandato escondiendo el rabo.

Otros varios Estados hay en que la habilidad de un moderno Darwin ha descubierto que el hombre desciende del mono, y vuelve à su orígen primitivo.

Sus gobernantes imperan, mandan; el pueblo mono gime, se agacha y obedece.

CAPÍTULO IV.

En que se prueba que el estudiante puede dominar al mono.

El mono aquel de que ántes hablamos, languidecía, se extenuaba, perdía el sueño; acaso se acordaba de su vida independiente, de sus goces en la libertad; hoy mira su abyección, la cadena que le sujeta al férreo brazo de su señor y dueño, el làtigo que lo flagela, la mano que lo humilla, la voluntad que lo esclaviza.

El mono enfermo necesita curación. Los estudiantes examinan la enfermedad, y resuelven hacerle tragar una dósis de morfina para que duerma, darle unas frotaciones desde el cráneo hasta la extremidad de la cola, y....¡oh humillación de la raza huasteca!......ministrarle inyecciones durante varios días.

Un D. Diódoro, batalla por adquirir una geringa suave y adecuada, y sólo obtiene una de caballo frisón; llama en su auxilio á sus adeptos; ¡cómo no echar á un pobre mono un clister, si se los ha echado à un gobierno potente! Al primer ensayo el mono se irrita y se insurrecciona; araña, grita, muerde, salta y se desmaya; la turba colegialuna lo ata, lo constriñe, lo sujeta; el instrumento fatal visita las regiones intestinales, y lleva al abdómen un líquido saludable.

El mono sigue melancólico; mira con horror la espada de Bernardo y la mano monicida de D. Diódoro que lo domina; él se resigna. En un día, en otro y en los que siguen, se repite la visitación, sujetando al mono; apénas reparte ya sus mordiscos y esparce sus lamentos; entra en calma al adquirir la persuación de que su resistencia es inútil. D. Diódoro se presenta con el instrumento fatal, y el mono......—¡¡desgraciado!!—se acostumbra al maltrato; al ver á su agresor no gime, no muerde, no se queja; sólo levanta el rabo, encarama el espinazo y se voltea.

¡Ley irresistible de la persuación y de la impotencia! ella amortigua los bríos, y acaba con el orgullo de los monos.

CAPÍTULO V.

De cómo puede aplicarse la teoría darwinista á los pueblos.

Hoy, el pueblo, como el mono, ve venir á su D. Diódoro con su geringa de caballo frisón, y resignado empina el rabo. Otros Estados siguen su ejemplo; los gobernantes dicen á sus pueblos, enseñando con amor y mansedumbre la espada de Bernardo, lo que los legos juaninos á sus enfermos:

"Volteense, hermanos, y recíbanla cuan caliente puedan, que en esto consiste la salud."

¿No es verdad, lectores, que la teoría de Darwin puede verse realizada en muchos pueblos?

LAS GOLONDRINAS.

De algunos hombres los hechos memorables que la posteridad quiere esculpir à cincel: aquellos tiempos que se fueron; el amor fraternal que acrisola la desgracia: el sacrificio que se hace en aras de la patria: los hombres de la talla de Morelos y de Bravo, del Lic. Verdad y del Corregidor Dominguez; las mujeres como doña Josefa Ortiz y doña Leona Vicario, que ornaron la frente de México con una corona de laurel....

Esos, ya no volverán.

Los que buscan en el tosoro público la recompensa de raquíticos servicios; los que combaten en todas las filas y se acogen á todas las banderas; los que hacen de las instituciones una caricatura, y se ponen el antifaz en cada Estación para incensar à un ídolo grotezco y deforme, pero engalanado con los arreos de la victoria....

Esos......¡ay, sí! esos.... sí volveràn.

Los que buscaban en los campos de batalla el triunfo de la idea que regenera; los que se resolvían á exhalar el último aliento en el patíbulo abrazados al pendón constitucional; los que combatían al enemigo extranjero hasta quedar sepultados entre escombros; los que destruían sus armas, se entregaban prisioneros y surcaban los mares, ostentando ante una nación victoriosa las insignias militares, como una protesta solemne; los que levantaban muy alto el honor de México......

Esos, no volverán.

Pero los que huían en los campos de batalla atemorizados al escuchar el fragor de los cañones; los que llevaron á los piés del invaror las coronas de la patria y aplaudían los cantos de los soldados de Napoleón; los que ceñían la espada y ostentaban condecoraciones como premio á su traición....

En verdad os digo, que esos volverán.

Volveràn, sí; con descaro inaudito referirán sus derrotas al sentarse á la mesa en el festín de la patria.

Sus méritos se pondràn en el platillo de la balanza justiciera para disputar un premio á los que con abnegación constante no desmintieron su amor á la patria y á las instituciones republicanas.

Cuando vemos á los mexicanos que empuñaron una bandera para combatir á la que siempre fué símbolo de la Libertad y de la Reforma; cuando vemos á tantos hombres que entonaban cantos marciales, como reto al poder teocrático, acogerse hoy á la sombra de un estandarte que ántes derribaron, buscando un abrigo contra las descepciones de sus coetáneos y contra la inclemencia de los déspotas, hemos esclamado con el autor de las sublimes rimas.... "las obscuras golondrinas, esas ya no volverán." ¡Ah! sí; tal vez volverán á dar alimento á sus hijuelos en el Verano de nuestro clima, porque hoy se cubren con las nieves polares nuestros campos, como los de la Siberia, donde no hay Primavera que haga brotar las flores, ni Otoño que sasone las delicadas frutas.

¡Qué! donde soplan los vientos glaciales, ¿podrán anidar las *obscuras* golondrinas?

Con el alma dolorida, con el corazón comprimido algunas veces, recorremos en una noche silenciosa las calles solitarias de una ciudad para llamar los recuerdos del pasado, de los acontecimientos memorables que se fijaron en nuestra fantasía, porque ante ellos se deslizaron nuestros años juveniles, alumbrando nuestro porvenir, entreviendo sucesos dignos de eterna remembranza. Tenemos á la vista edificios de apariencia humilde, en que la mano del tiempo ha carcomido la pintura; donde las vetustas portadas revelan que allí, dentro de aquel edificio, bajo los techos destruidos, sirviéndoles de adorno el polvo y las telarañas, alumbrado por la luz de una bugía, se concibieron pensamientos, se formaron planes para iniciar la regeneración de nuestra patria, para formar los cimientos del edificio de la Constitución. El Lic. Verdad, La Rosa, Gómez Farías, Bocanegra, Doblado....; de algunos aquí se meció su cuna, otros dieron aquí actividad á sus trabajos para difundir entre las masas los primeros destellos de libertad y de independencia, de fraternidad y de democracia; principios que algún día fueron proclamados por los caudillos de una revolución social, y secundados por millares de séres que desde entónces se elevaron al rango de ciudadanos.

Màs tarde, otros hombres y otras obras se mostraron á la muchedumbre, levantando unos la bandera del progreso mientras otros encendían con su pluma la antorcha que habia de alumbrar á los caudillos el firme camino de la Constitución y de la Reforma.

Esos edificios púbiicos, ó esas casas derruidas, se conservan como se conserva una reminiscencia grata; ellos son monumentos santificados por la historia y por la tradición. Dentro de pocos años esos modestos edificios ya no hablarán á la posteridad porque caerán en el sepulcro los contemporáneos, los testigos, los compañeros de aquellos hombres de fe y de abnegación que fueron las columnas del templo consagrado á la regeneración de México.

Esos séres son las obscuras golondrinas de quienes habla Gustavo Beker en sus rimas inmortales: Estas *no volverán*, pero si vendrán sus

descendientes á formar algaravía en el tejado y á aletear en las vidrieras de nuestra alcoba para inspirarnos cantos entusiastas.

Nuevas golondrinas empollarán en los nidos que otras formaron; acaso sus gorgeos imiten los cantos populares de los hombres libres; acaso sea *obscuro* su plumaje.

Las *pardas* golondrinas de hoy, los cipscélidos, se preparan á emigrar.

Las *obscuras* golondrinas de antaño tienen que venir regeneradas en el próximo Estío.

Preparémonos á recibirlas con entusiasmo. Sus primeros gorgeos serán el himno con que saludan á la Libertad, con los que llaman á sus hermanos para cubrirlos con sus alas.

El Talento de los brutos.

Exhibición de caballos educados por Bartholomew.

I.

No escribimos este artículo para los sabios; no dirigimos nuestros conceptos á la inteligencia clarísima de aquellos hombres á quienes la Naturaleza dotó de un entendimiento prodigioso, puesto que, sin leer un libro adivinan por solo el título su contenido: los sabios ¡ah! los sabios, lo que no saben lo adivinan. No irán nuestras reflexiones à iluminar la mente de los naturalistas que aprenden en Buffon las propensiones de los animales, y que sorprenden los secretos de la Naturaleza por los instintos del sér irracional; no lo pretenderemos, dado ya el caso de ser conocida la índole de nuestros escritos que se dirigen á llevar un destello de luz á la mente inculta dealguno de nuestros lectores y á hacerles fijar su atención en las maravillas de nuestro siglo. Los esfuerzos de la inteligencia humana van siempre en pos de lo sorprendente, de aquello que nos revela hasta donde son capaces de extenderse las investigaciones del hombre, poniendo en práctica su constancia y su paciencia, siempre recompensadas por los curiosos y por los inteligentes.

II.

¿Podríais creer vosotros, pacientes y muy benévolos lectores, en la existencia de los burros sabios? ¿imaginais la posibilidad de que un jumento ostente conocimientos en legislación criminal y en el tratado de engañosas pruebas? ¿creeriais que se presenta con cuello

largo y almidonado á la inglesa, faldones anchos y cruzados como la cola de las golondrinas?-¿que lleve bastón con borlas, orejas ocultas dentro de un sombrero alto y el rabo escondido entre los cuartos traseros, como Promotor fiscal, erguida la testa, perpendicular el cuerpo, é ir así al Tribunal para juzgar á un reo con la prosopopeya de un Magistrado?

Ah! sí;—diràn los lectores:— con frecuencia encontramos *burros sabios* mirándose en un „*Espejo*,„ como Narciso en el agua, pregonando con rebuznos que son solidarios en la idea de buscar „*El bién público*,„ como los burros de la fábula. Los vimos entrar y salir de los juzgados del crímen, dar con una plumada su jumentil sentencia, y quedarse burlados por el superior; vemos à un secretario que se dá, en sus revistas, el título de *abogado* sin serlo para que por tal lo tenga la sociedad; jueces que podrían ser denunciados como violadores de correspondencia, y hacer *comedia* para no ser acusados.

Pues bién, todo esto puede considerarse como una paradoja. Id á México; introducíos al Teatro Principal; allí encontrareis un espectáculo ecuestre, un hato equi-civilizado que os sorprenderá; no hagais aplicaciones malévolas si encontrais similitud entre un pollino que hace las veces de Magistrado, el tieso alcalde de una aldea ó el meticuloso Juez de algún pueblo rabón.

III.

Ese jumento mira á su víctima en el banco de los acusados; lo olfatea, lo halaga y le hace fiestas con el rabo, para ministrarle después un sendo garrotazo con la vara de su justicia: Esto quiere decir que es afable y dulce en su trato íntimo, pero que también es severo y recto en sus fallos. Ojalá y de los séres irracionales sacaran una lección saludable nuestros jueces á quienes muchos seducen los cohechos y los sobornos, las poderosas recomendaciones del magnate y las dádivas esplendentes de los litigantes ricos.

Rodean al reo, que es un mulo humilde y resignado, cuatro policías caballunos encargados de su custodia; lo aprisionan con cadenas y lo vigilan. Forma el defensor su alegato; rinde el Fiscal las pruebas de la delincuencia del reo ;el pollino-ma gistrado, examina y falla con imparcialidad y con criterio. Con la magestad de la justicia, con la inflexibilidad de la ley, levanta el hocico, ostenta el cartel en donde se lee esta terrorífica palabra ¡¡Muerte!!—El reo inclina la cabeza en señal de resignación. Los policías se convierten en verdugos y conducen al reo, cargado de cadenas, al lugar de su destino.

Lo notable en este caso es que no hay ley fuga para aplicarla al que fué presunto delincuente, ni falso proceso, ni comisarios régios que hagan averiguaciones después que las víctimas están sepultadas. El *burro sabio*, el jurisconsulto inflexible, para juzgar, no tiene en la mano la ley del embudo, ni un gusano que roé la conciencia; no pierde la calma; no se extravía su razón ante el remordimiento, ni es conducido al manicomio.

Los irracionales, educados por un pedagogo justo y moralizador, dá lecciones y presenta en caricatura ejemplos sorprendentes de civismo y de rectitud.

Tal es el espectáculo que dà en el Teatro Principal, con sus veinte caballos una mula y un jumento, el industrioso, el paciente Bartholomew.

Hemos hecho referencia á un solo rasgo de las rarísimas habilidades de un juez en su tribunal, y la fácil comprensión, el diàfano talentazo de un jumento.

IV.

¡Cómo lo envidiamos para hacerlo Juez de muchos pueblos; y si esto no le place, lo nombrariamos para el siguiente cuatrienio Presidente del Tribunal de Jùsticia, evitando así que ese respetable Cuerpo sea el símil perfecto de un verdadero *corral* de arrendamiento donde se *reciben* toda clase de *animales*; lo hariamos diputado à alguna Legislatura para que impida que los compañeros burrasniles se despachen con *cucharón*, como decía „El Fandango,„ y hagan *desaparecer* como prestidigitadores electorales las sumas recopiladas en la Tesorería; lo hariamos Jefe Político, redactor del „Republicano,„ del „Bién Público,„ del „Espejo,„ para que mandara un destello de su claríisimo talento á los semejantes que escriben con *ingenio* coplas disparatadas, para que respondiera con su firma y su persona à las consecuencias de un rebuzno editorial, y no llamar á sus compañeros para que les sirvan de *sirineos* al cargar con la cruz de las responsabilidades periodísticas.

¿Creen nuestros lectores que no haría el burro sapientísimo un buen Presidente del Ayuntamiento, un justiciero Presidente del Tribunal?—El dejaría que cada munícipe sirviera el ramo que le está encomendado con entera independencia y por otro lado con sugeción al reglamento, sin ejercer á su sombra la especulación; él, robustecido en su ciencia, y teniendo la calma como guía, no habría de pretender que los jueces sus compañeros fueran en todos casos de su opinión para fallar, ni impondría su imperativo mandato á título de ciencia superior ni de práctica forense no interrumpida en treinta años de ejercerla; no tendría para imponer su dominio una dósis considerable de bilis dispuesta à derramarse á cada paso si había discutimiento con la opinión de los colegas; no tendrían los alcaldes y los jueces una geringa de caballo para los liberales y una visitadora suave y delicada para los agentes de la Santa Madre Iglesia; no estarían pendientes del *sube-i-baja* para guardar el equilibrio, imágen perfecta del balancín de la justicia; la venda cegatoria sería en él el emblema por el que se debe aplicar la razón al que la tenga, no emplearla para no ver, y para torcer el sendero que á la rectitud conduce.

V.

Un *burro sábio* es una joya en nuestros tiempos y en nuestras regiones. ¿Cómo no contratar á Mister Bartholomew para que dé lecciones

à tantos abogados sin ciencia y sin clientela, y á tantos hombres que sientan plaza de diputados y de munícipes, de empleados y hasta de gobernadores?

La enseñanza objetiva está de moda; el Profesor Bartholomew tiene habilidad para enseñar á toda clase de animales; ¿cómo no luciría su habilidad enseñando á nuestros jueces la línea recta cuando convierten la espada de la justicia en tirabuzón? ¿cómo no adquirir nombradía en enseñar el arte de la guerra á tantos militares que siendo su espada *virgen* como la miel de las hormigas, suelen convertirla en sacacorchos?

A tan hábiles y entendidos caballos no se les manda con el degradante làtigo; obedecen á la voz humana, sin reiterarles el mandato: *oir y obedecer*, esa es su consigna; *combatir* y no *triunfar*, ese es su deber; *morir* y no *murmurar*, tal es su misión; los asaltos los dan al reducto fortificado, nunca á la mesa electoral; son los dragones custodios del honor patrio, pero jamás los lanceros de la Tesorería. Estos caballos ocurren al reducto al estallar el cañón, y no al pesebre donde se *piensa* y se dormita. Soldados conocemos que duermen cuando habla con su poderosa voz el bronce de las batallas, y que despiertan al retintín de las copas en el festín de la victoria. ¡Cuán saludable sería para la Nación si á estos se les educara como á los caballos! ¿No sería muy oportuno que se confiara al ilustre profesor la enseñanza de nuestros reclutas?

VI.

Ponemos al tanto á nuestros lectores de los espectáculos de la Capital; no narramos simplemente los hechos sino que deducimos consecuencias, iniciamos procedimientos, y proponemos mejoras en todo aquello que pueden enseñarnos los ilustrados viajeros.

Si nuestros Gobiernos, ya el general, ya el de nuestro Estado, quisieran confiar al Profesor Bartholomew una pasagera enseñanza para los empleados y funcionarios que lo necesiten, daremos un paso gigantesco en la civilización. Los caballos amaestrados son una prueba patente de lo que es posible hacer con una educación esmerada y oportuna: dan la evidencia del partido que puede sacarse en bién de la humanidad del *talento de los brutos.*

LA LINTERNA MAGICA.

Los adelantos de la física estàn alcance de todos; desde Daguerre que hizo del sol un pintor, hasta Edison que hace hablar á los muertos; desde Sechi que aprisiona la luz hasta Pastéur que saca de la rabia un ántídoto contra la rabia, todos ponen en acción sus facultades para sorprender los misterios.de la Naturaleza Otros inventos que se relacionan con la física serán màs útiles, màs trascendentales, pero ninguno tan curioso, tan divertido, que seduzca nuestra vista como esas linternas que por medio de la luz artificial y con ayuda de un lente, reflejan sobre un lienzo blanco, y en formas gigantescas, las diminutas figuras pintadas en un vidrio.

No es esto lo único; nosotros siempre hemos visto que en política se agrandan unas figuritas raquíticas, pequeñas, diminutas, que otros aires y otros climas las regeneran, las engordan y les dan formas corpóreas de grandes dimensiones.

Con esas linternas se realiza aquello de «mientras ménos bultos, màs claridad.»

Se despeja la atmósfera, y el sol es esplendente, y clara la luz de la luna; sin nubes y sin celages podemos ver en los confines del Sur celeste alguna estrella que pronto desaparece; ó en otros horizontes astros simpáticos que brillan si las noches son muy obscuras. ¿Podrán estas revoluciones diarias relacionarse con algún fenómeno de la física? ¿por qué son simpáticos los astros que aparecen en Oriente, y no tanto cuando estos van á hundirse en su Ocaso? ¿No sucede lo mismo con los hombres astros que aparecen en el firmamento de la política? los que vienen mucho tienen qué ofrecer; los que se van se llevan las esperanzas.

Ojalà y hubiera quien quisiera aclarar nuestras dudas. Una lid electoral, aunque sea un simulacro de combate, como los ejercicios de fuego de los soldados, es una verdadera linterna màgica: estas no sólo reflejan las figuras sino que la ciencia alcanza hasta darles movimiento y animación, haciendo conversiones como la sombra que se aleja, se disuelve y se trasforma.

¡Maravillas del ingenio, cuánto seduces nuestra imaginación y nos encantas!

Allí vemos un lienzo blanco, y un puntito brillante como estrella de sexta magnitud; abrid bién los ojos; no es un sueño, es la realidad; es un periódico que se imprime léjos, muy léjos, y viene acercàndose à nosotros asegurándonos que se imprime en tal parte, cuando su formación está mucho más léjos; mirad como crece el núcleo luminoso, y cómo viene bosquejàndose una sombra cúal feto informe; ¡qué! ¿es un escorpión? ¿qué otra cosa son esos cuernos y esa cola levantada y con lanceta? Mirad, mirad, ya aclara más; no son cuernos sino orejas; tiene cuatro patas y un rabo semi-parado; de sus narices sale un *asperjes*, una ducha, una regadera, y perfuma los aires con un olor á benjuí muy pronunciado; nó, no, es una aljaba que contiene flechas y rayos contra el Gobierno, y en su afan de zaherirlo no le concede ni un átomo de lo que justamente le pertenece; ya aclara la figura porque se ha puesto en foco; es un jumento, y en vez de patas ostenta cuatro muletillas de palo, una venda y una máscara; desgraciado aquel á quien le suministre una coz, porque le hará ver el sol á media noche; no vé ni oye porque la venda cubre á la vez los ojos y las orejas; la máscara le cubre la parte delantera de la cabeza; ensalsa á sus prohombres y lanza un rebuzno. No es anfibio de los que andan, nadan ó navegan entre dos aguas; no es un *canard* que anda, que nada ó que vuela como „La Hoja suelta;„ màs claro es su color; mucho más definida es ahora su figura; es un burro, ó jumento ó asno ó pollino; hace un saludo à los espectadores con la cabeza y con el rabo, y lanza otro rebuzno; salta no sabemos de donde un muñeco; cámbianse las cabezas; la del burro á la de él, y la de éste al pescuezo del pollino; la muchedumbre rié y aplaude y no falta quien encuentre al muñeco su parecido con.... solo en el cuerpo, pues lo que es la cara....ni quien pueda aventurar una palabra: ¿para qué es ese misterio si hay libertad de imprenta? los malhechores son los que asaltan en la encrucijada y con la faz cubierta; lo màs gracioso es que su contrario también incurre en la falta que le echa en cara; es „La Hoja suelta„ que se presenta como adalid, con lanza en ristre y la vicera calada. „La cacerola le dice à la olla qué prieta estás vida mía„ La figura se aleja y se desvanece; ya es una sombra; ya vuelve; de la barriga de uno y de la cabeza de otro, sale otro embrión; es una marmota, un faro; ostenta por un lado un „Sufragio Libre;„ en el otro una espada; en el de más allá un kepí bordado; en el cuarto lado un número 8: gira la farola un momento sobre su eje, y en esas cuatro faces se ostentan un gallo, unas balanzas, un bastón y una perrita pinta de negro y blanco. Es un cambio de decoración; esos signos revelan que por arte mágico desaparecen unas figuras y aparecen otras.

Un viagero al comunicar sus impresiones, seguramente soñaba cuando dice á sus lectores que echó su ratito de siesta, y fué al jardín donde vió desfilar el gallo de los electores; todavía no abandonaba los bostezos ni se limpiaba los ojos de las excrecencias que hace producir el sueño, cuando vió unos muchachos que seguían á un payaso en el convite de

antómatas (serían acróbatas.) Pues señores; ¡vaya un gallo! y nosotros que afirmábamos era un gallo (?) giro, rollizo y valiente, y ahora salimos con que se parecía al *gallo pitagórico* cuando salió del infierno, flaco y pelón, ostentando sólo una pluma en la cola: la música no le gustó al ilustre viajero. Se infiere que el articulista no se ocupó en leer la carta que de aquí le remitieron, y se ha lucido.

Nosotros celebramos que el candidato sea aceptado, pero hasta hoy no se sienten los trabajos electorales de ese círculo; muy digno es el designado de esos honores, pero hasta ahora se cubre esta candidatura con el velo del misterio; sus amigos respondían á nuestras indagaciones con un guiño de ojo y con suaves presiones en nuestras débiles manos; nosotros estàbamos como tonto en vísperas, esperando su santo advenimiento; pero el eclipse del derrotado, su abnegación, su heróico sacrificio, al desaparecer de la escena, deja paso á la luz para que en la mágica linterna se proyecte en su lugar una nueva figura; lo hemos dicho; mientras menos bultos más claridad.

Y nosotros nadando siempre entre dos aguas; entre el agua dulce y el agua salada. ¡Qué va à ser de nosotros en el día del triunfo! nos quedaremos como el perro de las dos bodas según dice el vulgo.

Ya tenemos otra figura en el lienzo blanco; es un Presidente que cayéndose de risa les juega el dedo en la boca à tantos y á tontos, para soltarlos descolados; ya se aleja la sombra y se desvanece. ¡Dios nos tenga de su santa mano! es un huevo el que se percibe, lustroso, diáfano, de forma gigantesca, como el del Roc de *las mil y una noches*; lo empolla el Ministerio, y se percibe el movimiento de un nuevo sér; son dos pollitos que pronto van á piar: ya percibimos sus dos cabezas; tienen aun cerrados los pàrpados, pero los dos usan anteojos, tienen bigotes encerados; uno representa á un candidato; otro al funcionario saliente: gemelos de un mismo vientre, uno tiene que morir; pero el primero que salga romperá el cascarón. Quizá no vendrá el angel exterminador como ave de rapiña y se arrebate à los dos pollitos, aun cuando se guarezcan del peligro bajo las alas de su amorosa madre. Rogad al cielo ¡oh viejecitas santurronas que aun teneis fe en que Dios escucha vuestras plegarias! rogadle, sí, que vaya arrojando con su Mano Poderosa al *agua* á tantos *moros* que estàn enfilados. Quizás se realice aquí otra nueva catàstrofe como aquella que debe haber dado su nombre à una población ds nuestra patria Matamoros.

¿Cuando sería esa espantosa mortandad de moros que la historia no refiere? Ah! yo creo despejar la incógnita; la catástrofe fué *mata-moros de azucar.*

La linterna no se apaga todavía, Dios sólo sabe si de aquí à tres meses habrà cambios; si se destacarán en el foco de esa *linterna mágica* otras figuras nuevas que á todos nos dejen con un palmo de narices.

¿ESCANDALO? ¿POR QUÉ?

Denuncia "La Instrucción del Pueblo" un hecho que malísimamente interpreta. Dice así:

ESCÁNDALO.—El Sr. N. y la Srita. B. se presentaron ante el Juez civil (?) para *contraer matrimonio*: pasaron las formalidades civiles, y sin mas ni más el Sr. N. quiso llevarse á su casa á la Srita. B., como si ya estuvieran casados; mas la citada Srita. que no estaba por ser su concubina, se negó á ello, exigiendo como debía, la celebración del matrimonio ante la única autoridad que podía legitimarlo. Mientras aquel Sr. tomaba alguna resolución, la Srita. quiso permanecer en la casa cural de la Asunción.

¡Bién por la Srita. B!"

Nunca hubiéramos pensado que un periódico de ilustración, y además, religioso desde la coronilla hasta el rabo (pues tienen rabo sus apreciaciones) diera el nombre de *escándalo* á eso de que la Srita. B. quisiera casarse católicamente con el Sr. N., y á que la esposa se haya depositado en. la casa del Sr. Cura. Esto se infiere de la redacción del párrafo, con más que no se presentaron ante el Juez civil sino ante el Juez del Estado Civil, que tiene atribuciones enteramente distintas del primero.

Nosotros creemos que el hecho de depositar à la consorte en la casa de una persona respetable y al lado de señoras que son modelo de virtud y de moralidad, no debe calificarse de escandaloso. Con frecuencia vemos casos idénticos en los pueblos rabones y no hemos notado que la sociedad se escandalice. Los padres de la consorte, si se los conserva el cielo, deben tener, como es justo que tengan, una confianza ilimitada en la casa cural. El marido, que ya lo era, es el único que debió resolver el caso, puesto que, cada cual tiene el derecho de disponer como quiera de lo que le pertenece.

Si examinamos detenidamente la conducta de la Srita. B.... y la del Sr. N.... las encontraremos dignas de elogio; mientras que nuestro colega la vitupera como escandalosas.

Acaso quizo dar el nombre de *escándalo* á la pretensión del marido que era llevarse a la esposa; pero el articulista no supo aplicar la califición y escribió otra cosa distinta

Una vez casados por lo civil ¿qué otra cosa les restaba hacer á los dos.... *concúbitos*, sino retirarse del Juzgado del Estado civil? ¿hubiera sido cuerdo, prudente y moralizador que el esposo dejara á su esposa en poder de moros? adviértase que un día, una hora, tres minutos, son suficien-

tes para que las lenguas viperinas dieran una relamida, aun cuando no fuera más que por aquello de *entre santa y santo, pared de cal y canto.* —Téngase presente que habían de trascurrir algunos días para que se celebrara un matrimonio según las prescripciones del culto católico. ¡Ay! la malicia humana forja su Gran Galeoto, y hasta nuestro colega califica de *escándalo* todo lo acontecido, incluso el acto postrero del curita civil en que, poniendo una carita medio-séria, medio-risueña, medio-picaresca y maliciosa, pronunciaba las palabras sacrosantas de „creced y multiplicaos,„ y aquellas otras que por mandato de la ley deben de decirse à los conyuges: *ocurrid á que os bendigan los ministros de vuestro culto.*

Pero en el caso presente, el colega que al pueblo instruye, sólo tiene un aplauso para la consorte cuando dice con énfasis: „¡Bién por la señorita B!„

Aquí hace sus ejercicios acrobáticos: parece que su nave está anclada entre la vorágine del fanatismo y la mansa corriente de la civilización: ¿no quiere Su Caridad ensayar un paso gimnástico en el camino del progreso? Anímese nuestro colega y le pondremos unas andaderas. Entre paréntesis; ¿no teme „La Instrucción„ que su aliada „La Linterna de Diógenes„ le alumbre el camino de la gramática castellana como á nosotros, porque escribe señor y señorita con S mayúscula?....¡Ah! no recordábamos que los tiburones no se tiran mordiscos.

Ha hecho muy bien la Srita. B. en solicitar á continuación las bendiciones del ministro de su culto; pero esta sensatez no es exclusivamente suya; ¿ningún elogio merece el Sr. N. por ser consecuente, religioso, decente, caballero, buen ciudadano, observante de los preceptos de Dios, respetuoso á los mandatos del César y obediente aun á las leyes de las autoridades gentílicas, como prescribe Jesucristo?

Pues en este caso ¿por qué se escandaliza el colega instructor del pueblo si aspiran uno y otro consorte á unirse con el lazo eclesiástico, ya que el civil está perfectamente anudado de tal modo que nadie podrá desbaratarlo?

Si „El Fandango„ hubiera escrito ese párrafo, levantaría el coleguita tal polvareda contra nosotros que no nos bajaría de impíos, inmorales, herejes, calumniadores, maliciosos....¡la mar! Y sólo á nosotros se nos obsequia con el dictado de tontos, con el anatema de impíos, con la nota de burlones y con el apodo de maliciosos! ¡Cuán cierto es que ni están todos los que són, ni son todos los que están, como decía un loco!

Nuestro ilustrado colega cree con fe reverente y ciega que el lazo conyugal, si no es recibido y administrado como Sacramento, no es matrimonio, ni válido, ni moral, sino solo un *concubinato.* Dios haga á sus redactores unos santos, pero sin obligarlos á pasar ántes por el Limbo!

Discurramos; raciocinemos.

Podrá ser que los Sres. redactores del ilustrado periódico que al pueblo instruye sepan que en el Universo hay distintas religiones, y de consiguiente, hombres que las profesan; sabrà también que en México se sancionó la ley sobre *tolerancia civil* como una exigencia de la civi-

lización; también suponemos que habrá leido que en tiempos pasados los gentiles y paganos celebraban matrimonios desde la prostitución religiosa de éstos, hasta los desposorios de los judíos; desde la ley natural hasta la venida del Mesías; que los hubo como contrato después que Jesucristo instituyò el Sacramento del matrimonio. Este doble lazo se forjó siempre entre los cristianos, pues entónces no había entre ellos las divisiones que hoy existen. El soberano facultó á los curas de almas para que, al ministrar el matrimonio *Sacramental*, forjaran ó hicieran el matrimonio *contrato*. De allí viene el nombre de *notario* ante quién se preparan las diligencias matrimoniales eclesiásticas. Después el Soberano retiró la facultad de hacer contratos, y ha nombrado sus notarios, en lo cual ha obrado en su más perfecto derecho, sin usurpar á nadie sus atribuciones.

En los países intolerantes que son católicos podría pasar ese consorcio de los dos matrimonios; pero en los que sanciona la ley como obligatoria de tolerar todas las religiones, es una necesidad que el *contrato* esté enteramente separado de la ingerencia de toda secta religiosa. El error gravísimo del periódico que se propone instruir al pueblo consiste en creer, que el matrimonio civil debe tener la fuerza y santidad de Sacramento, y que el matrimonio religioso debe de tener la fuerza y el vigor jurídico y social del *contrato*. Cada uno en su esfera tiene su *razón de ser* si existe el derecho de dirijirse á Dios por los medios que cada ciudadano elija.

Si un budista quiere contraer matrimonio con una judía, ¿ante quién se celebra? ¿quién le dá títulos de validéz y de legitimidad? ¿quién vigila que se haga conforme á los ritos de la religión de los contrayentes? El Gobierno, qué es el guardian, el vigilante y el responsable de hacer observar la moralidad y la moral, no podrá tener tantos ministros como religiones existan y puedan fundarse: ¿cómo podría casar á dos séres de religiones disímiles y que tal vez tienen por base otra moral que no es la moral de Jesucristo? y sin embargo, unos y otros pueden venir á nuestro país y unirse en matrimonio. De aquí nace la necesidad de instituir el *contrato matrimonial* en nuestra patria como lo han instituido los países civilizados que también son cristianos y católicos.

Si el periódico tantas veces citado, que toma sobre sus hombros débiles instruir al pueblo, reflexionara sobre estos puntos, no consideraría escandaloso que dos cónyuges quisieran unirse sacramentalmente cuando lo han hecho ya conforme á la ley civil. No nos alegue que el matrimonio que se celebra sin las prescripciones católicas es *írrito* por que esto se refiere al Sacramento y no al *contrato*. No comprendemos sino de esta manera el que haya rotulado su pàrrafo con el calificativo general de *escándalo*, abrazando todos los puntos de que trata.

Nos dice el periódico que la Srita. B. dijo á su esposo que no quería ser su *concubina* con sólo la sanción de la ley civil. ¡Pobrecita! ¡cuánto la compadecemos, porque no sabe lo que hace ni lo que dice! ¿Qué haría esa inocente paloma si su pichón se trasformara ahora en gavilán? ¿Si hoy le dijera éste con la autoridad marital.... "no quiero casarme ya en otra vía; sígueme porque eres mi muger legítima?" Entónces ni

las predicaciones del párroco, ni las observaciones periodísticas que tratan de instruir al pueblo, ni la unción religiosa de los predicadores, ni los anatemas de la sociedad nutrida con la moral cristiana, tendrían fuerza suficiente para sustraerla de las garras del ave de rapiña que está protegida por la ley, sin que antes se promueva un juicio de divorcio y cuyo pedimento fuera fundado.

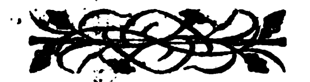
Si el Sr. N. consiente en casarse según la Iglesia católica, él, más que ella, merece el incienso del periódico, porque él rinde homenaje de respeto á sus creencias y á las de su esposa, puesto que á su arbitrio está ya, y no al de ella, recorrer uno sólo ó los dos caminos que conducen al matrimonio. Hoy no le queda más recurso que obedecer á su marido.

Contra la calificación que hace „La Instrucción del Pueblo„ protestamos á nombre de la religión, de la sociedad sensata, de la ley de tolerancia civil, de la civilización y del buen sentido. Protestamos contra la difamante calificación *concubinaria* que dice ese periódico hace la señora B. (y no señorita) de la ley que le concede derechos civiles y garantías de esposa y de madre, y á sus hijos de llevar honrosamente su nombre y de heredar sus bienes.

Nosotros aconsejamos á los cónyuges que, no obstante la indisolubilidad del matrimonio civil, su validez y la protección que concede à la mujer, se casen también conforme á las prescripciones de su culto, sin atender á las declamaciones de quien los llama *escandalosos*.

El Gobierno del Estado, el Juez del Estado civil, el cura y los casados civilmente, deben estar agradecidos á los ilustrados redactores de „La Instrucción del Pueblo„ porque los declara *correveidiles*, y á las esposas *concubinas*.

¡Hasta dónde pueden llegar los hombres por sus letras!



"LA VOZ DEL PUEBLO."

Este periódico hace la postulación que le faltaba de los diputados suplentes, y del Tribunal, en uno de sus números anteriores. Nos ha hecho reir la ocurrencia, y más nos ha caido en gracia que el partido de las caretas y de las *hojas secas* llora y lamenta sus negras desdichas.

El partido contrario no lucha en la elección; sus razones tendrá; pero al levantar el vuelo no quiso quedarse con sus gastos hechos; y ya que no se sentó á la mesa con sus adeptos, se conforma con mandarles el *menú* de su mesa para que sepan que se preparaban magníficos pasteles trufados que habían de *haber saboreado* hasta lamerse los bigotes los santos de la devoción. ¡De lo que se les privó á los angelitos! Hoy sólo pueden decir los partidarios á sus amigos, con làgrimas en los ojos, que eran buenas sus intenciones y magníficos sus deseos. Hubo un tiempo en que un señor tenía preparado un discurso encomiastiquísimo para un elevado ciudadano de quién se esperaban grandes beneficios, pero que por enfermedad ú otros motivo no tuvo lugar en la fiesta; en su afan de lucir su chirúmen mandó imprimirlo con una carátula que decía: „Discurso que *debió haber pronunciado* su autor en tal fiesta, pero que no se lo dijo á su Excelencia por un fuerte catarro que al autor le sobrevino.

Además, ese partido ha ido á meter su hoz en mies agena, anda buscando el sesgo á la fortuna en otros establos. ¡Pues no le ocurrió pos tular á D. Fulano que es gallo del círculo contrario! razón tienen los adversarios en coger del faldón á su magistrado y decir con voz estentórea:

—¡Que se lo llevan! ¡auxilio! ¡que lo encajonan! ¡que nos lo arrebatan! ¡piedad! ¡socorro!

Y el Sr. magistrado abría los ojos, no alcanzaba resuello y piaba con horror al verse entre las garras de semejantes gavilanes; él que es una linda paloma.

Se encomendó à toda la corte celestial y lo soltaron, sí, pero después de haber hecho un esfuerzo y soltado una pluma de la cola.

¡¡Con el susto se conforman!! Ahí está su licenciado y no lo dejen desvalagarse del redil, porque si se descuidan puede arrebatarlo una águila capdal.

TITERES.

Primera función dedicada al respetable público.

La escena pasa en todas partes.

Representación de varios actos de los funcionarios públicos que podràn arder en un candil y servir de apuntes para la historia contemporánea.

PRIMERA TANDA.

Escena I.

Aparece el padre Campamocha con el bonete calado hasta los ojos; trae en la mano un hisopo y canta en tono de vísperas.

—¡Gori, Gori!

Titiritero.—Padrecito ¿qué anda haciendo su parternidad por estos sítios?

Padre.—¡Ay, hijo de mi alma! voy á echar un responso por un cristiano que está en agonía.

Titiritero.—Déjese usted de responsos y póngase á rezar el rosario.

Padre.—(Cantando.) Pater noster!

Titiritero.—Esplíquese su paternidad ¿quién es ese cristiano que está en agonía?

Padre.—El Gobernador del Estado; todos pronostican ser muerte política.

Titiritero.—¡Ave María Purísima! ¿pero que le ha sucedido á Su Excelencia?

Padre.—Que se le declaró la hidropesía: los médicos lo han desahuciado ya; de esta hecha se marcha á tomar el último té al celeste imperio; figúrate, hijo, que ya no tiene pulsos; le palpita muy recio el corazón, y después de tanta fatiga no lo deja la tos. ¡Ay compadre de mi ánima!

le digo á usted que los habitantes del Estado están sin consuelo y ya no encuentran en donde echar congojas. ¡Gori Gori!

Titiritero.— ¡Con razón!

Padre.—¡Pater noster!—Sus amigos y partidarios no cesan de llorar, y están para volverse locos; á los empleados le ha pegado un patatús, y algunos hacen penitencia para desgraviar á Dios. Otros, sin esperanza, estàn formando ya la loza funeraria.

Titiritero.—Padrecito, ¿no habrá esperanza de vida para el señor Gobernador?

Padre.—El doctor Guadaña, que no se separa de su cabecera, después de examinarle la pupila del ojo izquierdo, dice que sólo las medicinas enérgicas podrían salvarlo: ya piensa abandonar el jarabito de goma y los sinapismos y quiere recurrir al cauterio, Uno de sus adversarios, que funge de farmacéutico, está formando un caústico de seis pliegos que le ampollarà desde el cerebro hasta más abajo de las pantorrillas: otro le ha preparado un brebaje muy amargo que se lo tragarà cerrando los ojos y sin tomarle sabor. Otro farmacéutico le preparó dos píldoras de acíbar, perfectamente doradas, que apenas pudieron pasar por sus anchas tragaderas. Todo ha sido inútil y si Dios no lo remedia, se nos muere al lanzar un estornudo. ¡Gori Gori!

—(Suena una campana) tín! tín!

Padre.—Agonías! Ya lo miro en mi fantasía abrir la boca, y no estará á su lado ni uno solo de sus amigos que le diga un ¡Jesús te valga —tín.... tín ....! tín....!

Titiritero.—Padrecito ¡cómo no vaya á sanar el agonizante! mire su paternidad que ha habido ejemplos....

Padre.—No tenga usted cuidado, señor titiritero; más remedio tiene un lazarino!

Titiritero.—Y si cual otro Lázaro resucita al tercero día entre los difuntos? Acuérdese su paternidad de aquel cuentecito. ¿No lo sabe su paternidad? pues escuche.

Un marido, que martirizaba muy seguido á su mujer, se enfermó y le dió un parasismo; la consorte, creyéndolo muerto, lo mandó al camposantó; pero cuando los cargadores lo llevaban, y al pasar por lo bajo de un guayabo, el marido se sentó y con ahinco decía.

—Hombres! hombres! no me lleven, que estoy vivo: Los cargadores, que oyeron declarar á los médicos que el enfermo estaba muerto, esclamaron. ¡Acuéstese, mameluco! ya quiere este saber más que los doctores. Al fin, volvieron con el muerto resucitado á la casa. La esposa miraba al porvenir, obtuvo la convicción de que si aquel árbol tenía la virtud de producir guayabas, tenía también la de resuçitar muertos; se sometió á su destino y tuvo que soportar nuevos maltratos. Como el marido no debía ser eterno, murió verdaderamente y al llevarlo à sepultar esclamaba la esposa con decidido empeño....—«por Dios, que no lo pasen por el guayabate.»— ¿No cree su reverencia en la resurrección de los muertos?

Padre.—Chitón (esclamó enfadado el padre) tres veces he comenzado mi responso y otras tantas me lo han interrumpido.

—Tin-tlón-tin-tlón.

Padre.—Ay! ay! ay!

Titiritero.—¿Qué tiene su paternidad que dà semejantes gritos?

Padre.—Que su Excelencia ha muerto y yo no he resado mi responso. No me interrumpan, no me interrumpan, no me interrumpan. Gori, Gori.

El padre Campamocha cayó de rodillas hasta el suelo: después de haber orado un rato, dirigió su vista al cielo y á Dios la siguiente deprecación.

Dios compasivo, Dios bueno,
Allá te vá un pecador;
Recíbelo con amor
Por tu bondad en tu seno.
Fué gobernante sereno
Y tuvo resolución
De fusilar á Patrón;
Puesto que ya se nos fué
Desde aquí le mandaré
Mi paternal bendición.
Gori! Gori!

ESCENA II.

La escena pasa en un panteón. Se miran tumbas esparcidas por todas partes, y esqueletos que bailan al compás de una música fúnebre.

Titiritero.—Salga su paternidad, que el público está impaciente.

Padre.—(Saltando á la escena) ay ay ay ay!

Titiritero.—Salude su paternidad á la concurrencia, y platíqueles lo que su paternidad sepa de nuevo.

Padre.—Estoy con el alma traspasada de dolor; la ciudad está de luto....¡qué veo! ¡qué es lo que se presenta ante mis ojos! ¡qué sitio es este!

Titiritero.—Este es el panteón del *olvido*; aquí se sepultan á los hombres públicos é ilustres que han muerto para la política. Esos sepulcros los ha elevado *el buén sentido*; ese mausoleo que está en primer término es el del general Comonfort, lea su paternidad ese epitafio.

(El padre lee.)

Aquí, à un patriota ilustrado
condujo su mala suerte,
pués le ocasionó la muerte
un resbalón malhadado
llamado *golpe de Estado.*

Titiritero.—Aquel otro sepulcro es el de D. Manuel María de Zamacona; los artesanos de México, como una muestra de agradecimiento, lo

adornan con frecuencia; su cuerpo no está inerte; algunas veces se reanima al toque de la vara mágica de D. Manuel Doblado. Ese otro..... ¿no lo reconoce su paternidad? es el del general Félix Zuloaga.

Padre.—¿Por qué se encuentra floja la loza que cubre su mortalidad?

Titiritero.—Porque se reanima cada vez que oye sonar el clarín del General Miramón. Le parece que ésta es la trompeta de San Gerónimo que toca á juicio, y se desatina por salir del olvido.

(Una campana toca rogativa; el Padre Campamocha se pàra en la punta de los dedos de los piés para ver que por la calle es conducido un féretro al cementerio.)

Titiritero.—¿Qué distingue su paternidad?

Padre.—El cadàver del Sr. Gobernador que lo traen al panteón del olvido: lo acompañan sus amigos y sus cómplices con semblante triste é hinchados de llorar sus ojos. Atrás viene su digno secretario que era como quién dice, el macho cerril que el caporal gineteaba, apretàndose de angustia las manos.

Titiritero.—¿Qué mira su paternidad en aquel balcón?

Padre.—Ahí están dos víctimas de su Excelencia, contentos como unas pascuas, mirando el cortejo y diciendo con alegría

Aunque la risa nos mate
suplicaremos los dos,
que no lo pasen, por Dios,
muy cerca del guayabate.

Titiritero.—Y allá á lo léjos ¿qué mira su paternidad?

Padre.—Los habitantes de dos pueblos vecinos que vienen en tropel á mostrar su gratitud al eminente Gobernador, porque en cambio de préstamos y contribuciones les mandò beneficios inmensos con sólo el hecho de decretar que esas poblaciones se elevaran al rango de ciudad, y cambiaran su antiguo nombre por otro más eufónico.

Titiritero.—Y ese señor que camina muy espacio ¿lo conoce su paternidad?

Padre.—Es uno de los propietarios heridos por la ley agraria que trae la lápida para el sepulcro: ¡qué veo! el epitafiio que los ratones pusieron al gato; dice así:

¡Oh tú! caminante, advierte,
y ten por cosa sabida,
que al que hizo mal en la vida
no hay quien le llore en la muerte.

(El maestro de los títeres levantó con garbo su muñeco.)

ESCENA III.

Suena la campanilla y se levanta el telón.

Titiritero.—Atizador! atizador! alumbre vd. bién el escenario para que el público vea con claridad lo que vá á pasar, pues hay cosas grandes y maravillosas.

Tilín tilín.

Señor D. Juán Panadero, caballero grán cruz de la nacional y extinguida órden de Guadalupe, dispóngase U. á salir á la escena; venga U. á dar algunas noticias.

Panadero —Dios me libre, Dios me libre.

Titiritero.—¡Qué! ¿renuencias? ¿no vé U. que estamos comprometidos ante el respetable público?

Panadero.—Están las cosas muy delicadas; yo he de decir la verdad más calva que la cabeza de San Pedro, y por allí está el Juez de letras que puede darme un bastonazo.

Titiritero.—¡Qué pusilánime es U.! Ahí está el Tribunal de Justicia y el Congreso para que nos ampare.

Panadero.—No no no no no no; El Padre Campamocha me aconseja la prudencia, pues á nuestro intérprete el Sr. Buscapiés le han dado un jáque que ya se muere del sofocón. Bién merecido se lo tiene por andar revelando las habladurías de su paternidad.

Titiritero.—Basta de disputas; salga U. como se lo mando, si no quiere......

Panadero.—Yo no quiero; tú no quieres; aquel no quiere; nosotros no queremos; vosotros......

Titiritero.—Pues lo voy á sacar á U.

Panadero.—(Viniendo á la escena.) Ay ay ay ay.

Titiritero.—Enjugue U. esas lágrimas y haga vd. al público genuflexiones como las que hacen los Diputados al Sr. Presidente cuando van á recibir la consigna.

Panadero.— ¡Oh público! aunque te enfades
escucharás necedades;
unas dulces cual la miel,
otras amargas cual hiel,
porque al fín serán verdades.
Mas si quiere algún simplón
castigarme con el agua,
le aconsejo al muy bribón
aplique á mi resbalón
la ley de Pepe Lafragua.

Titiritero.—Bién, bién; la ley de imprenta del Sr. Lafragua. La política ocupará nuestra atención: explíquese vd. con franqueza y satisfaga nuestra curiosidad. Ud., que es caballero gran cruz, deberà estar bien informado de lo que pasa en las altas regiones de la política.

Panadero.—Traigo aquí varios periódicos: he aquí „El Constitucional„ que es muy previsor y tiene muy cerca las creederas; tiene sus puntitas de candoroso. Dice que le *dijeron*, que el otro *dijo*, que el Sr. Ministro había *dicho* que el Ejecutivo se oponía á la reunión del Congreso,

Titiritero.—¡Oh crímen de lesa credulidad! ¡oh fragilidad *constitucional*! y los càndidos redactores no dieron un soplamocos al calumniador. Tiran la piedra y esconden la mano ¿y qué deduce el Ministerio de esas habladurías?

Panadero.—Que los descontentos del Gobierno, para quienes la paz es una tortura, quieren complicar la situación.

Titiritero.—Pero si estamos mirando al Diputado Ganzua.... es un lorito parlamentario que no hay cosa contra el Gobierno en que no meta su cuchara: pero será mejor que yo me calle. ¿Qué otras noticias trae ese periódico?

Panadero.—(Leyendo.) ¡Ladrones!—Esto ha de estar muy bueno cuando "El Constitucional" se ocupa de ellos. (leyendo.) "Está plaga se multiplica por todas partes"—¡Huuum! eso ya lo sabiamos sin necesidad de que "El Constitucional" lo confirmara: se repite la noticia en todos los círculos, y vamos, que no hemos entrado à la Tesorería. (leyendo.) Es preciso que el Gobierno los mande perseguir, aprehender y fusilar.

Titiritero.—¿Será posible que ese periódico sea el primero que nos advierta el remedio? El poder del Gobierno no es el poder de Dios.— "Hágase la luz y la luz fué hecha."

Panadero.—¡Huy! huy! huy! Dios santo, santo, santo; señor de los desamparados; consuelo de los afiijidos; esperanza de los mártires! la misma cantinela. (lee) *Correos* De Batoségache nos avisan que se extravió un número de nuestro periódico, y que recibieron los demás con ocho días de atrazo.—Aquí se habla de violación de la correspondencia; el trueno gordo: ay! que me caigo de risa.

Titiritero.—Atizador, atizador, alumbre U. bién la escena.

Lea U., lea U. y satisfaga la curiosidad del público.

Panadero.—(Leyendo.) Un jóven de buen humor intentó una travesura para desviar las pesquizas de la policía; forjó una fábula; escribió á un su amigo que una persona à quien la policía buscaba estaba oculto en tal casa. Puso la carta en el correo y no llega á su destino, pero sí la polcía ocurrió á catear el escondite." —Concerte U. esas medidas, señor titiritero.

Titiritero.—Es claro; el amigo dió aviso á la policía: no se infiere que haya tal violación.

Panadero.—Si la carta no la recibió el amigo.

Titiritero.—Siga vd. leyendo.

Panadero.—Aquí está una admonición contra los redactores de "La Cotorra. (lee.)

Cotorrico, mendorico,
¿quién te dió tan grande pico?
mi Señor Jesucristo
te lo ha dado por lo visto;
tú que vas, tú que vienes,
y en elogiar te entretienes
los abusos del poder,
que te vayas á esconder
con la chata *narivata*
te manda "La Serenata"
tiéndele el ala también
y à todos dínos.... ¡amén!

(Al público.) Perdonad y haced justicia. El redactor de „La Cotorra„ tiene que elogiar al *Padre nuestro* que le dá el *pan de cada día*, para que pueda decir primeramente *dánosle hoy* y después *santificado sea tu nombre*.

Titiritero.—¿Qué es lo que U. está refunfuñando? ¿no tiene U. miedo al fiscal de imprenta, ó al rígido bastón gubernil? Vamos, entre U. para que siga el cuadro segundo; ¿no obedece U. mis órdenes?

Panadero.—Yo obedezco; tu obedeces; aquel obedece; nosotros......

Titiritero—Pronto, pronto.

Panadero.—¡Ay ay ay ay!

Cae el telón. Ruidosos aplausos de unos; silvidos penetrantes de otros. Cierra la escena una estridente carcajada del público ilustrado.

SEGUNDA FUNCION

DEDICADA Á LOS FUNCIONARIOS PÚBLICOS.

AVISO.

Público indulgente y respetable. La función que vá á tener lugar es muy inocente, y por lo mismo digna de la inocencia de las personas beneficiadas con la dedicatoria.

Venid á ver las habladurías de nuestros muñecos; las agudezas del negrito, las indirectas de Juàn Panadero, y las admoniciones morales y filosóficas del padre Tequezquite.—Admirareis también la habilidad autómatica del titiritero mayor, que por medio de pitas invisibles dá á los autómatas movimientos fáciles, gesticulaciones naturales, y actitudes convenientes, como la de los diputados de la Legislatura; oid, sobre todo, su chirúmen, y su vocalización clara y precisa. Con la ayuda de Dios, os presentará la verdad con sus ricos atavíos. Venid, público respetable, y os desternillareis de risa. Pagas, las de costumbre. Asistencia muy temprano.

ESCENA I.

La orquesta toca la rumbosa sinfonía, titulada: „Lágrimas del cocodrilo„ compuesta expresamente para tocarse en esta función por los saltimbanquis que prestaron la protesta.

Tilín, tilin.—Arriba el telón.—Atice U. bién las cazolejas para que la escena no esté en tinieblas como el programa y la política del Gobierno.

El escenario representa el interior de palacio. Registro de vocalización pitética por el titiritero mayor. Allá vá.

Turrí, turrí, turritititi.

Titiritero.—Vamos á ver negrito; venga U. á divertir al respetable público, y á mostrarle sus habilidades....¿qué no quiere U. salir? está

U. remiso como el tribunal de Circuito cuando trata de la acusaciòn contra sus amigos, ¿ se calla U. y no contesta? ¿duerme U. como el Ayuntamiento nuevo?

Negrito.—Huy! huy! huy!

Estoy mediu durmidu y no soy sonámbulo; esta gracia la tiene solu la Legislatuda qui pretende llevar anti el juez de Distritu á los amigus; estan suñandú.

—Venga usted acá, negrito, no sea usted insubordinado; muy posible es que yo lo vaya á sacar del copete; lo và usted á ver.

—Siñó titiditedu, dejiusté á pobe nego: no viuzté que muy bié pué sucedé quil cabu de zedenuz li dé uñu baztu-nazu pu jablađod.

—¡Saliera usted ahora con eso, negrito de mi alma! ¿qué nos importan el cabo de serenos ni el bastonazo?—Vamos, negrito, venga usted acáaaa.—Ay ay ay ay ay.

—Salude usted al público; quítese ese sombrero, y no ponga usted esa cara. (*El negrito con el sombrero en la mano hace mil caravanas.*)

—Vamos, platique usted que es lo que ha pasado.

—Istuve in il salun dil gubiernu cuandu va llegandu el jefe políticu muy asuradu.

—Muy azorado? bién, y qué decía?

—Decia: zeñod, zeñod, me quieden quitad mi bastun de burlas.

—¿De burlas ó de borlas? hable usted claro.

—De booorlas.—Luego llegó otro siñor diciendu: "mis vacas, mis vacas, mis vacas, siñod Gubednadod; mi las quieden echad donde no hay *alumbradu* Yo le digo á uesencia que en mi curral no hay alumbradu; el alumbradu està por fuera del curral.

—Bién, dijo el Gobierno; entónces no le alcanza la prohibición á mi querido Chelinu.

—Bién, muy bién; ¿y después?

—El curunel de los suldaus llegó bufandu y diciendu: "con permiso diuzté, yo le metu lispada la *metralla-dura.*"

—A la Ametralladora? ¿eh?

—Después diciendu: "déjemiuzté echarle la *Bruma* al *Cascabel* y la metralla-dura, que ya está impresa."

—Ah! "*La Broma*" "*La Broma*," periodiquito ¿y qué decía su excelencia, negrito?

—Se ria y se apretaba las manus; à todus les decía que si. Jay-jay jay.... que siñú gubednadod tan chistosu; yo mi puse á rir.

—¿Conque à todos les decía que *sí*? bién, esa es su costumbre; apretarse las manos y decir que *sí* á todo.

—Ese se dá su moditu y seáca.

—Vamos á ver negrito, podrá U. cantar unas glosas? ¿está U. de vena?

—Sí señó; à todas hodas estoy listu para hacer versus.

—Pues ponga usted el pié para ver si me agrada.

---¿A lo divinu ó á lu humanu?

---A lo humano, á lo humano.

---Pues siñú titiditedu, alla và una.

El negrito tomó una guitarra mas destemplada que la prensa defensora del Gobierno y cantó.

Dizque mestaba mudiendu
Dizque del pudito amod;
Dizque tú me ibas quediendu,
Dizque me hacias un favod.

—Bién, muy bién. Viva el negrito, (gritaban.)
—Allá vá lo buenu, Siñó titiditedu.—(El negrito canta.)

Dijo Nachu, un dia sentadu,
Sentadu en su tabudete;
"Ya me tiene hasta el cupete
El valedod Maldunadu...."
Este contestó enojadu....
Enojadu, y siempre riendu......
—"Si le place me iré yendu;
Que me canten un sudadio;
¡Porque no soy secretadio
Dizque me estaba mudiendu!"

—Bravo, muy bién; exclamaban entusiasmados muchos miembros del club de la reforma.—Otro, otro:—(El negrito sigue cantando.)

Aunque reniegue el Congresu
Y truene la oposición,
Yo no he de hacer vadiación;
Será mi gusto y por esu;
No doy un paso de pesu;
Dejo á Blas de redactod;
Al otro le hago favod;
A todos bienes prolijos,
Aunque digan que son hijos
Dizque del pudito amod.

—Bién, negrito; eso se llama írseles á las barbas á todos. Siga usted; siga usted; ya me figuro que va ustéd à dormir á la cárcel—(Sigue cantando.)

¿Qué importa que al *Cascabel*
No le agrade lo que yo hagu
Y me haga siempre un amagu
Con su ruido y su oropel?
¿Quién hace caso á un papel
Que de todo se está riendu?
Es necio según comprendu
Decir en son de reclamu,—
"Porque te temo y te llamu
Dizque tú me ibas quediendu."

(El negrito sacó una botella, tomó un trago y continuó cantando.)

Los soldados tus amigus
Hacen del valor alarde;
Que lo „*alcen*„ para mas tarde;
Para cuando haya enemigus.
Hoy todos somos testigus
Que está templado el tambod;
Diles Nacho, por tu amod,
„Cese por Dios ese estadu;
Te lo suplico, Libradu,
Dizque me hacias un favod.„

—Cuando acabó de cantar las glosas el negrito, resonò por el aire un aplauso más cerrado que la moyera de nuestros gobernantes.

—Bién, negrito; muy bién, dijo el titiritero.—Ahora despídase usted y retírese, porque ya vamos á echar la segunda tanda.—Cómo! no quiere usted retirarse?

—Si siñó titiditedu; yo si me retido; no soy como muchos empeados consedvadodes del gobiedno que no se quieden detidad de sus destinus. Adius, adius.

SEGUNDA TANDA.

La orquesta toca las variaciónes de la „*guacamaya*„ que para tocar en la Legislatura compuso el maestro Perico.

Aparece el padre Tequezquite con un periódico en la mano. (Sale cantando y después lee.)

—Yá-pareció-la cabé-za de Judas; ya-pareció-la-cabé-za de Judas.

—Tributamos un homenaje de respeto á la convicción y á la buena fe.—Ese sentimiento profundo eleva al hombre, y simpatiza con el nuestro.—Estos hombres son dignos de desempeñar los puestos que deben confiarse á la equidad y á la honrádez.—¡Ojalà y en nuestra mano estuviera premiar ese heroismo, pero no podemos saltar la barrera de la ley.

Algunos conservadores vergonzantes, como el gato que deja la cola de fuera, se han ocultado tras una licencia ó una enfermedad.

Otros conservadores, con piel de liberales, con más amor á la tesorería que miedo al infierno, apechugaron con la excomunión. Ya no se confunden el hombre de la idea y el hombre del destino. La misericordia de Dios es muy grande: pasada la protesta, el agua bendita se encarga de abrir las puertas del paraíso á los *mamíferos.* La protesta tiene su lado malo.—Castiga al hombre de honra y premia al saltimbanqui político.

—Titiritero.—Mejores las tenga Ud. padrecito.

Padrecito, salude U. á la concurrencia: está U. más distraido que el „*Padre Cobos*„ cuando manda al Congreso sus in-directas.

—Ay! amigo titiritero! vengo con un pesar tan grande que ya no me cabe en el corazón

—¿Por qué es ese pesar, padrecito?

Porque á un señor Diputado le persigue no sé qué desgracia; por primera vez, no lo quisieron admitir en el Congreso porque le ofuscaba la penumbra del imperio; la segunda que fué reelecto, apareció como un cometa que se acerca rápidamente al sol constitucional, pero á buenas horas le volteó el rabo, y se marchó á recorrer su órbita; hizo su revolución en seis años como el cometa de Donnatti y volvió á dejarse ver ya por tercera vez trasformado; en el viaje dejó la cola como los Jesuitas; ya no se presentó como un cometa con su larga cauda; y su estrella brillante, no señor; ahora lo vimos como fuego fatuo, como exhalación que brilló, recorrió del zenit al Ocaso en un segundo, y se apagó....(cantando) Gori Gori.

—¿Pero cómo ha sido eso, padre de mi alma?

—Ay ay ay (llorando;) Pobrecito hospital! ¡pobrecito hospital! ya no hayan qué hacer de congoja los doctorcitos Nacho y Cárlos, ¡adios proyectos de caridad! pobrecitos enfermos; (cantando en tono de vísperas) No comerán carnero, ni vaca asada; comerán garbanzos con verdolagas.—¡Pobrecitos enfermos' ¡retepobrecitos enfermos!

—¿Qué tienen que hacer los enfermos con el cometa y con la exhalación, padrecito santo?

—Habia ofrecido dar sus dietas para el hospital. El diputudo presentó como consulta al 7° Congreso un proyecto monstruo para adquirir un préstamo en el extranjero....¡un moco de pavo!....doscientos millones para banco, ferro-carriles, &. &. &.

—¿Pero qué es lo que ha sucedido al representante?

—Le asustaron las leyes de reforma, y rebusó firmarlas; no quizo protestar, y se reriró; ahora sale con que pide una licencia *sin sueldo*, miéntras que pasan los patos....¿Donde están sus amigos que no van á taparlo con sus mantos para que no le dé un aire colado del bacatazo. ¿donde estàn los concurrentes à sus famosos bailes y tertulias?

—¡Es lamentable el porrazo!

—Yo no puedo ni rezar del sofoco: guay, guay.

Todos sus amigos están....así, como medio avergonzados.... como medio chasqueados, y andan apretándose las manos y diciéndose al oido ¿para qué lo elegiriamos?—Rincon, que lo recibió en sus brazos, y el semi-diputado Cuevas, le soplan la mollera y le introducen aire en el pulmon para ver si lo pueden volver á la vida....¡¡angelito de mi vida!! ¡Miembros de la sociedad católica!....¡venid! Católicos de todo calibres....llegad! Empleados electores ¡¡de rodillas!! pidàmosle á Dios nuestro Señor que ese ataque no pase de un desmayo, porqüe si le repite la catalépsia, se nos muere, se nos muere, Gori Gori.

[Don Folías con un cirio Pascual y una camándula en la mano, canta en tono de vísperas.]

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea....

Esta ciudad sè recrea
Mirando tu gentileza.
La sabia naturaleza
No te quizo hacer autor
De esas leyes, que en rigor
Son el pacto con Luzbel;
No las suscribas, Miguel;
Te lo rogamos, Señor.

(*Toma el cirio D. Ferruco, y otros devotos del santo cantan la siguiente salmodia, acompañado de una gaita.*

¡Oh soberano santuario,
De las leyes antro eterno!
Eres boca del infierno;
De los diablos relicario.—
¿Para el liberal nefario
Serás mansión deliciosa,
Y para él una fosa?
¡¡Eso no!!—Premia su anhelo.
Y ábrele, Vírgen, el cielo
Con una muerte dichosa.

(El padrecito, sollozando y limpiándose las làgrimas, decía.)
—Yo le aplico la indulgencia.
—¿Qué indulgencia padrecito?
—La plenaria que le concedió Antonelli cuando lo visitó, y cuando lo veía de piés á cabeza.
(El padrecito, de rodillas y con el cirio, canta)

No me engañaron mis ojos
Cuando en tí los tuve fijos;
Del redil de nuestros hijos
Eres, y no de los rojos.
De la Iglesia los despojos
No autorices en consejos
Con tus colmillos añejos;
Dios premiará tus trabajos
Si te juntas con los grajos
Y marchas con los cangrejos.

¡¡Ay ay ay ay ay!!
No había acabado de rezar sus jaculatorias cuando apareció una sierpe de siete cabezas, muy parecida al Ministro de la Guerra, que intentaba tragarse á los muñecos; pero el Presidente del Congreso le atravezó en el tragadero un cirio Pascual y todos emprendieron la fuga.

LA LINTERNA DE DIOGENES.

ARTICULO PRIMERO.

Este santo colega nos envía su primer saludo y un asperges con el desenfado del cura que lo mandara à sus feligreses. Intenta defender à las piadosas almas que infringen las leyes de Reforma, para la cual emplea como fundamento el poderoso raciocinio de *que somos incorrectos en nuestro estilo.* Nos dá una saludable lección gramatical sobre bién decir, cuando también debía darla á sus correligionarios sobre bién obrar.

Nosotros, no obstante nuestra tontera, sutíl galantería de nuestro ilustrado cofrade, estamos dispuestos á recibir lecciones de los sabios que quieran tomarse el trabajo de enseñarnos lo que ignoramos.

Frecuentemente debe encontrar nuestro colega en los escritos que publicamos innumerables incorrecciones, por lo que desde ahora le pedimos nos otorgue su perdon; no hacemos alarde de poseer el idioma castellano, ni de ser correctos, mucho menos en artículos que se escriben con precipitación. Mas, de que seamos ignorantes ¿se deduce que deben infringirse las leyes vigentes? Tal es el yunque sobre el cual debe hacerse el martilleo.

No es cierto que nosotros veamos con malos ojos que se rinda culto à la Vírgen, si tales son las creencias piadosas de la sociedad en que vivimos; pero sí reprobamos que se falte á la ley sólo por tributar homenaje á extravagancias beatoníficas: que se manifieste oposición hostil á las instituciones de una manera imprudente y banal que puede provocar discordias importunas; que rebose en publicaciones periódicas un amor que todo tendrá, ménos respetuoso y reverente; un amor almibarado y empalagoso como el de D. *Albino,* el de „La Instrucción del Pueblo„ que llama á la Madre de Dios *dulce Morenita del Tepeyac,* con el desgaire con que se harían piropos á una polla zangandunga únicas á quién sientan perfectamente los diminutivos y calificativos propios de la familiaridad y de la llaneza.

Deseamos: que no se ponga en caricatura una religión santa y respetable: que no aparezcan como fanàticos los que se dàn barniz de católicos fervientes; los que son amantes, más que de las ceremonias inmutables del culto católico, de las esterioridades de un culto pagano, porque todo cuanto es grandioso y solemne el culto en el interior del Templo, es pequeño y superfluo fuera de él, aun cuando no sea más que por los actos irreverentes y desacatos que cometen los sectarios de otras religiones; en una palabra, que no veamos, donde debiamos encontrar maestros de sublime virtud, prodigios de refinada hipocresía.

Los que se llaman defensores de la religión se abrogan así mismos el

derecho de monopolio: ¿Por qué quieren arrebatarnos el que nosotros tenemos para defender á la Virgen si somos del aprisco?

A un Licenciado que suele tener arranques muy fervorosos para adorar á Dios á su manera, siqniera no le abandona el buén sentido para solemnizar las glorias de su patria, que otros beatones jamás tuvieron. Que los liberales, bajo cuya bandera se agrupan hombres de todas creencias, no hagan ostent ación de ideas religiosas en las fiestas cristianas, se explica muy bién; puede haber muchos que profesan distintas religiones; otros que profesan la católica que no necesita de exterioridades; pero es inconcuso que los creyentes fervorosos que son mexicanos, apostólicos intolerantes y romanistas, tienen patria, á la cual olvidan en su gran día. Así vemos divorciar deberes gemelos, cuales son los de amar à Dios y á la Patria

Vemos que nuestro amable Diógenes se duerme algunas veses en su tinaja y no cuida de dejar atizada la linterna. Para defender á sus correligionarios de los cargos que les hicimos por esos desbocamientos, intenta darles una nikelada y encubrir sus religiosas imperfecciones con el relumbrón; el cofrade también se ha desbocado sin contener su carrera hasta encontrar un dique en nuestros arranques gramaticales. Abandona la vía y sigue por sinuocidades para lanzarnos en el tono gorigori de los responsos, y con el hisopo de su razonada crítica, una roseada de agua bendita de chuparse el dedo. Bastante gracia nos ha hecho su filípica, sus variantes, y la consecnencia recta y precisa de sus argumentos. Esto nos recuerda un episodio que hemos leido tal vez en alguna historia.

Cuéntase que unos frailes derribaron de su convento un árbol que tenía recto el pié y horizontales los brazos, en forma de cruz, del cual querian hacer un caballo para ginetearlo en el baño, y ejercitarse en el arte de nadar; el prelado se opuso, pues quería aprovechar el palo para hacer un Gestas y formar el santo grupo del Calvario. Los frailes se enojaron. Un escultor comenzó la obra, pero al desbastar el palo apareció una grieta que dejaba dislocado un brazo. El prelado vió fallidas sus esperanzas, y los frailes aplaudieron.

El escultor quizo modelar un Judas Iscariote, pero un terrible nudo apareció en el hombro derecho y cayeron los dos brazos.

El prelado frunció el entrecejo; los frailes veían que iban realizàndose sus esperanzas, y se burlaban del artífice y del superior.

El escultor propone formar un cepo donde se pudiera atornillar á los burlones.

Vuelve la madera à presentar un avieso, un corazón dañado; apura el artífice su cacumen, y su fantasía lo conduce á forjar algún objeto que sea útil à la comunidad, y al santo gremio; formó un instrumento largo, hueco, delgado y cón espiga en un extremo.

—¿Otra trasformación tenemos, señor escultor? mohino preguntó el prelado, cuando vió el gran madero convertido en virutas.

—Señor, no se ha desperdiciado del todo ese palo que Su Reverencia destinaba á tan altos fines; ha salido una cosa inesperada, una pieza muy útil que un prelado necesita para sí; que puede usar en bién de la comu-

nidad, de sus semejantes, de sus amigos y enemigos: ha *salido* una geringa suave, delicada y confortable.

Los frailes corrieron despavoridos.

El prelado, que era demasiado agudo seguramente donó esa jeringa à los redactores de "La Linterna de Diógenes" para que los saque de apuros cuando sea infeliz su causa, débiles sus argumentos, y estéril la semilla que quieran sembrar. Es la misma jeringa que hoy intentan aplicar al Congreso y á los periódicos sus antagonistas; pero Diógeues, á buena hora, abandona su causa, se introduce en su tinaco, no atiza su lámpara, sueña y le pegan pesadillas. Esto nos hace exclamar con el fabulista:

¿De qué sirve tu charla sempiterna
Si tienes apagada la linterna?

ARTICULO SEGUNDO.

Hemos alcanzado una victoria en las escaramuzas á que fuimos provocados. El enemigo se bate en retirada.

Vuelve *La Linterna* del cínico filósofo de la antigüedad à ocuparse de nosotros, pero no contesta nuestros razonamientos, y se empeña en salirse de la vía, como caballo que no quiere entrar al corredero. Cree no haberse explicado bastante en su primer artículo, y para ocultar su flaqueza repite sus ya tronados argumentos; ¡tan estéril es su causa y tan pobre su genio que para contestarnos envía pestilentes cohetes á la Congrewe que despide su ballesta de cuerda floja, en vez de proyectiles sólidos que bién pudieran arrojarse en el combate intelectual con el bronce guerrero? pero esos cohetes no llegan á nuestro campamento, y por eso rehusa la polémica sobre si es debido infringir las leyes vigentes. Su Reverencia se desliza como anguila para volver al campanéo de la gramàtica, de los apodos y de las diatrivas personales. Realiza en esta ocasión aquel cuentecillo de Fígaro á propósito de la mala pólvora.

—Mi General, el tiro no alcanzó al enemigo.

—¡Que le disparen dos!

Su contestación es un torrente de palabras en un desierto de ideas: esprimiendo esa gerigonza locuáz y vocinglera; anudando los cabos y sargentos de su crítica, y hasta los deslices de su charla guacamayesca, la encontramos convertida en pastelillo á la francesa, en verdadero vol-au-vent que tiene *mucha harina y poco hostión.*

Siempre resuella por la herida como dice el vulgo; pero del jugo extraido resulta esta sola razonada idea, "¿cuál es el artículo constitucional que prohibe adornar las casas con luces y cortinas?"—esto dice con magisterio guiñando un ojo á los reverendos hermanos del cordón

—¡Ninguna!—contestamos nosotros, confusos, sofocados y pujando bajo el peso de la pregunta. Pero venga usted acá, hombre; no trunque usted nuestros conceptos, ni dé tornillo á las palabras. No reprobamos que se adornen las ventanas y balcones, sino sólo que se pongan *altares*

—¡Cómo me aprieta este zapato, hijo mío! y no me quejo á gritos como tú; ¡cómo ha de ser creíble que te *duele la piedra*!

—Madre, no me duele la *piedra*, sino la *pedrada*—decían los interlocutores.

Ignora nuestro cofrade que las leyes de reforma, elevadas á preceptos constitucionales, no son ya discutibles; advierta que sólo es dable obedecerlas: *ellas prohiben el culto externo.* ¿A qué citarlas si todos las conocemos y debemos conocerlas?

Sepa nuestro colega qus los acróbatas, cuando son torpes, tienen á la altura de su mano, para los peligrosos ejercicios, una argolla de donde agarrarse y no dar un batacazo si pierden el equilibrio; así el cofrade del tinaco tiene su argolla gramatical para colgarse de ella con la punta del rabo à guisa de mono huasteco. Esto nos revela que mejor que periodista que discute, es un pedagogo consumado que enseñará las primeras letras, pero que abandona la palmeta para *enristrar* la péñola. ¡Con qué salero equivoca el camino el angelito! ¡Con qué magestad hace pavos reales delante de los babiecas que admiran su atornasolado plumaje! ya nos figuramos verlo cerca de las nubes convertido en estátua, dominando, no sólo la plaza de Guadalajara, sino todo el Vaticano! ¡oh! suyo es el porvenir; tiempo es ya de que adorne su cabeza con una corona de hojas de parra que le sentaría muy bién y que le preparan los necios; también los santurrones le preparan un monumento; los borrachitos tequileros le levantarán un molino de viento que tenga en la cúspide, á guisa de fanal, una simbólica linterna.

Perdone nuestro colega si prescindimos un momento de nuestro estilo elevado y gravedoso para intercalar palabras y hacer comparaciones grotescas, pero hemoe querido por única vez batirlo en su terreno y con sus propias armas.

También desartieula nuestros argumentos para disfrazar la idea; esto se llama, como dicen las viejas, rezar el Credo desde Poncio Pilatos, puesto que se traga aquella sutil zalamería, "la dulce Morenita" para llamarnos. . . . con fraces muy benévolas. . . . ¡¡Y Luzbel no arroja su estridente carcajada!!

¡Cofrade muy querido! eso no se llama discutir; la contestación no debe ser declamar ni lanzar apodos, sino probar con razones que esas frases son muy dignas de presentarlas á la Vírgen como holocausto respetuoso y reverente.—Con semejantes defensores no hay duda que la religión se salvaría.

La *Linterna* realiza lo que se dice hacía un borracho cuando oyó la campana de un reloj que daba las dos.

—¡Qué! ¿dos veces la una? ¡ese reloj está descompuesto!

También el galicismo "*banal*" de que hemos hecho uso lo trasforma

y transforma en *venal* porque le ministra un gran filón para hacer nuevas y donosas lucubraciones lingüísticas, formar fantàsticos castillos, una verdadera é inclinada torre de Pisa, pero que tiene de barro el pié. Obra como los soldados en los ejercicios de fuego; ellos ponen el *blanco*, y después le disparan tiros muy certeros: obra también como los que escriben catecismos; ellos forjan las preguntas para que las respuestas sean precisas y contundentes.

Esta disertación es inútil, y no merece siquiera una reminiscencia. Justicia podría tener si hubiera dicho que no deben emplearse galicismos que no están autorizados en la gramática de la Academia.—Los empleamos porque estàn de moda, y lo que se usa no se escusa; porque nuestros escritos no son académicos discursos, sino ligerísimos artículos escritos á vuela pluma por ser flores de un solo día.

Una crítica literaria de nuestras producciones nos instruye y sabremos aprovecharla; sólo debemos quejarnos de que es inoportuna, porque á la cuestión la saca de su centro de gravedad. Ya ve nuestro colega que somos humildes, pero....¿por qué tiene trémula su mano al grado de no poder dar un solo martillazo en el clavo y sí todos en la herradura? Su fraseología dá á sus escritos un olor marcadísimo de taberna en vez de darlo de sacristía: pretende emplear el gracejo, y no teniendo el aticismo que el ridículo necesita, degenera en personal; no sigue al capotillo sino al bulto. En una polémica ilustrada, aunque nos hieran y maten sus proyectiles, resistiríamos de pié, fuera de fortín, y con la faz descubierta, como veteranos aguerridos; pero las materias explosivas de albañal, sí nos harán desviar el paso en un sendero lleno de tropiezos.

Cuentan las crónicas que en una guerra que estalló entre chinos y franceses, resistían éstos de pié y á pecho descubierto la metralla, las mortíferas granadas que les dirijían los hijos del celeste imperio; nunca creyeron que habría hombres que resistieran sin correr, su graneado fuego; viendo su serenidad, recurrieron á un medio ingenioso para vencerla; las bombas eran de barro cocido; tenian un depósito para la pólvora, y otro que estaba repleto de aquello cuyo nombre declara *sublime* Victor Hugo, en su gran novela "Los Miserables," palabra pronunciada ántes de morir por el último veterano en el desastre de Waterloo....Al estallar la bomba emprendían la fuga los franceses, pues querian morir pero no ensuciarse.



TIROS AL BLANCO.

I.

Contrariando nuestra voluntad, ha sufrido nuestro periódico una intermitencia de algunos días; pedimos perdón á nuestros lectores y volvemos al redondel como aquellos gladiadores á quienes se les concedía un momento de descanso.

Tenemos una deuda pendiente; vamos à satisfacerla, aunque sea de una manera tardía.

Un apreciable colega, no el de la bugía apagada, sino el que ha encendido su antorcha para instruir al pueblo de esta ciudad, exhala en su número 4 un bostezo prolongado, porque despierta de un sueño de penitencia, de ayunos y de flagelaciones á que durante cuarenta días mortales se ha consagrado. Contrito, estenuado y arrepentido de sus culpas, sale de los ejercicios cuaresmales que norma un libro edificanté escrito por el padre Martagón. El penitente colega limpia las escresencias de sus llorosos lacrimales, restrega las manos, se persigna al aire con precipitación, á guisa de cohete corredizo que hiende el espacio, y se arrellena en su poltrona; lleva en la frente la marca de un jesús de la cartilla que le recuerda que es nada y que en nada se ha deconvertir; por eso se pavonea al escribir con aire grave y fachendoso un artículo que nos consagra más grande que la cuaresma.

El colega, *tarda* pero no *olvida*; ahora le tenemos más miedo que ántes, porque viene inspirado por un espíritu selecto, y nos reta á singular combate.

II.

La lucha se inicia en esta vez bajo muy buenos auspicios, contra "el periódico de las *fachadas*" por la hoja instructiva de los *fachendas*, y terciará probablemente el cofrade de las finchadas frases, de las fachas y de las flechas, que sin enviarla, ve la luz en Guadalajara.

Dios nos coja confesados ahora que nuestros adversarios se presentan con adarga y lanza enristrada contra nosotros. A dos astas no hay toro que envista.

Se proponen los dos adalides dar muerte á nuestro periódico y por esto entre sí se ensayan en la esgrima, por averiguar quien es màs potente al emprender una carrera de obstáculos; ambos se ponen en la pista y se paran en el sitio de los *arranques* terraceros. He ahí á "La Linterna de Diógenes" con linterna en lugar de lanza, y la "Instrucción del Pueblo" con hisopo y con bonete. Hácense genuflecciones con dulcísima reciprocidad. Discuten primeramente quién fué más afortunado, si Juan Diego ó María Bernard.—Salen en la controversia, *tantas á tantas*.

Discuten si en los ejercicios cuaresmales no se quebrantará el ayuno con tragar saliva.—Tantas á tantas.

Más; sobre si Satán es ángel *caido* ó *bajado* del cielo.—Tantas á tantas.

La discución rueda sobre la licuación de la sangre de San Genaro.—Tantas á tantas.

Ninguno es más sabio que lo que es el otro, y en la carrera de obstàculos ninguno ha logrado sobreponerse. No hubo sangre. Corren parejas "Linterna é "Instrucción."—Tantas á tantas.

En gramática, sacó las manítas "Diógenes," pero al fin "Instrucción" sacó las orejas en *hermenéutica.*—Como ésta no se cursa en las escuelas, no la sabemos; nuestra instrucción es adquirida en los periódicos callejeros de las sacristías, de las tabernas, de los cafés-cantantes, y allí no se habla de esa ciencia; sólo se interpreta el modo de aceptar los pañuelitos bordados de las hijas de confesión; se interpreta el modo de dar un asalto al *Cura-asado* y al catalán.

III.

Si hemos de ser francos diremos; que "La Instrucción" sacó un cuerpo de ventaja allá en *hermenéutica,* palabrita que tiene trasnochada para soltárnosla á la mejor oportunidad. Nosotros nos quedamos boquiabiertos con semejante sofocòn, pues le pareció mal que sus escritos los interpretáramos pésimamente, y deseara que para ello nos pusiéramos en oración como cuando se lee la Biblia para que nos iluminara el Espíritu Santo.

Apesar de ser muy fuerte el colega en eso de interpretar la Biblia y los Concilios, el Syllabus y las obras de los Santos Padres, y aun las opiniones de los Pontífices, en esta vez no acierta á meter la llave por la cerradura; se pavonea satisfecho porque "El Tiempo" y "La Voz de México" copian su artículo, pero su herméutico candor no le permite conocer que á esos mismos periódicos *les raspó* el titulito de "ESCANDALO" y lo reemplazaron con el de "*Buen rasgo.*" Esa confesión de parte y esa sentencia no admiten pruebas ni discusión. Aplícase el cofrade, no obstante, el embudo por lo angosto, y coje el fierro ardiendo por donde no quema. Muy bien hecho. ¡¡Y nosotros somos los acusados de que cojemos el rábano por las hojas!!

En ese largo artículo que "La Instrucción" dedica al "Fandango," asegura que la señorita B., lo mismo que el señor N. son cristianos......
—¿Cristianos, eh? No cabe duda que lo sean los católicos; pero nosotros creíamos que además de cristianos podrían ser católicos, apostólicos, romanos, y que por eso quería la tortolita ir á formar su nido en la casa del Cura de la Asunción. He aquí otro incidente por el cual el colega vuelve á tomar el rábano por las hojas, no como lo hizo "La Correspondencia de México." Son boberías del periódico de las fachadas el llamar la atención del periódico de los fachendas sobre que los contrayentes són católicos, apostólicos, romanos, cuando los designa con sólo la calificación de cristianos à secas, porque éstos podrían ser *protestantes.*

El Fandango, apesar de la sapiencia con que le agracia su antagonista, no ha incurrido en la barbaridad de decir que el matrimonio civil es

sacramento entre *cristianos;* si el periódico que al pueblo instruye lo cree así, entónces es más obtusa su inteligencia que la nuestra. ¡Por San Juán Ante portam latinam! no nos calumnie su reverencia.

IV.

Cita el Syllabus y copia la proposición que dice así:

"Puede haber entre cristianos verdadero matrimonio en virtud de un contrato meramente civil:"

"Y es falso, tanto que el contrato del matrimonio es siempre sacramento....como que el contrato es nulo si se escluye el sacramento."

¡Cómo empleáramos esa maravillosa máquina intelectual llamada hermenéutica que nos facilita "La Instrucción" para interpretar ésta proposición sin aparecer como temerarios ante nuestro contrincante! He aquí un vastísimo campo para que él y nosotros demos vuelo à la inteligencia.

Suponemos que "La Instrucción" copia fielmente el texto que nos presenta del Syllabus; no nos diga después que no se debe interpretar entre católicos lo que es de fe, porque contestaremos inculpándolo si nos llama á un terreno vedado. Nuestra obtusa inteligencia nos hace comprender que:--puede hacerse entre cristianos verdadero matrimonio en virtud de un *contrato civil.*-Pero ¿será condenada esta parte de la proposición 73? entónces, condenado está también como consecuencia precisa, lo siguiente: "Y que es falso,....(condena la falsedad) tanto que el matrimonio es siempre sacramento, como que el contrato es nulo si se excluye el sacramento (Se condena lo nulo).

Si ésta proposición está condenada, luego se convierte por las negaciones en aceptados los conceptos que ella encierra: es decir, en que NO es falso que tanto el contrato del matrimonio entre cristianos es siempre sacramento, como que NO es falso que el contrato es *nulo* si se escluye el sacramento.

¿Cómo se concilia que el *contrato* es sacramento, según declara el punto 2°, con lo que declara el 3° diciendo en transposición es *válido* si se escluye el sacramento?

Estos dos puntos son contradictorios en su sentido natural, ya sea que con la condenación cambie en afirmativo lo que era negativo, y en negativo lo que afirmaba.

Esta interpretación es auténtica en nuestro idioma, á no ser que el colega declare por sí que está condenada la proposición no estándolo en realidad. ¿Será mala la traducción por lo que se convierte en afirmativa la concordancia de dos negaciones?

V.

No siendo nosotros Concilio no debemos interpretar doctrinalmente tales proposiciones; pero concedemos, pues, que está condenado el contrato entre cristianos, más aún, entre católicos.

Los Concilios legislan para su grey—y permítasenos la frase si es impropia—ellos son los únicos autorizados para decir: "si quieres pertenecer á esta comunión católica debes creer y obedecer mis prescripciones." Entónces, entre los cónyuges en que no hay divergencia de cultos ¿cómo no se les ha de exigir el unirse según los mandatos de su Iglesia? Celebrar un *contrato*, no puede ni debe ser *válido* para los efectos sacramentales. Habrá católicos inmorales, pues todo cabe en la viña del Señor, que pretenden formar un matrimonio mediante contrato temporal; que rràn celebrarlo tal vez personas que no pueden ni deben contraerlo por impedirlo los vínculos de la sangre, ú otras causas dirimentes. Estos contratos son los condenados por los Concilios.

El Juez del Estado Civil, y no el juez civil como lo llama el colega, en virtud del nombramiento que del Gobierno recibe, se convierte en Notario para sólo los efectos del Estado civil; los contratos que ante él se celebran tienen la misma fuerza y validéz que los celebrados ante los Escribanos públicos, como por acá se les llama; y la Iglesia siempre consideró indisolubles los contratos que ante estos últimos se celebraron. Anteriormente, un anillo, alguna prenda, algún objeto dado y aceptado en señal de matrimonio, se consideraba como un vínculo social, sólo destructible por la muerte, como verdaderos esponsales; después solamente se han reconocido como tales, es decir, indisolubles, los vínculos que se forjan por los esponsales celebrados mediante escritura pública y con las formalidades que requiere un contrato; y basta que *delante* del párroco y dos testigos, y nó de un sacerdote que no esté por aquel autorizado, se haga la manifestación de los contrayentes, de unirse en matrimonio, para que éstos queden perfectamente casados, según el rito católico. No es cierto que para la indisolubilidad tenga que intervenir la bendición sacerdotal, ni las demás ceremonias que por costumbre y para mayor magnificencia prescribe la Iglesia.

Justiniano, en su novela del mes de Junio de 511 ordenó que la mútua voluntad de los cónyuges se manifestara *delante* de un sacerdote cuya *presencia* daría fuerza al *contrato*; es decir, con el fin de dar *autenticidad* al matrimonio, pero sin añadir ninguna ceremonia religiosa. Después en 162 el Papa Sotero fué quien *ordenó* se diera la bendición

VI.

Estas observaciones no nacen de nuestro raciocinio; no son hijas de nuestra fantasía, sino de la práctica que frecuentemente vemos observada en la misma Iglesia católica, no obstante esa violenta interpretación que dá el Syllabus á los demás Concilios, para aplicarlos al *matrimonio civil.*

El Gobierno de una Nación es una entidad moral que no tiene religión, porque no tiene alma que salvar; á él le es indiferente que una congregación establezca ritos para su existencia con tal que ellos estén basados en la *moral universal*; le importa muy poco que establezcan sínodos para marcar el buen sendero por donde deben ir los hombres há-

cia Dios; esos sínodos son los únicos que deben establecer preceptos para su grey. Pero contrayéndonos á la cuestión que ventilamos, haremos nosotros también proposiciones que condenamos à nombre de la razón y de lajusticia, según la práctica de los católicos romanos.

VII.

Si uno ó dos de los cónyuges que formaron contrato matrimonial mediante escritura pública, intentan casarse canónicamente con otras personas distintas, ¿les ministra la Iglesia el sacramento?—NO.

Si dos personas que están casadas ante el Juez del Estado Civil, quieren casarse canónicamente con otras personas distintas, ¿las casa el Cura?—NO.

Si una persona que no es católica, pero que sí es casada según los ritos de su religión, quiere contraer otro distinto enlace, según la Iglesia católica, aun cuando se bautice, ¿lo autoriza el Cura, sabiendo que se formó el anterior y que vive la consorte?—NO.

Tantas personas que se casaron según su religión y que se presentan en la buena sociedad, ¿se les debe calificar de concubinarias porque no se han casado según las prescripciones de la Iglesia católica?—NO.

¿Se consideran disolubles los matrimonios *mixtos*, es decir, aquellos en que una católica, ella nada más, se casó según su religión, y el esposo recibió por otro lado las bendiciones de los ministros de su culto?—NO.

Un matrimonio que no ha recibido *las bendiciones* del ministro católico, ni han pasado los contrayentes por las varias ceremonias de la Iglesia, si éstos, siendo católicosromanos, manifiestan su voluntad de casarse delante del Cura y de dos testigos ¿es nulo el matrimonio?—NO.

VIII.

He aquí que nosotros también condenamos algunas proposiciones á nombre del concilio ecuménico de la razón, de la moral y de la sociedad ilustrada.

Dos se unieron en matrimonio civilmente; según la tésis antes citada por el colega, ese matrimonio es *irrito*, es decir, nulo y sin fuerza alguna: ¿por qué los católicos más observantes procuran hacerlo, ya sea ántes, ya después de hacerlo canónicamente? Alguna fuerza, alguna utilidad, alguna validez debe tener ese contrato cuando se solicita con empeño.

El Gobierno civil no ejerce coacción para obligar á que se efectué, y sí deja en libertad absoluta á los súbditos para que se casen como les parezca.

¿Por qué el mismo Cura de la Asunción, ilustrado, ageno á las pasiones políticas y al espíritu de partido, recomienda à sus feligreses que se casen civilmente? ¿por qué ha resuelto no celebrar ningún matrimonio si ántes no està celebrado, ó cuando menos iniciado, ante el Juez de

Estado civil? Ignorarà las desciciones de los Concilios, y la opinión muy ilustrada pero muy personal del Papa Pio IX?

En verdad que es impotente el gremio que hace de las creencias católicas un baluarte de partido para nulificar los efectos del matrimonio civil, cede ante la necesidad de cortar un mal que perjudica á la disciplina de la Iglesia. Con frecuencia se dan ejemplos de que individuos casados contraen matrimonio otra vez según el rito católico, porque aun cuando el delito de lesa religión llegue á descubrirse, *no hay castigo* en esta vida para el delincuente; los tiros de los Curas se embotan en los baluartes de la ley civil que no reconoce como contrato lo que en otra vía es sacramento. No sucede lo mismo con el matrimonio civil. Muchos casos, innumerables, hemos conocido en que se castigan con severidad á los bígamos; por esta causa los ciudadanos, los empleados, los militares que recorren el país, se muestran *adictos* á las prescripciones eclesiásticas, repudiando el matrimonio civil y aceptando solo el canónico. Ellos no recibirán muy seguido el sacramento de la penitencia, pero es seguro que frecuentarán cuantas veces puedan el del matrimonio, porque la Iglesia solo tiene castigos para los polígamos en la otra vida; ellos dirán con desprecio: "allá me las den todas."

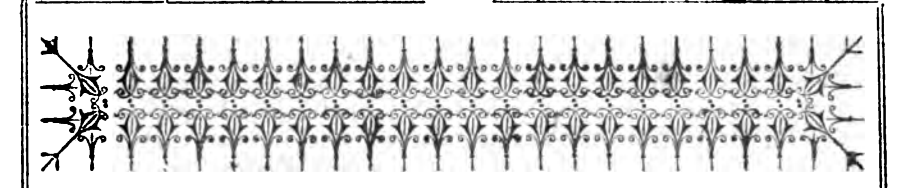
Podríamos nosotros, si quisiéramos descender más al fondo de la cuestión, aducir razones de publicistas que sostienen que el Concilio de Trento no fué Ecuménico, porque no asistieron los Obispos cristianos cismáticos que tenían derecho de concurrir; que no asistieron algunos otros sacerdotes que fueron llamados, como Calvino y Lutero, porque era una artería para que la Inquisición los quemara.

Podríamos alegar que tampoco el último Concilio fué Ecuménico, porque citaron à los protestantes que pertenecen à la religión cristiana, ofreciendo admitirlos en presencia, pero sin voz y sin voto; por cuya causa dejaron de concurrir.

Pero nuestro periódico no tiene el caràcter religioso para discutir esas cuestiones, ni nosotros somos canonistas. Pero sí aduciremos aquellas palabras de San Gregorio Nacianceno, que no debe ser sospechoso para nuestro colega, "Nunca he visto concilio que haya tenido un buen fin, y que no haya aumentado los males en vez de remediarlos. El amor de la disputa y de la ambición reinan màs allá de lo que se puede decir en toda asamblea de obispos."

Basta á nuestro propósito lo escrito para sostener, que el contrato civil no es ni ha sido jamás concubinato.





LA PEREGRINACION.

I.

Pedro el Ermitaño inició la conquista de Tierra santa, y el mundo cristiano creyó tenía el deber de enristrar una lanza, cubrir su pecho con cruz colorada y lanzarse al combate para morir defendiendo la causa de la civilización que inauguró el Mártir del Calvario. La idea del martirio era en aquel tiempo lo que alumbraba el áspero sendero que conduce á la inmortalidad. Millares de soldados invadieron la Palestina, mientras que los ancianos, las mujeres y los niños rogaban á Dios por ellos, esperaban su vuelta ó recibían la noticia de su muerte. Tantos dolores estaban compensados sólo con saber que los guerreros tocaron con sus armas los muros del templo arruinado de Salomón, ó que recibieron abluciones en el Jordán.

Hoy las peregrinaciones pacíficas han sustituido á las guerreras del tiempo de las cruzadas; llegar à la gran Basílica es tanto como postrarse en el templo del Santo Sepulcro; recibir la bendición papal en el Vaticano equivale á estar en el huerto de Getsemaní, pues el Papa es Obispo de Jerusalem: nada es comparable al placer de empuñar el báculo de peregrino, cruzar los mares tempestuosos, recorrer los senderos escarpados, y llegar á los piés del Pontífice para besar la sandalia y recibir su bendición que sólo borra los pecados *veniales*. Este beneficio puede alcanzarlo cualquier pagano sin salir de su hogar si se dá un golpe de pecho, ó con hacer un propósito de enmienda; en verdad que es ligera aquella recompensa para tan pesado sacrificio; pero ese fervoroso

deseo está apuntalado con otra retribución màs mundana cual es la de gozar y admirar escenas imponentes y conmovedoras, recibir impresiones novísimas en un mundo desconocido, admirar las maravillas del arte, de otra civilización, aún de otra naturaleza, podiamos decir.

II

Conocer á León XIII no podría despertar en nosotros ótro sentimiento que el de satisfacer la curiosidad, como si se tratara del Czar de Rusia ó el Gran Turco. Ver al Padre de los fieles circundado de cardenales nos causaría la misma impresión que contemplar al primero en el trineo seguido de sus cosacos, como al segundo en las riberas del Bósforo, rodeado de sus odaliscas: pero aquel espectáculo, aquella divina gracia, es excelsa para el creyente que subordina los goces de ésta y la otra vida á los mandatos de sus pastores; todo lo sacrifica, aun la hospitalidad, la paz de su patria y de la agena, por tener el gusto de entonar un vítor, un grito sedicioso, imprudente y trascendental. Un sacerdote católico es un vasallo pontificio, un esclavo romano, que propende á uncir al yugo papal á cuantos ciudadanos pueda azgar.

Un mexicano diría con propiedad, con justicia y con entusiasmo; "Contemplar el Valle de México desde la cumbre de Chapultepec, escuchar una música de bandolón y ......dormirse luego."—Un viajero: "Vér la bahía de Nàpoles y....después morir."—Un católico ferviente: "Recibir la bendición de su Santidad y después....la gloria eterna."

III

Los musulmanes tienen como un deber sagrado atravesar el gran desierto á pie ó sobre el conspícuo lomo de algún camello, llegar muriendo de sed à la Meca, penetrar descalzos á la gran Mezquita de la ciudad de Medina, adorar un san-carrón y conocer las potrancas descendientes de la yegua del Profeta. Esto tiene mucho de irrisorio y de estravagante para aquellos à quienes no les permite su fe rendir homenajes á los preceptos del Corán; pero como sobre gustos nada hay escrito, también los católicos emprenden romerías, no en cumplimiento de un deber sagrado, sino por satisfacer un deseo que tiene más de caprichoso que de divino. Nada trastorna el cerebro como obedecer á los impulsos de una pasión frenética. Los comuneros de Paris, las petroleras que rendían culto à la deidad pagana de sus feroces instintos, poseídas de un vértigo, contemplaban con satisfacción la sangre que se derramaba y los efectos destructores del incendio.

La pasión religiosa, llevada hasta el delirio, obliga á las beatíficas mujeres, á los siervos de Dios, á encerrarse y llorar, á extenuarse y macerar su cuerpo para salir purificados de los ejercicios cuaresmales; de esa colmena donde se forma el panal dulcísimo que los zánganos han de saborear. ¡Hasta dónde puede conducirnos la pasión religiosa!

Los bonzos ó los santones que dirijen toda peregrinación en los paí-

ses gentílicos, también explotan á los fanáticos de allá. A pesar del respeto que tenemos á todas las creencias y á todas las preocupaciones, lamentamos en nuestro interior la ceguedad de tantos creyentes, que son cuerdos y sensatos en todo, menos en dirijirse á la divinidad, por medio de actos exteriores de ostentación, y á los hombres mediante el envilecimiento que los degrada; forman una masa heterogénea de lo sublime y de lo ridículo.

A J. J. Rousseau todo le pasmaba; á Voltaire todo le causaba risa; y cuando éste. leía las disertaciones del primero sobre la degradación humana, ganas le daban,-decía,-de ponerse en cuatro pies y lanzar al aire un prolongado rebuzno. Así nosotros; cuando leemos las edificantes relaciones de los impresionables peregrinos que lloran delante del Santo Padre; que le extraen el birrete sin su anuencia, para obtener una prenda, una reliquia, una santa memoria de la cabeza más prominente de la gerarquía católica, hemos sentido deseos, no de rebuznar, sino de meternos à rateros en la Capilla Sixtina para robar un girón del papal manteo. A tal punto es contagioso ese entusiasmo que aduna la gratitud con la fe ciega del católico.

IV.

Los peregrinos de Roma tuvieron el contratiempo en la navegación de que fué desalojado de la cabecera de la mesa su Ilmo. Señor Obispo á quien no le corespondía; después lo fué de otro lugar y más tarde de otro, por colocar en esos asientos á unas señoras americanas. Los peregrinos se disgustaron por el mal trato que daban á su ilustrísimo presidente.—Fuera de México, un Obispo, por respetable que sea para su grey, no es más que un hombre respetable como los demás; y añadamos que no es la cabecera de una mesa, en la civilización moderna, *el puesto de honor*; en todas partes, por educación, por galantería, se cede el mejor puesto á la mujer, y el Sr. Obispo es bien educado.

Se refiere en Morelia un rasgo del inolvidable Sr. Portugal, Obispo de aquella Diócesis. Se encontró en la calle con un grupo de señoras; ellas cedieron la banqueta; el Sr. Portugal rehusa este honor; en medio de ella se entabló una lucha de recíprocas consideraciones; las señoras alegaban el caràcter elevado de un Obispo; mas el Sr. Portugal decía con demasiado noble orgullo y sensatez estas palabras: "Antes que Obispo quizo Dios que yo fuera caballero."

Mucho nos complace saber que el Sr. Presidente cedió el puesto sin reclamar consideraciones, hijas de la soberbia y contrarias á la humildad que debe tener un ministro de Jesucristo; pero los peregrinos tuvieron la peregrina idea de reclamar para su presidente, no el *puesto de honor*, sino el lugar del Anfitrión, que es el que corresponde de derecho al capitán; este quiso cederlo y fué una complacencia á tan peregrina incivilidad.

Donde manda capitán, no gobierna marinero.

V.

A imitación de esas peregrinaciones de los mahometanos se regularizaron las de los católicos; á imitación de la de los católicos se ensayan, se forman otras en estos días, en cada ciudad, por la hermandad denominada *Hijas de María.* Tal vez se crea que atraviesan el Océano, que van á Roma, que besan la sandália, que se roban el birrete. Nada de eso: emprenden el camino á pie, vela en mano, corazón contrito, orgullo satisfecho, y van de un templo á otro. Es pasmosa, es edificante esa procesión de vírgenes nécias que ostentan cintas color de cielo y medallas al pecho á guisa de condecoraciones científicas; las guía un ministro graciento y remendado hacia distintos templos, convertidos de pronto en „Roma chiquita„ para recibir las bendiciones de otro padre y dar á besar la punta del pié cual *papa diminuto.*

Tal mogiganga tiene privilegio de invención en México, por un sér á quien agradan los sainetes y que convierte en *suripantas* à las virtuosas hijas de María.

Instaladas en el templo apaga cada cual la bujía, le deja allí como una ovación, suelta el óbolo que es lo principal en las peregrinaciones y se preparan á escuchar un sermón á la Fray Gerundio de Campasas.

No queremos penetrar con nuestro escalpelo al interior del templo, sitio que está vedado explorar á los periodistas que, cual nosotros, son verídicos, celosos y bien intencionados; que hablamos en nombre de la ley; de esa ley que se infringe con descaro: porque la infracción se hace á la luz del día, en la calle que es nuestra zona y está bajo nuestro dominio.

VI.

Al examinar el aprisco; al ver pasar las ovejitas trasquiladas ante las claraboyas de nuestra casa, arreadas por un pastor de guirindola; ¡cómo hemos recordado á un personaje, á un mito que todos conocimos en nuestra infancia! un símil grotesco que forma la caricatura de pastores poco evangélicos, entusiastas, pero tontitos. Ese tipo es el Padre Tequesquite que los titiriteros caracterizan perfectamente en las escenas teatrales que nos divirtieron en la niñez. Bajo las apariencias de un juguete automático; con el prisma de la inocencia, se forman las sátiras punzantes y se esparcen los dardos del ridículo.

„Quien lava la cabeza á un burro prieto,
Además del jabón, perderá el tiempo.„

¡Oh, si tuviéramos en nuestro suelo un Fray Gerundio, un Tirabeque, que dieran capilladas, no recurriríamos á la linterna mágica de un titiritero para pedirle prestadas sus fantásticas figuras y fotografiarlas en la càmara oscura de nuestra redacción; pero à la cabeza de la columna de peregrinas le vimos marchar, entonando un guirigay y sahiriendo á la pesadilla liberal, con el mismo desgaire que el Padre Tequesqui.

e entona con voz de pito, en tono de vísperas, y parándose en la punta de los dedos de los pies, graves jaculatorias

Sólo en la cabeza de Júdas puede caber el formar esas ridículas parodias de peregrinación, que ponen en relieve la nula sensatez de algunos católicos y la blanda condescendencia de las hijitas de María, puesto que se prestan á ser el ludibrio de un desertor del manicomio.

CARNAVAL.

Ninguna Constitución del mundo otorga á los súbditos mayor número de franquicias que la mexicana de 1857; ninguna nación goza de más libertad para mostrar el pensamiento que nuestra amplísima ley de imprenta; aun la Bélgica, cuyas instituciones son liberales, la tiene restringida; las naciones màs cultas apenas permiten que se escape por estrechas claraboyas la luz del sol de la idea para alumbrar al Universo: desde que México es libre absolutamente para dar publicidad al pensamiento, cesó la prensa clandestina de hacer sus monstruosos abortos; fué más prudente y morigerada la espansión del escritor vehemente; cesaron las frecuentes revoluciones á mano armada, y las instituciones echan raíces cada día más profundas y vigorosas. Esa ley dijo: "Hablad cuanto querais y como querais; respetad la moral como una exigencia de la civilización, y la vida privada, por un respeto á la sociedad; al órden público, como un homenaje á las instituciones, como vehículo que conduce á la paz y al sosiego; dad á vuestro pensamiento la forma que os acomode; vestíos de arlequín si así os place para manejar el arpón de la crítica y la diatriba; cubríos con el manto del filósofo y enalteced vuestra causa con las galas del raciocinio; formad mediante el ingenio el retrato ó la caricatura; sed reposado ó vehemente, burlón ó sarcástico, profundo ó superficial, grave ó festivo, alegre ó taciturno; que vuestro escalpelo penetre hasta la médula del pobre ciudadano; censurad los actos del encumbrado *funcionario;* sólo una restricción pongo como una garantía, y es que *firmeis vuestros escritos.*" Jamás ley alguna fué màs amplia en ningún pueblo de la tierra; de ella se abusa algunas veces, es verdad, pero ¿de qué no puede abusarse en este mundo cuando ciega la pasión y se busca el triunfo de un interés noble ó bastardo? buena, muy buena es esa libertad que la ley concede para dar vuelo gigantesco á las producciones del génio, tan extensa como el espacio, tan luminosa como el sol; prohibir el antifaz con que cobardes escritores pueden herir á mansalva al ciudadano ó á la autoridad, cual bandolero en la encrucijada, es obligar al escritor á que sea leal, franco y justo en sus apreciaciones; si es un enemigo, si es un aliado, que lo sea à cara descubierta, pues no sería vergonzosa su conducta sino rastrera; si es adversario ó de oposición, la guerra debe hacerse noble y sin embozo, frente á frente y cara á cara, como el hidalgo cuyas armas y armadura es del mismo temple que la de su contrario; si el escritor a-

busa del don excelso de su inteligencia, sus conciudadanos, el Universo entero, sabrá mostrarle su reprobacion, estigmatizar su conducta, y poner coto á sus desmanes, porque el escritor tiene el deber de respetarse á sí mismo, respetando á la sociedad en que vive; y esta previsión de la ley es fructuosa, es abundante en buenos resultados; mientras que el anónimo es una arma inícua y artera, propia del bajo talento y de la audaz canalla; donde quiera que una firma auténtica llena un escrito, se vé resplandecer la justicia, ó si es errónea se trasparenta la buena fe y se percibe el fondo de la profunda convicción, á no ser que el vértigo de la ceguedad ofusque el raciocinio.

Si la ley es justa y benigna, reposada y filosófica, hónrenla los hombres como una preciosa adquisición; cuídenla las autoridades como una alhaja de un valor inapreciable, como el remedio màs eficaz para curar los males del espíritu. Desgraciadamente se vá debilitando cada día la costumbre de firmar las producciones, y se pone un nombre supuesto ó se busca como responsable un *quidam* degradado ó imbecil: la autoridad, que es el guardian de la ley, si se disimula, constitúyese en cómplice de cobardes infractores: si es buena la institución, si es benigna la ley, muéstrese rígida é inexorable la autoridad no permitiendo ni *autor responsable*, ni nombres supuestos; tampoco al anónimo ni al engaño, siempre rastreros, siempre pusilánimes; nada es más inícuo que herir en la oscuridad; nada màs innoble que la asechanza, el misterio y las tinieblas para lanzar las flechas de la censura; la verdad se hace lugar en todas partes; ella resplandece por sí sola; el escritor noble, aunque sea vehemente y apasionado, no debe avergonzarse de sus escritos; posee como un escudo la ley; como armas, su valor civil; puede decir entonces como los gladiadores de la Edad media: "Me asisten por defender mi causa, Dios, mi brazo y mi derecho." Que la autoridad se encierre en un capelo diàfano, del màs puro cristal; sus actos sean vistos sin equivocación, juzgados sin prevenciones y con imparcialidad; entonces, y sólo entonces veremos más decencia y caballerosidad en el periodismo; los escritos de letrina son indignos de la sociedad civilizada; el gobierno no debe ser tolerante ni ser cómplice de los escritores de albañal que niegan sus hijos por deformes y monstruosos, como avergonzados de su debilidad. Oblíguese al escritor á respetar la ley, y de consiguiente à que sea buen ciudadano; que respete à la sociedad y que sea caballero.

Después de la jàcara en un baile de màscaras, pasados los momentos del delirio, se pone à descubierto el hombre; derríbase el altar que se ha elevado á la hipocresía. Abajo, pues, las *caretas;* pasó ya el carnaval.

Un tiro á quema ropa

Entre relàmpagos y truenos, ocasionando terremotos, alumbrando nuestros horizontes las erupciones volcánicas; conmoviendo la Naturaraleza, y agazapándose los progresistas, aparece un nuevo „Soldado de la fe,„ y nos anuncia, al entonar por primera vez el canto llano de la Iglesia, que se ha metamorfoseado; es un jóven que militaba en las filas de los ultra-republicanos, y que hoy abraza el partido del retroceso con entusiasmo y con fe muy ardorosa.

Sea para bién y que Dios lo bendiga en su nuevo estado.

Nosotros lamentamos tan sensible pérdida porque no encòntraremos suficientes pañuelos para enjugar nuestras lágrimas y limpiar nuestras narices. Pediremos á Dios un pedazo de resignación para soportar nuestra soledad, y un rasgo de paciencia para sufrir los bochornos por sobre los qué nos quiere hacer cruzar el soldado más aguerrido que se ha pasado á nuestros contrarios. La historia y la tradición nos dice, y no hay que olvidarlo en estos tiempos de apostasía, de cisma y de liviandades, que una urraca, tan sólo una urraca, débil é impotente, pero contagiada, fué quien llevó la peste á Italia.

La filosofía vendrá en nuestro auxilio; ella nos consolará, y suspirando cual novios calabaceados, curarános las palpitaciones de nuestro corazón y nuestras ansias é insomnios el profundo pensamiento de un gran poeta: „que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?„

¿Con que usted, jóven de la V.... estuvo mucho tiempo deshonrando á su familia por escupir en rueda con liberales y masones? „ ¿con que usted ha conocido sus errores y vuelve sobre sus pasos? Pues señor, lo sentimos en el alma; jamás dejaremos de llorar esa funestísima deserción; ¿cómo no lamentar que un jóven de los talentos de usted, nutrido con las doctrinas de los publicistas modernos, y hoy con las prescripciones del *Syllabus;* de usted, que era el faro de nuestra entusiasta juventud, se nos eclipse, y eso cuando más claridad nos enviaba?

Hoy se oculta usted á nuestra vista ¡oh brillantísimo planeta! y nosotros míseros satélites, vagaremos en el espacio sin luz ni guía, sin centro de atracción, como errantes asteroides, á ser absorvidos por cualquier sol.

Pero lo que más tememos es que se nos flajele sin piedad; que se pongan en claro nuestras poridades y se nos levante el faldón de la casaca para que la clerecía y las beatas de rosario y cucurucho vean nuestros remendados pantalones.

¡Cuán cierto es que apagándose el faro toda la vahía se convierte en arrecifes!

Hay arpas que cambian el sonido de sus cuerdas cuando soplan brisas contrarias.

Crealo usted, jóven de la V.... su espírutu fué débil como el de un

convaleciente de tifo. Nosotros sabemos que no se deshonra á una familia por tener tales ó cuales ideas políticas, pues al hombre no lo ensucia el polvo sino el fango; lo que nos deshonra y mucho son nuestros vicios y la carencia de virtudes; también las maromas y las contorciones de los arlequines torpes y las de los juglares de voluntad flexible; pero no se agazape usted, que usted no es nada de esto, sino sólo un hombre inexperto y cándido que tragó el anzuelo de las sacristías, deseando bienestar, como el perro de Rabelais, que buscaba un hueso que roer y que tuviera un pedacito de carne nada más; hoy lo trasportan á otro golfo à donde pueda usted vadear y servir de pasto á los tiburones.

Afile usted sus tijeras y las uñas, que nosotros, para librarnos del efecto de sus proyectiles, haremos de nuestra resignación un baluarte, y llorosos y adoloridos para resistir la tormenta que usted quiera sucitarnos buscaremos un paraguas y un rincón. Usted, como Vulcano en los infiernos, dará el martillazo; y nosotros, como cíclopes, daremos el grito.

Al poner usted en movimiento su carro triunfal, oiremos su rechinar y oirà usted también el nuestro que lo ocasionarán nuestros lamentos.

¡Cómo estarán de alegres los Curitas y los acólitos cerrándose recíprocamente un ojo! contendràn la carcajada para no lanzarla en sus bigotes; ahogarán á usted entre sus brazos y lo llenarán de besos. ¡Oh santos varones! cubrid con el bonete y ungid con el aceite de la lámpara á vuestro neófito; humildes levitas, siervos de Jehová, hijos de Israel, recibid con palmas al que también se perdió entre doctores y ahora lo vamos encontrando en el templo. ¡Oh santa madre Iglesia! acaricia á tu Benjamín, que ya no estareis desolada sin quien escuche vuestros lamentos; ese jóven va á ser vuestro insigne campeón, ese adalid que convierte su pluma en banderilla, el cural manteo en capa de torero, y al pueblo liberal en toro embolado.

Ya tiene el clero lo que le hacía falta; un adalid de casco, de coraza y tizona màs luciente que la de Santa Catarina.

¡Ay jóven el más veguero de nuestras vegas! ¿porqué se ha ido usted de nuestro círculo cuando cantábamos himnos á la libertad? Ahora sólo escuchamos la voz de usted que nos entona un *Kyrie*; ¿serà esto un silbato ó será un salmo religioso?

Al oir su voz que se escapa por la linternilla de una torre, cesa nuestro canto y nó nos atrevemos á anunciar la alborada, así como el acento del buho contiene el canto de los gallos.

Nos consuela saber que no hay araña que llegue hasta el cielo subiendo por una pared tersa y limpia, y que al analizar el esqueleto de un ratón se ha descubierto el galvanismo.

La Iglesia cuenta entre sus catecúmenos á un bebé locuaz que es un portento, una adquisición magnífica para el porvenir. No le desconfieis, sacerdotes de Roma, que de los arrepentidos se sirve Dios y de los tránsfugas el diablo. Nosotros, en tono de vísperas, os cantaremos este salmo, sacado de los provervios de un nuevo Salomón: "No compres caballo cojo creyendo que sanará; pues si los buenos encojan, de los cojos ¿qué será?"

Tipos Sociales.

LAS NIÑAS ARMENGOL.

Generalmente se cree que la amistad contraida en la infancia es la màs duradera, porque en el alma deja gratísimos recuerdos. La experiencia nos revela que esta regla no carece de excepciones.

Yo he visto con veneración á las contemporáneas de mi abuela, á las meninas de mi madre, y, con entrañable amor á los condiscípulos, á los compañeros que se unían á mí en los juegos infantiles.

Lancé un suspiro al pasar ante una puerta; era la de la casa en que habitan dos ancianas que son parientas mías; que mecieron mi cuna y que batallaron conmigo en la edad dichosa de las travesuras. Doy tres golpes á la puerta, se abre y me precipito en el regazo de tan estimables señoras.

El amor, el parentesco, el respeto, los recuerdos de la niñez, se agolpan á mi memoria, ante el aspecto venerable de dos séres que me prodigaron sus caricias

—Querubín, hijo mío—dijo una de mis tías—¿qué milagro es este? han transcurrido muchos años sin que te acuerdes de nosotras.

Esta señora era doña Catarina Armengol, que rayaba en los sesenta inviernos: me estrechaba en sus brazos con amor muy entrañable.

—¡Mis buenas tías! ¡innolvidables compañeras de mis antepasados!

Y las constreñía entre los míos. Impulsado por las efusiones de un corazón sensible, correspondí con agradecimiento á doña Cata y á doña Agatoncita, á esos dos séres que, unidos entre sí, no se separan jamàs.

La señora doña Agatoncita exclamaba con ironía.

—Desde que lo vemos, como al cocodril, en el altar de la patria, y es su amigo el Gobernador, y se pasea con él de bracelete, y escupe en rueda con los supiritantes de la alta categoría, y se sienta en mesa de manteles largos, ya no se acuerda de nosotras.

—¡Cómo he de olvidarlas! si ustedes son carne de mi carne y hueso de mis huesos, las consentidas de mamà. ¡Vaya, si no me acordaré de usted, doña Agatoncita de mi alma! era yo muy niño cuando usted me vestía de àngel.

—Y de rey don Jayme.

—Y de Pedro Armengol nuestro pariente, para que salieras en el carro adornado, en las fiestas de Nuestra Señora de la Merced.

—Y me daban *ustedes* una cuartilla para golosinas, y yo llevaba como insignia regia una corona de oropel: y *ustedes* iban en la procesión vestidas de padras mercenarias, con hàbito blanco, escapulario y escudito.

—¡Qué tiempos aquellos! la religión estaba en toda su grandeza—decía doña Catana exhalando un suspiro.

—Recuerdo que *ustedes* me vistieron de frailito azul, como S. Antonio de Padua, para que yo les ayudara á pagar una manda.

—Y rezabas la letanía de todos los santos y la novena de la fiesta.

—Recuerdo que al volver de la Iglesia vestido de frailito, los muchachos callejeros soltaron un bellaco borrego topador que arremetió á frentazos contra mi Reverencia.

—Y te obligó á encaramarte en las rejas de una ventana-decía riendo mi interlocutora.

—Allí largué á la voracidad de los muchachos los dulces, aquellos dulces que usted me regaló porque me dejara abrir cerquillo frailuno.

—Ahora sería bueno abrírselo, Agatoncita; ahora que se ha metido en barajo con los impíos.

Este era ya un tiro con puntería.

—¡Carambola!-exclamé yo pegando un salto de mi asiento;-las costumbres han cambiado; yo no admito, ni la sociedad tampoco, esas farsas dignas de un carnaval, en que lo hacían á uno pasar por el ridículo, vistiéndolo de frailito.

—Ahora te vestiremos de Asmodeo, de Judas Iscáriote.

Ya el enemigo se presenta.

—Hijito, ¿por qué has renegado de la leche con que te criaste?

—¡Imposible! ¡nunca! ¡jamás!....—exclamé yo con entusiasmo.

—Dice bién el Padre Chupamirto, el que trae escondida la alcancía.

—Y qué dice el Padre que esconde la alcancía y por qué la esconde?

—El que de santo resbala hasta demonio no pára.

Primer tiroteo; ya asoman las avanzadas.

—Para qué recordar aquellos tiempos que ya no volverán—dije exhalando un suspiro.

—¿Qué no volverán? que sí volverán, porque no se arranca con facilidad á los pueblos su religión y sus costumbres: ¡qué talento tienen los liberales! ni más ni menos como el del que quizo azar la manteca ¿estamos?—dijo doña Catana pescando al vuelo la frase.

Yo quería desviar la conversación de aquel sendero á donde la llevaban mis venerables tías, que era el de la político-manía, por ser precisamente un escollo para nuestra intimidad.

En estos tiempos de revolución reformista hasta las mujeres son diplomáticas. Estas santas señoras, conducidas por el torrente desbastador de las pasiones políticas, se adherían á las supersticiones religiosas de tal manera que las defienden con calor, con entusiasmo y con fe; á veces tocan el frenesí; serían capaces de sufrir el martirio por hacer

triunfar una estravagancia que elevan á dogma, y por esto son intolerantes.

¿Quién no conoce en nuestra sociedad algunos tipos estrafalarios y supersticiosos, modelos acabados de perfecciones anti-cristianas? ¿quién no conoce en esta bendita tierra à las dos niñas Armengol, doncellas setentonas, que no han servido ni á Dios ni al diablo, y á quienes la patria no merece un suspiro ni la humanidad un beneficio? Como estas señoritas hay otras muchas que, enfuñadas en su religión, imbuidas en el fanatismo, constituyéndose fundadoras de una teogonía cuasi pagana, forman á su modo un dios iracundo y vengativo, en vez de Misericordioso y Justiciero; le conceden, como representante postizo del verdadero Dios, atributos mundanales y lo revisten del barro deleznable de la humanidad.

Las innovaciones sublevan los ánimos, hieren el sentimiento religioso por corregir los abusos, cuando las ideas del siglo invaden á México; la sociedad obcecada se alarma si el reformador combate las preocupaciones. A los sacerdotes y sacerdotizas de un culto que forjara ante sus ojos una imaginación caprichosa y calenturienta, les levantan altares, y éstos en cambio atizan el fuego sagrado para alucinar á los nuevos adoradores del becerro de oro.

Doña Agatoncita, la más locuaz, me salía siempre al encueutro para lanzarme una diatriva, un tiro á quemaropa, un sarcasmo contundente, que penetraba en mí como harpón ballenesco y lo acompañaba con una risita de cancerbero, dejando ver en el antro oscuro de su boca cuatro clavijas movientes, y me endilgaba pupilas encontradas que, una se dirigía al Septentrión y la otra hacía Levante. ¡Ay! con qué amor, con qué respeto recibía yo sus consejos; con qué prudencia contestaba sus argumentos por no herir en ellas el sentimiento religioso, creyendo que su razón daría lugar, no ya á la prudencia, sino á todo aquello que se presenta al entendimiento más obtuso, esto es, á la tolerancia de todas las opiniones.

Aquellas pobres ancianas no tuvieron más instructor que un predicador á la Campasas, ni más libro que el Lavalle y una colección de estravagantes novenas.

Para hablar aproveché un momento de silencío à que daba tregua el hidrófobo entusiasmo de que estaban poseidas mis amables interlocutoras; se electrizaban con sus propias palabras; me tenían prendido con las uñas como al ratón el malévolo gato; me asfixiaban con sus caricias poco amables, y acompañaban sus palabras co n retórica especial, yo anhelaba un blindaje, una coraza de puerco-espín, un paraguas que me pusiera á cubierto de su bocal regadera.

Se anuncia la tempestad, Yo percibí los relámpagos y los truenos de una cólera comprimida; aquello era una caldera en ebullición que carecía de bálbula de seguridad, que hervía, que bufaba, que iba á estallar si el vapor buscaba concentración en atmósfera más elevada.

¡Dios mio! ¿á dónde me conduciràn las circunstancias?

—Nuestro sobrino,—decía doña Agatoncita— pone toda su atención

en la política. Está muy engreido con su Presidente de la República; pero éste tiene que caer como cayó su Coliflor.

—Comonfort, señora,—dije yo algo amostazado—vea usted con respeto á quien ejerció el mando supremo de su patria.

—Sí, lo llamaremos sacarreal majestá, Alteza serenísima—exclamaba doña Catana acentuando sus palabras para convertirlas en ironía, en flechas envenenadas.

En vano intentaría yo persuadir à estas señoras, por calmar su agitación, de que la reforma en nuestra patria es una exigencia de nuestro siglo novador; incrustada en ellas la intolerancia, era inútil la discusión que degenera fácilmente en reyerta à que su monomanía me provocaba, àun cuando yo intentara ilustrar su entendimiento con un destello de luz de esa misma religión que ellas profesan.

Adonde yo intentaba llevar la conversaciòn allí encontraba un estorbo y ellas la encaminaban á la política.

—Parece que hace frío—dije con calma muy estudiada, restregando las manos y dando á mis palabras un énfasis peculiar, como si mi sangre se congelara.

—Nosotras sentimos calor; estas cosas nos hacen hervir la sangre; es un infierno en el que habitàmos.

—Así vivimos hace dos años;—tornó á decir doña Agatoncita—se nos derrama la bilis, y por eso pedimos á Dios resignación y un rasguito de su bondad para sufrir con paciencia las flaquezas de estos impíos.

—¿Qué noticia me dan *ustedes* de Filiberta? mucho tiempo hace que no la veo.

—Cayendo y levantando,—me contestó Catana, colocando un paréntesis á sus admoniciones.—Uno de sus hijos ha sentado plaza de oficialito, y anda por esos mundos defendiendo la buena causa.

—Anda con los liberales?

—¿No te digo que es defensor de la buena causa?

—Pues la buena causa es la mía.

—Los liberales se roban todo lo bueno—replicó doña Catana, queriendo encarrilar la conversación en otra vía.

El fanatismo político, así como el religioso, embotan los nobles sentimientos. Nuestras heroinas hacen de nuestra religión la base del despotismo más atroz. Estas señoritas son las Vestales de un templo que erigen en su hogar, y forman una religión especial en que viven y en que mueren. Son Pontífices y sacerdotizas á la vez. Las preocupaciones, la ceguedad incurable, forman una conciencia artificial que admite lo estrafalario, lo maravilloso, para tributarle un culto: rezan y lloran con pasión frenética, à la manera que en las bacanales resuenan constantemente las palabras tabernarias y las risotadas de la orgía. Acostumbradas á ver en el reformador un tirano, no ven que esos hombres son designados por la Providencia para regenerar à la patria con su audacia, con su cultura, y con sus facultades intelectuales; que Dios extiende su mano cada vez que una sociedad envejece, y manda para rejuvenecerla un cataclismo, un sacudimiento formidable que, así como un terremoto despierta á los pueblos, los impele hacia el progreso y à una nueva civili-

zación; que hace, en fin, que el mundo animado siga su marcha por otras regiones, conquistando nuevos ideales y señalando días de gloria y de bienestar á la humanidad.

Estas observaciones, dirigidas á inteligencias obcecadas, serían inútiles, lo mismo que tomar por lo serio tales extravagancias en séres que son víctimas del delirio: lo razonable es tolerar sus pueriles devaneos y esperar á que el tiempo cure esa enfermedad de su espíritu que las encamina al sacrificio; que caiga por sí sola esa venda fatal que llevan ante su vista, como llevan tapa-ojos los caballos de los picadores de toros que conducen al matadero.

Doña Catana á cada momento me insinuaba sus palabras con un tirón de mi chupa, con un repulgo muy zalamero en mi epidermis.

—Hemos visto caer los tronos y los reyes, y no habíamos de ver caer al indio de mis pecados.

—Ustedes se exaltan y yo no quiero contrarialas; las cuestiones de política son enojosas, arduas, delicadas: hasta los hombres más sabios se han equivocado alguna vez.

—Si, pero les ha costado el pescuezo.

—Y los de aquí se siguen equivocando.

—Y metiéndose en lo que no les importa.–decía doña Catana poniendo las manos engarruñadas delante de mis ojos.

—Dígalo sinó la tumbada de los conventos.

—Y la echada de las monjas.

—Y de los religiosos, que son los dioses de la tierra.

—Y la tolerancia de cultos.

—Y el amaciato civil.

—Y el Viático que anda sin campanilla.

Aquí doña Agatoncita sufría un vértigo y su semblante una transformación: la enagenaba el eco de su propia voz, y sus ojos giraban en sus órbitas con extraño movimiento: aquellos no eran ojos sino dardos basilísticos; aquellas no eran manos sino tarántulas en pánica tremolina.

—Ustedes no entienden estas cosas; juzgan y fallan sin conocimiento de causa.

—¿Y la tumbada de los templos, no la conocemos?

—¿Y el destierro de los Obispos?

—Y la prisión del Padre Laberinto, no la conocemos.?

—Algo haría por lo que lo metieron à la cárcel; no sería porque estaba rezando el rosario.—Exclamé tocando la fibra más delicada, al sentir que la sangre se me subía á la cabeza: ¡ay! yo también sentía los impulsos de la cólera, y que se apoderaba de mí, poco á poco, la frenético-manía, la irresistible tendencia al altercado político.

—¿Qué había de hacer el pobrecito Padre? defender á la santa Madre Iglesia de los ataques de los impíos.

—Ola; Ola!

—Y usar sus hábitos en la calle.

—¡Pues es nada! un desacato, una infracción de ley.

—Si lo tengo dicho,—decía doña Agatoncita hechando chispas por los ojos-ustedes les quitarán sus hábitos porque tienen el palo y el man-

do, pero oyen mi boca; que se sepan lo que son las Armengoles.

—Ya nos conoces; somos muy claridosas.

—Ustedes tan religiosas, tan buenas cristianas.

— La religión no es tapadera, compadrito.

—La caridad, el amor al prójimo.

—Los liberales no son prójimos sino herejes, y tu sacas el estandarte en el clus.

—No elven ustedes tanto la voz que puede venir la policía, y......

—¡Huy! ¡que nos asusta!

—Acaso venga un gendarme y nos haga caminar á todos para la cartulina.

—Esos demonios asustan nomás à los bobos.

—Los correremos con agua bendita.

—¡Por San Juan Anteportam! encuentro à ustedes muy cambiadas en sus costumbres ¿qué hicieron ustedes de aquella moderación tan decantada?

—Ustedes tienen la culpa; quieren arrancarnos nuestra religión, descatolizar á México-decía doña Catana hechando espumarajos por la boca como botella de cerveza que se derrama.

—Antes habrá un cataclismo; no quedarà piedra en todo este reino.

—¿Qué es lo que quiere usted hacer conmigo, doña Catana? !usted me ahoga!

—Quién te manda ser liberal.

—Doña Agatoncita de todos mis afectos, suélteme usted, que para deliberar no se necesita esa retórica.

—Hoy saco ànima del Purgatorio desmelenando á un liberal.

—Por Dios! ¡Gendarmeeee!-dije y sugetando aquellas manos que me señían por el cogote como la tenaza de Vulcano, mientras que otras manos me tenían asegurado por el copete.

Y las dos furibundas doncellas se habían apoderado de mí, á título de sucesoras de la autoridad materna, con febril entusiasmo.

—¡Un agente de policía!-volví á gritar en demanda de auxilio; con quejas muy lastimeras, esclamé:-¡ay Dios! ¡ay Dios!

—¡Ahora sí! ¡recio con él! ¡que ya confiesa que hay Dios.

—¡Una bomba!

—Que les reviente en sus cluces à los impíos....

—¡Un toro puntal!

—Que los cuerne y los destripe.

—¡Una serpiente de cascabel!

—Que los muerda y se les enrosque....

—Así deciamos cuando la patrulla se llevó al Padre Laberinto.

—¡A dónde he venido á dar! ¡À la casa de las locas!

Y poniendo en juego una fuerza hercúlea, haciendo de tripas corazón me desprendí de las dos niñas Amengol, dejando entre sus garras mi cuello postizo y mis puños de celuloide que eran todo el componente de mi elegancia. Batí en el aire el puño de mi bastón como la clava de Hércules, y de un brinco me puse en la cuarta grada de la escalera.

—¡Alto ahi, ó cometo un viejicidio! en el cuarto grado no hay paren.

tesco; no guardaré consideraciones al sexo ni à la edad.

Yo salí de allí como rata por tirante, pisando en lanas, exclamando con toda la fuerza de mis pulmones: Legisladores! Legisladores! vosotros castigais en el escritor hasta la intención de ofender; vosotros dais leyes con gambito contra la calumnia y la difamación; vosotros espetais leyes severísimas contra el impudor y la sevicia, y no quereis castigar á las brujas que nos asfixian, nos asedian, nos trituran, atenidas á la impunidad, à que dirigieron nuestros primeros pasos en la niñez. No pedimos á Dios ni à los hombres su justicia; no su espada flamígera al Querubín que guarda el Paraíso; sino á Job un rasguito de esa paciencia que lo santificó en el estercolero, para cuando las arpías nos cojan con sus garras: y si esto no es suficiente, que Dios mande contra ellas un terno de gavilanes, un perro de presa, un par de águilas devoradoras, un ángel exterminador que las lance á despoblado.

Atravesé aquellos callejones como perro en barrio ajeno, tan satisfecho como escarmentado, sentando el gran principio de que las amistades añejas que se perdieron, mal pueden reanudarse Lo dice el adagio; "no es bueno el chocolate recalentado ni la amistad reconciliada."

La visión de Fray Junípero.

I.

Cuentan las crónicas, no sabemos si la historia ó la tradición, que Alejandro, el grande Alejandro, tenía un perro feroz, tenaz, apegado á su amo, pero desobediente á sus mandatos; este lo acompañaba á los combates y lo defendía de sus enemigos. Creíase que el furibundo animal era encartado de pantera.—Esto es verosímil cuando sabemos que los griegos, romanos y egipcios tenían en sus palacios tigres y leones domesticados que, atándolos al carro triunfal, ostentaban en los paseos el gran poder de la humana inteligencia. Olvidó hecer la seña convenida á su fiel aliado; este se avalanzó á un enorme elefante y se le cuelga de una oreja. La indignación del Gran Capitán fué extremada porque no obedecía su voz, ni dejaba su presa à pesar de los golpes y de los furibundos desaires. Se le mandó cortar una pata, y el furioso animal permaneció asido á la oreja; se le mandó cortar la otra; y el perro no dió señales de dolor, y sufrió el castigo. Se ordenó cortar una mano y despues la otra. Ni por esas soltó la oreja al elefante.

Se pegaron diez guerreros al rabo para probar si con la fuerza eran más eficacés los tirones. La tenacidad del perro de presa no fué sensible á la violencia sobrehumana de los hércules.

Alejandro mandó que lo descuartizaran, que le extrajeran las entrañas, que le cauterizaran las carnes. El cuadrúpedo sufrió cada una de estas torturas sin abandonar un momento su presa.

Al fin, despedazado su cuerpo y separado en fracciones, sin fuerzas vitales, sin la contracción de las fibras nervinas, llegó á creerse que no habría medio de que la cabeza sóla se obstinara en agarrarse para chupar la sangre del elefante. Todo fué en vano; vino el martirio, llego la muerte y la cabeza del perro quedó allí para dar grandes é inefables pruebas de pertinacia.

II.

Este relato lo había leido Fray Junípero en alguna parte. Cuando vino sobre su Reverencia el dulce sueño, no se separaba de la fantasía el ferosísimo animal: soñaba con él; se multiplicaban en el cerebro tan horrendas figuras; ya no era un elefante; ya no un solo perro; era una jauría que atacaba á una matrona respetable, cuya túnica estaba despedazada, y el manto hecho girones; el seno lo tenía desnudo, suelta la cabellera, los ojos llenos de lágrimas. Es que los pintores así bosquejan á la patria, á ese mito sublime á quien todo sér viviente tributa adoraciones.

Los rabiosos canes estaban colgados de piernas y brazos hasta de su hermoso seno: se hacían caer à pedazos las patas, manos, rabos, cuartos......sólo las cabezas estaban pegadas, despedazando las carnes, chupando la leche, es decir, la sangre.

Horrorizado dió un grito Fray Junípero. Invocaba los manes de Alejandro; le suplicaba rendido que matara su jauría para que no llegara á las orejas del elefante,ó bien sea, á los pechos de la madre patria.

III.

El sueño siguió engendrando nuevas imágenes. Era un hermoso jardín donde multitud de flores embalsamaban el ambiente y recreaban la vista. La *sensitiva* pudorosa escondía su corola y cerraba sus pétalos al sentir el magnetismo de las miradas de los hombres; al recibir el calor animal que los curiosos le trasmitían. Allí estaba personificada la modestia, el pudor, la sensibilidad; en una palabra, las virtudes morales, las cualidades físicas, que los hombres deben poseer cuando están en sociedad.

La rosa, el jazmin, el lirio, simbolizan allí, en el mudo lenguaje de las flores, que en aquel sitio floricultoriza la hermosura femenil en la simpática rosa; y la sabiduría masculina y la prudencia en el jazmin; el valor en el lirio solitario.

El zempoalxóchil ó sea *togetes erecta*, con su dorado color amarillento

subido y olor fastidioso, representaba á los parásitos del erario, á los que medran con los caudales públicos; símil perfecto de „la prensa ensuciada ó insaciada,„ á su lado germina tambien „*el mal de ojo*„ *zinnia elegans* , como si quisiera advertir que una y otra planta son maléficas, y que debe huirse de su contacto.

Del árbol del Pirul (chinus mulle) es tradición vulgar que su sombra es mala, y que los gobernantes, ministros, sacerdotes de todos cultos, jueces y magistrados, deben de precaverse de descansar en su tronco.

Más allà se veían otras hermosas flores llamadas *eleotropos* cuya naturaleza es seguir la carrera del astro rey desde que aparece en el Oriente, y no abandonarlo sino poco antes de llegar á su ocaso, volviéndole la espalda para esperar el nuevo sol que debe aparecer. Estas flores obedecen á su instinto pues se animan con las auras que las nutre, con el rocío que las refresca, y con los rayos del sol que las vivifica. Asi conocemos algunos políticos, que sin ideas, sin afecciones á una causa, vuelven su cara hàcia otro astro y se convierten en satélites.

VI.

Fray Junípero, aunque alertagado por el sueño, pide á Dios que le ponga á cubierto de esas plantas maléficas. Su imaginación cambia de objetos. El sueño contiuúa brindándole pesadillas.

Aparece á sus ojos una colmena. ¿Qué pueden hablar á su razón unas abejas inocentes, laboriosas é inofensivas, que consagradas al trabajo viven en la soledad, visitan las florestas, y recorriendo el espacio no osan tocar la tierra llena de cieno? El soñador dá tornillo á su inteligencia y puede comprender que la colmena forma panal; que el panal es la pura miel; que la miel la extraen de los nectarios las abejas; que las abejas trabajan para que su fruto se lo coman otros. *¡Oh! Vos non vovis.* ¿Nó sucede lo mismo con los partidos? unos forman las instituciones, y otros saborean sus frutos. En el mundo esto acontece; unos son los hombres que siembran la idea, los que combaten por ella, y otros los que se aprovechan.

„Dios premia al bueno, pero el malo
Le quita el premio, y le pega un palo.„

Cerca de la colmena està un florido granado; en la cima de éste se vè una granada abierta, Imágen perfecta del liberalismo recto y justo, que ensancha sus benéficas leyes para no oprímir el grano, es decir, á sus compatriotas, á la humanidad que es su hermana, salida del seno de la Libertad.

SERMON

Que el muy Reverendo Padre Fray Robustiano de las llagas del Divino Redentor, religioso observante, de la sociedad de propaganda democrática, predicó ante un concurso numeroso, en el Templo del Buen Sentido.

Si he hablado neciamente,
es porque vosotros me habeis
obligado. San Pablo.

¡Hermanos queridísimos! Carísimos oyentes del alma mía. Venid á oír la verdad santa; escuchad mis palabras y grabadlas eternamente en vuestra memoria: ellas os señalarán los caminos del bien y del mal, á fin de que sigais el que más agrade á vuestra conciencia. Léjos de mí está la idea de extraviaros, no ménos que la de halagar vuestras pasiones; por que yo estoy persuadido de que sois muy *buenas hojas*, como dice el vulgo; es decir, que sois como las espadas de Toledo, que ni se pandean, ni se quiebran jamás. Yo no grabaré en vuestras almas sensibles signos que reprueba la moral, ni nociones contrarias á los preceptos que Dios sancionara en el Sinaí. Nó, hermanos míos; yo no querría salir de aquí como Gobernador que se alza con el santo y la límosna, como el perrito que se comió el jamón. Y tú, divinidad augusta que habitas el Olimpo, presidiendo desde allí nuestros destinos; sublime RAZON, ilumína nuestros espíritus; dá à mi voz inflexiones suaves como los cantos de la alondra, no como el graznido de las aves de rapiña, ó lo que es lo mismo, como el ríspido acento del administrador de contribuciones que hace uso de la facultad económico-coactiva; infunde valor á mis palabras, y que ellas muevan el corazón de mis oyentes. Henchidos de gozo, rebozando alegría, como si ya viéramos á don Pepe sumido en el olvido; elevando hasta tu trono nuestras alabanzas, como las que mandan en coro al Gobernador del Estado los que temen perder sus destinitos; nuestros ruegos á tí, RAZON querida, llegan como à las nubes los cuchicheos de las beatas y los gemidos de la sociedad católica, viendo que se le escapa su *poder*.

¡RAZON sublime! Con la ciega fe del corazón; con el júbilo de los sentidos; con las efusiones del alma, los que van á oir, te saludan; los que van á decir, te bendicen.—Ave María.

Los atenienses, venerable auditorio, auditorio respetable, elevaron un altar al *Dios no conocido.* San Pablo les decía: "Os hablo á nombre de ese Dios que amais sin conocer." Así entre nosotros, hermanos míos, al levantarse esa pléyade de oradores en cada templo que sin conocer la RAZÒN ni el *buén sentido,* le tributan homenajes; predicadores á la Fray Gerundio de Campazas, que convierten la càtedra evangélica en instrumento de odios; que llevan allí sus rencores, en vez de la verdad santa y la mansedumbre del ciudadano Jesús de Nazareth; á ellos puedo decir lo que el Apóstol á los Atenienses.... "os hablo á nombre de esa deidad, de ese Dios que amais sin conocer." Volved la vista hácia atrás, hermanos mios; fijad la vista en Jesucristo y en los doce discípulos que fueron los propagadores de su doctrina. ¡Oh poder de la *impotencia*! Si Jesucristo en vez de doce pescadores ignorantes y pusilánimes hubiera elegido á doce indios de raza pura, morrocotudos y tesoneros como D. Benito Juarez, no lo habrían trinado los pícaros judíos, y todavía les estarían dando guerra; ellos llevaron consigo la luz del Evangelio, la paz, la mansedumbre, la resignación, la humildad, la abnegación del sacrificio. Combatían los errores, pero empleaban la dulzura y la persuasión para atraer al buen camino al pueblo idólatra; y aun Jesucristo mismo dirijió á Magdalena estas frases que santificaron con el amor y el arrepentimiento una vida licenciosa: "Te perdono, mujer, porque has amado mucho" (Toses y estornudos del auditorio; muestras de alegría en las mujeres que tienen novio).

Percibo entre vosotros, hermanos míos, un movimiento simultáneo, recíprocas sonrisas, y que unos á otros os cerrais el ojo; y entre vosotras. palomas sin hiel, cierto cuchicheo zumbón que os asemeja á un enjambre de abejas cuando el zàngano las alborota. Aplacaos, carísimos oyentes, y escuchadme con atención.

Personas piadosísimas he conocido, de fe ortodoxa, de moral muy severa, que han pretendido enmendar la plana al Divino Maestro; adulteran el sagrado texto, diciendo que Jesús le dijo á la hermosa mujer del pueblo de Magdala estas palabras: "Te perdono, mujer, porque *me* has amado mucho." (Nueva agitación en el auditorio; toses y estornudos de las palomas sin hiel). No, hermanos míos; intercalar ese pronombre personal, es decir una blasfemia, es colgar à Jesús un sambenito.—Pero yo me distraigo, señores; volvamos á nuestro asunto primordial.

¡Predicadores santos! Amartelados pastores, cuya palabra debe resonar en este recinto, abrid las obras de Massillón y de Bossuet, de Lacordaire y Frayssinous, de Fenelón y el Padre Félix: sus dulces palabras resuenan todavía en el templo de Nuestra Señora de Paris; depositaron en una muchedumbre incrédula el gérmen de la verdad sublime; sus razonamientos persuasivos iluminaron sus espíritus, por que hablaban á su inteligencia, porque se deslizaban en su alma, por que conmovian un corazón emperdenido por el error ó debilitado con la indiferencia religiosa. Allí se ve combatir el error, pero con la aus-

tera filosofía de la religión, con los argumentos que engendra el *buen sentido*, con los testimonios irrefragables de la historia y de la tradición. La Biblia, ese tesoro inagotable de sucesos, donde se hace el recuento de todas las miserias, de todos los vicios, de todas las virtudes heróicas, se explica, se comenta. Allí no hay argumentos irracionales como el que emplean algunos de nuestros predicadores, cual es el *de la fe del carbonero*, hijos de un entendimiento pobre y de talentos estériles; allí no hay fe religiosa de jeringa, ni convicción insuflada "*á chaleco*," á neófitos obsecados ó á un auditorio semi-salvaje. Allí no hay gritos, ni enfurecimientos oratorios, ni beatas que lloran y fingen desmayarse sólo porque no se enoje el padrecito, y desespere porque no conmueve; no, hijos míos muy queridos. Allí no hay comedias ni sainetes espirituales ante la Divinidad, ni caricaturas del cristianismo, ni aullidos de mujeres soflameras, más intensos cuanto es más estentórea la voz de un orador de anchos pulmones. Los gritos y las regañadas groseras no hablan á la razón; las diatribas y los insultos, la admonición al borrachito que está delante, las indirectas del Padre Cobos á la pecadora que busca en el templo consuelos, porque en el mundo se cubrió con el manto de la hetaira; los arponazos al liberal "que fué á meterse allí para oler y estornudar," son contrarios á la caridad evangélica; son contraproducentes y màs eficaces para alejar del recinto sagrado al pecador, que para inspirarle el arrepentimiento.

Tales predicaciones revelan ignorancia, hijos míos, poco conocimiento de los fundamentos de la religión, y un ingenio pobre y mezquino digno sólo de mostrarse á un auditorio salvaje, pero no católico.

¡Hermanos míos muy queridos! Vosotros que teneis la misiòn de señalar á la oveja descarriada el sendero del redil, y á su inteligencia obtusa las verdades de una religión santa, y á la inflexibilidad del in crédulo la luz meridiana del Evangelio; cuando subais á la Cátedra del Espíritu Santo, armaos de la piedad que animara á Pablo; que vuestras palabras llevando el germen de la verdad cristiana, se deslicen suaves y serenas como la corriente mansa que lleva entre sus ondas una flor delicada. Depositad en el alma del impío, en el corazón del liberal, en la conciencia del incrédulo, con amor, con dulzura, con persuación, la semilla de una verdad sagrada; depositadla, predicadores, que ella germinará; ella dará flores; ella producirá frutos cuando llegue el día en que el corazón lacerado busque á Dios; cuando la tribulación busque las expansiones consoladoras de la amistad y de la fe religiosa; de la misma manera que el labrador deposita bajo la tierra la semilla que crecerá con el calor de la Primavera.

No formeis de la religión una caricatura, hermanos mios muy queridos; aquellos de vosotros, puramente lárragos, puramente miseritos, no profaneis ese lugar sagrado donde hoy suben, no el talento y la instrucción, sino sólo los ordenados *in sacris*; si quereis dirijir vuestros consejos á las chivitas descarriadas, no hagais lo que el mastín que asusta con sus ladridos y mordiscos; leed á Masillón; leed á Fenelón; impregnaos de sus doctrinas, de sus preceptos, y trasmitidlos á la mu-

chedumbre: más vale tomar prestados los vistosos plumajes del pavo real que mostrar las poridades de un cerebro vacío, descarnado y sin plumaje.

Aprovechad el siguiente ejemplo que cita Fígaro.

Un predicador dirijió á su auditorio en tono de interjección estas palabras:—„Ven acá, hombre lascivo y mujer prostituta..........„ y luego se levantaron un hombre y una mujer, diciendo: „Háganse á un lado, señores, que nos llama el padre.„

Hermanos míos carísimos; la polvareda que han levantado en la República Mexicana las leyes de Reforma elevadas al rango de preceptos constitucionales, y los anatemas que se han fulminado contra aquellos que ofrezcan obedecerlas y hacerlas cumplir, muy especialmente por los pastores católicos, me han obligado, hijos míos muy queridos, á dirijiros mis dulcísimas palabras que irán á fortalecer vuestras creencias, ya políticas, ya religiosas sin que por otra parte puedan sufrir menoscabo los principios progresistas que habeis profesado. El que tenga oídos que oiga, y el que tenga ojos que vea, para que se persuadan que esas tempestades ocasionadas por una pila de Volta, ni afectan el dogma católico reconocido en el Universo, ni pueden contener la marcha segura de la civilización.

Ved, mis hijos carísimos, como están frente á frente de la Constitución y del absolutismo, el *Siglo XIX* y la *Voz de México*; el fanatismo y el progreso, la religión y la libertad. Mirad, propagadores de una religión santa, como están dos mochilleres de raza inglesa, D. Pelagio y D. Sebastian, gerente el uno de la Iglesia católica, y gallo de estaca el otro de la comunión liberal. Escuchad la voz de los tribunos, y la palabra del sacerdocio; recoged unas y otras razones en vuestro espíritu, prohijadlas con amor, y poniéndolas en la balanza de vuestro raciocinio, pueda inclinarse vuestra voluntad hacia quien tenga la justicia.

Nada tiene que ver en este caso la cuestión política con la cuestión religiosa, si alguno pretende caminar al frente del progreso. México, al dar sus leyes, al dar al pueblo instituciones, no debe sancionar como benéficas las exigencias de partidarios que son opresores á otros, sino conceder iguales garantías. „No quieras para otro lo que no quieras para tí,„ dice una máxima evangélica; y todos los hombres y todos los partidarios debían practicarla como el fundamento de la moral universal. Parece, hijos míos muy amados, que los directores de una grey católica, olvidan que en los países en que no se profesa su religión, se predica constantemente la tolerancia de todas las creencias como un medio expeditivo para llegar á la cúspide de la civilización moderna. En la culta Francia, en medio de un pueblo eminentemente cristiano, y á mayor abundamiento, católico, el sabio Fenelón, el virtuoso Obispo de Cambray, que será considerado más tarde como uno de los Padres de la Iglesia romana, aconsejaba á su príncipe educando estas evangélicas palabras: „*Conceded á todos la tolerancia civil.*„ ¿Me vais comprendiendo?

Esas leyes de reforma, ¡oh liberales predilectos de mi corazón! ¡oh conservadores inocentes á quienes idolatra el alma mía! no afectan en manera alguna las creencias, pues en ellas no se niegan las tradiciones que constituyen el dogma católico; no se dice que el Papa no debe ser el Vicario de la Iglesia; ni que carezca de infalibilidad, ni que no debe haber Sacramentos; el legislador no ha querido convertirse en deificador de los hombres, ni en perseguidor de religiones, y los deja expeditos para que todos eleven à dogma las verdades ó los errores y establezcan como les plazca sus relaciones con la Divinidad.

Desoid ¡oh liberales! no escucheis ¡oh conservadores! las palabras insidiosas de aquellos sacerdotes católicos que convierten el templo en baluarte de un partido político de execrable memoria, y las creencias religiosas en locomotoras revolucionarias. Las leyes de reforma, destellos divinos del sol de la civilización moderna, contienen el germen de principios saludables, que los católicos oprimídos invocan à todas horas. La tolerancia de cultos es benéfica en nuestro país porque establece, más que la rivalidad, la emulación; más que los odios religiosos, la discusión de donde brotar debe la radiante verdad, la austera filosofía, en que el catolicismo podría salir triunfante. México, esa ciudad alegre y religiosa, que ostenta como un testimonio de fanatismo y de ilustración los mil campanarios de sus templos, dormía tranquila abrigada por su fe, y apenas daba pasos en el camino del progreso; la tradición cristiana se esparcía en las masas populares como la lluvia benéfica que fertiliza los campos vírgenes y sin cultivo, y que sólo produce entre espinos y malezas alguna que otra flor. Mas vino la tolerancia, y con ella los asociados de todas las religiones, y luego la competencia, y los choques de la discusión que esparcen su luz radiante, como sale la chispa al choque del pedernal y del acero; y el clero católico entró en actividad, y despertó de su indolencia, y fundó escuelas y colegios, y multiplicó sus predicaciones, y fundó sus sociedades de propaganda, y todo en conjunto avivó la fe cristiana casi amortiguada.

La clase indígena, sepultada en la ignorancia, tenía como fe religiosa nada más que el nombre de cristiana. Se entregaba por una parte, á las prácticas de su antiguo culto idólatra, y por otra al ejercicio llamado católico por anomalía, que tolera la superstición de los indios ignorantes, y esa mezcla del paganismo y del cristianismo. Pero vino el temor de que esa muchedumbre idólatra, que no ama á Dios sino por la percepción sentimental de positivos beneficios, fuera á postrarse á los pies de pastores de la Iglesia anglicana, en todas sus ramificaciones, y el clero de nuestro país comenzó á infundirle sus creencias, á hablar á su razón, á hacerle comprender los dogmas; y la clase desheredada de los beneficios de la civilizacion entra en el círculo de los catecúmenos; y recibe en su alma los destellos de la luz evangélica. Apenas hay un pueblo donde el clero católico no haya fundado escuelas, y en muchos, algunos colegios, sistema de enseñanza que antes no se conocía. Estos beneficios ¿se deben exclusivamente al deseo de propagar la ilustración? No, se deben á la emulación; al temor de ver que

otras religiones activas y ardientes en su propaganda, desalojaran de su influencia á un clero que se envejecía y dormía tranquilo en el goce de sus antiguos triunfos.

Bendecid, hijos mios muy amados, nuestro gran principio constitucional que proteje todas las creencias y que ha ocasionado esa regeneración en el pueblo y aun en el sacerdocio romano: bendecidle, hermanos carísimos, porque la instrucción en México se desarrolla en grande escala; porque la sociedad católica funda escuelas y colegios donde los establecen las sectas protestantes; porque la Compañía lancasteriana, el gobierno y el municipio, fundan también esos benéficos planteles, estimulados todos por el deseo de hacer la propaganda de principios políticos ó religiosos.

El clero católico, en su avidez por dominar las conciencias, arriesga el depósito sagrado de su fe por navegar en ese piélago insondable y tempestuoso de la política, donde han zozobrado tantas veces los bajeles de la Iglesia romana. Allí están Inglaterra, Alemania y la mayor parte de los pueblos sajones que trocaron sus creencias por las de los reformadores anglicanos.

Leed, hijos míos, las pastorales de nuestros Obispos que combaten en nuestro país la reforma; mirad la contradicción más monstruosa entre los hechos y las teorías, entre el interés y las doctrinas màs santas. Mirad al ilustre mitrado Sr. Sollano, Obíspo de León, que denuncia bienes de la Iglesia en México, conforme á la ley de desamortización, y que luego las combate como heréticas. Esto prueba que alienta el deseo de trastornar un órden político más bien que el de combatir un error religioso. Rogad á Dios, demócratas y progresistas, y demás hermanos del cordón liberal, porque mande su luz y sus miradas hacia ese príncipe de la Iglesia, excomulgado por sí mismo, y que ha engullido sus propias censuras, como aquellas aves gallinàceas qu devoran el fruto de su propio vientre.

Protestad, ¡oh liberales! esas leyes de reforma y obedecedlas; ellas no son contrarias á los dogmas y tradiciones del catolicismo, y aun cuando lo fueran, recordad que Jesucristo y los Apóstoles recomendaban obedecer á las autoridades gentílicas. Recordad también que esas leyes no son condenadas, sino antes bien, apetecidas, por la Iglesia católica, es decir *universal*, en todos los países intolerantes.

No culpeis de malévola mi intención ni de muy severas mis palabras; recordad sólo las palabras del Apóstol San Pablo: "Si he hablado neciamente, vosotros me habeis obligado.

(Para mover á sus oyentes Fray Robustiano no echó la bendición; pero á estos les hizo tanta fuerza como el agua á los que oyen llover y no se mojan).

JUEGO DE PRENDAS.

Aplaudir debemos los adelantos de nuestro siglo, simbolizados en los juegos de sociedad.

Un señor llamado Refugio Soto fué preso y acusado de que sustrajo unas mulas pertenecientes al Sr. D. Fulano de Tal. El Supremo Tribunal de Justicia lo absolvió, por lo que quedó en libertad. Esto se llama en el juego de prendas *un favor y un disfavor.*

El reo, ya justificado, profirió las siguientes palabras que tal vez fueron su sentencia de muerte: „He sufrido injustamenie una prisión de veintidos meses, sólo por ser *muy hombre*, pues se me suplicó no pusiera en la pista á la justicia para descubrir quienes son los ladrones, que los cubre la buena fama de hombres honrados; pero iré á México y diré al dueño cuales son las personas decentes que tiene en su Hacienda de........que preparan, dirijen y encubren los robos que se le hacen. Estos, poniendo á Fulano una cara compungida, le dirán:

—„Si yo fuera papel, ¿qué hiciera vd. con él?„

Pocos días después fué aprehendido en su casa Refugio Soto, á las doce de la noche, y acto continuo lo sacaron de esta ciudad para mandarlo á Villanueva (¿á vida nueva?) que pertenece al Estado de Zacatecas, pues lo pidieron á éstas aquellas autoridades.

Esto se llama *pedir un abrazo rogado.*

El presunto *reo* presintió su vida-nueva, su próximo sacrificio, y con gritos desaforados pedía auxilio, resistiéndose á salir del cuartel; pero la policía le puso un freno sofocante con algunos trapos al conducirlo á su destino. Al llegar à la línea divisoria de los Estados lo recibió un Sr. N. Mendoza, jefe de acordada, y lo pasò para Vida-nueva antes de llegar á Villanueva.

Esta sentencia se llama: „Juan, apague vd. esa vela.„

Por acá se dijo de mucho secreto que se había hecho un robo de reses por Juchipila y Villanueva, siendo autor el *reo* mencionado.—El juego se llama *secreto á voces.*

Un abogado ilustre pidió amparo, pero como el pájaro se le arrebató á una hora avanzada de la noche, llevàndolo en jaula y por caminos extraviados, no hubo amparo, puesto que el Juez de Distrito no es per-

diguero para andar olfateando rastros; se quedó el *defensor á la luna de Valencia*, es decir, lo puso el Juez de Distrito á que *adivinara la palabra*.

En este mundo hay casos en que la justicia trueca los papeles; se defiende á los reos después de sentenciados en todas, todas sus instancias, y ella se disimula para que sean sacrificadas personas que tal vez son inocentes.—Fíjense nuestros lectores.

Esta sentencia consiste en ensartar agujas teniendo los ojos vendados, y sentado el paciente sobre una botella. Es muy divertida, y para desternillarse de risa.

Siga la anderga.

Pocas horas despues se puso en la cárcel á otro *sospechoso* llamado Ponciano Gutierrez, á quien se cree cómplice de Refugio Soto. Inmediatamente se pidió el amparo temiendo á la *madrugada* que ocasionar pudiera un estornudo, un tremendo constipado; que trajera la tos ferina, y luego bascas. ¡¡Ni por esas!! Se sacó al reo á buena hora fuera de la ciudad y se le fusiló también sin forma de proceso, sin atender á las quejas y reclamaciones del que pidió amparo. En la tardanza estuvo el peligro. Después de la tragedia tiene que venir el entremés.

Aquí el Juez de Distrito le dijo al defensor jugando al burro:

Toma esta canastita
Llena de pazas
¡Quién te manda ser burro!
¿Por qué no abrazas?

No sabemos quién ordenó la prisión y marcha del presunto reo, ni quien hizo el milagro de que estando bien amarrado, éste había de *correr* para que llevara su merecida en la carrera, como las liebres que cazaban los franceses no queriendo que se les acusara de asesinos. Gutierrez fué fusilado en el arroyo del Venadero: ¡del *venadero* había de ser!

El jefe de la policía no llegó á saber, ni á sospechar siquiera, que se había de matar á un hombre por sus custodios, y salió *con su pecho sano*, pero eso sí, con escolta y parihuela, con la inocencia de S. Juan cuando recorría el camino del Gólgota, á indagar lo que por ahí pasara.

El cadáver del desgraciado Gutierrez estuvo tirado en el camino del Venadero esperando unos compasivos lobos que por piedad le dieran, no sepultura *eclesiástica* sino lobística, en sus caritativos estómagos; pero he aquí que al presentarse la policía se aparece el difunto. Se hacen cruces indagando quien pudo cometer ese desaguisado; pero presumen que el muerto fué un reo que sin orden lo fusiló el jefe de la escolta, porque estaba *alumbradito*; no el muerto, sino el jefe. A esta sentencia se le dá el nombre de *manos postizas*.

Entonces ya no conoció límite la indignación del jefe de policía, por que sin tapar el ojo al macho violaron las garantías constitucionales. De pronto cargó con el muerto para ver á quién se le hacían cargar

después, avisó á la justicia y *comenzó* á dar *principio* el *empiezo* de las *primeras* averiguaciones.

Se le dijo á la justicia......

—Como sentida y agraviada ¿qué le mandas al dueño de la prenda que va á salir?

—Que se ponga á mi disposición—Dice la Justicia, levantando las balanzas y la espada, pero no la venda de sus ojos.

Entra el jefe de la escolta.

—Aquí me tienes, bien mío; mándame lo que quisieres.

—¿Quién mató al *difunto* que ustedes conducían preso?

—Mis soldados, porque se quiso fugar; yo ordené que se le hiciera fuego en la carrera.

—Acusado, los tiros fueron disparados por delante, y no por la espalda, ¿cómo podía correr hácia atràs? ¿era cangrejo? A otro can con ese hueso.

—Se nos quiso echar encima.

¡Oh portento! Se dice que todo podrá hacerse con las bayonetas, menos echarse sobre ellas; el reo ha demostrado que eso es mentira, y que corriendo para atrás no se puede uno arrojar al costal de las alesnas.

—¡Bien! usted ha cumplido con su deber. Que se presenten los soldados, los guardianes de la ley.

Los soldado-verdugos declaran que no es cierto que quería fugarse el reo, sino que el jefe lo mandó fusilar por órdenes de arriba.

La sentencia consiste en que los soldados cuelguen un pito al jefe, que es el dueño de la prenda, para que todos le silben por su torpeza; pero el juez de la averiguación ya le dará un *escapulario* para que nadie le exija más tarde la responsabilidad por haber hecho un *difunto*. ¿Qué delito es ese? Que haya un cadáver màs, ¿qué importa al mundo?

Esta sentencia se denomina: *esquina de provincia*, porque todo borracho puede hacer en ella lo que se le antoje, desde pegar pasquines hasta convertirla en mingitorio.

El jefe de la escolta debía estar preso, porque no llevando orden fusiló al *reo*....Pero....¡Ayúdenme ustedes á sentir....! estaba tan trompeto el angelito, que no supo lo que hizo. Dentro de ocho días estará su inocencia más *depurada* que la gota de rocío que cae sobre la rosa de castilla en rama. Con su escapulario ya quedará en libertad.

Esperen nuestros lectores nuevos escándalos.

"El Fandango" y "La Instrucción del Pueblo" se reunirán para hacer oír "el dulce lamentar de dos pastores;" así como las viudas que se reunen para acordarse de sus difnntos, gimiendo y llorando; una, porque los fusilaron sin *confesión;* la otra, porque lo despacharon sin confesión con cargos, sin penitencia ó absolución, es decir, sin formar un proceso; una pone sus gritos de piedad en el cielo; otra, sus clamores de desesperación en los infiernos.

Después hemos de jugar al *pan y queso*, y más tarde á la *gallina ciega*.

Hemos llegado ya al más alto grado de cultura á que es posible aspirar; al caso solemnísimo en que la Justicia y la sociedad tienen qué honrar al verdugo: este no es ya un sér degradado; sino ejecutor inviolable de la ley-fuga, de la célebre ley del embudo.

CASA DE ORATES.

TRAGI-COMEDIA-MIMO-DRAMATICO-SENTIMENTAL.

POR UN LOCO.

PERSONAJES.—El Marqués de Caravaca.—El Lic. D. Pepe Rehilete,—D. Perico cotorril.—D. Lausdeo.—Monsieur Gallois—El Lic. D. Juán de la Vidriera.—El Dcotor Merinc.—El Jefe Político.—El Jefe de la Policía.—Un Guarda.

Acto único.

PASA LA ESCENA EN 1888.

La escena representa el cuarto de un Hotel convertido en templo de Baco, y adornado de coronas con hojas de parra; sobre la mesa habrá botellas vacías, copas quebradas y sombreros apachurrados, todo en desorden. Por el cuarto se miran esparcidas sillas desvencijadas: como olvidada en un rincón habrá una palmeta para enseñar la ciencia á los colegiales; una mordaza y demás geroglíficos, atributos de la justicia, como son una geringa de caballo, una espada hecha tirabuzón, una venda deshilachada y unas balanzas desniveladas.

ESCENA I.

D. Perico.—Alabao sea Dió, señore; llegamo á puerto de salvación depué de haber sufrío la borrajca má epantosa que se regijtra en la historia de lo borracho ma célebre. Paisano, hombre; despierteuté y deje de dormir la mona, que vamo á ve si tomamo otra copa pa refejcá el galillo.

El Marqués de Caravaca.—Todos estàn templados como las guitarras subidas al tono de orquesta; si los estoy mirando como un puñado de muñecos, canario!!

D. Lausdeo.—Usted nos reunió en este cuarto para celebrar una fiesta y beber el Cariñena y el vino de la Rioja en cantidad exorbitante; de manera que se nos han puesto los ojos muy torcidos.

Licenciado Rehilete.—Don Perico se puso tan alumbrado, que hizo se le desbocaran los caballos de la carretela.

D. Perico.—Quite uté allá, hombre; si no me ha vistusté bien peinao; soy hombre comunicativo y de chispa, locuá y divertío como un andalú que apechuga un par de caña.

Todos.—¡Viva Don Perico!—¡Viva!

Rehilete.—Y todos nosotros que también tenemos chispa, pondrémos à sus plantas nuestras capas y nuestros sombreros para que sirvan de tapete al más simpático de los pericos.

(Todos ponen sus sombreros en el suelo; palmotean en agitado compás, y Don Perico, puestas las manos en la cintura, pasa sobre los sombreros bailando un paso de punta y talón. Sale D. Perico, y vuelve después.)

ESCENA II.

El Marqués.—¿Saben ustedes lo que yo estoy pensando? que todos ustedes son unos hótentotes, unos mamelucos; que son licenciados sólo por un descuido de la Providencia, fulleros, picapleitos y sanguijuelas del eraric?

Rehilete.—[Blandiendo el flexible bastón.] Esas palabras piden sangre, caballero.

El Marqués.—La sacaré de usted; y si alguno de la rueda se pica, que grite y que blasfeme, que aquí estoy yo para aplacarle el resuello.

Don Lausdeo.—¡Silencio! ¡orden! ¡moderación!

Don Perico, (Entrando precipitado) En ejta casa nadie me levanta el chillío.

El Marqués (con belicosa ironía) ¡Si yo vine aquí para que un picapleitos me zurrara la pavana! ¡si yo vine aquí para que me pusieran una albarda! ¡si yo vine aquí para que me pusieran una grupera! Si seré yo un machito sofrenado al que se persoga en un bramadero! Entre tanto, le remito á usted ese bofetón y vuelva usted por otro.

(El Licenciado Rehilete recibe un par de sonoras cachetadas, de chuparse el dedo y hacer un gesto.)

Rehilete.—¡Ira del cielo! (remangando encoraginado las mangas de su levita) Otras cachetadas se las irá usted á obsequiar á su mamá.

(Vienen à las manos el Marqués y Licenciado. Intercede D. Lausdeo. El Marqués cae de espaldas en posición inconveniente, dejando escapar un pujido: el Licenciado monta sobre éste con el desparpajo de un maestro de equitación, lo espolea y lo estrangula.)

El Marqués (al caer) ¡Jesús me valga! (con voz sofocada) Auxiliooooo!

Don Perico.—¡Por la Vírgen de Covadonga! ¡El Marqués ya saca tanta lengua....!

(Don Lausdeo coge al Licenciado por la piocha, Don Perico del faldón y Monsieur Gallois bajo del sobaco, haciendo esfuerzos por separarlos.)

Gallois, (con acento francés muy pronunciado)

"Ni quito ni pongo rey,
Sólo sirvo á mi señor."

(El Licenciado, echado chispas de aguardiente, recoje algunos pelos que quedaron enredados en las uñas de Don Lausdeo. El Marqués se levanta, abotona su chaleco y su corbata, procurando que funcione su estropeada laringe con tragar saliva.)

El Marqués.—¡Aunque uno no tuviera alma en el cuerpo! (ap.) ¡zambomba! si no me lo han quitado me estrangula.

Licenciado.—¿Ha quedado usted satisfecho? si no lo está usted le haré otro cariñito.

El Marqués.—Agradezca usted á su fortuna que me encontré mal parado, y por esa causa me flaquearon las piernas, y caí; sin esta circunstancia esta es la hora que yo estoy en su abdómen bailando un rigodón.

Don Perico.—(Al Licenciado) Aplíquese uté un fomento en ese cardenal que tiene en la mejilla y en ese chichón que en la frente le ha salío. (Al Marqués) ¿Paisano: cómo no se volviusté perro y le dió á este condenao un mordisco en la narí à usanza de lo de Cotija, hombre? ¿Qué provecho ha sacaousté de lo bueno ejemplo hombre de Dio?

Gallois.—Yo proponer un brindis pur la Frans, pur dar morte croel à totos los íngles.

Vidriera.—No los mataià usted, porque me ligan con ellos vínculos de afinidad. Yo soy inglés por mis cuatro lados.

(Un gallo canta entre bastidores) Qui-qui-riquí.

(Una voz dentro) ¡Ahora Ponciano!

Vidriera.—Delante de mí no pasan abrochados ¿está usted?

El Marqués.—¿Con que este pollo canta en otro muladar? A San Pedro le cantó el gallo porque negó á su Maestro.

Don Lausdeo.—La cosa toma un color de aurora.

Gallois.—¿Pur cuaà? afinitá y templanzà....la mem shos. A usté à su parrentel y los íngles me los meter en el sobac, y ¡viv la Frans!

Don Lausdeo.—¡Aprieta, rigor tirano! (Monsieur Gallois pega una villa en el sombrero del Sr. de la Vidriera, sumiéndolo hasta los hombros.)

Vidriera.—¡A mí tal insulto! ¿Y es usted el villano que degrada à un jurisconsulto de mi gerarquía? No serà excusa que estemos entre corridos y escasos.

Gallois.—¡En guardia!

Vidriera.—¡A las armas!

Lausdeo.—¡Dios nos asista!
Don Perico.—¡Un juicio de Dió!
Marqués.—Llamaré á la policía [Aparte y váse].
Gallois.—Iremos à la carcela.
Vidriera.—(Empuñando el bastón) Quítese usted esta que le va en dirección de la cabeza.
Gallois ¡La tet! ¡la tet! Yo no recibir cachetatas en la figiur.
Vidriera.—¡Toma zopenco! (Le administra un palo!)
Gallois.—(Al caer al suelo) ¡Caporal!
(El Sr. de la Vidriera dispara tal garrotazo à Monsieur Gallois que le escurrió el gallo, y cae al suelo. El homicida señalando à su víctima con el dedo, lanza una estridente carcajada)
Vidriera.—Ja ja ja ja....
Don Perico.—En su seno recíbalo el demonio.
Don Lausdeo.—(Santiguándose) En qué pararán estas misas. (Vàse)
[*Se nota agitación en la calle; los serenos echan el pito; los niños lloran; las señoras se desmayan; los ciegos corren dando gritos; los perros dejan de roer el hueso; las campanas tocan á rebato. La naturaleza se conmueve, y el rayo, con fragoroso estruendo, hiende el espacio: al fin llega la policía, como las palmas á Toledo, después de la bendición.*

ESCENA III.

El Jefe de la policía, preparando las pistolas seguido de otros muchos.

Jefe.—En nombre de la ley, dénse todos por presos. ¿Quién es el homicida?
Vidriera.—¿Buscan ustedes al culpable?—Yo soy.
Un policía.—Pues usted va á la cárcel.
Vidriera—Les ha de sudar el copete para llevarme. (Obsequia al policía con un bofetón).
Jefe.—Los muertos, al hospital; los culpables á donde están los otros.
(El Sr. de la Vidriera prepara *una segunda batalla,* mediante una *segunda botella,* que agita en el viento como si fuera la clava de Hércules. Los policías lo sujetan como á un energúmeno, y á remolque lo conducen á la cárcel; llevan al alumbradito para mayor satisfacción, con el sorbete á media cabeza).
El Jeje Político sale al encuentro, y dirije al público el siguiente:

Se alborotaron los locos
Y hubo palos y deslices,
Y sangre de las narices,
Y unos cuantos soplamocos.

Estos nenes, aunque pocos,
Dos mil escándalos dán;

Hoy la multa pagarán
En cambio del entremés.

El Jefe de policía.
¡Justicia por Doña Inés!
Doctor Merino (corriendo.)
¡Pero no contra Don Juán!

(El Doctor Merino llega y se postra en ademán suplicante á los pies del Jefe Político).

Caerá el telón.—El público silba á los actores que se desternilla de risa.

Juego de Treinta-y-una.

APROPOSITO DE UNA EJECUCION.

Algunos años hacía que en Aguascalientes las ejecuciones de justicia no tenían lugar, por interpretaciones forzadas que un Juez de Distrito dió á un artículo constitucional; los delitos atroces y los crímenes proditorios quedaban impunes.

Uno de nuestros legisladores quiso hacernos marchar al frente de la civilización aboliendo la pena de muerte, y nos sumergió en el caos; no precisamente por abolir la pena de muerte, sino porque los criminales, à la sombra de ese árbol bendito de nuestras instituciones, encontraban la impunidad.

¿Quién podría ganar una partida de ese juego de *treinta y una* al que para ajustarla tuviera à su disposición diez cartas acomodaticias? Nadie ciertamente.

Pues una cosa semejante sucedió en nuestro suelo para los delincuentes; tenían su manjar para ajustar la cuenta y á cada paso nos mostraban su jueguito perfectamente ajustado.—Veintiseis. . . .y el cinco á la mano; veinticuatro . . . .y la malilla al canto; veintiuno. . . . .y el rey que asoma ¡ni el demonio que les pueda ganar! La sociedad no podría jugar una sola partida sin perderla. Primeramente tenía el criminal la fuga, el escondite, la protección desde el primer ministril de las bajas regiones del poder, la de sus deudos y amigos, y hasta de la mamá que lo parió; después, la *coartada* de los asesinos de *oficio* que la preparaban con habilidad. Si faltaban estos dos recursos, que siem-

pre tenían à la mano, les quedaba el cohecho en las puertas de los juzgados, en los formadores de causas criminales, en las frases de doble sentido, las palabras equívocas, el cambio de una letra en el nombre y apellido, eran otros muchos resortes. Entre Teodoro y Doroteo; entre Morón y Morán; entre *estoque* y estaca; el conocido "*¡qué me mata don Antonio!*" susceptible de cambiar la esencia del crímen con una sola letra, se confunde con el *que me matan, don Antonio*. Después venían con oportunidad á perjurarse los testigos falsos, preparados y dirijidos *ad hoc* por cínicos tinterillos: y si pasaban los delincuentes estas barreras, les bastaba una recomendación, un regalito, una convivialidad al juez ó á la mujer del juez; unos ojitos negros y pizpiretos, un palmito de chuparse el dedo, tentador y elocuente, más incisivos que las filípicas de Cicerón contra Cata....contra Catilina. Si el criminal tenía la desgracia ó la torpeza de pasar mal por esas horcas caudinas de la baja justicia, tenía otra atmósfera, las *altas regiones*, donde podia ensayar su inventiva juguetona para reclamar *justicia* ó pedir *clemencia* en lo que siempre encontraba un corazón sensible y unos ojos dispuestos á dejar escapar las lágrimas del cocodrilo. Si los Magistrados eran invulnerables á las seducciones ó sobornos, y hería con uno de los dos filos de la espada de la ley, el delincuente pasaba á otro mar ménos proceloso, al Congreso, que iluminaba como un fanal civilizador las playas del crímen. Supongamos que allí se embotaban las flechas de un condenado á muerte y se negaba el indulto; entonces se veía venir al Juez de Distrito à amparar al reo convicto, que á manera del perro del herrero, á los *martillazos duerme* y á las *tarascadas* despierta, pues es su deber interponerse con energía entre las víctimas y los verdugos, porque la ley suprema del Estado prohibe, como un destello de la civilización del siglo, ejecutar la pena de muerte. Esta es otra región polar donde, si no hay sol, sí hay auroras boreales que todo lo iluminan, y la Suprema Corte de Justicia *ampara y defiende*, porque también allá hay córazones sensibles y ojos dispuestos á verter lágrimas en ese gólgota del crímen, y quien limpie el rostro de los ajusticiados cual nuevas Verónicas.

Los criminales habían divisado el puerto, y el defensor gritaba.... "¡tierra!"....La vindicta pública se había salvado; la civilización penetraba con sus destellos en las masmorras, y el reo salía de ellas como los gusanos que abandonan el capullo, convertidos en vistosas mariposas. ¿Qué les quedaba qué hacer al defensor, tinterillos, agentes y demás gente de pluma aguileña sino hacer cuchara la mano? Pero había aún que recorrer otro sendero ménos escarpado; se había ascendido á la cúspide de la gran montaña; había que descender para llegar á la falda, donde están las campiñas de la libertad é impúnidos reverberos.

El reo estaba sentenciado á veinticinco años de prisión; la vida de un hombre. ¡Una eternidad....! ¡Adios esperanzas de bienestar! ¡adios hermosas campiñas donde soplan las brisas del libre albedrío....! ya veremos mas tarde al criminal, escuálido, atormentado por los recuerdos

y por el gusano roedor de la conciencia que le causa remordimientos; ya está contrito y arrepentido; es un ciudadano que sale de la cárcel regenerado, como los judíos que entrando á la Piscina salían purificados.

Una estridente carcajada del defensor avisa que.... entre la mano y la boca se cae la sopa; que ese cielo azul que allí se mira, ni es cielo ni es azul, sino mentira.

Aun quedan otros naipes para ajustar la *treinta-y-una.*

Comienzan las saliditas al golpe, à la alcaidía, al cuarto de los leones, à las ventanas callejeras; el reo saldrá á la calle poco á poco, como los convalecientes de pulmonía; *paulatinamente* saldrá, como *paulatinamente* se metió al cielo Pedro de Urdimalas, según la leyenda; primero un dedo, después la mano, luego el brazo; al fin todo el cuerpo.... Válese que allí están los hospitales, que son los *polvos* de D. *Miguel de Sandoval* que curan los catarros más constipados. Allí están tres lindos jardines, hermosas fuentes, preciosas alamedas, donde ir á *cumplir* en 25 años una condena, Contamos conque hay Jefes Políticos sensibles y misericordiosos; jueces y magistrados que hacen con el reo liberto lo que con su contrario el mentado cucho Valentin.... *no mas lo mira y se agacha*.... una sociedad que suspira al compás de su viola, y canta la tonadita de ¡ah! ¡qué tiempos, Señor Don Simón!

En resúmen; nuestra Constitución ha prohibido lapena de muerte en el Estado sólo porque se vea que los liberales somos progresistas é ilustrados hasta la pared de enfrente; pero con tales restricciones que no hay caso á qué aplicarla: es como el premio gordo al que logre dar à los globos perfecta dirección; nadie lo ha merecido hasta hoy; como el queso que hay en el cielo para premiar à la pareja matrimonial que del matrimonio no se haya arrepentido, él está intacto todavía. Dice así el artículo constitucinal.

„Art. 14. Queda abolida en el Estado la pena de muerte, excepto en aquellos casos en que lo dispongan las leyes generales. Para que quede abolida absolutamente, el gobierno y el congreso establecerán á la mayor posible brevedad una penitenciaría en el Estado.„

¡Pues! búsquenle ustedes aplicación posible y veremos si la pueden hallar. Esto nos recuerda un versito que aprendimos en la niñez, enseñado por nuestra nodriza.

En la aldea de no sé donde
Adoran no sé que santo;
Y rezando no sé qué
Se gana no sé que tanto.

Quedará abolida la pena de muerte el día en que tengamos una penitenciaría; pero como ahora no la tenemos.... hemos de seguir mirando víctimas en los patíbulos.

Apropósito, es de oportunidad este otro versito de un poetastro ramplón, pero mal intencionado.

Si tuviéramos manteca,
Queso, miel, vinagre y sal,

Formaríamos unas migas,
Pero no tenemos pan.

Estos beneficios los alcanzaremos algun día, no muy lejano. Bueno será encomendar esta mejora al nuevo Ayuntamiento, pues las banquetas, empedrados y limpia de la ciudad están en apogeo. Vendimos los carretones en que se traía piedra, y ahora no encontramos como remendar las calles.

El único medio que creemos oportuno para no dejarnos ganar por los criminales, en el juego de *treinta y una*, es la pena de muerte, aplicada por los tribunales competentes.

Cesarán así las aplicaciones de la ley fuga, y las asechanzas del *ángel exterminador*.

De hoy en delante no habrá impunidad para los criminales. A la buena será como juegen su *treinta y una*.

LAS VELAS Y EL MUNICIPIO.

¡A cuántas cosas pueden aplicarse las *velas!*

Desde que las usaban las pequeñas embarcaciones de guerra que fueron à inflamarse en el seno del Oceano cuando Arquímides las volcara con su palanca poderosa, hasta las de las naves que formaron la invencible armada, orgullo de Felipe II; desde las bujías que ardieron en la cena de Baltazar hasta las simbólicas con que la Iglesia manifiesta que fueron durmiéndose los apóstoles; desde las que se colocaban en las procesiones de Corpus en la católicá España hasta la que se estrenara para ponerse á cubierto de los rayos del sol en la última función de S. Márcos.... todas tienen una historia; todas han pasado por las manos de numerosísimos artífices, pero......

La palabrita se presta muy bien para lo sublime y para lo grotesco; con ella se alumbra á los héroes en el gran día de sus victorias y sirven para entonar un *kirie* ante un ataúd. *Vela* se llama la de un navío; *vela* se nombra á la que tiene pábilo y tenemos delante para escribir este artículo; y en algunos pueblos es sinónimo de regañada, por lo que, como un provincialismo, solemos decir......"á fulano le *echaron una vela* de padre y señor mio." Esto sí no lo hemos podido entender; si nuestros lectores lo comprenden nos harían un gran servicio ilustrándonos. Los médicos tienen su lenguaje; los boticarios y los escolares tienen el suyo; el vulgo todo lo traduce y lo interpreta, ¡y vayan ustedes á dar al blanco con su malicia! Echar una *vela* puede esplicarse en el lenguaje de las beatas lo mismo que echar un *taco*, un *trepe*, una *ja-*

lada; en el de los médicos y boticarios, un clister; en el de los colegiales, una ayuda; pero en el del vulgo se designa todo esto con otras fraces intraducibles; es que ese vulgo no es académico, ni correcto en su lengnaje, ni pulcro en sus palabras; lo mismo que los escritores clásicos, inventa frases, conjuga verbos, aplica interjecciones con lo que espresa sus afectos y à veces forma la caricatura.

Los que *hacen fuerza de vela*, emplean la vela por la fuerza ¿iremos á preguntarles qué es eso? ¿nos lo querrán explicar? Nosotros sólo sabemos que entre los traviesos colegiales se perdió sin saber cómo ni cuando, una pequeña vela, y todos se miraban queriendo adivinar quien era el poseedor de ella. Uno que había despertado, cuando todos ellos se agitaban, decia cuando fué impuesto de las reclamaciones....¡Qué cosa es la aprehención! ¡Pues no parece sino que yo soy quien tengo la *vela!*

Una cosa semejante sucede con una *vela* que el magnánimo Ayuntamiento mandó construir para colocarla en la calle que conduce al Jardín de San Márcos; se hacen cruces los munícipes ¿cómo pudo haber costado 800 pesos una *vela* de esa manta de la marca X, angosta y rala, y, comó los maestros de escuela, que por lo flojos están tiesos y encolados!

Aquí, por economía, hacen cargar el muerto á los constructores para que lo amortajen,; ellos, á su vez, hacen cargar el difunto á los delegados municipales para que lo entierren; éstos se aprietan las manos, y le avientan el cadáver al tesorero para que le encienda y le despabile la vela; y éste, por otra parte, ha echado la *vela* al Ayuntamiento. Pero como el Ayuntamiento no se compone de Lerdos, guiñan el ojo recíprocamente y le avientan el muerto al dormido pueblo. Se oyen los clamores y no sabemos quien es el que se queja, el que *tiene la vela*. Por eso el pueblo esclama bostezando....

—¡Qué cosa es la preocupación! ¡Pues me parece que yo soy quien tengo la *vela!*

¡Y así es la verdad!

No los constructores que recortaron el primer pábilo; no los comisionistas que encendieron la primera *vela;* no el tesorero que la colocó en el candelero; no los munícipes que no quieren encender su linterna, y que no aciertan à meter la llave por la cerradura; sino *el pueblo*, el público, la sociedad son quienes sufren el engaño, la ayuda, el clister, la vela, y quien verdaderamente va cargando el muerto á la sepultura.

Un cálculo matemático nos desmostrará la verdad y aclarará *paradas;* 200 varas de largo que habrá de la esquina de "El Canastillo" hasta la barda del jardín, multiplicadas por ocho lienzos, suman 1,600 que son 50 piezas, á 28 reales; 175 pesos; más 25 pesos por hilo y costura; y adviértase que echamos de copas y á ojo de buen cubero.

Un munícipe dice que solo costó 200 pesos; ¿y el resto? como el

éter......se *volatilizó*; ¡si se habrá destinado el resto de la *vela* á formar pabellón á su Magestad el rey de bastos!

¿A quién le habrá tocado el premio gordo de esta lotería?

De todas maneras el público tiene la cara compunjida; él es el que sufre las consecuencias de la *vela*; por ahora es una *ayuda*. Esperemos, sí, esperemos; quizá denunciando los abusos que los especuladores cometen á la sombra de una *vela*, á la luz de otra, quiera el Muy Ilustre Ayuntamiento no seguir siendo, no la vela, sino el velo que cubre las maldades de los bribones, y la audacia de los que especulan con los fondos públicos.

Hoy sí nos esplicamos por qué hay empleados que se adhieren al destino como los becerros á la ubre de la madre vaca; y que para mayor descaro, para mayor ignominia, hablan mal del Gobierno sin acabar jamás; con el fin de que el símil con el becerro sea más perfecto, diremos que á un tiempo están *llorando y mamando*

Justicia Seca y Reseca.

Un individuo se acerca á la casa del Jefe Político de un pueblo.

Tan tan (à coscorrones toca la puerta.)

—¿Quién es? (¡graciosa pregunta!)

—¡Yo! (¡consecuente respuesta!)

La puerta se abre.

—Güenos días dé Diós asté; ¿ta güena?

—Güenos días, responde una trigueñita de ojos de azabache, peinada á la Meduza.

—Dígame doñita, ¿aquí vive el jefe?

—(Rascando la pared can la uña y muy tímidamente.) Pos.... pos....pos aquí; ¡pos donde!

—Que modito diéramos pa blale.

—Pos....pos....hablándole ¡pos cómo!

—¿Questaciendo?

—Pos, pos regañando, ¡pos qué!

El Jefe Político, aparece abrochàndose el último botón.

—¿Qué se le ofrecía?

—Servir á mi amo, siñor. Por aquí venía con su mercé á traile una queja.

—¿Quejas? saliera usté con una batea de babas ¡camuezo!

—Ha de saber su mercé que tengo un mancebillo......

—¡Ah!

—Hijo de familia todavía, pues nació en las cosechas....

—¿Eh?

—En las cosechas del año de la necesidá, amo.

—¿Y....?

—Se lo llevaron D. Pedro y D. Jesús y con una barajita lo pelaron y le ganaron hastel el caballo.

—Ooooooool ¿con que jugó?

—Si siñor amo, y vengo á querellar con su mercé pa ver si me lo vuelven.

—Hummmm! ¡¡qué esperanza tan verde!!

—Y pa que los castigue su mercé.

¡¡Bién!! (dando un bastonazo en el suelo) el muchacho porque jugó me dá *cinco* pesos de multa: U. por purito llamón me dá otros *cinco* pesos; suma *¡diez* pesos!! y que le sume la cuenta Birján.

—Siñor amo ¿cómo es eso? y el caballo? y los *trapos* del mancebo?

—¿Quién le ha dihco al muy barbaján que yo soy juez de caballos, ni remendón de ningun mameluco?

—Siñor ¿y á los que le ganaron qué se les hace? pordios....

—Silencio!! ¿se me hace que lo *zambuto* en la cárcel? el uno es *diputado*, y mis tragaderas se resisten á proceder contra una inviolabilidad; en cuanto al otro, estoy seguro que no juega nunca; cuando más, lo hace deveras; ¿no lo he de conocer yo si es mi hermano? como que cuando era niño yo mismo le componía las barajitas de julía y contra, para ganar visto, y le arreglaba las de la pega. ¡Ay! (suspirando) todavía se conserva en casa como un recuerdo de nuestra infancia la mesa coja y la silla desvencijada, donde niños aun, recibíamos los dos muchachos lecciones de amarrar un caballo á la puerta de la casa que nos daba el tuerto José María y el cojo Sininainas....¿Ya usté ve como hay pruebas para confundir á usté?—¡Durán!

—Señor....

—Usté que es el palito de mi jeringa, llévese usté al señor á la càrcel hasta que le entregue á usté diez pesos, por purito llamón.

No cabe duda; es más fácil sacar á un judío de la inquisición, que á un preso sin que suelte la mosca blanca.

¡El *ciudadano* está en la cárcel!

¡Oh pueblo! ¡oh pueblo! ¡paciencia! recordad aquel ejemplo de Periquillo cuando estuvo en el hospital; recordad las palabras del lego Juanino, quien con una jeringa en la mano decía, poco más ó menos: «Volteese, hermano, y recíbala cnan caliente pueda, que en esto consiste su salud.»

—«En el nombre del Padre!....

—!Ay, ay, ay ¡me sofoco¡

—«En el nombre del Hijo!....

¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay! Por el amor de Dios! no llame su reverencia al Espíritu Santo, porque grito, me sofoco y estornudo....

Nuestro pueblo tose, se sofoca y estornuda con la jeringa de caballo frisón que tienen las autoridades.

I.

CREPUSCULO BOREAL.

NUESTROS PROPOSITOS.

Nada nuevo es en nuestra patria la aparición de un periódico.

Al acercarse una crísis circulan impresos callejeros de todas dimensiones, más ó ménos interesantes para la sociedad, en que los partidos de todos matices, y hasta las facciones tienen órganos y organillos que publican sus ideas y muestran sus tendencias. ¿Cómo podríamos nosotros permanecer indiferentes á ese certámen de la inteligencia, cuando hemos sentido los aguijones de la idea, los ímpetus de la polémica y los regüeldos del tiempo en la lucha de los comicios, ¿si percibimos la aurora de una era novísima?

Primero habrían de predicarse sermones sin citar á los Santos Padres, que una administración dejara de sufrir los halagos de nuestro afecto y la jabonadura de nuestra esponja. A imitación nuestra, otros ingenios preparan sus plumas, aguzan las saetas de su aljaba y estiran el nervio de su arco. Ya veremos cruzar ante nuestros ojos, como en procesión, á los santos y viejos apolillados de todos los círculos, vestidos de día festivo, tiezos y encolados como *dandys*, que dirijen sus pasos á un besamanos; figuras animadas por la luz de una linterna màgica; todos llevan su felicitación como una ofrenda al nuevo ídolo, pregonando sus virtudes. Estos son los *gallos* que cantan la alborada, las variaciones del tiempo y el cambio de Estacion. Por eso vemos sin inmutarnos el fermento de las pasiones y la demencia de los partidos al ver los inciertos resplandores de un sol que se ocultó, y la luz crepuscular de un sol naciente. Sancho Panza lo decía con acertadísima experiencia...... "Los días se siguen y no se parecen."

¿Cómo pensar así cuando vemos periódico-satélites de un ministro que *mamaron* á su sabor y que se *zabullen* para aparecer después con otra màscara; y aun otros que vuelven la espalda à su planeta porque llegó á su ocaso?

II.

CANDIDATOS Y CANDIDITOS.

NO ES TODO COLOR DE ROSA.

¡Qué lecciones nos da la experiencia! Muchos llegaron como apóstoles á la hora de la *cena* y se retiraron á la hora del *prendimiento*. Cada periódico tiene por valuarte la Constitucion; como visual, el encaramiento de un hombre cuya sombra buscan; como vehículo la publicidad; como fin, hacer la propaganda de sus teorías, de sus nociones y hasta de sus sofismas políticos. A nombre de la patria, invocando los principios más severos de la austera moral, halagan las buenas y las malas pasiones; algun escritor se viste con el ropaje del arlequin; oculta la cara con antifáz carnavalesco; ostenta las insignias sacerdotales de un culto idólatra; se asemeja por ejemplo à los adoradores del fuego en el Indostán, ó á los israelitas ante el becerro de oro, para esclamar contra él altar que un nuevo Jeroboan había levantado...... «Constitución, Constitución, esto dice el SEÑOR: he aquí que nacerá un hijo de la casa de Oaxaca, que se llamará Josías, y hará degollar sobre tí á los sacerdotes de los altos lugares, que ahora queman incienzos sobre tí.» Estos gastan su parque en escaramuzas y se lanzan al océáno de la política en un débil esquife. Desde luego ostentan lauros de un triunfo en combates ficticios, como el ingenioso manchego; otros llegan escondiendo el rabo según decía Lope de Vega en la gatomaquia:

«............por hacer la carambola
Tapan las inmundicias con la cola.»

Al entregarnos á las labores periodísticas, procuraremos limpiar nuestras gafas sólo por *ver claro* y no dar un traspié; somos miopes, y á manera de los ciegos conducidos, tendremos por lazarillos á la pública opinión.

Dirigid, lectores, la vista à los horizontes de nuestra patria donde alumbran como faros mil periódicos, núncios de la prosperidad de México; ved la penumbra que oculta los destellos de antorchas que se apagan; desgraciado el hombre que fué deslumbrado por aquellas luces; desgraciado del que fué *candidato* si no tiene un periódico que le entone la elegía de los muertos, una hoja suelta que le sirva de *paréchute* en su descenso: caerá como aerólito, cual exhalación que brilla que se apaga y que le saludan las silvas....—¡qué decimos!—los silbidos de los antagonistas, y los de una estudiantina precoz. Ha pasa-

do á ser axioma un modismo indígena, "no es lo mismo virey que te vas, que virey que te vienes."

Para el que saborea los postres del festín en una victoria electoral....¡hossana;! millares de incensarios; para el que desciende a la tumba del olvido....un postillón de la muerte que conduzca su ataud en carro fúnebre. Aquí es oportuno citar un arpegio del cantor del desastre de Roncesvalles...."¿Cuàntos son?.. .uno, diez, mil, un millón, millones de millones.—Y ahora, cuando el ángel enlutado de la derrota va á contarlos... ciento, diez, uno, ninguno."

Desde el periódico ultramontano que sueña con las ideas del retroceso, hasta el que se pasea en las regiones imaginarias del ultra-demócrata y seudo-liberal; desde el libelo de oposición sistemàtica, hasta el cantor melífluo de las proezas de un ministro, todos se inspiran en la conveniencia, en la privanza de un valido. Nosotros sólo aspiramos á ser, ni tan amigos de un hombre que le entonemos con voz de *falsete* una laudotoria, ni ofrecerle el *sahumerio* de tal modo que pudiéramos herirle la cara con el incensario, como decía Fígaro.

Algo nos han de servir las lecciones morales y filosóficas que recibimos en el teatro; por esta razón, cuando leemos un periódico que convierte con juegos de prestidigitación en *virtudes*, los que la sociedad condena como *vicios* en un funcionario, y se le tributan con salterio de oro entusiastas salutaciones, viene á nuestra memoria la figura grotesca de aquél personaje, Hércules 2 º el célebre, y que al percibir el olor del incensario y los más fervientes halagos á la vanidad y á las pasiones, exclamaba complacido: "Me agrada este hombre porque no es adulador."

Surgiràn multitud de cuestiones que hieren los intereses de la sociedad; en vez de buscar en el terreno eriazo una solución conveniente, llevaremos nuestras quejas al oído de quien pueda remediarlas. Si el encargado del Poder Ejecutivo comete errores, creemos procurarà remediarlos al conocerlos, porque no es en ningun caso enemigo de sus gobernados. La restringida libertad de escribir que sancionan las leyes en la actualidad, es suficiente á nuestros propósitos.—Queremos ser *justos* y deberemos ser *imparciales*.

III.

FANDANGO Y SERENATA.

Falta en nuestra sociedad un periódico que sin tocar los extremos, caiga à plomo, obediente à las leyes de la gravitación; un folleto newtoniano, cuerdo y prudente, que al atacar, no *conspire*; que si defiende, no *adule*. No perderemos de vista este apotegma para inculcarlo en la mente de nuestros gobernantes, tan sabio como las màximas de Manú. "De tu amigo la *censura*; de tu enemigo, el *consejo*.

Todavía se encuentra caliente, acaso palpitante, un hombre que muere políticamente; un hombre cuyos desaciertos en el *poder* son patentes; si acaso sufriere nuestra censura, será tocado como por incidencia; nunca le arrojaremos el arpón de nuestras quejas cuando descienda á la cripta del olvido. Hay algo de cobardía en herir por la espalda á quien no puede defenderse; jamás realizaremos este sarcástico pensamiento: „A moro muerto, gran lanzada.„

Al compás de nuestra *viola*; armonizando las melodías de nuestra *bandurria*, podríamos decir también, de nuestra *murga*, invitamos al zapatéo á nuestros amigos de antaño, á nuestros colaboradores, solidarios en la vida progresista. Veremos si su paso y contra paso, si el balanceo, si el repicar de sus tacones en el *jarabe nacional* es tan gracioso como en otro tiempo fué, ó si han sufrido, como la crisálida, una metamorfosis; si formaron del *palomo popular* unas boleras manchegas.

¿A dónde dirigiremos nuestros tristes ojos en busca de una cabeza que si intentamos rizarla no la encontremos calva y tiñosa? ¡cabeza que no oculte sus protuberancias liberales un pelucón formado con pelos del difunto retroceso? ¡Ay! ¡cómo suspiramos por los tiempos de Don Benito! por aquella época en que cada *mochuelo* estaba en su *ovillo*, ¡Pero hoy....!

Los que esperen encontrar en nuestros escritos la acritud apasionada, se engañan demasiado; cuando más, unas gotas amargas para dar sabor al brebaje; una poca de goma arábiga con almibar; una dósis de sal àtica, y algo de pimienta y clavo para saturar los manjares á fin de provocar el apetito. Apénas nos acordaremos del pasado. Todo puede hacerse con las bayonetas, menos echarse sobre ellas; hay hechos consumados semejantes á las llagas denominadas *noli me tángere*, que si se desciudan, se agravan; que si se les cura, matan.

Recibid nuestros párrafos con beneplàcito ¡oh lectores, llevaremos á vuestros hogares las noticias de los acontecimientos nacionales con los dulces tonos del clarinete, ó con los argentinos del bandolón. No seremos un *sol;* no seremos una *estrella*; no tendrán nuestros escritos la brillantés de esa constelación que dirige al práctico piloto; pero, ¿serà muy exagerada nuestra aspiración si sólo queremos esparcír la fosfórica luz de una luciérnaga? Somos humildes; ya lo ven nuestros lectores; poco es lo que deseamos; su atención y su benevolencia; una sonrisa de quien nos lea y nó un gesto de desaprobación; pedimos lo que los enamorados platonianos á su *caro tormento*; una mirada benévola, y una amable sonrisa, término medio entre el amor y el desdén.

VI.

RELIQUIAS CONSTITUCIONALES.

PARABOLA.

Mandaremos embaldozar con asfalto el pavimento de nuestra redacción, para que sea màs sonoro y acompasado nuestro zapateo. Una *estrofa* y un *estribillo;* acaso las *seguidillas* de un poeta burlón, y las *boleras* bailadas con el desgaire de una manola; á todas horas se oirá la *justicia* cantada en tono festivo, para que nuestros lectores nos manden sus plácemes con estas ó idénticas palabras: "Salud y pesetas, y fuerza en las castañetas."

Advertimos con tiempo y con modestia, que somos profanos en la música; que desconocemos el punto y contrapunto; somos *líricos* nada más; si nos *desafinamos*, no faltará quien nos haga entrar en tono; si nos *descarrilamos*, el temor de un vuelco nos hará entrar á la vía.

Aquellos que tengan un remedio eficaz para curar las llagas á la patria, que lo muestre luego; nosotros seremos los tópicos oficiosos; no pretendan que se les adivine el pensamiento. Sería calificado de insensato el médico que al desaprobar el régimen curativo de otro, no mostrara que el suyo es más eficaz.

¿Faltarán en México hombres de buen intención que quieran sacarnos un día del atolladero en que pudiéramos caer y mostrarnos el vado practicable en el río proceloso de la situación actual?

Cuéntase que un viandante conducía un jumento cargado con mercancías que eran su único patrimonio; atravesaba un gran río, turbio y cenagoso; el animal se hunde en el atolladero, y el agua le llega hasta el cogote; el viandante se aflije, llora y desespera; en su desconsuelo invoca el auxilio Divino.

—"¡Dios mío, *sácame* este burro! ¡Vírgen Santísima, *sácame* este animal! ¡San Pelagio! ¡San Benito! San Sebastián¡. . . ." El animal y las mercancías cedieron á la impetuosidad de la corriente, y rodaron al abismo.

Algunos días después llega un andalúz *porfiado* y testarudo que había pasado sus *días* en caminos tortuosos, y estaba acostumbrado á dominar las ondas: quiere pasar el rio con su pollino cargado con las reliquias de familia, pero como el de su antecesor, se hunde; el andalúz lanza sonoras interjecciones y jaculatorias tabernarias; llama en su auxilio á las furias infernales; blasfema y suministra al animal garrota-

zos de ciego con su *palo blanco*, aquí le ayuda á levantarse; allá le estira las orejas y solivia la carga; grita y se enfurece, *pero le ayuda;* no escasea sus llamamientos à Lucifer, á Belial, á Belzebut, á esa cohorte de réprobos celestes que todos maldicen con poco criterio, pero que también son buenos amigos, y á veces buenos aliados para sacar de apuros: multiplica sus esfuerzos, y ayudado de la corriente llega á la orilla; salva al pollino y á las reliquias que heredara de sus antepasados.

V.

DISCOLERIA CELESTE.

MORALEJA.

Dios, allà en el cielo, rodeado de su augusto poderío, ve abismada á la cohorte celestial; los querubines, tristes y mustios, no revolotéan al rededor de su trono; desconsoladas están las gerarquías; sorprendidos los ángeles y arcángeles; gimiendo las vírgenes y las potestades. Algún santo muy justo, pero que tuvo la cobardía de negar tres veces á su Maestro, y que hoy desconfiaría también si otro gallo le cantara, exclamó:

—¡Asustado hasta no más estoy con lo que de ver acabo! ¿Ha huido la justicia de esta Mansión dichosa? ¿Al Dios Omnipotente le plugo cambiar ya los atributos de su Esencia? A un infeliz viandante que invocó el Nombre de Dios, dé la Virgen y de los santos á quienes hostilizó, se le deja perecer; y á un andaluz desalmao, porfiao como ninguno, que llamó en su auxilio á los demonios; que ni una sóla vez se acordó de nosotros, permitísteis.... ¡oh Dios justiciero y tres veces santo! que se salvara.... ¡Ooooooo! Hágase, Señor, tu voluntad.

Dios, haciendo á un lado la Magestad Soberana, y acariciando la *calva* del que fué la primera piedra de su Iglesia, le contestó:

—Ven acá, Perico......

En verdad te dijo, ¡oh justo! ¡oh astuto apóstol y precavido discípulo muy amado! que así es de justicia. El andaluz del *palo blanco* hería y blasfemaba, pero no desesperó jamás de la salvación; él ayudó y alentaba á su jumento; le ministraba palos y combatía á las olas; he querido salvarle porque lo merecía su esfuerzo; he querido librarle.... porque me dió mi Omnipotente gana! No así al perezoso que anticipó su paso por el río; ¿qué era lo que pretendía el.... inocente? ¡friolera! nada menos que descendiéramos al fango, y le sacáramos al burro.... ¡YO y mi Madre!

Nosotros admiramos esta parábola, y aprovechamos su oportuna

móraleja. Os invitamos ¡oh lectores! á que unais vuestros esfuerzos á los nuestros para cruzar la peligrosa situación de nuestra patria, semejante à un río turbulento y cenagoso. Tened fe en el porvenir; no desespereis de la salvación de la República, como no desconfió el andaluz *del palo blanco:* ayudad á los trabajos de la regeneración. No pretendais que un sólo hombre y su querida madre salve de un naufragio al pollino que carga las reliquias de la Libertad, de la Constitución y de la Reforma.

PAN Y TOROS.

Desde el día en que uno de los diputados al Congreso general levantó su voz pidiéndole la prohibición de las corridas de toros en toda la República, fué derribada la plaza en la capital, y extinguidas en muchos Estados. La luz de la civilización penetró en la mente de muchos de los gobernantes, y fué acojida la idea con verdadero entusiasmo.

"El Imparcial," periódico de España, tributó un elogio al autor de la inicitiva, dando lugar en sus columnas al discurso con el que fué apoyada la proposición. Mas hay que tener en cuenta que los pueblos van siempre en pos de la novedad; que son veleidosos los hombres que rigen à las sociedades, y que por esta causa se convirtió tanto entusiasmo en fanatismo furioso por restaurar esa bárbara diversión. Nada hay más vigoroso que la acción de las reacciones.

La rasa de Atenco está de pésame, y ve de nuevo los chuzos, las zaetillas, capas y espadas como el signo de muerte. Por una plaza que se derribó en la capital, se lenvantaron cuatro en su derredor para proclamar la cultura de México. El Huizachal, Texcoco, Tlalnepantla, Cuautitlàn, Toluca, llevan en alas del vapor á la muchedumbre ávida de sangre y de cuernos; el mugir del toro que presiente su martirio forma un duo con el gemir de la locomotora. Gaviño muere en las astas aceradas de un cornúpeto, y se diseca la cabeza del toro para ostentarla como un trofeo; otros varios toreros son muertos ó heridos, y nada habla á la razón de los pueblos; ya no son suficientes Ponciano y el Mestizo, y viene Machío, Cuquito, y otros muchos españoles á buscar *pan* y *toros*, para traer à México la teoría de Jovellanos; á uno de estos le oímos decir que los toros no saben dar más que *dinero* y *cornadas*; así contemplaba la horrible herida que lo llevó al sepulcro.

Como si no fueran más que suficientes los instintos salvajes de nues-

tros compatriotas, y los toreros que por todas partes se cruzaban en busca de cornadas y dinero, brota del suelo benigno á las corridas taurinas una pléyade de artistas diestrísimos. Mazantini levanta la bandera, ostenta las insignias de gefe de cuadrilla, y se exhibe bajo precios fabulosos en la culta capital para mostrar sus habilidades. El furor de verle y admirarle raya en delirio; lo más selecto de la sociedad está allí; el orc y la belleza se dan cita para cubrir con un velo el pasado, deprimir los nobles sentimientos de la mujer, y rendir homenajes al arte.

La plaza es suficiente para contener en sus límites á la ilustrada concurrencia; se apodera de todos un vértigo; suena el clarin; los rostros estan lívidos; sale la fiera pequeña, y la grande lanza un grito de admiración y de espanto. El toro sale y embiste débilmente à picadores y caperos; recibe varas, le ponen banderillas, y al fin, después de muchas estocadas, el toro es degollado por la mano de Mazantini, como las víctimas de Herodes por los verdugos.

El resto de la *corrida* salió mala; se le excita, como al Ministerio la oposición, y ya no embiste. Para que no haya pleito basta que uno de los dos combatientes no quiera pelear.

Las Recuas de Antaño.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Los que peinamos pelucón ó reteñidas canas; los que no nos hablandamos con dos hervores; los que llevamos á cuestas poco más de medio centenar de calendarios, hacemos comparaciones, recapacitamos y se nos escapa un suspiro más hondo que los que exhala un patriota bocabajo....

Aquello sí que era una maravilla; ¡qué triquitraque de los ferrocarriles, ni qué ojo de hacha, donde se oían los relinchos y el piafar de las mulas! ¡cuándo fueron más sonoros esos himnos de la civilización, es decir, esos clamores del vapor, que las canturrias picarescas del arriero; ni el chirrido de las chimeneas, como era poético el gemido de las mulas al llegar al paraje hospitalario.

Jamás fué tan sabroso el chamuscado "biftec" bajo los árboles del Tíboli como lo era la *martajada*, la borona de maíz picado, que hacía el atajador con sus manos de anoche y las habichuelas en sancocho que se deboraban con hambre canina á la luz de las estrellas, ó con un frío que congelaba la sangre. Entónces no había zarzuela, ni óperas bufas, ni acróbatas, ni prestidigitadores, que cambian el escenario, que po-

dían hacer subir y bajar gobernadores por tramoya. Es verdad que había saltimbanquis, payasos y maromeros diestrísimos que parecía se resbalaban de la cuerda, pero que jamás daban un batacazo.

Hoy existen maromeros que hacen piruetas en la cuerda floja, y caen; Gobernadores que se aflojan y se aflijen; empleados y funcionarios que al caer, buscan lo blando para colocar su cabeza y no desnucarse. ¿Lo de hoy se parece à lo de antaño? No cambiaríamos nuestros pasados goces por las distracciones de estos tiempos.

Una recua se componía del apostolado de mulas que guiaba una pacífica caponera: cada bestia tenía su nombre y su sobre-nombre, y estaba encargada de cumplir su misión sublime. Una llevaba las jeringas con distinto palo consignadas á los médicos y boticarios; ahora les vienen directamente á los administradores y visitadores del timbre; otra conducía el ruibarbo, la purga y el vomitivo de Le Roy, para curar jaquecas á las novias desdeñadas; y hoy la locomotora, por la vía ancha, conduce el cloroformo y la cocaina, que nos arranca la bolsa y la razón, para la Patti, la Bernard y Mazzantini, sin que nos *duela* el tremendo golpe.

Alguna de esas mulas era *la del jato* (hato) que conducía la pitanza; esta podría compararse à la tesorería porque confortaba á los arrieros à la hora señalada, como la tesorería alimenta á los parásitos.

Otra bestia era una yegua flaca, roñosa algunas veces, y que se le escogía para el oficio de caponera, porque no había concebido potrillo ni muleto; simbolizaba la castidad obligada, la templanza sin aliciente, la abstinencia sin tentaciones, como ciertas bellezas sin atractivo. Así son ni más ni menos los corifeos de los círculos políticos; son los verdaderos caponeros, porque van á la cabeza del rebaño, y llaman con destemplada campanilla para sentarse á su tiempo á la mesa, en un día de triunfo. La caponera sonaba el cencerro, y las mulas contestaban con un rebuzno, como Ministro cuando se le llama á cuentas; las mulas costestan al cencerreo con gemidos lastimeros, con un constante menear de cola. Así también hay personas que hacen fiestas con el rabo si se les llama con sus cascabeles el mandarín.

Las mulas estaban lustrosas, rechonchas sus carnes, revelando por su piel tersa y pelechada el brillo de la grasa. ¡Ay! Cómo nos complacíamos en contemplar las mulas bien cuidadas, y sus ricos atavíos! ¡Cómo admiràbamos la fuerza, revelada en pugidos, cuando llèvaban sobre los lómos las talegas repletas de dinero! ¡Si las hubiérais visto, apuestas con sus pausados movimientos! Causaban envidia con solo verlas, porque eran felices, y se mostraban satisfechas.... ¡Es tan *sabroso el fruto del cercado ageno*! ¡es tan nutritivo un buen pesebre!

Ah sí; pero nunca intenteis, si deseais conservar las ilusiones, quitarles la carga, despojarlas del aparejo, arrancarles la salea que cubre las poridades de su lomo, porque entónces... os causará náuceas. Imágenes fieles de comerciantes quebrados; de aquellos otros que no pagan sus libranzas, pero que llevan acuestas el fardo de sus mercancias con el aparejo fascinador de su crédito; no les quiteis, por Dios, la salea,

porque se descubrirán, como en las mulas, sus llagas y su pudredumbre.
El día que la recua se quedaba en la orfandad, mostraba su sentimiento con interminable lloriqueo: van y vienen, se niegan á comer y se retira de la pesebrera; ya no está en comunidad, ni le une el lazo fraternal; muerta ó ausente la yegua predilecta se dispersa, las mulas se juntan formando grupos distintos, hasta encontrar otra que las cubra con su manto.

Así sucede con los círculos políticos cuando les falta el candidato; se dispersan sus miembros, y no se juntan sino es cuando encuentran la horma de su zapato.

CONTESTACION

A UNA CARTA DE UN BAUTISTA QUE NO ES SAN JUAN.

Con el donaire que envidiara una manola: con el desenfao de too un monito republicano que viene de la Habana; y con aire de triufo como si hubiera sacado un judío de la inquisición, publica un colega la carta que un Sr. Bautista dirige con temple amistoso á un Sr. D. Sebastian. Esa misiva confidencial no ha quedado sin contestación, y nosotros que tenemos galgos de un olfato más sutil que el olfato del podenco de Ahucatlán, hemos logrado atrapar una cópia de esa contestación, y tenemos el propósito de publicarla, áun con el temor de parecer indiscretos. Natural es nuestra disculpa; los perioditas vivimos de las indiscreciones de los que no lo son. Héla aquí:

Al Sr. D. J. María Bautista.

Tu casa, etc.

Pepe queridote.

Celebrando como debo celebrar tus laudables deseos de mexicano, veo en tu carta vaciados tus nobles sentimientos de amigo y de patriota, y se transparenta el júbilo que has tenido al dirigirme tus consejos, ¡oh Pepe! Tú, á lo menos, no haces lo que otros de mis compatriotas, que me muerden á solas, me despedazan sin compasión, y no son para alumbrarme con su linterna el tortuoso camino de mi administración en estas noches obscuras; tú no eres un sol, Pepe; no eres siquiera una estrella; pero sí te veo relucir de tiempo en tiempo como una luciérnaga. ¡Considera cuànto no te he de estar agradecido!

Dices que hay una guerra desastrosa; que los Estados han perdido

su soberanía; que desaparecen las garantías; que la opininión pública me es contraria.. Ay! cuántas y cuàntas cosas, querido Pepe! ¿Qué podré contestarte sin herir tu suceptibilidad? Tú no eres tonto; no e-res lerdo siquiera, y bien debes conocer que todos los gobiernos del mundo tienen sus descontentos como tú; sus aspirantes como tú; sus patriotas esclarecidos y dementes como tú, y como tú, sus constantes declamadores; la cuestión política no está bien definida por tí, ni bien analizada; ésta puede concretarse en este pensamiento:

La cuestion es saber, sin gran trabajo
Quién ha de estar arriba y quién abajo.

Hay una guerra desastrosa que inician los defensores de la Constitucion en contra de la Constitucion. ¡Has visto, Pepe, cosa más rara! todavía no concluye mi período, y ya se pronuncian contra el presdente de la República, contra los poderes todos, contra la Constitución misma. ¿Crees tú que sea esto cuerdo en patriotas tan esclarecidos y constitucionalistas? ganas me dan de reir y de guiñarte el ojo como diciéndote; los que aman la Constitucion se pronuncian contra ella; conducta que tú y yo debemos calificar de inconsecuente, á no ser que tú dijeras como un poeta:

Unico dar que me degrada,
Es el dar en no dar nada.

Los Estados, dices, han perdido su soberanía... ¡la han perdido, desgraciados! ¿dónde podràn encontrarla? Espera, hijo mío, espera; no te mate la impaciencia: esos Estados de Jalisco, de Nuevo Leon, de Veracruz, de Tabasco, declarados en estado de sitio, no han perdido su autonomía, sino es en cuanto ésta se liga con la revolución y se convierte al Estado en conspirador contra el gobierno constitucional. No te rias con este símil, porque es oportuno; la nacion es una *laguna*; los Estados *patos* que graznan, se zabullen, nadan y vuelan; las facultades extraordinarias son como una especie de *jícaras* que vagan libremente para amanzar á los ánades; nadan á *volapié* Cevallos, Fuero, Carrillo, Baranda, Othon Perez y otros personajes. El *Siglo*, la *Voz*, y el *Pájaro* son *tiburones* y lobos marinos: la *Revista*, el *Federalista*, el *Eco* y el *Correo*, son los *bajeles* de agua dulce, y los dos Justos Sierra y Mendoza, Negrete y Mateos, Agustin R. y el impàvido Hilarion, son las *sirenas* peligrosas de ese lago encantado.

Se dice que los indios para cazar patos, nadan á volapié llevándo una jícara en la cabeza; se acercan cuidadosamente; cogen con pitas á los patos de las patas como si fueran ensartas, y sin ruido desaparecen de la superficie; hacen su *revolucion* debajo del agua pero á nadie inquietan; pues esto ni más ni menos les sucederá á los Estados revolucionarios; ya vendrá día en que se levante el estado de guerra y entren al ejercicio de su existencia constitucional. A los Estados ingra-

tos que conspiran en misterio, los cogerá el ministerio cual los indios á los patos.

Tú crees que yo soy impopular en la nación y que me falta la fuerza moral de los gobiernos. Así lo he creído algunas veces, cuando oigo la zalagarda que forma la oposición: y más de una vez me tentó el diablo para retirarme de un puesto que me hostiga; pero viene la revolución....¿es cuerdo separarme porque así me lo piden los descontentos? ¿Debo abandonar el puesto cobardemente? ¿Qué dirán entonces de tu discípulo, "de sudignidad y su decoro?" ¿No es verdad que sentirías esa mortificación tan parecida à la vergüenza?" No hagas mucho aprecio à la opinion públicn; ella es una especie de coqueta veleidosa que engaña con su falso artificio; considera que ésta es un sér abstracto cuya existencia y homogeneidad es muy difícil de conocerse; un círculo hablará de mí en términos muy desfavorables; otros serán menos severos y algunos otros notoriamente adictos.

Unos me dicen....¡sí! otros me gritan....¡no!—Esos son unos díscolos, envidiosos y malévolos, exclaman los primeros.—Esos son unos serviles, ministeriales y sanguijuelas, contestan los segundos....Yo miro azorado para todas partes, y no hallo á quién atender. Compadéceme, mi buen Pepe; me voy á volver loco. Quiera Dios no se realice este augurio de mi locuaz corta-pelos "estos señores, los ministeriales y los de oposición, capaces son de convertir al Presidente de la República, y à la mamá que los parió, en toro embolado." Ya ves, Pepe, que la comparación es grosera, pero es verdadera en el fondo.

Cada uno cuenta de la feria segun cómo en ella le vá; es preciso que los vocingleros no sorprendan tu candor, especialmente aquellos que "esperaban de mí grandes cosas," de los que creían que la patria era un eterno festín, y ellos debían ser los gastrónomos convidados. Esto me recuerda á dós famélicos que se veían con frecuencia, y el uno le decía al otro:

Eres glotòn, Amadeo,
Siempre en las bodas *te veo.*

En esas acusaciones hay una que me ha tenido en vigilia algunas noches....¡que no soy liberal! ¿y tú has podido oirlo sin dar á esos ingratos un soplamocos? ¿y tú cantas en coro ese estribillò, mi buen condiscípulo?—"¡Y tú también Bruto!"—Algo han calmado mis afecciones de espíritu algunas personas muy liberales que han vigorizado mi fé debilitada, personas hay á quienes manifesté mis dudas de si yo sería ó no conservador, y me contestaron con aquel cuentecito vulgar que nos contaba el rector...."Tú te llamarás Pedro, pero los andados los tienes de Juan."—Vd. será conservador, me dijeron con cierta songa, pero sus pasos son de liberal." Ya verás, mi querido Pepe, cual sería mi desilusión cuando yo he procurado no pertecer á ningún partido mientras sea presidente de la República. Y lo peor es que los con-

servadores se alejan de mí como si fuera un desertor de San Lázaro. ¡Dicen que me ha nulificado la presidencia! ¡á quién se lo cuenta vd. dueño adorado! ¿Pues á quién no nulifica ese puesto? sería preciso multiplicar los peces y los panes para contentar „á esos miserables que apenas tienen sentido común„ Ser querido, sería raro, si nada tengo que dar; ¿Presidente y popular? ¡cuesta á la patria muy caro! Dices que los amigos que me rodean no me quieren y me precipitan.... ¡Inocente de tí, Pepe! ¿de qué te sirve ese talento que Dios Nuestro Señor te ha dado? Precisamente mis amigos los enojados, á fuer de partidarios, querían constituirme en esclavo y en un títere, y yo no me dejé. ¡Con qué suavidad te me vas descolgando, queridote! así, así, temiendo ofender mi delicadeza, se te deslizan esas palabras, y yo tengo que quedarme con la píldora en el cuerpo, sólo porque eres mi compañero de colegio, y porque mis adversarios tienen placer de hablar por boca de ganzo.

Mucho temo que el tiro se te salga por la culata.

Ves que unos y otros de los contendientes invocan la Constitución de 57, y deduces que la guerra es por una persona.

—Yo á mi vez deduzco que estando de mi parte la legalidad, y siendo la revolución por persona, ésta no tiene razón de ser. ¿Has olvidado la lógica que juntos estudiamos? Me hablas de la situación de Puebla ¿Sí? ay, ay, ay, ay, ay....ya pareció aquello....¡Tú resuellas por la herida, Pepe del alma!

Al subir al poder dí un manifiesto, y en él un programa; ¡y lo he cumplido; ¿Qué no respeto el libre sufragio? ¿qué está prostituida esa institución de la democracia? ¡Pasmado hasta no más estoy con esa nueva!....

Todos los derrotados en las elecciones dicen lo mismo en todas partes del mundo. No hay libertad del pensamiento, esclamas con tal magisterio, que los que te oyen dirán que es cierto. Aquí se escribe hasta lo que no se debía escribir; se lanzan proclamas, artículos incendiarios, se denosta al Presidente, á los Magistrados, á Senadores y á Diputados; sólo santos no nos dicen, temiendo acaso que hagamos un milagro: ¡y no hay libertad de imprenta! ¡y no la hay, querido Pepé!—aahh!

Me valiera más el decir esto:
¡Ay amor, cómo me has puesto!

Velasco, del Palacio y Juvenal, hablan hasta por los codos; y para castigo de mis más negros pecados, hasta *Tancredo* ¡Dios mío! hasta Tancredo mete su cuchara. ¡Qué bien decía Dª Pancracia! ¡Cuando uno está de desgracia.......!

La libertad de imprenta no es una cota de maya para que se emboten en ella las flechas del poder por otros delitos.

Cuánto cacareas tu amor hacia mí, querido Bautista; me quieres como á un hermano, dices. ¿Crees que un amor tan almibarado y tan subido de punto, puede convertirse en caramelo? Yo digo para mí!.... ¡Zorro de todos los diablos!....

Mucho te sorprendía que en el Congreso se oyera esta voz-"Lerdo nó"-Necio de mí que creía que los diputados podrían decir *nó!* Hásta dónde pueden llegar los hombres por sus letras. Como diputado, bien podría decir un nó más redondo que un plato, ya se tratara de las leyes de roforma ó de otras; como Presidente de la República tengo que cumplir con las leyes y con la Constitución, y no he dado una pifia hasta hoy.

Concluyo esta carta dàndote las gracias por los consejos de la tuya.

No me dejes de la mano, querido Pepe: tú serás el eco misterioso donde resuenan las quejas patrióticas de los descontentos; tú serás mi oràculo, mi Pitonisa; tú serás mi lazarillo. No me retardes tus saludables consejos.

Tu amigo y condiscípulo.—*Sebastián.*

He aquí una prueba latente de que el Sr. Lerdo no deja sin contestación las cartas que se le dirigen. El señor Bautista estará mas contento que un fraile en una proseción. He lanzado un cohete á la Congréve, dirá: mi condiscípulo estará para perder el juicio; los lectores de mi carta se desternillaràn de risa.

Después de lo que antecede, vuelvan vdes. á escribir otra carta, que no iràn á Roma por la respuesta

CONTESTACION

Á OTRA CELEBRE CARTA DEL MISMO SEÑOR BAUTISTÁ.

México, 1 º de Julio de 1876.

Mi antiguo camarada.

¿Cómo es que de tantos años de silencio vuelvo á tener noticias de mi querido cadete en democracia, de mi incomparable y tierno recluta en ideas liberales? Al recibir la estimable carta de vd. dí orden al cabo Tragabalas, portero del Ministerio de la Guerra, para que yendo al cuartel más inmediato, mandara tocar dianas en conmemoración de semejante hallazgo. Eso de tener en mis filas un mosalvete que dragonea de erudito, y que escupe por el colmillo en rueda de sargentos, es un acontecimiento plausible; eso de ver que un querido mocoso de antaño se me encarama á las barbas pidiéndome explicaciones sobre derecho administrativo, es para que un general como yo se vuelva bolas sin saber qué contestar. Me pone vd. en tal aprieto, mi buen amigo, cuando quiere vd. que yo conteste tantas y tan peliagudas pregun-

tas, que desconfío de poderlas satisfacer; pero así son los discípulos aprovechados; á fuerza de estudio, aventajan en saber al mismo maestro; y el día en que más descuidados estamos, sorprende aquel nuestras avanzadas, mete una columna cerrada de argumentos, asalta nuestra razón en sus últimas trincheras y concluye por desalojar nuestra convicción de su fortificado recinto.

¿Con que vd. se ha metido á cartujo, eh? ¿Con que ese zaragate de Romero Vargas le amenazó con ponerle chaca si no pagaba vd. lo que debía ó lo que no debía? pues hombre, Romero Vargas no debe tener mal ojo cuando descubría en vd. aire marcial y espíritu guerrero; no más eso le faltaba à vd. para ceñirse la corona del martirio en esa bendita tierra de los reprimidos.

Consuéle vd., mi bueno, mi sufridísimo Sr. D. José María; vd. ha tenido en vida su purgatorio, como la han tenido otros muchos poblanos, porque esto les evitarà acercarse á las llamas del infierno. ¡Bien aventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos seràn hartos, hartísimos, tanto que no han de caber en ese Limbo tan decantado y que se destina á los patriotas regenerativos.

Bien puede vd. creerme; no me afligen tanto nuestras derrotas como esa serie no interrumpida de victorias que obtienen los insurrectos, y que nos hacen domir al aire libre como las liebres y con los ojos abiertos, en espera de nuestros triunfantes adversarios. Figúrese vd. que ya hemos hecho testamento, porque nos estamos ahorcando con un cabello; porque nos da el agua al cogote, y porque ya pasó el enemigo el Rubicón y está á las puertas de México.

Infiero, mi estimable Sr. D. Chepito, que vd. quiere lucir su erudición y darme un *gomitorio*, como dice Tragabalas, como quien intenta sacar municiones con sacatrapos; pues no me sorprenderá vd., porque tengo para contestar bien, y para aconsejar mejor, un espíritu selecto; nada menos que el capitán Matamoros que es el encargado de resolver cuestiones de tono y lomo. Yo, lo que soy yo, poco aprecio hago de cuestiones filosófico-constitucionales, pues sólo sé echar machetazos, y obligar á todo hijo de su mamà á caminar recto á paso regular y á no cambiar de rumbo; los soldados no tenemos màs código que la obediencia, ni más fin que morir al pié del cañon. Esto explicará á vd. porqué he mandado que las músicas toquen aires marciales, canten los soldados el Himno nacional, y que se destierre de los cuarteles "la mamá Carlota," canto bélico que al entusiasta Licenciado Riva Palacio le inspiró su esforzado patriotismo, ni más ni menos que otro predestinado D' Lisle, autor de la Marsellesa.

He oído decir desde niño, que gobernar democràticamente, es gobernar con un congreso electo popularmente, que dà leyes, y con otros dos poderes Ejecutivo y Judicial, que las obedece y ejecuta, cuyo orígen sea también del pueblo. Es así que con esos poderes populares se gobierna México, luego es demócrata el gobierno actual. Todos hemos protestado guardar y hacer guardar la Constitución, y aunque á vd. le sea difícil pasar esta verdad por sus anchas tragaderas, tendrá vd.

por bien ó por fuerza que apechugarla; dirá vd. que la tragará como quien comulga con ruedas de molino, pero nada importa; mucho será que logre yo, iluminado por un espíritu instructor, el capitán consabido, hacer penetrar un rayo de luz en ese umbrío entendimiento. Yo sé que entre las cosas más difíciles de este mundo, una de ellas es convencer á un obstinado.

Ustedes los regeneradores, y los renegados, á fuerza de estudiar los textos legislativos y constitucionales, han dado en interpretarlos y en cambiar su sentido, ya sea suprimiendo palabras, sustituyendo letras, ó variando hasta la puntuación para darles un sentido acomodaticio; esto me recuerda que allá en aquellos tiempos, cuando vd. ni pensaba dejar la cabra que le servía de nodriza, cayó bajo el dominio de mi instrucción militar un pobre recluta, indígena rebelde á la civilización y áun al idioma castellano; no fué posible hacerle comprender los Mandamientos de la ley de Dios, porque cambiando una letra decía todo lo contrario: *El quinto no matarás*, le decía yo; *el quinto lo matarás*, repetía él con aire marcial. *El sexto no*.... le aconsejaba yo santiguándome. *El sexto lo*.... se empeñaba en repetir, como si estuviera en campaña; y de esta demanda no fué posible hacerlo desistir. Aplique vd. el cuentecito y vea si en esta parte están satisfechas sus dudas.

Cree vd., mi alucinado discípulo, que hay una inconsecuencia en el Sr. Lerdo aceptando la reelección, cuando la nación está en contra de ella. Yo acepto la teoría de vd. y á las pruebas me remito; si el Sr. D. Sebastián, mi grande y mi buen amigo, no es aceptable por la nación, ella le negará su voto; válese que en nuestro sistema democrático todo funcionario es electo por la mayoría del pueblo mexicano; si este le niega su confianza y la deposita en otro, yo diré, yo confesaré, yo predicaré, en todas partes que mi discípulo Chepe Bautista tiene narices de alcuza y un olfato delicado para oler la pública opinión; máxime una vista de lince para ver los acontecimientos futuros. Quizá no venga diciendo vd. el estribillo de siempre "¡qué escándalo! se falsea la opinión del *verdadero* pueblo" ¡oiga!—¿y los que protejen la reelección, esos no son pueblo, ni tienen derecho á elegir? Ya vd. ve Sr. D. José María Bautista, que yo, inspirado por el capitán Matamoros, también tengo mis ribetes de profeta, pero no de profeta del pasado como vd. y que es cosa fácil de serlo, si no del porvenir, sí, del porvenir, en cuyos secretos sólo Dios y el diablo.

¡Inhumanos! nos llama vd., señor Bautista, porque hacemos la guerra; ¡inhumanos nosotros porque sostenemos la ley y contrariamos y batimos á nuestros adversarios! Los insurrectos no tiran con mortífera metralla, sino que nos envían un aguacero de besos y abrazos, y manojos de flores, y bombas de perfumes; este sí es un modo de discurrir muy ingenioso, muy supicaz, señor D. Pepe; esa profunda convicción deben haberla insuflado á vd. con jeringa nada menos que los pronunciados: ellos ponen el espantajo y luego se asustan con él.

No puedo yo comprender qué clase de alucinamiento es en el que

vd. ha caído cuando asegura que el Presidente ha faltado á su programa, y no se le debe respetar por esto. ¡Siempre la muletilla de costumbre! Yo sostendría que al primer Magistrado se le debe respeto, porque así se enaltece la nación que representa. ¿Podría vd. creer que los que servimos á la nación, incluso el Sr. Lerdo, no tenemos responsabilidad? nosotros creemos tenerla ante Dios, ante la patria y ante nuestros conciudadanos.

No por eso sea vd. cruel con nosotros el día que, triunfante la revolución, mande tocar la trompeta del juicio final el Sr. Gerónimo Riva Palacio y nos haga comparecer à jucio ante la magestad de un caudillo afortunado.... "¡Ay de vosotros escribas y fariseos!" dirán ustedes desde ahora por tentar nuestras flaquezas; "ay de vosotros los que colocais un mosquete y os engullis un cabello, Generales republicanos que ordenais combates, que servís al tirano...."!Oh! ese tiro sin puntería viene rectamente á mí como una bala perdida....pero yo les he dicho á mis amigos y al mismo Lerdo, "es eso una provocación; es lo que los jugadores de malilla llaman *arrastre falso*, para descubrir el juego de los contrarios....¡Si, ya voy, que me están peinando!—Esas bombas lograràn reventar sin abrir brecha: á mí me viene esa flecha, glorioso don Sebastián.

Usted bien sabe, Sr. D. José María, que á las revoluciones todas les dan principio los ladrones; las desarrollan los hombres de la idea, las sostienen los mártires en la fé, y las concluyen los guerreros afortunados; ¿qué estraño es que en las filas de los insurrectos se encuentren criminales del orden común, extraidos de las cárceles, y dignos del patíbulo? A estos, que tienen un campo bastísimo para que su traviesa inclinación pueda echar un retozo con agravio de la moral, se les debe aplicar, no sólo la ley de plagiarios; no sólo la ley del embudo, sino todas estas juntas: eche vd. una mirada á ese ejército que todo lo regenera, y se quedará patitiezo de ver muchas caras patibularias que han cometido los mayores crímenes; y no venga vd. presentando excepciones honrosísimas por muchas que estas puedan ser; pues si hubiera un plagiario nada más, nada más que uno, tolerado á sabiendas por uno ó más caudillos de segunda talla, ésta persona autoriza para que unos y otros lo llevaran al patíbulo, antes que nominarlo redentor de un pueblo oprimido, defensor de una causa santa.

Bien sabe vd.....¡corneta! que la patria no es tinaja de Guadalajara que tiene sus tapaderas. Donde haya de esta clase de malvados, allí debe caer la espada de todos. Si vd. cree sin apasionarse que al lado de guerreros esforzados han existido y existen esas panteras, aconséjeles que hagan su separo como el cosechero que aparta el trigo de la avena. ¡Con qué empeño se propone vd. hablarme de los tiranos! Para los revoltosos, todos los gobiernos son tiránicos; y también se incomodan porque se les castiga; aquí viene como de molde un pensamiento de un poeta favorito del capitán Matamoros.

"Si pongo una joroba en un retrato
Y lo mira quien tenga una joroba,
Dirá que he cometido un desacato."

¿Qué estraño es que hasta el gobierno más demagogo se le apliquen los epítetos màs denigrantes, y al Presidente más justificado se le com pare con aquel Felipe II? La historia nos revela que á un rey le llamaban sus vasallos, unos, Don Pedro el cruel; y otros, Don Pedro el justiciero. La posteridad ha hecho justicia.

¡Cuántas lisonjas Sr. D. José María Bautista! ¡Cuántas genuflexiones en un ladrillo para que yo le conteste y lo convenza de que està vd. en error! hijo mío, sería predicar en desierto; vd. tiene interés en el triunfo de la revolución, y sería perder el tiempo en usar razonamientos contra intereses; yo apreciaría tenerlo á vd. á mi lado; hacerme la ilusión de que es todavía un chiquillo, sentarlo en mis rodillas, limpiarle las naricitas y decirle en tono muy paternal y zalamero estas palabras: Pepito, eres incapaz por tu inexperiencia de comprender toda la elocuencia de mis palabras, pero fíjalas en tu memoria y recuérdalas en el porvenir; no te convencerás de tus errores, mientras tengas esperanzas del triunfo de la revolución; vacilarás en tus creencias cada vez que llegue á tu oido una derrota de los insurrectos; te darás golpes de pecho y cantarás la palinodia cuando veas que éstos ceden ante el peso de la opinión que los abruma: arrepiéntete pecador obstinado; vuelve al redil, oveja descarriada; modera tu furor, predica-sempiterno, y en todos tiempos tendrás abiertos los brazos de tu D. Nacho.

Ya pareció lo perdido.

Alegres como unas pascuas están las personas que son afectas á las fiestas religiosas y ahorcándose con un cabello, porque una imàgen escultural del Salvador se había perdido al remitirla de Querétaro á esta ciudad; las noticias eran que desde el 31 de Diciembre fué colocada en el Ferrocarril Central, y el santo no llegaba á su destino. Temían los siervos de Dios, que viéndolos con desdén, hubiera ido aparecerse à otra parte.

Se pusieron en agitación, y una lluvia de telegramas cayó á un tiempo sobre el escultor y los remitentes, y se trataba de nombrar una comisión olfateadora que siguiendo la pista al santo lo hiciera volver á este suelo bendito donde ya se le tiene preparada una fiesta. ¡Buen

chasco nos hubiera pegado su santidad, cuando todo está preparado para la bendición y para tributarle culto! Dejarnos con nuestros gastos hechos habría sido una descortesía. Al fin pareció lo perdido ¿Quién les parece á nuestros lectores que fué el dichoso Juan Diego que lo encontró? un Licenciado, á quien no le llegaba la camisa al cuerpo temiendo el extravío del santo que representa su santo nombre. ¡Albricias! ya lo encontró trasconejado, sí, en un furgón de aquellos que sirven para conducir toros de lidia á la capital, y que volvieron vacíos á su destino. Como el material rodante escasea, aprovecharon una jaula para remitir el cajòn, cuyo contenido se ignoraba....

Espléndida será la función de la bendición, del bautizo del Salvador, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús; el San Juan Bautista serà representado por el sacristán de la Asunción: el Jordán será esa misma Iglesia parroquial. Un apostolado completo de fervientes siervos son padrinos; no sabemos si resultarà algún Judas; todos son acomodados y creyentes; una docena de madrinas fueron convidadas; sólo una dijo *nones*, y eso no porque no le agrade repicar y andar en la procesión, sino porque al esposo no le gustan fiestas, ni bolos, ni arranques, ni desbocamientos.

En cuatro buenas cualidades se han fijado para escojer en nuestra sociedad el círculo matrinal; aunque no siempre pueden estar todas estas cualidades reunidas; que cada una tenga esposo complaciente, celo religioso, recursos abundantes para contribuir á los gastos del festín, y que se *llamen Pepitas*; de ese nombre tal vez no se pueda ajustar el femenil apostolado, pero la comisión olfateadora las busca con un cirio pascual y una linterna sorda. La Imágen está de enhorabuena; además del ferviente culto, los cirios y los bolos, que han de ser forzosamente de á onza de oro, se le obsequiará con una pepitoria.

Dichosos los bienaventurados, porque de ellos es, el reino de los cielos.

CATALEPSIA.

Hay épocas en la vida del hombre en que el sueño embarga sus sentidos, y en que al despertar puja, bosteza, y contrae los miembros como si quisiera alejar una afección nerviosa que le embarga la voz, el oído, la sensibilidad y áun los esfuerzos de la voluntad que lo induce à entrar en una vida activa.

Nosotros despertamos de ese sueño. Hemos soñado agradablemente

contemplando los triunfos de la democracia y los de la justicia ciega y recta.

Nuestra existencia se deslizaba entre flores, músicas y perfumes. Hemos tenido también sueños pavorosos en que han actuado tormentos inquisitoriales, la aplicación de la ley fuga, y hasta la condenación de nuestra pobrecita alma al ser arrojada á los antros plutónicos donde no se mira á Dios.

¡Oh desesperación! Llamamos entonces en nuestra angustia al cielo con todas sus gerarquías, y nadie nos prodigó una palabra de consuelo: entonces formamos pacto con el diablo á fin de que nos mandara su lucífera gracia; hasta entonces creímos en su existencia.

Alguna vez, variando el panorama de nuestro sueño, nos veíamos en la mansión de la bienandanza transformados en querubines, revolando cerca del trono de Dios, y dando alguna vez alazos á la calva de S. Pedro.

Otras veces, durmiendo bajo la desgraciada impresión de nuestros dolores, nos vimos arrebatados por la potente garra de Satanás para seguirle á su imperio, á ese Seno misterioso y aterrador en donde, según los católicos màs creyentes, deben habitar los grandes guerreros, los profundos filósofos y los inspirados poetas que han admirado al mundo.

Al sacudirse ese sueño que aletargó nuestros sentidos, hemos llorado algunas ocaciones afectados por el pesar y otras por la alegría.

¡Qué hermosa es la eternidad soñada! ¡cuánta magnificencia se ostenta en aquella gloria donde nadie rie, ni se queja, ni llora! allí no se sulfura el ánimo al contemplar injusticias porque no las hay, no se baten palmas para tributar aplausos, porque nadie los necesita. Cada cual se abisma en sí mismo y se sumerge en un Oceano de luz, de harmonía, de perfumes, de bienandanza.

¡Qué hermosa es la eternidad contemplada bajo el prisma de somnolencia! ¡qué grandiosa es hasta en ese imperio en que Luzbella 1 ª es el supremo imperante! allí no hay diablas tentadoras que seducen con su mirar ni encantan con su sonrisa; ni *mosca blanca* que crea las ocasiones de ejercer el soborno; (ya maliciarán ustedes entre quienes) ni estafermos que van á medias en los emolumentos con el que los nombra: ni virtudes austeras que hacen del honor una deidad profana, inútil y veleidosa.

Pero despertamos y volvemos á nuestra sociedad, como séres desterrados, para presenciar tantas miserias y tantas abominaciones, tantas llagas incurables de la patria, y cànceres estomacales que nos mortifican y no nos matan.

¿Es realmente aquí el suelo de nuestros antepasados, en dónde se deslizó nuestra infancia, dónde brillaron nuestras glorias, y en el que estrechamos las manos de gobernantes íntegros, de magistrados rectos, y de jueces que adoraban á la incomparable Astrea? ¿de funcionarios idóneos que tributan homenaje al renombre de inmaculados?

¿Porqué la bruma más intensa nos oculta hoy el templo de la gloria, el de la justicia, el de la razón?

¡Ah! ya no existe el papel sellado de santa, de gratísima recordación. Se fueron à fondo aquellos administradores que *recibían* amables y *entregaban* complacientes; que cambiaban los pliegos que tildaba el error por otros blancos y relucientes; había empleados de la renta que no tenían visitadores ni visitadoras.

Pero hoy se han inventado estampillas perforadas y con pegoste de clara de huevo y goma para adherirlas con babas á los alegatos que tienen que elevarse á respetables jueces y magistrados ¡qué suciedad! ¡qué falta de cultura! estampillas que multiplican el valor con el color hasta la sexta potencia, para llenar toneles de las Danaidas. Se ha creado también la importante plaza de maestro *al cémballo* que toca alegres sinfonías en un *timbre* que resuena con vibración argentina, ó aurífera: se le conceden facultades de mayoral para guiar á los *guajolotes* con un látigo que alcanza hasta la pared de enfrente, y se le pone en la mano los símbolos de su misión, es decir, una variada colección de jeringas de distintos calibres, según sean aquellos á quienes deben aplicarse: para los ricos de encumbrada grandeza, las anchas y nikeladas; para los pobres de humilde solemnidad y anchas tragaderas, las gruesas y confortables.

Existe una ley de Hacienda, escrita con tintura de cantáridas, que aplicada en la ánfula que levanta la ley del timbre, ampolla y cauteriza la carne viva. ¡Ay! es un remedio muy saludable.

Existe un club de papanatas, al que se emplea con modo y con promesas ilusorias, en sacar un carro del atolladeró; pero se le despide à la hora de las tajadas, cuando el redentor va á llegar con gloria y magestad, el mesías prometido, á repartir con asta franca las liberalidades que contienen los cuernos de su abundancia.

Pero ¿qué clase de sueño era el nuestro? nosotros no respirabamos, pero oíamos; carecíamos de sensibilidad, pero mirábamos; no ejercitábamos nuestros movimentos, pero sí comprendíamos; no estaba en acción nuestro exquisito paladar, pero sí olfateábamos, como zahorís, los acontecimientos; no era pues, un sueño; era la *catalepsia*.

Hoy están en pleno juicio nuestras facultades y nuestros sentidos, y olfateamos como sabuezos cosas maravillosas y las predecimos como las Sibilas de las Galias.

¿Qué consuelo nos dan nnestros lectores?

¿Nos quedaremos esperando esa era feliz? Ya percibíamos sus auras precursoras, saturadas por la nicotina; las Pitonizas de la regeneración olían à morfina y á tabaco en rama, y hoy nos muestran en lontananza el continente de nuestra dicha, pero......no muere todavía el Moisés que las conduce á la tierra de promisión: darán la vuelta huyendo de esa Babilonia que se llama Villa de la Encarnación, y al pasar el mar rojo, se ahogarán sus perseguidores.

Y correrá el tiempo; y volarán los siglos para que sean cumplidas las profesías de la prensa de oposición.

Arribará nuestro redentor en su jumento y será recibido con palmas y con entusiastas aclamaciones.

¡Bendito sea el que viene enviado por el señor para aliviar nuestros dolores y para curar nuestra lepra!

¡Bendito sea el que viene á remendar las sacas y las talegas del erario de nuestro Estado.

¡Abajo los despilfarros! ¡abajo la privanza de los hijos del cura!

Saldrán á latigazos del templo los mercaderes que lo han profanado; se equilibrará el sensible fiel de las balanzas con que Astrea reparte equitativamente sus dones. Y si esto no sucede ¿nó nos creeremos chasqueados y esperando á otro mesías verdadero?

Fueron muchos los llamados al festín por los corifeos de la oposición, pero ¡ay! fueron pocos los escogidos para sentarlos á la mesa: que se contenten con percibir el olor de las viandas y escuchar las dentelladas y picotazos de esas águilas devoradoras.

Ellos llegan como apóstoles de una nueva fe, inspirados por la longanimidad, á pulsar el salterio de oro, y à cantar como almas gloriosas el *Hosanna* y el *Te Deum.* Llegán más purificados por el olvido que lo que lo fueron los judíos en la Piscina de Siloé: no debemos temer que nos traigan la epidemia, como la corneja que la llevó á Italia, porque ya pasaron por las horcas caudinas del carbón pulverizado que mata la corrupción; del filtro que extrae las impurezas, y de la espumadera, que....así pasa el almibar diáfano que dá sabor y belleza al bienmesabe y à la conserva.

Por qué, por qué el redentor no quizo aceptar á los inmaculados patriotas que la ley de Hacienda convirtió en tópicos para curar los desaciertos de la administración? ¿por qué no han de ser dignas de la reminiscencia pública las instancias, las súplicas y las lágrimas de un Doctorcito que impetraba gracia y justicia en favor de los desesperados en la contienda, para que se les hiciera siquiera un cariño tribunalicio á los jurisconsultos del club?

Y se quedaron los anfitriones con sus gastos hechos.

Y se quedaron los inocentes leges juaninos (como los ángeles que salían en las proseciones, con las alas levantadas) con la geriga en la mano.

Y se quedaron todos con la esperanza fallida como los judíos que, anhelando su santo advenimiento, les salió el tiro por la culata.

Debemos cortar ya la tela da nuestras digresiones para evitar el cansancio con el relato. Tal vez en lo futuro cambiaremos nuestro estilo serio y gravedoso por otro más festivo y ameno, al entonar nuestras lamentaciones. Ojalá y tuviéramos al frente un antagonista con quien discutir, un cirujano que ministre los primeros auxilios de la ciencia al gladiador que quede vencido en la arena periodistica, y un padre Camilo que ayude á bien morir á la víctima cuando demos el tijeretazo maestro en la chapa del alma.

Lo que va de ayer á hoy.

ENTREMES.

INTERLOCUTORES.

Doña Circuncisión Tafella.—Don Deogracias Verdiguel.—Fray Robustiano.

ESCENA PRIMERA.

Deogracias.—Las doce: Aun no viene su paternidad à formar la tertulia de costumbre.

Circuncisión.—(Entrando con un periódico en la mano.) Dios mío! Dios mío! ¿y ha de apurarse nuestra paciencia? Vírgen de los desamparados! demen agua, demen agua.

Deo.—(sobresaltado) D.ª Circuncision! ¿por qué pega vd. semejantes gritos? se han pronunciado en la ciudadela? hay algun cataclismo?

Cir.—Vea usted, vea usted, don Deogracias; ya salió el Cascabel metiendo ruido, y poniéndonos como trapo nuevo.

Deo.—Cómo! ¿comienzan ya los periódiquitos, y la mordacidad, y las herejías? [de rodillas] Dios Santo, Santo, Santo! Santísima Trinidad¡ Angeles y querubines de la corte celestial!

Cir.—Ya, ya verán ustedes lo que le sucede á ese pícaro redactor luego que concluya su periodo y con él la inmunidad. Le hemos recetado nosotras las de la conferencia unas inyecciones con agua bendita para que se le salgan los diablos, y la sociedad católica una paliza con el hizopo ó con los ciriales.

Deo.—Corneta!

Cir.—Como que tiene la desvergüenza de juntar á Lutero y al señor Torquemada.

Deo.—Cuànta herejía alcanzamos en nuestros tiempos, señora D^a^ Circuncisión; y luego que ya nadie teme á las censuras de la Iglesia ni á las excomuniones. Fígurese usted que los impíos dicen que hacen tanto caso de las excomuniones como de los enojos de Memet-Alí.

Cir.—¡¡No me lo cuente vd!! eso dicen ahora, pero ya lo verán con el diablo á la hora de los gestos.

Deo.—Si estos liberales no creen en el diablo, D^a^ Circuncisión; dicen que el diablo salió borrego.

Cir.—Impíos, incrédulos!

Deo.—Ya usted ve como han desterrado á los jesuitas; y no ha sido otro mas que el Presidente, que al fin salió liberal; lo mismo, lo mismo que el indio de mis pecados.

Cir.—Qué chasco nos hemos llevado, don Deogracias: ¡quién lo creyera! se lo dije á mi padre confesor, que al fin el candidato nos había de salir calabaza.

Deo.—¡Qué bien nos decía el Padre Chicoleo! yo le veo como á un Profeta.

Cir.—Cómo!

Deo.—Dijo en la sociedad católica que no nos creyéramos de él; que si lo elegían Presidente era para que el día ménos pensado no nos encajara aquí á los enemigos.

Cir.—Fígurese usted que las pobrecitas monjas están con el Jesús en la boca. ¡Qué han de hacer! ya dan sus saliditas á la calle para que las consideren exclaustradas.

Deo.—Con justicia, D^a^ Circuncisión, con justicia; ¡cuánta calamidad se nos espera! volveremos á los tiempos de la herejía. Ya el Padre Chupamirto nos dijo que había masones en esta ciudad.

Cir.—Silencio! pueden oirnos.

Deo.—No hace muchos días se les sorprendió una seña masónica á los liberales: ya sabemos cual es; cuando usted vea, D^a^ Circuncisión, que un liberal extiende su brazo izquierdo hácia adelante, lo dobla por la sangradera, colocando el puño frente del ojo isquierdo, y con el brazo derecho hace un ademán como de quien toca violin, muy especialmente cuando miran á un miembro de la sociedad católica, esté usted segurísima que él es un mason. También suelen cerrarse unos á otros el ojo cuando ven pasar à un gobiernista.

Cir.—Y qué me dice usted del matrimonio civil? Con qué fervor religioso, conqué uncion, con qué elocuencia digna de un Bosuet y de un Frayssinous predicó un padrito santo un sermon contra el matrimonio civil. Gritaba y se enfurecía, y á nosotras que ni nuestro mal nos daba. Habemos muchísimas que nos hemos quedado á la luna de Valencia en eso del matrimonio, y cifràbamos nuestras esperanzas en encontrar marido aunque sea civil, y vamos saliendo con que es írrito ese matrimonio.

Deo.—¿Qué me cuenta U., D^a^ Circuncisión?

Cir.—Va diciendo muy corajudo estas palabras del Espíritu Santo:

„malditos, malditos sean los que se casan civilmente.„ ¡Ay don Deogracias! se nos encrisparon los cabellos de puro terror; ya nos parecía que una legión de diablos venía por los elementos y nos llevaba á todas y sólo se escapaba el orador. Aquello era un campo de Agramante. Unas lloraban, otras se retorcían, otras se desmayaban. ¡Adios esperanzas de matrimonio! ¡adios cura civil! ¡Muchísimas gracias Santa Rita de Casia por tus favores! has hecho un pan como unas hostias.

Deo.—Se han quedado las solteronas diciendo ¡miren qué caso!

Cir.—Y el padrito se apeó del púlpito dejándonos en un mar de lágrimas, y lo que es peor, sumidas en el infierno. Según el orador se nos convertirían los aretes en víboras, los „*sígame usted, pollo*„ en culebrones; las castañas de risos, en serpientes de cascabel y hasta esos ricitos muy monos que las niñas llevan en la frente, y que llaman „bésame aquí„ eran escorpiones y cocodrilos.

Deo.—Meduzas de nuestros días.... (santiguándose).

Cir.—Nos habríamos quedado en el infierno si otro padrito misericordioso no nos hubiera sacado de la mano á todas las lloronas.

Deo.—Que vengan ahora los liberales á contradecir la voz del Espíritu Santo; vea usted lo que dice un periódico liberal: „El matrimonio civil es un contrato que siempre se ha celebrado á nombre del Gobierno; antes lo autorizaba la Iglesia, y hoy se le retira esa facultad; la ley no prohibe que los cónyuges reciban las bendiciones de los ministros de sus cultos; al Gobierno poco le importa que todo mundo se case como se le antoje, con tal que ese contrato se celebre. Establecida la tolerancia de cultos es natural suponer que una pareja, de creencias disímiles quiera casarse, y entonces solo la ley puede autorizar esa unión como legítima. Càsense en buena hora los católicos como quieran, pero respeten la ley.„

Cir.—Basta don Deogracias; no siga usted leyendo esas herejías; quieren esos liberales saber más que los teólogos. No faltaba más sino que el manto de la religion había de servir de tapadera. (Doña Circuncisión se persigna para alejar un mal pensamiento; don Deogracias bostesa santiguándose y hace una reverencia á la Virgen de los Desamparados á quien arde una lamparita.

ESCENA SEGUNDA.

Entra Fray Robustiano con un royo de papeles.

Dios mande crecido bien
Y una fortuna no escasa
A esta dichosa casa,
Que yo bendigo también.

Deo.—¡Reverendo padre! ¡reverendísimo padre!—(Besando la mano y el escapulario.)

Cir.—Señor, venga usted en nuestro auxilio que antes de comer ya tomamos el café que nos ha ministrado el *Cascabel*.

Fray Rob.—Si al Sr. Gobernador le ha parecido mal ó bien el gallito de la otra noche, yo no lo sé; pero es natural suponer que no reprovaba los gritos sediciosos puesto que no castiga á sus autores, y se contenta con mandar negar los hechos. ¿Con que no regenteaba el ordenado gallo de botellólógos é hijos de la noche el Sr. Jefe Político? ¿conque nó? ¿y si nosotros lo probamos?—Candoroso é inocente redactor de la voluntad gubernaica, venga usted acá, hombre; no será la única pifia que usted dé si insiste en seguir ese camino de negaciones; diga usted que es cierto andaba la autoridad política en el gallo pero *guardando el orden;* diga usted que los borrachitos gritan lo que se les antoja, y que de esto no puede ser responsable el Gobernador. Esto sí puede ser una disculpa muy natural.

Deo.—No me toque usted á mi redactor, reverendo padre; vea usted que se ha refugiado en la política y pone à nuestra disposición su claro talento y su pluma de avestruz. Como que daba sus plumadas en aquel animalito zumbón llamado "Don Jicote."

Cir.—No es cierto; en ese papelucho sólo escribían mexicanos, y él es español; en su calidad de extranjero nada tiene que ver con nuestras cuestiones.

Deo.—El talento es un don que Dios concede á todos los hombres, y este tiene de brillar en todas partes ¿Acaso la ley le prohibe á un extranjero escribir sus ideas? No señor, la ley es benigna con el genio.

Fray Rob.—Ven ustedes lo que decía en el número 8 del "Jicote" á propósito de un paisano, y con un anagrama de su nombre,

"Hay aquí en Aguascalientes un español que porque tiene sus ribetes de poeta se ha declarado sabio, y como tal, enemigo acérrimo de la oposición. Este señor español charla mucho en contra de los jicoteros, y les adula un poco á los gobiernistas; mete ruido cada vez que el "Jicote" sale à luz; calienta á los fríos para que *se dén trompadas* con cualquier oposicionista; y toma parte en cuestiones políticas, que nada le importan, y sobre todo, si cuando tomara parte fuera en defensa del pueblo y para procurar su felicidad, no haría mal. Pero, por el contrario, siempre está deseando el exterminio, la guerra, la división entre los mexicanos, etc, etc., cosas todas de que debe huir un extranjero."

(Fray Robustiano se queda estupefacto. A don Deogracias se le cae la baba.—Doña Circuncisión inclina la cabeza, y los dos caen de rodillas ante la imágen de la Virgen, exclamando á dúo:)

¡Sol de los Desamparados!
Te recomiendo á "Don Blas"
Si le sacan sus pecados,
Pues no es de los descarriados,—
Descarrilado nomás.
Templa su lira sonora
Y su bélico rabel

Que tanto á Nacho enamora;
Si lo encandilas, Señora,
Le cuelgan el *cascabel.*

Fray Rob.—(Con aire de triunfo, pero poniendo los ojos vizcos como de quien perdona y no perdona, dice con énfasis peculiar del claustro este ascético soneto que se atribuye á Santa Teresa.

No me mueve, "D. Blas" para prenderte,
El mirar que al Gobierno has defendido;
Ni me mueve tu ingenio tan temido
Para dejar por eso de morderte.
Muéveme, sí, nomás, muéveme verte,
Por chísmes de cocina enardecido;
Conmuéveme saber lo que has mentido
Por librar al Gobierno de la muerte.
Conmuéveme tu afán de tal manera,
Que por gallo de estaca te tomara
Si mandarte mis flechas no temiera;
Un borrico será quien te creyera,
Y si el viento que sopla no soplara,
Lo que á Rey le dijiste, te dijera.

LA VIDA PARLAMENTARIA.

Zarzuela en varios actos por el poeta Cornetín; música del Maestro Cencerrillo.

SECCION PRIMERA.

El teatro representa el salón del Congreso. Una mesá presidencial. Varios cuadros que representan los siguientes atributos de la legislación: una *jeringa*, símbolo de las contribuciones y otros beneficios; una *mordaza*, emblema de la libertad de la prensa; un *embudo*, insignia de la ley. Un Crucifijo en la mesa colocado en mendio de dos ladrones, como el erario nacional.

Los diputados prestan la protesta teniendo solo una rodilla en tierra; la mano izquierda sobre una Constitución, con más agujeros que un arnero, y la derecha en el estómago.

Un miembro de la sociedad católica, que acaba de llegar de Portugal, es el maestro *al cémbalo* teniendo un hisopo con honores de batuta.—Oído señores; ¡á una!. . . . Y nadie se me mueve.

CORO DE DIPUTADOS.—(El eco repite las últimas sílabas.)

Juramos á la nación
Que habreis de ser nuestra norma,—*orma*;
¡Sacras leyes de reforma!—*forma*
Sublime Constitución!—*on* etc.
¡Oh pueblo! tu inspiración
Aliente á los tres poderes;
Si fallan nuestros deberes,
Dad con nosotros ejemplo;
Arrójanos de este templo
Cual Cristo á los mercaderes.—*eres*

PRESIDENTE. Coloquemos nuestras posaderas en la curul. (*Repica una campanilla.*) Abrase la sesión: Voy á echar la proclama de costumbre.

C. Gobernador: El pueblo queda muy satisfecho cuando el Otoño se anuncia con la vuelta de las golondrinas; nosotros le anunciamos la estacion de la prosperidad; nosotros, ángeles de redención: nosotros, pichones lesgislativos, que anidamos aquí para empollar tantos huevos, para hacer tantos beneficios que no han de caber por esa puerta, sabe el pueblo que lo amamos mucho, mucho.... hasta la pared de enfrente! He dicho; Puede hablar ejecutivamente el Ejecutivo.

EJECUTIVO. Señores diputados. Por la misericordia de Dios, vais á recorrer, en muy pocos días, el espacio inmensurable que hay entre la vida y la muerte, entre la cuna y el sepulcro. Ved cómo se han convertido mis cabellos en algodón; ellos se erizan cuando considero que pisamos sobre un volcán, que estamos al borde de un abismo Señores diputados, concededme una licencia; os devuelvo hecho tirabuzón el bastón de mi autoridad. He dicho.

(Aria de tenor cantada en *si* muy sostenido)

Ya me llega el gobierno hasta el cogote;
La ruda oposición hasta el copete:
No quiero que me llamen hotentote;
Como dice Sustaita,....bua....folote,
Si me truena la cámara ó el cohete.

DIPUTADO 1 º *Tiene, como si fuera León, su cuarto de hora de calentura: dirije la mirada á una inmensa barra ó Barrón que allí se encuentra. Aria de barítono.*

Heroé quisiste ser de una jornada
Por llegar á ese punto con decoro;
Llegaste, te dormiste, ¿qué hiciste? nada
¡Valeroso campeón! ¿llamaste al toro?
Pues sufre resignado su cornada.

DIP. 2 º —(*Mostrando una alma más grande que una Vega.*(*Recitando.*)

Delante de mí no pasan abrochados. No hay por qué aflojarse, ni por qué afligirse.

(*Aria de tenor de gracia*)
No temo la oposición
Cuando no tiene razón;
Nunca frunzo el entrecejo;
Yo salvo la situación
Jalando todos parejo:

DIP. 3 º —(*Queriendo enristrar la lanza para embestir á sus compañeros, como Santiago á los moros.*)

Ya percibo nubarrones rojos,—ya me ciegan tal vez tantos reflejos—de un astro que se eleva allà à lo léjos; (Coro de escribientes) ¿Lerdo nos pondrá verdes los ojos?

DIP. 3 º —La capucha nos vió como cartujos.
Saquemos la navaja como majos,
Paremos sus mandobles y sus tajos.
(Coro de escribientes)
Y que nos salve Dios si nos dan pujos

DIP. 2 º —(Recitando en tono de padagogo) Compañeros; no nos hagamos ilusiones; esos trabajos, yo los veo; tú los ves; aquel los ve; nosotros los vemos.......

DIP. 4 º —(En cuyas venas corre sangre helvética.)

La administración se desquicia si no damos un cambio de frente. Para dar un jaque al rey, como si dijeramos, al Ejecutivo, matemos á su reina, que es el secretario; comámonos un caballo que es el jefe político, y desalojemos al altil, que es el redactor del periódico oficial.

DIP, 5 º —[*Cuyo símbolo es una Aguila con una r en lo que se podría llamar la garra-pata,*

Propongo tambien un sofocón al tesorero municipal y al juez del registro civil.

DIP. 6 º (Se encuentra en un Rincón como sirviendo de Rodrigón á un arbusto pequeño; lee la preciosa novela "Otros hombres y otras obras."

ARIA DE BARITONO.

Diógenes me preste su linterna un rato;
Mercurio su tridente para un reto;
Yo los saco triufantes del aprieto,
Si ustedes quieren consumar un trato.
Traigo en el bolsillo un candidato;
De la cara, *jamás* ha sido prieto,
De la alma libertad, *jamás* fué feto,
A la patria, *jamás* ha sido ingrato.
El gobierno se encuentra cuasi roto;
Su rostro nos enseña cuasi enjuto:
Y espera satisfecho vuestro voto;
Más que resignado, está contrito....

CASCABEL. (gritando en la galería)
Y qué! ¿no habrá en el Congreso un bruto?
APUNTADOR. (sacando la cabeza por la concha)
¡¡Silencio, CASCABEL, porque hecho el pito!!

EJECUTIVO.—Van ustedes á concluir con mis creaturas más predilectas; yo no he de tener valor para escuchar su llanto; llamen ustedes á Rangel para que haga innovaciones; él trae en la mano un amanza-locos muy capaz de aplacar á ustedes, señores diputados,

DIP. 6 º —Miéntras discutimos si son galgos ó podencos, la enfermedad toma creces.-Señores, por las once mil doncellas, se nos encarama Portugal.

DIP. 1 º—Apesar de que Lerdo nos asegura que debemos estar seguros de nuestra seguridad, creo que nos pone la ceniza en la frente: Si no fuera esto ¿porqué tanto empeño en mandar á Portugal con una comisión innecesaria? Señores diputados! no sean ustedes candorosos.... Yo me marcho à buscar un cocinero para recibir á Rocha.

DIP. 3 º—Si yo soy candoroso y tú eres candoroso, aquel también es candoroso; en consecuencia todos somos candorosos.—A este recinto ya no se le debe llamar templo de las leyes, sino limbo que alberga à tantos inocentes.

ARIA COREADA.

EJEJECUTIVO.—Quién tuviera las alas de paloma;
De un reptil la ponzoña y la lanceta!....
¡Quién tuviera narices de profeta
Y olfatear si Lerdo nos embroma!
Si ordena mañana la mudanza,
¡Ya no hay esperanza!
En profundo olvido
Nos habrá sumido:

CORO DE ESCRIBIENTES.
Por culpa del zorro,
Del audaz cotorro;
No quisimos nombrarlo diputado,
Y ahora que ha podido se ha vengado.

(Tango final por toda la compañía.)
Jamás nos torture tanta pena....
Cubos de noria suele ser fortuna;
Hoy es opaca para nos la luna,
Mañana volverá su cara llena.
¡Esperanza más inmensa que ese cielo,
Tú eres el consuelo
De esta gran reunión!
Si la transición
Desafina el canto
¿Qué hacer entre tanto?
Buscar protectores á nuestro arte
Y marchar con la música á otra parte.

Los partidos personales.

Aparecen los hombres de la regeneración con el propósito de libertar á nuestra patria. Han sido designados por Dios para levantar al pueblo de su postración, y para dar muerte al tirano. Tienen de matar al Goliat de una sola pedrada, como lo hizo David según las tradiciones bíblicas.

Necesitaban colaboradores é hicieron sonar un tambor convocando caballeros en plaza para el torneo; tocaron la trompeta; tremolaron la oriflama; bajaron los puentes levadizos y al punto se vieron rodeados de gentes de todas clases; botellólogos, tahures, haraganes; hasta lactici nios, esos séres que no son carne ni pescado; pocos hombres sin tacha ocurrieron al llamamiento; todos armados de casco y de coraza. No faltaron en esas agrupaciones sacerdotes de Cibeles, ni la sacerdotizas que atizan la lámpara en los altares de otros dioses.

El pueblo gemía y no encontraba suficientes pañuelos para enjugar sus lágrimas; era posible morir de atrofía, de ictericia y de sofocaciones; podría también atrapar una de esas tisis que cabalgan y que galopan hasta exhalar el postrer aliento.

Se dice que María Antonieta encaneció en una sola noche: el pueblo en cuatro años había recorrido un gran periodo de su vida, desde la edad núbil hasta la senectud; así como el adolescente á quien consume una enfermedad diatésica, podría morir á pausas; ¡ay sí! podría extinguirse el pueblo como se han extinguido los clubs; y el club se acaba como el burlote del andaluz; no se murió de repente pero se fué secando, secando.

Colocados en el redondel los caballeros, buscaron al corifeo, al gran piloto; no encontraron màs que séres impotentes, sin aura popular, sin prestigio para levantar una bandera, sin luz propia para lanzarla como un sol; sin luz prestada para prestarla como la luna. Los caballeros estaban como los parásitos, sin raices y sin ramage. ¿Cómo no encontrar un hombre de fe sincera, de patriotismo que, fascinado por los esplendores del poder, consintiera en lanzarse al espacio como aereónauta? Allí estaban todos para favorecerle en su ascención, para formarle la

canastilla, áun para construir un para-caidas con sus brazos en el remoto accidente de un batacazo.

No encontraron á ese hombre.

Como un torrente de luz que se precipita por una claraboya; como fantasma patriarcal que invocan los afligidos, aparece un hombre venerable, vestido de blanca túnica como los sacerdotes druidas; hacía ostentación de una barba más larga que las angustias del municipio, y dijo con voz de profeta:

Hermanos míos y cofrades de este santo gremio; en vano buscamos al hombre que hemos necesitado, y siniestros augurios tenemos de que no lo hemos de encontrar. Se apagó por sí solo el cabo de la vela que encendimos á santa Rita de Cacia; rebuznaron nuestros borricos; cesó el canto del gallo á la madrugada, y estuvo entonando toda la noche el buho su acento de terror; por todas estas causas reunidas, la gente de honra y virtudes reelevantes se esconde ó se agazapa; todos huyen de nosotros como si nosotros fuéramos los postillones del cólera ó los nuncios de la viruela negra,

Yo traigo un precioso talisman que dono á este santo gremio; es la histórica linterna de Diógenes; á él le servía para buscar á un hombre; á nosotros nos servirá para encontrarle.

Encendióse la linterna y su luz lanzó el primer relàmpago y el primen trueno gordo; el rayo aterrador grabó en la pared, en caracteres caldeos, estas iniciales: D. C. M. L.

Quedaron aterrorizados aquellos adalides que profanaban el augusto santuario de la libre deliberación; aquellos sacrílegos, cuyos labios impuros habían libado el tequila rojeño en los brazos sacrosantos de la libertad y del popular sufragio.

Así sucedió en aquel tiempo cuando Baltazar, en el apogeo de su gloria y de su grandeza, rodeado de incastas mujeres, apuró el vino de la orgía en los vasos sagrados; allí se ofendía à Jehová haciendo sacrificios sacrílegos, á los dioses tutelares de los impúdicos placeres; y el Dios no conocido, pero sí revelado, ordenó al rayo que extendiera sus alas centellantes y dejara grabadas con caracteres de fuego aquellas aterradoras palabras.

MANE THACEL FARES.

Pasados aquellos instantes de terror, se designó á uno de los caballeros letrados, cuya carrera lo ponía en el caso de entender aquel geroglífico, y lo interpretó así: El espíritu de Diógenes proteje nuestra asociación y por medio de su linterna nos dice que nuestro hombre, nuestro candidato será el Sr. Dr.........

Un frenético aplauso resonó por todas partes.

La Providencia se vale de mil medios para revelar sus designios. Volta descubrió el galvanismo tocando con dos metales distintos, soldados entre sí, las piernas de una rana. Newton descubrió las leyes

de la gravitación al ver caer una manzana. Guttemberg concibe su grande invención porque ve en la arena las huellas que daja un mulo con herraduras. Un pájaro anuncia á Colón la tierra tan esperada.—Los descubrimientos salen al frente para decir á los hombres: "estúpidos; henos aquí:" Hoy, hermanos míos del santo cordón, un destello de luz nos ha indicado al hombre que necesitamos; estaba muy cerca de nosotros y no lo percibíamos; muchas veces nos ha tomado el pulso y examinado el *tomate del ojo* bajo nuestros párpados, y no lo conocíamos; le hemos sacado la lengua y nadie se ha fijado en que es un candidato y es el que nos conviene; el candidato que aceptamos; el candidato que sostendremos; nosotros, como si fuéramos esclavos, ó mulas, ó bueyes, tiraremos de su carro triunfal; lo rodearemos con nuestro prestigio, lo aturdiremos con nuestros gritos, y lo sofocaremos con nuestros besos y abrazos.

Y sin proferir una sola frase todos doblaron la rodilla, pusieron el morrión sobre el pavimento, y levantando la mano derecha juraron verter su sangre, gastar su dinero, emplear su tiempo haciendo la propaganda, y declarar ante la faz del mundo: que el Dr. era su hermano candidato.

Y la procesión se puso en marcha, adelantando un edecán que anunciara á toque de trompeta que iba á llegar la legión sagrada.

—Sean bien venidos mis amigos, dijo el candidato haciendo la señal de la Cruz. Salió á recibirlos ejecutando un padedú como si bailara cuadrillas tagarotas.

Aquella casa, santuario de la caridad y de las virtudes teológicas, cuyos rincones han recibido las bendiciones episcopales y el santoleum de los pobres enfermos, fué á ser impregnada por el olor de los clubs; por el aura anti-perfúmica de la política: era muy perceptible, aun para el olfato más rehacio, un olor á purito azufre.

Ocuparon todos los asientos, y el corrifeo de las batallas tragó saliva, y exclamó con acento profético: "¡Oh nuestro buen amigo, nuestro buen compatriota, nuestro excelente hermano: glotia y bendición!"

"La divina alianza pone á los pies del candidato el libre sufràgio de los hombres, el corazón de los pueblos, y, lo que es màs, las bendiciones de todos los que sienten los latidos de un corazón patriota.

"Os traemos la paz, como la paloma que se desprendió de la Arca santa para volver con una rama de olivo en el pico á anunciar á la familia escogida por Dios que de ella era el mundo: os ofrecemos estos brazos (y todos extendieron los brazos) os ofrecemos adhesión [y todos cruzaron los brazos sobre el pecho é inclinaron la cabeza,] os ofrecemos el voto de los pueblos para empuñar las riendas del Gobierno del Estado.

El candidato dió un salto, y del sofoco se desmayó. Todos ocurrieron á soplarle la mollera y à hacerlo respirar algunas sales. Luego contestó con voz apagada y haciendo una seña de inteligencia hácia la

pieza inmediata, como indicando que había gato encerrado, algún indiscreto que podría revelar lo que allí se dijera.

—Señores; yo he servido á la humanidad y he servido á la patria; mis amigos recibieron mil pruebas de mi cariño; si yo no he merecido un aplauso, tampoco he merecido un castigo ¿por qué vosotros quereis colocar sobre mis sienes una corona de espinas, un cetro de burlas, una cruz de sacrificios, y quereis, por último, hacerme correr descalzo por ese camino de guijarros hácia un nuevo Calvario? ¿Yo Gobernador del Estado?....¿Yo???—El candidato tosió, estornudó y se enjugó una làgrima.

—No, todavía no—exclamó haciendo pucheros un edecán, acariciándose la calva—No es usted un funcionario todavía; no; es usted sólo un *candidató*.

—Señores, yo no quiero ser un candidito....quiero decir, candidato....

Y la discusión continuó tan en secreto y á señas que sólo pudieron comprenderla los sordos, acostumbrados á leer en el movimiento de la boca y en la expresión de la mímica.

¡Qué tempestad, cielo santo!. era un aguacero de súplicas; un chaparrón de lágrimas; un chubasco de lamentaciones.

Todos seretiraron cabisbajos, cariacontecidos, como el perro que se comió el jamón.

El Doctor cayó desfallecido sobre su butaca y exclamó:

—¡Pobre humanidad! ¡Desgraciado Estado! ¡infeliz club que parece atacado de *elefantedásis;* y lo peor es que está comprometido ante la opinión pública para endilgar sus pases por otro sendero que no sean los vericuetos que recorre la administración actual; qué dirán los corifeos cuando el pueblo les pregunte ¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?

Recuperando su buen humor se puso à tararear su canción favorita, como el Duque cantaba su *donna inmóville*.

"Yo me casé con usté
Por dormir en buena cama,
Y ahora salimos con qué
El colchón no tiene lana.

Habían sido atacados los reductos, todos los bastiones donde podría hacerce una obstinada resistencia. El Cura sitió al papá para convencerlo de que su hijo debía dejarse echar la primera silla, pero sin grupera; la silla en que debía ginetear el club y hacer todos sus ejercicios ecuestres.

Lo puso en jaque sin convencerlo.

A la inquieta pobre se le regalaron juguetes, y hasta á Ludovico se le ofreció vestirlo de San Antonio de Padua, porque influyeran todos, y lloriquearan si el candidato ofrecía á los postulantes, en vez de jalea de punto de caramelo, sólo la calabaza en tacha.

El ataque fué simultàneo y estuvo á punto de caer la plaza en poder de los sitiadores.

Pero el "Fandango" dejó oir su zapateo, y dijo al candidato en tono de sermón, pero confidencial.—¿Qué seguridad teneis ¡oh postulando del alma mía! de que ese grupo no se os ponga en contra màs tarde? El erario esta en bancarrota, y donde no hay harina todo es mohina: desconfiad ¡oh neófito! de los ofrecimientos de los aspirantes á quienes alienta el espíritu de bandería: el hombre de valer no acepta postulaciones de club que huele á tufo aguardentoso, porque ellos quieren tener un esclavo en vez de un gobernante; todas las promesas, aunque sean sinceras, las engendra una esperanza; os pintarán el porvenir color de rosa para obligaros á aceptar, y cuando esteis en el puesto difícil y peligroso, os abandonarán diciéndote: agarraos hasta con los dientes, porque si caeis de seguro que os rompereis la nuca. Habeis sido campesino ¡oh postulado! permitid que recurra á un símil vulgar, pero exacto; sabeis que para obligar á un caudillo à ginetear un torete, se le asegura que es manso, dócil, de sobrepaso, y que no sabe reparar; más cuando el candidato está sobre los lomos, le dicen: "no te aflijas ni te aflojes, porque si te caes te matas."

Tales son los partidos personales. Despues diremos si la linterna sigue designando nuevos candidatos.

LAS ALTAS REGIONES.

SAINETE.

PERSONAS QUE DICEN.

D. Sebastián.—Lafragua.—Nacho Mejía.—D. Blas.—Pepe Dias Cobarrubias.—Pancho Mejía.—Gómez y Perez.

Violín concertista, Darío Balandrano.—Director de escena, Ramón G. Guzmán.—Primer bailarín, Juan José Baz.

Mú!. . . . muú!. . . . muuu!

Tiemple U. bien ese tololoche, señor Bablot; haber el tono. . . . Dice Balandrano con aire de prefesor experimentado.—Llame U. su-*sol*. . ¡no! ¡está muy bajo: ¡llámeme su-*fa*. . . ¡canario! más alto, más alto!...! llame su *mi*. . . . llame su-*dó*. . . . . Bien, bien, muy bien. Arriba, á una. . . . zás!. . . . . . .

La Orquesta toca la hermosa obertura "*Tus ojos serán dos flechas*"... por el maestro Vicente Riva Palacio, y un obligado à trompeta que toca Joaquin Alcalde.

ESCENA PRIMERA.

La escena pasa en un Palacio.—Pancho Novoa, haciendo mil caravanas á los que esperan audiencia, dice:

Señoritas y señores; el Sr. Presidente me manda anunciar á Udes. que anoche no recibió porque se fué al Tívoli, que hoy no recibe porque se vá al Tívoli, y que mañana no recibirà porque se irá al Tívoli. Buenas noches, y despejen ustedes pronto porque se apagarán las luces. Puf! puf! puf'

La escena se obscurece. Echa el pito el segundo apunte, Pedro Landàzuri, y se levanta el telón del fondo.

ESCENA SEGUNDA.

Lafragua. (cantando) Tú de mis lágrimas........

Nacho Mejía. (cantando)—Mambrú se fué á la guerra......mire U. mire U. qué tontera.

Pepe Cobarrubias. (leyendo) —Ni las flores aroma, ni melodía los pájaros, ni las mujeres virtud, ni los juaristas huérfanos esperanza... ¡Ooooooooooooh!

Lafragua.—Compañeros y amigos; en estos momentos está confeccionándose el pastel: lo siento en el alma! hay cierto presentimiento que me abruma, y que me dice que no iré ni á Madrid ni á Berlin, ni á Paris ni à Londres. ¡Oh!

Covarrubias.—Destierro disimulado........y yo me quedaré sin entrar al Ministerio, y sin ser diputado, y sin mi cátedra. ¡Oh!

Nacho Mejía. (saliendo de su meditación)—Un momento nomás, mis queridos Pepes; todos con resolución, y pecho al agua, dejamos los Ministerios.

Los dos á una voz. —¿Dejamos los Ministerios?

D. Nacho.—Cuento con el ejército ;no hay un Genereal que no sea mi compadrito de pila, ni Coronel que no sea mi pariente, ni uno solo de esos ejercitantes á quienes yo no haya firmado su despacho.

Pepe Cobarrubias.—Pero qué ¿no tiene U. miedo á la oposición que està con tan largas uñas?

Lafragua.—Y esos Porfiristas? y más allà los Lerdistas? y luego los de los arbolitos, y después el clero........?

Nacho.—La oposición es como las pulgas; pica sólo en lo blandito; los Porfiristas con la zurra que les dí en Tampico y en la Ciudadela, nadie me los levanta. En cuanto al clero......Ya, ya, ya veremos lo que hacemos con él..........

(Don Nacho abrocha con mucho cuidado un indiscreto botón de la

camisa por donde se ve un rosario de Jerusalém, un *agnus Dei*, y unos escapularios.)

D. Pancho Mejía.—(Con su memoria del año económico, y un arancel debajo del brazo.) Mucho le escuece á Chucho Castañeda mi arancel, mi obra maestra "¡¡Quesito frezco!!" Vean ustedes que nimiedad! ¡cómo si se tratara de un discurso académico en que debe lucirse el talento del academista; del hablista y del purista! A Chucho Castañeda le vá a salir el sol por Antequera.

El señor Lerdo, (entrando)—Mis queridos señores; mis predilectos Ministros; tomen ustedes asiento: veo que no ha llegado el obsecuente Gómez Pérez, ni el carnívoro D. Blas.

Lafragua.—He dejado á D. Blas en el comedor tomando la sexta copa, y la tercer tajada de *rosbeef*......D. Blas siempre el mismo.

Lerdo.—¿Tiene U. algo qué comunicar, Sr. Ministro de Guerra, además, Marina?

D. Nacho.—Pss!....Los periódicos, que ya sabe U. que no los leo ni les hago caso....Siempre con el cuento de las pasturas y los asesinatos........

Lerdo.—Pss! Deje U. que los periodistas se entretengan en sus cuestiones, y vamos nosotros al grano.

Pérez Gómez.—(entrando) Sociedad de elogios mutuos, como la sociedad de la bohemia.

Lafragua.—Dice U. bien, de la bohemia, donde no se admite á nadie, si no es que diga, que confiese y que sostenga que D. Fulano es el padre de la literatura mexicana. Estos bohemios no han visto jamás mi Estatuto ni mis dos leyes Lafraguas sobre imprenta y aquel dístico.

Al llegar al poder feliz y ancioso,
Lerdo allí me atrapó. Quedé en reposo.

D. Nacho.—Cojo la palabra. (Todos hacen señal de asentimiento.)

Señor Presidente.—Hechas están las elecciones; pronto se reunirá la Cámara....¿No es verdad D. Pepito Lafragua? (estrechándole la diestra con ambas manos en actitud de amasar un bollo)

Lafragua.—Perfectamente, Sr. D. Nacho.

D. Nacho.— Traigo en la bolsa mi renuncia.

Todos.—Traemos en la bolsa nuestra renuncia. (D. Sebastián mira azorado para todas partes. En el fondo se destaca la figura del maquinista D. Ramón Guzmán en espera de que Pedro Landázuri eche el pito para cambiar la decoración.)

D. Nacho.—Traigo en la mano la cosa, y me honro en exhibir á Udes. esa cosa.—He aquí mi renuncia, y el plumero de general.

Todos.—He aquí nuestras renuncias, y las carteras.

Lerdo.—Pero señores, ¿esto es un complot? ¿es una puñalada de pícaro?

Pancho Mejía.—Hasta después, señor Presidente.

Pérez Gómez.—(Enjugando una lágrima.) Quédese U. con Dios.

D. Nacho.—Firmes! media vuelta á la derecha, en retirada, marchen! (al llegar á la puerta) Ah! se me olvidaba; únicamente recomiendo á U. á mis amigos los de Yucatán, de Jalisco, de Aguascalientes y de Zacatecas.

Lerdo.—Ni detengo al que se va, ni corro al que se queda.

D. Nacho.—Firmes! rompan filas, y marchémos con la música á otra parte: (Marchando hasta la puerta y retrocediendo luego.) Ah! mis diputados están con el Jesús en la boca; porque los amigos de U., Sr. D. Sebastián, afirman que no serán admitidos, por una friolera, porque tràen credenciales puercas....¡el comal le dice á la olla!........! de frente marchen!

Lerdo.—¡Eso será lo que tase un sàstre! Hoy mismo mando una orden á la comisión de poderes, y todo quedará arreglado.

D. Nacho.—(Retrocediendo desde la puerta.) ¿Qué nos cuenta usted, mi dueño? Tomen ustedes asiento, y no nos violentemos, porque nadie nos corre. (Ramoncito Guzmán, colgado de una bambalina se estira los cabellos. Pedro Landàzuri se sonrie, y restrega una contra otra las palmas de las manos.)

Lerdo.—Señor Don Ignacio hablemos con claridad. Usted juega con una barajita puerca.

D. Nacho.—Cómo! como! esplíquese usted.

Lerdo.—Usted quiere ganar albur, tecolote y todos menos.

D. Nacho.—Si U. los juega, es claro, que también usted quiere ganarlos.

Lerdo,—En fin, de un martillazo nos arreglamos.—Usted está comprometido con el arzobispo para defender su causa.

D. Nacho.—(Levantándose.)—[aparte.] Este hombre tiene narices de adivino.—Yo, Señor Presidente, soy como los líquidos, me voy á donde menos se nos oprima. Tengo á mi disposición veinte mil hombres, cuatro Estados firmes, muy firmes como las quijadas de arriba, y un número considerable de diputados.

Lafragua.—La cosa se pone color de hormiga.

Pancho Mejía.—¡Qué lenguaje tan enérgico!

D. Nacho.—Me marcho del Ministerio; no soy responsable de lo que venga. El arzobispo me mandó un S. Pelagio martir de las catacumbas, y una indulgencia plenaria para la hora de la muerte. Señor don Sebastián, se queda usted con Dios y en brazos de sus amigos. He aquí la cartera y el plumero de general.

Lafragua.—Me ocurre un medio para salir de las dificultades, señor Presidente.

—Lerdo.—Diga U. y examinemos, analicemos.

—D. Nacho.—Hable U.

—Lafragua.—U. no se retira del Ministerio; yo no me retiro del Ministerio; ninguno de nosotros nos retiramos del Ministerio.—U., señor Presidente, dice terminantemente á sus amigos, enójese qnien se enojare, "no cambio de ministerio"—U. señor Don Ignacio, le hace al Ar-

zobispo una mamola, le dice con ese tono bausán y de papanatas que usted sabe fingir en situaciones críticas, "¡qué miedo le tengo yo al Congreso! "me decido por los liberales" y lo despachamos á buscar madre que lo envuelva.

D. Nacho.—Y le devuelvo sus escapularios, y sus reliquias, y....

Lerdo.—No me parece muy disparatado el pensamiento.

D. Nacho.—Y le devuelvo su S. Pelagio.

Todos.—Perfectamente.

D. Nacho.—¿Y si los periódicos lerdistas siguen moviendo lo de las pasturas?.

Pancho Mejía.—Orejas de mercader.

Lerdo.—El clero, los Porfiristas y Riva Palacio despechados preparan la revolución; muchos de nuestros amigos se convertiràn en descontentos.

D. Nacho—Se quedaràn con sus gastos hechos.—Garrotazo de ciego con el que se subleve; tun! tun! con el que lleguemos á coger con las armas en la mano.

D. Nacho.—Y á todos les damos esperanzas, porque al fin y al cabo....

Lafragua.—¿Y qué hacemos con el clero que ya tenía preparadas coronas de rosas blancas para ornar nuestras frentes el día de nuestra primera comunion?

Lerdo.—Mantenerlos siempre en espectativa con una esperanza, á la vez que con una amenaza.

Lafragua.—Y vendrá sobre nosotros una censura de la Iglesia, y una tremenda excomunión. ¡Cielo santo!

Lerdo.—Ay ay ay ay ay ay. ¿Conque tiene U. miedo á las excomuniones? ¡Vaya! lo creia á U. curado de espanto. Pues amigo D. Pepito, no podemos á un tiempo estar afuera y adentro de la Iglesia. Sacuda U. ese temor que tiene U. al diablo, y abrace U. de buena fe la causa de la libertad.

Covarrubias.—Abandonemos el celibato, y en un día me caso yo, se casa U., D. Pepe, se casa D. Blas; se casa U., D. Sebastián, para inaugurar esta nueva alianza ofensiva y defensiva. Ninguna comedia puede concluir sin una boda.

Pedro Landázuri y Ramoncito Guzmán bajan por escotillón.—D. Blas llega à la discución con tal oportunidad como las palmas á Toledo. —Adelàntase hacia el público, y le dirije las siguientes:

D. Blas.—¿Y qué no habrá, sexo hermoso,
Un juvenil corazón
Que quiera por compasión,
Elegirme por esposo?
Ministro soy tan dichoso
Como no ha sido Mejía
Con toda su artillería;
Caminaremos de acuerdo
Cuatro célibes con Lerdo;—
¡¡Colamos capellanía!!

Poco después D. Juan José Baz, haciendo una cabriola y echando una mirada de amor entrañable al gobierno del Distrito, en trage nacional, bailará con mucho donaire un jarabe tapatio, que le tocará en su número 4 *La Situación.*

Verdades ocultas.

Aquel que en su vida no ha sido calabaceado no sabe á lo que sabe la flor de la canela.

Lo primero que el calabaceado pierde es el apetito, después el sueño, luego la razón. El decaimiento del espíritu se anuncia por medio de suspiros muy prolongados y á veces por lágrimas; pero lo que màs mortifica es el *spleen*, los geniales arrebatos y aquel mirar oblicuo que mira y que no mira; sobre todo, se aumenta por un amargo de boca cuando la bilis se derrama.

Cantan los pajaritos y se les manda cubrir la jaula; una persistente mosca posa en la cara, y el paciente se dispara un bofetón

Ninguna lectura le agrada; ni siquiera el festivo *Fandango;* ninguna palabra le consuela. ¡Pobres enamorados! ¡pobres aspirantes!

Si estos ejemplos de la vida real se aplican á la política, se experimentan idénticos sinsabores.

El hombre, en el eclipse de su buena fortuna, es presa de una alucinación; necesita oro, honores, bienestar, y va á buscar esto en las alforjas de la patria, muy especialmente los quebraditos en el comercio: se pone bajo la egida de un círculo, bajo la bandera de un General acreditado; si hay combate sirve de carne de cañon ó de parapeto; firma los libelos, sufre las furias de los antagonistas, las prisiones, las garrotizas; es la escalera de mano que le sirve para elevarse á un candidato: pero, ¡desgraciado! cuando él menos se lo esperaba ¡zas! pegaron una patada á la escalera para no bajar. ¡Consejos de Machiavelo!

¿Qué hace el que así se mira postergado? prorrumpir en quejas sin un consuelo: esperar... ....¡ay! esperar....la paciencia no cura las llagas interiores ni calma las aspiraciones de una alma llena de ambición: lanzar improperios es denunciar uno mismo su derrota; alejarse del círculo de obreros es abdicar sus derechos; volver á la obscuridad, á la nada, ¡ay! es cortar las alas á su deseo.

¡Oh patriotismo, patriotismo! ¿dónde estás y para qué sirves sino es para sacar de aprietos á un apurado? conviértete en campanilla del

diablo y repica con empeño cada vez que la necesidad lo requiera. ¿En qué parte no se puede cultivar la hermosa planta que produce esa linda flor que se llama "*no me olvides*" para colocarla en las macetas de una Tesorería.

Es un candor creer en la abnegación y en el desinterés, y sin embargo, todos alardeamos de poseer esas virtudes, especialmente cuando se hace política, y cuando debe ligarse entre sí el esfuerzo unánime.

Un hombre es impotente para remover un monolito que se atraviesa en el único camino transitable. Que los hombres se unan y el bloque se removerá, esto es, *si todos jalan parejo*, como decía el inmortal Guerrero, y como nosotros lo pregonamos también como un axioma.

Las Pirámides, el Laberinto, el templo de Diana en Efeso puede haberse concebido cada plan por un sólo hombre, delinearlo una mano, darle armonía una cabeza; pero la construcción es obra de distintas generaciones.

Los hombres de la idea inician los trastornos revolúcionarios y los impulsan los hombres de acción; unos sacrifican su bienestar, su hacienda y su sangre en los cambates por enaltecer y sacar triunfante un principio; otros recojen los emolumentos en un día de gloria.

Los principios, sí, los principios.... algunas veces se les convierte en sopas porque los hombres los desvirtúan.

Hay árboles tardíos que los planta el hombre pero que no alcanza la vida para saborear sus frutos; así como hay viandas bien condimentadas que no las prueba el cocinero que las hace.

Hay agrupaciones que ni con linterna encuentran un hombre; pero tienden sus redes en un río, pescan renacuajos y tortugas y no cojen un sólo besugo: lanzan el anzuelo, y ningún pescado quiere tragarlo: pero meten al acaso en el río la espada desnuda, como el campesino aquel que, desesperado decía, ¡tal vez pase alguno y se ensarte!

Todo esto quiere decir que las personas honorables, no se nivelan con los aspirantes del vulgo, porque comprenden cuál es su misión al regir los destinos de un pueblo; que rehusan los honores no aceptados por un corazón recto ni por un espíritu elevado; que no se filian bajo una banderola desgarrada por la vehemuncia de los partidos, de esos partidos sin fe y sin conciencia à quienes agita el deseo de medrar á la sombra del poder.—Que se agachen aquellos á quienes pueda herir la bomba.

El hombre probo y recto, cualesquiera que sean sus ideas, desde las ultramontanas que se pierden en los anales del absolutismo hasta las del alucinador progreso, analiza la parte filosófica de las teorías más realizables; en una palabra, buscará la verdad hasta en las nociones más triviales; es inconcuso que la verdad no rehuye ante los ojos del que la busca con los ardientes deseos de la sinceridad.

¿Entiendes, Fàbio, lo que voy diciendo?

Mal precedente sienta un corifeo, tribuno ó agrupación política si al acercarse una crísis electoral busca un hombre, como antes había buscado á otro, en la obscuridad de la vida privada; le puso en la boca la mamadera, le fajó las andaderas, dirijió sus pasos, lo ilustró con sus doctrinas, lo cubrió de prestigio, lo elevó, en fin, al sólio del poder y después lo abandonó porque su pelo fué rebelde al cepillo de la adulación; porque fué tímido, recto ó escrupuloso, proclamó su independencia, y concedió sólo lo justo para evitar que le exigieran lo injusto.

¡Qué tiro sin puntería se nos ha escapado, cielo santo!

Mal precedente, decíamos, puede dejar un hombre ó un círculo para que los candidatos del porvenir puedan en él confiarse.

Ahora si podremos pegar en el blanco con nuestro proyectil.

Si un hombre á quien se eleva al poder no corresponde á las esperanzas, justo y racional es alejarse de él, guardar en secreto los agravios y resentimientos y aguardar el advenimiento del día en que triunfe la razón y el libre exámen; pero no se le combate con encarnizamiento para no incurrir en la más monstruosa inconsecuencia.

Los pueblos forman este muy lógico silogismo.

No es bueno el funcionario y tú lo postulaste:

No es bueno el gobernante y tú nos aconsejaste lo elijiéramos.

Vean ustedes; esta si es una indirecta del "Padre Cobos," de chuparse el dedo.

El que al cielo escupe, sufre con ello el castigo de su falta; y es cuerdo adivinar, presumir y desconfiar que se puede muy bien recorrer todavía un sendero torcido que conduce á la realidad: porque esos son los hombres; porque así obran los partidos personales; cambian de rumbo, como los cohetes sin varejón, cuando falsea el cimiento de sus aspiraciones que es el interés.

Se nos dirá que para mayor claridad debemos aplicar tan bellas teorías á casos prácticos; eso no lo haremos; que cada lector señale con el dedo á los autores de esas inconsecuencias si cree que las hay.

Diremos como Newton á sus discípulos, "No revelaré la fórmula de esta gran verdad matemática; ella existe; buscadla, que al hacer las indagaciones para despejar la incógnita, saldrán á recibiros otras verdades ignoradas.

Buscando la piedra filosofal se han encontrado muchas verdades ocultas.

QUI QUI RI QUIII

Se anució que un gallo de muchas libras, con gran cresta colorada y córneos espolones haría oír su canto la noche del Domingo 4 de Agosto.

Era el día designado por la ley para depositar en la urna electoral los nombres de aquellos ciudadanos de los cuales, uno de ellos, regirá los destinos de nuestro Estado.

No hubo combate; una sola persona reune la mayoría de los sufragíos; ella arr astra con su prestigio esa voluutad que no es falsa porque es expontánea; en él renacen todas las esperanzas aunque recorra un camino sembrado de malezas, porque todos tienen fe en que sabrá cruzarlo sin volcar el carro de la administración. Sea para bien y que le acompañen hasta el fin de la jornada la confianza y la adhesión del pueblo que lo elije.

El buen sentido de los habitantes de esta capital se revela por el regocijo de las almas en el fuero interno de las conciencias; huyen de la crápula lividinosa empleada por aquellos que creen no sea gratísimo su holocausto si no emplean el bombo y el estallido, el relumbrón del oropel y el estruendo del combate; así reciben la adoración algunos santos de los cuales se cree no han de *entender* si no se les habla en latín y á toda orquesta.

Preparada la ovación se repartieron las antorchas de viento, se esparcieron pregoneros por todas partes anunciando que habría una conmoción.

Es altamente satisfactorio saludar esa mañana en qué naciera un niño engendrado y concebido hoy; el niño que, transformado en hombre, saldrá màs tarde de su capullo, según los augurios de los profetas del club.

¡Hosanna¡ La urna está preñada, ó como se dice entre la gente fina, *en estado interesante.* Se rebuye el nuevo sér con las agitaciones de la vida; ántes de nacer llora como San Juan, y como San Juan, ha sido santificado en el vientre de su madre.

Nosotros, que fuimos invitados á tomar parte en la ovación, imaginamos que el gallo sería viejo, implume, tísico y descolado: nos enga-

ñamos; tenía una cola más larga que la de un cometa.... Muchas banderas se veían, antorchas que no apaga el vendabal, gritones, gremios, estandartes, escolares y mocosos callejeros que hacen ruido como nueces y abultan como los almiares de cebada.

En un apostolado de vehículos paseaban los altos dignatarios del club; desde el Dean y Maestrescuela hasta el Cancelario y el Bedel; desde el Maestro de Capilla hasta el maestrito que hace mugir el tololoche; llevan el incienso el sacristán y los coloraditos; á dos idiotas se les puso sorberte, y éste se les hundía hasta los hombros; debían en la noche y en la carretela asomar sólo la cabeza.

¡Cuánto lujo para la manifestación de un amor tan entrañable! es que renace la confianza; es que se anuncia espléndido el porvenir: vemos brillar entre celages la estrella de los buenos.

La gente honorable y de calzas verdes no era actriz en esas manifestaciones; así la gente afiligranada no toma parte allá en la gran capital, en las fiestas que los indics hacen á la Virgen de Guadalupe, en su día solemne.

—Dejemos-dicen-que esta pobre gente abyecta y desheredada tribute culto á nuestra Madre, puesto que debe cobijarlos con su manto; cuando esté limpio el templo, libre y desinfectado, mostraremos nuestro amor muy reverente.

No sabemos cual sea la causa, pero sí notamos que los amigos más leales del gran candidato, que es el santo de la fiesta capitular, no quieren mezclar su beneplácito al de los caballeros *templarios* de los clubs: estos hicieron la invitación para que cada casa fuera iluminada como demostración de grande regocijo, y esto bastó para que se despreciara la iniciativa: sólo cuatro casas ostentaban las candelas luminosas, inclusa la sinagoga de la Lonja· Hay qué advertir que, antes de las demostraciones de un culto pagano, hacia el hombre de las altas afecciones, existe una adhesión sincera hacia él mismo que ni la altera el entusiasmo, ni la debilita el desdén; una fe y confianza ciegas que raya en admiración constante; estos perfumes del alma no necesitan exhibirse por señales exteriores ni con cohetes ni con matracas. Se le ama con fe y se le aguarda *sin esperanza:* en esa corona brillan diamantes de gran valía, y quieren que en ella se incrusten perlas falsas por manos espúreas que preparan los hombres de la víspera; aquellos hombres que aplican á sus sofismas políticos la chusca verdad de Perogrullo: „Si quieres que las mujeres te sigan, vete delante de ellas.„

Los caballeros *templarios* al saber que un hombre de honra era candidato aceptado, lo adoptaron también como hijo y de su propia estirpe; no quisieron quedarse en las riberas de ese mar muerto de sus aspiraciones, ni consintieron en que nadie les tomara la delantera en esto de tributar incienso al héroe esclarecido del último combate.

¡Es tan sabroso el fruto del cercado ageno!

¡Los séres estériles aman con entrañable amor á los tiernos retoños de un matrimonio feliz!

Conocimos una mona de la raza de los cercopitecos á quien la Naturaleza le negó las delicias de la maternidad, cuando rebosaba en ella la medida de tan celestial afecto.

En vano esperó la llegada de su deseado amor y en concecuencia también el fruto monicida de su vientre; pero se puso à su alcace una gata que abandonando el teatro de un feliz alumbramiento en que dió á luz un hermoso gatuelillo; la mona percibe los maullidos del recien nacido, corre en su busca, lo encuentra, lo besa, lo mima, lo abraza y lo roba al sér gatuno que le costó el trabajo de darle vida. Desde ese momento creció tanto el amor que por nada lo soltaba; ella ¡infeliz! no tenía leche con qué alimentarlo.... Un amor profundo pero insensato le dió la muerte.

MORALEJA. Es peligroso amamantar á los hijos ajenos cuando las mámas están secas.

Feliz el hombre à quien rodea el aura de todas las simpatías, y á quién forma el pedestal, más que los clamores de los facciosos beligerantes, la recta conciencia de sus propics actos, y la influencia benéfica de aquellos hombres en quienes radica el nervio de la popularidad.

Si esto no fuera una verdad, de seguro que *otro gallo nos cantara.*

PROPOSITO FIRME.

Bufando y hechando chispas como una locomotora, aparece *La Correa del Cetro* contra *El Fandango*, y al darle su roseada se retira, como aquellos insectos que zumban, clavan el aguijón y vuelan; hace el propósito de no volverse á ocupar de nosotros; se oculta en su huronera, abre el paraguas, escoge su rincón, cierra los ojos y resiste el aguacero. ¿Por qué tanto desdén querido y amartelado colegüita? ¡Ah! ¡qué desgracia! no acepta nuestros aplausos, ni nuestras críticas le impresionan: ¿puede haber mayor desgracia en toda la redondez de nuestra tierra? Allá vá un consejo.

Si actuares en el *miriachi*
Y alguno te zapatea,
No le aflojes el huizache;
¡Ahora lo veras, correa,
Ya pareció tu guarache!

No contestaremos con dicterios, ni con calumnias. Ud. dice lo que *no hace*, es decir, pedir treinta pesos por no sacar à luz su *Correa*. Por

sentado dejamos que ésta es una de las cosas *que no hace*. Vamos, colega muy querido, ahora díganos Ud. lo que *sí hace*; mas como ha hecho Ud. propósito de no hablar con nosotros, lo vemos ya como pintan al ángel del silencio, con un dedo que sella sus lábios en ademán meditabundo, ó como decía el sacristán en el verso que puso al Señor de la Humildad.

Pues qué ¿no te contristura
De este SEÑOR la postura,
Con la mano en la quijada
Como quién no dice nada?

No nos desvela su silencio, porque Ud. hablarà hasta por los codos dice un adagio; *chorrera saca rundido;* asomarà Ud. la cabeza, lanzará Ud. algunos desahogos, y volverá Ud. á sumirse haciendo nuevas protestas.

Había en España un famoso predicador que se le tenía por elocuente........

Pero colega ¡cómo huele Ud. á pato! no se vaya Ud. á apropiar nuestro cuentecito....

El predicador, hacía lo que *El Correo* cuando se veía en apuros, sumirse; se llamaba el Padre Vieira; y en lo más interesante del sermón decía, agarrándose las narices.—"Yo, para no ver cosas, aquí me sumo" Y se agazapaba dentro del púlpito, provocando la riza de los oyentes.

Así Ud. ¡oh cofrade! lanzará regüeldos aguardentosos; hará otro propósito firme diciendo: yo, para no ver cosas, aquí me sumo.

Conocimos á una vieja verdulera que....Por Dios, cofrade, ¡cómo huele Ud. á pato!....no vaya Ud. á cogerse nuestro cuentecito, como se cogió sin ruborizarse el del burro prieto, porque lo declaramos plagiario.

Decíamos que conocimos una vieja, muy afecta à lanzar injurias contra todo vicho viviente, porque siendo muy soez, no podía contenerse; pero su confesor le aconsejaba que al asaltarle esos accesos de buscar camorra, (camorrear diría Ud. en su afan de inventar verbos) tomara agua en la boca, y así se abstendría de hablar y de ofender al prójimo. Puso en práctica el consejo, y después de lanzar denuestos, se acordaba del confesor, y contrita exclamaba.."¡cállate boca!"....y sorbía una dósis de líquido que le inflaba las mejillas; seguía entonces modulando una jerga ininteligible, acompañada de gestos y amenazas; y no pudiendo contenerse, arrojaba el agua, vomitaba injurias, y decía.... "¡cállate boca!"....sorbía el líquido para arrojarlo después y blasfemar.

Esto le ha sucedido á *El Correo del Centro*; tomará su bocanada de líquido, y al verse aguijoneado por *El Fandango* quebrantará su propósito.

Dice Ud. que desvirtuamos sus pensamientos para ejercer con Ud. la crítica más amarga; trae Ud. para su defensa la denuncia de que varios poetas notables han usado frases que no son castizas, y han expresado pensamientos falsos.

¡Oh poeta! no diga Ud. esas blasfemias ni calumnie á Sierra, Urbino, Dufoo, M. C. y Nàjera. Este ha dicho en el prólogo de Veleidosa.... "todo sin líneas, *esfumado*, incoloro," pero no dijo que se esfuma la estrella como Ud. lo ha dicho. Si son amigos de Ud. ó acaso sus admiradores, pues el atrevimiento también causa admiración, al leer esas producciones en que Ud. dice "idas cosas" por decir cosas que se fueron; "la gloria, esa eterna perseguida" por decir que eternamente se ha perseguido á la gloria, lanzarán en sus bigotes la carcajada; y si saben que Ud. para su defensa personal, asegura que ellos dijeron tales despropósitos, tentados se verán de disparar á Ud. un soplamocos, ó demandar á Ud. por injurias.

A los oídos de Ud. no llegan las censuras de sus escritos, ni las burlas que esparcen las virgencitas de nuestra sociedad cuando su galante pluma las obsequia con aquellas lindezas poéticas que salen de su amartelado cacumen, como son las macarrónicas comparaciones en que Ud. dice que sus ojos son gotitas de amor y su sonrisa nido de encantos: después, retirándoles Ud. sus favores, las desfavorece Ud. con lanzarles censuras que huelen á almizcle en su discurso de repartición de premios.

Hombre, no sea Ud. càndido; tenga Ud. presente aquella máxima de Manú: "no hieras á una mujer ni con una flor" pero Ud., con sus flores y sus arponazos, las pone como *chupa de dómine.*

Ud. critica á otros escritores tan noveles como Ud. y se convierte Ud. en Balbuena sin tener las dotes que esa misión requiere; que Ud. y otros jóvenes que á Ud. siguen, cultiven la literatura, es muy laudable; sus producciones serán defectuosas, y deben creerse afortunados si encuentran una persona que analice sus versos y les diga francamente sus defectos; deben considerarse muy felices con que sus primeros ensayos merezcan los honores de la crítica; porque no hay tampoco quien quiera decir la verdad al poeta que da sus primeros pasos en el sendero de la gloria; à todos los ciega el amor propio y desean incienso, aplausos, admiración.

Fígaro, que según el sentir de Ud., sería el payaso de aquellas sociedades, decía á propósito de crítica literaria, "dichoso el hombre á quien una mujer le dice *nó*, porque á lo menos le dice la verdad."

Nosotros no somos literatos ni queremos sentar plaza de críticos: si una agrupación de hombres de talento nos tributara la honra de analizar nuestros escritos, lo agradeceríamos y aprovecharíamos las lecciones: nó nos sulfuraríamos como Ud., ni perderíamos los estribos como Ud. si se nos atravezara en nuestro camino, mirándonos con desdén, é interrumpiendo nuestra marcha sin razón y sin objeto; romperíamos sus filas y seguiríamos adelante. Otras ocasiones los necios se nos atravezarían; los dejaríamos pasar, rindiéndoles acatamiento, porque es un privilegio de estos vípedos infundir respeto.

Podemos citar un caso práctico.

Caminaba á una función solemne nuestro Gobernador con acompa-

ñamiento de amigos, de empleados, de un Ayuntamiento conducido bajo las respetables masas........

Pero..¡Jesús colega, cómo huele Ud. á pato! De nuevo le recomendamos no se apropie nuestro cuentecito. Caminaba, decíamos, el Gobernador al fin de la comitiva, y teniendo qué pasar por el Curato, obstruía el paso multitud de gente sentada en la banqueta; eran novios, padrinos, suegros y parientes que venían à presentación matrimonial, y algunos pobres que recibían limosna; los maceros abrieron brecha con alguna dificultad, ya suplicando, ya lanzando interjecciones no muy amables: se cedió el paso á la magestad de la autoridad: la vanidad y el orgullo cedieron al respeto gubernil y à los representantes del pueblo.

Más adelante se presentó otro obstàculo; ocupaban la banqueta los burros de un carbonero, lanzando sin miramiento rebuznos (usted les llamaría *rebuznidos* por lucir palabritas nuevas) y algunos sacudían el rabo como Ud. menea la cabeza cuando se ve en apuros; era natural suponer que no harían versos, ni crearían verbos; como jumentos que eran, no habrían leído el código de urbanidad, ni serían abogados, ni escritores etc. porque en tal caso, siendo lo más ilustrado de su especie, cederían el paso à la respetable Corporación. Los maceros cedieron la banqueta á los borricos, desviaron el sendero, y siguieron el camino. Tal es el respeto que han infundido siempre esos animales.

Por no interrumpir nuestro relato no publicamos al fin una fábula de García Goyena que cae muy bien por su oportunidad, y para qué no se nos tenga por patos al acusarnos de plagiarios.

No dudamos que los jóvenes redactores del *Correo del Centro* acojan con benevolencia todo lo que hemos escrito en su aplauso y como contestación á uno de sus artículos ya publicados: sentimos que al citar algunas de nuestras producciones no las hayan analizado, estudiado à fondo, para que nos hicièran conocer siquiera los màs culminantes defectos, y poder aprovechar su censura; no sabemos por qué ha disgustado à nuestro cofrade el plan de cada obra; no su estructura, el órden con que se han llevado las escenas. el fin moral y filosóficó que á cada uno los ha dirigido, el carácter de los personajes, ni siquiera el lenguaje; en una palabra, todos aquellos adminículos que engargolados entre sí forman el todo de una obra dramática; si las reglas, si los preceptos de la escuela á que ellas pertenecen no estàn observados fielmente, será un grave defecto, pero nosotros no lo hemos conocido; un favor muy grande nos harían nuestros amables contrincantes con analizar nuestras concepciones, y siendo fundadas, daremos las gracias y aprovecharemos sus lecciones, pues somos desconfiados de nuestras propias fuerzas, y á la vez somos sumisos y humildes ante quien nos honra con sus consejos. De lo que ha escrito *El Correo del Centro* inferimos que no le han agradado los títulos de nuestras obras.

Suplicamos á nuestro colega muy querido no nos guarde rencor porque hemos ido á su llamamiento y sufrimos con calma y con humil-

dad las flagelaciones que nos ha propalado. No buscamos la polémica: á ella fuimos provocados; pero desgraciadamente olvidamos que en literatura somos unos pigmeos y que también tenemos de vidrio nuestro tejado.

HISTORIA NATURAL.

ANIMALES INOFENSIVOS.

¿Quién no ha oido decir, ha leido ó ha presenciado que el castor fabrica sus habitaciones con tal cimetría y solidez como no podría hacerlo ningún arquitecto? ¿quién no ha admirado el orden, la regularidad en que viven las hormigas que jamás riñen entre sí? Las abejas observan un régimen republicano perfecto, y dan lecciones de esa democracia falansteriaca que no fué soñada por Fourrier. Los tejones hacen de sus uñas unos garfios tremebundos, como los fallidos en las oficinas de Hacienda; no hay pica que pueda darles alcance cuando se proponen huir y escaparse perforando la tierra; parecen colectores de contribuciones; ¡no más los uñazos se oyen!

La inteligencia del elefante; el instinto del mono, la mansedumbre del asno, la gratitud del perro, nadie los ha puesto en duda, y nos quedamos boquiabiertos cuando somos chasqueados por la zorra que hace de su astucia una defensa.

Tentados nos hemos visto de sostener que los animales tienen talento, y así nos lo ha dicho Esopo, Iriarte, Lafontaine y otros. El instinto no podría concebir planes ingeniosos, premeditados, en que campea la reflexión, la previsión y el libre examen; hay algo de misterioso, mucho de investigable en el orangután y en el perico que imitan los movimientos y la voz del hombre y en el olfato y en la previsión del mastín que husmea á larga distancia la venida del lobo carnicero, y áun podríamos decir, que huele la venida del visitador del timbre, y da la voz de alarma; ahuya cuando está cercana la muerte de su señor; muchos han descubierto crímenes y á criminales.

En Inglaterra se ha elevado un monumento à un perro que con harta paciencia y suspicacia investigó, descubrió é hizo que aprehendieran al asesino de su amo, y no quedó satisfecho hasta que vió ahorcar y sepultar al criminal. El obelisco ostenta el retrato en bronce de

ese perro; no cabe duda, en ese animal encarnó el espíritu de un hombre que tenía un talentazo desmedido, de un jurisperrito tal vez que era ducho en el tratado de las pruebas y que había leído á Eduardo Bonnier.

Se ha visto que á varios animales les ha faltado muy poco para igualarse á los jueces, puesto que han descubierto los crímenes proditorios; y hay Jueces y Magistrados que poco les faltó para igualarse á los animales, porque no han descubierto á los ladrones que les arrojaron el tufo de sus fechorías en sus bigotes, y sin embargo, se pusieron al alcance de sus garras. Es que dicen las malas lenguas, y la nuestra que es buena, que tenían cataratas, se habían cortado las uñas y rezado el "pan nuestro" para no caer en tentación.

El hábito, la gratitud, el sentimiento de lo justo, acaso también la necesidad, forman la naturaleza de ciertos animales. Un macho, que pasó toda su vida trotando al rededor de una noria, caminaba cien varas en línea recta y se cansaba; su resuello era un resoplido cual si se estuviera ahorcando, como el de los derrotados en las elecciones que se quedaron sin magistratura; las pesuñas del lado izquierdo estaban gastadas, y los músculos del derecho se habían desarrollado monstruosamente; se le ponía un tapaojos, y sin que nadie lo condujera, daba vueltas todo el día en la circunferencia de un punto.

Otros animales son útiles porque exterminan á los dañinos. El hombre los persigue sin más razón que la de que son feos; sí, porque son muy feos, como el sapo que se come á las hormigas que dañan las cementeras, y á las babosas que se avecindan en los hospitales.

Al murciélago que chupa la sangre á esos escarabajos que no salen de las oficinas públicas, y á las mariposas bibliógrafas nocturnas que roen los papeles en los Juzgados y aun se engullen fojas enteras de los expedientes.

El hombre mira con horror á ciertas culebras inofensivas; su fuerza y su defensa está en el làtigo que azota, pero sólo al que las pisa ó las hiere; estas se comen á los escorpiones y otras sabandijas, así como los tinterillos y leguleyos se chupan á los jueces, ó como una Corte Suprema que azota á los bribones.

Da muerte el hombre al cárabo coleóptero, conocido con el nombre de *grillo del hogar*, porque anda á saltos, siendo así que destruye á las orugas y se las come.

Las avispas, insecto volátil, cuya picadura es mortal, y las asquerosas cucarachas que se abrigan en los templos, muy especialmente en los confesonarios, son extirpadas por la alondra; la escopeta la persigue con tenacidad.

Las musarañas á nadie ofenden y viven de las lombrices que perforan las patatas; se les aniquila con el pié sin caridad ni compasión.

El tordo, que ameniza con sus cantos nuestros jardines, se alimenta de larvas, y con frecuencia espulga nuestros caballos, librándolos de ciertos parásitos que se alimentan con su sangre. No debíamos hacer-

les una guerra encarnizada, sino aclimatarlos en las tesorerías y en las oficinas del Timbre.

Las lechuzas no se comen á los pollos y no hay cazador que no dirija contra ellas sus certeros tiros: sabed que se comen al día quince ratones y sin ellas aumentarían en el campo estos roedores á tal grado que no se escaparía á su voracidad el género humano. Una lechuza en el campo hace más beneficio que diez gatos en una casa

Los cuervos, por algunos granos que consumen, se les persigue de muerte; estos animales extirpan á los ortópteros (vulgo-*chapulines*) que destruyen las sementeras; son enemigos irreconciliables de la langosta.

Ya que nos hemos propuesto escribir un artículo sobre zoología, aconsejamos no perseguir á los animales inofensivos que son útiles; hemos adornado nuestro relato con ejemplos verídicos de las cualidades que poseen algunos séres vivientes; réstanos sólo referir, á grandes rasgos, las dotes inapreciables del caballo en que descuella el amor, la amistad, la gratitud, que le es ingente hacia el sér que lo favorece; es amigo en la adversidad; es salvador en los peligros; es agradecido en todos tiempos, y recibe sumiso la educación que su señor quiere darle; parece que tiene la conciencia del cumplimiento del deber sin recompensa; tiene, en fin, todas las virtudes de los hombres sin tener ninguno de sus vicios; salva á su amo haciendo el sacrificio de su vida por amor y por gratitud, mientras que el hombre vende á un lechero su caballo cuando éste ya no puede trabajar en la vejez, ó lo destina para víctima en las lides de toros.

En aquellos tiempos en que estaban en evolución las *diligencias*, como vehículos para transeuntes, existía en una posta un caballo que envejeció en el servicio, recorriendo diariamente, durante veinticinco años, una llanura de seis leguas, sin faltar un sólo día; su recompensa fué solamente una poca de pastura. Nosotros inmortalizaremos su glorioso nombre, si; se llamaba don Nacho.—No hay que tomar esto como guasa.

El cadàver del organista de S. Pablo en Londres, fué sepultado en Wetsmister, al lado de los reyes, por sólo el hecho de haber tocado el órgano cuarenta años, sin faltar un sólo día: ni las calenturas ni los catarros lo inhibieron del cumplimiento de sus deberes.

El caballo de quien venimos haciendo tan interesante apología, fué atacado de *conjuntivitis*, y después, de cataratas: un par de nubes cubrieron las niñas de aquellos ojos y fueron infructuosas las rogativas del mayoral y los postillones, acompañadas del clamoreo de las campanas: mientras se le mandaba á la plaza de toros, que es en nuestro país el S. Bernardino de los caballos viejos; se le tenía en el pesebre por un rasgo de compasión.

Cada vez que el héroe caballuno percibía el ruido que á su arribo hacía el vehículo, como esos ciegos que recorren sin lazarillo y sin extraviarse en las calles de una gran ciudad, llegaba con inciertos pasos hasta el carruaje y se colocaba en el tronco. Los sirvientes lo

retiraban de allí á chicotazos y con improperios: estaba acostumbrado, y el amor al pesebre lo guiaba al cumplimiento del deber.

Disculpamos á ciertos Magistrados y Diputados á quienes por inútiles se les ha relegado al olvido, que no abandonan sus querencias cuando ya no tienen misión alguna en los santuarios de la Justicia y de las leyes.

Cuenta la historia que muerto Alejandro, su caballo relinchaba cada vez que veía el retrato del gran guerrero. ¡Cuántos hombres piafan en la casa gubernil de nuestro Estado en un lance igual al del caballo!

Ese rasgo honra más al pintor que hizo el retrato que al caballo agradecido.

Ojalá y nosotros, fieles pintores de la verdad, pudéiramos alcanzar tan alto honor.

El Cerro de las Fortunas.

(APOLOGO.)

Todos los que vienen á este mundo les acompaña un sino de buena dicha ó de desgracia inaudita.

Para dar á nuestro relato el aspecto de un cuentecito moral, deleitaremos á nuestros lectores con la siguiente anécdota que, en el caso presente, viene á hacer un apólogo; no carece de filosofía, puesto que es una *verdad;* de *gracejo*, por verse en acción todos los días; de *moral*, por las lecciones que nos enseña.

Había no sé en qué población del Universo, dos compadres de los cuales uno era rico, bien afortunado y tacaño; el otro era pobre, combatido constantemente por la desgracia, cargado de familia y de más resignación que el grande hebreo que gemía en un estercolero.

—Compadre—Dijo el segundo al primero—¿Por qué Dios ha querido ser tan severo conmigo y tan pródigo en abundantes dàdivas con Ud., cuando los dos somos sus hijos y herederos de su gloria? Yo me afano trabajando en el día y en la noche, en ejercicios lícitos y no alcanzo el pan necesario para nutrir á mis hijos; siempre es mi hogar el teatro de las enfermedades, el depósito de todas las quejas, el albergue de todas las necesidades; con frecuencia pasan los días sin que el más ordinario alimento lo llevémos á la boca. Si yo soy un criminal, desobediente á los mandatos de la Providencia, bien merezco ese casti-

go; pero no es así, compadre de mi vida; y empujado por la desesperación acuso de injusto á Dios, como un contraste digno de ser estudiado por los filósofos y los moralistas, por los políticos y por los hombres de ciencia; se ve que Ud. flota en la abundancia, en la buena salud, en la suprema felicidad; que le reboza la medida, que lo mima, que le salen al encuentro para regar de flores su camino, para perfumar hasta el aire que Ud. respira. ¿Por qué para Ud. hay tanta bienandanza?

—Compadre, no debemos acusar los altos desígnios de Dios ¿con qué derecho le podremos echar en cara sus contrarios procedimientos? acaso Ud. que sufre en esta vida tantos dolores y tantas penalidades, le está reservado en la otra ser agraciado con una alta gerarquía muy cerca del trono del Eterno. Usted tiene en este mundo su purgatorio, y cuando Dios Nuestro Señor se acuerde de nosotros, Ud. irá à revolotear como querubín en aquella gloria que fin no ha de tener; mientras que yo tal vez por mis crímenes y mis malas acciones me estén reservados grandes castigos. No desespere Ud., compadre; Ud. conquista con su resignación y padecimientos la gloria eterna.

—¡Qué moral està Ud., compadrito, y qué bien se conoce que tiene Ud. la barriga bien repleta, expansivo el génio y fecundo el chirúmen, para aconsejar la paciencia; pero yo no puedo conformarme cuando mis tripas gruñen por la necesidad del alimento; y mis hijos escuálidos y desnudos, lloran por falta de pan. No cabe duda; si se han de humanizar las víctimas de la desgracia, puedo decir con voz enérgica y esforzada....yo soy el hambre á quien un estofado....quiero decir, un hombre á quien han estafado todos los bienes que el cielo ha debido concederle. ¿Para cuándo son, Dios mío, los rayos de tu indignación?

El compadre rico, compungido, no acertaba á dar un consuelo, ya que no una caridad, á aquél su pariente que tocaba ya à la desesperación.

—Se dice que à diez leguas de aquí se encuentra un cerro solitario y misterioso que se llama el cerro de las fortunas, y que el que lo recorre con fe ciega y pertinaz constancia, llamando à gritos à su fortuna, ésta brota del seno de la tierra y sale à su encuentro; con amable jovialidad le tributa consuelos y le obsequia con sus dádivas. Muchos allí han sido socorridos; mañana antes de que aparezca la aurora emprendemos el viaje Ud. y yo en mi desvencijada carretela.

—No me es posible aceptar, compadre, porque durante mi ausencia mi familia no comería.

—¡Ba, ba, ba! Allí tiene Ud. un peso y vaya á alistarse para el viaje.

El compadre pobre habría *tamaños* ojos pues hacía mucho tiempo que no veía en sus manos una moneda de ese valor.

Al día siguiente caminaban los dos compadres hacia el cerro de las fortunas. Estando en él se ocultó el compadre pobre mientras que el rico gritaba con voz estentórea estas palabras:

«Fortuna, fortuna de fulano de tal, ven en mi auxilio.»

Estas palabras las repitió recorriendo algunas horas al rededor del misterio cerro; ya cansado é impaciente se preparaba á desertar cuando vió brotar en la superficie de la tierra una ligerilla nube de humo que aumentaba, que crecía, à la vez que por los aires se oían trinos de jilgueros, de cenzontles y de otras aves canoras; y aquel humo venía perfumado con los olores del incienso; se levanta una piedra, aparece una gruta y de allí sale una jóven rubia, esbelta, encantadora, ostentando las maravillas de las riquezas esparcidas en su túnica, y en su vistoso y purpurino manto; su cabeza, que poseía una rizada cabellera, la cubría tambien un casco de oro guarnecido de diamantes.

¿Qué quieres? acércate-le dijo- yo soy tu fortuna, hombre ingrato; yo te he llenado de bienes y de felicidad, y tú nunca te acordabas de mí; pero tu visita inesperada calma mis enojos. Ven, hijo mío muy querido; dime qué quieres, qué anhelas, pues estoy dispuesta á prodigarte con mano franca todos mis favores.

Aquella Hada que presidía los destinos de tan afortunado mortal, estrechaba entre sus brazos á su protegido predilecto, cubría de besos su calva venerable y perfumaba aquella cabellera á quien la nieve había prestado su color.

—Vengo á dar las gracias por tantos favores y á decirte ¡oh Señora de mi veneración y de mis respetos! que estoy muy rico; que soy muy feliz y que llevo una existencia llena de satisfacciones y de deleites; que ya no me des más; pero en cambio prodiga tus beneficios á un compadre mío que está pobre y en la mayor desgracia; él se llama Claro Afligido.

La Hada de la gruta le dijo:

—Nada tengo yo qué hacer con ese sér desgraciado; él tiene su fortuna! que la llame y que le pida mercedes. En cuanto á tí no quiero ni debo acceder á tus súplicas, y seguiré prodigándote mis favores, pues nunca es maléfico el bien que abunda; cuando llegues á tu casa encontrarás tu caja repleta de monedas de oro y seguiré velando por tu destino próspero, ¡Adios!

Un relàmpago deslumbró á nuestro héroe y no pudo percibir por donde desapareció aquella encantadora criatura. Inmediatamente corrió al lado de su compadre, le impuso de todo lo que le había pasado, y lo indujo á que saliera à recorrer el cerro llamando á su fortuna.

Largas horas se oyeron los gritos vehementes del compadre pobre que llamaba á su fortuna; el sol declinaba rápidamente hacia su Ocaso; repentinamente percibió un ruido desagradable como el silbido de las serpuientes, el canto de los renacuajos, y el chirrido de los grillos. Un trueno y un relámpago que dejaron sordo y ciego al compadre, pudo percibirse, y apareció un sér que parecía fantasma; era una vieja andrajosa, flaca y pellejuda, sucia y legañosa, cuyos cabellos se erizaban en su cabeza, como dice la fábula adornaban la de Meduza.

—¡Imbécil! ¿que quieres? ¿por qué turbas mi reposo? yo soy tu fortuna.

—Señora- dijo el compadre cayendo á sus piés- vengo à pedir cle-

mencia; á suplicar que no sea yo tratado con tal rigor; no quiero prosperidades, ni quiero superfluas riquezas, sino un rasguito de benevolencia que me haga vivir en humilde mediocridad, pero exento de miseria y de enfermedades. Piedad para tu pobre protegido........

—No, jamás: estás condenado á arrastrar una existencia miserable; si anoche pudo tu compadre obsequiarte con un peso, fué porque yo estaba dormida y no pude impedir el beneficio. No me ablandaré jamás y tú arrastrarás el destino como te plazca; cuidado con andarme maldiciendo porque duplicaré mis castigos y seré más severa. Márchate de mi presencia, y abur.

Despidiendo llamas y apestando á azufre desapareció aquel fantasma que en vez de una Hada parecía una furia inferual.

Todos los hombres tienen su fortuna. Muchos de nuestros lectores, que son felices, tendrán como fortuna á una jóven encantadora, mientras que á otros regirá sus destinos una vieja asquerosa y miserable.

Los que sienten un soplo de buena fortuna viven dichosos; otros gimen en las càrceles y son condenados á cubrir las bajas del ejército. Un nuevo sistema se ha inaugurado; ya no es la *leva* aterradora; ya no la consignación arbitraria al *cupo;* ya no es la sentencia de la autoridad que condena al delincuente á derramar su sangre en el fragor del combate. Hoy la suerte decide, en lotería permanente, del destino de los hombres.

Si los amparos por las garantías individuales ponen al hombre á cubierto de las asechanzas de una autoridad arbitraria, hoy el sorteo es la pesadilla de los inocentes, de los rateros conocidos y del criminal obcecado.

Como en la Lotería Nacional, obtendrà cada uno su recompensa. Estos desgraciados no obtendrán ,el premio gordo de los cincuenta mil pesos, pero sí es seguro que alcanzarán en el globo giratorio de su mala suerte, la bola negra que los condena al servicio del ejército.

Estos desgraciados tendrán por fortuna una vieja greñuda como la del compadre pobre, á no ser que encuentren en su camino un Juez de Distrito que los redima, interponiéndose entre la arbitrariedad y el buen derecho.

Ocurrid ¡oh víctimas! al cerro de las fortunas; no todos han de tener una furia infernal que presida sus destinos; pero si lo fuere, no olvideis que el Juez de Distrito puede remediar vuestra desgracia.

Los Caballos de Brío

Y LOS

CABALLOS DE LOS LECHEROS.

Nos habíamos propuesto analizar el dictámen de la Sección instructora del Gran Jurado en el proceso contra unos Magistrados que se acusaron, con el fin de uniformar la opinión en el terreno de la más estricta justicia, más lo que hemos dicho en nuestro número anterior ha sido suficiente para que todos los que se han interesado en este asunto de acusación hayan quedado altamente satisfechos de que la absolución ha sido anticonstitucional y al mismo tiempo dictada por el espíritu de partido más incensato. Los acusadores alcanzando un triunfo en el terreno de la razón y de la justicia, del derecho y de la jurisprudencia penal, pues no pertenecen al bando del retroceso en donde se posponen á los principios más estrictos de la equidad, la obligación de salvar á un delincuente por sólo el hecho de ser hermano de cordón de esa masonería que se liga con prácticas absurdas de una iglesia militante.

Siempre hemos tenido por norte, cuando nos llama el patriotismo, que para regir los destinos de un pueblo, bajo la egida de la moralidad, de la equidad y de la justicia, no son á propósito los gobernantes que engendran los partidos políticos porque ellos se nutren, como el feto en el vientre de una madre, en las exageraciones y exigencias apasionadas de un partido político que radica odios, injustificables venganzas, resentimientos implacables, hácia personas de un bando antagonista; por esta misma causa hemos aconsejado, ya en nuestros escritos, ya en las discusiones amistosas, que se elija para Gobernador á un hombre sin pasiones, probo y que no sea político ni aspirante; y si alguna vez hemos tenido la fortuna de asentar en nuestros escritos un gran axioma, fué cuando dijimos en uno de los números muy atrazados de nuestra publicación que, sólo aspiraban á ser Gobernadores de los Estados

los tontos y los pícaros, concepto que nos valió mil felicitaciones, un premio de oro y otro de plata de personas verdaderamente honradas y patriotas. Si la popularidad de un Gobernante ha sido elevada á tan alto grado como en la actualidad no creemos que haya sido únicamente porque es un hombre honrado y destituido de las pasiones pequeñas que se posesionan de todos los hombres, pues han regido los destinos de nuestro Estado hombres tan rectos, inmaculados y justos como el actual; nosotros creemos que, las dotes administrativas de este señor, se han engendrado en el seno del hogar donde no han penetrado ni las pasioncillas de los políticos ni los malos instintos de un aspirante vulgar. En esto hacemos consistir nosotros la buena administración de nuestro actual gobernante, y hoy, más que nunca, respira en una atmósfera pura, porque no le ligan compromisos con esos círculos políticos que badean en ríos de aguas pestíferas y nauseabundas y que tienen qué ensuciarse en el fango de la adulación y de las exigencias de partido; su elección ha podido formarse en una atmósfera más pura sin que tenga que cumplir compromisos hácia los corifeos de un partido. Podrá el Gobernador tener colaboradores que secunden sus miras patrióticas, porque muchas ocasiones los gobernantes se ven precisados á no tener, entre estos, hombres de bríos, de libre exámen y de tendencias independientes, porque estos se constituyen en dominadores; nada más natural que el nuevo redentor escoja sus apóstoles entre ignorantes pescadores y no entre los magnates ó tiburones de la alta política. Permitan nuestros lectores recurramos á un símil para poder esclarecer màs nuestra idea.

Es bien sabido que un mayoral jamás escoje caballos de enteresa, de gran resuello y brios extremados para uncirlos en su vehículo, por que estos con las riéndas, las guarniciones y las gruperas se sienten agobiados, emprenden carreras vertiginosas y no obedecen al freno ni á los gritos ni al garrote, puesto que acostumbrados á la independencia y á la libertad de sus acciones, emprenden una marcha entre escollos y vericuetos concluyendo por volcar el carruaje ¿Qué ha enseñado la experiencia para evitar estos accidentes? que son malos los caballos de brío, gordos y potentes, y que los más apropósito son los entecos, anquipollos, huesosos y sumisos. ¡Ah! quién había de creer que las yeguas flacas y con diarrea del inmortal Velázquez tendrían que ser en nuestra patria un símil perfecto de los colaboradores de un buen gobernante para que al estirar su carro triunfal no lo volcaran en los arroyos y sinuosidades de un terreno llano!

¡Cuántas dificultades no crearían á un Gobernador de cualquier Estado un Congreso compuesto de hombres de brío é independientes! á cada paso se establecerían conflictos entre los poderes; pues si bien es cierto que de los tres que forman un Gboierno cada uno es independiente y debe obrar con libertad en la órbita de sus atribuciones, también lo es que, el Poder Legislativo es superior á los otros dos, y siempre haría valer una cámara apasionada, esa superioridad hàcia la persona que ejerciera el Poder Ejecutivo. De aquí resulta que la ac-

ción administrativa tiene que partir del centro á la circunferencia en el terreno práctico de los hechos y no de la circunferencia al centro, como sucede en las agrupaciones políticas, que llevan como Diógenes, una linterna para buscar un hombre, prestigiarlo y llevarlo á la cúspide del poder. En nuestro país, en la atmósfera da la política, nunca están organizados los partidos, y nunca se inspiran en los elevados sentimientos, si no en la conveniencia personal.

Unos son los hombres de la idea y otros los hombres del empleo, aunque al tomar sus nombres respectivos invoquen una causa santa.

Unos son los hombres del progreso y otros son los del pasado; unos los de la libertad y de la democracia, que tienen por bandera la civilización, y otros los de las ideas ortodoxas del *estatu quo* que enarbolan el gallardete de antaño, batido por las brisas del obscurantismo.

Liberales y conservadores, hombres del porvenir y del pasado, se disputaron siempre la direccción de los negocios públicos de nuestra patria. Educados los liberales en la escuela de la adversidad, siempre combatiendo por la nueva idea, regaron con su sangre los campos de batalla, siempre triunfante su bandera, en último análisis hasta llegar á la cumbre del poder; estos héroes, que jamás olvidaron los principios de la democracia pura, se desvanecieron en las altas regiones. Cuán cierto es que no se mira lo mismo de abajo para arriba que de arriba hacia abajo. Los demócratas, cuando pierden de vista la Estrella Polar de la democracia, se avienen perfectamente á la dictadura y á veces hasta el despotismo:

Y ¿qué diremos del partido conservador á quien no queremos ni podemos negar que tenga amor à la patria? que también se ofusca con el esplendor del poder, y también se convierte en tirano, Este partido lo forman los *ricos*, cuya savia es el dinero; los católicos, hombres de fe, pero que bajo la cúpula de un templo engañan à los tontos, y especulan con las creencias; á esto se agregan porción de séres que se llaman de la *clase decente*, y estos son los que sirven de monaguillos para empuñar el pàlio, y para arrastar el carro de un candidato triunfante en un dia de gloria; son, en fin, los escuálidos caballos, enclenques y dearreàticos que sirven en una administración.

Esto sucede en este Estado, y el Sr. Arellano ha hecho bien en escoger á hombres que no tienen por norte *lá idea* sino sólo la obediencia; no la filantropía, sino solo la consigna: nó la elocuencia del parlamentarismo, sino el voto ciego é inconsciente de una moral nebulosa poco satisfactoria. Esto lo decimos por lo que pasó en el veredicto del Gran Jurado que juzgó á los acusados tribunalicios, y es lo primero que se ha visto aun en los cabildos de *guajolotes*.

Ni una sola voz se levantó para defender el dictámen combatido; ni siquiera la comisión arrulló entre sus brazos al hijo de sus entrañas recien nacido, y lo abandonó à los picotazos de los gavilanes; sabía que; aun cuando la diatriba, la filosofía y el buen derecho, lo descarnaran, había *siete* votos, sólidos como un hueso que lo resucitaran, que

le dieran nueva vida y cubrieran con sus alas de querubín aquella criatura á quien se le podían contar todos sus huesos; eran aquellos otros tantos siete sabios de la Grecia, que curarían las llagas cancerosas de un feto corrompido.

¡Oh Espírutu Santo, que iluminaste desde los Apóstoles hasta el más adocenado de los Pontífices! ¿por qué no mandaste un destello de tu sabiduría que iluminara aquel *septimino* de Diputados? por qué, en raudo vuelo, no descendiste para dar un alazo á la Comisión y al Gran Jurado?

¡Don Simplicio, Don Simplicio! profeta eximio de aquellos tiempos; á los cincuenta años de haberlas escrito, caen candentes, luminosas como un reguero de luz; aquellas tus palabras:

Espíritu de Dios, baja ligero....
Y dijo el Santo Espíritu....„No quiero;
Sobre esos animales, yo no bajo.„

Conque Sr. Lic. informante y colegas de la Comisión, ¿el Código mercantil puede ser reformado y adicionado y no obligatorio en los Estados á quien plazca no sujetar á él los procedimientos de un juicio de ese orden? Una ley federal es obligatoria su observancia por los ciudadanos, por los Tribunales, porque el art. 3 ° de los transitorios del Código Mercantil, textualmente dice:

„Los recursos que estén ya legalmente interpuestos, serán admitidos aunque no deban serlo conforme à este Código; pero se sustanciarán sujetàndose á las reglas que él establece para los de su clase, ó en su defecto à las establecidas en el Código de Comercio de Abril 1894.„

¿Con que Sr. informante é ilustrados colegas, dan Uds. por hecho que el acusador no quiso ministrar estampillas, cuando ninguna prueba han aducido á los acusados que justifique se excepción? ¿Conque no son responsables los Ministros acusados por no haber dado su sentencia, en un año y un mes, después de habérse citado para ella? y, ¿á donde va el art. 1328 que el mismo ordenamiento prescribe: „No podrán, bajo ningún pretexto, los Jueces ni los Tribunales, aplazar, dilatar ni negar la resolución de las cuestiones que hayan sido discutidas en el pleito.—¿Entre qué gente estamos?

GARROTAZO DE CIEGO.

No el parto de los montes que dieran à luz un ridículo ratón nos servirá para contestar á *El Católico*, cuando nos hiere en su último rebuzno; nosotros, buscando la fábula, le diríamos.... "Habló el buey y dijo: ¡mú!"—Defiende al Gran Jurado por su veredicto famoso, y canta en tono de seguidillas la inocencia del terno de acusados: no más faltaba à los cariacontecidos, que *El Católico* los ensalsara. A tal Aquiles tal cantor. Ya entonan su canto de victoria y todavía la cuestión apenas va comenzando. No, no se soplarán la breva verdiosa y escurriendo leche.

Darémos sólo ligerísimos apuntes, pero los suficientes para que, no *El Católico*, sino los hombres de más ilustre ralea sepan que estamos en la pista ¿Con que el clero no tomó cartas en lo de la absolución de los acusados? pues entonces ¿qué misión llevó á nombre del Cura y ante el Gobernador un clerizonte grasiento y pescuezón? nada menos que la chochez de una orden *suplicatoria* que es agena á su ministerio. Pero ¿cuáles son esos liberales que tienen de oír las recomendaciones clericales? ¿el Gran Jurado? ¿el Mordisco? ¡Jesús *Católico!* no vaya usted á perder la semilla de semejantes liberales, porque son verdaderamente de una raza robes-perruna.

Ignoramos *si el clero*, y especialmente el de esta ciudad, ha pedido *gracia* para algunos sentenciados á muerte: sabemos que un buen sacerdote, el Sr. Cura D. Justo Ramirez, aconsejó á las señoras pidieran esa gracia y tal vez las condujo ante quien podía concederla; pero fué *un clérigo solo*, no el clero; los agraciados están agradecidos, y á usanza de los pícaros é ingratos liberales, tributan un culto á la cara memoria del Sr. Ramirez.

No desconocemos los servicios, aun el heroísmo, de algunos insignes varones, honra de su clase. El fraile Belaunzarán, oponiéndose al degüello ordenado por Calleja en Guanajuato; Las Casas, protegiendo á los indios contra la inclemencia de los conquistadores; el Arzobispo de París, muriendo en las barricadas por cumplir con su ministerio; la Hermana de la Caridad Montalemberg amputada de ambos brazos

por curar á los heridos en el campo de batalla; estos y otros muchos, son ejemplos preclaros de algunos héroes del católicismo, cuyas glorias reflejan para alumbrar á una clase; pero estos héroes no son *el clero*, y si otros clérigos llevan una vida muelle y regalona, no la cambian por los riesgos del heroísmo. No debemos olvidar que el heroico, el patriota clero, aceptó raer las venerables cabezas de Hidalgo y de Morelos, y no sabemos se pusiera entre las víctimas y los verdugos, como dice el periódico de la sacristía, que tal es su misión.

No se cubren la cara de vergüenza los defendidos cuando se les recuerda que el acusador hizo alución á un Sr. Magistrado á quien un par de palancas lo lanzó del templo de la justicia para que pudieran mamar sentados otros buitres carniceros.

¡Ah! y cree el papelucho que esto se llama cantar la palinodia.

¿Cuál será la edad en que se deben contar los cuentos chuscos? ¿qué Código la designa? Bocaccio, Quevedo y Voltaire eran viejos y los contaron. ¿Cuáles son esos cuentos, ofensivos sólo á cuatro diputados y no á los restantes? ¿en qué columna de nuestro anterior periódico los hemos puesto? el rabo cerdozo de la defensa de *El Católico* sólo espanta las moscas á tres Diputados y se olvidó de los otros cuatro.

Colega, ¿estaba Ud. en sus cabales cuando escribió su párrafo? ¿no se bebió Ud. el vino sobrante de las vinajeras?

Llamad al terreno de la caballerosidad á los Jurados, y os dirán unánimes: „Tenemos la convicción de que la justicia está de parte del acusador, pero. . . .pero....„—Aquí entran los suspiros, los pucheros, los apretones de manos, y exclaman·

„Fuerza del consonante, á lo que obligas,
A decir que son blancas *tres* hormigas.„

Ahí donde ustedes ven, están arrepentidos desde el Cura hasta los Jurados de haber encargado su defensa al articulista, porque ha mostrado su gran talento en el tino para tratar esta cuestión: dicen unánimemente: „No tiene este la culpa, sino nosotros que pusimos nuestra defensa en manos de un inocente.„—Ahora si va un cuentecito chusco, á pesar de nuestros ochenta calendarios; pero aprovechad su moral, articulista católico.

Un campesino tenía una gran labor, pero la atravesaba de medio á medio un camino nacional; mandó cercar sus dos mitades dejando encañonado entre muros de piedra la perniciosa vía; pero ¿cómo entrar á cultivar la labor sin abrir unos portillos? Se abrió el uno frente al otro, pero no se les pusieron trancas. Un domingo en que todos los vecinos abandonaron el cortijo para ir á misa, se quedó sólo para cuidar las sementeras el dueño de ellas. Cómo por mal de sus pecados se introdujeron à la labor cuatro toros más bravos que los redactores de *El Católico*, y á gritos, rechiflas y pedradas, logró endilgarlos al portillo y echarlos fuera; pero ¡oh desgracia! en vez de tomar el camino, los animalitos se metieron á la otra sementera cuyo portillo estaba también

abierto. Allí fueron las apuraciones del pobre campesino, porque no había una alma en la comarca que le ayudara, y los toros engullían maíz muy á su sabor. Otra vez los gritos, los juramentos, los silbidos y las pedradas, volvieron á ponerse en juego; como los amparos contra los acusados, que salen de una para meterse en otra; logró el campesino endilgarlos al portillo; pero no tomaron el camino, sino que se introdujeron en la otra labor.

—¡Esto es el cuento de nunca acabar! ¡Si yo tuviera un ayudante! ¡Ah¡ ¡nos hemos salvado!

Recordó que en la capilla había la escultura vieja de un San Antonio desnarigado, cojo y calvo, como el articulista: corrió, lo trajo á cuestas, y lo paró en el portillo para que con sus respetos y su presencia se asustaran los cornúpetos, y tomaran el camino, que era lo que el campesino deseaba. Vuelve la fatiga de los gritos y las pedradas; logra el actor lanzar de allí aquellos animales que se acordaron eran toros, y dan sobre el san Antonio que inferimos no había de ser muy buen torero, y lo derribaron, pasando sobre su reverencia.

Furioso y echando chispas el campesino, como el Cura y los Diputados, decía estirándose los pelos: «No tiene este la culpa, sino quien pone á inocentes en el portillo.»

Nosotros no creemos en la infabilidad de nadie, ni siquiera en la de los Magistrados de la S. Corte; pero sí creemos en que sus resoluciones son la *última palabra* que todos debemos acatar. *El Católico* à nombre de los acusados, dice estas palabras que textualmente copiamos.... «En la infabilidad de la Suprema Corte de Justicia y en una resolución tonta, muy tonta como no la habría dado el inolvidable alcalde de Lagos....»

¡Cuánto les escuece á los Magistrados y Diputados la sentencia de la Suprema Corte! Y el Gran Jurado ¿por qué no mandó incluir en el acta de la sesión respectiva los graves insultos que el pobrecito acusado, bufando y echando espuma por la boca, propaló contra tan respetables Magistrados? Pasó la Secretaría sobre las disculpas como pasan los gatos sobre las llamas, y el Sr. Presidente no llamó al orden al blasfemo y sí al acusador, porque lanzó al preopinante un arponazo.

¿Con que el Nazareno fué mordido por un perro? ¡pobrecito! nosotros lo ignorábamos; ni la Magdalena, ni los apóstoles que no lo abandonaron hasta la resurrección, revelan ese acontecimiento á la posteridad; pero *El Católico* lo afirma, y hay que creerlo bajo su responsabilidad.

Las anécdotas y citas históricas con que los escritores adornan sus relatos, caro colega, producen su efecto cuando se refieren completos, es decir, hasta el chusco desenlace. Nosotros sabíamos ya el cuentecito del perro desmolado, y tendremos que completarlo para aplicar su moraleja. *El Católico* lo sabe y no lo dice; lo sabe y no lo quiere decir.

Sabed ¡oh lectores del *Católico* y del *Fandango*! que à ese mastín desdentado de que habla ese papelucho, le pegó la rabia, y los maldi-

cientes muchachos lo temían àun en la certidumbre de que no era peligroso por carecer de incisivos, pero llamaba en su auxilio á los perriquines lenguaricos y roñozos, alharaquientos y mordedores de la comarca; hacían el mismo papel que los tinterillos de los Juzgados; ladrar y morder.

Había por ahí un vejancón alto y enclenque, medio doblado por la espina dorsal, que imitaba en sus actitudes la figura que toman los perros callejeros en situaciones asquerósas, era peli-cano; sus mejillas se cubrían con un cutis verdi-prieto; se entregaba á la mística y se santiguaba con frecuencia cada vez qué oía sonar la campana del templo, dando el rodillazo al suelo: còn qué fervor besaba la mano á los *padres* del Señor del Encino; pero era más observante en las vigilias vedadas; nó comía carne por no comer «carne de cadáver,» es decir, de animal à quien se hubiese dado muerte. ¡Es claro! En los ejercicios cuaresmales edificaba por la unciòn religiosa, por las gesticulaciones y los golpes de pecho; aprovecha media hora cada día en dar rienda suelta a la murmuración y en espolear al prójimo en los ijares de su honra.

Este murciélago, asaltado por el mastín rabioso, se asustó; fué tal el pánico, que desde ese momento ya no tuvo vida sino era con el fin de prepararse para la muerte: le preocupaba entregar el alma à Satanás entre contracciones nerviosas, retortijones intestinales, mordiscos más incisivos que los del platicaderito de un humilde siervo de Dios y bendijo á sus hijas, abrazó á su esposa, y mandó decir esas misas de San Gregorio que conducen á las almas al cielo, aunque tengan qué sacarlas del infiernò: llamó con urgencia à un confesor para que encaminara su alma en el ferrocarril de la penitencia, arrepentido de sus crímenes tribunalicios. Vino tambien el notario. . . . ¡ay qué notario! es un escriba coli-abierto y desvencijado, como pintan á Montalvo, chispo, cojo y calvo. La casa del occiso era un campo de ternura y de desolación: allí, la esposa llora y moquea: allá, se veía abandonado por los suelos *la espada de Bernardo* con distinto palo; y el perro con el rabo entre las piernas, como los tres acusados, infundiendo terror y desconfianza: la casa estaba en silencio; las puertas y ventanas entrecerradas; pero aparece el escriba que, como médico, había de consolar al moribundo haciéndole testar; ¡cómo no había de hacer esto con un semi-difunto cando ciertos escribas hacían testar á los muertos!

—¡Dónde, dónde está mi compañero? pero ¿qué desgracia le aconteció que á todos nos tiene sumidos en el desconsuelo? dijo el escriba tomando en sus manos el protocolo: llevaba la pluma en la oreja y el tintero en el bolsillo; se dirigió hacia la puerta entrecerrada que le señalaron. Con el cuerpo fuera y la cabeza erguida, pero cubierta con sombrerito de Panamá, la introdujo por aquella abertura que apenas dejaba paso al aire y á la luz. Vió en el fondo una figura arrodillada y en cruz ante un niño santo de Atocha: tenía adornada la cabeza con una corona de espinas, y se ministraba de cuando en cuando muy fuertes golpes de pecho.

—¡Qué hay! ¡cómo vamos! ¿qué dicen esos males? ¿estamos ya en la crísis del furor?

—Pase usted compañero y amigo; no tenga cuidado; todavía no tengo los accesos de la rabia. ¡Cuàntas desgracias nos han sobrevenido en estos cuatro meses, compañero!

—Muchas, muchas, muchas; admírese Ud.

—Me admiro: pero aflíjsae usted.

—¿Qué? ¡me aflojo!

No, todavía no, que áun no llega el furor, Comienzo á tener horror al agua.

—¡Jesùs mil veces! si nos dará tiempo el mal de hacer testamento.

—¡Cuánto contratiempo! y esa maldita Filida que à los tres nos persigue como burro manadero!

—¿A quién se lo cuenta Ud.? á mí, á quien la maldita burra, cuando no me pudo tumbar me aventó, y no puedo abandonar la muleta en esta ocasión.

—Pero explíqueme usted ¿cómo estuvo esa desgracia de la mordida del perro rabioso?

—¡Ay, compañero, si no me quisiera acordar! No me mordió el perro porque no tenia dientes; pero me asustó, me avergoncé y nalgas y pantorrillas me baboceó.

Así sucedió á los acusados; no los mordió el acusador, pero los llenó de baba sacándolos al balcón

EL CULTO A SATANAS.

Sentimos hormigueo en el cuerpo y se nos erizan los pelos como á los gatos.

Se apodera de nosotros un estremecimiento nervioso que nos quita el apetito y nos produce el insomnio.

¡Hasta qué punto pueden llegar la ceguedad del hombre y el extravío de su razón.

¡Levantar altares al demonio! ¡qué horror! Muy alarmados andan por esos mundos los católicos fervientes; se ha hecho un gran descubrimiento

Los masones tributan culto à esa divinidad caída que se llama Lucifer.

Sabed ¡oh lectores! que en el palacio Burghese esos vanpiros han elevado un altar, y en él han colocado nada ménos que la cabeza cornuda de ese monstruo; ¡qué rostro tan venerable!

Tales son las noticias que han recibido los periódicos clericales, con las que están alarmados, cariacontecidos y en vísperas de perder el juicio: jamás se vió un atentado semejante en cabildo de *guajolotes*, ni cuando se alzaban altares á Priapo ni á Venus afrodicia.

La alianza entre masones y las testas infernales es peor que la dinamita; es más poderosa que las naciones coaligadas para atacar á Sebastopol; más que el ejército prepotente de Jerjes.

Es una tromba, un ciclón, un cataclismo. ¡Dios nuestro Señor nos coja confesados!

Recuperemos la calma y la sangre fría. Hagamos razonamientos que curen las palpitaciones de nuestro corazón, ó que nos muevan al arrepentimiento.

¿Quién es el diablo y dónde se le encuentra? ¿qué figura tiene? ¿quién ha tenido valor de verlo cara á cara sin caer desmayado á sus piés?

Nadie dice que se haya aparecido á él personalmente, pero alguno sabe que se le apareció á D. Fulano; voy con él y me lo niega, pero me despacha con Sutano; éste lo niega, pero asegura que se le apareció à un cierto Sr. Lic. pues quería llevárselo cuando era juez; este nos manda con el Tribunal; el Tribunal con el Juez de Distrito, este Sr. con la Suprema Corte; la Corte nos manda á todos al diablo, es decir, á quien venimos buscando.

—Señor, dispense Ud....¿vive aquí un diablo que se llama «el vecino de enfrente?

—No señor, ahí. en la casa de enfrente.

—¡Pues si de allí me mandan para acá!

Nosotros, en nuestra juventud, cuando la desgracia nos abatía, hemos llamado al diablo con veras de nuestro corazón, con fe, con ardimiento; lo invocamos en la soledad, en los círculos más animados, allí, donde se tributaba culto á Baco, á Venus y á Terpsícore, en los bailes de candil, cuando medio alumbraditos bailábamos la sibarítica polka en su paso húngaro de punto y talón. Nunca pudimos ver del diablo ni un sólo cuerno: la empresa era temeraria; pero sin riesgos ¿para qué sirve el valor?

El primero que pintó al demonio fué el Dante puesto que, asomándose á la orilla de un gran risco, contempló el infierno: creación de su fantasía fué un diablo de forma rarísima; de formidable nariz, encorvada como el pico de una ave de rapiña, bisojo, cabeza adornada con un par de córneos adminículos, dientes grandes y colmillos salientes, cuerpo de fauno y cola larga y sin cerdas; además, alas de murciélago. A falta de otro modelo así lo reprodujeron los pintores.

Después, Milton, en su poema se vió precisado á imaginarlo un poco más simpático, pues siendo un angel hermoso no había de sufrir tal metamorfosis sólo porque se le destinó para fundador de un nuevo imperio. Dios no es burlón ni caprichoso como los poetas. Lucifer fué pintado con formas humanas, coronado de laureles.

Goethe lo pinta vestido color de escarlata, y del mismo color es la tez de su cara y manos; su nariz es prolongada y curva, casi se junta

con la barba; le llamó Mefistófeles; fué el perseguidor de Margarita y protector de Fausto.

Estas son las creaciones que conocemos de los grandes poetas; los pintores no se han atrevido á dibujarlo sino de alguno de estos tres modos.

Nosotros lo hemos soñado en figura de arcángel, con alas de cisne y blanca vestidura, resplandeciente de belleza como él era antes de descender á los infiernos; traía un plectro y oí gratas melodias salidas de una lira de oro que pulsaba; ostentó en el cinto un lucero á manera de broche. Al planeta Venus se le llama Lucifer.

¿Quién, pues, lo ha visto que pueda corroborar ó desmentir estas fantásticas figuras?

Ya sabeis, lectores, que al diablo se le ahuyenta de mil maneras; la más fácil es el agua bendita; pero ¿á los masones? ¿cómo desbaratar esa dualidad de potencias que puede ser muy funesta? Los masones son unos gandules, de obtuso entendimiento, obcecados y audaces: todo estará dicho con esto; están dejados de la mano de Dios, anatematizados por la Iglesia y repudiados por el santo gremio: son más terribles todavía que las furias infernales.

Van ya calmándose nuestros temores, y ya no nos palpita tan recio el corazón.

Alguna vez hubo una reyerta acalorada entre un espiritista (otra clase de pájaros que bien cantan) y un masón; el primero era descarado, jactancioso incorregible, indiferente en religión; tenía vicios, y los ostentaba con torpísimos trofeos adquiridos en las campañas de Venus, de Priapo, de Baco. Ante él era D. Juan Tenorio un tipo de castidad, Gestas un sacerdote, D. Cesar de Bazán un corderito.

Sus extravíos los fundaba en las consejas que recibía de algún espíritu burlón que se interponía en sus fervientes evocaciones. Era, en fin, la personalidad del cinismo más refinado.

El masón no le iba en zaga para emprender grandes maldades, pero las cubría con un velo de reserva y de santidad. Jamás ponía en práctica sus vicios sin santiguarse, invocar el nombre de un santo, rogar á Dios le ayudara en sus fechorías morrocotudas, y que después le diera la gloria eterna: edificaba en el templo con unción ardiente siempre que alguien presenciaba sus actos de humillación y de respeto á los santos y á las gerarquías; fingía creer y tener devoción especial á la Vírgen de los afligidos á quien encendía una lámparita. Su conducta era mala pero no escandalosa, y en esto consistía su habilidad y su talento; el vehículo que facilitaba los medios era la santurronería, porque fingía creer en el diablo. Eran un par de cocodrilos que bién merecían los arponazos.

Un día se pusieron en claro sus asechanzas y sus crímenes.

De uno no se escandalizó la sociedad porque lo conocía.

De otro dudó porque creyente y religioso ante la sociedad, era incapaz de cometer un pecado venial.

El uno era cínico, pero no de la secta Antístenes, sino impudente, desvergonzado.

El otro era hipócrita.

Tenían ya los anatemas de la sociedad, y la justicia iba á descargar su espada flamígera sobre los dos.

Era preciso graduar la pena; á uno se le castigaría con la degradación de los azotes y de la picota; al otro con una pena menor.

Aquí fueron los apuros de los jueces; pero ocurrieron al juicio de la opinión para que esta dictara su fallo.

¿Cómo resolver el problema?

Un filósofo se presenta: vé, analiza, compone y descompone los argumentos, los coloca en la balanza.

La hipocresía —dice— es un vicio ruin y miserable que engaña, delinque y da mal ejemplo.

El cinismo es vicio grande tambien; que escandaliza, y es la negación de todo lo bueno, lo magnánimo, lo santo; no cree en Dios ni en el diablo; no en la virtud, en el honor ni en el patriotismo. Es refractario en el amor; la esposa es para él una maquina; los hijos frutos de maldición. Es un escéptico. No hay mártir sin fe; no hay fe sin esperanza; no hay esperanza sin creencias. Dios podía tocar su corazón, pero no lo tocaba.

La hipocresía es un vicio excecrando que Dios anatematiaz con santa indignación. «Ay de vosotros, escribas y fariseos, que colais el mosquito y os engullís el camello.»

El cínico en nada cree porque es malvado.

El hipócrita es malvado tambien, pero en algo cree, puesto que aparenta ser virtuoso.

Conclusión: es ménos malo el hipócrita.

Esperanza debemos tener de la conversión algún día de los masones, pues si levantan altares al demonio es porque en él creen. Quien cree en el diablo y lo hace amigo es porque le teme.

Buen principio es para su regeneración que los masones, por temor rindan culto á Lucifer, pero lo dudamos.

Regocijaos, ¡oh católicos! temer y esperar es creer. ¿Pero estais vosotros seguros de que los masones esperan y creen en el diablo?

TIPOS SOCIALES.

Doña María de la Salutación Zamarripa.

No á las alevadas cumbres del Himalaya, ni al país inculto de las Bayaderas; no á las regiones salvajes del Indostán, ni à las ardientes playas del Africa, iremos á buscar alguno de esos tipos estrafalarios que, á fuer de ser muy comunes, los encontramos en todas partes, aun en las cultas sociedades del mundo civilizado: tal es la doncella vieja.

La mujer soltera no cumple con el divino mandato de crecer y multiplicarse; es una planta parásita sin aroma, sin flores y sin frutos.

Por más que admiremos en algunas señoritas viejas la virtud, los elevados sentimientos, el bellísimo carácter, un trato amable y hechicero, todas esas cualidades que tanto las enaltecen, no distinguimos, ni con el auxilio del telescopio, al lado de ellas la penumbra tutelar del angel custodio, de ese no sé quién que las proteje.

Un compañero es el complemento de la felicidad, la perfección del estado, el sér único que ayuda à la mujer á cumplir su misión sublime sobre la tierra.

¿Por qué no se casan todas las mujeres? Esta es una duda que á cada instante nos asalta, y á guisa de Padres Ripaldas, solos nos preguntamos y nos respondemos. Por amor y abnegación á la familia muchas sacrifican su porvenir: porque tras una verdad evidente tal vez existe otra verdad secreta: porque la Naturaleza á muchas ha negado la belleza plástica: porque no les ha concedido ese dón de la hermosura que admira, el encanto que atrae, ese conjunto seductor, compuesto muchas veces de disímiles pequeñas imperfecciones, pero que infunde fascinación á la mirada, voluptuosidad al busto, encanto á la sonrisa y donaire á los movimientos. Estas hechos, verídicos à toda luz, vienen á fundar un axioma: el sentimiento de lo bello es un imán; la repulsa de lo feo es un tormento. Cuando se conoce à Dios no se adoran los ídolos. Cuán diverso de lo que es hoy sería el mundo, según imaginamos, si encendieran las teas del himeneo solamente las bonitas: condenadas al olvido las feas, serían como aquellas mujeres que, mustias y avergonzadas, visitaban frecuentemente el templo de Isis buscando un cíclope, un sátiro, un verdugo que les hiciera pasar por las horcas caudinas del matrimonio. Las hermosas llevarían como ahora el cetro del

amor, y monopolizarían el derecho de atizar el fuego sagrado, como las sacerdotizas de Irminsul.

La experiencia nos enseña que del consorcio de dos feos salieron hijas bellísimas, simpáticas y graciosas; la experiencia nos demuestra que las mujeres feas son las que infunden pasiones más vehementes, y las que sujetan bajo el cetro de su amor aun á los hombres más graves: tal es la energía de su imperio y de su seducción. Algunos magnates, hércules en la ciencia, faisanes elevados á las regiones del poder, perdieron el equilibrio, dieron la campanada, y se vieron cautivos en las telarañas de una arpía, cuya fealdad no pondrían en duda ni los miopes ni los présbites. Ese amor sin recuerdos, sin esperanza, no es constante y duradero Pero muchas mujeres están á la luna de Valencia; se han quedado esperando, como los judíos, el advenimiento de un Mesías que no llega, porque al festín del matrimonio son muchas las llamadas y pocas las escogidas.

En esa dualidad de sexos, le ha tocado al hermoso representar siempre el mayor número de los *nones*, no sólo porque al mundo abordan mayor suma de hembras que de machos, sino porque las guerras, los duelos, los cataclismos, cincuentean al sexo feo.

Es bien sabido que al otro mundo van más pollos que pollas; en consecuencia disminuye el matrimonio, y es patente cuando aumenta la inmoralidad. Las feas sin gracia y sin fortuna tienen que pelar la pava y llegar por vericuetos y sendas extraviadas al templo augusto del amor. ¡Ay, desgraciada la que nace fea!

Cuando una niña entra en la pubertad; cuando el desarrollo físico se aduna al de la inteligencia y al de los nobles sentimientos, se mira rodeada de mozalvetes; presiente un porvenir expléndido puesto que á sus piés están multitud de adoradores á quienes mira con indiferencia: es que el rapaz vendado no ha herido su alma: La niña escudada por el candor, vaga en las regiones de la poesía, entra en la órbita en que á las jóvenes les es dable despreciar à todos; blinda el corazón con una coraza de acero impenetrable; su bello ideal es la música, las flores, los perfumes; pero días vienen que no son los de la inocencia y en los que los perfumes ocasionan violentas palpitaciones, las florestas arrancan lágrimas y suspiros, y el sarao hace languidecer el alma á impulsos de un sentimiento para ella desconocido. Pasó la época de *despreciar*, según el vulgar aforismo, y entra en la órbita en que su estrella le permite escoger en la pléyade de sus adoradores que disputan obtener la preferencia; la sensatez, el gusto ó su capricho ¿á dónde conducirán à la adolescente que se inflama ya con un fuego sagrado, y que recibe con beneplácito la flecha inexorable que hiere su alma?

Si del matrimonio se hace una cuestión de amor ferviente y apasionado, sin la intervención del raciocinio, pronto la venda de Cupido velará la razón y tal vez el escrutinio no sea muy acertado aunque se escoja entre lo bueno lo mejor para satisfacer el deseo más grato de la mujer, como es el de amar y ser amada. En cuanto á la felicidad futura el cielo la niega ó la concede.

Si la mujer es demasiado altiva para seguir despreciando en esa tercera época de su vida, porque en alas de su deseo va en pos de una fortuna bonancible, debe perder toda esperanza, porque ha sonado ya la hora de entrar en la órbita cotorril, en cuyas regiones el amor es una sombra engañosa: su juventud languidece y se marchita; las líneas esculturales de las mejillas y los pómulos pierden sus graciosos contornos; se forman en las sienes las aterradoras quebraduras del pié de gallo; y lo que fué sonrisa angélica, agraciada por los nidos del amor, por labios sensuales y blanca dentadura, se convierte en risa inerte, sin animación, sin atractivo; se oye la voz áspera y gutural de la jamona, en cuya garganta resonó el timbre cadencioso del acento juvenil; el color de sus mejillas se convierte en verdi-prieto; los hombres no la siguen, no la buscan, no la admiran; se codean cuando pasa ante su vista, y no falta quién, cerrando el ojo al compañero, diga con sarcasmo: „ésta es la misma: ¡qué pronto pasó sobre ella la edad de las ilusiones!„

La mujer ha recorrido en una órbita espiral los signos del amor, como el sol corre por los signos del zodiaco; pudo despreciar, pudo escoger; ahora entra en la constelación del arrebato. Muerta su esperanza despide el grito altisonante de „la mano ó la vida,„ asechará como el bandolero en la encrucijada al jóven imberbe ó al viejo achacoso; nada importa que sea un bandido de la Calabria, un centauro, un corsario, un pirata.

No se diga más tarde que se descuida la ley de Moisés á los israelitas: „La doncella ha gritado y no la han oido.„

No tratamos de troquelar en este tipo á las doncellas viejas que merecen por sus virtudes la veneración y el respeto de la sociedad; ellas representan en la vida real la idea sublime del sacrificio y la abnegación hácia la familia: ha extendido sobre ellas sus benéficas alas el más puro de los amores, el amor al niño y al anciano. El sacrificio es la poesía coronada por la caridad, así como el egoismo es el lauro victorioso de las almas pequeñas. Si tuviéramos que juzgar á estas mujeres por sus virtudes, sería preciso divinalizarlas, como en tiempos del paganismo; no las debemos tampoco juzgar por los vicios de algunas que son la excepción, porque las profanaríamos. Algún filósofo compara con Eloisa á Santa Teresa, mirando al cielo. Pase, pues, nuestro tipo como una broma fugitiva de nuestra musa juguetona. No negamos que algunos perfiles de aquellas y los de nuestra heroina tengan similitud; pero doña Salutación Zamarripa es un carácter *sui generis*, y único el colorido de su retrato; es escéntrico, es poco común en la sociedad; pero si se hace un estudio en algunos círculos de la clase media, si se analizan las facultades y tendencias de algunas vetustas doncellonas ¡cuánta analogía puede encontrarse con la doña Salutación ficticia de quién formamos una silueta! Ella vió correr sus cuarenta primaveras, y con ellas se fueron los homenages de sus contemporáneos.

A ningún sér viviente hoy daría manazo, según ella dice, sin que cayera como de plomo aquella mano larga, cual ramal de disciplina, yer-

ta por la escarcha de la edad, sin los efluvios vigorosos de unos años primaverales.

Sobre gustos nada hay escrito, y no faltarán viejarrones asmáticos y gotosos que quieran tibiarse en aquella forja femenil pronta á extinguirse.

Montalvo casó en Segovia
Siendo tuerto, cójo y calvo;
Y engañaron à Montalvo,
¡Qué tal estaría la novia!

Doña Salutación ha reformado sus devociones; ya no lo es del Señor de la Esperanza, porque todo su amor hoy lo tiene concentrado en el gato, que es la última erótica ilusión de la mujer; no abandona la atmósfera del platonismo; no será sacerdotiza del culto de Venus Urania pero sí será sibila que interprete el oráculo de sus amigas, y se constituirá en agorera del porvenir: sentará plaza de confidente ó de secretaria universal de las novias noveles, y escribirá sus cartas en papel cuyo símbolo sean dos palomas unidas por el pico: en una palabra, formará matrimonios á su arbitrio.

Aunque no le conste personalmente que se han efectuado milagros, sabe que S. Antonio es intermediario eficaz para proporcionar á sus devotas un buen marido, y hace la propaganda de los atributos de aquel para enaltecer su culto; ante su vista ella se considera redentora curando las llagas al leproso.

Ningún matrimonio por hacer, en el cual no ha intervenido, es bueno ante sus ojos, y procurará que el demonio meta la cola en aquellos en que ella no la ha metido todavía. Sabe bien que el celo es un cohete á la Congréve para desunir dos almas, y lo enciende, lo arroja y espera satisfecha el trueno gordo: si se entibia el amor en alguna pareja, hace porque se convierta en odio implacable, y redacta un *ultimatum* al novio, calabaceándolo; el infeliz novio, como el lego de la fábula, vé la luz, la luz y no sabe quién lleva la linterna: es doña Salutación que maneja primorosamente el tinglado.

Para intrigas cortesanas sería una alhaja de inestimable precio, por que husmea los acontecimientos, como el sabueso olfatea la presa; con hábil prestidigitación maneja los cubiletes; ni Meternich ni Bismark, amasarían pasteles más suculentos en diplómacia como nuestra heroina los condimenta para forjar y desforjar sólidas relaciones. Los alambres que ella mueve están tendidos de su estancia á la Iglesia y á todas aquellas casas donde Cupido envía sus saetas. Miradla: sale del templo, viene de visitar altares, y con el rosario trenzado en los dedos se hace lugar en todas partes; caerán en sus redes desde la niña gazmoña hasta la santurrona: desde la cotorrita zangandunga hasta la beata casquivana. En cada puerta forma un corrillo, en cada reja un cuchicheo, y deja en todas partes el virus de la difamación saturado con el *agnus Dei* del hisopo.

—Buenas tardes, Juanita.

—Dios la guarde, doña Salutación.

—No le pregunto por su esposo porque anoche lo ví en el teatro; fle-

chando con los gemelos á las coristas. Estaba solito en su butaca que parece que ni es casado: para él son los placeres, los amigos que lo pervierten, los chichisveos con las operistas; y la esposa *sambutida* en su rincón, aburrida hasta nomás. Mi vida los hombres quieren mujercitas como vd. que lleven la cruz acuestas, sin Cirineo ¿me explico? Bien dice Concha, hay hombrés malos porque las mujeres son buenas.

Doña Salutación se despide y continúa su camino, dejando la simiente del disgusto en la conciencia de una esposa.

—Adios, doña Salutación.

—Pachita de mi vida. ¿Cómo està? ¡Cómo ha de estar! Ya la estoy viendo, flaca y descolorida, apasionada de ese tuno, que ni sabe el tesoro que tiene con ese corazoncito.

—Ud. siempre de broma,-exclama la niña que ya la venir con su batería á soltar una descarga.

—Calle, calle Pachita; si ni le cuento yo á Ud. Si nó sabré del pié que cojea el angelito; le anda buscando tres piés al gato; no sé que alboroto trae con la viuda del 23.—¿Cuándo cambiaba yo á una muchacha tan linda como es Ud. por una momia viviente como es ella!

Y la Pachita siente el harponazo de los celos y se queda trinando como los canarios.

Esta señora, diestra en desatar nudos gordianos, hábil para forjar enlaces, no pudo conquistar para sí un quebradero de cabeza; y al recordar su pasado, al ver á sus amigas de su infancia entregadas á las delicias de la maternidad, coge à los hijos agenos para suspirar y acariciarlos: en el estertor de su desgracia, en la decadencia de la edad, siente algo en el alma parecido al remordimiento que le escuece, que la atosiga, que le causa pesadíllas: en vano intenta lanzarlas de su memoria. Con un trabajo personal, asiduo y laborioso, cubre sus necesidades, ayudàndose con los presentes de sus amigos, como una ofrenda á su mediación y á sus servicios. En sus buenos tiempos pulsaba un poco de guitarra, mandando al viento su voz y esparciendo gorgoritos. Hoy ha impuesto silencio á su garganta; su instrumento polvoroso y destemplado, yace en un rincón de su alcoba porque la guadaña de la muerte rompió las cuerdas; un simbólico crespón cubre su vihuela y si canta se asemeja su acento à un maullido, ó á un clamor funerario.

No es extraño que algunas doncellas viejas sufran metamorfosis; en el ocaso de su vida son insectos sin vértebras que se transforman en mariposas.

Estériles para el amor, buscan entretenimientos cultivando la santurronería en los templos que visitan á todas horas;adóptan el oficio de niñeras como una afición á los placeres maternales; nó abandonan sus propensiones á forjar matrimonios, y recorren este camino con la ferviente adhesión que se tiene al profesorado.

¿Quién no conócé por esos mundos de Dios algunos tipos que encarnan en el de doña María de la Salutación Zamarripa? Si la sociedad los conóce, no pronunciará sus nombres, pero las señalará con el dedo.

Doña Estela Matutina.

¿Quién de mis lectores no ha oído hablar de una doña Estela Matutina, matrona de esclarecida estirpe, y que en materia de años ha logrado tocar los 77 inviernos, ó como ella dice, ha llegado á las alcayatas? ¿La conoceís lectores? ¿la habeis visto andar con paso lento, inclinándose á uno y á otro costado como fragata que combaten las olas irritadas del mar? Examinad su fisonomía; ved sus ojos pequeños y hundidos, centellar debajo de unos párpados convexos, y separados uno de otro, por un pequeño espacio ó istmo que se interpone entre sus dos lacrimales. Admirad su porruda nariz de figura de pico de pato, donde cabalgan un par de anteojos, y que la pinzan como si fuera la tenaza de Vulcano: oid su voz semejante al graznar de una cuerva; vedla vestida de negro, ostentando del lado del corazón una primorosa granadita de metal, insignia sagrada que la acredita como la hermana terrible de la masonería de S. Juan Nepomuceno ó de S. Vicente de Paul. Si tuvierais curiosidad de conocerla, no la busqueis en la sociedad ni en los paseos; no en las casas de los pobres ni en los círculos concurridos por los profanos. Buscadla en los templos, al despuntar el alba, oyendo cuantas misas puede; visitando después los siete altares, y rezando el Via-crucis. Comulga y se confiesa el día 4 de cada mes en honor de la Virgen del Refugio; el día 7 á S. Cayetano *padre* de la Divina Providencia (?), el día 8 á la Purísima, el día 12 á la aparecida en el Tepeyac, el 19 al Patriarca, el 24 al Niño Dios, etc., etc.

No visita el hospital porque tiene miedo al contagio; no á los presos porque le infunde horror el crímen y ninguna compasión el delincuente; pero sí visita á su confesor de día y de noche; sabe cual es el padre que está de semana, y á quienes le tocan las confesiones de fuera; avisa de casa en casa cuando es día de ayuno, si es vigilia vedada y á qué hora se pueden comer lacticinios. Buscadla en la reja de las monjas, y en todas aquellas partes en que pueda dar vuelo á su genio retozon y entusiasta por lo que huele à Iglesia.

Alguna vez tuve oportunidad de encontrarme con ella, y un amigo dijo á mi oído, con cierto estupor, estas palabras: "¡Dios nos asista! hoy nos sale todo al revés, y quién sabe si nos sobrevenga alguna calamidad; nos hemos encontrado con doña Estela Matutina, y esta señora es ave de mal aguero. Así fué: veinte pordioseros nos pidieron limosna; cuatro borrachos nos detuvieron para pedirnos la lumbre, un faldero hizo festejos á nuestras pantorrillas; un colector de contribuciones puso en nuestras manos una cita, nos pidió explicaciones un sordo y después,

después....¡oh vergüenza, oh desgracia! un mastín levantó su gallarda pata muy cerca de nosotros.

Hay genios maléficos que presiden nuestras desgracias, como hay deidades que protejen nuestros placeres; jamás esperemos algo bueno cuando esa santa matrona se atraviesa en nuestro camino. Al vernos ella oculta su faz entre su oscuro y tupido abrigo, y contendrá su resuello para no aspirar el aire que respiramos, y se santiguarà para alejar de su contacto al mismísimo Lucifer.

Pues bién, lectores, doña Estela Matutina se ha presentado hace pocos días en casa, siempre con aquel aire santurrón que no abandona un momento, siempre con aquellos pasos cortos, lijerísimos algunas veces; otras con los graves de magestad destronada, y sarandeándose á uno y otro lado. Al verla dí un paso hácia atrás, y tal fué el terror que me causó, que para no caer tuve que apoyarme en el dintel de una puerta.

—Ave Mar.a Purísima! exclamó al entrar y me tendió una mano.... ¡ay! una mano que mas bien parecía un racimo de dátiles.

—Señora, exclamé yo petrificado; tenga Ud. la bondad de pasar. Ella ocupó un asiento, y permanecimos bastante rato mirándonos de hito en hito. Mi sorpresa cada momento era mayor, pues no comprendía qué objeto podría conducir á nuestra heroina á trabar conversación con un excomulgado. Al fin rompió el silencio y me dijo:

—Conozco á Ud. muy bién; llevo relaciones con toda su familia, à quién quiero mucho. ¿Cómo no la había de querer si todos son *tan* buenos, *tan* religiosos.

—Por Dios, Señora.......

—*Tan* virtuosos, *tan* caritativos....

—Señora doña Estela....

—*Tan* decentes, *tan* amables....

—Usted me favorece, usted me....

—*Tan* amantes del culto, *tan* respetuosos con el sacerdocio, *tan* de buenas costumbres, *tan*....

—Vírgen de los afligidos!

—¡Nó, no, no, no, no! Ud. es la excepción de la familia. Por fuerza había de haber un judas en ese apostolado.

—Pero señora Matutina........

—¿Quién de nosotras las hermanas perpetuas de la vela no conoce á Ud.? Ud. se llama Buscapiés, Cascabel, Querubín, Fray Robustiano quién sabe cuantos nombres de toditos los demonios que Ud. adopta para zaherir al prójimo en sus periodiquitos.

Yo conocí que tenía que habérmela con una señora de tono y lomo y me decidí al sacrificio buscando el medio de salvarme. ¡Santos del cielo, que chubasco!

—No me agradezca Ud. la visita, Nosotras las que profesamos con mucha firmeza los principios católicos, hacemos también la propaganda y nos constituimos en conquistadoras de corazones empedernidos; quisieramos *desborrar* las horribles manchas que ustedes han hechado á la religión.

—Señora, Ud. comprende bién los deberes de un buen cristiano.

—¿Cristiano?—me contestó;—algo más; Ud. no debe confundir en una sola frase el catolicismo con esas mil sectas del cristianismo, con los protestantes, los anabaptistas, evangelistas, metodistas etc., etc.

—¿Hay alguna diferencia?

—¡Oh Sr. Querubín! ¿cómo no ha de haberla? Ese es precisamente el grave mal que nos amenaza; los protestantes reparten sus Biblias plagadas de principios falsos, que van metiéndose en el corazón de la juventud y les pervierten el alma. Picaros protestantes! colgados los vea yo patas arriba. Y ese maldito gobierno que los tolera y los consiente; y luego ese bellaco de Lerdo que lo creíamos de nuestro partido, y que estuvo haciéndose gata mansa para que lo eligiéramos, y cuando se vió encaramado y firme nos dió la patada à los católicos.

—¡Oh Señora Doña Estela! conque ustedes las gentes de Iglesia lo eligieron?

—Sí señor; ¿quién no se había de engañar cuando los liberales lo pintaban con bonete y con sotana, y lo llamaban el Jesuita?

—¡Qué quiere Ud! los partidos no perdonan medio para desconceptuar á un candidato antagonista.

—Hoy es nuestro mayor enemigo. Echò fuera á las monjas; desterró á los pobres Jesuitas, proteje los cultos abominables, y le ha dado el último porrazo á la religión con las leyes de Reforma!

—Son las exigencias de los partidos; son las exigencias de la civilización.

—Y Ud. deberá ser protestante, perseguidor del catolicismo.

—Yo, Señora Doña Estela, no soy perseguidor de ningún culto, sino al contrario, tolerante con todos.

—Tolerante con todos, gran Dios! No Señor, no debe haber tolerancia de cultos.

—Bién; si no hay tolerancia; si nosotros los liberales somos como U. cree, enemigos del catolicismo, Ud. podrá considerar cuàn perniciosa sería la intolerancia que Ud. desea; á nombre de sus principios de Ud. poniéndolos en práctica, comenzaríamos por derribar los templos católicos; perseguiríamos á su sacerdocio; ahorcaríamos á todos los que dieran muestras de profesar el culto.

—¿Eso más? ¡Impíos, malvados! la religión no se perderá; ella será perseguida, pero no vencida.

—Ya Ud. ve, Señora Doña Estela, que hay necesidad de poner como base la tolerancia para que apoyada en ella subsista el culto á que Ud. rinde adoraciones.

—¿Y cómo habíamos de tolerar religiones falsas? ¿por qué el Gobierno las consiente?

—El Gobierno no tiene alma que salvar; él tolera todas las religiones sin meterse en calificar cuáles son las buenas ó las malas. Lo más que ustedes pueden exigir es que se les dé el amparo que se les debe dar, sin preferencias, sin odios, sin protección parcial y sin persecuciones. Consecuencia, señora, consecuencia con los principios liberales es lo que Ud. debe exigir; respeto á la Constitución y á las leyes, y esto es más de lo que Ud. y los católicos necesitan.

—Dichosos los pueblos que se han levantado contra los protestantes y los han arrancado la lengua; ellos defienden su religión de los ataques de los impíos.

—¿Así comprende Ud. la moral católica, alegrándose con el incendio, la muerte y el martirio?

—Sí, de esa manera la comprendo; arrasar á nuestros enemigos, perseguirlos, exterminarlos, para que nuestra sagrada religión quede purificada. Ud. señor Querubín, es uno de los que han de ser sacrificados si Ud. no se arrepiente, si no confiesa sus errores y hace pública penitencia. Pronto, muy pronto estallará la ira de Díos, y yo vengo á exhortar á Ud. á que vuelva sobre sus pasos: á que no proteste Ud. las leyes de Reforma, y á que no haga Ud. caer sobre su familia una mancha indeleble.

—¿Cree Ud., señora, que el fanatismo llegue á invadir nuestros terrenos, y que inicie escenas sangrientas como las que han tenido lugar en otros pueblos?

—Las habrá, si, las habrà, yo lo aseguro, yo lo deseo; y están tomadas todas las providencias. No quedará piedra sobre piedra como en Jerusalén. No está léjos el día de la justicia divina. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos que colocais el mosquito y os atarragais una viga! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que se salve un liberal.

—¿Un camello ó un cabello? Es preciso hacer esta aclaración.

Mi paciencia había llegado á su colmo; aquella beata frenética tenía cerrada su razón, y no era posible hacer penetrar un destello de luz al fondo de sus preocupaciones. A nombre de la religión santa pide la sangre; á nombre de la caridad desea el exterminio; invocando la paz inicia la guerra.

—Una palabra nomás, señora, le dije aprovechando el momento en que desocupaba su nariz de escrecencias provocadas por las lágrimas. ¿No vé Ud., señora, que muchos católicos que para Ud. no pueden ser sospechosos de impiedad han protestado guardar las leyes de Reforma? ¿Por qué, pués, los anatemas sólo son para los liberales? ¿por qué, en igualdad de circunstancias, los odios que infunde la protesta han de ser para los liberales y no para los conservadores que están en los puestos?

—Por una razón; porque éstos han solicitado permiso de protestar, y se los ha concedido el Sr. Obispo; si ellos no son enemigos de la religión ¿cómo han de serlo de los empleos? Además, tenemos un gobernador tolerante, muy tolerante, que permite que cada uno proteste ó no proteste; que tolera las monjitas en sus conventos y á los sacerdotes con sus hábitos. ¡Ay Sr. Querubín! si no fuera ésto, ya estarían los conservadores fuera de los empleos. A mi me ha suplicado mi padre confesor, el padre Chupamirto, que lo exhorte á Ud. á que se arrepienta, y á que deje Ud. de escribir herejías en su Cascabel; á que deje Ud. en paz á nuestro pueblo, sin estar sacando al balcón á sus autoridades. He cumplido con mi misión y me retiro.

—Me permitirá Ud. que al ménos haga públicas las ideas muy santas y muy católicas, que Ud. me ha manifestado en esta vez?

—Sí, -me dijo,- con tal que Ud. guarde el secreto. No será ésta mi última visita; yo y toda la sociedad católica nos proponemos conquistar un liberal para ganar el cielo. A mí ¡grán Dios! a mí, indigna pecadora, me ha tocado en suerte catequizar á Vd., Sr. Querubín; á Ud.. pecaderazo obcecado; á Ud., cuya conciencia ha encallecido en la impiedad; á Ud., en fin, que tiene colmillos más grandes que los de un jabalí y espolones màs largos que los de un gallo ronco.

—¿Y Ud. piensa recoger algún día el fruto?

—Sí, con la ayuda de Dios. El que no siembra, no cosecha; quién porfía, mata venado, y el que persevera, alcanza; una gota constante, agujera una roca; y sobre todo, el hombre pone y Dios dispone, y no se mueve la hoja del àrbol sin la voluntad de Dios.

Estupefacto me quedé con el sermoncito. Aprovechaos de él, lectores; cuando véais cerca de vosotros á Doña Estela Matutina, ó á otra de sus hermanas, armaos de paciencia, porque os asediará, hablará á vuestro corazón con las amenazas queriendo imbuiros las ideas más absurdas. Felices vosotros ¡oh liberales! si su visita no os atrae las maldiciones del cielo y los odios de una sociedad fanàtica é intolerante.



EL TAHUR.

> Su carrera eran los naipes,
> Su biblioteca, barajas,
> Sus cátedras los garitos,
> Y sus bancos de cambio eran las bancas.
>
> Fray Gerundio.

El jugador.... He aquí un tipo social que abunda en todo el mundo y que se le encontrará á todas horas y en cualesquiera circunstancias de la vida.

El tahur de *profesión* es un hombre que aborrece la industria, tiene aversión al trabajo, y sería incapaz de vivir si le faltara su elemento que son los naipes. Acostumbrado à vivir en la inacción, pasa sus días en los billares, en las casas de juego más concurridas, en aquellas partes donde puede ejercer con buén éxito su lucrativa profesión.

Es muy frecuente ver á estos individuos en el garito á que se da el

nombre de *Sociedad* aguardando que aparezca un inocente pichón á quien desplumar; y si cae en sus manos un inexperto, todos se agitan de placer, echan el vao à su víctima, como el boa constrictor; se muestran con él afables, desinteresados, y lo invitan á jugar albures sólo por pasatiempo. Todos le ofrècen dinero para comprometerlo, á cuyo fin no omiten halagos á su vanidad.

—Sr. magistrado, Sr. general, Sr. Doctor, ¿gusta Ud. de divertirse? aquí tiene Ud. asiento y fondos,—le dice alguno de los asistentes á los garitos, sin perdonarle una sola letra de su dictado.

—Doy à Ud. las gracias, amigo mio.

El tahur que se oye llamar amigo por un pesonage, será su panegirista más ardiente; todos rodean á la víctima dirigiéndole invitaciones.

—¿Juega Ud. trecillo? ¿malilla? ¿conquian? ¿pecado?

—¿Juega Ud. tute? ¿rentoy? ¿mus? ¿malilla abarrotada?

—Señores, nada juego; estoy indispuesto; padezco de jaqueca, cólico, dolor de muelas, dolores reumáticos.

—¡Ya! ¡cómo en algo hemos de pasar el tiempo!......

¡Ah! si faltaran distracciones, nos moriríamos de hastío.

Cada uno tiene su juego favorito, y en lo general ninguno ignoran, mucho ménos las trampas ingeniosas que les ha enseñado la experiencia.

Graciosas son las discusiones del jugador sobre el honor y la buena fé; todos aborrecen el robo, y se morirían de hambre ántes que tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño; pero *dán un conejo*, (1) y no reprueban esta manera de robar que está autorizada por sus preceptos.

El jugador, según la moral que practica, es hombre de bien porque no roba á mano armada, aunque en cambio sea ébrio consuetudinario; entónces será *hombre de bién borrachito;* es *idóneo*, porque paga con puntualidad las deudas que contrajo en el juego, aunque sea omiso en pagar las contraidas en otra sociedad.

En su sentir, no hay hombres más útiles que los que se consagran á la ciencia de Birján. En el garito se practica la verdadera caridad con los hermanos del cordón, pues no hay madre como una baraja. El mejor sistema de gobierno es el que tolera el juego, según sus máximas; el más tiránico el que lo persigue. Una banca es el refrigerio del pobre, porque socorre sus necesidades; el pasatiempo del rico, porque esparce sus riquezas; la salva guardia de los gobiernos, porque distrae á los revolucionarios; la ilusión dorada de los codiciosos, porque pueden enriquecerse con un golpe de fortuna bonancible. Y yo, sin aspirar al título de moralista, creo que el juego es nocivo sea cual fuere el lado por donde se le examine; es halagadora su provocación, y á todos nos seduce, á todos nos agrada, cuando la fortuna nos manda sus favores; deploramos sus malas consecuencias cuando una *júdía* nos ha vaciado el bolsillo, y ésto aun cuando nos pongamos bajo el patrocinio de una Cruz, santiguándonos al comenzar tan buena obra. Un observador, un filósofo, acaso una víctima, ha escrito una obra profunda con el título de

---

(1) Dar un conejo llaman al acto de ver la carta que esta en la puerta de la baraja despues de alzada, para verla con disimulo.

"*Reflexiones para después de haber perdido.*" El título está fuera de quicio, porque las observaciones más filosóficas no reparan las pérdidas; pero el autor conociendo el corazón humano, la obcecación del jugador que sueña en la ganancia, esparce sus observaciones, las muestra el raciocinio, cuando el hombre puede acoger con calma y con buén criterio verdades tan claras como la luz meridiana.

La avidez del banquero, con la fuerza física de sus ventajas, con la fuerza moral que le dan su posición y capital, atrae como con un poderoso imán la pequeñas fortunas, y más tarde las grandes. Si el rico se presenta en una casa de juego, alucinado con que podrá hacer una fácil ganancia por el equilibrio que establecen dos fortunas rivales, con aparente igualdad en los medios de defensa, posible es que pierda, si la brisa desfaborable lo combate de lleno; pero nunca será dudoso su desfalco si á los rigores de una mala estrella se unen las mil ventajas que le lleva su adversario, siendo el dueño de la banca. Lo más racional, lo más filosófico es considerar que un hado imparcial, ni benévolo ni adverso, preside sus destinos durante cuatro horas de jugar la suerte; habrá perdido tantos lances cuantos ha ganado, con iguales apuestas, y debería estar su fondo á la misma altura; pero no es así porque en cuatro ó cinco puertas, la banca absorbe el capital ¿qué será si un soplo de mala fortuna lo combate? Es un axioma de todos sabido, que "de Enero á Enero el dinero es del montero." Estas observaciones no son muy débiles junto á las que enseña cada día la experiencia al que ejerce su propensión á los juegos de azar. Nos proponemos sólo formar la silueta de uno de nuestros tipos sociales, especialmente de aquellos que siendo conocidos, es fácil de hacer bocetos.

El jugador sabe qué pareja vive bién ó mal en su estado; sabe si D. Agapito es hombre que cumple con sus deberes; si su consorte le dá motivos de disgusto; si ella le tiene prohibido jugar, y si llevará á mal que se le invite *á capotear un torito.* ¿Se ha descompuesto un matrimonio? Pues el tahur es el primero què lo sabe, el que dará razón de lo acontecido áun en sus pequeños detalles; aventurará su opinión para el porvenir, porque tiene sus puntitas de profeta.

¡Cuàntas escenas sangrientas! ¡cuántas honras sacrificadas en la carpeta verde! Hombres invulnerables à los embates de las grandes y de las pequeñas pasiones, cayeron humillados á los piés de una fortuna veleidosa para que les marcara la frente con el sello de la infamia y de la desnaturalización. Los juegos de azar han sido la provocación á oscuros y grandes crímenes, y los eficaces agitadores de aquellas pasiones que combaten al corazón humano.

D. Cleofas Buenretiro, alias *el aparecido,* pues todos son conocidos con algún apodo, es hombre que ha hecho fortuna en la carrera birjánica à costa de otros que fueron sacrificados; viste con elegancia, y tiene sus amarres y sus influencias con encumbrados personages; habla de tú à los que revolotean en las altas regiones del poder; conversa con los diplomáticos y condimenta *pasteles* para iniciar revoluciones. La fortuna en los naipes eleva el mercurio de su termómetro en la influencia y es un augurio en el éxito de una revolución.

Ahí está una mesa rodeada de hombres que fijan con avidez la vista en algún objeto; guardan silencio interrumpido sólo por el roce de las cartas de una baraja; todos están pendientes del movimiento del gurrupié; repentinamente se agitan, se oye un murmullo entre ellos semejante al que ocasiona un enjambre alborotado; unos rostros manifiestan alegría; otros desagrado ó desesperación; hiere el oído el retintín del dinero, la voz de un regicida que *mata al rey*, ó la riña con el que ha *levantado un muerto*.

¡Dios los tenga de su mano! De esa acalorada discusión resultará un duelo. Tal vez Buenretiro, mediando entre los contrincantes, los llama al órden y sentencia en favor de uno, sea cual fuere el grado de justicia que el otro tenga: desgraciado del que no se someta á su dictámen! quedará con la nota de tramposo é insubordinado. Si el descontento es quisquilloso, arma una de Dios es Cristo; grita, blasfema, arroja el dinero sobre la mesa aparentando desprendimiento, y prorumpe en dicterios contra el injusto juez é intrusos testigos; entónces todos lo calman infundiéndole resignación: fundados son los temores de que la conflagración sea general, y la fiesta concluya como el rosario de la aurora, á gritos y farolazos.

Supongamos que nuestro héroe aprendiera en su juventud un oficio ó profesión con lo que ganará una vida pacífica y honrada; pero probó las dulzuras de la olgazanería, disfrutó el deleite de la baraja, y después de hacer sus estudios en la banca, practicado en los *encierritos* y demás fiestas birjánicas, fué recibido en la facultad fulleresca por sus dignos maestros.

Para adquirir el título de *tahur de profesión*, es necesario:

Saber amarrar un albur; la habilidad consiste en echarlos *viejos y á la puerta*.

Hacer *volar* una *carta* de la *puerta* á la *azotea*, ó que baje con tramoya sin que lo sienta la tierra.

Pasar la *carta* con el auxilio de doña *Cera-fina*.

Conocer por el *marco* el manjar y la carta.

Tener buena vista para observar el pequeño punto negro con que á propósito se señala la carta por el reverso, ó para atisbar el barajo.

Item más: una multitud de circunstancias, como son las de *dobletear una pica*, pagar con puntualidad las cajas á *canta gallo*, y ser francos en la prosperidad para con los coetáneos en la adversidad, porque „hoy por tí y mañana por mí.„

Estos son tipos vulgares. Hay en la clase escogida otros que son lo afiligranado del arte, lo selecto de la sociedad fina que ejercen sus facultades en el misterio, en unas regiones decentes y aristocráticas. Estos no descienden á la cloaca del vicio, á los garitos ratoneros de jugadores poco dinerosos: la gente decente es decente hasta en sus liviandades y sus fullerías son también decentes; por eso la hermosura ejerce gran fascinación para atraer al garito y al garlito aristocráticos al hombre acaudalado.

¡Cuánto poder han tenido siempre unos ojos negros!

Hemos descrito al tahur en general; veamos ahora algunos rasgos de su vida íntima.

D. Roque Precursor, alias el *adivino*, es un hombre de treinta y cinco á cuarenta años de edad; es casado y tiene cinco hijos, sin contar con algunos sobrinos; no se le conocen bienes, pero sostiene á su familia con lujo y comodidad: su industria es la baraja. Es preciso decir que allá, en otro tiempo, sus padres se empeñaron en que el muchacho había de aprender un oficio ó una profesión para adquirir honradamente la subsistencia, y determinaron ponerlo de aprendiz en la sastrería del maestro mas afamado y rígido de la ciudad: éste se comprometió á dirigir la educación de Roque hasta dejarlo perfeccionado en el arte y capaz de ser útil á la sociedad; pero nuestro héroe, cansado de estar hecho tres dobleces todo el día, hilvanando pantalones ó calentando planchas, cobrando cuentas envejecidas, y paseando muchachos, determinó emprender otro arte de mas *bastos* horizontes, y se hizo aprendiz de sacristán. Allí le esperaban nuevos trabajos; atizar la làmpara, vestir santos, encender velas; esos sí eran ejercicios duros en que lloran los hombres, y se resolvió por una carrera en la que sin afanes adquiriera un modo honesto de vivir. El contínuo trato con los tahures, la holgazanería que le brindaba con sus halagos, violentaron su decisión y éntró lleno de esperanza en la cofradía de Birjàn; hizo á un lado los objetos de sacristía, como había abandonado la herramienta sastreril, y los reemplazó con una baraja compuesta de *judía* y *contra;* se puso bajo los anspicios de un hábil jugador, quién le enseñó los principales lances de *ataque* y *defensa*, y en poco tiempo fué D. Roque Precursor un tahur, terror de los inexpertos, capaz de rivalizar con los clásicos del arte. No tiene otra ocupaciòn que jugar á todas horas; por la mañana deja la cama temprano, marcha á los centros de juego para ehar unas *manitas de pecado* ó de *pókar*, ésto es, en caso de que no se forme una *jugada;* que si se inaugura á horas extraordinarias, él será el *gurrupié*; de lo contrario celebra cada tahur alianza con sus *valedores* para auxiliarse mutuamente en caso de que hagan el papel de *brujas;* si llegan à ganar, remiten la ganancia, prévia una recompensa con el más perdido, á la familia para cubrir las necesidades del día.

A la hora en que á D. Roque *se le pára el águila*, que acierta cinco albures *contrajudíos*, que paga sus deudas atrasadas, marcha luego á entregar á la consorte el fruto de la ganancia: ésta hace sus abonos en la tienda inmediata, paga al aguador y cocinera, da algunas monedas á los chicuelos para golosinas, se desempeñan las alhajas, y se celebra la ganancia con un baile. Fácil es conocer el día en que á un tahur le ha soplado el viento de una buena fortuna, pues los niños satisfacen los apetitos atrasados; llaman al vendimiero y le compran toda la vendimia, igual cosa pasa con el nevero, la lechera y toda clase de voceadores.

Transcurre el tiempo; si á D. Roque no le ha tocado la suerte de hacer una ganancia, sigue el mismo método de vida descrito; procura sacar del juego lo estrictamente necesario, y le es indiferente la educación de sus hijos: ellos siguen la misma carrera de su padre.

Aunque hay gran variedad de tahures, todos son de la misma espe-

cie; la variedad consiste en que unos van al garito sin *blanca*; otros son *proyectistas* que destinan un capital á lucrar diariamente una cantidad con que subvenir á sus necesidades, otros son banqueros que juegan con las ventajas de la banca y serán dueños de las fortunas de los que por ser *puntos* se *apuntan*.

No será fácil hacer una descripción tan general que en un solo cuadro se presentaran bocetos de los distintos personajes que vuelan al rededor de una fortuna siempre engañosa; sus veleidades los encumbran á veces hasta la abundancia, ú descienden á la abyección de la indigencia. Hemos conocido muchos banqueros que en poco tiempo se enriquecieron, que trasmiten ó sus descendientes las riquezas adquiridas en los días de una próspera fortuna; mas, no hemos conocido un solo *punto* que se salve del naufragio en las borrascas de la vida.

El tahur muere dejando á sus hijos un nombre oscuro, y por herencia su profesión perniciosa; su memoria es exceqrada por las familias cuyo patrimonio sacrificaron sus àvidos deseos á su ambición desmedida.

Carta á "El Federalista."

Sr. D. Alfredo Bablot.

México, Abril 30 de 1873.

Muy estimado amigo:

Considero como un comedimiento que agradezco la carta que ha tenido Ud. á bién dirigirme, solicitando permiso para publicar mi biografía, pues siendo Ud. escritor y yo hombre público, está Ud. en su derecho para ocuparse de mí, aun sin mi voluntad.

Voy, pues, à dar á Ud. algunos detalles biográficos, porque infiero que será caricata la mencionada biografía.

Nací en Calvillo, en el Estado de Aguascalientes, el 21 de Enero de 1836. Puede Ud. ponerme sesensa años de edad, que son los que represento.

No sé como mi venerado padre pudo imaginárse que yo tendría valor y aire marcial, y me mandó al Colegio militar para que allí adquiriera la ciencia de la guerra. ¡Dios lo tenga èn su santa gloria! ¡cuánto se engañó el angelito! Jamás pude pasar de recluta.

Fuí artesano.

Fuí industrial.

Soy agricultor.

Soy diputado.

¡Cuántos cambios de la inconstante fortuna! Unas veces, habitando en las cabañas de los pastores, comí la borona del destierro, y otras me he colocado en los palacios de los magnates.

Admírese Ud!

Me eligieron diputado al 3° y al 4° Congreso; después al 5° y al

6 ° Si Dios y Calvillo no lo remedian, voy á dejar muy atrás á D. Benito.
No tengo vicios.
No tengo virtudes.
No tengo talento.
No tengo dinero.

La revolución de Reforma me infundió ímpetus guerreros, y me lancé á ella con buen éxito. Asistí á varios combates y nunca supe lo qüe fué perder, pues parece que los escogía. El genio de la victoria dirigía siempre mis pasos; sólo me tocó estar en las acciones que ganábamos los liberales, y nó en las que perdíamos. Esto me hace suponer que mi padre no tenía tan mal ojo.

Fuí sentenciado á muerte por una Corte marcial francesa, y grupos distintos de mis buenos amigos me hicieron tres ataudes; pero me encomendé á las once mil vírgenes, à quienes tengo particular predilección, y por ruegos de mis adorables paisanas pude salvarme.

Sentí los primeros pujos de escritor, como dice Fígaro, y me arrojé al periodismo; me ocasionó muchos sinsabores mi nueva vocación. Fuí víctima de la ley Otero y de la ley Lafragua, en cuyas telarañas se aprisionan los mosquitos pero no los moscardones. Visité con frecuencia la cárcel, y la prisión solitaria fué el lugar de mis meditaciones y de mis remordimientos. Nadie siente los horrores de la tiranía sino cuando esta nos hiere de cerca; por eso inicié en el Congreso se declarara orgánica para la prensa la ley de Zarco que actualmente rige.

En busca de gloriosos lauros ensayé la literatura dramàtica; escribí varias piezas teatrales, y al ponerse en escena una de ellas en esta Capital me dieron una silva... ¡qué digo! ¿una silva? me pegaron una silbada que todavía no vuelvo en mí del sofoco. No tuve ni el recurso de echarle la culpa á los cómicos, porque es camino trillado. Mis amigos, capitaneados por Joaquín Alcalde, me aplaudieron, y acabaron por coronar la obra, pues olvidaron aquello de

Alabanza no merecida
Sólo es sátira escondida.

Sepa Ud., Sr. Bablot, que soy miembro del Liceo Hidalgo, y estoy postulado para serlo de la Sociedad de Geografía y Estadística. Si la fortuna no sigue esquiva, como hasta aquí, no sé á donde podré ir á dar.

Donde quiera que me encuentre, yo saludaré á Ud., Sr. Bablot, con la estimación que siempre le ha profesado su amigo y servidor

Jesús F. López.

INDICE DEL TOMO I.

POT POURRI.

Colección de artículos literarios y humorísticos; Morales, Filosóficos, Críticos, Biográficos, Discursos, Peroraciones, Viajes, Costumbres, Revistas, Novelas, Dramas, Comedias, Soliloquios teatrales

POR

QUERUBIN.

(JESUS F. LOPEZ.)

AL BELLO SEXO DE AGUASCALIENTES EN TESTIMONIO DE GRATITUD.

TOMO SEGUNDO.



AGUASCALIENTES.
IMPRENTA DE EL AGUILA.—PRIMERA DEL OBRADOR NUMERO 20.
1897.

SILVAS EROTICAS.

LA SOLEDAD.

Por estos verdes campos, trepando riscos escarpados, vagan siervos que buscan el fruto del manzanillo, las hojas del alholva y la sombra de los madroños, cuyo follage se pierde entre las nubes. Las madreselvas tejen redes vistosísimas, y los arroyos murmuran con suave entonación.

Bajo esas impresiones melancólicas entregaré á las auras las quejas de mi alma pesarosa; mezclaré los lamentos que arranca el dolor con los suspiros de la brisa y con los arrullos de la tórtola.

Los objetos que me rodean disponen el alma á la meditación; el pensamiento recorre por los días que ya pasaron. Bello es escuchar el gorgeo de las aves cuando hacen oscilar las ramas sobre las cuales reposan cuando el corazón no sintió los dardos del infortúnio, sorprender á los pájaros que anidan entre zarzas, escuchar los trinos del zenzontle que interpretan nuestros afectos; ¡cuàn imponente es escuchar el susurro de la Naturaleza, el mugir del toro que husmea el viento, de las fieras el rugido que se trasforma en melodía y que reproduce en sonidos cadenciosos el eco de las montañas! Esos días cruzaron como meteoros, dejando en mí gratísimas impresiones: así la Primavera, al despojarse de sus galas, deja huellas de su paso, simbolizadas en las flores marchitas y en las hojas secas.

Un hado fatal me arrojó á este sitio para contemplar un cielo más azul, y en el que las ondulaciones de los montes repiten mis cantares. Al caer la tarde yo descanso sobre el musgo; el relente, precursor de la noche, refresca mis sienes como humedece los càlices de las flores; me adormece el zumbar de los insectos vespertinos, el chirrido de la cigarra, y el canto crepuscular de algunas aves. Con los últimos destellos del sol que se oculta, viene á la fantasía la imagen de un sér querido; su sombra es mi amparo, mi única compañía, el sólo pensamiento que me recrea en la soledad.

Brilló mi dicha y despareció, como el relámpago que brilla en el Oriente y se oculta en el Ocaso; desde entonces recorro estas comarcas cual viagero perdido en el desierto; es mi vida una noche lóbrega y eterna en que no se percibe el fulgor de algún lucero. Felices los hombres son si reciben los consuelos de la amistad cuando habitan estos páramos tan llenos de misterios. Las viageras golondrinas anidan en las molduras que conservan el techo de las cabañas arruinadas, como si e

llas también anhelaran el silencio de la soledad para recordar los paises lejanos en que han revolado; ellas animan con su algarabía aquellas praderas llevando el sustento à sus polluelos; recorren las selvas como flechas y se mecen sobre los abismos; el rocío humedece su plumage como humedece las jerpas de la vid silvestre.

Aquí soñaba un Edén; aquí me seducía la esperanza, único halago que no tiene fin, y con el que nos brinda un destino acerbo. Hubo un tiempo en que la voz de ese sér querido llegaba á mí, abriéndome los horizontes de una felicidad inefable; por última vez le vieron mis ojos en una tarde apacible á la que siguió la nocturna umbría. La tempestad envolvía á la tierra entre su manto; era imponente su rugir y lívido su destello; allí escuchaba la voz de Dios y veía su mirada extenderse hasta la aurora si el estruendo pavoroso del rayo resonaba en la comarca. Yo la percibí á la luz de los relámpagos, aérea, pura, sublime, cual las nubes que se levantan de los mares; su acento ya no resonó en mis oídos argentino como otras veces; desde ese instante inclino mi frente al peso del dolor, y recorro estos campos á manera del siervo que herido por una flecha recorre los sítios solitarios.

Ven, pues, á mis lábios, nombre armónico y divino; el recuento de tus bondades me inspirará pensamientos melancólicos. Oh! si las ilusiones que cruzaban por mi mente hoy las hiciera brillar un destello de aquellos ojos! si llegara de nuevo á mi oído aquel acento, suave como las notas del zampoña pastoril ¡cuántos encantos esparcirían en su derredor estas colinas silenciosas! Entre las quiebras de las montañas, en el seno de este bosque, me entregaré á mi dolor y nadie será testigo de mis lágrimas.

Cuando el canto de las aves venga á sacarme de mi letargo, estará fija en mi fantasía, como aquellos pensamientos que se mecen en las ondas de una alma melancólica; si es feliz me enternecerá su dicha; la idea de su bienestar tornará en agradables aún los páramos agrestes; mentalmente asistiré á las escenas que forje en su deliciosa estancia: ¡qué poético será ese silencio solo interrumpido por las cascadas! ¡qué armoniosos los sonidos de la Naturaleza! ¡qué misterioso el soplo del huracán cuando agita las florestas! Las aves prorrumpen sus dulces himnos si mis lábios articulan su nombre; cuanto me rodea trae à mi memoria aquellos días en que juntos recorrimos estos ribazos, animados por un afecto inextinguible.

Nombre adorado, pensamiento inseparable de mi memoria, no me abandones; mi boca te pronuncia cuando contemplo del torrente las ondas espumosas; cuando la noche recoge los rumores de la selva; cuando la aurora inspira á las aves sus amorosos salmos. A los arpegios de los cantores alados de estos desiertos, irán mezcladas para tí mis salutaciones; si llegan con beneplácito à tu oido, volverá la paz al corazón y la serenidad al alma mía; hoy responde solo à mis quejas el estruendo de las cascadas, el gemir de los zéfiros al cruzar por el follage de los árboles.

Venid, pues, dulces recuerdos de perdídas esperanzas, brotad en mi

memoria à la sombra de estos madroños y derramad en mi espíritu la agradable melancololía.

¡Dios mio! que no se extingan en mí estas gratas reminiscencias; que no olvide aquellos días en que juntos visitamos estos vergeles.

Si los recuerdos son el perfume de las almas, permite que la mía bendiga su nombre cada vez que la soledad me extasié con su silencio y el bosque con sus plácidos rumores.

Octubre 7 de 1862.

UNA CONFIDENCIA

Para el Album de una Señorita.

I.

Quiero escribir en tu album un recuerdo; quiero dedicarte una bibración pasajera de mi lira, un pensamiento que simbolice mi amistad: estas líneas serán únicamente la espresión sincera de mi afecto.

Cuán grato es encontrar en el sendero de la vida un corazón donde resuene el eco de nuestros lamentos, una voz que mitigue nuestros pesares, que derrame en nuestra alma, herida por el infortunio, un bálsamo consolador; el pecho, inflamado por un sentimiento inefable, desea depositar en el seno de la cordial amistad sus tribulaciones.

Cuando te conocí por la vez primera; cuando el destello de tus ojos fué á herir los mios, pude ver en tu semblante un no sé qué, signo de bondad que me acercaba á tí; yo descubrí en él un sentimiento de ternura; el destino me privó en muchos días el verte, y aquel fugaz pensamiento quedó adormecido en el fondo de mi pecho, hasta el instante en que el fuego de tu bondad lo reanimara: yo estuve á tu lado, y desde luego sentí el deseo de confiarte mis secretos, esos secretos íntimos que solo se depositan en el seno de la verdadera amistad.

¿Qué misterioso sentimiento me acercaba á tí? Cuando te presentabas á mi vista, mi alma se complacía; mi corazón latió con violencia, y un júbilo secreto me animaba; el signo de la indeferencià aparecía en tu frente, y á pesar de esa repulsa jamás te vi sin conmoverme. Qué, ¿esa languidéz de tus miradas y el seductor conjunto de tus facciones, ese encanto de la juventud habría avasallado mi afecto y sometídolo á su mágico, irresistible poderío? ¿Te amaba acaso con la esperanza de conquistar tu amor y ofrecerte el mío como una respetuosa ovasión, como una ofrenda? No, mi amor no puede pertenecer lícitamente á otra muger; ¿qué misterioso sentimiento me acercaba á tí? ¿Esa aureola de simpatía que te rodea, humillò á tus piés mis afecciones, obligándo-

me á depositar en tí mis sentimientos íntimos? ¿Es el amor ó la amistad quién me impele hácia tí, para buscar en tus labios una palabra de consuelo?

Créelo, niña, es la amistad sincera; los desgraciados sufren sin que nadie compadezca su desventura, y ésta suele ser objeto de desdén para los indiferentes ó los dichosos; para todos los que, rebosando la felicidad, gozan de las delicias del presente: mas otro corazón herido por el infortunio los comprenderá, latirán igualmente, obedeciendo á un secreto imperioso mandato; yo he creido descubrir en tu semblante un tinte de melancolía; ¿eres acaso desgraciada? ¿Es solo una ficción el júbilo que manifiestas en el sarao? Cuando tu voz reproduce las sublimes concepciones de *Verdi* ó de *Bellini*, esparciendo en tu derredor un encanto indefinible; cuando esos acentos van à perderse en el espacio como los dulces sónidos de un salterio, ¿tu alma los envía á un lugar lejano, ó quieres que al repetirlos el eco resuenen en él fondo de una tumba? ¡Ah! esto será siempre un misterio para los que te tributan adoraciones. ¿Eres acaso desgraciada? Ven, pues, á mi lado; nos consolaremos mútuamente: escucha un rasgo de mi triste historia.

II.

Niño aún perdí á mi madre; mis lábios apénas balbucian su nombre, cuando se hundió para siempre en el sepulcro; no disfruté jamás sus dulces caricias; solo por instinto adoro su memoria.

Niña, tú que eres feliz teniendo una madre, explícame lo que es ese sublime afecto; dime si el corazón alguna vez, amortiguado por las pasiones y los desengaños, sería susceptible de olvidarle como sucede con otro cualquier mundano amor; dime si ese afecto se alberga para siempre en nuestro pecho, ó si es cual ave pasajera que descansa sobre una roca, levanta su vuelo silenciosa, sin dejar memoria de su existencia; dime si el alma, al perderle, languidece para siempre; si el pensamiento, ligero cual negra mariposa, vaga errante por todas partes en busca de un bien perdido, y si va á reposar al fin sobre la loza fria de algún sepulcro; dímelo, pués; yo no sé lo que son esas delicias; un vacío horrible ocupó mi corazón hasta el momento en que el ángel de los amores pulsó junto á mí su lira cadenciosa.

III.

Mi corazón sintió la necesidad de amar; mi afecto, puro como los sentimientos de un niño, se fijó en una muger hermosa que ha llenado constantemente mi memoria: desde el día en que resonó en mi oído su voz, dulce como las vibraciones que produce el arpa de los poetas; desde el instante en que mis ojos fueron á revelarle el fuego sacro que había en mi alma, solo viví para tributarle un culto; á todas partes la siguió mi pensamiento, ya se deslizase fantástica y ligera como una ma-

ga al compás de una música sonora, ó ya se ocultara á mi vista, rápida como exhalación que cruza por el firmamento Allà en ese México encantador, se encontraba Celia radiante de hermosura; allí fué donde la conocí, y donde los dulces arpegios de su clave exaltaban mi fantasía. ¡Cuàntas veces en el silencio de la noche, y al resplandor de la luna, fueron á disipar mi tristeza los acentos de una música lejana! Sus armonías resonaban en mi corazón, porque Celia las producía, porque para tributarme un recuerdo tocaba con entusiasmo la aria hermosa "*Custa-diva*...."

Un día fué preciso alejarme de su lado, abandonar aquel sitio donde se quedaba mi dulce bién. Después de doce años de ausencia, aun estaba fija en mi memoria; mis làbios pronunciaban su nombre con vehemencia, pues vivía sólo para adorarla. Yo vagaba en la soledad atormentado de mis recuerdos; su voz la oía en el arrullo melancólico de la tórtola, ó en los sonidos misteriosos de una naturaleza salvaje. Una tarde, después que el sol había desaparecido en el Ocaso, cuando se agolpaban á mi mente los recuerdos de otros días, llegó à mi oído un dulce trino. ¿Era su argentina voz que venía á consolarme en mi soledad? ¡Bella ilusión! Un zenzontle morador de aquellas florestas, y que abandonó su jaula, cantaba en dulce melodía algunas notas de "*Custa-diva*......"

¡Melífluo cantor de las colinas! Tú seràs mi compañero en la soledad, y el confidente de mis amores; sigue entonando esas notas melancólicas que tienen para mí tantos recuerdos................................

....

IV.

Allí està México con sus torres magestuosas, sus magníficos palacios, sus hijas llenas de encanto y de voluptuasidad: allí está la joya del Nuevo Mundo, donde el viajero se detiene para admirar las maravillas del arte y de la Naturaleza; allí está como la reina del Adriático, asentada sobre un lago de plata, adormecida por los cantos sibaritas de los bardos. Mi corazón se conmueve al contemplarla y le saluda con efusión, con el júbilo del desterrado que vuelve á pisar el suelo de su patria. Aquel es Chapultepec; aquel su bosque pintoresco, y su poético castillo, que se proyecta en el azul purísimo del cielo; ahí estàn sus jardines y sus albercas, donde yo pasé algunos días de mi juventud, entregado al estudio, y recreando mi imaginación con gloriosas esperanzas: allí está el florido valle de México, el cerro de Tepellac y las montañas de nieve eterna; todo, todo me recuerda la edad dichosa de mi adolescencia, cuando contemplaba mi porvenir como un panorama delicioso, y mi alma sonreía deslumbrada por un destello de amor. ¡Celia! ¡Celia! tú me hiciste percibir en los días floridos de mi juventud los primeros fulgores de mi felicidad, y hoy causas mis primeras impresiones cuando distingo, lejana todavía, esa ciudad hermosa. A cada instante que corre, á cada paso que doy, me parece que ese lugar donde habitas se aleja de mí como si rehusara recibirme en su recinto. ¿Serà esto un

augurio fatal? ¿Habrás olvidado mi amor? ¿Conservarás al menos un recuerdo de quién te amó con delirio, de quién tiene tu imagen en su pecho, cual lucero que centellea en el fondo de una fuente? Yo he pasado las horas tediosas de la noche pensando solo en tí; he sacrificado mi sociego por conservar tu memoria á través de tantos años: desde que me separé de tu lado, el mundo se trasformó á mis ojos en un horroroso páramo; y si alguna vez fuí al templo á buscar los consuelos de la religión, solo era para pedir à Dios derramara sobre tí inacabables dichas. Hasta hoy ha embellecido mis días una esperanza: ¿se disipará mañana? ¿Será mi existencia en lo venidero lo que hasta aquí, la prolongación contínua de una noche nebulosa y triste? A trueque de perder cuanto me sea grato en el mundo, no querria ver realizado este presentimiento.

V.

En el teatro ví á una muger en cuyo semblante se retrataba la tristeza, y cuya rápida emoción disimuló; un hombre que estaba á su lado llenaba, al parecer, las atenciones de un esposo. Nuestras miradas se encontraban alguna vez, é iban á fijarse en un objeto indiferente. La orquesta con sus mil notas hizo resonar por los aires sus armonías á la vez que una criatura angelical, un *ruiseñor irlandés*, transformada en Profetiza de Irminsul, entonaba esas divinas notas de *Bellini* que infunden à nuestro corazón tiernas emociones; era Inés Nattali que avasallaba ante sus piés á su auditorio, al Universo todo, cuando escuchaba, ledo de admiración, sus métricos cantares. Un coro de sacerdotizas, obediente á sus mandatos, se postraba al rededor de la roca druídica, y Norma, la sibila de las Galias, la que en otro tiempo dominó bajo el cetro de su amor á un altivo guerrero, dirigió á la luna un himno de adoración.

La nota primera de aquel canto sagrado fué á traspasar, cual una flecha, dos corazones: una muger inclinó su frente al peso de los recuerdos, y dejó correr por sus mejillas una lágrima que fué á perderse entre las albas blondas de su vestido; esa muger era Celia; era un ángel conmovido por el lenguaje apasionado de la música.... Tiernísima muger! ¿Alguna de esas lágrimas sería consagrada á mí? Por la primera vez dudé: ¡cuántos martirios sufrí esa terrible noche!

VI.

Al día siguiente me dijo un amigo que Celia hacía tres años se había casado.

—¿Es feliz? le pregunté sintiendo el alma desgarrada, y después de un momento de silencio.

Aquella persona comprendió mi dolor, adivinó mi secreto, y por eso tal vez esquivó darme una contestación.

Desde ese instante México me pareció sombrío, pués se habían desvanecido de un golpe las ilusiones mas brillantes que ocuparon desde niño mi fantasía. No quise permanecer más tiempo en aquella ciudad,

temiendo un encuentro casual é inesperado con la muger á quién tanto amé, que amo todavía; sí, ella vivirá en mi memoria hasta el último día de mi existencia; el recuerdo de mi primer, de mi desgraciado amor, irà á consolarme en mis horas de tristeza; su nombre, su adorado nombre, lo repetiré siempre con ternura, y será la palabra última que el soplo de la muerte hiele entre mis lábios....¡Celia, Celia! ¡¡Dios mande sobre tí sus bendiciones!!

¿Quién olvidará jamás á la muger que infundió en el alma un primer afecto?

VII.

Tal es la historia de mi amor, ¡oh niña! Conserva, pués, en las pàginas de tu album estas tiernas memorias, flores marchitas de mi esperanza; y si alguna vez éstas líneas llegaren á manos de esa muger para mí tan adorada; si movida de un sentimiento de piedad te preguntare por mí, dile que, surcando los tempestuosos mares, atravesando las montañas más escarpadas, voy en pos de la gloria, cuya magnificencia algún día restaurará á mi corazón su felicidad perdida.

Setiembre de 1871.

EN EL TIVOLI.

¡Cuán tiernos son los sentimientos que conmueven mi alma! cuán gratos serán tambien los recuerdos que lleve para el porvenir en este día, aniversario de mi natalicio! Donde quiera que me arroje la variable fortuna, ya sea à los suntuosos palacios donde moran los magnates ó á las chozas miserables donde habitan los pastores, la memoria de una familia adorable irà à fijarse para siempre en mi corazón agradecido. ¿Qué me importan los honores y las riquezas, los halagos de la gloria y las seducciones de la inmortalidad, cuando disfruto en el seno demis amigos momentos tan deliciosos que arroban mi alma, exaltan mi fantasía y vienen á inspirarme solemnes pensamientos? amistad! sublime amistad! sentimiento divino que espiritualiza nuestra existencia y la asemeja à la inefable dicha; sentimiento mágico que borra el tédio de la vida y à nuestra alma la circunda de bienandanza; amistad! sublime amistad! con todo el entusiasmo que inspirarme puede tu adorado nombre, yo te bendigo

Yo te bendigo como el único consuelo en mi infortunio; porque el viagero errante que en su peregrinación encuentra un techo donde hospedarse, una fuente donde apagar su sed y una mano que estreche la suya con efusión, bendecirá su destino, latirá su corazón al venir á su memoria ese recuerdo, y asomará á sus ojos una lágrima de gratitud,

que lenta rodarà por sus megillas. Así yo, amigos carísimos, al recorrer cansado de tédio y de fastidio el sendero de la vida, encontré en el seno de esta familia, consuelo, favores, felicidad: yo conservaré su recuerdo en mi corazón hasta el último día de mi existencia; y si atravesando las montañas y los espumosos mares, el destino me arroja á remotas tierras, lejos de mis deudos, de mis compatriotas y mis amigos, exhalare un suspiro para mi patria, siempre le acompañará otro que consagraré con toda la efusión de un corazón agradecido, á los objetos que en este día tantas pruebas me han dado de su ternura.

Estos, son, amigos míos, los afectos que habeis inspirado á mi alma; ¿podré lisongearme de ocupar un lugar en vuestro corazón? me halagarà la idea de que me consagrateis un recuerdo cuando me encutre distante de este sitio.

Acaso no està lejos el día de mi partida; yo volveré á mi patria de donde me he separado temporalmente; iré á aquellas soledades donde pasé mi infancia; allí, donde me extasiaba contemplando el pasado y evocando las impresiones que México me causó en otros días tan felices como estos; allí donde el arrullo gemebundo de la tórtola y los trinos cadenciosos del gilguero contribuyen á languidecer mi fantasía; allí, en el seno de aquellos desiertos donde se escucha formidable el mugir del toro salvage y el áspero chirrido de la cigarra; allí, donde el ruido de la cascada y el dulce suspiro del aura van á inspirarme pensamientos melancólicos, allà irá à consolarme en mi soledad el recuerdo de vuestras bondades, y esos recuerdos serán un bàlsamo para el corazón que se encuentra lacerado. ¡Cuán grande sería mi placer si en aquellas horas llenas de fastidio que pesaràn sobre mí como las amargas de la existencia, van vuestros recuerdos á cambiar mi situación, á tornarme en agradable aquellos áridos lugares donde yo he pasado los años tediosos de mi juventud. Yo entre tanto, rogaré al Señor, que derrame sobre esta familia inacabables dichas, le rogaré ferviente que jamás una lágrima de pesar turbe su paz y su ventura.

Acordaos de mí; porque os amo con ternura; porque si el corazón humano ha podido amar con sinceridad, en mí representará perennemente sus afectos.

Amigos caros, objetos queridísimos que habeis inspirado á mi alma el mas acendrado cariño, acordaos de mí.

Enero 21 de 1863.



APOLOGO.

(IMITACIÓN)

Para el álbum de una Señorita.

I.

Las gracias abandonaron el Olimpo, y descendieron á la tierra.

Hay un suelo privilegiado, dijeron, donde una Primavera sin fin ostenta sus galas, y donde se admiran constantemente las escenas magníficas de la Naturaleza: ese suelo es el de América.

Descendamos à él,

Busquemos entre las hijas de Anàhuac las màs dignas de nuestra estimación para derramar sobre ellas nuestras liberalidades.

—Las mexicanas, dijo una de las *gracias*, disfrutan mucho tiempo ha de mi protección; les he dado airosos y gallardos movimientos para que en la danza igualen á las francesas.

—Yo, dijo otra, he adornado su alma con el pudor para que superen á las hijas de la nebulosa Albión.

—Yo, dijo la tercera de las *gracias*, he dado á su voz el encanto de la melodía para que nada tengan que envidiar á las hijas de la florida Italia.

Las tres *gracias* descendieron al suelo de Aguascalientes.

Este es el Paraíso, dijeron; en este suelo hay mugeres tan hermosas como las ninfas que rodean á la diosa Eucaris.

Ese hermoso valle que se extiende à nuestra vista, regado por fuentes y cascadas, habitado por aves de vistosísimos plumages, es la hacienda de los Cuartos.

Descendamos á ese jardín donde Flora ha prodigado sus atractivos.

II.

La hacienda de los Cuartos está situada al pié de una colina, y à la márgen de un caudaloso río.

Mil árboles gigantescos, de cumbres esmaltadas, crecen en una isleta, y tejiendo sus ramas entre sí, forman el techo de un salón llamado de las "*confidencias*."

El ruido monótono de la cascada; el graznar de las aves acuáticas; el susurro del viento entre los árboles, cuyos follages se mueven suave-

mente al soplo del aura vespertina, se confunden alguna vez con los arpegios del arpa de los pastores.

A la última hora de la tarde, cuando el sol tiñe de gualda nubes y celages que vagan inciertas en el espacio, se miran en las riberas y en las lagunas garzas color de rosa y blancas.

Otras aves de prismáticos plumajes vuelan en parvadas, y descienden rápidas al agua, formando en su derredor un círculo de plateadas olas; como satisfechas de su felicidad, graznan y se zabullen, aparecen después en la superficie, juguetean y se alborozan.

Se percibe un ruido lejano que producen los remos; una voz resuena en la colina, dulce como los tonos aflautados del órgano: tierno como el arrullo de la tórtola; cadencioso como los trinos del ruiseñor. Esos acentos los reproduce el eco, y van á perderse en los confines de las montañas.

¡Sirena encantadora! ¡mujer ó ángel! ¡quién quiera que séais! sigue, entonando en la soledad esas canciones que nos conmueven; porque hay en tu voz algo de divino y melancólico que enternece nuestro corazón, que hace brotar lágrimas á nuestros ojos.

III.

Aparece flotando en las aguas del canal una carabela que se dirige à la isla; un grupo de señoritas rién y cantan, y como si fueran las hijas de la poética Venecia surcan las ondas en su frágil navecilla. Una voz reproduce las notas apacibles de Sonámbula, y las aves enmudecen como admiradas de escuchar tal melodía; porque aquella voz es semejante al himno de un arcángel que al compàs de su lira dirige á Dios sus alabanzas.

IV.

Una familia ha dejado la barquilla; penetra en el salón de las confidencias, y descansa llena de júbilo sobre el césped.

La festiva, la modesta, la adorable Diana, toma las flores mas galanas para ornar sus sienes, y recorre las praderas en busca de ilusiones como mariposa fugaz que vuela por todas partes.

¡Corre por los floridos campos, niña gentíl! anímalos con tu presencia y entona tus alegres cantinelas; tú seràs la Flora de estos jardines, la filomena de estos bosques; recuerda el tiempo de tu infancia, cuando llena de felicidad descansabas en el regazo maternal; llora, sí, llora, y que tus lágrimas, como si fueran el rocío que esparce la aurora en los vergeles, vayan à caer gota á gota sobre los cálices de las flores: dirige un suspiro al pasado y una sonrisa al porvenir, porque si hay en tu corazón un recuerdo, tambien existe en tu alma una esperanza.

Canta, rié, llora, y que estos afectos sean los nuncios de tu felicidad excelsa.

V.

Las *gracias* se presentaron en aquel sitio.

—Hijas mias, dijeron à las señoritas que descansaban sobre el florido suelo; bajamos del Olimpo para repartir nuestros dones entre las mejicanas mas queridas.

—A tí, adorable Celia, dijo una de las *gracias*, te regalo este *bouquet* llamado de las virtudes: le componen las flores mas apreciadas; éstas se llaman de bondad; las otras, perfumadas por Minerva, se conocen con el nombre de flores de la sabiduría; estos botones simbolizan el buen sentido. Consérvalas en el fondo de tu pecho, y empléalas en hacer bién por todas partes.

—A tí, oh Filis queridísima, está destinado este canastillo: contiene en abundancia flores y frutas esquisitas. Unas representan la amabilidad; otras los sentimientos nobles y generosos; estas frutas son los atributos mas perfectos de la caridad, y estas camelias significan la simpatía. Tales dones te concitaràn un afecto universal; no habrá una sóla persona que al verte no te ame sinceramente.

—Hija mía, dijeron las *gracias* al dirigirse á Esperanza; esta flor se llama de los recuerdos; se encuentra mústia, pálida, y como si fuera víctima del destino, apenas se percibe su fragancia; colócala en tu corazón, y derrama en sus pétalos el llanto. En las horas mas tediosas de la noche, cuando à tù memoria venga un recuerdo, llévala á tus lábios y hazla confidente de tus pesares.

—Mira la corona que te dedicamos; está formada de flores tan raras que pocas veces han podido reunirse en uu solo punto.

Las blancas, se llaman amor filial; las color de ópalo, sensibilidad esquisita; las violetas representan la humildad y la modestia: los botones son de la flor que lleva por nombre *[illegible]*; queremos coronar tu frente; queremos que ésas flores, representantes de las virtudes mas selectas, te hagan la más amable, la más interesante de las mujeres.

—¿Cuàl es tu nombre hija mía? dijeron las *gracias*, à una señorita de cuerpo esbelto, pelo rubio y ojos espresivos.

—Gracia; contestó dando á su voz un acento sonoro y á su fisonomía una espresión de amable jovialidad.

—Gracia! Este no es tu puesto; deberías habitar con nosotras en el Olimpo; los que nos deificaron creyeron que alguna vez se ocuparía el lugar que ha estado vacante en nuestro trono. Mientras que levantas el vuelo, mientras estés en la tierra, que te adornen las gracias con que hoy nuestra prodigalidad te obsequia.

Ponemos en tu frente esta diadema, la cual hará que tu cabeza vaya siempre erguida, como la reina de la hermosura: estos perfumes tienen la virtud de dar, á la fisonomía, un aire de benevolencia suficiente para avasallar todos los corazones, y á la voz un timbre cadencioso, para hechizar à cuantos lleguen á escucharla. Estas flores se llaman de la *amistad*, de la *fraternidad*, de la *generosidad*; con ellas conseguirás que tus amigos te quieran como á hermana; que tus hermanos te tributen

el mas ascendrado cariño, y que el desgraciado, al recibir tus beneficios, te bendiga á cada instante.

¿Estáis satisfechas, amigas queridísimas? Se han acabado ya nuestros dones; los hemos repartido entre vosotras; así es que solo queremos en cambio una sonrisa para volver à nuestra morada.

VI.

En aquel momento apareció la interesante Diana cantando la romanza del *ruiseñor*.

Habeis venido tarde, niña querida, dijeron las *gracias;* nada tenemos que darte, porque hemos repartido ya los adornos de nuestras canastillas; mas ya que el destino quiso que fueras la última, nosotras te haremos la primera.

Las *gracias* tomaron una flor de cada uno de los *bouquet* que habían regalado á las demàs señoritas, tejieron una corona, y la pusieron en la frente de la simpática Diana, diciendo estas palabras:

"Sé desde hoy la *paz* y la *ventura* de esta familia."

VII.

Las *gracias* volvieron al Olimpo.

Aquella familia tomó de nuevo su barquilla en los momentos en que la luna, apareciendo en el Oriente, alumbraba con sus destellos el poético canal de los Cuartos.

Enero 1º de 1863.

MEMORIAS.

Amira me recibió amable y complaciente; mi mano estrechó la suya con efusión porque irradiaba en sus ojos un destello de bondad.

Adivinó mis pensamientos; pudo comprender que hay en mi corazón un fondo grande de ternura que supo inspirar en una época lejana, y me llamó su amigo; por eso escucha mis palabras, dá espansión á mis pensamientos y paga mi afecto con una sonrisa.

Yo creí encontrar, Amira cierta similitud entre tus desgracias y las mías; eres tierna, sincera y tal vez desgraciada; es grande tu alma como lo es la pasión que encendiste en mi pecho, te amé, y solo me has ofrecido amistad; yo la acepto, pues, como nuncio de la felicidad suprema, como preludio de la conquista de tú afecto; ¿me engañaré, mi dulce amiga? serán un sueño nomàs mis esperanzas?

Algún día creerás que hace mucho tiempo mi imaginación se ha fijado en tí; algún día comprenderás que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la

esperanza remotísima de volverte à ver, pudieron entibiar mi corazón, ni borrar en él tu imàgen adorada: ese día yo reclamaré de tu mano una caricia, una sonrisa de tus làbios; sí, yo pediré tu favor como un galardón de mi ternura.

Me dijiste que eras desgraciada: ¡oh! ¡cuánto daría por no haber escuchado de tus làbios esa palabra desconsoladora! ¡Tú desgraciada! ¿tú, la más adorable de las mujeres, has sido víctima de la desgracia? ¿los desengaños han hecho languidecer tu corazón? han adormecido tus sentimientos é infundídote pensamientos melancólicos? Si al recordar lo pasado y al fijar la memoria en tus sueños infantiles, exhalas un suspiro ¿irà á perderse en los confines del espacio, ó á resónar en el fondo de una tumba? Si hay en tu pecho algún secreto pesar que no lo ha disipado el tiempo, que no lo borrarán tampoco los placeres; si á todas partes te sigue una memoria grata, ya estés en la soledad ó en medio de los círculos más animados; si el recuerdo de un bién perdido te hace exhalar una queja que se pierde entre los sonidos de tu clave ó hace verter una làgrima à tus ojos, llora, sí, llora; dá espansión á tu dolor; mas recuerda que si perdiste á un objeto caro, aun te queda un amigo sobre la tierra que enjugarà tu llanto, que irá á consolarte en las horas amargas de tristeza. ¡Tú desgraciada! tú, que has brillado en la sociedad como una estrella, como un conjunto de gracia y de hermosura; tú que tienes para todos una sonrisa; que buscas al desgraciado para consololarle y al huérfano para socorrerle; tú, cuyo magnànimo corazón ha latido á impulsos de un amor delirante, ó ante los atractivos de la sublime caridad! ¡tú desgraciada! tú, que puedes con una palabra hacer la dicha de quién anhela poseer tu corazón, y conquistar un afecto tan vehemente y apasionado como el que se extinguió al borde de un sepulcro!......

Ah! cuántos corazones han perdido su felicidad por amar el imposible, porque vieron caer su radiantes ilusiones una á una, como han caido las hojas de los àrboles que estaban lozanos y vigorosos; y no obstante, el porvenir les ofrece nuevas ilusiones, tan gratas, tan halagüeñas como las que se ofuscaron en otros días; y alguno de esos corazones se reaniman porque una sonrisa adorable calma su languidez, porque una voz amiga les dice............ áun hay felicidad para tí sobre la tierra.....»

Pero si todo es un sueño como has dicho: si esa esperanza ha de ofuscarse como el fulgor de una estrella que se oculta entre celages argentados; si ese porvenir tan brillante ha de convértirse en un día triste y sin sol ¿qué otra cosa sentirá ese corazón sino lo que siénte el tuyo? ¿quién enjugará las lágrimas que ruedan por sus mejillas en las horas silenciosas de la noche, cuando el pensamiento, concentrado en un sólo objeto, busca en vano su felicidad perdida? ¿qué palabras iràn á consolarle en su tristeza y soledad? Recordará aquella noche en que una mujer se presentó á su vista, radiante como un arcángel, con el donaire y el encanto de la juventud; con sus miradas que fascinaban; recordarà las armonías que salieron de su piano la vez primera que la vió, y las que conmovieron su alma para fijar eternamente su memoria; recordarà

esa noche como la feliz en que naciera su esperanza; y aquella angelical criatura, que hacía brotar de sus dedos torrentes de armonía; aquella mujer que sonrió satisfecha de sus conquistas, ignoraba que un desgraciado la contemplaba con arrobamiento, é invocaba para su dicha el cielo; ¡ah! él hubiera dado la mitad de su existencia, no ya para una mirada benévola, no ya por una sonrisa complaciente, sino por tocar al menos con sus lábios el orle de su vestido. Y esa muger partió al día siguiente dejando lacerado su corazón!

Amira! yo he pasado muchas horas de mi vida pronunciando tu nombre como el único consuelo en mi infortunio; tú serás la última ilusión que brille en mi existencia; ya que ambos corazones son desgraciados, te llamaré mi amiga; y si alguna vez aparece en tus ojos una lágrima, permite que vayan á recogerla solícitos mis lábios.

Noviembre 22 de 1862.

EN LA CELEBRACION

DEL

RESTABLECIMIENTO DE UNA MADRE.

Amigas mías:

Reid, bebed, cantad.

Entreguos á la alegría en estos momentos en que el corazón, rebosando felicidad, busca espansiones gratas, expresa afectos sinceros y recoje también como un eco las quejas del desgraciado.

Reíd, reid, amigas queridísimas; porque celebramos en este día el restablecimiento de una madre que os ama con ternura; porque un lazo afectuoso viene á unir nuestros corazones y á hacerlos palpitar bajo una misma impresión; porque nuestras almas, embriagadas de placer, sienten deslizar las tranquilas horas como flores que un río arrastra en su corriente.

Reid, bebed, cantad.

Dad rienda suelta á vuestro júbilo, porque aun podeis estrechar entre los brazos á la madre adorada que desde niñas os prodigó sus caricias, os hizo dueñas de su ternura.

Bendecid al cielo porque se apiadó de vosotras, porque nó quiso que vuestra alma languideciera para siempre arrebatándoos al objeto más caro para vuestros corazones....

¡Una madre! ¡dichoso aquel que conoció á la que le diera el sér! ¡dichosos quienes pueden gozar de sus caricias, abrazar su cabeza, besar su frente, y decir con amoroso entusiasmo "¡madre mía!" dichosos quienes en recompensa de su filial cariño reciben una mirada maternal.

Reid, bebed, cantad; y que jamás el infortunio turbe la paz que en estos momentos todos disfrutamos; entregaos á un júbilo sin límites, queridas amiguitas, porque en la tierra no hay felicidad como tener una madre y un amigo.

Yo disfruto también de ese placer; ¿qué podrá ser mas grato á mi corazón que contemplar vuestra alegría? Yo que ví rodar por vuestras mejillas lágrimas ardientes cuando vuestra adorada madre tendida en el lecho del dolor os dirigía sus últimas palabras; yo que presenciaba vuestra angustia y que veía vuestros rostros cubiertos con un velo de tristeza, sentía todo el peso de esa desgracia, y dirigía á Dios mis oraciones.

Señor! Señor! le decía; no permitas que esta familia quede en la orfandad; ¿qué será de esas niñas abandonadas en el mundo, sin quién guié sus pasos con amante solicitud?

Y Dios escuchó mis oraciones; y se apiadó de nuestro llanto; y nos mandó á todos el consuelo.....

¡Bendita sea la Providencia!

Cantad! bebed! reid!

Y que estos afectos sean los únicos de una felicidad grande y sin límites. Yo contemplaré vuestra felicidad con arrobamiento, porque el desgraciado que ha sido víctima del destino, envidioso de la dicha, tambien rié cuando los objetos que ama son felices. ¡Oh! cuánto daría por borrar de mi corazón las huellas del pasado, y porque irradiara en mi porvenir una esperanza! hoy, á donde quiera que encamino mis pasos, ya me encuentre en la soledad ó en medio de los festines mas animados, oigo una voz que me repite á cada instante „no hay felicidad para tí sobre la tierra.„ Este anatema me seguirá por todas partes; y cuando creo entregarme al placer; cuando en el seno de mis amigos busco esas emociones que disipan mi tristeza, una idea lúgubre viene á mi mente, y ofuscan mis expléndidas ilusiones estas palabras..... „no hay felicidad para tí sobre la tierra,„

He querido hacerme superior al infortunio; río por combatir el pesar; bebo por disipar la tristeza; canto por dar una espansión al corazón amortiguado; y si la voz de la amistad hace llegar á mi oído una palabra de consuelo, seré un momento feliz; si veis que mi cabeza se inclina ante un pensamiento melancólico; y que la música, los festines y los saraos no tienen atractivo para mí, sino únicamente la voz de la amistad, no me pregunteis cual es la causa de mi tristeza; leed en mi frente el anatema, y acordaos de mis palabras en este día.

Bebamos y cantemos.

Que se fije eternamente en nuestra memoria el recuerdo de este día en que celebramos el restablecimiento de una madre, y de unas hijas la esperanza mas lisonjera.

Bendecid al cielo, amigas mías, y que jamás la mano del infortunio venga á turbar vuestra dicha excelsa.

Reid, cantad, bebed.

Enero 7 de 1863.

A LOLA.



Cuando te conocí, niña adorable; cuando tus miradas angelicales conmovieron mi alma, mi voluntad se rindió al poder de tus encantos.

Yo, viagero que busco en el mundo la dicha que perdí, que vago à merced de mi destino sin encontrar término á mi desventura, te ví, te admiré y guardo tu memoria en mi memoria.

Cuando ha resonado en mi oído el timbre de tu voz, y las palabras articuladas por tus lábios me mostraron tus tiernos sentimientos, se encontraron tus miradas con las mías y he llegado á tus piés para tributarte un culto.

Yo continuaré mi camino recordando tus frases y tu acento, tu imagen y los destellos de tus ojos: al encontrarme léjos de tí vendrán á mi mente la reminiscencia de estos días que disiparon mi tristeza, y pronunciaré tu nombre como la expresión más vehemente de mi afecto. Y tú ¡oh Lola! redeada del placer en esa atmósfera de encanto indefinible que atrae los homenajes de tus amigos ¿recordarás estos instantes que juntos hemos pasado?

¡Quién pudiera contener el curso de las horas que acercan el momento de mi partida para verte todavía! Tú, entregada á las dulzuras del sueño, apénas percibirás que se deslizan presurosos esos terribles momentos precursores de mi despedida.

Cuando esté léjos de tí, no faltarás un instante de mi mente; tu nombre será mi consuelo en las tediosas horas de la vida, y lo será también el recuento de tus bondades.

Mañana, cuando el sol tiña de gualda el horizonte, te habré dado el último adios; él se hundirá en el ocaso; se mecerá mil veces sobre el zenit sin que te hayas separado de mi fantasía.

¡Oh niña! si mis palabras han sido gratas á tu oído; si ese lenguaje tierno y expresivo que me inició en tu amistad te ha revelado mis afecciones íntimas, conságrame un pensamiento cuando la brisa cruze por tus rosales y vaya a refrescar tu frente: aspirar no debe á más quién tiene en alta estima tus angélicas perfecciones; quién es dichoso si le consagras la gracia de tu afecto.

León, Septiembre de 1863.

A MARIA DE LA LUZ.

CANTO EPITALAMICO.

¡Arboles queridos! ¡intérpretes de todos los sentimientos! así como las notas suavísimas que arranca la brisa al herir las cuerdas del arpa pastoril, gime tu follaje mecido por el aire: bajo tu sombra se canta ó se llora, si esa melodía toca las fibras del corazón.

¡Arboles frondosos, testigos de nuestras impresiones! vosotros traducís al lenguaje de los poetas nuestro entusiasmo ó nuestros pesares, infundiéndonos solemnes pensamientos; ese murmurio, armonizado por los trinos de las canoras aves, nos adormece en plácido sosiego.

Bajo estas sombras han resonado, á la vez que los acentos de la lira consagrados á la amistad, los cantos de victoria que entonan los guerreros.

Yo he visto mecerse en danza voluptuosa, protegidas por la umbría, á las hijas de los hombres, y deleitarse en sueños de amor, así como las abejas se empalagan en los nectarios.

He visto humedecer con lágrimas las corolas de esas flores que la aurora matiza con su arrebol.

He contemplado su frente coronada de azahar, símbolo de la inocencia, y se ha conmovido mi alma al admirarlas como la más perfecta maravilla de la Creación.

Yo también estreché entre mis brazos al amigo y al hermano de quien me separaron contiendas fratricidas.

¿Qué encanto tienen estas flores si al olvidar las penas y los agravios, se convierten en placeres, á impulsos de un elevado pensamiento?

Venid á mi lado, amigos míos; vuestra voz unid á mis palabras; libad el néctar que da creces á nuestras alegrías; haced rebozar la copa que las despierta, porque dos séres, en celestial consorcio, presentan á Dios la ofrenda de sus corazones, acrisolados en la fe y entre los perfumes del incienso.

Viene á mi memoria el nombre de personas que doblegaron sus frentes ante el himeneo, y que en este día hacen recuerdos de sus dichas que se fueron. ¡Séres que idolatra el alma mia! llorad vuestro

infortunio; ofreced á Dios el holocausto de vuestras lágrimas.

¡María gentil! tu dicha arranca á mi rabel tristes acentos, porque quedarà un vacío desde hoy en aquel feliz hogar que recogió tu primer vagido, donde recibiste un ósculo tiernísimo en el maternal regazo.

¡Cándida paloma del Anàhuac! hoy levantas tu vuelo para llevar tus arrullos á otras regiones, y hacer oír tus cantos en otros jardines. En el fondo de mi albergue yo los escucharé con arrobamiento; yo te mandaré mis salutaciones al verte feliz al lado de tu esposo, que desde hoy no tendrá màs firmamento que tus ojos, ni más alma que tus deseos: oculto en los pliegues de tu ternura, ella será la única lámpara que ilumine su divina estancia.

¡Angelical María! si al ver realizadas tus ilusiones escuchas un piano que esparce sus sentidas notas; si percibes los cantares de algún viajero ó los arpegios lejanos de una flauta; si sintieres latir el corazón bajo la reminiscencia de días que ya pasaron, acuérdate de mí.

La alborada de una felicidad excelsa aparece en el horizonte de tu porvenir é hizo fulgurar tu esperanza como un premio á tu heróica virtud. Así Dios recuerda su promesa cuando hace brillar ante nuestros ojos el meteoro de prismáticos colores, su signo de paz y alianza para con los hombres.

Cuando el ángel del bien pulse junto á tí su arpa candenciosa, no olvides que yo fuí testigo y percibí sus primeras modulaciones; que desde entonces envío al Supremo Sér mis votos porque esparza en tu camino los nardos y las violetas. Ninguna súplca fué más fervorosa; ningún acento se elevó con más fervor que la plegaria mia porque aleje siempre de tus làbios la copa del sufrimiento.

Hoy veo tu porvenir sembrado de luceros; él serà para los dos consortes un firmamento jamàs empañado por los celajes; siento en mis sienes las auras que también agitan tus cabellos; veo tus miradas que al fundirse en las de tu esposo contemplan un Eden.

Tus deudos y tus amigos, en la embriaguez de su beneplácito, en los transportes de su entusiasmo, sólo tienen un pensamiento; *la felicidad* de dos esposos; sólo balbuten estas palabras: *dichas sin cuento;* sólo expresan un deseo; *las benignas prodigalidades del cielo*; á todos agita este pensamiento: "que se deslice tu existencia, plàcida y serena, como las flores que la lluvia, al convertirse en torrentes, conduce en sus rizadas olas."

Esos céfiros, con dulce murmurio, al agitar las hojas de los árboles, preludian cantos epitalámicos que llaman á tu lado todos los dones de la eternal ventura.

¡María! ¡estrella reluciente de nuestros celestes lares! esas lágrimas que hoy brotan á nuestros ojos; esas palabras que balbuten nuestros lábios; esos suspiros que al nacer mueren en nuestro pecho, no las ocasiona la pérdida que sufre tu antiguo hogar; no tu ausencia de nuestro círculo, ni la admiración de tus amigos, incubada bajo las alas de tus adorables perfecciones; son la expresión de nuestros votos al invocar á tu favor al cielo. Vé nuestros ojos anublados; escucha nuestros

acentos mal comprimidos; mira nuestro júbilo; percibe nuestras afecciones; todos ruegan á Dios disipe de tu albergue las sombras del dolor.

Allá te acompañarán, de tus hermanos y de tus deudos los signos de su profundo amor; de tu madre las santas bendiciones: de aquellos de tus amigos que, léjos de tí, admiran tus virtudes, los augurios de tu felicidad, el idilio más sincero de su constante afecto.

¡ME HAS NEGADO UNA FLOR!...

Cuando te conocí por la vez primera; cuando tus miradas se encontraron con las mias, sentí latir mi corazón y quedé sometido al poder de tus atractivos; desde ese instante mis ojos te siguieron á todas partes, y mi pensamiento se fijó en tí, como se fija en la estrella polar la vista del marinero.

¡Cuántas veces, al ver brillar en tu frente la excelsa inteligencia; al ver retratada en tu faz angélica las señales de una sensibilidad esquisita; al sentir de tu mirada ese magnetismo que domina las voluntades, ahogué en mi pecho un suspiro que te enviaba el alma mía con todas las efusiones de su ternura; allí quedó adormecida mi espranza hasta el momento en que un destello de tu bondad lo reanimara. Toqué tu mano, oí tu voz, percibí tu sonrisa, y millares de luceros brillaron en la noche de mi desgracia; fijabas tu mirar en mí, y cada destello de tus ojos me hacía sentir sensaciones que me ponían bajo el imperio de tus encantos. ¿Era el amor ó la amistad quien despertaba en mi alma esas emociones al sentir el contacto de tus vestidos, el golpe eléctrico de tus ojos?

Yo he visto pasar ante mí, sin impresionarme, mujeres mil, con todos los atractivos de su juventud y de su belleza; las he visto deslizarse suavemente al compás de una música armoniosa, y dominar bajo el cetro de su amor á los altivos guerreros; las he visto postrarse ante el trono del Señor, como ángeles que le mandan sus cánticos y alabanzas; he oído su voz, dulce como los tonos de la colina, suave como los arpegios lejanos de una flauta; he recogido sus acentos, melancólicos como las imágenes de un himno fúnebre, tiernos y dolorosos como los gemidos de la orfandad; enjugué sus lágrimas y recogí sus suspiros; presencié su júbilo y escuché sus plegarias; pasaron ante mi

vista, radiantes como la luz boreal que iluminara el espacio, cual la esperanza que brota en la mente del desgraciado; pasaron sin conmoverme, sin herir mi corazón; pero cuando te ví, mujer angélica, atónita te siguió mi vista y extasiada te contempló mi alma; desde entonces tu imagen se proyecta en mi fantasía; te miro cuando el sol dora con su luz los horizontes, cuando el ángel de la noche desciende á la tierra para cubrirla con sus alas: ¿qué encanto te dió el Señor para avasallar los corazones y hacerlos latir á la primera impresión de tu mirada? Donde está tu presencia, donde resuena tu voz, todo se armoniza y embellece como el sitio en que la mano del Criador formára á la compañera del hombre.

Recorre placentera el camino de tu existencia, ¡mujer adorable! donde posas tu pié, donde exhalas tu aliento, brotan flores y se perfuman las brisas; ameniza los prados, embellece los bosques, anima los desiertos, ejerce por todas partes el irresistible poder de tus encantos: donde quiera que guies tus pasos, allá te seguirán los homenajes de mi admiración y de mi afecto.

Has visto brillar en mi frente la alegría, has escuchado los transportes de mi alma en los días de júbilo; has presenciado mis expansiones en medio de la orgía; sólo he buscado un lenitivo á mis dolores. Cuando he estado en tu presencia melancólico, en aquellos momentos en que la alegría se retrataba en todos los semblantes, yo recorría en mi mente los acontecimientos de mi vida que causaron mis desventuras; ellas marchitaron mi juventud y me hicieron víctima del infortunio.

¡Cuán desgraciado he sido! En vano busqué un corazón que me comprendiera; los encantos del amor, los consuelos de la amistad, los atractivos de la gloria, no han podido borrar de mi alma las huellas de un pasado triste y amargo. Sólo encontré hombres egoístas y mujeres sin simpatía que verían indiferentes mis desgracias; los gemidos del que padece sólo encuentran eco en las almas sensibles, en los corazones infortunados.

Yo no olvidaré jamás el momento en que apareciste á mi vista por la primera vez; las frases que modularon tus lábios, agitaron mi alma con ese misterioso delirio que nos hace percibir los fulgores de una felicidad inesperada: desde ese instante pensé hacerte la revelación de mis desventuras, llevar á tu oido mis quejas, y recoger de tu alma una palabra de consuelo; tu dulce ternura, tu angélica bondad, me llevaron á tu lado para adorar tu sensibilidad y admirar tus perfecciones: en aquellos momentos plácidos en que el júbilo nos circundaba, te ofrecí mi copa, y livaste su néctar ¿lo recuerdas? ¿porqué no fueron eternos esos momentos? yo adivinaba mi dicha en tus palabras; soñaba un bienestar indefinido cuando me encontraba junto á tí. Las impresiones de ese día quedarán grabadas eternamente en mi alma; cualesquiera que sean los azares que el destino me depare, ya se incline mi frente al peso del dolor; ya rebose mi alma en el seno de la dicha, ja-

más olvidaré tus dulces palabras. Tú no sabes cuán gratas son para un corazón lacerado los consuelos que la amistad nos brinda en instantes supremos; tu nombre, tu celestial acento, serán un bálsamo para mí en las altas horas de la noche, en esas horas misteriosas en que, concentrado el espíritu, recorro uno á uno los trágicos acontecimientos de mi vida azarosa y desgraciada. Para perpetuar en mi mente esos felices instantes, únicos en el transcurso de mi vida que me conmovieran hondamente, te pedí una flor, un recuerdo que simbolizara aquellas horas de inefable placer, aquella angelical ternura con que me dirigías tu voz y tu sonrisa. *¡Me ofreciste una flor!* yo aspiraría su fragancia, la llevaría á mis lábios, la humedecería con lágrimas en mi tristeza y soledad. ¡Oh! ¡si pudiera pintar lo que sentí cuando accediste á mi súplica! ¡si pudieras percibir mi felicidad en esos instantes! yo daría lo más gráto de mi existencia porque no se desvaneciera esa ilusión querida. Veía ostentarse en tu tocado una flor; veía tu agitación y tus vacilaciones; trémulo me acerqué á tí, cuando tus lábios pronunciaron estas palabras: "*No cumplo mi promesa porque no tengo una flor*"...... Desapareciste á mi vista, y no te he vuelto á ver.

Algún día tal vez te encuentre en el camino de mi vida: acaso sea en esos sitios pintorescos donde las flores ostentan sus aromas y sus delicados matices; si ves que mi frente se inclina por un secreto pesar, no me pregunteis la causa de mi dolor; dirige la vista á los vergeles lleva tu memoria á lo pasado, y encontraràs el símbolo de mis esperanzas y la esplicación de mis afecciones melancólicas; allí verás sifrarse el porvenir de un desgraciado que sería felz si lograra tocar con sus lábios el orle de tu vestido.

A LA BUFA.

A LA

SRITA. POMPOSA MURGUIA.

¡Montaña encantadora! ¡con qué arrobamiento te contemplo! mi alma se adormece cuando te miro allá en la profundidad del azul firmamento.

He visto montañas magestuosas elevar hácia el cielo sus rocas escarpadas; he contemplado con éxtasis sublime la triste soledad que les rodea; he aspirado la fragancia de las flores que brotan sus poé-

ticas colinas, he oído resonar en sus cavernas el mugir del toro salvaje, el canto melodioso del zenzontle, y de la tórtola el arrullo melancólico; nada me ha parecido tan ideal como los riscos que coronan tu frente seductora, como las florecillas que nacen en tu falda caprichosas.

He visto á tu falda el aurífero horizonte como un lago de fuego, y aparecer despues, y alzarse sobre tu cabeza al rey magestuoso de los astros: he trepado tus prominencias escarpadas cuando el sol reververaba y he apagado mi sed en tus linfas cristalinas; he visto lucir sobre tu frente el faro de la noche; he distinguido entre tus rocas, que se retrataba en el éter purísimo del cielo, el incierto fulgor de alguna estrella, como el diamante que centellea en la frente de la beldad· Entonces se ha conmovido mi alma; para siempre se han fijado en mi mente gratas ilusiones.

Te he visto cubierta de niebla matinal, como visión fantástica, como la virgen que se oculta tras una gasa transparente; se ha evaporado á los primeros rayos del sol, ornando así tu cima un penacho más blanco que el armiño. He visto rugir sobre tu cabeza la sublime tempestad, iluminarte su lívido destello, y rodearte después, cual una aurerola, el íris refulgente. He visto en tus colinas la nieve blanca brillar como un prisma, cuando la hieren los últimos rayos del sol, y rodar á tus piés en figuras coprichosas; al contemplar tales bellezas me has inspirado ¡oh Bufa! pensamientos de amor y de ternura.

Tú has visto pasar lentos y silenciosos los años y los siglos; sepultarse en el olvido á cien generaciones; eclipsarse y radiar de nuevo el astro de la gloria; has visto arrojar de tu cima á los déspotas que osaban cautivarte, y ondear en olla la bandera de los libres; escuchaste los cantos marciales del soldado, el fragor de los combates y el himno de victoria que á tus pies entonan los guerreros.

¡Quién pudiera verte á todas horas, montaña celestial! descansar en tu falda, y arrullarse con los pensamientos de gloria que inspira tu pasado: ¡quién pudiera verte al exhalar el postrer aliento y pronunciar tu grato nombre!

¡Deidad zacatecana, que presides los destinos de un pueblo! á donde quiera que me arroje la velcidosa fortuna me acompañará tu imagen adorada. Cuando los valientes hijos de este suelo ocurran á tí para que los proteja tu mágica sombra maternal, preséntales los sinceros homenajes de mi admiración y de mi afecto; entre tanto, recibe mi despedida; el tierno adios que te dirijo anublados mis ojos por el llanto.

A MI AMIGO

EL GENERAL

VICENTE RIVA PALACIO.

[EN EL ALBUM QUE LE DEDICAN SUS AMIGOS.]

Con el corazón agitado por el entusiasmo; con el alma contristada por el dolor, te mando mi despedida.

La locomotora que hoy alegra nuestros campos, pronto anunciará melancólica tu marcha hácia lejanos países. El vapor que hiende las ondas, llevará al escritor que narra la historia, y al través de los siglos, las hazañas de nuestros héroes; conducirá al cantor de las glorias de mi patria; al guerrero esforzado que conquistára lauros para sus sienes; nos queda el recuerdo de sus proezas y las páginas queridas que difunden la idea trascendental.

Se áusenta el amigo, mas quedan con nosotros sus pensamientos.

Nosotros leeremos tus silvas poéticas con arrobamiento, y te enviaremos nuestras salutaciones áun interpuesto el Oceano con su serena calma ó con sus imponentes tempestades.

General, adios.

Hoy te envían tus admiradores su despedida; contigo irán, como tu sombra, sus esperanzas.

Pronto arribarás á las playas españolas; recuerda allá las glorías del Anàhuac; fíjate en su porvenir y en el adios de tus amigos.

Presenta á España, como homenaje fraternal, nuestras simpatías.

Dí á Castelar que aquí le esperan los brazos de los mexicanos; nueve millones de voces para saludar al gran republicano; para admirar al génio que con el cetro de su elocuencia rige los destinos del democráta Universo.

Dí al noble pueblo español que en México reflejan sus glorias y sus tradiciones; que el destino quizo hacer gemelas á dos estrellas, la del dos y la del cinco de Mayo; que el explendor de esas dos fechas irradiará siempre en la historia de la madre generosa y de la hija emancipada para dar brillo al nombre de Zaragoza, que es el orgullo de ambos pueblos.

Ese grupo que hoy estrecha tu mano con efusión, espera ansioso tu retorno; su mayor dicha será percibír el bajel que restituya á mi patria á uno de sus ilustres guerreros; al foro al màs recto de sus magistrados; á las letras al más inspirado de sus bardos.

A MERCEDES.

Epitalamio.

Si pudiera inscribir un nombre en las páginas del libro de mi vida con la ternura de una alma que se inspira en el afecto paternal, yo inscribiría el tuyo, hija mía, y lo grabaría en este momento en que percibes los primeros albores de tu dicha.

Si yo escuchara en mi estancia el trinar de los zenzontles en las altas horas de la noche para revelarme sus ensueños, esos delirios que encienden su inspiración y hace brotar de su garganta un torrente de melodía; si llegara hasta mí el mugir magestuoso de las ondas que se forman en el seno de las tempestades, ó el himno de la brisa que gime en las florestas, yo anhelaría que esos gorgeos, esos rumores, esos dulces murmurios llegaran á tí.

Si yo tuviera un nombre ilustre circundado de luz y una corona que simbolizara la gloria del poeta ó del guerrero, yo engalanaría el tuyo, ceñiría tus sienes en este gran día en que Dios premia y bendice la inocencia; en esta fecha en que vogando por los mares de la vida, llegas al puerto de una felicidad inefable; en que unida en santo lazo con tu esposo, y ante la luz de las antorchas, llegas al altar risueña, feliz, entre nardos y entre azahares.

El torbellino del amor arrebató dos corazones para impelerlos hàcia un mismo destino; los llevó al altar para que el fuego del amor los fundiera en uno solo. Yo animado por ese fuego iré á confundir mis lágrimas con las de tu madre; es que no queremos que te arrebaten de nuestro lado; mas si mi mano esparce flores en tu camino, las regaré con llanto; si mi voz se eleva al cielo, pidiendo para los dos esposos dichas inacabables, también contemplaré la tristeza de nuestro hogar, anublado el sol, velado el firmamento. Tú percibes ya la aurora de tu dicha sin nubes y sin celajes; nosotros veremos un día triste y sin luz.

Se oirán en mi derredor voces confusas, suspiros sofocados, que sólo amortiguará el silencio de la noche; allí caerá el último minuto de un día que muere siendo precursor de una felicidad grande, para renacer luego anunciando una felicidad suprema, y encadenar dos épocas venturosas.

La languidez de mi soledad, el sueño que aletarga los sentidos, cerrarán mis ojos, pero continuaré mirando en mi fantasía la mística ceremonia, en tu frente la corona de azahar, el velo de las vírgenes pendiente de tu tocado: dirigiré á Dios mis plegarias; modularé cantos en tu aplauso, pero esas notas resonarán sin eco ni melodía al herir las cuerdas de mi laúd; no podrà animarlas tu acento angélico que toca las fibras de mi alma; no podrá tornarlas en cadenciosas la ternura de una madre; de una madre que da sus frutos tal vez amargos sólo para los que sienten perderte, dulces y aromáticos para quien te transporta á otros jardines.

Hermana mía, no te aflijan mis pesares; si hoy haces el sacrificio de uno de los séres que amas, como ofrenda que se hace á Dios, alguna vez obtendrás del cielo la recompensa: no está lejano el día en que te muestres orgullosa ante el mundo por colocar tu amor y la felicidad de tus hijas en las sacrosantas aras: velad aún por esos objetos tan queridos para nosotros: ellas tiene un porvenir seguro y expléndido, la paz en el hogar y el cielo por recompensa.

¡Cuán tiernos y encontrados son estos afectos! es el combate terrible en que lidia la piedad sublime del raciocinio con el egoismo salvaje del corazón.

Dios concede á todos dones y consuelos: á unos da una compañera á quien amar, á otros una fantasía en que se imprimen temporalmente las borrascas de la vida; á aquellos los gratos atributos de la caridad, el amor de los hijos, los elevados sentimientos de la amistad; á mí, árbol encorbado bajo el peso del infortunio, sólo me ha confiado el aroma del incienzo para esparcirlo en mi derredor en esta fiesta de familia, cuando el sacerdote bendice la fusión de dos almas, cuando los miembros de nuestro círculo modulan alegres himnos. Yo sólo puedo trocar en doloridas emociones los suspiros de dos séres que une el destino, que los une también el beneplácito de sus amigos.

¡Oh Dios! Haced que no reboce en amargura el instante terrible de nuestra separación! que se sobreponga á nuestra angustia la idea consoladora de que á los desposados les reserva el cielo en su hogar un Eden con sus mágicos crepúsculos y sus tardes apacibles; manantiales inagotables de amor donde encontrarán perfumes, flores y canoras aves; una aurora, en fin, constante y perennal que no oscurecen los nubarrones de la desgracia.



A LA MEMORIA DE MI HIJA.

ELEGIA.

Siempre tus recuerdos, tu imagen gravada en mí fantasía; fijas están allí tus gracias infantiles, tu amor, tus caricias. No ha pasado un solo día sin que riegue tu memoria con mi llanto.

¿Cuál es tu mansión? ¿á cuál de esas mil estrellas que giran á la vista de Dios ha ido á brillar tu angélica presencia?

Te preocupaban los misterios de la eternidad porque creías; no te aterrorizaba la muerte porque esperabas: ¿podrías ahora revelarme qué es lo que hay más allà de ese firmamento?

Tranquila fué tu muerte; á tu lado brillaba la fe; no temías el castigo eterno porque habías puesto la esperanza en Dios; creías en una recompensa pues practicabas la caridad.

Curabas las dolencias del que gemía en un lecho de espinas, como Berenice, conducida por la voluntad de Dios, cuya mano cura y nunca mata.

Dichoso el que cree, el que espera, el que confía; pero hay séres á quienes no circunda la aureola de tus virtudes ni los alienta el ardor inextinguible de tu llama; cúbrense sus ojos con esa venda que forman las tempestades del alma; pero ésta, como la onda, va ciega á donde una fuerza superior la impele, á donde su destino la envía.

Bendita la Providencia que inflamó la tuya en los dogmas purísimos del cristianismo, porque ellos, que fueron tu guía en la aurora de la vida, serán hoy tu faro en la noche de la eternidad. El Espíritu divino guía á los mortales á la bienandanza.

Te humilló la pobreza, te escarneció la desgracia, y bendecías á Dios con la resignación del mártir.

Alma creyente ¿cuál es hoy tu recompensa? criatura formada de barro deleznable ¿cuál es tu destino? Si te es dado revelármelo, ven á decirme:—Es cierto que tras esas esferas luminosas se premian las virtudes.—

Mis lágrimas, debilidades de un corazón enfermo; mi tristeza, atributo de una terrorífica soledad, no las verás, no; no veras que mis rodillas tocan tu sepulcro, como mirabas arrodillarnos los dos ante una cripta cubriéndola con flores; no presenciarás que me alejo conmovido

de tu lecho mortuorio para llorar mis desgracias en aquellos lugares que frecuentábamos unidos por un mismo destino. Ay! ya no verás aquellos verjeles en los cuales zumbaban los insectos, gemía la brisa y rebolaban las mariposas.

Tus manos no acariciarán mi cabeza como en aquellos días en que vislumbrabas la felicidad ó cuando el infortunio humedecía tus ojos: ya no serán tu consuelo mis palabras ni tu delicia mis halagos; hoy sólo puede ser grato á un corazón creyente que se hundió en el no ser, la oración, el sufragio, el sacrificio que se hace á Dios en sus altares. ¡Oh, si pudiera llegar hasta tí el eco de mis plegarias, y resonar en tu sepulcro como resuena en la soledad y bajo las ramas del sicomoro el canto del ave crepuscular! ¿Qué plegaria sería más ardiente que la mía para que el cielo te reciba en la paz del Señor?

Me quedé solo y se enturviaron los manantiales de mi ternura; no queda sobre ta tierra ningún sér de los que me amaron que cierre mis ojos ante la sombra de la muerte; no habrá para mí un relámpago de luz que alumbre la conjunción de la vida con la eternidad: ¿vendrá tu espíritu á recojer el mío en mi postrer instante, cuando la voz de la campana disipe su fúnebre sonido, cuando el alma adormecida flote en el infinito?

¿Por qué, por qué Dios no te conservó á mi lado hasta que mi eterna noche brotara de mi último crepúsculo? me habrías alentado con tu amor y vigorizado mi espíritu con el ejemplo de tus virtudes.

Los acentos de la música que nos extaciaban, hoy, al escucharlos, laceran mi alma, exacerban mi dolor, y me inclinan á dudar de la justicia de una Providencia que tú adorabas ciega y reverente; es que yo no tengo tu heróica resignación ni esa alma elevada por la fe que sólo poseen los séres predestinados; pero sí presiento, sí bendigo, la voluntad de un Dios que castiga y que consuela; que lanza la tempestad y que despliega también el iris de su clemencia.

Se santifica al màrtir que, como tú, se inmola en los combates de la fe ó de sus atributos en las aras santas. Yo sólo he ofrecido al cielo el holocausto de mi desgarrador sacrificio y he apurado el cáliz de amargura; si esto no es sincero, que Dios me abrume con sus rayos desde el Sinaí de su justicia.

¡Hija querida! ¡mi María! yo me retiro á los sitios solitarios para concentrar en tí mis pensamientos durante esas noches serenas que me hablan de recuerdos, de paz, de amor; es el incienso que el alma lacerada quema en los altares del sacrificio y que consagra à los séres adorados: anhelo la melancolía de la soledad para recrearme en tu memoria y encuentro el hastío del aislamiento; busco el reposo en el rayo de esa luna que centellea entre el ramaie de los plateados olmos y allí distingo tu imagen que se mece entre rosales; busco el consuelo de la amistad y sólo veo la indiferencia de los hombres; ¡ay! de mi corazón nadie puede comprender los dolores sino otro corazón herido: los lazos amistosos, los vínculos de la sangre, los dolores de la humanidad,

no tienen encanto para mí, ni me infunden compasión, cuando te he perdido; porque tu eras el eslabón que me unía á la familia y á la sociedad; mis emociones, atrofiando mis sentidos, ahogadas en las angustias del dolor, no exhalan ya una queja; me es grato pronunciar tus frases cariñosas esculpidas en mi oído y que resuenan sin cesar como las vibraciones de un fonógrafo. Mis lágrimas brotan á raudales cuando veo perdida mi esperanza en el silencio de esa tumba que se abre nada más para franquear el paso hacia la eternidad.

¡Alma mía! corza gentil que yo amaba con paternal solicitud! recibe mis ovaciones y los recuerdos de tus deudos y de tus amigos. En vano te busco en ese firmamento que se extiende á mi vista como un magnífico sudario; lanzo tu nombre hacia los confines del vacío; sólo responde la soledad y la ténue escintilación de los luceros.

Cuando me encuentro frente á frente con mi desgracia, anhelo exhalar mi último aliento sobre esa loza que de mí te separa; que se extingan sobre tus cenizas las últimas notas de mi arpa; que mis pasos puedan llegar hasta tu túmulo para cantar con acento funerario el último salmo de mis placeres y hacerte la última revelación de mis dolores; allí arrancaré á mi alma sus armonías, las postreras fraces del sentimiento al extinguirse para siempre.

Ven, hija mía; enlaza tu mano con mis manos. Cando te evoco en mi desgracia, en el silencio de la noche, creo sentir tu contacto; oigo palpitar tu corazón y percibo tu aliento en mis mejillas; creo en mi delirio que tu frente se acerca á mí; siento en mis sienes el roce de tus cabellos y escucho aquellas palabras con que buscabas gratos transportes en mi afecto y el consuelo en tus desgracias.

¿Por qué no son eternos los éxtasis en que mi alma te invoca, te palpa? Mi vista te sigue cuando creo mirar tu imagen que hiende el espacio cual bólido que brilla y que se apaga: vislumbro en mi mente un fantasma adorado que se levanta de tu sepulcro; mi voz te llama y sólo responde el eco de mi acento; te miro en las tinieblas, aérea, vaporosa, cubierta con blanca veste, como las hadas fantástico—nocturnas que inspiraban á Beethoven sus notas inmortales. Veo en el éter un rastro luminoso que deja tu carrera; te llamo y no respondes; te sigue mi vista y desapareces; ¿por qué huyes de mí? ¿no oyes mis palabras? ¿no son mis lágrimas las que enjugabas con tus cabellos? ¿por qué brillas en mi fantasía cuando cierro los ojos? ¿por qué desapareces cuando vibra mi voz? ¿será la imagen de algún otro espíritu querido que acude á mitigar mis pesares y à llorar conmigo mis desventuras?

María, mi María, fijo está en mí tu delirio, tus últimas palabras; no me atormenta el recordarlas porque las vertías cuando te animaba un divino soplo.

Pensando en tí, me entrego al sueño confiando en que esas emociones te dibujen en mi pensamiento, porque quiero verte, gozar un momento en la ilusión de que vives á mi lado; quiero sentir el placer de soñarte aunque me agobie después la certidumbre de que duermes pa-

ra no despertar jamás; quiero enardecer mi fantasía con el recuerdo de tus afectos para que jamàs la mano del olvido te arranque de mi memoria.

El dolor conserva tu imagen en mi fantasía, como la flor conserva su perfume, la aurora su luz, la lámpara su llama; allí permanecerá para recrearme en el culto que mi alma te consagra. Hoy sólo existe entre los dos el firmamento, el dogma consolador de una esperanza, y, para protejerte, la Sombra excelsa de Dios que llena la inmensidad.

DOS ANGELES SOBRE LA TIERRA.

(EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.)

A LAS HERMANAS PACHECO.

I.

La aurora del 10 de Agosto de 1860 fué saludada con el estruendo de las armas. El clarín guerrero convocaba á la matanza; los caballos relinchaban impacientes; brillaban los fusiles y las picas, y gruesas nubes de humo se levantaban de la tierra.

Dos ejércitos combatían. Sus caudillos habían escrito en sus banderas las palabras màs sonoras, aquellas mágicas palabras que al pronunciarlas laten entusiastas todos los corazones—"¡libertad! ¡religión!"

El choque serà formidable; millares de víctimas quedarán exánimes en el campo de batalla; la sangre vertida à torrentes fertilizará la tierra, y el sacrificio de tantos mártires, ofrecido á la patria en holocausto, será tal vez estéril.

Cualquiera que sea el héroe de este día; cualqiera que ciña su frente con los laureles de la victoria, verá amargados sus festines por los ¡ayes! del moribundo, por las maldiciones de los huérfanos.

¡Días de luto seguirán á este de guerra y de exterminio!

¡Dios de los ejércitos! con una mirada puedes destruir millares de mundos y formarlos de nuevo á tu voluntad; infunde, Señor, en el alma de los combatientes aquel sentimiento de unión y de patriotismo que animara á nuestros padres en otros días. Aplaca la inclemencia del vencedor para que la desgracia del vencido no se acreciente con el peso de las cadenas!

II.

Momentos después uno de los ejércitos había sucumbido; las músicas marçiales llenaban el espacio con suaves melodías, anunciando la victoria. Yo recorría aquel campo que estaba cubierto de cadàveres y de hombres horriblemente mutilados. Aquel espectáculo me horrorizó: amigos, compatriotas, hermanos mios, habían sucumbido ante el fragor de la artillería; uno de ellos, compañero de la infancia, me reconoció; me incliné hácia él para recoger sus últimas palabras; espiró en mis brazos después de consagrar á su patria y al objeto de su amor su postrer aliento.

Es imposible dejar de conmoverse profundamente al contemplar el campo de la guerra en los momentos de la victoria; los lamentos de los heridos se confunden con los gritos feroces de hombres inhumanos, sedientos de sangre y de venganza, á la vez que el sacerdote católico, despreciando los riesgos, cumpliendo con las funciones augustas de su ministerio, lleva palabras de consuelo y de paz, entre el estruendo de la guerra, al que eleva su pensamiento á Dios.

Veense también à las hijas de San Vicente de Paul con admirable negación, con dulce fraternidad, con indecible ternura, restañar la sangre á los heridos.

¡Mujeres adorables! ¡continuad vuestra obra de caridad! esos hombres, curadas sus heridas por vuestras manos, vendrán á vuestros piés para bendeciros.

III.

En una de las calles de Silao, en el pórtico de una casa, se aglomeraba la muchedumbre; yo, movido por un espíritu de curiosidad, pude penetrar hasta el sitio donde se encontraba herido, tendido en su lecho, uno de los gefes principales del ejército vencido; me pareció ver brillar en sus ojos un destello de vida: una persona que no se había separado de su lado desde antes del combate, y que á la vez era mi amigo, me dijo con el acento del más profundo sentimiento, estas palabras que se han fijado para siempre en mi memoria: "Acaba de espirar...... Deja dos ángeles sobre la tierra."

Me sentí conmovido, y abandoné el asilo del dolor y de la muerte donde no se puede estar sin que los ojos se humedezcan por el llanto.

¡Ah! maldita, maldita sea la guerra civil que sumerge á tantas familias en la desolación! ¡Cojamos flores y deshojémoslas en la tumba de los mártires sin nombre, porque la guerra civil privó á la patria de sus hijos valerosos, cuyas armas se hubieran cubierto de laureles inmarcesibles ante el enemigo extranjero!

Mi boca pronunciaba á cada paso estas desgarradoras palabras.

"¡Deja dos ángeles sobre la tierra!"

IV.

¡Oh Dios! Tú cuyo aliento les dió animación en esta vida, cuida de su inocencia, proteje su orfandad, dirige sus vacilantes pasos, y no permitas, Señor, que se separen jamás del camino del honor y de la virtud.

TIPOS SOCIALES.

LA VIEJA ENREDADORA.

DOÑA CASTA SINOES DE RECIO.

Hay que cargar en este mundo con la maldición del cielo; padecer y sufrir, mientras que, perfeccionando la materia de que somos formados, nos acercamos a la Divinidad, y vamos á habitar otro hemisferio dichoso ¡Oh! si en este mundo todo fuera vida y dulzura, yo no querría salir de él, y con todas veras de mi corazón le pediría á Dios que me diera por mansión este mundo en toda una eternidad Yo he pasado ratos de solaz, pero ¡qué diminutos son cuando los comparo con los días de fastidio que tanto me han agobiado! Cuando más contento estoy han venido como un contraste los sufrimientos. El colector de contribuciones: el cobrador de la renta de la casa; el floretista que no teniendo destino ve perecer á su familia de hambre y quiere que yo sea su salvador; el importuno cajista de la imprenta, á quien ahoga el tiempo en que el periódico tiene que salir forzosamente; la criada que viene á reclamarme el complemento del puchero, y todo esto en momentos en que mi bolsa está exhausta......

¡Dios mío! ¡cuánta calamidad! Pero falta lo mejor del cuento: como llovida de la atmósfera se ha presentado ante mí uno de esos séres que vienen al mundo como una plaga, y á quienes el cielo les ha negado una misión sublime. Tal es mi vecina Dª Casta Sinoes de Recio.

Muger de unas sesenta primaveras, fué esposa de un militar antiguo que sirvió en el ejército trigarante; no tuvo hijos, y su corazón estuvo privado de esos dulces afectos que forman los tesoros del alma y endulzan las costumbres. Dª Casta, semejante á la higuera que el Salvador maldijo por estéril, arrastra en este mundo una existencia penosa; sin familia, sin hogar, sin patrimonio, vive de la caridad pública, y se abre brecha en la sociedad por medio de un carácter

chismoso y enredador; siempre atisbando las conversaciones de todos para deducir consecuencias, no dejará pasar ninguna circunstancia que pueda interpretar de un modo siniestro.

Yo fuí un día víctima de sus asechanzas.—Se presentó en mi casa de rota batida. Señor Querubín, me dijo, echándose en mis brazos; desde que Dios Nuestro Señor llamó á su seno á su sentido padre, ¡cuàntas penalidades he sufrido! fué para mí un protector, una Providencia, un ángel del bien que el cielo se llevó, porque esos séres perfectos no deben habitar en este mundo.

—Ud. en su tiempo debe haber sido una mujer de grande atractivo; esos ojos decidores; ese palmito, ese garbo andaluz, esa sonrisa coquetona.....

—¿De qué me sirve lo pasado, si hoy ya no lo tengo? ahora, ahora sería bueno esa irresistible seducción; ahora que hay tantos coroneles y generales, y tantos forrages y plazas supuestas, y buscas pecuniarias, y tanta impunidad, y....¡Ay Sr. Querubín!

—Pero señora, le dije, usted parece que ha gozado de una dicha completa en este mundo. ¿No es usted feliz?

—¡Ay! señor Querubín, sólo yo sé lo que sufre una pobre mujer vieja y abandoñada, á quien ese pícaro gobierno no le paga su montepío......

—Sí?

—Y á quien mira con desdén esa injusta sociedad.

—¡Cómo! mi señora D.ª Casta!

—Ayer me desayuné à las doce, porque mi vecino D. Cleofas Caracol se le antojó tener á buena hora una reyerta con su esposa, la tuerta de D.ª Tecla, y no fué posible poner paz en el matrimonio en todo el día.

—Es posible?

—Figúrese usted que D. Cleofas Caracol es un empleado del Gobierno que sirve un miserable destino; no es partidario de un candidato gubernil que no le es simpàtico al club oficial y esto lo tiene metido en cintura; no le pagan su sueldo, y D.ª Tecla pasa la pena negra, y sus escaceses á mí también alcanzan; dice el refrán que donde no hay harina todo es mohina; sin desayuno y sin puchero el estómago está en rebeldía y la bílis se derrama.

—Decía usted que D. Cleofas no es afecto á la candidatura oficial, pero esto no es razón para......

—Lo llamó el Gobernador y clarito le cantó la cartilla: la Nación le paga á usted porque le sirva con lealtad, y yo sé que es usted asistente à cierto club que nos es hostíl; ó abjura usted sus simpatías por ese ciudadano, trabajando por la candidatura de Fulanito, ó se queda sin destino como se quedó sin la primer camisa que usted se puso.

—¡Cómo así, Sra. D.ª Casta! pero si esto es una injusticia; y la libertad de pensar....

—Y el libre albedrío, y la libertad de conciencia, y el pensar in-

dependiente que es la más preciosa garantía de nuestras instituciones, doña Casta, *pelándome* unos ojos donde se retrataba la cólera más concentrada, decía; ¿podrán ganar estos señores las elecciones, ejerciendo presión, forzando á todos á trabajar por un candidato que no nos gusta?

—¿No le agrada á usted para gobernador el Sr. Fulano? pues vea usted que es un buen chico.

—No lo niego, no le quito la honra, y lo dejo en su buena opinión y fama; pero á mi no me agrada, porque un día en que fuí á hacerle una consulta sobre este vientre malhadado que tanto me gruñe, me regañó, me trató con aspereza, como si una fuera á que le digan sandeces, y no á que le ministren un remedio......

—Con que la recibió á usted mal, eh? pues lo extraño, en verdad.

—Se mostró enojado porque le dije que había tenido una indigestión. —Se atracaría de frijoles, me dijo, porque eso es el alimento que á ustedes perjudica.»—Pero Sr. Doctor, ¿qué han de comer los pobres? ¿de dónde cogen trufas, hostiones y salmón en mañoneza? y entonces me hizo sacar la lengua media vara, me oprimió el pulso como con una tenaza, me contrajo el párpado de mis ojos, y sólo me dijo que no volviera á comer cosas indigestas, dió la vuelta y yo me quedé lo mismo que antes; con tal proceder puede usted inferir si yo seré de su devoción.

—Pero señora Doña Casta, esa no es razón; tal vez un rato de mal humor....

—Los médicos no deben tener mal humor....

—¿Si? No son hombres que están sujetos à las liviandades de los demás hombres? ¿son àngeles?

—Son ciudadanos, que deben ser afables con los pobres enfermos; pues no faltaba más sino que una va con todos sus años à hacer una consulta, y después que la tienen en la puerta del zaguan tres horas le salen con que no la medicinan porque una es pobre y porque comió.... no se que; con estas cosas ¿puede una ser partidaria de un hombre que tan mal se ha portado conmigo?

—Usted exagera, señora Doña Casta; que sea de mal génio alguna vez, cediendo á un momento de fastidio, no quiere decir que sea un mal gobernante.

¿Y qué me dice usted del Señor Jefe político que á *chaleco* quiere que lo elijan? ¿son justas esas amenazas à D. Cleofas, de privarle de su destino porque es concurrente al club de la calle de,.... y porque es subscriptor à su «Fandango?» Yo vengo à quejarme con usted, para que le ponga una peluca á esos señoritos y al Jefe político, porque no es justo nada de lo que hacen.

—Hablaremos, hablaremos más tarde, y usted me ministrará nuevos dados.

Doña Casta se obligó à traer algunas noticias. Salió tarareando el conocido aire nacional.

Al pié de un verde huizache
Donde mi amor se recrea....

Parece que el demonio prepara los acontecimientos. Cuando mas necesito de los auxilios de mi heroina; cuando el cajista de la imprenta me hace sus visitas màs continuadas, en demanda de màterial para el periódico, y màs estéril está el chirúmen, y escasas las noticias de sensación, aparece como visión fantástica la señora de Recio, siempre risueña, siempre ostentando la única clavija que le ha quedado en esa cueva obscura, en ese antro misterioso á quien por sarcasmo se le da el nombre de boca; sus ojos verdes y opacos me buscan con avidez para comunicarme algún acontecimiento; ella todo lo sabe; es una colección de frescas noticias, ciertas ó fabulosas, exactas ó exajeradas, pero que al fin causan interés por su novedad.

—Venga vd. acá, mi señora doña Casta, mi salvadora, mi ángel tutelar; vd. es quien está encargada de dar à mis lectores las noticias que los seducen y entretienen.

—Señor Querubín, pasan cosas grandes y maravillosas por esos mundos de Dios. Nuestra predilecta, nuestra muy amable comadrita la Sra. doña Bárbara, hace á vd. sus cumplidos; fué denunciada por un Sr. pero en esta vez ha salido el tiro por la culata: figúrese vd. que cuando más seguro se creía el triunfo, porque calificaban de furibunda la calumnia, fué absuelto el periodista, y el acusador, con ese veredicto, ha quedado con las faldas levantadas, pues todo el mundo comprende que si ha habido absolución es porque el suelto èra fundado, no por las anomalías del sistema que reune solidariamente los pareceres y las conciencias de los jurados: Más valía no *meneallo* como decía D. Quijote.

—Nueva tormenta se prepara para el día en que se ha de elegir Congreso ¿sabe vd. algo, doña Casta?

—¡Ay ay ay! pues si están muchos de los nuestros con el pié tan alto; hasta las nulidades más impotentes quieren curul; son bastantes los aspirantes, y así tendrá el pueblo paño donde cortar y círculo donde escojer; una es la novia, y uno el elejido; los demás se quedarán á la luna de Valencia, suspirando delgadito.

—¿Y qué dice el círculo de oposición? ¿cuáles son sus trabajos en las nuevas elecciones? ¿triunfa ó no triunfa? ¿la opinión le ayuda ó le contraría? hable vd. doña Casta, por las once mil doncellas, hable vd., que hay que comunicar algo á mis lectores.

—Por México está en estos momentos el chubasco—Manolito Cardoso, ó como lo llaman vdes., el maestro de ceremonias, discoléa en aquel teatro, y hace esfuerzos por enderezar entuertos y sanar á los quebraditos que resultaron en la última elección. Después de la derrota, el pobre de Manolito se quedó triste y desconsolado diciendo ¿pero en que ha consistido esto? no creen en su decadencia; sofocado del batacazo se quedó admirado del prodigio, en actitud humillante; yo le aplico el versito que el sacristán de Sacapo puso y compuso al Señor de la Humildad, imágen que se veneraba en ese pueblo:

—Veo que usted tiene á la mano siempre una flecha para dispararla á buen tiempo.

—Como iba diciendo, por México está la tempestad; ya aclararemos paradas— ¿Y no le parece á usted muy raro que á D. Fulano lo dejen de Jefe político ¡caramba con el hombre tan equilibrista! mira venir la tempestad, y le hace frente; busca el camino que le conviene para caer parado, pues el chiste està en saber colocarse; cae la lluvia, amenazan los rayos y las centellas, y que tiene como artillero buena puntería, escoge su paraguas y su rincón, diciendo:

El animal á mi ver
Más bellaco y más ingrato,
Es aquel que imita al gato;
Arañá y gruñe al morder,
Pero parado á de "*Ker*"
Si le brinca al *garabato*.

Tiene su *para-caídas;* ve que una administración bambolea y se derrumba, siente el temblor, pues no es lerdo; ya tiene en el bolsillo una recomendación de un magnate para què él cuele capellanía.... ¡caramba con el hombrecito tan buen equilibrista! él sí que está libre de *incendios;* parece que se quedará vivo hasta el día del juicio final; ha de enterrar á los muertos y dar fe de las heridas.—Vea usted Sr. Querubin, vea usted los vercitos que le han dedicado.

Hábil es como la ardilla;
Juega muy bien *carambola;*
Cartea muy bien la *malilla;*
Nadie le pisa la cola
Ni le mete zancadilla.

Él imita á la gamuza
Cuando se vé atirantado;
Se viste de piel-de tusa;
Si el billarista hace *chuza*
El queda siempre *parado.*

Para vivir, el primero;
Para ginetear, no hay otro;
Es tahúr, *tecolotero*....
¡No pernearán otro potro
Más *ladino y tesonero!*

Nadie le dobla la basa
Si *baraja* en sus terrenos;
Lo echa pelón; y sin tasa

Llama luego el *todos menos*....
—Al buen día, meterlo en casa.

Todos lo tendrían por lego
Cuando exclama "*no me arrugo,*"
"Viene el tres" y estira luego;
¡Bien haya quien no es tarugo!....
Pues que lo toree Juan Diego.

Como dice el tuerto Párres,
"Cuídate de los *esbirres*
Si con la *judía* nos barres;
La *carta* es de los *Aguirres,*
Y esta otra de los *agarres.*"

Ya lo sabeis lectores; la Sra. Doña Casta es colaboradora muy ardiente; la armaremos con el rayo para lanzarlo á donde sea preciso, y pediremós al relámpo un destello de su luz para iluminar nuestros asuntos y nuestras conversaciones. Una colaboradora tan ardiente; una noticiera tan anhelante por instruir á sus lectores de cuanto hay de noble en la ciudad, en el Estado, en la Nación y en todo el Universo, es un tesoro; es una preciosa adquisición para un periódico que busca la claridad en la verdad y se afana por transmitir las noticias sensacionales.

EL JURADO Y EL ADULTERIO.

I.

La institución del jurado para calificar los delitos, es moderna; pocos años hace que se ha implantado en nuestra patria La venalidad de los jueces, las argucias de los jurisconsultos, el ingenio de los escribanos y leguleyos, impulsaron al legislador á poner la justicia en otro carril para que llegara á un fin con seguridad, para castigar inexhorable á los delincuentes. Ante los jueces se necesitaban pruebas, alegatos fundados, leyes claras y precisas, saber pedir justicia y....que la quieran dar. Como una aberración tremenda veíamos que se le daba al que no la tenía, y esto era visto tan á las claras, que se creyó màs conveniente, en vez de ahorcar jueces y escribanos, variar la institución. Parodiando un principio de *caridad,* como una limosna de nuevo género, se veía dar justicia al que la pedía por no *tenerla,* como

lo demostraban varios hechos escandalosos que aun hoy no se han olvidado: en cuanto á la parte contraria, podría decir lo que los campesinos en sus cantares; pedian *justicia* y les tocaban *valona.*

La contradicción de las leyes, el tratado de las pruebas, era para el abogado entendido un arma de dos filos que esgrimía á su sabor; un juego de cubiletes; una prestidigitación temible que lo ponía en el caso de ganar un rumboso pleito, ó librar del castigo á un delincuente.

Los ejemplos benéficos del jurado los teníamos prácticamente en Inglaterra; cada hombre se revestía con las insignias del *jure*, hacía abstración de su deleznable humanidad, se remontaba á regiones angélicas para no pertenecer á este mundo, y sin más guía que su conciencia *absuelve* ó *condena;* forma su resólución sólo con el ilustrado criterio y con su buen juicio; sin atender à las pruebas ni escuchar razonamientos; sin verse fascinado con la elocuencia jurídica, debe calificar si hay *delito* ó *inocencia* en los presuntos culpables. Ante las preguntas que el juez formula, hay que decir simplemente *sí; nó;* si este quiere salvar al reo ó condenarlo, bastará que á la pregunta se le dé una forma conveniente para recibir una calificación benigna ó adversa; despues queda la interpretación de un monosílabo; esta es más elástica si las preguntas son confusas ó contrarias, pues resultará lo que suele llamarse, ley del embudo

Cuéntase que en un hospital se arrimaba á las cabecera de cada enfermo un trasto nada diáfano destinado à recibir el *atole*, y éste lo tomaba por su mano cuando tenía necesidad de él; los enfermeros poco cuidaban del alimento, y por apatía ó malevolencia, pero con ánimo deliberado de no atenderlos ni llenarles el trasto, dirigían al pasar frenté á un enfermo esta célebre pregunta:

—¿*Quieres*, ó tienes *atole?*

—Sí, contestaba el interrogado, con la ilusión de alimentarse.

—*Que sí tiene*, contestaba el enfermo; y pasaba adelante. Después preguntaba al de màs allá:

—¿*Tienes* ó quieres *atole?*

—Nó, contestaba el otro al ver su trasto vacío.

—*Que no quiere*, decía á su vez el enfermo, haciendo acomodaticia á su deseo la respuesta. Siempre tenía á su alcance una interpretación para no dar alimento al necesitado.

Esto mismo sucede con los jurados, cuando ellos dicen *sí* ó *nó*, como Cristo Nuestro Señor nos enseña. ¡Y luego se dirá que no hay justicia en este mundo!

En todas partes se cometen errores y abusos; algunas veces para torcer la vara de la justicia, y negarla al que la merece; otras para dejar impunes los delitos. Pero refiiriéndonos á casos muy conocidos, ¡cuántas, cuántas absoluciones de los jurados hemos presenciado! Crímenes probados quedaron sin castigo porque aquellos no han tenido la conciencia de la criminalidad, ó porque no han querido apechugar con un voto que afectaba su delicado y sensible sistema nervioso. Bien sabido es que ninguno tiene responsabilidad, y si la tuviera, jamás se le le

exigiría, puesto que no hay ejemplos de haber acusado y castigado á un juez que faltara á sus deberes. Parece que se ha tenido empeño en desprestigiar una institución noble y benéfica, sólo por volver al sistema de fallar conforme á lo alegado y probado.

Si en los delitos del orden común, y aun en los oficiales se absuelve, desde el que delinque abusando de la libertad de imprenta hasta el funcionario que vende su conciencia; desde el que perpetra asesinatos proditorios hasta el que comete hurtos rateros ¿cómo no esperar un veredicto absolutorio para la esposa infiel que, sobre tener *buenos bigotes,* infunde lástima condenarla? ¿dónde está el areópago poco galante que dijera "esa mujer á la horca"? Ni en la antigüedad fué condenada la hetárea que infringiera las leyes griegas, porque deslumbraban sus ojos de lucero y encantaba su belleza plástica. Frinée fué absuelta, y todo el mundo sabe cómo Hipérides la defendió.

Parece que hay poca previsión en el esposo ultrajado si recurre á los tribunales en solicitud de reparación; á la sociedad por vindicaciones; á la religión por remedio; à la familia por consuelos.

Ningún delito ha sido más estudiado por sabios, legisladores, criminalistas, poetas y filósofos, y sin embargo, ninguna ley ha sido suficientemente justa y enérgica para castigar el adulterio. Desde las leyes de Manú hasta las que se han expedido en nuestros días, los delitos de adulterio han quedado impunes en general: desde los castigos más crueles hasta aquellos en que la lenidad con el delincuente ha sido un premio, no han hecho otra cosa que poner de manifiesto el cinismo y revelar al mundo las liviandades de una esposa que flaquea. Dido, Helena, Fedra, y la mayor parte de las reinas de la tierra, infamaron el lecho nupcial, quedaron impunes, y pocas como Fedra lloraron sus extravíos y ocultaron su vergüenza.

¿De qué manera castigan la ley, la familia, la sociedad y la religión, el crímen trascedentalmente funesto del adulterio?

II.

Cuando una mujer delinque y difama, adulterando la familia, imprime en la frente de su esposo un sello de vergüenza y de baldón. Hay mucho de injusticia en eso de execrar á un sér que en el engaño no puede ser culpable; pero tal es la resolución de la sociedad. Examinemos, pues, cuáles son los castigos que puede recibir la mujer adúltera.

La ley acepta una acusación únicamente de la parte interesada y ofendida, es decir, del esposo; el vilipendio, como el pecado de Ádan, se trasmite á sus parientes, pero á estos no les es permitido tomar la iniciativa sin incurrir en la nota de intrusos, como dicen que sucedía al cura de Jalatlaco á quien mataban cuidados agenos. La ley tiene qué castigar á dos cómplices precisamente con unos cuantos días de prisión mientras dura el proceso, ¿y después? despnés viene el divorcio, el

fraccionamiento de la familia, la obligación de dar alimento y buen trato á la esposa infiel; si no es que, al advenimiento del nuevo ser, se despiertan dudas y desconfianzas; se intenta despejar la incógnita sobre el tema de ¿si será? ¿si no será?

El jurado está tranquilo; el juez se lava las manos; allá se las avengan los actores del drama al representar el sainete final, pues hay que divertir al público hasta que se desternille de risa.

La prole no toma parte en las cuestiones de los desavenidos consortes, y son las víctimas inocentes de las consecuencias; no disfrutan de la paz del hogar ni experimentan las tiernas caricias maternales: no maldecirán siquiera su destino, porque esa maldición, como de rechazo, recaerá sobre los autores de sus días; la desnaturalización es el vicio único que reconocer pudiera la culpabilidad de una madre ¿Cual puede ser el castigo que impongan los hijos que recibieron. al exhalar el primer vagido, las caricias maternales, si no son las bendiciones y las disculpas de sus desvíos?

Al saber la desunión de un consórcio, ya sea por la transparencia de los cristales del hogar, ó porque la bocina de los tribunales la pregonan, la sociedad bosqueja una sonrisa, cuelga al marido un *sambenito*, y arroja á su faz la estridente carcajada; una interjeccìón de lástima hácia ella; à él una frase que le escarnece; sólo habrá un aplauso para el Tirabeque afortunado. Después viene el olvido de la falta, la restauración de las consideraciones sociales; la caridad cristiana hace lo demás; sobre todo, ¿quién será la impecable que arroje la primera piedra? El escàndalo es una campana que toca á rebato; no moraliza á la esposa, sólo le advierte que debe ser cauta y previsora.

¿Habrá muchas esposas que condenen à una adúltera, y aplaudan la vocinglera algarabía del ofendido que clama por el castigo? posible es que haya algunas, pero no estarán en mayoría. Se dice que una sátira contra los blancos sólo pueden aplaudirla los negros; los habitantes de la Nubia no creen que puede haber en el mundo color blanco si no es artificial, y cuando cae un hombre rubio en sus manos, le raspan la epidermis pretendiendo encontrar el color obscuro. Las adúlteras no creen que haya esposas fieles; esta es la causa porque son indulgentes para con su mismo sexo.

La religión es más compasiva en este mundo con la mujer que delinque: sus castigos son para después de muerta; las consortes de conciencia elástica, á quien no preocupa un temor de Dios ni del diablo, podrán exclamar ante el Ministro de su culto: ¡para allá me las dén todas! la Misericordia Divina no tiene límites; Dios hará uso en mi favor de uno de sus más grandes atributos, diciéndome como á Magdalena: "te perdono, mujer, porque has amado mucho.

La ley y la sociedad, la familia y la religión, son impotentes para castigar el adulterio; sólo queda el hacerlo al marido pundonoroso. El castigo de la falta depende del carácter del individuo; no en vano se dice que los agravios al honor deben ser *bien callados ó bien vengados*. Dumas (hijo) en su terrorífico drama "*La mujer de Claudio*," resuel-

ve el problema con estas palabras "*mátalo; mátala; mátalos.*" Girardin, en "*El Suplicio de una Mujer,*" aconseja el perdón, condenando á los delincuentes *á ser ingratos*,. Agustín F. Cuenca en "*La Cadena de Hierro,*" propone el lanzamiento del hogar à la esposa infiel. En resúmen, no pueden darse reglas fijas é invariables para todos los casos; pero sí creemos que ese problema sólo puede resolverlo el interesado sin la intervención jurídica, recorriendo como en una escala ascendente todos los castigos imaginables, desde el duelo á muerte que lo toleran las leyes y aprueba la sociedad, hasta el perdón de las injurias que aconseja la moral cristiana.

Muchos éjemplos podrían citarse que resolvieran distintos casos; esposos hay que, como último tributo hácia la que fué su esposa, pagaron el importe de su ataúd, la misa de *requiescat* y los derechos anticípados de la inhumación; existen también otros que, como un Manolito Gasquez ó un tío Canillitas, esclaman:

Si soy....engañado, que yo no lo sepa. Si lo sé, que no me lo digan. Si me lo dicen, que no lo vea. Y si lo veo....¡que se haga la voluntad de Dios!

Podrá inferirse que los jurados, al ver á una adúltera sensual, elevando el alma á Dios digan santiguándose "No nos dejes caer en tentación"....mientras que un marido esclama con los brazos cruzados, "Hágase, Señor, tu voluntad."

¿Para cuando es entonces el suicidio, santo cielo?

EL FANATISMO POLITICO.

EL FANATISMO RELIGIOSO.

Desde los más remotos tiempos se estableció la lucha entre la religión y la libertad. Hiparco recibe la muerte en las fiestas de las Panateneas, y la tirania es derribada de su trono. Sócrates, el génio dè la verdad, derriba con su palabra los altares de la idolatría pagana, inicia una nueva era, y muere envnenado por el fanatismo religioso. El cristianismo se extiende por el Orbe entero; la luz del Evangelio ilunina todos los espíritus y conmueve todos los corazones, teniendo por base una doctrina llena de amor y caridad; destruyendo la esclavitud, erige altares á la libertad; con aquellas dulces palabras, "amaos los unos á los otros" pone las bases de fraternidad cuyos lazos unen á los hombres entre sí con un amor recíproco. El Hombre de la idea y de la reforma escoge entre la clase abyecta los própagadores de su doctrina, los estrecha en su seno, los sienta á su mesa y con ellos comparte su alimento, estableciendo iguales derechos; no los abandona jamás, y después de su sacrificio, vigoriza su fé sobre las aguas del lago Tiberiade. La Cruz, signo de degradación y de ignominia en otro tiempo, fué santificada por la sangre del Mártir y convertida en símbolo de felicidad. Donde se encuentre ese signo allí resplandecerán como estrellas estas mágicas palabras, *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*. Jesucristo, frente á frente del paganismo y de la tiranía, fué el fundador de la democracia. Por eso los liberales, desarrollando el pensamiento que contienen esas palabras, han formado de ellas un dogma que tiende á buscar el bienestar de los pueblos. Donde la Cruz se ostenta, ya sea en el templo ó en el desierto, en la cabaña del pastor ó en el alcázar del potentado, allí se simboliza el credo de los liberales; donde se predica el Evangelio, se predica la democracia. "Sed buenos cristianos y sereis muy buenos demócratas" decía Pío VII que coronó á Napoleón cuando era obispo de Imola. Los sacerdotes de todas las sectas cristianas llevan en su palabra, en sus tradiciones, en sus consejos, el gérmen de un sistema que practicado con eficacia,

forma la moral de los pueblos, radica su bienestar, y dá próspero desarrollo al amor de Dios, de la patria y de la familia.

Dios y la patria; la religión y la política; el amor á los pueblos y la adhesión á la familia; he aquí los únicos pensamientos que preocupan á todos los hombres, y á cuyo fin consagran su existencia. ¿Porqué, pues, lo que debía estar perfectamente unido, siguiendo un mismo sendero, es lo más divergente y recorre opuestos caminos? Desde que los apóstoles de la falsa libertad y los sacerdotes del cristianismo relajaron los preceptos divinos para oprimir á sus adversarios, se excluyeron unos á otros y se declararon en un antagonismo extremo. Las catacumbas encierran los despojos de los mártires como el emblema de la tiranía de sus perseguidores.—Las acciones de Tiberio y de Nerón se conservan indelebles en la historia para que resplandezca el sacrificio de los héroes del cristianismo. Las masmorras de la Inquisición conservan las manchas de sangre que esparcían unos verdugos fanàticos, y la historia conserva, para dar relieve á la resignación de los sacrificados, los nombres de Arbués, de Torquemada y del fundador del Escorial.

Sócrates combatió el fanatismo de los que deificaban los vicios y derribó sus altares, y para término de su vida regeneradora apuró la cicuta. Voltaire denuncia los abusos de los que desprestigiaban á Cristo; forma la caricatura de los que deificaban los crímenes, é inició una gran reforma social. Sus restos no han sido respetados por sus enemigos y fueron profanados por una mano sacrílega é impía, ya que no ha sido posible ni destruir sus doctrinas ni excecrar su memoria.

El fanatismo religioso, el fanatismo político, nada perdonan en su vehemencia. Encarcela á Galileo que les muestra sus errores, y condena al ilustre canónigo Copérnico que adivinó un sistema planetario. Quema à Juan Huss; y excomulga á Lutero que denuncian la simonía de las bulas de composición destinadas à concluir la gran Basílica; decapita á Carlota, ahorca á Riego, quema á la doncella de Orleans; sacrifica à los sargentos de la Rochela, persigue à Garibaldi, fusila al duque de Engiene en el silencio de la noche y á Darboy; hiere à Sibour en el templo, y sofoca la voz de Stroassmayer en el Concilio.

Esos crímenes, perpetrados por la vehemencia de los partidos, no han quitado su influjo á la religón ni su inocencia á la libertad; y sin embargo, esa lucha sigue; la religión y la libertad se hostilizan.

En nuestra patria y en nuestros días, el sacerdocio católico inicia una guerra sangrienta, llama una dominación extranjera, esparce sus agentes, y con pretexto de conservar el depósito sagrado de la fé y hacer la propaganda de sus creencias, funda asociaciones religiosas con fines políticos, para arrebatar á los liberales la dirección de los negocios públicos. La caridad es convertida en locomotora política; San Vicente en instrumento de odios y de venganzas, y la sociedad católica en agente electoral. He aquí las tendencias de nuestros adversarios en nuestro suelo.

No se crea por esto que no queremos opositores, ni esforzados campeones que nos combatan, ni antagonistas que nos disputen la dirección del gobierno; nosotros concedemos á nuestros enemigos los mismos derechos que nosotros tenemos, y si hemos de decir verdad, deseamos su antagonismo para que nuestro triunfo sea más expléndido. Unicamente lamentamos que á la sombra de la idea religiosa se siembre la idea política, porque puede iniciarse una lucha cruenta; porque nuestros tiros, dirigidos al baluarte de nuestros adversarios políticos, pueden desviarse y herir el altar; porque nuestras palabras, encaminadas á destruir los errores de nuestros antípodas políticos, iràn rectamente también al sacerdocio.

Que el clero católico; que los sacerdotes de todos los cultos, se encierren en el círculo de la fé religiosa, para no exponer el depósito de las creencias al embate de las pasiones políticas, ni á los halagos ó desdenes de una fortuna veleidosa.

EL SENTIMIENTO PATRIOTICO.

El Sentimiento Religioso.

Hay en el corazón del hombre un sentimiento grande que lo hace amar los objetos que le rodean, que forman su dicha, que ponen su alma en relación con la Divinidad; ese sentimiento es el amor à Dios, el amor á la patria.

Nadie puede vivir sin fijar su pensamiento en esos objetos que lo seducen, que lo dominan, y que á todas horas ocupan su imaginación. El culto que se tributa al Sér Supremo, cualquiera que sea la nominación con que se conozca, ya sea Cristiano ó Budista; ya sean adoradores de Mahoma ó del becerro de oro; ya se celebre ese culto en la Iglesia, en la Mezquita ó en la Sinagoga, el hombre eleva su pensamiento hasta el solio del que formó el mundo, la luz y las estrellas, y se humilla y le tributa adoraciónes. En los tiempos de barbarie la Naturaleza se consideraba como Dios, y la religión eran los placeres, porque su percepción estaba en los sentidos. Se fundó el culto de Isis y de Astarté para santificar el amor; el de Baco para tributar culto al placer de la enagenación mental; el de Minerva para elevar á dogma la sabiduría. Desde los tiempos más remotos, el hombre adivinó que había un *Sér*

superior á todo lo que su vista alcanzaba y á quien debía tributar respeto y adoración.

El lugar donde se meció la cuna, y donde los ojos percibieron los primeros destellos de luz; los sitios donde pasó la infancia, y donde se labra el sustento; la fosa en que descansan los restos mortales de séres queridos, y que guardará los propios y los de los descendientes, tiene para el hombre grande predilección; ese afecto no está sujeto á las veleidades del corazón, ni á las bastardas pasiones que agitan el alma, Amamos á la patria cuando exhalamos nuestro primer vagido, cuando reposamos á la sombra de una encina, cuando el dolor nos postra en un lecho de espinas, cuando nos alejamos de su suelo, cuando estamos distante de ella; à cada instante le consagramos un pensamiento. Por esto el amor á la patria es una religión.

Cuando percibimos los últimos destellos del sol en el quince de Septiembre y en la aurora del nuevo día, late nuestro corazón de entusiasmo, sentimos dulces expansiones en el alma, que van creciendo à proporción que se acerca la hora solemne; el reloj marca las once de la noche; las campanas, resonando á vuelo, hienden los aires; las músicas entonan aires patrióticos, el bronce guerrero lanza su fragoroso estruendo y la bandera tricolor se levanta magestuosa para recordar que es el gran día de la patria, el día de su nacimiento en Dolores, el día que celebrarà nuestra última generación, como si observara el mandato de Faraon á los israelitas: "Este día será un monumento para vosotros, y lo celebrareis ante Dios solemnemente de generación en generación con un culto perpetuo." ¿Habrá quien no ame este día? ¿Habrà una alma indiferente ante los recuerdos que él simboliza? ¿Habrá un mexicano que abra sus lábios para maldecir el grito que Hidalgo entonara lleno de fe para iniciar la emancipación de nuestro suelo? Patria! patria! si alguno de tus hijos fuere indiferente á tus glorias, y no se conmoviere con tus dolores, tiéndele con amor tus brazos, y no lo maldigas, que algún día vendrá hacia tí para abrazar tus rodillas inundados sus ojos en lágrimas de arrepentimiento.

¡Bendito, benito sea este hermoso día! ¡no lo verán más grande las generaciones que han de sucedernos! Oh! mientras esa bandera pueda ondear en los aires, no es lícito agitar nuestros odios ni lanzar una palabra ofensiva á nuestros hermanos. Sentémonos todos á la mesa del festín, unidos con los lazos de la familia, porque es el día de la reconciliación, el día de la madre patria.

¿Este sentimiento patriótico es general? los mexicanos todos lo celebran con ardiente entusiasmo? Tended la vista por las calles todas de la ciudad. En los edificios públicos se ostenta el pabellón de Iguala, y muchas casas estàn iluminadas. ¿Por qué se observan casas sombrías que parecen estar deshabitadas? Sus moradores no se agitan ante el recuerdo de este día, ni dan la más leve muestra de regocijo. ¿Quiénes son? qué pretenden? cuáles son sus tendencias? cuál es el sentimiento que domina sus espíritus? Cuán amargo es para nosotros vernos en la obligación de decirlo en este día, de lanzar una queja contra

nuestros hermanos indiferentes. Esas familias son las de los conservadores; anhelan un cambio de instituciones políticas y sociales; los anima únicamente el sentimiento religioso.

Para celebrar el gran día de la patria no hay una sola señal de regocijo; para celebrar la fiesta de la Vírgen de la Merced hay entusiasmo, hay espontaneidad, hay hasta prodigalidad. El sacrificio de Hidalgo y de Morelos puede pasar desapercibido; los hechos de Armengol y del rey D. Jayme están marcados con el sello de la magnanimidad. Redimir á la patria de la esclavitud es un hecho insignificante; redimir à los cautivos cristianos del poder de los moros es grandioso sobre toda excelsitud.

¿Por qué existe esa indiferencia para con la patria? por qué la religión ha de observar cualquier otro sentimiento igualmente noble y grandioso? ¿Por qué el deber de tributar culto á Dios ha de debilitar el deber de tributar homenajes á la patria? qué! ¿el sentimiento patriótico excluye el sentimiento religioso, ó viceversa? El amor á la patria también es una religión, hemos asentado; también ese culto tiene sus misterios, sus exageraciones, su fanatismo, su sacerdocio, sus sacrificios. También la bandera y el himno Nacionales simbolizan recuerdos históricos, como la cruz y el *Te Deum* simboliza la redención y la gratitud.

Que no todos los liberales se entreguen á ciertas prácticas del catolicismo, se comprende muy bien; muchos serán iconoclastas; no todos profesarán una misma religión; si son ateistas, indiferentes ó *ningunistas*, será un mal de que sólo ellos sufrirán las consecuencias; pero no podrá decirse lo mismo de los conservadores; ellos nacieron en nuestro suelo; ellos tienen una patria que es la nuestra y á quien aman como nosotros la amamos.

Si no admiramos los hechos grandiosos de nuestros héroes en el gran dia de la patria, con espontaneidad, con el entusiasmo de que es digno, caeremos en la indiferencia; y la indiferencia patriótica ó religiosa es un vicio que gasta los sentimientos más elevados del alma, y nos iguala con los séres irracionales.

Un escritor célebre nos trasmite este axioma:

"Desgraciado el pueblo que no celebra las acciones de sus grandes hombres, porque donde no tiene altares el heroismo, tampoco impera la virtud."

LAS SOCIEDADES POLITICAS

Y LAS

RELIGIOSAS.

Sabido es que en todo el país se ha establecido una asosiación que lleva el nombre de católica, cuya misión es mantener en agitación el espíritu religioso, vigorizar la fe, ejercer el dominio en las conciencias, y buscar en la política y en la administración pública la solución de varios problemas que se ligan con el bienestar de los pueblos; ¡santa y divina misión! no tendriamos palabras con qué elogiar esa conducta si se tratara sólo de plantear una idea religiosa, pero no es así; no se propaga esta idea sin ir acompañada de la idea política.

El ciudadano tiene su misión sobre la tierra; el sacerdocio la tiene también; no queremos que nadie abjure sus derechos, no pretendemos que el ciudadano y el sacerdote abandonen sus deberes en sociedad; aspiramos únicamente á que cada uno gire en la órbita de sus atribuciones.

La política pasa frecuentemente por peripecias violentas que dejan en el ánimo de sus actores odios profundos.

La religón es la relación que existe entre el hombre y Dios; es un sentimiento que posee todos los atributos del bien, y se encamina hacia la felicidad eterna, teniendo por base el amor á los semejantes.

Podríamos decir que la política y la religión se excluyen. Haced partícipe al sentimiento religioso de la idea política y resultará una monstruosidad. Aplicad las virtudes cristianas al régimen administrativo y à las lucubraciones de la diplomácia, y resultará una zalagarda incomprensible.

Jesucristo y Machiavelo jamás podrían entenderse: sus preceptos y sus doctrinas tienden á distinto fin.

Cuando un gobierno se declara protector de una religión, se constituye en perseguidor de todas las demás. Cuando una asociación religiosa crea y sostiene un gobierno, establece el antagonismo aun entre

sus propios correligionarios, e inicia el espíritu de secta; de aquí ha resultado que un culto sufre los rudos embates de una oposición muchas veces apasionada, y debilita los fundamentos de una creencia; de aquí resulta también que los gobiernos vienen à ingerirse en los asuntos del culto, y aun pretenden reformar los dogmas.

Enrique VIII, protector del catolicismo, quiso hacer de la religión el templo de su lubricidad, y del jefe de la Iglesia el aliado de sus pasiones sanguinarias. Se fundó la iglesia anglicana, como una rama del cristianismo, que germina, que se trasplanta á países remotos y á distintos climas, sin que deje un momento de hostilizar al papado. Tolera todas las creencias por absurdas é inmorales que sean, desde los sectarios de Mahoma, hasta los hijos de Israel; desde los mormones hasta los adoradores de Brahama; pero en medio de esa civilización que difunde, sólo excluye al catolicismo y se declara su tirano y su perseguidor.

O' Connell hace resonar su elocuente voz en el parlamento inglés solicitando derechos para un pueblo oprimido, y no consigue más que sublevar los ánimos, y desarrollar los proyectos de destruir el sentimiento religioso en la heróica Irlanda; O' Connell, padre de este pueblo, con una sola mirada lo reune á su alrededor; respira con su aliento, habla con su voz, le infunde vigor, anima su fe; jamás hombre alguno ha ejercido más ascendiente en el ánimo de un pueblo entero; no es la amenaza, no es el temor, no el interés de la recompensa quien le lleva á su piés, es la adhesión sincera, es el amor entrañable, es la abnegación fundida en una sola alma, en un mismo espíritu. A una señal de su mano, el pueblo Irlandés se arma y corre al sacrificio; á una palabra de su boca los corazones se inflaman con el fuego de una pasión religiosa; á una mirada que lanzan sus ojos, todos los espíritus se calman, y aquellas lavas, aquellos volcanes en efervescencia, aquel mar agitado recobran su sociego como si la voz de un Dios dijera al Oceano borrascoso: "sosegaos; de aquí no pasarás." Pues bien, ese poder, ese esfuerzo, esa elocuencia no ha conseguido hasta hoy arrancar franquicias y derechos civiles á un gobierno que se introduce en la conciencia, que trata de imponer un culto. La verde Erim sufre todo el peso de una tiranía civil y religiosa, mientras que el gobierno de la soberbia Albión lleva su civilización á la India, y muestra al Orbe entero los beneficios de sus instituciones libres. Es el protector de todos los cultos en todos los pueblos de la tierra, y el opresor del catolicismo en Irlanda.

La revolución francesa de 93 rompe el cetro de la tiranía con el yugo de la tiranía, inunda de sangre inocente la plaza de Greve; en su furor destructífero, en su espíritu novador, dirije sus miradas al sagrario de la conciencia, y sus tiros al altar; Robespierre es guillotinado casi moribundo, y Marat exhala su aliento envenenado ante la noble actitud de una mujer heroica, ante la presencia del "ángel del asesinato" como Lamartine llama á Carlota.

Los jesuitas y los inquisidores se hostilizan entre sí con encarniza-

miento, disputándose el dominio y la dirección de los negocios públicos en España; y esa lucha no termina sino con una revolución sangrienta, con el sacrificio estúpido de ochocientos frailes en una sóla noche.

En todos los pueblos donde el sacerdocio ha tomado parte en la política y que el gobierno se ha ingerido en la Iglesia, han tenido lugar dramas sangrientos, horribles hecatombes que debilitaron el sentimiento religioso, ó que derribaron el pedestal de los gobiernos. La ciudad eterna, que durante tantos siglos fué el albergue del pontificado, es la capital de la Italia libre, y está presenciando la ruptura de la triple corona de los papas.

La historia nos revela en todas sus páginas que el consorcio del gobierno y de la religión es nociva á todos los pueblos, porque si se hace solidaria de su causa, está sujeta también á sus convulsiones.

Que los gobiernos no se ingieran en las creencias de los pueblos ni en la práctica de los cultos; que no se declaren protectores de una religión, porque esa protección suscita el celo y engendra la persecución de las demás. Que cada religión haga la propaganda de sus doctrinas en la prensa y la tribuna, en el templo ó en el hogar, pero no en el santuario de las leyes ni en el recinto de la justicia, para que su marcha sea segura; para que sea fructuosa, para que sea uniforme. Los cambios periódicos del personal de las autoridades que son inherentes á las instituciones, hará que se efectuen volubles cambios también en las *privanzas* y en las protecciones que el gobierno ejerza hácia determinado culto.

Esa asociación católica que tiene por objeto alimentar la fe y radicar sus doctrinas, tendrà aceptación entre los pueblos cuando se vea que sus pasos se dirigen hácia un fin laudable, ó cuando se persuada de que el principio religioso no le sirve de vehículo para buscar el triunfo también de un principio político.

Los que forman esas asociaciones religiosas también son ciudadanos, y también tienen el derecho y aun *el deber* de tomar parte en los negocios públicos que afectan al gobierno de los pueblos, pero entonces es distinta su institución y distintos los medios que deben emplearse; no será entonces el sacerdocio quien busque el antagonismo, sino los agitadores populares en los comicios; en el seno de la asociación puramente religiosa no pueden caber sino personas de una creencia homogénea, animadas de un mismo espíritu; en el club político pueden caber ciudadanos de distintas religiones, pero que estén ligados por un mismo principio, cual es el de llevar triunfante al cuerpo legislativo una idea nueva, cuya pràctica sea un beneficio para los pueblos.—Los hombres de la idea política no deben ser los hombres de la idea religiosa.—Unos y otros deben recorrer distintos senderos.

LA CONSTITUCION

Y LA

REFORMA.

La revolución de Reforma dejó entre nosotros odios profundos, divisiones espantosas en la sociedad y àun en las familias.—¡Canario! nosotros vimos los campos cubiertos de cadáveres; todavía se nos espeluzna el cuerpo al recordar la tatema de los muertos, como chivos en barbacoa.—Muertos hacinados, desnudos, cubiertos de sangre, rodeados á una hoguera.—¡Humanidad! ¡humanidad! ¿no eres un sarcasmo? Inquisición! la civilización había borrado hasta tu nombre ¿por qué apareces en los campos de batalla en los tiempos modernos?—Ah! para evitar à los pueblos la epidemia..

Mirad; aquel es un coronel; su cuerpo está cubierto de heridas; cuatro balazos recibió en la guerra extrangera, y pudo salvarse; hoy la guerra civil lo ha hecho su víctima; no fué, no es mártir de la independencia, pero sí es mártir de la reforma.—Aquel otro es un soldado raso; muere sin dejar un renombre, un caudal, un....¡qué decimos! no deja siquiera á su familia la triste nueva de su muerte.—En vano un deudo ó un amigo recorrerá mañana estos campos escarbandò la tierra para conocer unos despojos; las leyes exigentes de la guerra, de la higiene y la salubridad, pondrán una flama á esa pira; algunas toneladas de carne humana se reducirán á un montón de cenizas, ¡qué confusión el día del juicio final! tocará S. Gerónimo la corneta y esas cenizas permanecerán inertes; tocará diana, calacuerda ó generala, y ni por esas se reanimarán los que no han de ser calaveras.

La pira arde con muy poco combustible; los huesos son un pábilo excelente; la carne y grasa es alimentación esquisita.—Mirad, mirad; allí se encuentra un hombre; se retuerce por sus dolores, grita, se sienta, ¿está vivo? nó, es la contracción de los nervios afectados por el fuego; allá otro se vuelve para uno y otro lado como si hiciera de su cuerpo el suculento rossbeef de los ingleses; se estremece, se encoge; el de

más allá se ríe, me llama, y todos se quejan y gritan y se estremecen....Gran Dios! apartemos la vista de este sitio. Los horrores de la guerra infunden pavor á mi alma. ¿Estas víctimas se han sacrificado ante un enemigo extranjero? Nó, son víctimas de la regeneración del país, de un combate fratricida; defendían la constitución, defendían la reforma. Manes ilustres, ¡reanimaos! ¡la obra está terminada!

La Constitución es la obra de la meditación y del estudio que sancionara el sabio con sus teorías y con su experiencia; es el escudo contra la tiranía.

La reforma es el grito del pueblo, la necesidad de la sociedad; es el pasado riñendo con el porvenir; es el fanatismo de nuestros antepasados resistiendo los destellos novadores de un progreso siempre creciente; esa reforma està sancionada con nuestros sufrimientos; lleva el sello del génio y del martirio de Ocampo, de la sangre de Degollado, de Alatriste, de Rangel, de Cruz Aedo; se ha mecido en los campos de batalla, con los cánticos marciales del guerrero; se ha nutrido con la metralla; se ha vigorizado con el canto de victoria. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres!

Silao y Calpulalpam son sus columnas. El fanatismo dejó entre sus cimientos su piel de víbora y quedó adormecido hasta que Forey le infundió movimiento con una pila de Volta. Volvió à adormecerse en el cerro de las Campanas, y parecía no dar señales de vida.

Hoy se mueve, se levanta, recobra bríos; es el último estremecimiento de la agonía; en el Invierno los reptiles suelen removerse, porque sólo están aletargados.

La nueva protesta de cumplir las leyes de Reforma, renueva los antiguos resentimientos y los escrúpulos de 1857.

Los liberales están en su puesto; levantan muy alto su frente y su estandarte; sus antagonistas muestran todavía répugnancia al aceptar hechos consumados; á nuestra bandera oponen la tiara que se entierra en el Quirinal; á nuestros *¡vivas!* à la libertad nos oponen las excomuniones y las censuras; al ver nuestra condición de libres, nos enseñan satisfechos sus cadenas de siervos de Roma.

Salud, hombres de la regeneración y del progreso; de vosotros es el porvenir......

Salud, hombres de la preocupación religiosa; de vosotros es el pasado. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Con cuanta solemnidad fué posible, fueron sancionadas las leyes de Reforma, elevadas al rango de preceptos constitucionales; algunos de ellos tienen el tinte sombrío del contraprincipio liberal; lo combatimos como diputados y como escritores, cuando pudimos hacerlo en el terreno de la licitud constitucional; hoy, elevado à ley ese principio sancionado por una mayoría, aun cuando sea una inconsecuencia, nuestro deber es acatarlo y cumplirlo.

La protesta ha sido solemne.

No quisieron prestarla los vasallos.

Tributamos un homenaje de respeto á la convicción y á la buena fe. —Ese sentimiento profundo eleva al hombre, y simpatiza con el nuestro.—Estos hombres son dignos de desempeñar los puestos que deben confiarse á la equidad y á la honradez.—¡Ojalá y en nuestra mano estuviera premiar ese heroismo, pero no podemos saltar la barrera de la ley.

Algunos conservadores vergonsantes, como el gato que deja la cola de fuera, se han ocultado tras una licencia ó una enfermedad.

Otros conservadores, con piel de liberales, con más amor á la tesorería que miedo al infierno, apechugaron la excomunión. Ya no se confunden el hombre de la idea y el hombre del destino. La misericordia de Dios es muy grande; pasada la protesta, el pan y el agua bendita se encargan de abrir las puertas del paraíso á los *mamíferos*. La protesta tiene su lado malo.—Castiga al hombre de honra y premia al saltimbanqui político.—Los liberales estuvieron en su puesto, cumplieron con su deber, y merecen por sólo esto nuestro elogio.

La bandera nacional ondea en los aires anunciando una vez más el triunfo de la democracia; regocijémonos los que de alguna manera hayamos contribuido á ello.

BANDERAS Y BANDERIAS.

(JUEGO DE PRESTIDIGITACION.)

Entrábamos en la juventud, en la edad en que está entoldado el porvenir para los hombres, pero que los jóvenes llenos de vida creen en él, y en realizar las ilusiones de los sueños de oro. Entonces arriba á nuestro suelo un hombre que tenía la facultad de hacer milagros; la muchedumbre lo seguía; la sociedad lo admiró y le levantaba altares como á un semi-dios; no faltó quien le creyera el anti-Cristo, y aun quien le condenara como á un espíritu maléfico, nuncio de Satanás, que venía á tentarnos para conducirnos después á los antros infernales.

Tal fué un hábil prestidigitador que al contacto de su vara prodigiosa sería capaz de convertir en hombres á las piedras como Deucalion; él resuscitaba à los muertos como Jesús, y suspendía en el aire, contra las leyes de la física, á una rolliza mujer después de adormecerla con la fascinación de una mirada fija y cataléptica, como la de Satán.

Los prodigios del magnetismo revelados por Mesmer eran desconocidos en nuestras regiones; el primero que los dió á conocer fué el célebre prestidigitador del mundo, el inolvidable Alexander.

Cayeron por tierra las *suertes* de baraja con que los ciegos nos divertían, y se condenaron al olvido las cajas de doble fondo que hacían desaparecer los objetos; imágenes perfectas de los juegos de cubiletes de D. Lúcas Alamán, de Tornel y de Lacunza. Ante los prodigios de Alexander se excluían los escamoteos; mas no pudiéndose explicar las desconocidas maravillas de la física moderna, se recurría á los cuentos de hadas, de los encantamientos llamados á realizarse en el Siglo XIX; los más preocupados, creyendo en los pactos con el demonio, se santiguaban cada vez que la voz pública pregonaba la realidad de tales portentos.

La bolsa prodigiosa de donde salían millares de huevos, se realizó en la ley del timbre en nuestros días, de donde salen pesos á millares: es que en aquella bolsa se anidó la sempiterna gallina que pone los huevos de oro, como se anidan en la administración del Timbre las gallináceas figuras de D. Emiliano Busto y del siempre célebre Lope-Lara.

Nada cautivó tanto nuestra admiración como la suerte de las banderas; se parodiaban los milagros de la multiplicación de los panes y de los peces y el convertir el agua en vino; aquello sí nos dejó estupefactos y boquiabiertos de puro aterrorizados. Veíamos en manos del prestidigitador una banderita de ambigú nocturno que, al agitarla, se multiplicaba hasta el infinito; mas para halagar el sentimiento nacional de los espectadores, la banderita ostentaba los tres colores simbólicos de la de Iguala.

Nuestra imaginación nos hacía ver en el, mágico prodigioso la similitud perfecta del libertador Iturbide, tremolando su gloriosa enseña.

Las banderas nacionales de todos los pueblos tienen el atributo de conmover los corazones y de inflamarlos con el santo amor de la patria. En manos de aquel hombre era un símbolo sagrado que venerábamos con fervoroso respeto. ¡Ay! ¡Entonces no veíamos ondear la bandera tricolor en las pulquerías, en las cantinas, ni en el serviguillo de un toro de lidia.

A cada movimiento de su mano se multiplicaban las banderas, y con profusión se repartían hasta agotarse; quedaba una sola, y al agitarla de nuevo, de nuevo se reproducían, variadas en sus formas, distintas en sus matices. Tricolor fué la simiente, la que simbolizaba la nacionalidad mexicana: de sus pliegues salieron la *bandera roja*, emblema de la revolución francesa, con su sistema de terror, sus avances civilizadores, y su tiranía injustificable: la bandera *negra*, que llevaba como un signo la calavera, geroglífico aterrador de "*Los húzares de la muerte:*" la listada de *blanco y rojo*, que tedría de ser en algún día nuestra dominadora, y en otros días la protectora de la causa de nuestra independencia contra el imperio y la tiranía de los franceses.

Aquellas banderas diseminadas entre la multitud, fueron la semilla de otras nuevas, à cuya sombra se acogían los hombres de la *idea* para buscar un triunfo à sus sofismas políticos.

Vinc la federación; después el centralismo; más tarde la revolución de Ayutla, la Constitución de 1857, la Reforma, el Imperio, la Repú-

blica, y al fin de todos estos sistemas, un orden de cosas tal que, más que un sistema político y administrativo, es un conjunto de todos los anteriores, una especie de ensalada de Noche Buena.

Flota en los edificios públicos el pendón de Iguala como un signo de respeto que el pueblo mexicano le tributa; pero los ciudadanos, formando distintas asociaciones, enarbolan la bandera de Iturbide substituyendo el verde matiz con el negro, color que la transforma en bandera prusiana. No estrañemos ver á los que la enarbolan apoyarse en el cañon rayado, calarse el casco á la Bismark, y calzar la bota federica.

En otras asociaciones se levanta la *bandera blanca* que simboliza *la religión;* tiene como escudo una tiara y una Cruz; està dispuesta á dar protección á los hombres de ideas ultramontanas· No es este el emblema que Hidalgo levantó hace setenta y siete años en Dolores, y que recogió del Santuario porque tenía como escudo à la Virgen de Guadalupe, nó; la bandera blanca que de nuevo se enarbola por el poder teocrático está manchada con la sangre de Hidalgo y de Morelos, de Guerrero y de Ocampo. Es el blanco girón del pabellón de Iguala que representa las antiguas tradiciones, y que resisten los adelantos del progreso.

Si un nuevo Alexander tremola la bandera de las tres garantías, para agitar la guerra civil, como una profanación sacrílega, se desgarrarían de nuevo sus simbólicos colores.

Iturbide fué el único que la tremoló excenta de toda mancha sangrienta.

Santa Anna y Bustamante arrebataron uno de sus girones para iniciar la rebelión constante.

Miramón y Zuloaga enarbolaron otro color para hacer de él el emblema de la tiranía. Juárez y Lerdo hicieron de la fracción roja el oriflama de su causa; ella representaba en todas partes la justicia y la libertad, los adelantos del siglo y la oposición al retroceso.

Desde entonces la bandera de Iguala permanece hecha girones en manos de los corifeos de los distintos partidos que dividen á la sociedad mexicana. Difícilmente volveremos á contemplar sus tres colores unidos para conducir á nuestra patria por el camino del progreso.

Dícese que otros caudillos levantarán nuevos pendones, los que han caracterizado siempre en México à los tres partidos que lo agitan. Si esto es así, nosotros buscaremos el color rojo de nuestra antigua bandera, sin preocuparnos quienes son los corifeos de nuestra causa; ella ha sido siempre nuestra enseña; á su sombra ocurriremos llevando como contingente nuestros patrióticos antecedentes, nuestra sangre como demócratas, nuestra pobre inteligencia, vigorizada por la fe, como apóstoles de la *idea*.

Los estandartes que con distintas denominaciones y colores se levanten, no serán las banderas del patriotismo; sólo serán de los ilusos y de los anarquistas las *desprestigiadas banderías*.

CUAUHTEMOC.

Alguna vez llega para los hombres el día de la justicia; alguna ocasión la posteridad cincela bronces conmemorando las hazañas de los grandes héroes, ó derrumba monumentos que la vanidad y la lisonja levantaron al ídolo mexicano que no pudo obtener los honores de la apoteósis.

Las edades contemporáneas de los grandes hombres no son imparciales para juzgarlos, y del héroe, de quien se excluyan las humanas flaquezas, suelen hacer un mito. Otros hombres, animados por odio injustificable, muchas veces hereditario, son perseguidos por la execración á través de los siglos.

Por otra parte, las figuras históricas no deben observarse con el cristal que forma un prisma, ni con el instrumento que reproduce las acciones, el cual forma en nuestra razón un verdadero kaleidoscopio. Los méritos de Alzate y de Clavijero no deben pesarse en el mismo fiel que los de Hidalgo y Juárez, que los de Cortés y de Iturbide. Todos han recorrido el tortuoso camino que conduce á la gloria; pero todos han llevado distinto sendero; la posteridad es la única que designa si los genios llegaron hasta el templo inmortal.

Los contemporáneos son parciales y de consiguiente injustos al prodigar su admiración ¡Cuántas veces las nuevas generaciones, ciegas entre el relato tradicional, juzgan á los hombres del pasado porque sólo escucharon las dulces notas del salterio de la lisonja! ¡Cuántas también oyen la trompeta que pregona sus virtudes, quedando perdidas como un sonido vago y sin eco las quejas de los que fueron sus víctimas.

Para admirar á Cuauhtemoc no escuchemos los cantos de sus parciales, sino los relatos, destituidos de pasión de sus enemigos; hay una historia que revela sus hazañas al narrar las de nuestros dominadores; ella nos refiere que pasó por todas las pruebas á que es posible condenar á un sér dotado de humana fortaleza; los historiadores de la conquista de México escriben con palabras encomiásticas el nombre de Cuauhtemoc. El teatro, la novela, la tribuna, la trompa épica, la lira sentimental, la poesía patriótica, hoy proclaman á este héroe como el

primero que ha producido el suelo americano. La conquista de México es una epopeya superior en hechos grandiosos al sitio de Troya; sólo falta un poeta homérico que la cante con sublime inspiración; un pintor que dé á sus figuras el color que sólo le es dable esparcir al verdadero genio.

Justo es que nuestra patria, pródiga en admirar á sus grandes hijos, hoy levante un nuevo monumento digno de la gloria al último Emperador de México.

Registremos la historia, desde los tiempos en que la tradición pudo transmitir los hechos, hasta la época presente; recorrámos las de las nacionalidades que esparcidas se encuentran desde el trecho de Berhing, hasta el cabo de Hornos. Ni en las tribus nómades del Norte que sucumbieron á las descargas mortíferas de los expatriados puritanos, sostén del cervecero-rey, ni en las regiones que habitaban los Incas aguerridos; ni en el suelo que regaban con su sangre los araucanos; ni los salvajes que habitaban los desiertos que fertilizan los magestuosos Plata y Amazonas, al defender sus aduares del furor de los conquistadores, ó de la influencia de la civilización moderna; ni en las guerras que sostuvieron los pueblos para proclamar su independencia, han producido héroes de la talla de Cuauhtemoc.

Grandes fueron Washington y Bolivar; insignes guerreros Sucre, San Martín y Jakson; esforzados, Hidalgo, Guerrero, Iturbide; imperecedera la gloria de Juarez; cruento el sacrificio de Maximiliano y de Lincon.... Ante la luz de la razón, de la severa filosofía de la historia, aun viendo compensados sus esfuerzos con las coronas de un éxito feliz, ningunas ciñen las frentes con más esplendor que la radiante aureola del último Emperador de México: Ella simboliza el valor indómito, la juventud astuta é impetuosa, la constancia inquebrantable, la fé ciega, la resignación heroica; como premio de estas cívicas virtudes no le ha faltado la palma que dona el martirio de fuego, y la muerte en el cadalso. ¿Qué faltó para que el sacrificio del jóven Emperador de México fuera glorioso como el martirio de los héroes del cristianismo? ¿Quién pudo aventajarle en el amor à su patria, en la fe en el combate, en la vehemencia y en el fervor por encarecer á sus guerreros el deber de morir por la patria, como lo hizo el prisionero de Cortés?

Al quedar prisionero aquel jóven de veintidos años, indómito como un león de Numéa, altivo como el gladiador romano, generoso como un hidalgo de Castilla, sin miedo y sin tacha, como el caballero Bayardo, demanda la muerte antes que pasar por la humillación del cautiverio y por la ignominia de la esclavitud.

Sucumbe el pueblo azteca, dominador algún día, y vencedor también, de tantos reinos; se somete á su fatal destino para caer de nuevo en la barbarie; le falta el alma que dá vida, el corifeo de sus batallas; el que le anima con la luz magnética de su mirada, para inflamar sus corazones con el santo amor de la patria. Ese pueblo, valiente, cual ninguna otra raza de hombres en el mundo salvaje ó el civilizado, dor-

mirá el sueño de la esclavitud hasta que su raza regenerada proclame su libertad y le ayude á destruir sus cadenas.

El Emperador prisionero dirije desde Tlaltelolco á su patria y á su familia el último adios como pocos años antes Boabdil dirijía su despedida á Granada desde la montaña que siempre va á ocultarla ante sus ojos.—Pero Boabdil parte à lamentar sus desgracias en el seno de sus hermanos, y á morir como guerrero en las playas de Africa, tremolando las enseñas mahometanas, esperando siempre la restauración de su trono pe aquellos combatientes que más tarde sucumbieron en Lepanto.

Cuauhtemoc tenía la fe de *reposar* de sus fatigas "*en un lecho de flores;*" por esperanza, el fuego que todo lo purifica; por caridad, el cristiano martirio, lento y constante. Como término de sus afrentas veía el cordel para que lo extrangularan sus vencedores en una ceiba de Tabasco.

Wasihington y Bolivar, Sucre y San Martín, Cortés y Pizarro, se hicieron grandes, no sólo por sus méritos personales, sino porque la victoria coronó sus esfuerzos, ayudados de otros hombres; para combatir tuvieron elementos; para triunfar les prodigó todos sus dones la próspera fortuna; para hacerse inmortales la trompeta de la fama que repercute los himnos que la admiración pública entona al vencedor en un día de gloria. Es una ley inmutable en el Universo, aplaudir al que levanta su espada flamígera en el combate y victoriosa después, y no al que le circundan las sombras de la muerte en el día de la derrota. ¡Cuàntas estátuas deben levantarse al dios *Exito!*

Otros héroes, que la historia como tales reconoce murieron en su patíbulo, sacrificados en aras de la patria y en la guerra civil; á éstas víctimas, si biene el fallo de la posteridad les es propicio, no los cubre con todos sus resplandores el astro que es propicio á los grandes héroes.

La victoria alcanzada por los aztecas *en la noche triste* hizo de Cuitlahuac un gran capitán·

El sitio de México hizo de su defensor un héroe desgraciado.

El fuego y la horca hicieron de Cuauhtemoc, además, un màrtir esclarecido.

Rifiere la historia universal un rasgo ingenioso de uno de dos guerreros de la antigüedad.

—¿Quién es el primer guerrero del mundo?—preguntó Scipión al africano à Annival su gran rival.

—Pirro, contestó Annival, y yo el segundo.

—¿Te crees el segundo, y tienes la conciencia de serlo cuando yo te vencí?

—Si hubiera sido tu vencedor, yo sería el *primero*.

Moctezuma fué sin duda en su tiempo el primer guerrero de América; pero si Cuauhtemoc hubiera vencido á Cortés, el ceñiría la corona del más elevado heroísmo.

La estátua que se levanta en el Paseo Nuevo, y cuya figura pregona la gloria de Cuauhtemoc, es un homenage de admiración que un pueblo republicano levanta al último monarca azteca. Eterna será también la gratitud hacia el que concibió y llevó á término feliz alzar este monumento, al General Vicente Riva Palacio; hacia los artífices que lo dibujaron, que lo fundieron y que lo esculpieron á cincel. Sabemos que están depositados interiormente, en el zócalo del monumento, los nombres de los arquitectos, Guerra y Francisco Jiménez, del estatuario Sr. Miguel Noreña, y del jóven fundidor Jesús Fructuoso Contreras, hijo de Aguascalientes.

Nos es grato referir aquí, por vía de anécdota, ya que de Cuauhtemoc se trata, un incidente de oportunidad.

Sabido es que al vaciar en el molde al rielante metal para forjar la efigie del héroe de Anáhuac, se desfondó el crisol, abrasando los piés del fundidor Contreras. Sus padres le alentaban con palabras afectuosas á no desesperar de su restablecimiento, en los momentos en que más le agoviaba el dolor, ocasionado por las quemaduras. "No estoy en un lecho de flores," contestaba resignado, cuando veía cerca de sí á la muerte.

"EL INSTRUCTOR."

De todos los periódicos que se publican en esta República, descuella en primer término por su utilidad el que lleva el mencionado título, y aun podriamos asegurar que muy pocos en el continente pueden igualarle. Las materias de que trata son muy á propósito para instruir á las masas con una instrucción superficial, es verdad, pero la necesaria á desterrar la ignorancia de la clase abyecta de nuestra sociedad; esa instrucción es la que desarrolla conocimientos científicos entre la clase trabajadora de la ciudad populosa, de la de los pueblos pequeños y la de las aldeas. Téngase presente que las naciones no son felices por el número relativamente reducido de sus hombres científicos, de sus grandes sábios, sino por el número crecido de sus ciudadanos, que adquieren y pueden trasmitir á otros una instrucción enciclopédica: por esta razón llamamos superficial á su enseñanza.

Al paso que anhelamos la difución de este periódico en todas las clases, vemos con sentimiento que muy pocas son las personas que en este Estado lo leen; que la *tirada*, bien corta por cierto, se reparte en

su mayoría fuera de la República. Nunca sentiremos que ese periódico, absorviendo la luz radiante de una civilización européa la devuelva después en otro hemisferio, como el reverbero de un gran fanal. No dejaremos de inculpar à sus redactores que sus tareas científicas, sus estudios sobre asuntos verdaderamente útiles se fijan en adquirir renombre más allá de las fronteras de nuestra patria, y no en difundir la instrucción en nuestro pueblo. Acaso nos digan sus redactores que el periódico se expende en varias partes donde pueden adquirirlo desde el primer magnate hasta el último proletario en nuestro Estado, y que si no se lee es porque á nuestro pueblo no le agrada la lectura de cosas sérias y útiles. Esto sería una verdad, pero à este punto es á donde intentamos llevar nuestro raciocinio. Deseamos que este periódico se reparta *gratis* ó con sólo la retribución del papel entre los ciudadanos que saben leer.

¡Cuántos periódicos subvencionan los Gobiernos que no tienen más objeto que encomiar sus procedimientos, tener siempre en acción los pebeteros que arrojan el perfume de los elogios, que no logran sean aceptados, aun siquiera leídos, por una mayoría de los habitantes de una capital ó de una provincia. Así se gasta anualmente mucho dinero en sostener numerosas redacciones, editar distintos conceptos, raciocinios y defensas que quedan sepultadas en el recinto de una redacción, pero que trasmitidos á los Ayuntamientos de todos los pueblos llevarían la luz y la instrucción á los lugares más obscuros de nuestra extensa República.

Fijémonos en todos los periódicos que viven del jugo del Erario federal y de los fondos públicos de los Estados; periódicos que sólo se leen en un círculo reducido de personas, y de algunos que sólo se repulgan en las redacciones. Si de cada uno de estos periòdicos se mandara tirar un número suficiente para remitir dos ó tres ejemplares á todos los Ayuntamientos, el costo sería corto y la cantidad grande, puesto que lo principal, que es el costo de formar la planta de cada número, está ya hecho. Ademàs, esos periódicos ministeriales difundirían hasta en los remotos pueblos aquellas ideas que el Gobierno intentara hacer conocer del uno al otro confín de la Nación.

Si los escritos didácticos de "El Instructor" fueran conocidos en la aldea más insignificante, no mediante un sólo ejemplar que iría á enriquecer los archivos municipales de cada pueblo, sino ocho ó diez ejemplares que cada Municipio lograra hacer leer por hombres capaces de aprovechar su lectura, sería el vehículo màs eficáz para que, cuando ménos, de cuarenta lectores, uno sólo se instruyera. Los redactores, por sí sólos no podrían conseguir que los Ayuntamientos tomaran esas subscripciones, pero la influencia del Gobernador con los demás Gobernadores haría que se cooperara para la difunción de ese periódico. Cobrando sólo el valor del papel y los gastos de un tiro extraordinario, es cierto que no habría lucro para los editores y para los redactores, pero las compensaciones vendrían con la gloria del renombre

y la satisfacción de llevar á una inteligencia ruda un destello de ilustración.

Nosotros vemos que el Gobierno del Estado hace la mayor parte del gasto, y aunque algunos malévolos ven en esa producción algo de favor á un pariente, nosotros aplaudiremos siempre el que se gasten los fondos en una publicación que honra á nuestro Estado. Además, no es sólo el fondo público quien sufraga el gasto, sino también el Municipio, de sus fondos de arbitrios; muy justo sería repartir varios números en las Demarcaciones. Alguna vez se ha querido sostener que cada munícipe daba la subvención para "El Instructor," pero esto siempre se creyó era un paliativo para desviar la sensura de los necios que creen que *no debe el Ayuntamiento* gastar sus fondos en agasajar periodistas; ¡cómo si el Municipio no tuviera la obligación de promover la instrucción! ¡cómo si un periódico no pudiera ser *sembrador* que siembra la semilla y que cultiva la planta, para que otros saboreen el fruto! La verdad es que cada consejal tiene la conciencia de que obra mal en otorgar una pequeña subvención, se avergüenza del hecho que cree malo, y entonces quiere hacer creer que son tan desinteresados, tan filántropos, tan *campechanos*, como dicen algunos, para soltar un peso cuando su patriotismo no los deja llegar al cartabón de la munificencia.

No seremos nosotros los que sensuremos á los Sres. Redactores de "El Instructor" porque pidan en su penúltimo número protección para su interesante publicación; porque si parientes son el Gobernador saliente y el Presidente del Municipio, no lo es el entrante, ni el Cuerpo á quien el Presidente está subordinado.

Aconsejamos al Sr. Gobernador recabe de los Gobernadores de otros Estados un rasgo de protección para la publicación científica que lleva por título "El Instructor" á fin de que se reparta en todos los Municipios.

Triste es que este periódico sea más conocido y alabado en el extranjero que en nuestra misma patria, y que pueda morir por falta de sávia que lo alimente.

COSTUMBRES DE PROVINCIA.

LOS COMICOS DE LA LEGUA.

El teatro es la escuela de las costumbres, ha dicho alguno; él nos enseña cómo se ama la virtud y por qué debe aborrecerse el vicio; los caractéres de la obra que se representa son la copia de personajes de la vida real; los actores comunican al auditorio lecciones más ó ménos morales, con las que señalan el camino del bien. Un tirano concita nuestro ódio: un valido perverso nos infunde desconfianza; una jóven engañada por la habilidad malévola de un seductor, marca las arterías del hombre licencioso, para que la niña inexperta se precaba de los lazos que se tienden á su virtud. Pocos hombres hay que si se dedican á la carrera del teatro, comprendan su misión, que es la de instruir divirtiendo; y sí muchos que por no dedicarse á un trabajo corporal asaltan ese templo de la instrucción.

¿Veremos mañana venir comiquillos de esos que se llaman de la *legua*, y que hoy llamaríamos de la *vía angosta*, ofreciendonos espectáculos teatrales, alucinándonos con que han trabajado en los mejores teatros? ¿les veremos en la escena caracterizando á un rey virtuoso, y al día siguiente al ex-monarca envuelto en traje descuidado, y prostituido en el vicio? Si su institución debe ser la de moralizar ¿lo conseguirán auxiliados por el ejemplo?

Hombres que careceis de talento y de moral para ser un actor ilustrado, dejad ese camino; abandonad ese puesto; abandonad esa vía que profanais y buscad gloria en otras regiones, porque la escena está llena de espinas y malezas para vosotros.

Eh! no sé hasta donde iría con mis admoniciones à los que deshonran la carrera del teatro si no tuviera presente que los sermoncitos no son del gusto de los lectores, predicados en un desierto y por un profano. En vía de pasatiempo referiré á mis lectores una aventura no muy re-

ciente y que tiene relación con gente de teatro bastante incivil. Mi amigo Juan Ràbago me invitó á presenciar los primeros ensayos de un drama de Calderón, por una compañía de pobres artistas: ésta se había alojado en un mesón; llegamos á él cuando iban á dar principio al ensaye. Oigámos al apuntador (leyendo).

"Salón régio en el palacio de......"

—¡Jesús! que húmedo está este cuarto, sin aire y sin luz, llena de *abujeros là paré.*

(Lee) "Dos mesas redondas; un gran candil de cristal y velas de esperma......"

—Tengan cuidado que la vela de sebo no *chorrié* la mesa porque humea, y el *güéspere* se enoja: que se le pidan candeleros."

Pasaremos esta escena—decía el apuntador—porque la *rompen* los cortesanos, y éstos se fueron á pegar los cartelones. El rey entrando.

—"Cromwell, ¿no has visto á Juana....?"

—El rey, el rey, ¿donde está el rey?

— Fué à comprar lo necesario para la cena.

—Pues entonces el ministro: ¿Donde està el ministro?

—En la *cartulina*, por los porrazos que *ministró* á la reina.

—Bien: que venga la reina. ¿Dónde, dónde està la reina?

—No puede venir, porque está pegando un remiendo à los pantalones del rey.

—¡Voto á un demonio!—Exclamó enfadado el apuntador—¿quiénes ensayan esta noche? nadie sabe su papel, y se tiene que poner mañana en escena la comedia.

—Hay que contar con la indulgencia del público.

—Pues que venga Juana Seymur, la doncella de la reina; ¿donde está la doncella?

—Ocupada en dar de mamar à sus gemelos.

¿Y los nobles pares que han de sentenciar á la reina?

—Durmiendo la mona. Tal fué la *borrasca* que se pusieron.

—¡Perfectamente! ¿y el defensor de la reina, el gran conde de Northumberland, en dónde se halla?

—Aplicándose fomentos en un chichón que se hizo en la frente; tal fué la caída que llevó al volver de la taberna.

Después de presenciar estas escenas, nos retiramos; dí las gracias á mi amigo por haberme proporcionado pasar un rato muy divertido, y le ofrecí asistir á la representación.

La obra teatral se puso en escena al día siguiente: la reina se presentó con túnico blanco de esta época. La madre de la grande Isabel parecía galopina vestida de día festivo y no soberana de Inglaterra.

El rey, el ministro, el conde, los pares y toda la nobleza, incluso el trovador, habían hecho en aquel día sus sacrificiós à Baco, y poco faltó para que pasaran á los de la diosa de Guido: el teatro estaba hecho campo de Agramante.

Los que tengan vocación para el teatro y amor al arte, procuren el

adelanto para llegar à la perfección; la juventud necesita principios, y no llegará á tener renombre si no es con la edad y dedicación constante; nadie se crea un grande actor, si el público imparcial é inteligente no le recibe en su estimación con expontaneidad. El artista que se dá à sí mismo el título de *primer actor*, y que se prodiga elogios, aunque sean merecidos, no tocará jamás las gradas de la escala que conduce á la gloria artística; la modestia natural es inseparable del verdadero mérito.

La estética para el teatro es indispensable; un físico deforme ó poco simpático, las malas maneras, y un lenguaje descuidado y no castizo son obstáculos insuperables para causar ilusión y mover los afectos del alma, especialmente en la tragedia y en el drama, aunque el actor tenga dotes para interpretar con ingenio à un personaje ideal ó histórico. Cierto es que en la vida real no todos los enamorados han de tener presencia arrogante y buenas maneras, pero al trasmitir sus hechos á otras generaciones, deben embellecerse los personajes para hacérseles simpáticos; por eso se ve que sus recitaciones se hacen en verso, y ellos no hablaron así en la vida. Acaso para la comedia de costumbres no se necesita una gran presencia, puesto que en ella debe predominar el carácter, daguerreotipar á la sociedad y formar caricaturas; entonces, una figura deforme en el actor, le hará no sólo interpretar, sino *crear* con los colores y pinceles del poeta, tipos admirables, que otros actores no puedan bordar con su talento y artificio.

Para los habitantes del campo, que no tienen el refinamiento del buen gusto artístico, ni educado su oído para la declamación por medio de un lenguaje pulcro, es incomprensible el espectáculo teatral; sólo despertaría el interés y se moverían sus afectos escribiendo dramas, tragedias y comedias en su dialecto, copiando sus costumbres, dibujando el carácter y los trajes, y describiendo las imponentes escenas de la Naturaleza que conocen los campesinos; para esto es indispensable la formación de actores *ad hoc*, y de poetas estudiosos que pinten sus trágicas escenas y hagan hablar á sus personajes ese impuro castellano que aquellos hablan, tan lleno de modismos y de frases provinciales. Para estos actores y autores se necesitaría un *genio especial*, tan grande como el de Esquilo ó el deShaskspeare en las pasiones ó estudios psicológicos, ó el de Plauto ó Terencio para los tipos de esa clase desheredada de los goces que proporciona la civilización en todos sus atributos.

Actores sin estudio no serian á propósito para deleitar, instruir y conmover ni aún á los habitantes del campo.

UNA CORRIDA DE TOROS.

No tinta sino ponzoña; no pluma sino una lanceta, un colmillo de víbora cascabelaria, quisiera para escribir este artículo y descargar mi furia periodística contra esa *diversión* como muchos la llaman; contra ese *pasa-tiempo*, como lo califican aquellos que con más entusiasmo lo encarecen.

Una tarde me encontraba triste, como Secretario de Estado á quien obligan á dejar la cartera, cuando está encaramado al tejado de la patria; yo exhalaba suspiros más hondos que los de novio calabaceado, que los de padre conscripto sin reelección; cuando llegó á mi casa Pepe Chirinola, el génio más bullicioso de todos mis amigos, y se precipitó en mis brazos. Su visita tenía por objeto llevarme á los toros, pues se esperaba una espléndida corrida como jamás se había visto. La concurrencia debería ser selecta, lo granado de nuestra culta sociedad; sólo haría falta nuestra presencia sin la cual no serviría la fiesta destinada á formar época en los anales de la tauromanía.

Con tales eperanzas emprendimos el viaje. Además de esto no nos dispensaría de asistir un grupo de amigos muy queridos.

No sé que atractivo podrán tener para el hombre civilizado esos espectáculos que pregonan la barbarie; esa lucha con animales feroces, para ostentar valor y agilidad; ese combate de la inteligencia, del sér racional contra el instinto sanguinario del toro salvaje.

El aspecto de la sangre derramada, debilita el sentimiento, empequeñece el alma, amortigua los afectos nobles del corazón, cuando se tiene por guía los resplandores del cristianismo y la luz evangélica.

España nos legó, como un contraste de su civilización, esos espectáculos que, así como á las nuestras, degradan sus costumbres. Sus legisladores y sus poetas, sus filósofos y sus novadores, no intentan desarraigar ese vicio que heredaron de sus ascendientes; por el contrario cada día más se le enaltece, se levanta al rango de ciencia con principios fijos.

Fernando VII fundó en Sevilla escuelas para el toreo; (I) hoy se

(I). El primer maestro de esa escuela fué Pedro Romero, con sueldo de 12,000 reales. Aun existe un discípulo llamado Manuel Domínguez.

Cárlos IV prohibió las corridas de toros en 20 de Febrero de 1805, pero fueron autorizadas por su hijo, y sucesor en el trono.

inaugura la apoteosis para sus héroes, para sus maestros y sus mártires; la historia inmortaliza nombres y acciones, y torea la nobleza más encumbrada.

Cárlos V celebró el natalicio de su hijc Felipe II con una gran corrida en que aquel dió muerte á un toro con una soberbia lanzada.

Los Concilios autorizan, en vez de anatematizar, las corridas.

Gregorio XIII en su Constitución de 25 de Agosto de 1575 las recomi[illegible]

El [illegible]obispo y [illegible]ildo [illegible] Lima [illegible] las cor[illegible] con el [illegible] celo y fe religiosa que [illegible]sistieran á un *Te Deum* ó á un auto de fe: el primero arrojaba á la plaza la llave del toril al comenzar la lidia, como un signo del patronato que se ejercía con tan amena diversión.

Al canonizar á san Luis Gonzaga, hicieron una gran fiesta de toros los estudiantes de Salamanca.

Para que al lado de lo hermoso no falte lo grotesco, refiere también la historia que en Córdova, el lunes 3 de Mayo 1665, se levantó un cadalso en la plaza de toros, para un auto de fe.

Al llegar al trono un morarca se festejaba su elevación con funciones de toros; y se hacían tambén, como señal de regocijo, en las caídas estrepitosas de los hombres de elevada alcurnia. El Padre Nhitar descendió de su privanza, y su caída se celebró con una gran corrida.

El triunfo contra Almagro en 1538, en el Perú fué celebrado con una fiesta taurina.

Hoy se alarma la orgullosa nobleza española cuando hay una *cogida tremenda;* llueven tarjetas si Cúchares atrapa un constipado; si Frascuelo ó Lagartijo tienen el más leve contratiempo. No se tributaron en vida tales miramientos á los príncipes del arte pictórico ni al autor del Quijote.

Se conservan en los museos las astas del valiente toro que mató muchos caballos y algunos hombres en una sola tarde, y no la lanza del Empecinado. El pueblo espectador de la lidia, indulta de la muerte á un *noble bicho*, y no pide en su oportunidad la vida de valientes guerreros *sacrificados* por celos militares.

Nosotros no podemos atribuir esa degradación de los sentimientos en un pueblo noble y valiente, sino al aspecto de la sangre derramada en las plazas de toros.

Llegamos á la plaza; ocupamos nuestros asientos al lado de algunos jóvenes que pertenecen á familias distinguidas, y que me aturdían con gritos é impertinente cocorismo. Mi corazón latía, me preocupaba con algún presentimiento funesto; es que iba á presenciar un combate terrible, triunfos espléndidos, los de la barbarie con los de la civilización, en pleno siglo diez y nueve; iba á escuchar los aplausos de una muchedumbre ciega y frenética, los rugidos de la otra gran fiera, de ese pueblo que profesa una religión llena de caridad, pero que allí ve sereno asesinar á un noble animal que nos labra el sustento.

Allí se veían jóvenes sensibles que sufren ataques nerviosos si mi-

ran desosar un pavo, y que impasibles contemplan el martirio de animales benéficos al hombre. Allí se veían niños inocentes respirar en una atmósfera viciosa, las brisas corrompidas por los vapores de la sangre, cuando se quiere sembrar en su alma nobles, generosos sentimientos; ellos ríen ante el espectáculo del terror, y se complacen con la agonía y con la muerte de animales que, aunque irracionales, son sensibles al dolor.

Era preciso resignarme á los trabajos y á recibir las impresiones más desagradables.

No sé hasta donde podrían extenderse mis reflexiones, si no hubiera escuchado los acentos de una murga que tocaba el Himno Nacional anunciando la presencia de un comisario del Municipio, que debía presidir la diversión. En todas partes se ven unidos, en fraternal consorcio, lo sublime y lo ridículo. Nuestra bandera tricolor flotaba en el palco oficial, en la puerta del toril, en el serviguillo de los toreros. La Cruz, como para santificar el circo, se había colocado también en la parte más elevada de uno de los palcos.

El payaso salta la estacada entre los aplausos y los silvidos de los muchachos. Después de una salutación en perverso recitó unas coplas picarescas, que fueron muy del agrado de todos, glosando la siguiente:

Ni el magnate en su grandeza,
ni el pobre en su triste hogar,
ni aun el toro en su fiereza,
han dejado de cargar
los cuernos en la cabeza.

La multitud reía; no faltaron maridos desconfiados que fruncían el entrecejo: sólo las señoras conservaban circunspección contra los tiros sin puntería de un arlequín.

Mis vecinos, que se habían provisto de una cerbatana y de dardos de papel con púas de alfiler para acechar al toro, se ocupaban en dar con bodoques de papel mascado á los distraídos. Eran los calaveras descritos por Fígaro que escogían para teatro de sus hazañas una plaza de toros:

—Carlota no se digna vernos, —decía uno de los cócoras.

—Excusa recibir nuestro saludo. Parece reina des... tronada.

—Perfecta escultura de Canova.

—D. Cándido la cela demasiado... ¿dónde quieren que dirija mi proyectil hostil?

—En la lustrosa calva. ¡Ahora! ¡ahora!

El bodoque, zumbando por el aire, fué á deponer su fuerza en el lugar indicado. El agredido miraba con asombro para todas partes.

—Nadie le vea, porque malicia.

—A D. Lucas, ahora que no ve.

El Sr. D. Lúcas, al sentirse herido, dirigía miradas indagadoras hacia aquel grupo.

El clarín dió la señal de atención, y la cuadrilla se presentó con donaire y arrogancia á principiar la lid; cada uno de los toreros mostraba enteresá, desprecio al riesgo de perder la vida, y confianza en su agilidad.

En el toril aparecen grandes letreros que trasmiten á la concurrencia el nombre de cada una de aquellas fieras que mugían emparedadas en el coso. Júdas, Lucifer, la Sierpe, Asmodeo, el Huracán, la Pantera, el Cocodrilo. ¡Dios nos tenga de su mano! Se ha reventado el negro avismo; las furias infernales, los reptiles, los elementos, eran simbolizados en el palenque, y se desataban para esparcir sus beneficios en aquella deliciosa tarde.

Se lanza el primer toro al redondel, y el hábil *picador* lo espera lanza en ristre; su pujanza es poderosa para poder resistir la primera embestida. Este acto fué del agrado de la concurrencia que prorrumpió en entusiastas bravos y en sonoros aplausos.

Toca el turno á otro *picador;* el toro esquiva dar un segundo golpe, sensible al agudo dolor que le ocasionó la primera vará; se le provoca con insistencia, y obediente al instinto de su ferocidad se arroja con denuedo; caballo y ginete son levantados á grande altura, y el toro deposita sus aceradas armas en las entrañas del caballo, después de romper las arterias del encuentro; el ginete cae debajo del cuadrúpedo que montaba sin poderse desprender para escapar al furor de su encornado enemigo; la víctima de la insensibilidad de los hombres fué el caballo, muerto allí mientras que la cuadrilla libertaba al picador de una muerte segura.

El segundo acto fué poner banderillas, vistosos recortes de oropel y papel de varios colores; la suerte principal consista en llamar al toro, salir á su encuentro, desviar el cuerpo al ser embestido y poner las banderillas, que llevan saetas en uno de los extremos, en el cerviguillo de la fiera.

Despues de varias escenas de esta naturaleza, se dió muerte al toro por el director de la cuadrilla, con un pronto *mete y saca;* el animal bambolea, huye de su adversario busca el cuerpo de su víctima y dobla ante ella las manos para morir, como si obedeciere á los mandatos de una reciprocidad justa. Según la fraseología del arte de la lidia, el toro fué muerto de una sola estocada por habérsela dado en el *mollar*, es decir, en la carne magra y sin hueso.

La calma se restableció en los espectadores hasta que se extrajeron *los cadáveres* de aquellos animales martirizados para divertir á un público demente; entre tantó se preparaban y repetían nuevas escenas, el acaso más terroríficas que la que acababa de tener lugar.

Acusamos de bárbaros á los que asistían al sacrificio de víctimas en circo romano, llevadas allí por sus crímenes ó por sus creencias religiosas, y no á unos *espectadores* que profesan las doctrinas del Mártir de

la Cruz en plena luz del siglo XIX. Las señoritas estaban lívidas, desviando sus ojos de aquellas escenas; su presencia en la extensa plaza era un sarcasmo contra su sensibilidad y su decoro.

¡Angeles divinos! Alejaos de esos espectáculos que hieren vuestro corazón; así dareis principio á regenerar nuestras costumbres y despertareis los nobles sentimientos, hoy aletargados, en el alma de los mexicanos. No desespereis de ver algún día derribar esos edificios que se llaman *plazas de toros*, y que son un anacronismo en el suelo donde se escucha el mugir de los toros que pregonan la obscuridad de otros tiempos, y no el de la *locomotora* que saluda á la civilización.

Es muy frecuente entre los afectos á los toros, escuchar estas preguntas y respuestas.

—¿Cómo estuvo la corrida esta tarde?

—Malísima; solo cuatro toreros fueron maltratados, y dos caballos muertos.

—La siguiente serà *buena* si se depositan en la fosa algunas libras de carne humana (1).

¡Prodigio admirable de la ilustración! las lides taurinas se heredan de los moros; éstos quisieron hacer una parodia caricaturesca del circo romano, puesto que ellas ya tenían lugar en España en 1101; ellas traen los recuerdos de torneos en la edad media. ¿Por qué hoy existen esas diversiones sólo en los países en donde se habla el español y sus dialectos, y no en algún otro de los asiáticos ó africanos?

"Deben conservarse y protejerse las lides de toros,—dicen los apologistas de ellas—para acostumbrar á los hombres à presenciar actos de

---

(1) Dice un periódico de Barcelona:

"Huracán era un magnífico bruto, castaño, aldinegro, bien armado y de reposado y altivo continente; salió del chiquero con lento paso; el teztuz erguido, la mirada fiera y con la actitud que dan la seguridad de la fuerza y del valor y la confianza absoluta en la victoria, siete veces acometió con ímpetu irresistible, y con la fuerza de un verdadero huracán; y dejó siete caballos muertos y destrozados, arrojando á los jinetes como si fueran muñecos de cartón. Con su poderoso teztuz alzaba al caballo y al caballero, y dos ó tres veces quedó dueño del redondel, en medio de la estrepitosa gritería de los espectadores, que, á millares, agitando gorras y pañuelos pedían caballos y se dirijían al Presidente impulsados por el afán de ver aglomerados más cadáveres aún en torno del poderoso y terrible vicho. Era un espectáculo difícil de describir. La emoción del público era febril, era casi un delirio. Once picas tomó Huracán, mató nueve caballos, y más hubiera matado si los clarines no hubieran puesto término á aquella carnicería.

¡Qué lástima! el público quería más cadáveres de caballos y el Sr. Presidente no consintió ni uno más de nueve. ¡Era casi un delirio, dice el biógrafo de *Huracán*. ¡Ya lo creo! ¿quien no se entusiasma viendo tal *aglomeración* de cadáveres de nobles, útiles é inofensivos animales?"

(Ilustración Española y America—1883—Tomo 2 ° pág. 186.)

valor, de fuerza y de agilidad, para conservar para la raza vigorosa de toros españoles, única en el mundo. Por aquella causa la culta Inglaterra tolera el pugilato, disimula el duelo y protege á los acróbatas."

Esta no es una explicación satisfactoria. México debe imitar á los pueblos en el refinamiento de su civilización y no en la relajación de sus hábitos sociales.

Un español, gran hombre de Estado, decía que para el bienestar y la cultura del pueblo ibero era necesario *pan y toros*. Los norte americanos quieren par el hermano Jonathan, *pan, carne y vino.* Nosotros, descendientes de dos grandes razas, la azteca y la española, sólo anhelamos para el pueblo mexicano *pan y escuelas.*

UN PASEO CAMPESTRE.

I.

—Lo dicho, dicho: Pepe Rodadillo es el genio más alegre de la ciudad; ¡lo que él inventa. . . . ! un paseo en burros, tiene más de prosaico, que de poético. ¡Viva el buen humor!

—Amigos míos, á la salud de Pepe apechugo este vaso de *colonche.* (1)

—¡Viva el vino escarlata!

La aurora comienza á verse y los [illegible] no aparecen; los estarán *aparejando.*

—Oyeme tú, Quirino Clarinete, ¿convidaste al tío Sancho y á su esposa?

—Vendrán. Tendremos un día muy agradable en tan amable compañía.

—Pepe Simetría se pondrá como unas pascuas si viene la jovencita.

—Tinoco, hombre, tenga usted sus arguenas; no las olvide usted.

—Aquí están las botellas del *mezcal.*

—Yo traigo las cuatro libras de queso.

—¡Run! run! run! El coche para los viejos.

—¡Uy! uy, uy!—Ya rebuznan los [illegible] aquí los tenemos ya.

—¡Arrreee! cho, cho, animal.

—Julián, apriétame el burro tordillo.

—La burra mascarilla es para mi prima; yo sin la [illegible]

—Primo usted trate de mortificarme.

———

[1]. Colonche se llama al zumo fermentado de la tuna.

—Hombres! hombres! no hay que subir á las señoras en las burras; una caida puede ser funesta.

—Iremos más divertidos.

—¡Qué! ¿las burras? que les suba mi abuela.

—¡Cho! cho! Niños, aquia dia el bastimento ó el mestro de larpa, porquees medio retobao el andante.

Tal es la algarabía de multitud de jóvenes de los tres sexos que se preparaban á partir. Todos buscaban esos placeres que proporciona el campo, y que tanto desean los que habitan las ciudades populosas.

¿Qué atractivos pueden tener esos paseos en burro que tanto alborotan á los jóvenes y jovencitas? Para el hombre grave pasó la edad de las ilusiones, y mira con desdén todos aquellos actos pueriles que no están en relación con su interés, los agitadores, los que inventan juegos y bromas, son los que despiertan recuerdos juveniles á los viejos acompañantes, y son los promotores de la fiesta.

La caravana se puso en marcha hacia el punto designado; los músicos se hacían los tristes para que les dieran *el primer toque de diana* y alentar su espíritu filarmónico, lo cual notado por Pepe Rodadillo, los llamó al orden con energía.

—Maestrito, cuélguese el arpa del pescuezo, y ponga las patitas en el del burro para que nos eche una sonata.

Al fin los músicos preludiaron sus instrumentos, y en coro se cantó la *golondrina*.

D. Zeferino Pantoja, hombre sério por naturaleza, echó *una cana al aire*, y tomó parte en el vocal concierto. El era la persona más grave de los circunstantes y quien debía guardar el orden: á pesar de su carácter circunspecto, cabalgaba en burro, y rehusó el coche, por alentarse con las muchachas; sus pantalones estrechos y con trabillas denunciaban los enjutos y descarnados zancarrones de sus piernas que mantenía tiezas como garrochas, imágen perfecta del ginete del clavileño; vestía un levitón gris que de pié le llegaba á los talones y una camisa más blanca que la leche, con cuello descomunal y parado, cuyos bordes tocaban las orejas; un corbatín más tieso que alcalde nuevo, lo contenía como si se hubiera tragado el asador. La frente comenzaba desde la mitad de la cabeza; las cejas largas, tiezas y canosas formaban dos arcos planos sobre las dos cabernas de sus hundidos y pequeños ojos, de un color verde mar. La Naturaleza fué pródiga en dotarle de un palmo de narices, cuya punta era vecina de la de su barba, por la carencia absoluta de muelas y dientes. Este buen señor fué encargado de hacer el papel de policía, y de guardar el orden, especialmente con cuatro muchachas traviesas y de buen humor, capaces de sacarle canas verdes.

Doña Purificación, abuela respetable, tomó su lugar en la burral comitiva; sus cincuenta y cinco Inviernos dejaban emblanquecida su cabeza, pero el hielo no había penetrado al alma; conservaba el vigor de los quince Abriles, la alegría inagotable que inspiran los bailes y paseos.

—Las mujeres tenemos dos épocas para gozar del mundo; cuando somos muchachas, por nosotras mismas; y cuando viejas, por interés de nuestras hijas.—decía la señora doña María de la Purificación—Bailaba boleras con palillos, y cantaba la Colasa y la *sandunga* con aire de una manola; cuando se le pedía con instancia, no se hacía del rogar. Sus amigos la distinguían en su estimación por su carácter expansivo, que de nada se escandalizaba: padecía con frecuencia cólicos biliosos, y traía pendiente de un un cordón *la ampolleta de su medicina*, que era una ánfora rellena de *tequila* (1) y estaba prevenida para curar un *desmayo*; como era afecta á las libaciones, apechugaba de cuando en cuando un *pisco-lávis*. Su cuerpo era senseño y diminuto, y tenía "*taco*" (donaire) para bailar un *sólo* en las cuadrillas, ó el paso húngaro de punta y talón. Su pelo entre canoso y negro, formaba un nudo ó molote en la parte alta y trasera de su cabeza; los hombros, pecho y espalda se cubrían con un abrigo de seda, y lo ostentaba con orgullo porque era "una *mascada de pescuezo* que le *dió* su padre *espiritual*:" Confesión de parte....—Y luego se nos repetirá la inscripción de la orden de la Jarretiera.—"¡Maldito sea quien piense mal!" que traducido al español dice: "un *pañuelo de seda* para el *cuello* que le *regaló* su *confesor*."

El sol nos hería con sus primeros rayos; cerca estaba ya el término final de nuestro destino; tomaba creces nuestra alegría; y las señoritas, montadas con gentileza, emprendían ejercicios burrrestes por lucir sus facultades equilibrísticas; llaman en su auxilio à su "*fastidio*" para no caer si el asno trotaba ó variaba de sendero. Para que no faltara en esta fiesta el sainete, tropezó un jumento y dió en tierra la amazona más varonil; la ropa, esponjada por el guarda-infante, mostró dos perniles aforrados con medias escocesas blanquísimas que contorneaban un par de pantorrillas, envidiadas por la más perfecta bailarina La femenil comitiva se asusta y escandaliza, cierra los ojos, lanzando la terrorífica exclamación de ¡Jesús;! la indiscreta crinolina hizo de las suyas, pero el mal lo reparan todas las señoritas ocurriendo en su auxilio; la miman, la consuelan, mostrando pesadumbre; pero conteniendo una malévola carcajada: doña Purificación le ofrecía un *trago*.

Faltaban brazos; sobraban piernas, como decía Bretón.

—No se le vió màs que una pantorrilla, dijo doña Purificación, sin que nadie se lo preguntara.

—Nada más,—dijeron todos con maliciosa sonrisa.

La paciente, informada por sus amigas, se cubría la cabeza; las señoras se hacían señas de inteligencia que ninguno de nosotros comprendía. El maesto de la flauta no tocaba, porque del susto le asaltó una risa nerviosa que le impedía encontrar la embocadura. A pesar de ser tuerto, era el que más había visto de cerca la fatal desgracia.

---

(1). Licor de setenta grados para embriagarse.

II.

Desde ese momento cambió la escena; doña Purificación Mancilla nos invitó à rezar la *Magnificat*, oración la más adecuada á las circunstancias, para dar gracias á quien corresponda por el *beneficio* tan grande de que no fué de graves trascendencias la caída. Sólo don Zeferino estaba sereno y santiguàndose.

Distinguimos unos árboles frondosos, y los perros vinieron á hacernos fiestas.

—Chó! chó! Niños *apiense* sus mercedes, que *esté* la calle del Ojo caliente de la Cantera.—Lo que en castellano se traduce así: *estamos* ya en la calle que conduce á la *fuente termal* de la hacienda de la Cantera.

Las señoras inventaban distintos medios para distraerse, y á este fin imponían sus caprichos con seductor imperio. Una interesante Manuela que animaba la reunión; una zalamera Chole que vencía todas las dificultades, combinaron los modos más ingeniosos de formar columpios y tirar al blanco con la pistola; el miedo á las detonaciones había desaparecido y animaba á todas un espíritu varonil. Don Zeferino era el ajonjolí de todos los platillos, y quien satisfacía los antojos: las niñas habían poetizado su prosáico nombre; le llamaban don Zéfiro, porque la pronunciación era más sonora y más fácil á la vez.

Don Zeferino daba tirantez á los cordeles de los columpios precabiendo una desgracia, prestaba su sombrero para que sirviera de punto objetivo á los proyectiles de las pistolas. Don Zéfiro preparaba el baño, y ofrecía cigarrillos monísimos á las señoras para ahuyentar con el humo á los volátiles y dañinos insectos: todo esto sin abandonar su gravedad y su parsimonia.

Se improvisó un salón de baile á la sombra de los àrboles: la música atraía á los curiosos de aquellas comarcas para tomar parte en nuestro júbilo. En los interregnos del baile se tocaban aires del país tan alegres, tan expresivos, que ellos imprimían á la fiesta un sello campestre bien merecido, lo mismo que á las distintas escenas que brotaban de la situación. Sus cantos rarísimos, canti-declamados *con voz de cabeza* y poco afinamiento, algunas veces eran descriptivos de aquellos lugares, y otras producían quejas amorosas, prvocaban rivalidades, ó eran la expresión del amor patrio, refiriendo las hazañas de los guerreros; éstos canto-recitaciones, expresados en un lenguaje agreste, son comprensibles por todos, pues no carecen, en medio de su frivolidad, de ingenio, de verdad histórica y de exactitud en la tradición. Las glosas de *amor y contra él*, aunque expresados en provincialismos, se impregnaban de sal ática, de sarcasmos contundentes, de ideas que arrojan el ridículo. Hay endechas que pueden servir de modelo al lanzar un epigrama, cortas, graciosas, incisivas, como este, dirigido á una zagala que se vestía de color verde:

En una jatancia incurro
y hastel cuero se me arruga,
vida mía;
pensar que siendo yo burro
y siendo usté una lechuga,
me la comía.

Al frente de nuestro campamento, bajo la protección de otros árboles, formàbanse grupos que zapateaban el *jarabe* nacional, pespunteado por la alegre y popular jaranita, especie de bandurria de cinco cuerdas metálicas, que suena agradable al aire libre y bajo la influencia reproductora del eco de aquellas montañas; sus cuerdas producen notas que son ingratas á un oído acostumbrado á los melódicos instrumentos de salón; los de la jarana se perdían en los confines de aquellos montes.

Cerca de mí estaba un grupo de zagalejas que formaban algarabía sosteniendo diálogos interesantes, con la fraseología, con el dialecto peculiar á los campesinos, formando modismos graciosísimos.

—¿De ónde saldría semejante currería?

—Allí anda *una* retechulísima como un lucero.

—Puede quenun descuido yaiga matrimoniado, porque trai *chorros* en la cabeza.

—¿No vido? aquel curro mizo señas....¡miren que fachoso!

—Ya caiste en la cuenta que te tiende la ala, ¿eeh? túeres media chiflada.

—¡Eso sí que no! se me está poniendo que hablan de mí..

—Si te dijiera *un porai te púdras* tivas á poner creidísima.

—¡Pa qué quiero eso! ¡si es una enfelecidá de chaparrito; tamañito ancina!

—Las curras andarán que se las pelan por posiarse el baño, y nos dejan la luna en prendas.

III.

Alguno de aquellos campesinos traía consigo una caña colocada una cuerda en los dos extremos; con el pulgar de la mano derecha la hería, y puesta en la boca la hacía vibrar, produciendo sonidos cadenciosos que modulaba con el aliento, aspirado algunas veces; otras dilatando ó contrayendo los labios; los dedos de la mano izquierda tocaban la cuerda para amortiguar ó producir distintas notas.

Varios aires conocidos preludiaba aquel instrumento, y se mezclaban con melodías para improvisar algunas variaciones. Ese instrumento, fácil para construirlo, limitado en sus notas, sin màs variedad de tonos que la que podía imprimirle con los lábios, no produjo armonía, pero combinaba dulces sones, agradables al oído; ellos los inspiraba la soledad con la sencillez del hombre que la habita. En un

salón, donde el piano reproduce las concepciones de Bellini ó las melodías de Schubert, poca sonoridad produciría el instrumento de una sóla cuerda; pero en el campo, en el fondo de las cañadas, en las arrugas de las montañas, se transforman en melódicos sus acentos; como los tonos de la Naturaleza, el zumbar de los insectos, y el relincho del corcel montarás; es seductora, es melancólica aquella suavísima vibración, porque reproduce en imitativos arpegios los acentos del dolor y los himnos pastoriles. Las almas sensibles á lo bello, á lo ideal, à lo que lleva la marca excelsa de lo grandioso y magnánimo, se ponen acordes entre sí cuando son sus intérpretes las escenas imponentes de la Naturaleza, los murmurios de la fuente ó los trinos de los pájaros canoros: la soledad tiene su voz sonora, cantos argentinos, rumores misteriosos, que hieren las fibras del sentimiento, produciendo la inspiración.

En la morada del hombre social resuenan las notas del violín ó de la flauta en variadas combinaciones; mas en los desiertos tienen encanto indefinible las notas que esparce la zampoña ó el arpa pastoril, afinados sólo para oirse en los campos, léjos del bullicio de las sociedades.

La poesía campestre, su música especial, sus comparaciones, pensamientos é imágenes, tocan las fibras del corazón, porque pintan, así como las del hombre más ilustrado, sus íntimos afectos.

Su música se inspira en el canto de las aves, en los rumores de la selva, en el rugir de las fieras; las *glosas* de los campesinos, sus *boleras* ó *justicias* se cantan en notas melancólicas, que semejan el ahullar de la zorra y del lobo; al piafar del caballo salvaje y participa áun del berrido de las ovejas. Así el zenzontle, convierte sus armonías imitando con dulces trinos, el imponente rugir de las fieras, la algarabía de las golondrinas y los arrullos de la tórtola.

IV.

Había enmudecido nuestra música por no perder una nota de aquella tan sentimental que reproducía distintos ecos al pié de las colinas.

Cuando he regresado á mi hogar; cuando he oido la voz admirable de los artistas, y se han fijado en mis tímpanos, como en un fonógrafo, los trinos angélicos de la Peralta, vienen también á mi memoria los del arpa de una cuerda. El hombre civilizado, así como el salvaje, arranca sonidos á su voz, á su rudo instrumento, para expresar sus sensaciones, ante las bóvedas del templo ó ante las llanuras y los ribazos; en todas partes encontrará intérpretes fieles del sentimiento, que es la verdadera poesía del corazón.

Nuestra música tocaba por intervalos al agitarse la danza; volvía á dejarse oír la jaranita con tal dulzura que creíamos sería un hábil profesor quien arrancaba esas notas sentimentales. Despues supimos que

aquel músico se dirigía sólo por el oído, pues era ciego. Escuchamos sus acentos con veneración y con respeto. Afinó su instrumento; dió á su voz una triste entonación, y lo escuchamos con religioso silencio. Cantaba sus desgracias, la negación de la luz, los asares de su vida y su cristiana resignación.

Yo transcribí sus quejas una á una para traducirlas à un lenguaje ménos incorrecto, é insertarlas en estas fugitivas páginas. Los poetas alemanes en sus lamentaciones no son tan tiernos como los cantos del hombre en su desgracia eterna.

V.

"Niño aún perdí á mis padres; me dejaron un nombre sin mancilla; eran pobres, y no tenían en donde reclinar su cabeza; heredé su fe, su amor à mis semejantes, la resignaciòn en las vicisitudes; por eso sin quejarme, sin gemir, las ofrezco á Dios en sus altares."

"Recorro los páramos y los pueblos, sin guía y sin lúz: llamo à las puertas implorando la caridad cristiana; me reciben con amor, porque el Señor puso en el alma de sus criaturas las virtudes que encarecen sus preceptos; donde quiera que se oyen los acentos de mi vihuela, llueven sobre mí los consuelos y la celeste caridad. Yo mando á Dios mis bendiciones como una ofrenda que coloco en sus altares."

"Visité à Jalisco; crucé sus barrancas cubiertas de platanares y tamarindos, de aromáticos chirimoyos y de naranjas color de oro. Guadalajara me recibió en su seno; canté la hermosura de sus hijas, las hazañas de sus héroes, la gloria de sus poetas. . . . ¡ay! ¡es tan consolador admirar á Dios al pié de sus altares. . . . !"

"Llegué á Zacatecas la de las piedras argentíferas; fraternicé con los hombres que habitan los antros obscuros de sus montañas; me calentaron los rayos de su ardiente sol cuando la nieve congelaba mi sangre; tomé à raudales el vino generoso que producen sus vides y liban sus hijos; me arrodillé en sus templos, elevé mi oración á Dios en sus altares."

"Aguascalientes fué mi ilusión de niño; oí hablar de sus bellezas, de sus aguas benignas, de sus frondosos huertos, de sus hijas llenas de encanto y de voluptuosidad; pisé las anchas calles de su capital simpática; recorrí sus jardínes, visité las tumbas de sus mártires; oí el tañir de sus campanas; descansé al pié de sus soberbios edificios y de aquellos árboles que brindan frutos delicados; oí el rumor de sus fuentes, toqué los rosales que despiden miel y aromas; traté á sus hijas, cuyo acento es melodía, su mirar de fuego, su corazón de oro, sus palabras de arcángel."

"He admirado este Edén en que Dios depositó sus galas, donde está su trono, donde se quema incienso á toda hora en sus altares.

"Hoy, le envío con las notas de este instrumento mi bendidión y

mi despedida; emprendo de nuevo mi camino, sin luz ni guía; donde quiera que me arroje el destino recordaré los beneficios que recibí de su suelo hospitalario; recordaré las lágrimas de sus vírgenes, conmovidas con mis cantares, y las oraciones de los niños cuando me conducían de la mano al templo santo para bendecir á Dios al pié de sus altares.

VI.

Aquella voz se extinguió como se extinguen en el santuario las voces aflautadas del órgano, y la ferviente entonación con que se canta un salmo. Nuestros ojos se habían humedecido con las relaciones del que sufre, la viva fe del que espera, la resignación inagotable del que cree.

Doña Purificación, que carecía de una moneda en aquel momento, depositó en un platillo sus arracadas de oro; los circunstantes, obrando bajo las mismas impresiones, vaciaron en él su bolsillo para socorrer al desgraciado que hería nuestra alma con la ternura de sus silvas poéticas.

Cuán distantes estábamos de imaginar que en aquella fiesta, preparada para reir y gozar, formando la caricatura de todo lo sério, brotarían à raudales, para formar contraste, los acentos de la zampoña y de la guitarra, los conmovedores arpegios de un laúd.

Volvimos á nuestros lares lamentando se deslizaran las horas con rapidez. Salimos de la ciudad cuando alumbraban nuestro sendero los destellos de la aurora, para dar creces á nuestro júbilo; volvíamos á ella á la última hora de la tarde, cuando la noche nos envolvía entre sus sombras, para velar nuestra tristeza con su silencio misterioso.

DURANTE LAS VACACIONES.

I.

Lo que hay que admirar en esta vida es una fiesta caserita de colegiales, durante las vacaciones; esos bailes improvisados hechos á prorrata de los bolsillos exhaustos de estudiantes pobres; hay que tener en cuenta sus chanzas, sus agudezas sin urbanidad, su buen humor durante dos meses de holganza, á que dan colorido la fraternidad, el deseo de apurar toda clase de placeres, mientras comienzan los diez meses de aburrimiento.

Durante el periodo de los estudios, todos quisieran llegar á la edad de la libertad y de la emancipación; todos desean sacudir las ligas de la obediencia filial, saltando los muros del hogar paterno, para gozar sin freno de los deleites de la vida; odia las restricciones; maldice la ergástula que esclaviza; el colegio á quien la sociedad da el nombre de *templo del saber;* anhela cambiar los dones de Apolo y de Minerva por las asechanzas del niño ciego y flechero.

Cuando se llega á la edad provecta y se siente el hastío de los deleites; cuando se ha sido víctima de los engaños y desengaños del mundo y de las arterías de la falsa amistad ¡cómo suspiramos por la época en que fuimos colegiales! Nada es más grato que encontrar un condiscípulo, recordar la vida pasada, las diatribas al rector y catedráticos, los robos ingeniosos de dulces y cigarros, las deudas que sólo puede pagar el colegial impecunio con chocolates; los epigramas lanzados á la faz de un decurión severo.

El que no haya concurrido á un bailecito de suburbio en la casa humilde de un estudiante, no ha gozado de los más grandes placeres con que se embriaga la juventud. Allá conduciremos á nuestros lectores, refiriéndoles á grandes rasgos, y pintando con pálidos colores, esas escenas que agradan por originales, que muestran otra vida y otra sociedad, ignoradas para el que no respira en una atmósfera de familia íntima. ¡Cómo se esfuerzan los padres y los deudos de un novel estudiante en hacerle agradables los días presurosos del anual descanso! él es la esperanza de la familia; mira la mamá en el chuchumeco el gérmen de un sacerdote; el papá un abogado *in fieri;* la sociedad un aprendiz de matasanos, alópata, eso sí.

Me encontraba en mi chiribitil en una noche de Octubre, meditando sobre el medio de mejorar mi condición, cuando invadió mi cuarto una nube de colegiales, esa juventud alegre que es mi delicia.

—¡Cómo te vá!—dijo uno por todos; saludo muy cariñoso de tan amables visitantes; y se arrojaron sobre mis libros y papeles.

—Tú escribes sobre moral; ¿qué conocimiento tienes del corazón humano? ¿cuál es tu instrucción? ¿has leído á los clásicos latinos? Véamos tus libros. "Historia de México: Geografía Universal." ¡Humm! ¡qué vejestorios!

—Debías tener la Jerusalém del taso, obra que inmortalizó al divino Camoens.

—O los Mártires que escribió el chato Briano en el país de los lobos.

—Obras útiles como la vida de Plutarco; el Baroncito de Faublas....

—Prepárate, porque nos acompañas á un bailecito de confianza, ó como suele decirse, de pan y queso; pero que estará muy divertido.

—Yo no voy á bailes.

—Te llevamos por la fuerza. Ya verás qué contentos vamos á estar.

—No estoy convidado ni prevenido.

—A eso venimos, á convidarte y á conducirte.

—¿A donde he de ir con esta levita que denuncia los rigores de mi mala estrella?

—Nada importa; todos somos de confianza; los concurrentes somos: el Suspiro, el Gato, el Toro, la Sierpe, los dos Galgos, el Cocodril, la Liebre, el Ratón....

—¡Huy huy huy! una colección selecta de animales, un museo soológico!

—Las señoras son: las hermanas de la Sierpe; las primas del Ratón; las tías de los dos Galgos; ya, ya verás; no faltarán algunas muchachas de interés, y una que otra coqueta con quien echar un párrafo.

—Ahora que hablamos de coquetas, ¿qué noticias me dás de tus hermanas?

—¡Qué! ¿mis hermanas son coquetas? ¡ira de Dios!

—¡Ah, no! (guiñando el ojo.) Precisamente porque no lo son me acuerdo de ellas; toda moneda tiene anverso y reverso.

Después de una discusión acalorada, me dispuse á ir al baile en compañía de aquellos jóvenes, depositarios del talento y la instrucción.

II.

Nos internamos á un barrio de la ciudad por callejones poco andables, y al fin llegamos à la casa donde estaba preparado el baile.

En la puerta de la sala se aglomeraba la multitud curiosa, atraída por la melodía de los instrumentos, y por las notas poco dulces de un corneta-pistón que se oía á dos cuadras de distancia; á remolque me condujeron hasta el centro de aquella reunión; allí se veían jovencitas alegres, respetables mamás, y otras señoras á quienes el equívoco de una naturaleza caprichosa, si no las hizo bellas, sí les consiente formen en el círculo llamado sexo hermoso.

Por parecerme á Sue ó Dumas en mis escritos, procuraré describir con fidelidad aquel recibo que se convertía de improviso en templo de Terpsícore. Nueve varas de extensión tenía la pequeña sala, formada por blancas paredes que ostentaban la cal en consórcio con el almagre; doce velas en albortantes la iluminaban; cuatro rinconeras servían de pedestal á unos muñecos de estuco escribiendo sobre un libro apoyado en la pierna cruzada, que eran un primor; cuatro charolas en deterioro; un reloj de palomita que pregonaba las horas con acompasado *cú-cú*, en armonía con un sonoro timbre. Una Dolorosa bisoja hecha á pincel, y la escultura de un San Antonio que había perdido las narices, como ciertos calaveras: dos docenas de sillas con asiento de tule, y una alfombra que se obtuvo prestada del templo más inmediato. Item más: unas pantallas de relucientes espejitos, y dos *sófáes* en las cabeceras. Todo el moblaje se remontaba á los tiempos prehistóricos!

La música preludió el popular wals de los Diamantes, al tiempo que un personaje, funcionando de director de escena, dió la voz de "arriba

las parejas." La escolar gusanera metía más ruido que un collar con cascabeles.

III.

Varias parejas se paseaban en prudente reposo, mientras otras se lanzaban al viento en agitado compás.

Los curiosos, los que no alcanzaron compañeras, ó les tenían en entredicho las dimensiones de la sala, se ocupaban en dar mordiscos al prójimo, y en poner á discusión los problemas que se relacionaban con los presentes. Yo me coloqué en un rincón donde podía oír las conversaciones más íntimas, y una que otra palabra indiscreta que excitaba mi curiosidad.

—¿Conoces á esta señorita? ¿la del vestido azul? tiene unos ojos....

—Ya se ve que los tiene, es la primera vez que la veo.

—Hermana de mi vecina; la que ocasionó el escándalo de los retratos entre los dos capitanes.

—Es guapa; baila con con gracia; desde mañana le haré el oso.

—¡Lo que es el artificio! qué distinto se presenta el conjunto de sus gracias sin el auxilio del colorete: lo que es á mí ni tentaciones.

—¿Y esta otra? ¡Jesus! quién la había de conocer! la cuaresma la dejó extenuada con sus rigores.

—El hijo de nuestro tendero; ha despertado mucho en el colegio; ya no es el beato *hermano de la vela perpetua.*

—Si Cupido entra en campaña le auguro que zozobra su barquilla antes de llegar à puerto, ¡y adios de tonsura!

—Allá distingo á la más buena de las madres, que es al mismo tiempo la màs egoista de las suegras.

—Es una gallina cuidadosa de que sus pollitas no caigan en las garras de un gavilán. No las pierde de vista.

—Devora con los ojos á su futuro yerno.

—¡Oh, suegras!

—¡Oh, arpías!

—La mía es amabilísima: no me puede ver; estamos pagados.

Para que el baile se animara, se hacían y rehacían oblaciones á Baco. Las rebanadas de pan y queso circulaban con profusión entre espectadores y bailantes; á cada señora se le enfiló una súplica obstinada. Doña Mamerta condescendió en apurar una sola copita por ver claro lo que pasaba con sus chicas que en verdad estaban tan seductoras como rosas de Castilla en rama.

IV.

Se bailaban con frenesí polkas, danzas, galopas, las monótonas cuadrillas, el vertiginoso paso doble, y al fin de la jornada las indispensables *calabazas.* Este baile, plagio de aquel à quien se dá en otras

regiones el nombre de *cotillón*, es un arrastre falso para reconocer el juego del adversario, y adivinar el efecto de los cohetes á la *Congréve*, que durante el baile se han arrojado: consiste en colocar al lado de una señorita à dos pretendientes rivales; ó al ado de un mosalvete á dos jovensitas, para que unos y otras muestren en definitiva su predilección ó su desdén. Luego vienen los versos expresivos, tiros á quema ropa, disimuladas declaraciones, remaches en los clavos que han de inspirar un canto epitalámico ¡Cuántos nudos rotos, y cuántos lazos nuevamente forjados resultan al bailar las *calabazas!* la juventud los anhela por despejar una incógnita.

Faltaba una pareja; á mis amigos, que no se acordaron de mí en toda la noche, les ocurrió hacerme pasar por las horcas caudinas de ese baile que detesto. Me conquistaron compañera, y heme allí formando un grupo con esos sacerdotes del placer. Mi consigna fué distraer á una mamá celosa mientras el simpático Cocodrilo deslizaba un perfumado billete en las manos de la hija. ¡Señor, Señor, recíbeme este sacrificio en expiación! Yo debía ser el punto de mira para la mamá, mientras que un mameluco ponía su proyectil en el blanco. ¡Hasta donde podemos llegar los hombres por las letras!

Presenté mi brazo à tan respetable señora, y columpiándose en él fuimos á ocupar nuestro puesto. A mi....ni por chanza me ocurrió una galantería para dar principio á mi comisión.

—Ha estado divertido el bailecito—dije á mi compañera en tono festivo, como un medio de buscar vado practicable en aquel río caudaloso de celos y de desconfianzas.

—Divertido— me contestó con sequedad.

—Y ordenado—volví á decir para poner andamios y forjar un puente á mi conversación.

—Ordenado—contestó buscando con la vista à su pollita que ya estaba en chicisveos con su compañero.

—La música ha tocado piezas modernas, no debemos quejarnos.

—Modernas —volvió á decirme con la misma circunspección.

No había medio de habrir brecha en tan adusta compañera. Las palabras las extraía con tirabuzón, como quien extrae un cordón del cuerpo.

—Sé felíz, -me decía uno.

—Envidio tu dicha,—decía otro.

—Hoy me pega un tabardillo; yo toco el bombo mientras ustedes se despachan con la cuchara grande.

—Son muy interesantes las hijas de usted,—volví á decir á mi compañera con ánimo resuelto de que fuera la última palabra.

—Gracias, Señor; Vd. las favorece; tienen la gracia de las niñas á los quince años.

—Parece que á Pepe Rivas Cacho no le es indiferente....no se le ha separado en toda la noche á su compañera. ¿Y vd.? ¿en quién ha

—Son muchachos, y gozan de la vida.

fijado por esta noche sus esperanzas?

—Soy indiferente; el amor es para mí una planta paràsita.

—Pronto tendrá vd. que arrepentirse ¡si no sabré yo del pié que vd. cojea! no lo saca á vd de su indiferencia una señorita que se llama... se llama....¿cómo se llama, santo cielo?....

—¿Virginia tal vez? ¡oh, si yo pudiera conquistar la aprobación de su mamá. Veo que se me anticipa el afortunado Cocodrilo.

—Qué! si es un pollo insubstancial que acaba de salir del cascarón. Las miradas indagadoras de la mamá la seguían en sus movimientos.

—Decía vd.....

—Que el nene me fastidia; á todas partes nos sigue; el día menos pensado nos lo encontramos en la sopa.

V.

Muy cerca de mí se encontraba el jóven Suspiro quien sostenía con la interesante Isabel una conversación animadísima. La tema, en todos los bailes, sobre la cual recae la conversación es el amor; la de la pareja inmediata era de tal modo concentrada que se percibían hasta los monosílavos. El Suspiro, en tono sentimental, *hacía la rueda* á su paloma. Ella se divertía con sus jeremiadas, y le hablaba de su pasado, cuando él sólo quería pensar en un presente indicativo.

—El angel de los amores,—le decía—pulsó junto á mí su cítara armoniosa; amé con todo mi sér, con toda mi alma, con todas las efusiones de un corazón sensible; pero luego el desengaño vino á obscurecer mi porvenir como la tempestad cuando envuelve á la tarde apacible en un manto de tinieblas.

— ¿Fué vd. desgraciado?....¿vd? ¡eh! (¡qué fastidio—El diablo que te lo crea,)

—Ah sí; (suspira) amé á una joven; ella se ocupaba más que de mi pretensión en las insinuaciones de un Cocodrilo. Mi alma se sumerje en un cceano de tristeza cuando reflexiono sobre tan prosáico amor; ábrase mi pecho y se encontrarà la imágen de vd. ¡oh ingráta! como la luna que apareció en el fondo de un borrascoso mar.

Aquellas confidencias eran los destellos de una cercana tempestad; otro interesado también buscaba un lugar en el corazón de la señorita Virginia, y suscitaba el celo del que, siendo el primero en tiempo, es el primero en derecho. No sé hasta donde hubiera llegado el sentimental pretendiente si no interrumpiera su conversacion un colegial afecto á la broma que, de acuerdo con sus amigos, designó al jóven Suspiro para recibir de una señorita la ovación más deseada, una galantería simpática, ó un terrible desdén; es decir, elegirlo para compañero, ó darle *calabazas*: esta broma es algunas veces *significativa* por la *preferencia*, *ó picante* por la *repulsa*. La señorita Virginia eligió por compañero al jóven Suspiro, como un refinamiento de alta consideración social; con aplausos celebraron el triunfo del agraciado y la derrota de Cocodrilo.

VI

Continuó el segundo acto del mencionado baile; faltaba la recitación recíproca de versos, de versos de cualquier autor que, dando un toque al corazón, revelara sus íntimos sentimientos. Llegaba su turno á las señoritas: era la oportunidad de lucir la memoria; ellos, declamando con fuego alguno de los sonoros versos de Zorrilla, como este:

¿No es verdad, gacela mía
Que están respirando amor?

y ellas con ternura:

..................................yo la imploro
De tu hidalga compasión;
O arráncame el corazón,
O ámame, por que te adoro.

La precavida señorita, Virginia no quiso aventurar una redondilla, ni hacer intérprete de sus afecciones á un versero extraño; se escusó diciendo que no conservaba en la memoria ninguna estrofa, pero comisionó al jóven Rivas Cacho para que lo dijera. El comisionado aceptó. guiñando el ojo à los concurrentes; estaba herido por los celos, pues habían decidido dar en esta vez su *beneficio* al que se presentaba como competidor.

El Cocodrilo exclamò con muy clara pronunciación, dirijiéndose á su rival, que ya estaba colocado en el sillón, potro de los desdenes.

Mira de tu cuerpo enjuto
el descarnado esqueleto;
y tu color verdi-prieto
denunciando el escorbuto
de un asfixiado completo.

Si consultas á un espejo
has de *suspirar* al verte,
por que te extenuó la suerte;
¿de quién podrías ser cortejo
si no de la misma muerte?

Ellos rieron y aplaudían, incluso el aludido; las señoras calificaban como chanzas de mala ley sus estupendas bromas, y procuraban que el compañero, objeto del epígrama, se vengara en justa reciprocidad. Momentos después fué conducido al banquillo de las represalias al audaz cetáceo à fin de que sufriera también los arponazos de su antagonista. Esta intriga era un juego de damas en que todos reían y admiraban el buen humor de estudiantes que aguzaban el ingenio para lucirlo con la oportunidad debida. Todos estaban pendientes del meditabundo y zaherido colegial; pero llegada su vez, esclamó:

Cuando una bella sirena
esparcía su dulce canto,
un Cocodrilo, entre tanto,
intentó en la mar serena
cautivarla con su llanto.

Ella, con dulce bondad,
pero sin variar de estilo
lo deshaució en realidad;
y huyó de la falsedad
del llanto de un Cocodrilo.

El baile concluyó á las dos de la mañana, para continuar al siguiente día en que se hizo la merienda de *tamales y enchiladas* bajo las ramas de los àrboles, al aire libre, en las márgenes de un río.

Tal es el pasatiempo durante sesenta días de vacaciones; en todas partes rebosa el buen humor, el deseo de divertirse.

VII.

El estudiante es la alegría personificada; en él encarna la no satisfecha aspiración de ir en pos de lo agradable y de los placerés fugaces: le es característico un genio violento y atraviliario; le son inherentes los arrebatos; por decir una chuscada pone en ridículo á sus condiscípulos, y le plantaría una peluca al lucero del alba; pero en cambio ¡qué noble corazón! ¡qué sentimientos tan elevados! como conserva sin extinguirse ni debilitarse el afecto que nace y se desarrolla en el colegio, desde la infancia hasta la decrepitud! él comparte su pan y su escaso bolsillo con el estudiante pobre que carece de una piedra donde reclinar su cabeza, según la expresión de la Biblia. Por otra parte, todos debemos temer sus chanzas juveniles y sus arranques belicosos; pico–pardea en las altas horas de la noche, y es audaz en las campañas de Cupido, como en las de Marte: difama al Rector; discolea en perjuicio de los catedráticos; conspira valerosamente contra el Gobierno; empuña el fusíl y muere en las barricadas, sólo por hacer alarde de un brío intruso é inoportuno; no teme la justicia; se encara con los gendarmes, y confía en esa impunidad que le ofrecen su inexperiencia y sus pocos años.

El estudiante es truhán, calaverón y casquivano; pretende á veces parecer en la sociedad cual hombre formal que carece de ese *pié de gallo* que forma la aglomeración de los inviernos; podría decirse que le anima un ardor glacial. Concurre á los paseos y asiste á los bailes caseros donde puede deslizar un billete amoroso; aunque esté en la desgracia se enamora de todas, hasta "*de unas enaguas colgadas en tendedero*," como ellos dicen; no le abate el destino porque confía en el porvenir; con erudición escolástica se abre paso en los círculos más concurridos; los libros de texto que trae constantemente bajo del brazo le recomiendan en todas partes; su aspiración al saber encubre todas las poridades de su camisa y el color de tabaco de su traje exterior. ¿A quien no simpatiza un estudiante, si están simbolizados en él un bienestar para su familia y el porvenir de nuestra patria?

Costumbres de Antaño.

LA SEMANA SANTA EN ZACATECAS.

EN 1859.

Si escribo veras, nadie las entiende;
Si burlas, me prohiben que las haga;
Si alabanzas, ninguno me las paga;
¿Pues qué tengo de hacer si todo ofende?

LIC. BURGUILLOS.

No hay duda! lo que hay que ver en Zacatecas es la Semana Santa; la série no interrumpida de procesiones en que campea el fanatismo de nuestros antepasados y la propensión de la clase ínfima á la ridiculez. Es digno de notar el contraste de ese pueblo que, entusiasta hasta el heroismo por el progreso, se muestra decidido en practicar dichos actos que cree son consecuentes con el espíritu religioso. ¡Mezcla terrible de la superstición con el fanatismo, de la religión con el error!

La algazara de la muchedumbre, y el ruido de los atambores y chirimías, lánguido y destemplado como los clamores del despechado clero, anuncia una procesión. En ella se ostentan las figuras de ciertos Cristos á que por sarcasmo se llaman *imágenes del Redentor*; allí vemos tributar adoraciones á la más tosca figura que representa la Vírgen al pié de la Cruz.—¡Qué! ¿Jesús y María no fueron el tipo de la hermosura más perfecta? ¿pues por qué rendir veneración á una *Vírgen* que padece *extravismo* y dolor de muelas, á un *Cristo* que por su postura forzada y contra lo natural bien pudiera inferirse que es víctima del *cólico y reumatismo*? á esto debe agregarse la vanidad que ostenta con unas enaguas en lugar de cendal llenas de bordados y galones, y con una cabellera rizada y reluciente cual la del más rigorista petimetre.

Un *Cristo* sigue al otro en medio de los devotos alumbrantes; á cada

uno lo guían dos vigorosas doncellas llamadas *reganderas*, las cuales, vestidas de blanco, coronadas de flores de varios matices, símbolo de su estado problemático, caminan á paso lento, llevando en la mano un báculo de hojalata: hiere por intervalos nuestros oidos el grito ladino de un jóven pregonero que anuncia los tres cientos días de *indulugencias* que gana quien se *hincare* á rezar un credo *delante* de aquella santa *imagn*, y el de los dulceros y vendedores de *cuepones*.

La calle está llena de la curiosa multitud, y en su semblante se observa la indiferencia y el sarcasmo; aparecen grupos por todas partes; y en los balcones se dejan ver las hijas de este suelo hermosas y elegantes. Unos se ocupan de examinar filosóficamente las costumbres de la clase ínfima y lamentan tanta estupidez; otros admiran la religiosidad de nuestro pueblo, y se complacen con esperar el advenimiento de nuevos días parecidos á los de antaño.

Se acerca un grupo de jovencitos calaveras; oigamos su conversación:

—Dirijan ustedes la vista hacia el balcón de la derecha.

—¡Caracoles! Lucianita está hoy más descolorida que militar antes de combatir.

—Hoy no se ha teñido las canas, ni se ha dado colorete.

—Oiga usted, Remolacha: ¿quiere tener mamá? pues ¿cómo se ha enamorado usted de esta cotorra?

—Ah! sus virtudes........

—Oyó usted, Cascabel? ¡sus virtudes!

—Pues! ¡sus virtudes! *intendo; intendo;* como decía *Hernani*.

—Vista á la izquierda....¡Abur!

—Poncianita ha tenido la idea de vestirse toda de blanco.

—¡Qué contraste! cara morena! vestido blanco....!

—...........!................¿?..........................

Tras el último *Cristo* camina un eclesiástico con vela en mano, entonando en destemplados gritos algunos salmos; la música suele sofocar tal desconcierto.

La procesión vuelve al templo de donde salió, después de recorrer las calles de la ciudad. Cada *Cristo* há pagado su tributo porque se le permita ponerse en evidencia, en pública espectación, y el cura ha llenado de pesos, cual buen financiero, sus anchos y profundos bolsillos

La matraca anuncia al día siguiente que es *Jueves Santo*, y que todo católico debe meditar en el Sacrificio cruento de la Redención.— Es portentoso el movimiento de los habitantes de la ciudad; los sastres y las costureras tienen la cara como unas pascuas; las peluquerías han sido invadidas cual oficinas de Hacienda en los días de prorrateo, y los tenderos, usando del asueto ponen todo su esmero en parecer hermosos como un Narciso, joviales, cual un funcionario público sin popularidad; tiesos y remilgados cual un alcalde de pueblo en día festivo.

Suele verse uno que otro grupo que recorre las calles rezando las *estaciones* con sonante voz, y exclamando con toda la fuerza de sus

pulmones el "*Padre nuestro que estás en los cielos;*" las beatas, haciendo alarde de su religiosidad, rezan el santísimo rosario y arrojan miradas de frailecito calabaceado al hereje que no ha tenido la complacencia de quitarse el sombrero.

Oh! ¡el labatorio! el labatorio es la ceremonia de ese día terrible; en vano un fraile se empeña en patentizar que la virtud más meritoria es la humildad, (virtud que ellos jamàs practican) en vano conjura á sus oyentes á que se desprendan de las riquezas terrenales, cuando vemos que sus reverencias defienden las suyas con ahinco y con temeridad.

Los monumentos llaman por la noche la atención; algunos templos están iluminados con gusto, y resuena por todas partes los armónicos acentos del piano y de la flauta. Ahí, en un oscuro rincón, y como admirado del prodigio, se encuentra encarcelado el Nazareno; en su semblante se retrata la resignación, aunque algunas veces parece taciturno y desconsolado como el cura que lee por primera vez la ley de obvenciones parroquiales.

El lujo es extremado; las señoritas ostentan sus trages más vistosos, y pasan de un templo á otro á elevar á Dios sus oraciones. La juventud entusiasta invade los templos, sin detenerse en ellos más que el tiempo necesario para dirigir sobre la concurrencia una mirada perspicaz é indagadora; ¡feliz aquel que divisa á su cara beldad sumida y fervorosa entre una nube de gasa blonda! su vista en ella está pendiente hasta el instante en que tan linda criatura paga con una graciosa sonsisa tanta solicitud.

En algunos templos no hay monumentos; están cerrados, tristes y solitarios como doncella que ya pasó su día; la causa es muy fácil de averiguar; por que les hicieron el bien las *manos vivas* de quitarles los bienes de *manos muertas*.

Al día siguiente, la más notable procesión tiene lugar por la mañana; es la de *Jesús* que camina con el madero á cuestas por un sendero de flores: ¡oh! con que humildad sufre la befa de los judíos, la indiferencia de los curiosos y el sarcasmo de los incrédulos que aún miràndolo osan dudar; la indisciplinada tropa pretoriana interrumpe su caminata para jugar à los dados; emprende marchas y contramarchas al paso veloz, y hace ademanes y contorsiones ininteligibles para el curioso espectador; al toque de clarín se reunen ó se dispersan, y formando grande algaravía, expetan al *Señor* injurias insolentes.

Varíos sermones anàlogos á la situación se dirigen á los católicos pecadores quienes los escuchan como el que oye llover y no se moja; el fervor del predicante raya en frenesí, y ni por eso mueve las sensibles làgrimas del auditorio; tose, grita y manotea; la multitud permanece inerte; cuando menos se espera, y como si el orador fuese adivino, lamenta conmovido un nuevo porrazo, y......¡zas! el Señor obedeciendo ese oportuno mandato, dá en tierra con su santísima persona. El Sirineo, como tonto en vísperas, aguarda impaciente que algún judío

caritativo, usando atribuciones que no le competen, enderece compasivo al desfallecido Jesús Nazareno.—La procesión concluye, y los fariseos sufren una metamorfosis extraordinaria; se encierra cada uno en su casa, como la crisálida en su capullo, y aparecen después, cual mariposas, vestidos de "*soldados del Santo Entierro.*"

Las campanas del reloj, únicas á quienes no ha tocado el mudo entredicho, dan las dos de la tarde; las calles están obstruidas por el gentío, allí, en un estrado que se improvisó, se encuentran unas señoritas murmurando con acritud à cuantos pasan, ¿quien dejará de ser obsequiado con un ridículo apodo? Más allá se miran venir unos elegantes....; ¡Dios los tenga de su mano! han conocido el riesgo que les amenaza, y con el Jesús en la boca pasan al fin delante de tan rígido y tremendo tribunal.

—Nuestras ninfas preparan sus tijeras.

—Nadie las mire ni les salude.

—Se rien de nosotros con forzado disimulo.

—Doña Segismunda Langorin, á pesar de sus cincuenta primaveras, está peinada á la *inocente.*

—¡Brujas del demonio! ya veo que contienen una carcajada al ver el *sorbete* anticuado de Pepe Rigodón.

—Ya vamos saliendo del mal paso.

—¡Zús! estalló la tempestad: esas frenéticas risotadas hielan mi sangre.

—Me han cortado el faldón de la levita.

—Yo protesto retratarla ridiculamente en un periódico, y que salga el sol por Antequera.

Los soldados de la Brigada del Santo Entierro, vestidos de mites de comedia, son los núncios de la más solemne procesión: mameluco blanco, chupín de mahón café con rivetes amarillos, y una rodela de las que se usaron en otro tiempo, es el uniforme del ejército Nazarénico. Los gastadores con mirar severo, luengas barbas postizas y satisfechos de su comisión, caminan gravemente con el chuzo á la funeral y al compaz regular de una marcha granadera.

Los *Cristos* se han ido en vicio, y salen todavía en esta procesión; después sigue el Cuerpo del Señor dentro de una urna de cristales; á este un grupo de las tres Marías vestidas de luto rigoroso; su semblante revela la más acerva congoja. La Vírgen de la Soledad camina después con mucha lentitud, y luego el Centurión en soberbio rocin, con dos jóvenes edecanes á su lado; los tres usan traje de los guerreros de la edad media.

Allá como veteranos de la Independencia de quien nadie se acuerda, aparece asustado San Juan, diciendo, "¡miren que caso!" á una respetable distancia del resto de sus colegas, y sin más acompañantes que algunos cargadores que siguen las huellas de la procesión; ésta vuelve al mismo templo de donde salió, y concluyen por fin esa serie de santos espectáculos que nos han dejado profundos recuerdos.

BALANZA AMOROSA.

ARTICULO DE COSTUMBRES.

Cornelio Punteagudo corredor acreditado, recibe para su venta un magnífico surtido de alhajas que realizará al mejor postor, á la vista, al contado y sin reclamo. La fama de estas mercancías es colosal, y es más sonada que narices catarrientas; las vende á plazo. A los miopes y á los presbites les conviene su adquisición. Las pollas zangandungas, que están sin salida como el Laberinto de Creta, hásta se chuparán el dedo.

AVENTUREROS. (*Enamorados.*)

Buscan, como los poetas, horizontes argentíferos.—ABUNDAN. Son remisos al amor de la *Mari-quita* porque....quita; pero anhelan el amor de la *Gualu-pita* porque....pita. Se venden con un tres por ciento de descuento sobre el arancel.

ABANDONADAS:— (Ssxo débil.) Hay en el Mercado un completo surtido de ellas; reniegan del matrimonio porque el marido, en vez de *pagano salió infiel*; en vez de obligaciones y deberes creía tener sólo derechos: nunca el gusto de ellas fué cumplido; hoy buscan quien las comprenda.—Guardan un precio bajo.—ABUNDAN.

ABURRIDOS. ABOMINADOS. (*Esposos.*) Este tipo fué muy buscado; hoy su precio cae en abatimiento.—ABUNDAN.

Muestran regocijo ante los resplandores de un sol naciente, de esa ley del divorcio. Aumenta la mercancía, aunque permanece cubierta con un velo misterioso.—A la par.

ACUSADAS.—ABOLLADAS.—AVERIADAS.

Son como las chirimoyas, sanas y provocativas por afuera; dañadas y con gusanos por adentro. Hay un surtido primorosamente variado y de todas nacionalidades.—ABUNDAN. Se dan à prueba como los relojes de bolsillo y con descuento considerable. Como los vestidos de colores falsos, tienen una vejez horrible. Engáñese cada interesado por su vista.

ARRANCADOS. (*impecunios.*) Incrustados en el buen tono; montan á caballo como un centauro; ágiles para colear; magníficos banderilleros, y floretistas consumados; caballeros de industria, adoran la soltería porque tienen miedo á las astas del toro.—ABUNDAN. Se les mira en los paseos, ó al frente de los balcones, haciendo un oso peludo y feo; imitan al colibrí que *chupa y vuela.* Las pollas huyen de ellos espantadas; cacaréan las gallinas; pero los admiten las *guajolotas* con la condición de reciprocidad....se venden sin descuento.

ABRASADOS. Como un Vesubio amoroso que anuncia erupción. Es tal su ABUNDANCIA que á cada paso los encontramos. Dan serenatas ante un balcón, y cantan el "no me olvides" y el "tú de mis lágrimas...."—Se cambian por ropa vieja.

BELLACOS. picos-de-oro; hombres-bocina para quitar el crédito á solteras y casadas.—ABUNDAN. Se exhiben en los paseos y en las puertas de los teatros. Como la mercancía es vieja y su desprestigio tal, se les busca salida en otros mercados. Se dan á trueque de hilacha para alimentar las fábricas de papel.—A precios ínfimos.

BEATAS. Visitas diarias de los templos; miembros de todas las sociedades religiosas; sócias de número de la hermandad de "*las once mil virgenes.*"—(Jesús! Jesús!)—ABUNDAN. No se admiten en esta hermandad á las casadas, ni á las que tienen novio.— ¡Qué fastidio!.... estas señoritas no saben lo que es la flor de la canela; viven sin pena ni gloria, como los niños que mueren sin bautismo...¡Qué fastidio!—A precios altísimos. Hay sócias de quienes los solteros quisieran ser catecúmenos: hasta se chuparían el dedo.

BIENAVENTURADOS. Es tal su número que ya no se les admite en comisión por ninguna de estas nueve cosas. ¿No habrá quien acepte para marido á uno de esos tipos? Se recomiendan porque son á propósito para cargar la cruz del matrimonio, con ayuda de sirineo, en este Gólgota de la vida. En la plaza suelen aceptarse con un valor estimativo de conveniencia mútua.—ABUNDAN.

Se venden al por mayor, con un cincuenta por ciento de descuento, sobre los precios al menudeo.

BONITAS. Vistas à la luz del artificio, y vestidas con elegancia, retocadas por el hàbil pintor Don Mano de Gato..................
ABUNDAN. ¡Cuidado con las falsificaciones! El consumidor inexperto suele llevar gato por liebre. Se venden al mejor postor; *á la vista, al contado y sin reclamación.* No està limpia la patente. Deben sujetarse à cuarentena para no importar el mal de rabia en la familia.

CABALLEROS....En la acepción màs usual de la palabra; que no transiten en doble vía como los wagones del Distrito.—ESCASEAN.

Las pretensas y las esposas que poseen un ejemplar, lo preservan del contagio, y de los *microbios* de la envidia. Predican constantemente el precepto del Decálago....„No codiciar las cosas agenas.„

Todas se quieren arrebatar el novio. Son solicitados por las jóvenes á quienes agradan *los guantes y la casaca.* Se pagan con oro, y á precios elevadísimos, como las acciones de minas en bonanza

Conocemos mucho de ésto, sí, conocemos mucho de ésto.

COQUETAS. Poseen talento, gracia, instrucción, virtud, como medios lícitos para agradar en sociedad y llegar á los altares, diáfanas y puras como el cristal de Bohemia. ESCASEAN en las regiones altas; HAY un variado surtido en las mediocres. Pertenecen á la tribu de los *proteccionistas.* Se venden por quilates.

COQUETONAS.. .que ejercen el *coquetismo* y lo convierten en anzuelo; doradas por el sistema de Galvani; descubren el cobre con un toque de ácido muriàtico.—¡ABUNDAN--ABUNDAN! Mantienen en el aire á más de un adorador, como los hábiles artilleros mantienen en el aire siempre un proyectíl. Aceptan el matrimonio hasta con las prescripciones *de libre cambio.* Tienen poca demanda. A precios ínfimos.

CALLEJEROS. Hacen *la* centinela al frente de los balcones: son pobres de solemnidad; muy perseguidos por deudas; mártires del desdén y del amor. Se les espera un fin desgraciado, como á Juana D' Arc, el de ser tostados por los ingleses. ABUNDAN. No hay esperanza de mejorar de condición. Como las liquidaciones de las clases pasivas, su precio está por los suelos.

CONFIADAS. Este efecto no abunda en el mercado; disimulan el celo y sus nulidades con prudente raciocinio. Obran como los tirado-

res de esgrima, jamás presentan el corazón: bogan en el mar de la esperanza con velera nave; no temen á las veleidades del amor, en vista de aquel adagio .... "en el juego que hay desquite...." No les deslumbran los relàmpagos de una posición brillante, ni la penumbra de una fortuna adversa: heroinas ante el sacrificio de las privaciones, son también impasibles ante los rigores del destino. ABUNDAN. Son estimadas por hombres sensatos. Precios altísimos; se pagan con aumento de premio, como la moneda de oro; sin escoger. No pueden satisfacerse los frecuentes pedidos.

CEGATOS. Cubiertos con la venda de una pasión frenética; atravezados por el dardo de Cupido; entran en el último período de la locura, están próximos á ser conducidos al manicomio. Las *tandas* color de fuego exitan su sistema nervioso, y se les conocen ímpetus de atentar contra sus preciosos dias, es decir, de "suicidarse *sólos*." ABUNDAN. Se venden á precios cortos y plazos largos.

CASQUIVANAS. Temen llegar á los treinta y cinco, y se plantan en los treinta, porque es el tiempo del eclipse total para el matrimonio; ni quien les diga una terneza. Para éstas son por demás el colorete, los pasos cortos y las miradas oblicuas. El amor propio ofusca su raciocinio y los destellos del talento. No hay pollos que las sigan; están en ALTA por su número, y de BAJA por su dspreciación; no las olfatea ningún sabueso; no interesan á ningún viejo; las desdeñan hasta los alemanes, que es cuanto hay que decir.

DECLAMADORES. Es mercancía de poco consumo. Pregonan aversión á la cadena de hierro; aceptan todo contrato con las condiciones de casa arrendada, es decir, por *tiempo determinado*. ESCASEAN. Hay damas que para reprobar ese sistema cantan esta seguidilla: "ya voy....sí....¡cómo la mona! Las daifas más arrojadas los ven con buenos ojos, siempre que no se les ponga *timbre* y se promulgue la ley sobre *alza de prohibiciones*. Cantan con desgaire la preciosa barquerola: "¿qué puedes traer que no lleves?"—No hay demanda.

DEFORMES. DEJADAS (de la mano de Dios). Esperan el advenimiento de cualquier pagano; estàn como agua para chocolate: y

como los patrones de casa de vecindad, no quieren que se marche el inquilino que bien paga. ESCASAS. En baja constante. No se hacen importaciones, ni exportaciones.

DESALMADOS.—DELIRANTES.—Con esta denominación se conocen en el comercio muchos adoradores que tienden redes en todos los lagos; el tiempo cubrió de nieve su cabeza, pero en el alma se refugian restos de un color primaveral. Para maridos están que ni mandados hacer. Son desdeñados por las niñas, pero son á propósito para la solterana jamoniaca que llega al Ocaso de su esperanza. NO FALTA EL SURTIDO. No escasean los pedidos.

DESENGAÑADAS. DADIBOSAS. DESCARADAS. Corren á la par. Revolotean en la atmósfera del amor positivo: fueron larvas, después gusanos, hoy mariposas que vagan en todos los jardines. *Sulipantas* de nuestra sociedad, alardean de su belleza para causar tentaciones al mismo demonio.—ABUNDAN.

Estas son unas sirenas peligrosas; que nadie resiste sus coqueteos. Usan rizos pegados y repegados en la frente, que quieren decir: „bésemo usted aquí, pollo.„ Las que lograron llegar à puerto, se exhiben de bracero con su *deogracias*. ¡Dios las perdone! No hay pedidos.

ENCANDILADOS. La electricidad que obra tantos prodigios; el gas, que brota del suelo en regueros luminosos; el emporio de luz que extiende sus resplandores por todo México, tiene deslumbrados á tantos y á tontas que podría asegurarse, sin incurrir en contraprincipios; deja á obscuras á pollos, lagartijos, arañas, gallos, gallinas, pavos y á otros bípedos. Nuestros tipos pierden la brújula y buscan un Norte como los marinos una estrella; se fijan en las jóvenes *eclipsadas*. Unos y otras juegan á la gallina ciega' sin mirar pelo ni pareja. ABUNDAN.

Se lanzan muestras de esta preciosa mercancía sin exajerar su mérito. Se venden á plazo y á precios convencionales.

EMPOLLADAS. EMBAUCADAS. ENGARZADAS. Estos tipos son del mismo metal, pero vaciados en distinto molde.

La que se hastía con saborear á todas horas un pollo frito. La que concede citas à las tantas de la noche, llega á comprender que:

"Ese cielo azul que tanto admira,
Ni es *cielo* ni es *azul*, sino mentira."

La que consume su juventud en amores estériles, debe exclamar con un D. Simplicio, que cabalgaba en jumento, con la espalda al porvenir:

"Mientras más anda mi pollino
Más se aleja mi destino."

ABUNDAN. ¿No merecen estas gallinuelas una recomendación especial? ¡Qué surtido, santo cielo! Los que anhelen obtener esta mercancía pueden despacharse á satisfacción. Las abonan hábiles echacuervos. ¡Acudid, solterones, acudid! ¡Dios los coja confesados!

ESCALDADOS. ESCAMADOS. ENGATADOS. El matrimonio visto por un perfil, presenta bellezas de primer orden, y encantos inexplicables; por el otro, amarguras y desengaños: los que apuraron la dulce copa del deleite, y después la amarga del fastidio, miran horizontados la coyunda: y quisieran apagar á sombrerazos la antorcha del himeneo, donde quiera que difunda su luz benigna. ¡Desdichados! Cada uno cuenta de la feria según le va en ella. Algunos hacen la apología del matrimonio con mormónica gentileza, y proclaman las teorías *del comercio libre*. Otros engañan con la verdad. ABUNDAN.—para estos hombres no hay perdón.

ELEGANTES. Este efecto no es muy buscado por los que aspiran *á dar manazo* como maridos pobres, por no llegar á ser pobres maridos; desean lo que el pueblo mexicano de sus gobernantes *un presupuesto barato*.

ABUNDAN Una consorte económica y que no sea sacadora de.... codo con el *polizón*, es joya de gran valía en estos tiempos. La elgancia es el refinamiento del buen gusto adunado con el lujo. Tienen poca salida entre los solterones de modesta posición.

FELICES. ¡Es tan difícil encontrar la felicidad tal cual se desea! nadie está conforme en el estado que Dios Nuestro Señor lo tiene. No obstante, nuestros tipos se resignan y se creen felices, como quien comulga con ruedas de molino; ya sea como pretendientes ó ya como maridos; no disputaràn á la fortuna sus favores ó sus desdenes. Poco tendrán que lidiar las mujeres que los acepten. ABUNDAN.

FATUAS. Las niñas satisfechas de sus méritos; las que hacen alarde de ellos si sus virtudes son ficticias, como la modestia falsa, la instrucción superficial, se designan con este nombre. Nadie las apetece ABUNDAN.

FRANCOS, FORMALES. Los pretendientes que tienen este color, tamaño y condiciones, son muy buscados; por adquirir uno sólo se saldría de misa cualquiera polla. Desgraciadamente ESCASEAN, y no es posible satisfacer los pedidos; conservan un precio altísimo, cuando son legítimos. Los contrahechos son como los relojes imitados de Lozada, andan arreglados los primeros meses; después....se vuelven *mula* como todos.

FACHENDOSAS. Las que aparentan ser hacendosas; las que aparentan una buena posición, y miran con desprecio á las humildes; que se creen degradadas si aceptan á las pobres en su trato, el vulgo las designa con el dictado de *fachosas*. ABUNDAN.

FACETAS. Las que suben el colorido de sus coqueterías, exageran la delicadeza de sus maneras, para no escuchar inocentes interjecciones de admiración, y aparentan que se lastiman sus castos oidos, así se llaman.

Hay un número considerable de las dos últimas, y de las *fátuas* unos cuantos tipos para muestra, pues han tenido demanda. Suplicamos á la *inteligencia,* como dicen los venduteros examinen á estas jóvenes que son apropósito para el hogar de lagartos y lagartijos. Resplandece en todas ellas la perfección del artificio!

FALACES. Las niñas que miran el matrimonio con un cristal color de rosa, cree que los maridos todos son ángeles. Cuánto se engañan las pobrecitas, si el que eligieron salió demonio! Los ángeles no habitan este mundo: al palpar la realidad se creen engañadas, y acusan á los hombres de *falaces*. ABUNDAN.

FAMELICOS Para los que no tienen fortuna ni medios de adquirir un bienestar, el amor es una tortura. ¿Pobre y enamorado? Son dos enfermedades como la epilepcía y la elefanteásis: estos pacientes debían vivir en el desierto. No se deben alucinar con las que dicen "*contigo, pan y cebolla,*" porque después....donde no hay harina, todo es mohina.—Hay grande surtido y están llenas las bodegas.

FAROLONES! Como los diamantes falsos tienen buen oriente; resplandecen; tienen resistencia. La ilusión es completa; se pueden engañar aun las màs entendidas. ¡Cuidado con las apariencias! A las ni-

ñas inexpertas llenan el ojo, y caen en el anzuelo.—Como las palomillas en verano.... ABUNDAN—Los pedidos se satisfacen en el acto, y se llevan á domicilio como las publicaciones españolas.

FEAS. En estas concentró, la deidad que preside sus destinos, las más sólidas virtudes. Como tienen la conciencia de su fealdad, son humildes; como son humildes no aspiran á grandezas; no las alucina el lujo; no la vanidad ni la satifacción de lo supérfluo, ni la concurrencia á los pueriles espectáculos. Son instruidas sin pedantería; virtosas sin ostentación; sinceras sin ser hipócritas; desean esposo por amar y ser amadas: Los fisiólogos notan que es más sano, feliz y tranquilo el hogar de la esposa fea, que el de la bonita, bella ó hermosa.—ABUNDAN. ABUNDAN. Los hombres que tienen duro el colmillo toman sin escojer, con la seguridad de llevar lo selecto, como con los pianos ingleses de Herard.

FRESCONAS. son las que pasan de veinticinco años; pero el cutis se les quiebra con el uso del colorete; por regla general, tienen el pié carnoso y blanco, como almendra mondada: llegan al altar hasta los treinta y tres, (la edad de Nuestro Señor Jesucristo) como perón viejo, con tendencias à rugarse, pero son más dulces y aromàticas. ESCASEAN.

FACILES. No se andan con cumplimientos; miran, juzgan y aceptan: como los toros de Atenco, se les tiende el capotillo, y se vienen. Sus afortunados adoradores pueden decir como el gran conquistador: "*llegué; ví; vencí.*" Las recomienda un gran fondo de sensatez para no perder el tiempo: lo pronto es lo decente: un *sí* muy sostenido, y *á mamar sentados*, como dicen los dueños de barras viudas de las minas en bonanza. ESCASEAN. Hay demanda.

GALANTES. Pasaron los tiempos de hidalguía, de caballeros y trovadores; cada hombre era una adalid, un poeta y un enamorado. "Mi corazón y mi dama," era la divisa de unos: "Dios, mi brazo y mi derecho," era la de otros; ¡cuánto han cambiado los tiempos! Don Quijote, esa creación del hombre valiente, sensato, hidalgo, justo, enamorado, modelo de lo más noble; y de lo más bueno, aunque fantástico, debilitó, casi extinguió, con el ridículo, la hidalguía española tan decantada. Hoy se substituye la galantería á la francesa, es decir, con halagos de oropel, frases de *doublé*, tirantez cómica, apariencias engañosas. No son así los tipos que tenemos para su venta, sino modelados en los de los tiempos que pasaron; son como *El Fandango*, *la pura miel*. Tenemos monopolizado el artículo. ESCASEAN. Si se consumen, no volverán á mportarse jamàs. ¡Poilas, ustedes saben lo que se hacen.

GARBOSAS. GENTILES. GRACIOSAS. Esta mercancía tiene un lugar preferente en nuestros aparadores: no hay que confundirlas con las bonitas que son cómo las jícamas, blancas, aguanosas é insípidas; nó; estos tipos lucen en la casa por su dejo y manejo; en un salón, por sus finas maneras; en el templo, por su unción reverente; en el teatro, por su aire señoril; en la calle, por su circunspección y donaire. Ciertos hombres casquivanos dicen que tienen "cuerpo de tentación y cara de arrepentimiento," pero nosotros las recomendamos por aquello de "más vale un metro de gracia que cien metros de hermosura." Tienen un palmito que hasta se cae la baba. Cuando recorren las calles, parecen cometas; resplandecen como un lucero y arrastran una cauda inmensa de admiradores é interesados. ABUNDAN. No hay pedidos. En lo general se prefiere á las bonitas que tienen:

"Caritas de San Antonio,
Y arranques como demonio."

GALLI-PAVOS. Pollos de largo espolón que se miran y se admiran al pasar delante de un espejo, y tienen la vanidad de ser halagados por las suegras, son una novedad. Cantan ronco; graznan, hacen la rueda, y son un término medio entre el gallo de calza y el pavo-real. ABUNDAN.

Hay señoritas que tienen estragado el gusto, y anhelan un consorte, realización de su bello ideal, y los encuentran fotografiados en los galli-pavos medidos en el cartabón de su capricho. Para satisfacerlas tenemos un variado surtido.

GATAS GARBANCERAS. Practican sus funciones en las casas ricas; cantan seguidillas; bailan *can-can;* visten con elegancia dominguera; si tienen bueneos bigotes, causan celos á la esposa y son la salvaguardia de la honra de las niñas; como los ángeles se ocupan en "traer á los hombres recados suyos." Están destinadas á llenar en la vida una misión, misión social, la de abandonar el rebozo, y de cubrirse con el manto de las cortesanas. ABUNDAN. ABUNDAN. Esta mercancía se vende en cajas cerradas, de cedro, bien barnizadas. Como dicen los boletos de los empeños, "no se responde por averías y roturas." Al que el diablo se las dé, que Gestas se las maldiga!

HUMILDES. Este tipo es solicitado con especialidad por los extranjeros. Una de las virtude más recomendables en la mexicanas es el buen carácter y como consecuencia precisa, la humildad. Nadie ha podido explicar por qué, de dos razas altivas, iracundas, indomables,

cuales son la española y la india, resultó moralmente un tipo angélico, lleno de dulzura, de modestia, de humildad. Como un misterio del cruzamiento de las razas admiramos á la andaluza, tipo de gracia y de hermosura, como procedente de la Valenciana y del moro.

Nuestra mercancía ABUNDA con estimación, y jamás ha sufrido depreciación; se vende por quilates como los brillantes.

ILUMINADOS. La botellología es una ciencia que se encuentra bajo el dominio de la química. De la unión de dos metales resultó el galvanismo, analizando el esqueleto de un ratón. Jesucristo convirtió el agua en vino; otros cantineros convierten el vino en agua; nuestros tipos, que son buenos químicos, convierten la plata en catalán de noventa grados, pues si se arroja una parte al viento, se volatiliza. ABUNDAN.

Es tal el rezago que de estos tenemos que quisiéramos proporcionarles salida con un setenta y cinco por ciento de descuento. ¡Ni por esas! Las pollitas no los aceptan temiendo que su hogar se convierta en fragua ó en locomotora, con la multiplicación de las chispas.

INCRÉDULAS. Esta mercancía tiene tendencias á la baja: no hay pedidos porque se dificulta la conquista de corazones empedernidos por la duda. Los chascos son numerosos desde que se estableció el matrimonio civil, pues no reconociéndose legal el matrimonio eclesiástico, no hay penas en esta vida para los devotos que frecuentan este santo Sacramento. Nuestro tipo está destinado para vestir ángeles, como las vírgenes necias.

Aquí concluyen por ahora nuestras noticias. Grande será nuestro placer cuando sepamos que algún provecho ha sacado la sociedad al mostrarle los tipos más prominentes de nuestra época. Aquí paz y despues gloria, y el que tenga pan que solito se lo coma.

A UN BOTON.

(PARABOLA.)

A LA SRITA. ROSA ALONSO.

Te conocí en el rosal, radiando con los destellos de la juventud, con los atractivos de la belleza; crecías al lado de otras flores, hermosas como tú, airosas como tú, y, como tú, exhalando perfumes delicados; esas flores abrieron sus senos cuando al herirlas los rayos del sol; ostentaban el rocío que brillaba con los colores del prisma; allí posaban las mariposas; allí se escondían entre sus pétalos los insectos; las abejas libaban la miel de sus nectarios. Esas flores, mimadas por la dicha, sentían deslizarse su existencia, arrulladas por el gorgeo de las aves y por el murmurio de las fuentes. Ah! cuán hermosos aparecían á mi vista los rosales, sombreados por los granados y por los fresnos! Pero tú, rosa querida, no eres todavía una flor; tus pétalos no se inflaman con los destellos de un sol de Estío; poética y pura, matizada por el rocicler que simboliza la inocencia, esparcías en derredor de los prados ese encanto indescriptible, esa suavidad de los perfumes. ¡Oh rosa! si de mi corazón, marchito por las brumas invernales, pudiera lanzar un acento tierno; si mi lira, cubierta hoy con un negro crespón, virtiera arpegios cadenciosos, á tí los consagraría; á tí, simpático pimpollo de estos vergeles; porque es tu mirar el de la paloma; son gentiles tus movimientos en el sarao como los de las hijas de los hombres; porque tu aliento es la esencia de los rosales que se evapora à los primeros albores ó cuando el rayo de la luna hace brillar las gotas de rocío. Eres todavía un botón; mañana se abrirá tu cáliz donde descansaràn las abejas y zumbarán los colibrís; entonces, rosa querida, nuevas sensaciones agitarán tu alma; y cuando creas que se han agotado la miel y la fragancia, un reguero de seducciones esparcirás en tu circunferencia; serás la reina de las florestas, la deidad encantadora de estos jardines.

El sol que te anima se ha ocultado ya; el crepúsculo vespertino extiende sobre tí sus alas color de fuego; vendrà la noche; ocultará con sus sombras tus lágrimas y tus dolores: ama y suspira en la soledad; cree y espera en el porvenir, porque la ausencia de la luz no es eterna; si te adormece el susurro misterioso de la noche; si despiertas cuando ruge el huracán, ó el rayo te deslumbra con su destello, eleva tu alma á Dios con lá fe del que cree y con la resignación del que sufre; espera el advenimiento de un nuevo día, porque se levantará otra vez ese sol por quien suspiras. Yo rogaré á Dios que no marchiten tu belleza los rigores del infortunio; que sueñes en un Edén, arrullada por el canto de los pájaros y por el soplo refrescante de la brisa.

Botón ó rosa, mujer ó angel ¡cuánto admiro tu belleza! ¡cuánto venero tu virtud! Si el destino te conduce á otros jardines, hábidos mis ojos te seguirán para contemplar la aurora de tu dicha.

A PAZ.

No la obligación, no los deberes de la amistad; tampoco el compromiso y la lisonja, inspiran mi pensamiento; sobre estos resortes sociales, íntimos, expontáneos, hay otro móvil; es mi afecto, mi purísimo querer, mi voluntad que la simpatía avasalla.

Tregua al dolor.

Paso al génio humorístico y á la musa festiva y retosona.

¿Quién conoce esta voz? ¿para quién son estos acentos? ¿quién aceptaría con beneplácito el graznar de un cuerbo cuando se pueden oir los cantos cadenciosos de los bardos?

¿Quién escucha con placer el gemido doloroso, adunado à los acordes de la gaita? ¿quién puede alegrarse con el gori-gori del responso y con el clamor funerario que aterra, cuando forma coro la guasa carnavalesca y las carcajadas del festin?

Yo exclamo con emosión; á tí, oh Paz! á tí mi buena amiga, consagraré en esta vez mis pensamientos.

¿Quién puede impedírmelo con buen derecho?

¿Habrá moros en la costa?

¿Tendré sobre mí el ojo avisor del centinela?

Si no teme don Jesús
Ni á su marrazo ni á su arcabuz......

¿Y à una ametralladora? ¿y á la dinamita? ¿y á las críticas tarascales?

¡Huy, señores! ahí está la beata de mis pecados que tiene para mordernos colmillos de jabalí, lengua de chicote, anchas tragaderas y babas de cán rabioso.

¡Dios nos coja confesados!

Invoquemos en nuestro favor al cielo y añadamos à la letanía esta nueva jaculatoria: De las cotorras hijas de María *liberanus Dómine.*

¡Oh Paz! amiga muy querida, cuánto anhelo tener el poder necesario para llenarte de júbilo, abrir brecha en tus sentimientos, oir de tus lábios tus afecciones: un amigo, en quien se depositan los secretos íntimos, puede llevar el consuelo de sus palabras á los corazones heridos; la música, los festines que forman la dicha de otros seres, la alegría que reboza en todas partes, acaso son un dardo para quienes no columbran la dicha suprema.

El dedo de Dios señala nuestros destinos: acaso el porvenir que á nadie se revela, brinda nuevos placeres á las almas infortunadas, à aquellas que apuraron la copa del sufrimiento. La fe del heroismo salva de la desgracia, cuando se cree y se espera. No eres desgraciada ¡oh Paz! cuando tienes las bendiciones de tus padres, la sombra tutelar de tus hermanos y los consuelos sinceros de la amistad. Roguemos al cielo que no te niegue esos beneficios. Lo futuro està lleno de misterios; dichosa el alma que cree y que espera, pues hay otras almas que perdieron la fe; la sonrisa está en sus labios, el duelo en su corazón; para estos séres se crió la orgía; reir y llorar con la copa en la mano, tal es su destino; respetémos su desgracia.

INSTITUCION DEL JURADO.

Los crímenes horrendos alarman à la sociedad, y de todos los animos se apodera un estupor que agosta las aspiraciones al placer y produce el insomnio en los sensibles y virtuosos corazones. Muchas veces un delito del orden común se pinta con negrísimos colores; la prensa comenta los incidentes, y reviste el hecho con el ropaje del crímen proditorio ó con los adornos de la más inaudita crueldad; más tarde, las investigaciones oportunas de la justicia vienen á descubrir ó à aclarar circunstancias atenuantes que quitan al crimen lo que le dá el aspecto de crueldad, y entonces, la justicia, la voz elecuente de los defensores, encuentran en la ley, en las declaraciones, en los hechos mismos, algo que favorece á los perpetradores de los delitos, y que demanda, no cónmiseración, sino justicia; justicia algunas veces severa y pronta, que es más grandiosa cuando el poder jurídico y el legislador saben colocar á su lado la prudente clemencia.

Por ser alguna vez difícil la investigación; por ser oscuro el tratado de las pruebas; por ser á veces muy hábiles los criminales para sustraerse al poder de la justicia; por ser erróneo el juicio de un juez y falible su dictàmen; por ser inexhorable la sociedad y ménos corruptible al oro, un grupo respetable de sus miembros; atraía las miradas la conducta de los legisladores, y elevaba á institución, sino infalible, sí incorrupta, la conciencia de un grupo de ciudadanos sensatos. Por eso se organizó y se instituyó en Inglaterra el jurado. También entonces se tuvo en cuenta la mala fe de los tribunales, puesto que también absolvía à los delincuentes ó condenaba á los inocentes. Todavía causa escándalos en el mundo el proceso Lessurque, cuya inocencia se demostró y *no se* rehabilita aun por los tribunales su memoria infamada.

Esa institución es nueva en nuestro suelo: la prensa la combate precisamente por que á su juicio han quedado impunes algunos criminales cuando se acababa de probar su delincuencia; de aquí se deduce que ella es mala é inapelable para nuestro pueblo. Posible es que algunos delitos queden sin castigo, como lo es que algunos inocentes sufran una pena infamante; pero al hacer estos cargos al legislador no se tienen en cuenta muchos, muchísimos casos en que un veredicto ha venido à satisfacer las exigencias de una sociedad alarmada. Un grito de indignación se levanta clamando justicia; nada más natural que la ley diga à esa misma sociedad "castígalo."—Si un grupo de ella tiene la conciencia de absolverle ¿qué tiene que hacer el legislador ante un fallo de la sociedad ofendida?

Justamente cuando se creyó que la justicia humana, representada por el hombre falible ó corruptible por los sobornos, podía torcerse en el sendero de la equidad, se instituyó el jurado. Allí no campean las pruebas del delito; no la elocuencia de los tribunos y de pensadores que convierte lo negro en blanco; no la voz fiscal què escudriña los hechos y penetra con la luz de su malicia en las mazmorras del crímen para convertirse en verdadero *profeta del pasado* y en *adivino* de los hechos que han tenido lugar en el silencio y en la obscuridad de la noche. El *jurado* tiene en sus ojos una venda; cubre su sensibilidad, por decirlo así, con el crespón de su rectitud, y falla según su conciencia, cuya decisión solidariamente condena ó absuelve; él no es juez que tiene en sus manos una balanza, un compás, un cartabón, para compartir en cada platillo y dar un fallo inexhorable, segúnlo *alegado y probado,* no: él se cubre con su conciencia y su buen criterio, y pone en la urna su bola blanca ó negra. Esta es una garantía, là que más se acerca á la perfección; la que más resultados favorables á la justicia puede dar en un mundo en que errar es atributo del hombre.

Muchas veces un juez tiene la conciencia recta, precisa, infalible, de que un sér desgraciado cometió un delito, y sin embargo, le absuelve; le absuelve, porque en el proceso no hay pruebas para condenarle; acaso la sociedad tiene esa conciencia misma, y al ver un fallo absolu-

torio levanta su voz indignada contra el juez que absuelve, el tribunal que confirma y la ley que marca los procedimientos. ¿A quién se debe culpar en esos casos? ¿al delincuente que oculta y no confiesa su crímen? ¿al receptador ó cómplice que no atestigua? ¿á la policía que no inventa y calumnia, y à la sociedad que exige y no colabora?

Imperfecta será hoy, como lo será hasta la consumación de los siglos, la institución del jurado, como es ineficaz la ley y la actividad de los jueces; pero es fuera de duda que es lo que más se acerca á la verdad. En una población de diez mil habitantes, ¿no habrá diez, por ignorantes que sean en la legislación, que no tengan una conciencia recta?

Si ese grupo absuelve à sabiendas del delito al delincuente, ¿á quién debe quejarse esa población si no es à un número pequeño de sus habitantes que no han querido ministrar justicia? Más bárbara y menos eficaz se ha considerado la ley *Linch:* será cruel, especialmente al proceder contra la vida de un hombre á que sólo Dios tiene derecho, pero jamás ha dejado de ser inexhorable para el monstruo de maldad.

Los reyes absolutos, los que tenían derechos sobre vidas y haciendas de sus vasallos, convertían su voluntad en tiránica, y hacían *mártires* aún de los verdugos delincuentes. La posteridad condena con epítetos infamantes á los monarcas que ejercían *justicia ad hoc;* pero si algunos hechos se quedaban sin castigo, ó se sacrificaban por ignorancia á muchos inocentes, también la posteridad tiene una palabra de indulgencia, y algunas también de aplauso para aquellos que si erraron como hombres, también fueron justos como reyes. D. Pedro, el *cruel* para unos y el *justiciero* para otros, mereciò esos dictàdos por su severidad; pero tras ella está patentizado su justicia; el suplicio del escribano fullero, ahorcado por *dar fe* de que era una naranja sólo una mitad que flotaba sobre el agua de una fuente, es una prueba. El triste fin del Arcediano de San Gíl muestran su crueldad, muy propia de aquellos tiempos; y respecto de algun otro rey, Ramiro II llamado el monge, cuyos hechos horrorizan á la humandiad por la forma del castigo, pero que no puede decirse que hayan sido aplicados á inocentes.

Si los jurados absuelven es preciso reconocer que á su juicio no están esclarecidos los hechos; y siguen una máxima justa, auque muy antigua, que «*más vale* dejar impune un delito que castigar á un inocente.»

Si la ley de jurados se derogara, veriamos también que se quedaban sin castigo los criminales; entonces volveriamos á clamar por la institución pel jurado como se clamaba en otro tiempo contra la lenidad de los jueces. Vanas serán entonces las quejas y las declamaciones. En el porvenir, lo mismo que en el pasado, no cesarían los cargos á la justicia. En otros tiempos y en otros paises se oían también las quejas de Feijóo en estas palabras:—"Ojalá nuestros tribunales estuvieran tan ciegos á las recomendaciones como inviolables á los sobornos. Por esta parte está decaído su crédito en la voz popular."

Tipos como el alcalde Ronquillo no son de nuestra época.

Boda y fandango al aire libre.

¡Cuánto discrepan las costumbres cortesanas de las campesinas! ¡qué divergencia en los usos y maneras de esos séres que, como béstias feroces, habitan las encrucijadas y los páramos! ¡qué diversidad de idioma; qué modismos y retruécanos en el lenguaje, especie de chapurrado grotesco, mezcla ridícula de la lengua espoñola antigua y la moderna!—Sus provincialismos muestran muy á las claras el orígen peninsular; sus progenitores fueron oriundos de Asturias, de las provincias Vascongadas, de Castilla la vieja, de Navarra y de Valencia.

Demasiado interes despierta al observar esas pobres criaturas que viven sin sociedad, en el aislamiento más completo, y entregados à una vida semi-salvaje; del estado de su civilización al edenismo no hay màs que un paso; de sus costumbres sencillas, al candor de los tiempos primitivos, hay un sólo punto; del de su civilización actual, al en que los dejó la mano férrea del conquistador, no hay más que un corto espacio; nada adelànta su industria; nada su religión y su filosofía; nada en fin el formidable pòder de la idea que germina aun en las tribus nómades de la Arabia y del Indostán; todo permanece estacionario en esas regiones donde sólo resuena el mugir del toro salvaje, y el chirrido de la cigarra. Pueblos desgraciados á quienes no ilumina el sol de una civilización perfecta, á semejanza de aquellos habitantes de la Laponia que no ven màs luz que la de las auroras boreales!

Sensillos y sin aspiraciones de ningún género, esos séres parásitos viven sin sentir los goces de la vida, y mueren ignorando las maravillas y cataclismos de la Naturaleza, los acontecimientos de la historia, y los adelantos sorprendentes de la ciencia; no les hableis de acontecimientos históricos en los confines de la tierra; no les hableis de las genuflexiones políticas de las naciones cultas, porque no lograreis exitar su curiosidad ni siquiera fijar su atención; desconocen la historia patria, y les cuasa fastio su estudio; desconocen sus instituciones, sus cambios políticos, y aun los nombres de los ciudadanos encargados de

regir sus destinos, Las leyes no los hieren ni los benefician, y así bienen ignorando todo, como aquellas víctimas del constipado que

Ni en la fosa funeral
Ni en el más florido Eden,
Al que lleva un catarral,
Ni por su mal huele bien,
Ni por su bien huele mal.

Por uno de esos vaivenes de la fortuna, que unas veces pródiga me coloca en los palacios que habitan los magnates, y otras rígido me arroja veleidosa á las cabañas de los pastores, me ví en el caso de presenciar las escenas campestres más sencillas, pero que por su novedad, por su aire original y de raro aspecto excitan nuestro interés; no son sus costumbres semejante á las que Calderón y Lope describen en sus obras inmortales; no son las del Pastor-fido, habitante de Calabria, que entre enramadas, banderas y carrizos, tañendo la bandurria, la gaita y el pandero, y en una carreta con jaeces y enredaderas silvestres, conducen á los desposados ante el Cura del pueblo inmediato para recibir una santa bendición, sellada con las palabra también sacramentales de

"Creced y multiplicaos."

Hay ahí el sabor peculiar de esas regiones; el colorido *sui géneris* de sus usos y constumbres; su música es poco melodiosa; sus cantares y sentencias tienen la filosofía salvaje que despiertan é inspiran sus montañas; y el aire de sus habitantes se identifica con las brisas refrescantes de sus regiones.—Juan Climaco Rodarte intenta casar á su hijo Cheno con la pispireta y vivaracha Gumesinda, hija del tio Chololo y de la cascarrienta Tula Mondragón. El novio Cheno, mancebo de veinte años, se ha enamorado de la doncella Gumesinda, pero fuertemente, de la noche á la mañana; anocheció sereno y amaneció con la pesadilla del himeneo; halló en su bolsillo diez pesos, y no sabiendo en qué emplearlos con mayor utilidad, formó este silogismo.—Compro un burro para traer leña; ó me adjudico una consorte; por el día habrá á quien cuidar, y por la noche quien me quite el sueño; burro y esposa son de mucha utilidad: el uno ayuda á traer leña para vender en la población cercana; la mujer ordeña el rebaño chivatil y me ayudará á ganar la diaria mecatona; no hay que vacilar; utilidad y recreo, placeres y beneficios, aumento en el caudal y descanso en el trabajo; he aquí lo que me produce el santo mártir-demonio; esto es constante; miéntras que el burro sólo me ayuda á la conducción de la carga del mercado, pero no curará mis dolencias con cariñosa mano, ni me condimentará una morcilla que apague el apetito y satisfaga al paladar; no dará creces á mi caudal, ni me rodeará de chiquillos que formen mis delicias paternales en los días de la siembra y del fastidio; me decido por una esposa en sustitución de un jumento taimado y cachazudo, que al fin demanda gastos y cuidados, y nada puede producir por sí sólo; ahí está la be-

lla Gumesinda; le he dirigido á señas mis insinuaciones amorosas, y las ha recibido con beneplácito; mis manos entrelazadas le han indicado que quiero el nudo gordiano que rompe sólo la muerte, y me ha contestado con la punta de su trenza con señas afirmativas y aprobatorias: ¡ay Gómez! tú serás mia; yo seré tuyo, los dos nos perteneceremos ya mu tuamente; abriremos brecha en el porvenir descubriendo nuevos hori zontes en nuestra existencia; con asiduidad y eficacia educaremos lo que el cielo pródigo quiera enviarnos en expiación de nuestros pecados.

Al tio Climaco le puso de mal talante el anuncio de la boda, pues era él quien tenía que soportar los gastos y las molestias que ocacionan la intr ducción al hogar de un sér extraño, y el cuidado de lo que Dios manda en abundancia á los pobres; se venderán las vacas, las o vejas y la yegua flaca, imágen perfecta de las que sirvieron de modelo a célebre Velázquez para pintar en sus inmortales cuadros sus escuálidas y hambrientas yeguas; se agotarán sus recursos, pues hay que ir á ha cer la olla gorda la Cura y al Sacristán, y hasta al mismo Obispo, pues de un modo lejano son parientes los dos novios; en último caso, cobrará olvenciones si no lo son por consanguinidad, lo serán por afinidad;—y si ni por esto, formaremos parentesco espiritual, serán *hermanos de leche* puesto que la beben de la misma vaca. Tales son los temores de Climaco al ponerlo en el florido sendero de la gracia de Dios; de esa di vina gracia, en que el diablo suele meter la cola, y desviar á la simpática pareja hácia la via-apia de los infiernos.

—Compadrito,—dice á su vecino el tío Chololo—le noticio que e mancebo Cheno quiere matrimoniar con su hija la lambrija Gómez con que......perdone la cortedà, compa de la alma mía, y....aguante la parada.

—Con o ancina compaito del corazón; con razón yo los ví alborota dos y en borrinchinados á los dos, dando rodeos por los redelores del jaca'; y andaban de seguro esos angelitos marantoñando que es un pi:mor, ¡pos vaya! que así fue la purita verdá.

El compadre medio mohino, por tan rudo modo de pedir una novia tomó su violín *gatuno* y con aire burlòn, amenzante y voz chillona. cantó en la puerta de su choza unas seguidillas, con el desembarazo de un improvisador napolitano. No puedo resistir á escribir esa justicia -valona, como su autor la llamó, notable bajo algún aspecto.

A la sobrina de Diego
A casarse la invitaron,
Y al punto le contestaron,
Que había de ser luego-luego.

El tio Chololo tosió, estornudó y preparó el pecho para entonar su canto becerril: así continuó su cántiga sonora; especie de lamentación ó jeremiada.

Sólo siento la probeza
Por tener lalma en un hilo;
La Gómez tiene su estilo
Y el mocoso su enteresa.
Si agachan los dos cabeza
Con más tezón que el de un ciego,
Han de buscar el sociego:
Quedrán casaca demoda;
Es decir, civil la boda,
Que así se hace luego-luego.

———

En prueba de que te aprecia
Tu padre, Gómez gentil,
No te casará el civil,
Sino el Cura de lilesia.
Pero si fueres tan necia
Que despreciares mi ruego
Y me hicieras un rejuego....
Los cogeré del cogote,
Y les rajaré un garrote,
Pero al punto y luego-luego.

———

Cargue con los dos el diablo
Si me hacen una serrana;
Si se han de jullir mañana,
Que hoy descubran su retablo.
Yo no reculo el vocablo
Aunque pierda mi sociego;
Si la Gómez es un fuego,
No es como la hija de Antonio,
Que hablando de matrimonio,
Ella quiere luego -luego.

———

Si la cosa al fin se embrolla,
Verá usté como se aduna
Pa quel mancebo no haguna
Del gavilán con la polla.
Yo les sorrajo la cholla;
Dispense, compa, el reniego,
Más tenga pa su talego
Sin olvidar este rasgo;
En la honra no hay compadrazgo....
Según dicen luego-luego.

El audaz compadre, amartelado y rígido papá de Gumesinda, dejó de cantar sus improvisaciones, aflojó las cuerdas á su violín, lo metió

en una bolsa de gamuza y se despidió ceremonioso y atento, del tío Chololo.

Describiremos la mansión de aquel campesino. Su choza ó *jacal* tiene cuatro varas de largo por tres de ancho; su pavimento es el natural de la tierra; sus paredes son de adobe, sencillas y débiles, y el terrado es de paja ó zacate bien tupido para resistir los rigores de la lluvia y los ardores del sol; la puerta es de poco más de vara, y unas tablas enlazadas entre sí con correas de cuero de cerdo; ella no impide el paso á la luz, á los reptiles, ni á otros animales perjuiciosos y malignos. Hay que penetrar á esa estancia en cuatro piés. -Un palo en un rincón atravesado y pendiente del techo, es el clavijero que guarda una enagua de indianilla color de rosa subido, un rebozo de hilaza, un pañuelo de algodón y frazada ligera; allí se ve una almohada de indianilla formada con pedazos de varios colores; petates, pieles de cerdo crudas, y algunos platos y tazas burdas de loza hecha en la fàbrica más cercana. completan tan rústico mueblaje; útiles de labranza, una hacha para hacer leña y un cuchillo de monte. En el altar se venera una dolorosa bizca hecha á pincel por un pintor andariego, y como formándole séquito se ostenta el Santo y Divino Rostro, deforme como máscara carnavalesca, y varias estampas de litografía, representando á un Santiago de casco y armadura montado en soberbio corcel, y enristrando la lanza contra los moros; la Sombra de Señor San Pedro, cuatro vírgenes del Refugio de todos tamaños, de predilecta devoción, el Santo Niño de Atocha, y un Crucifijo de bulto acometido de cólico, retortijones y reumatismo, según lo indica su postura forzada; los ojos saltones, pues está vivo todavía; pero eso sí; con una lanza lá escurriendo sangre, semejante á la boca de un dragón: el cendal le llega hasta la rodilla, tan prolongado como lo está la enagua de una saboyarda en día festivo según las flores que lo adornan: es visiblepor todas partes, le adorna una cabellera de enhiesto é hirsuto pelo, como queriéndose escapar al cielo. Colgada del techo se ve una inmensa tambora; estos son los arreos profesionales del compadre Climaco Rodarte, ó el tío Quilimaco como lo llama toda la comarca.

En esas chozas salvajes no sólo se hospeda la miseria horrible, sino el fanatismo más ciego. Esos santos, esas imágenes del Salvador y de la Vírgen, deformes como son, infunden á los campesinos más respeto que las copias perfectas de los cuadros de Rafael y de Murillo. ¡Cuánto calumnian esas pinturas! para venerarlas han de ser milagrosas, y esos milagros consisten en consejas estravagantes, con tal que sean maravillas; la fe se debilita; la religión se aleja de aquellas comarcas, y sólo se da lugar á la superstición.

Cuatro días habían transcurido desde la petición matrimonial y ya se veían los preparativos de una boda cercana. Le habían tomado el dicho; pasó ya su *noche triste* en eso de examinarla en la doctrina cristiana, y sufrido y contestado las preguntas indiscretas que á más de una novia le han sacado los colores á la cara. Comenzó á *rodar*, palabra favorita con que se indica que *inter misarum solemnia* se leyeron

las amonestaciones ó publicatas, con que al pú·blo se hace saber que ese par de pichones quieren doblegar la cerviz ante la coyunda santa, y se convocan denunciantes por si hubieren existido exponsales.

Llegó el día de la ceremonia, y la marcha de la comitiva la pregonaba el rebombante sonar de la tambora y los chirridos de los violines; novia y madrina en caballos bailadores, abrían la procesión; rebozo terciado ó fajado al derredor de la cintura; enagua colorada; flores naturales en la trenza, y sombrero de enormes faldas; un quitasol ó sombrilla de algodón escarlata; el seno casi desnudo se ve refrescado por las auras fragantes de los campos: tras las *novias* van los *novios* y tras estos los *padrinos* y los suegros, contentos y *jaranos* con el tequila rojeño, circulando un par de botellas que se reponen cada vez que se les mira exhausto el fondo. La incesante tambora deja oir su ronca voz hasta los confines, reproduciéndola los ecos misteriosos de las montañas; ella es el anuncio de la marcha de la comitiva y el agente más eficaz para convidar à *tragar* á todo vicho viviente; el que tenga oido y escuche el acento tamboril, puede tenerse por convidado al bodorrio y al fandango, sea ó que no sea pariente de los desposados, vecino ó enemigo de ambas parentelas. Nada es comparable al júbilo de esas dos familias, y ese día se suelta al *diablo*, frase con que se indica que novios, padrinos, parientes y amigos de los desposados, pueden impunemente *encoparse* ó ponerse *tuturuscos*, es decir, borrachos, sin temor de faltar al respeto debido à mayores en edad, saber y gobierno; y se puede lucir la mona con acciones y palabras obcenas; tales son, en resumen, esos sacrificios alcohólicos á boca de botella. En cada rancho, en cada puerta de potrero, ó bajo algún árbol de extensa sombra, hace alto la procesión para hacer á Baco sus libaciones, circulando el par de *limetas;* un grupo de la gente más traviesa *mete carrera* hacia adelante, para *revolverse* en grupo ordenado haciendo encabritarse á los corceles, bailàndoles á las novias el *mitote* al son de los violnes, y recibiéndolos éstas con las *limetas* repletas, é invitándolos á *echar un trago.*

Cerca de cada hacienda ò congregación hay un árbol frondoso que se lama el "árbol de los novios" que todo el mundo mira con reverente respeto; ese árbol es el de las tradicciones históricas, el Cedro del Líbano, el árbol de Garnica de aquel cortijo; aquí descansaron nuestros abuelos, dicen, el santo día de sus desposorios; aquí descancé yo; aquí descansarán nuestros nietos en iguales circunstancias; ¡árbol divno que encierra tantos recuerdos! bajo tu sombra bienhechora se han derramado tantas lágrimas, y es el nuncio de una felicidad siempre ficticia, jamás alcanzada. Allí se remudan los caballos con otros más briosos y enjaezados con adornos naturales de los campos; ellos ostentar lazos de maravillas, flores de peña, zóchiles y rosas de las palmas, cempazúchiles y mirasoles: allí es la cita de los deudos y amigos, quienes en señal de aprecio y de contento vienen à *topar á los novios;* la recepción se inaugura con *trago general y jura de confites.* Oigamos,

oigamos á un cantor que calándose el sombrero hasta las orejas, y formando grupo con los músicos, deja oir su acento para felicitar á la pareja conyugal.

Tempranito salió el sol
Tiñendo con su arrebol
Lunión felíz y temprana
De nuestra Gómez lozana....
Como si trajiera alcohol.
Yo sí que le tengo afeuto
A ese tequila rojeño,
Y lo miro con respeuto;
Lo empino, y me llega el sueño
Por el camino más reuto.
Les cantaré en la ocasión
De paso mi cantinela,
De los violines al son;
Los traigo en el corazón
Metido entre tela y tela.
Echen pa acá la limeta
Que le quiero dar un beso,
Pues templado soy travieso;
Si me pongo la trompeta....
Será mi gusto, y por eso.
No necesito cabresto;
Pá bailar me sobra gana,
Y no hago nunquita un gesto;
Que me toquen la sultana
Para soltarles el resto.

Sobre la sierra, ramales de la madre, que divide lo que se llama *cañón de Juchipila* y el valle de Nochistlán, en el Estado de Zacatecas, se hayan situadas infinidad de chozas y que forman rancherías; sus habitantes se dedican al cultivo de aquellas tierras y á la cría de ganados y caballada. Tales gentes, que por un sarcasmo de la fortuna, pertenecen á la humanidad, se avienen á vivir en el aislamiento, lejos de la influencia de un progreso que dulcifica sus costumbres agrestes, y no salen todavía del cuarto grado de la civilización.

En aquellas barrancas amenas y pintorescas, en que la Naturaleza prodiga sus dones, se encuentran las cabañas de esas pobres gentes que viven y que mueren sin gozar los encantos que rodean á los pueblos cultos; pero en cambio tienen los que les proporciona una vida semi-salvage. Allí se aplica perfectamente, para disculpar sus pocas aspiraciones á mejorar su condición, bajo los atractivos de un cielo màs benigno, un adagio que dice: "ojos que no ven están sobre un corazón que no siente."

Allí el tio Clímaco tiene su choza, la que abandona una vez al año por la cuaresma, para ir al pueblo inmediato á tributar homenage á la Divinidad, único día en que se acuerda que es cristiano y católico.

Se preparó la recepción de los novios, vistiendo de gala la choza. y las palmeras que la rodean; se construyeron barracas ó enramadas para que los asistentes saborearan los potajes á cubierto de los rayos solares, improvisando mesas cubiertas con hojas de encina, maravillas, zempoales, estrellas de los campos, y otras muchas flores silvestres.

La comitiva llegó; novios y padrinos arrojaban sobre los concurrentes puñados de dulces y confites, naranjas y manzanas; se esparcieron algunas botellas de aguardiente de Tequila.

Los actores de esta fiesta habían sacrificado, y Baco les prodigó to dos sus auxilios. Pocos permanecían en su juicio, y espoleaban sus cabalgaduras porque estaban á media bolina.

Varios acomedidos ocurrieron à bajar á la novia del caballo, honor que varios se disputaban, por que además de ser este acto un título honorífico que tiene resonancia en el porvenir, es recompensado por el novio con moneda de plata: igual ceremonia se observa al descalzar al novio de las espuelas, cuya recompensa la dà la novia mediante un puñado de confites y pastillas.

Allí ocurren los pretendientes que fueron calabaceados; allí están también las zagalas que se quedaron á la luna de Valencia; à continuación los presentes ocupan los asientos de la primera mesa y engullen á dos carrillos las viandas, que sólo podría digerir el estómago de un gañán; campea en los potajes de un cocinar campestre la picantísima pimienta conocida con el nombre de *chile*, y la no menos renombrada *cominos:* arróz, gallina azafranada, pollos en pipián, más suculentos que los inventados en la victoria de Marengo; el mole de guajolote, que es el platillo nacional y los frijoles refritos: Todos estos platillos, que tienen su nombre provincial, son conocidos en nuestro país, y figuran en las mesas de las sociedades cultas cuando se quiere tributar homenaje á las costumbres mexicanas.

La música tocaba las piezas más conocidas que habían nacido en Guadalajara; esta ciudad es la abastecedora en toda la República de la música festiva, de esos aires ligeros que se llaman nacionales. Concluida la comida, continuaron las libaciones. El sol se había hundido en su Ocaso, y las sombras de la noche invadían la estancia de los novios, y los contornos de aquella comarca. Se había improvisado un trono; bajo un dosel, y presidiendo aquella escena, se encontraban novia y madrina para recibir las admiraciones de todos los concurrentes. A un lado estaban los músicos, y el teatro donde había de tener lugar el fandango se encontraba al aire libre, como las representaciones trájicas en la antigua Grecia; se alumbraba con hachones, alimentados con ramas laurineas y leños resinozos, que ardían áun combatidos por el aire.

Hagamos un suspenso á nuestro relato para echar un cuarto á espadas, en materia de historia.

En uno de aquellos cortijos se había establecido un campesino llamado Leocadio Gonzàlez, que fué víctima de los bandidos; que á las om-

bra de la guerra de reforma merodeaban por aquellos puntos. Las rancherías se encontraban indefensas y se les asechaba constantemente por los guerrilleros encargados de propagar la insurrección, y con ella el desórden, la rapiña, las extorciones, el caos. D. Leocadio González comprendió que el único remedio que estaba á su alcance para salvar los pocos intereses que le quedaban, y los de los vecinos trabajadores y pacíficos, era el lanzarse al campo de la guerra, poner una contramina á la revolución él y sus dos hijos; perseguir con tenacidad á los malhechores las garantías constitucionales estaban cubiertas que con un velo por sus defensores y combatidas por sus adversarios. D. Leocadio González obtuvo del Gobernador de su Estado, el Sr. D. Jesús González, Ortega autorización para levantar una fuerza rural, comandarla como jefe, y quedar autorizado para obrar discresionalmente en la persecución del bandalismo.

El nuevo comandante era bien conocido, y màs lo fué cuando dió princípio al exterminio de los insurrectos y de la pacificación de aquellas regiones. El y sus dos hijos fueron los corifeos, los fundadores y el pié veterano de una guerrilla; eran populares; eran temidos, pero al mismo tiempo eran odiados por el bando contrario. El dominio del bandidaje fué tenáz, fué sangriento y fundado por un hombre cuyo físico no armonizaba con sus resoluciones rectas y severas. Se le acusaba de haber llevado á la expiación á hombres inocentes, y cundía el miedo hacia el brazo ejecutor radicando un odio implacable. Tal pánico era inherente á su conducta enérgica: limpió los caminos y los cartijos de gente malébola. Una gota de sangre que se derrama en un patíbulo es un estigma perenne contra un verdugo y contra una causa: esos odios son solidarios en aquellas comarcas, y faltando resolución para vengar los agravios, nacían la pusilinimidad, la impotencia, acaso los remordimientos; estallaba la indignación en declamaciones impúdicas é insultantes. No había imprenta, esa bàlbula de seguridad que impide la explosión de los agravios reprimidos, como libra de explosión á las calderas de vapor; se había perdido la tradición de la loa indígena que se transforma en censura oral y en protesta solemne contra la arvitrariedad y los actos despóticos, y era el órgano para hacer prosélitos: quedaba sólo por esgrimir el arma del sarcasmo contundente, ayudado de la música festiva; quedaba la amarga ironía qué calumnia é infama, como un desahogo de la cólera comprimida en un lenguaje cáustico, impúdico, sensual y desvergonzado, que hiere como un dardo y excita la carcajada mefistofélica como un aplauso: quedaba el epigrama, la sátira versificada que en un lenguaje impuro esparcen los bardos salvajes; esa literatura de las masas ignorantes carece de la dicción depurada, de locución correcta y de la elevación de la idea: si estas vulgaridades son inadecuadas para mostrarlas à una sociedad culta, impropias para la reminiscencia histórica, y poco interesantes para figurar en una colección de piezas literarias, no lo son cuando se trata de describir las costumbres con sus atributos inciviles; cuando

se pinta á un personaje histórico, digno de la admiración de las nuevas generaciones. El Coronel Leocadio Gonzáles, como los Coroneles Jáuregui y Mejía, muertos en Teocaltiche por los soldados franceses, tienen un derecho á figurar en la Historia de México; el primero rompió el sitio, volvió á Nochistlán, y se aprestó á la defensa en aquellas desgraciadas jornadas: combatiendo se replegó á su último baluarte que fué la Iglesia; matando resistió el asalto de los invasores; enérgico y valeroso no desmayó cuando vió morir á sus últimos soldados en las bóbedas del templo. Se batió cuerpo á cuerpo; el tercer tiro de su revólver mató á uno de los franceses de un grupo que lo cazaba en su último reducto, que fué el pié del campanario; antes que caer prisionero se orilló al abismo, disparó contra sí el tiro que quedaba en su arma, y arrojàndose después de lo alto de la torre, quedó exánime su cuerpo, casi volado, y detenido sólo en una moldura del arquitrave de la fachada.

El Coronel Leocadio González era un hombre de cuerpo diminuto; jamás usó un lenguaje soez ni palabras tabernarias, usadas en el vivac y en los cuarteles; fué amable con sus subalternos, respetuoso y subordinado con sus más elevados jefes, sereno y prudente en el peligro.

Nuestros guerrilleros no estaban sujetos á disciplina militar, ni vestían uniforme; el distintivo que los acreditaba como beligerantes era una cinta roja que llevaban exteriormente al rededor de la copa del sombrero, ostentando un lema que descifraba con claridad la causa que defendía. El Coronel González, por una excentricidad que es peculiar á muchos hombres de gran valer, le gustaba llevar en su sombrero tiras de seda matizadas con los colores de la bandera nacional; sus lemas eran expresivos y ponían en relieve su aspiración y sus esfuerzos. "Dios, Libertad, Constitución y Reforma."—"¡Ay del que en la lucha fuere vencido!" Su voz era la débil expresión de un físico raquítico, endeble, y no daba á su persona la respetabilidad que le imprime el hombre de formas atléticas; pero aquel físico encerraba una alma de gigante, cuyas hazañas no resplandecían porque las ofuscaba la penumbra de la guerra civil; pero sí las que después tuvieron lugar ante el ejército invasor. Actuando en otro teatro y en otras circunstancias, se elevaría su talla á las dimenciones de la de los hombres que Plutarco encomia.

Este hombre, este héroe, que obraba á impulsos de un verdadero patriotismo, mereció una reminiscencia del General L' Herilier al dar parte de los combates y victorias del ejército francés en las jornadas de Teocaltiche y de Nochistlán.

Sentados los honrosos antecedentes de nuestro héroe, aunque muy á la ligera, volvamos á nuestro redondel en donde se agitaba con grande algaravía la gente que la tambora había invitado para el festín. Entre los gritos entusiastas de los beodos se percibían los acentos de los violines y la voz gutural de las cantadoras que lanzaban al viento sus estrofas; allí se encomiaba la tranquila vida de los recien casados, la laboriosidad de la esposa en el nuevo hogar, las delicia de la materni-

dad; solía mezclarse alguna idea sensual, algo picaresca, alusiva á los misterios del matrimonio que arrancaba una sonrisa á los maliciosos. y aplausos y vítores á los profanos. La novia, con el candor de la la inocencia, ignoraba que en esos momentos se hacía el recuento de todas sus acciones en la vida pasada, se le calumniaba, se le cubría de infamia por todos aquellos que por ella fueron despreciados; ella no era capaz de preever que en tales fiestas, que se instalan á consecuencia de un enlace matrimonial, provocan discuciones apasionadas en que se arrastra por los suelos la honra de una pobre niña; pero la civilización de nuestro siglo viene reformando esas costumbres; inspira la idea de que una pareja conyugal, en el momento de recibir las bendiciones de los ministros de su culto, partan à lugares distantes à pasar los primeros albores de su dicha en lugares extraños, donde los contrayentes no son conocidos, y donde no hay curiosos malévolos que asistan mentalmente á las escenas que, la sociedad, la familia y la religión cubren con un velo en una noche de boda.

La concurrencia de uno y de otro sexo había aumentado prodigiosamente, viniendo á la fiesta desde comarcas lejanas; atraían á la gente viciosa y pendenciera los placeres del licor y los de la sociabilidad. Para la gente de trueno; para los botellólogos, no hay goce completo sino buscan una reyerta en que se hieren y se matan sin causa justificada, sino únicamente por sentar plaza de matasietes, y por que vuele su fama del uno al otro confín; pero esos valientes de aldea enmudecen cuando saben que algún otro baladrón puede aplacarles el resuello, porque cada gallo canta en su muladar. ¡Qué extraño sería que la prudencia les inspire el silencio, consecuente con aquel pensamiento de Lord Byron:

Ruge el mar cuando batalla;
El hombre en sus furores, calla.

No era un baile; no era aquello una fiesta campestre; era un campo de Agramante; Baco y Cupido, Venus y Priapo, recibían adoraciones, y Terpsícore avergonzada cubrió su rostro con un velo. Ardiendo estaba la antorcha de la orgía, y la crápula extendió su influencia á todos los hombres y á todas las edades. Los valentones de oficio buscaban riñas, aconsejados por el licor que excita el sistema nervioso, y de cuando en cuando aparecían hombres inquietos que lanzaban mueras al Gobierno Constitucional, vivas á la religión, y deprecaciones insultantes contra el Coronel Leocadio González. La impopularidad de este Jefe se manifestaba sin embozo.

Como salida de la multitud se vió á una vieja que fué á sentarse muy cerca de los músicos y de las cantadoras. Se repetían á cada instante las piezas que se bailaban y los cantos populares que enaltecen à los héroes de una causa. No faltaban algunas canciones que dirijían á los santos más venerados en la comarca.

Un ébrio, inspirado por el Tequila, lanzó un juramento tabernario, y pidió á gritos que se cantaran los versos "contra D. Leocadio."

D. Leocadio sabía que en aquellas festividades se cantaban décimas obscenas é insultantes á su persona, y que no había fandango donde no se hiciera alarde de cantarlas con su fraseología impúdica y desenvuelta, por cantores ambulantes que recibían una propina de encubiertos enemigos, que representaban una causa. El entusiasmo, la gritería, la petición tumultuaria, eran una exigencia, y como los cantantes contaban con la impunidad, hicieron preludiar por los instrumentos los conocidos arpegios que, como batidores, anunciaban la carrera de baquetas que se iba á dar á la víctima que lo era D. Leocadio González.

Las primeras notas de aquella música fueron saludadas con aplausos y carcajadas. Nadie se habría atrevido á escuchar aquellas endechas desvergonzadas en presencia del aludido; pero estando ausente, todos aprobaban los arponazos que parecían salir de un albañal.

Unicamente copiaremos aquí alguna que otra glosa, moderando su lenguaje.

Cuando Locadio se rí,
Encerrado tiene gato
Y carne en el garabato,
Para *cenársele* allí.
No muy distante de aquí
A tres pinchó su chabeta
Por *jurtones*. No es *chifleta*;
Pero en el mundo se miran
A los patos que le tiran....
Le tiran á la escopeta.

Aquí hay hombres que á *todaora*
Han de *brotarle* á cualquiera,
Cuantimás á esa pantera
Que suspira, mama y llora.
¡Ay mamá! que se encocora
Don Locadio, y se rajara
Si otro gallo le cantara;
Hasta los pelos se estira,
Y parecería mentira
Que esa araña nos picara!

¡Que pensaría *gorra-gacha*,
Que aquí *rifaba* su brazo
Y cortaba su marrazo?—
(Nomás nos mira y se agacha.)
Es su voz cual de muchacha
Que á su novio cobra un celo:
Líbrenos Gestas y el cielo
De un muñeco que se alzara,
Y ni así mide una vara
Desde las nalgas al suelo.

Dice "*¿me aguarda tantito?*"
Y le mete el *chafalóte*,
Y lo cuelga del cogote
Al que le levanta el grito.
Más con el cucho Agapito
Fué cobarde, fué insensato,
Por que calmó su arrebato;
Le dió por mengua un moquete
Un puntapié en el roquete....
Y echó la misión del pato.

Con una tempestad de aplausos, de carcajadas y de gritos, fueron saludadas esas endechas que expresaban sarcasmos incisivos, infamantes: y aquellos palmoteos que el alcohol inspiraba, era la alianza que los oyentes formaban con el bate encubierto que forjara tan envenenadas saetas. Esa masa compacta, homogénea, era una sedición á mano armada: llovían sobre los músicos y los cantantes las dádivas y las flores, y nunca fueron tan aplaudidas en Francia las canciones de Beranger. Cuando la calma se había restablecido, aquella vieja que salió de la multitud se levantó, abandonó el paño ó rebozo con que encubría su cara, y quedó á la vista de todos un busto de hombre con traje de guerrillero, con listones y las insignias de su grado; era D. Leocadio González que se había deslizado por entre la multitud, á oir sus honras, y á castigar personalmente á los propagandistas infamadores.

—Bien, muy bien,—dijo aplaudiendo—¿No me harán favor de echarme otra cantadita? ahora lo verán; yo les curaré la tos.

Y arremetió contra músicos y cantantes, agrediéndoles con un varejón de mimbre; el harpa y los violines los arrancó de las manos de los músicos, y arremetiendo con ellos los hizo añicos en la cabeza de aquellos artistas; y àun el bombo, que era la alegría personificada y el instrumento más resistente, fué averiado y los parches rotos. La muchedumbre quedó sofocada con un lance inesperado; al aludido se le reconoció, y temiendo que no estuviera aislado, sino que entre los asistentes se encontraran algunos de sus hijos ó subordinados, emprendieron la fuga á escape, á espetaperros, alentados por el pànico que les infundía la presencia de un hombre temido y respetado en aquellos contornos.

Las únicas víctimas fueron los músicos que sacaron algunas abolladuras en el testuz, y algunos puntapiés bien acentuados en los costillares. Se apagaron los hachones; lloraban los muchachos; las mujeres huían lanzando gritos, y la luna alumbraba aquel campo que volvió a su quietud ordinaria. El novio y el padrino se ocultaron en una arcina de rastrojo; sólo tio Chololo quedó en su puesto para levantar el campo; aquella fiesta, que se inauguró bajo la brisa de la alegría, y que era para los consortes la aura de su dicha, se convirtió en un nuevo *rosario de la aurora*.

Felices fueron los moradores de aquellas cabañas que no tuvieron

más contratiempo que un lance inesperado y no las riñas y los homicidios que son frecuentes en esas fiestas.

Desearíamos insertar en estas fugaces impresiones, rasgos biogràficos, y algunos hechos que aun pueden comprobarse con testigos contemporáneos; fué sincero republicano, firme defensor de la idea democrática y reformista, y sacrificó su vida ante las balas francesas. Dàois y Velarde merecieron en España los honores de la apoteósis, y Galeana en México asombra con sus hazañas á las futuras generaciones; estos hombres no fueron más grandes que el héroe zacatecano. El historiador inscribirá su nombre con letras de oro, pero quedarán en el olvido infinidad de rasgos de audacia y de valor que en gran parte contribuyeron al triunfo de un combate; no se referirán tampoco algunas anécdotas que contribuir deben á matizar el conjunto de acontecimientos que unidos forman una biografía.

TEATRO.

LA CARETA DEL CRIMEN.---UN OBRERO.

MAYO DE 1859.

El lúnes 2 del corriente se puso en escena un drama de nuestro compatriota el Sr. D. Estévan Ávila, nominado: "*La Careta del Crimen.*".

Es un pensamiento filosófico el que se desarrolla en esta composición, y se ponen en evidencia varios de esos tipos que hay en la sociedad.—D. Hipólito Ladrón de Guevara es un hombre que se consagra entero y verdadero á una vida religiosa, afectando la virtud más rígida y edificante; habla de los santos con profundísimo respeto; bendice fervoroso el nombre de Dios, se santigua compungido al comenzar una buena ó mala obra; frecuenta los Sacramentos, y reza devotamente novenas á toda la corte celestial. ¡Quién creerà que en ese barajo hay engaño! Ese hombre, á quien la multitud santifica porque diariamente comulga, que admira como á un escogido de Dios porque públicamente se da golpes de pecho; á quien venera como à un Ángel que descendió del cielo quien sabe por donde, porque trae los ojos bajos; ese hombre no es màs que un tigre con piel de oveja, un diablo que se cubre con la máscara de la hipocresía para cometer abusos á la sombra de la religión y el fanatismo; él sedujo á una jóven en un baile de màscara;

él intentó casarse con una niña, existiendo su mujer propia en otra parte; él es, en fin, quien robó de la "*casa de Dios*," es decir, de la celda del guardián, un cofre con alhajas pertenecientes á su presunta *mamá-suegra*.

Doña Modesta Romero de la Camándula, es otro pájaro que bien canta; ella por ir á un mitote espiritual, por servir de madrina á un Castísimo Patriarca que se va á bendecir, por visitar la Iglesia á todas horas, y á las monjas en su día de reja, abandona sus ejercicios domésticos, echa en olvido sus obligaciones más precisas, sin atender á que su marido, el bueno de D. Cándido, postrado en el lecho del dolor, aguarda resignado que una mano extraña y caritativa aplique un remedio á sus dolencias. Su delicia son los frailecitos; habla con ardiente cariño de su padre espiritual, y por ganar una indulgencia, es capaz de salirse de misa á cometer un sacrilegio; es, en fin, una de esas mujeres á quienes el vulgo da el nombre de *cucarachas de Santuario* porque en ellos están á todas horas.

Ah! se me quedaba en el tintero otra de sus gracias: delira por el dominio de los españoles, lamenta furiosa los avances del progreso; tiene sus aspiraciones á la nobleza, á las prerogativas y distinciones de la gigantesca sociedad, y desprecia con arrogancia á los artesanos honrados sólo porque son pobres.

María es una jóven juiciosa que se consagra exclusivamente á los ejercicios propios de su sexo; allá, como que no quiere la cosa, con la amabilidad más encantadora, dirije otro tiro sin puntería á las mujeres que hablan de política, y que no comprenden las delicadísimas cuestiones que agitan à la sociedad.

D. Cándido, marido de la Sra. Camàndula, y padre de María, tiene como los cilindros, la música por dentro; á pesar de su candidéz, suele dirigir verdades de á fólio, algo picantes, à los malos gobiernos, y á todos los funcionarios públicos; declaman con ironía contra la ridícula costumbre de despreciar al que no usa frac, guantes de cabritilla, etc. y otras lindezas que solo para vistas, como es aquella en que su esposa le da parte que la justicia ha encarcelado à D. Hipólito.

—¿Por qué? pregunta admirado.

—Por que es un grandísimo bribón.

—Era seguro: ¡si rezaba mucho! replica con su estoisismo D. Candidito. No hay duda; ese candoroso caballero es un sabio endiablado cuando arroja á diestra y siniestra indirectas del Padre Cobos.

Edmundo es un carácter demasiado bueno que sostiene la morali dad del drama; en su esfera de humilde artesano, ha conocido por instinto que D. Hipólito es un malvado, y dá al fin con el laberinto de sus crímenes; él salva á María de la deshonra, arranca al delincuente la careta, y lo presenta al mundo, no como tipo de la virtud más perfecta que fingía, si no como el de la hipocresía más inaudita.

Estos son los personajes que figuran en el drama, que no teniendo color determinado, ni observado las reglas y preceptos de alguna es-

cuela conocida, no es posible aplicar el cartabón; podríamos designarlo como perteneciente al sistema que aspira á convertirse en ecléctica escuela, que algunos ensayan con buen éxito y que sus bellezas, sus golpes de ingenio, se amoldan á las de las dos escuelas *clásica* y *romántica*. Entretener al auditorio con agrado, es lo que el autor se propuso; como no juega una pasión; como la estructura de la otra es sencilla, carece de esas escenas arrebatadoras, que electrizan, que conmueven, que infunden terror; por eso lo clasificamos en una obra que podríamos llamar drama de costumbres; el carácter peculiar, algunas veces caricato, de los personajes, y los situaciones cómicas, nos revelan una tendencia y un fin filosóficos. Nos parecen exagerados en su conjunto estos personajes, pues no podríamos encontrar en nuestra sociedad algunos que se les parezcan. El autor ha creído que prodigando los colores de su paleta, resaltarían sus figuras en el cuadro que bosqueja, y les da esos pincelazos que ilusionan vistos de léjos y cuando les hiere una luz adecuada. Hubiéramos deseado màs suavidad en las sombras; menos obscuridad en el fondo con verosimilitud para no hacer odiosos los personajes: los mónstruos no son de nuestra época y por lo mismo los tipos no son reales. El autor ha sacrificado la verdad por hacer filosófico su pensamiento; forja en su imaginación figuras ficticias, y las traslada á su cuadro. No negarémos que en nuestra época, en nuestra sociedad, tal vez en nuestro círculo, pudiéramos encontrar personas que con la careta de la virtud se recomiendan para cometer crímenes, pero indudablemente no se parecen á los tipos que se dibujan. El tartufo de Moliere representaba los vicios de todo un siglo, y así eran los personajes reales; para corregirlos no fué preciso exagerarlos.

Los preceptistas quieren en todo verosimilitud, fidelidad en las costumbres, y nunca los vuelos de la fantasía; por eso se exige que los escritores de costumbres se ciñan á su época, á su sociedad y aun á su círculo; cuando menos, para transmitir á las nuevas generaciones retratos ó bocetos de personajes contemporáneos.

Sentimos que la estrechéz de las columnas de este periódico no nos permita seguir una à una las hermosas escenas que fueron aplaudidas; baste decir que la obra de que hacemos mérito es la mejor de las que el Sr. Avila tiene escritas, y que debe representarse con aplauso en todos los teatros.

El autor no tocó ni por incidencia las cuestiones de la política, pues comprende que el escritor dramático no debe fomentar el ódio de los partidos, sino corregir los vicios y costumbres malas de la sociedad en general; no debe conquistar sólo el elogio de sus amigos que muchas veces son apasionados, sino el de todos los hombres imparciales y de buen criterio; nó los aplausos pasajeros de un partido, sino el lauro glorioso é inmarcesible de la justa y severa posteridad.

La pieza titulada "*Un Obrero*" es una solemne paparrucha sin gracia y sin ninguna situación que nos inspire interes; el hecho parece inverosímil, aunque todos los solterones desearan una esposa que, como

la buena de Mariquita, oculte cuidadosamente las picarescas poridades de su consorte; ¡pero nada de eso! las mujeres arman un *sanquintín* cuando llegan á saber que allá, en los extraviados pasos juveniles, el diablo metió la cola y.......—Se cantó el himno nacional por toda la compañía, y fué aplaudido con frenesí; en aquellos raptos de entusiasmo se victorió la Libertad, la Constitución y la Democracia. No faltó uno que otro personaje que se quedara con un palmo de narices viendo al pueblo tomar parte en una cuestión que le interesa vivamente.

La primera representación estuvo buena; en la segunda pareció un poco tívio el trabajo de los actores. Para otra vez deseamos á la compañía un poco más de fuego, aunque nos abrace el calor sofocante de la Estación.

LAS GLORIAS DEL DOLOR.

DRAMA DEL SEÑOR PANTALEON TOVAR.

La Sociedad *Zaragoza* acordó repetir la función que á beneficio de los hospitales de sangre tuvo lugar el 18 del presente: obstáculos insuperables hicieron que la función no estuviera tal como la que se dió pocos días antes, pero sí se repitió la zarzuela del maestro mexicano Sr. Luna, cuyo título es: *La Vieza y el Granadero.*

Nada deberíamos decir de esta pieza, si atendiéramos á que el Sr. Luna, guiado únicamente por su buen gusto en el arte de la música, presenta su producción como un ensayo, sin pretensiones vanidosas, y sólo por contribuir á la variedad y lustre del espectáculo: tal conducta nos parece laudable; así es que nada podríamos decir sobre la música cuando carecemos de los conocimientos necesarios para juzgarla, pero sí lamentamos se haya escogido para una composición nueva y original, el libreto de otra zarzuela cuya parte cómica es ya conocida, y que ha sido calificada de trivial, insulsa y de mal gusto.

El rey Federico conoce á la bellisíma Berta, y concibe el proyecto de casarla con el cabo Colman; sin consultar la voluntad de ambos, y después de cerciorarse que la jóven no sabía leer, le paga bien las flores que vendía, con la condición de que lleve al Coronel del regimiento una carta que él mismo escribe y dicta; en ella se le previene, con todo el magisterio de que es capaz un rey amante de forjar matrimonios *ad hoc*, haga se unan en amorosísimo consorcio la *portadora* y el estimable Colman; la graciosa jardinera se encuentra con Susana, murciélago octogenario, y le suplica lleve á su título la misiva regia; es de advertir que esta señora no sabía tampoco leer,

pues si no fuera así, si se le hubiera antojado poner en práctica su femenil curiosidad, tal vez la acción de la pieza no hubiera pasado adelante, y se habría descubierto todo el enredo. El Coronel se impone de los caprichos del rey y obediente á su mandato, anuncia á la *portadora* que debe casarse, porque así plugo á la voluntad soberana: ¡cuánto placer causa á la viuda tan fausta nueva! à ella que camina en pos del cuarto consorte; á ella que á los ochenta y seis años de edad se ha metido bajo del brazo á tres maridos; en medio de su alegría se acerca á la puerta del cuartel donde estaba su futuro, y.... ¡oh agudeza! con toda la coquetería de unos quince abriles, con el donaire de una manola, envía al cabo Colman un beso en la punta de sus dedos. La lúbrica y festiva Susana, siente rejuvenecerse, hace á un lado todo sentimiento de pudor, acaso porque cree el autor que las viejas no deben tenerlo, y se muestra apasionadísima del granadero, agradecida del rey, y satisfecha de su destino. Cuando Colman sabe que tiene de casarse con Susana, lamenta no tener cargada su arma, y se le reconocen ímpetus, mejor que para oponerse à la voluntad del rey, para cometer un ancianicidio. Los soldados se burlan de la novia; màs ¿de qué no son capaces de burlarse los granaderos? Por fortuna Colman intercede de rodillas la gracia del rey, se descubre el enredo, y se casa con Berta. Tal es el asunto de la zarzuela.

El amor, dice Voltaire, se ha hecho para la juventud; el amor, decimos nosotros, cae pésimamente en quienes estan dominados por el hielo de la vejez; haciendo aplicación de este principio, creemos que nada es más inverosímil, y nada más repugnante que á los ochenta y seis años sea capaz una vieja de enamorarse. Es imposible que podamos encontrar en la sociedad un tipo semejante, y aunque se considere como un juguete, como un capricho de la imaginación para excitar la risa, precisamente pcr su exageración produce el efecto contrario; no vemos originalidad ni saboreamos la sal àtica que se debe emplear para no incurrir en el ridículo y la chocarrería; y por eso no sentimos otra cosa que el desdén; muy difícil es colocar oportunamente un chiste que nos haga reír; pero nada más facil que hacer el papel de gracioso sin gracia. La Sra. Suarez ha tenido en esta vez la desgracia de salirse de su cuerda para representar un carácter que estamos seguros le ha sido antipàtico; no es suficiente empleara su grande capacidad de actriz para hacernos agradable á Dª Susana, y si este carácter es defectuoso por culpa del autor, y sirve de disculpa que los actores no pueden ni deben corregir estos defectos, ni mucho menos infundir interes á la pieza que se escribe sin atender á las reglas cardinales del arte dramàtico, ¿qué podrá decírsenos de aquel beso que la Sra. Suarez mandó en alas de su entusiasmo, al inocente granadero? ¿qué otra cosa sino las risotadas del vulgo puede concitarse quien aspira á que le festejen la gracia?—Sra. Doña Antonia!

La función continuó poniéndose en escena *Las glorias del dolor*,

El Sr. Tovar, tan afecto á dar á sus producciones títulos extravagantes, al fin no nos explica porqué ha de ser el sufrimiento la gloria del dolor; esto no lo comprende nuestra inculta inteligencia, como no ha podido comprender que es irónica la vida y que hay sublimidad en la deshonra. El autor escribió una novela titulada "Ironías de la vida," y un drama "Una deshonra sublime."

Daremos una idea de algunos de los personajes del drama.

Gabriel ama á la jóven María y esta no corresponde de luego su amor, no obstantante sus ideas liberales y sus ribetes de filòsofo y moralista. D. Agustín es un pájaro que ama también á María, y es el competidor de Gabriel por interes del dinero; á más de la codicia tiene otros defectos, es partidario del obscurantismo, es diputado, y sobre todo, en política, es intolerante como él sólo: á cada paso nos habla de su partido, enaltece su causa, y se queda con un palmo de narices, cuando se le dice en tono hinchado y sentencioso, que:

Por intolerante el mundo,
Asesinó á Jeucristo.

Pero mayor es su admiración, al oír este apotegma:

Bien puede matarse á un hombre,
Pero jamás una idea.

No sabemos qué objeto tenga este personaje en el drama, pues desaparece desde el segundo acto para no volver jamás, y eso por que *sorprende* á Gabriel á los piés de María, y se persuade de que la jóven no es rica. Lo consideramos como la quinta rueda que se pusiera á un carro, como flor inodora y descolorida que se adhiere à un aromático y vistosísimo bouquet; tanta filosofía á nada conduce, puesto que no da ningún interes al drama. Los preceptistas más rigurosos del arte dramático aconsejan de conformidad, que no se pongan personajes innecesarios, sin hacer un papel interesante; consecuentes con este precepto, creemos que el Sr. Tovar haría muy bien en suprimir este indigesto personaje, y las relaciones de actualidad que pone en su boca: el escritor no debe buscar aplausos en lo que podríamos llamar espíritu de partido, porque ese drama no tiene por objeto principal corregir los vicios políticos; cuando no hay unidad en el pensamiento, cuando no hay oportunidad en los incidentes, se nos figura que el autor llama con campanilla à sus amigos y partidarios en política para decirles: *escuchad y aplaudid.*

D. Valente es el marido de Sofía; es un maniático que se encuentra atormentado por los celos; á cada paso viene á la escena, y al momento de presentarse contiene el paso como si fuera á caer en un precipicio; ensimismado lleva la mano á la frente como para atrapar un pensamiento, y exclama en tono lastimero:—"¡celos, celos!"—hace algunas observaciones sobre esta pasión, sobre la desconfianza que le inspira la ternura de Sofía, y se marcha para volver después à repetir la misma canción:—"¡celos, celos!"

Este personaje no nos parece propiamente caracterizado, pues si él mismo no dijera *yo estoy celoso*, no habría otro medio de comprenderlo; en sus palabras, en sus monólogos, todo es vaga declamación; no se observa en él esa vehemencia que domina á un marido celoso; y si el autor ha pintado esa pasión con fidelidad, el actor no supo comprenderla ni expresarla. Le vemos deferente en la puerta de la sala cuando *sorprende* á su consorte con el incauto D. Leonardo, y aunque manifiesta inquietud al preguntar ¿qné hace ese hombre ahí? queda contento y satisfecho conque Sofía, recurriendo á la estrategia, le diga: "viene á pedir la mano de María." Más tarde vuelve á *sorprender* á su esposa en un coloquio amoroso; mira á D. Leonardo á los piés de Sofía rogándole que huyan, y D. Valente pronuncia algunas palabras incoherentes, se queda estàtico, admirado del prodigio, y áun mira con indiferencia que el seductor se escapa: no puede caberle duda de que su mujer le engaña, pues á más de haberlos *sorprendido* infraganti, D. Valente la *sorprende* dormida, y la sonámbula Sofía todo se lo revela en el sueño.

Si el Sr. Tovar suprimiera este otro personaje, creemos que se iría purificando el drama, y la acción siempre iría adelante.

D. Leonardo es el seductor de la esposa de D. Valente; se introduce en la casa, no sabemos de qué manera; viene al lado de Sofía, y le espeta una declaración amorosa; ésta la oyo con dignidad, y elevándose un poco á sus propios ojos, le advierte que es casada, que es *señora* y que desprecia sus insinuaciones; el amante solícito quiere retirarse, y despechado le dice, que se le dirigen esos desdenes porque no pertenece como Sofía á la alta clase: "*Todo lo iguala el amor*," se apresura á decir Sofía antes que se marche el amante, y esto impulsada por un rapto de entusiasmo, y por que no puede dominar sus afecciones, pues era fingido lo del señorío; esas palabras penetran en el destrozado corazón de D. Leonardo como un destello de esperanza, como un vislumbre de felicidad, y ya no se va, por que quiere entregarse á su delirio; entonces es *sorprendido* por la adorable María, quien todo lo comprende á la primera mirada, y dirige un amable reproche á la esposa de su padre.

Observamos que D. Leonardo es un enamorado vulgar, pues manifiesta su pasión sólo con palabras frias que, repetidas á cada instante, logra sean escuchadas por su amada, á manera de gotas de agua que à fuerza de caer continuamente sobre una roca, la taladran. No hay sensibilidad, no hay expresión, no hay, en fin, ese sentimiento que habla al corazón directamente y no sólo al oído, y por esto el espectador no experimenta sensaciones: ¡quién creería que el amor glacial de D. Leonardo y su forzosa desesperación, le obligarían à atentar contra sus preciosos días porque su amada no quiere seguirle! Está desesperado; y con ánimo de tomar una resolución enérgica, manda, insta, ruega, y ni por esas consigue su objeto; se marcha en seguida, y...... ¡pum! se oye la detonación de una pistola:—¿qué sucede?—pregunta alarmado el público, más la interesante María viene

á la escena, se asoma al balcón, mira un difunto, y exclama compungida: *se ha suicidado D. Leonardo*! Entonces se comprende que aquel hombre amaba y sentía, puesto que ha llevado su amor hasta la locura. Esta es la parte patética y moral, porque algún castigo había de tener quien metió la mano en mies agena.

No aconsejamos la supresión de este personaje, por que entonces se realizaría aquel refrán:

Una camisa sin mangas,
Sin cuello ni delantera,
Que le faltan las espaldas,
No ha menester lavandera.

Sofía es una mujer ardiente que se ha enfadado de su marido por que no tiene sucesión, y le echa la culpa á él; busca otro objeto á quien amar, porque hay en su pecho un vacío; porque la preocupa el deseo de la maternidad; tiene la ligereza de amar á D. Leonardo y la debilidad de decírselo,

El autor ha querido pintar en Sofía la lucha terrible de una pasión desesperada con un deber, los afectos frenéticos del corazón en pugna con las leyes rígidas de la sociedad; este pensamiento que nos parece demasiado filosófico, y por lo mismo digno de explotarse con buen éxito, tal como está concebido y desarrollado, imprime en el carácter de Sofía cierto rasgo inmoral.

Una mujer casada no debe hacer consistir la virtud sólo en que rehusa huir con su amante, sino en no cometer una falta, en no tener una acción contraria al decoro. No debe decir que ama, pues su deber es amar sólo á su marido; mas sí por seguir los impulsos del corazón, de la naturaleza y de las pasiones se quiere pintar á una mujer débil; si se quiere decir lo que es y no lo que debe ser, puesto que la naturaleza tiene leyes que pocas veces han podido contrariarse, entonces búsquese el heroismo, más cuando todo el drama es una ficción; ¿qué mujer será más magnánima ante la sociedad que la que sabe dominar sus pasiones, guardarlas en secreto, y que se esfuerza por amortiguarlas? Si el Sr. Tovar hubiera escojido para su heroina un carácter tal como lo desciframos, habría tenido una concepción felicísima. Es preciso no echar en olvido que el fin del teatro es moralizar, y esto no se conseguirá dando lecciones como la que nos presenta Sofía. Si en el momento en que esta mujer mostraba deseos de ser madre, y serlo de un modo ilícito, hubiéramos podido dirigir nuestra vista á todos los palcos donde multitud de jóvenes pudorosas presenciaban la representación, habríamos *sorprendido* en ellas un gesto de indignación y un tinte de carmín en sus mejillas. A Sófía, que es desgraciada, debió el autor hacerla amar de los espectadores, para que sintieran con ella el peso del infortunio; màs no sucede así, por que Sofía es una mujer como hay tantas, que llevada de sus pasiones, alguna vez toca los límites del cinismo. No puede infundir compasión siquiera quien con sus vulgares descarríos ha he hecho su desventura. El corazón

humano, por pervertido que esté, cuando ama verdaderamente á una mujer, cuando le simpatiza en alto grado, su primer y natural deseo es que sea virtuosa; y si una acción insignificante contradice esta esperanza, desciende la estimación que por ella se concibiera.

María es de todos los personajes del drama, la que está mejor caracterizada; virtuosa, amable, humilde, sensata; hé aquí las cualidades que la hacen interesante á nuestros ojos; ella oculta las debilidades de Sofía con la esperanza de que vuelva sobre sus pasos, y por no amargar los días de su padre; comprende que las bellas cualidades no son inherentes al nacimiento ilustre, sino á la buena educación y á los sentimieatos que por naturaleza son nobles; por eso cuando se le echa en cara que su madre era humilde, hace inclinar la frente de Sofía con estas palabras; "pero valía mucho más que voz."

En resúmen, la pieza nos enseña que los conservadores aman por interes; que el marido celoso hace bien en desconfiar de la fidelidad de su mujer, y que quien tenga el defecto de hablar dormida, descubrirà sus deslices; nos enseña también que quien ame à una mujer casada y ésta no quiera seguirle, debe suicidarse como D. Leonardo; sobre todo, quedan entendidos los amantes de que deben ser cautos para no ser víctimas á cada paso de las *sorpresas*.

El Sr. Tovar habría acertado si en vez de "*Las Glorias del Dolor*" hubiera nominado su drama: "*La gloria de las sorpresas.*"

Ha ensayado un pensamiento filosófico en lo que se ha querido llamar impropiamente *escuela realista*. El realismo descarnado y no embellecido no lo acepta para el teatro una sociedad moralizada.

Al levantarse el telón la concurrencia se puso de pié porque estaba al frente el busto del General Zaragoza; un coro de niñas le circundaba, y con trinos angelicales tributaban alabanzas al vencedor del 5 de Mayo.

Se cantó también el himno "*La ira popular*," cuya letra y música es del Sr. Tovar. En él encontramos esta estrofa:

Levantad vuestra voz vigorosa
Y lanzad un tremendo ¡mal haya!
A la raza que allá en Tacubaya
A los libres gozó en inmolar.

La música, si no es un plagio, si es una imitación servil de la Marsellesa: en esta vez el público fué muy indulgente, pues no lanzó un treméndo ¡mal haya! como sucedió la primera vez al oir *La ira popular*.

Là niña Garfias ha sido la predilecta del público, porque admira su precoz talento en la música; aunque su dedicación no ha sido el canto, se prestó en esta vez á cantar el himno cuya música se había compuesto expresamente para esta función. Ojalà y otra vez tengamos el gusto de oír su voz, de admirar su habilidad en pulsar el piano y de aplaudir sus brillantes producciones. Por ahora nos limitamos en dedicarle estas líneas como demostración sincera de nuestra simpatía.

LA TRAGEDIA ITALIANA.

ISABEL DE INGLATERRA.

Después de haberse ausentado lo ópera bufa, sólo podemos hablar de la Compañía trágica que da sus funciones en el Teatro Principal.

Bajo muy desconsoladores auspicios arriba á nuestro suelo la Compañía italiana, que, bajo la dirección de la Sra. Tessero, nos ha ofrecido el obsequio de algunas funciones; hay que luchar con varios elementos que pueden ser contrarios à la empresa; estos son, la época de ayunos y disciplina, de abstención y de recogimiento en que de año en año entra una parte considerable de nuestra sociedad; el cansancio de espectáculos teatrales en la temporada que ha pasado; las distracciones de otro género que existen; el idioma en que las representaciones se hacen, casi desconocido en México; y, más qne todo, la clase de obras, ó màs bien dicho, el género en que tienen que trabajar los actores, sin que les sea posible hacer variados los espectáculos.

Si tratáramos de explotar nuestro gusto; si pudiéramos transmitir nuestras predilecciones teatrales á una sociedad tan culta como la de México, desde luego obtendría una acogida soberbia la Compañía trágica italiana, y nada habría que pudiera eclipsar sus glorias y sus tradiciones; pero hay que luchar con el gusto que anima á la poca concurrencia moderna, y aun los usos y el agrado de la antigüedad nos dicen que, fuera de la escuela trágica todo es pequeño.

Generalmente se ha reconocido y confesado que tanto en la literatura teatral, como en la interpretación artística, los griegos pronunciaron la *última palabra*, y en cuanto á génio y perfección nadie hasta hoy ha llegado, no diremos á superar, pero ni á asemejarse en algo á las grandes tragedias y comedias que, despues de tres mil años, nos envían sus resplandores como ese sol que no se apaga. Shaskespeare, cuyo génio gigante admiró al mundo y le admira todavía, es el que más se ha acercado á aquellos griegos: los actores trágicos escasean,

ya sea porque los modelos perfectos escasean también, y habría que crear y formar nuevos actores y educar á un público que las admirara ó bien que la poca estimación que el mundo, con raras excepciones, hace de ese arte, no prepara el estímulo. Raro y extraño sería que los trabajos de la nueva Compañía fueran recibidos y compensados con el entusiasmo y el ardimiento que merecen.

No hay que culpar á nuestra sociedad; ella se decide por protejer ciertos espectáculos que no carecen de belleza, que le son más familiares y cuyas emociones son agradables al corazón, al raciocinio y hasta al oído; pero abundan tambien en México personas de buen gusto y de buen criterio que sólo concurren al teatro cuando van admirar la perfección del arte y á deslumbrarse con los brillos del verdadero génio en la literatura. Desgraciadamente la mayor parte de nuestro público no ve en el teatro otra cosa que el lugar donde puede pasar dos horas de la noche sin fastidiarse, y poco le preocupa que sus emociones sean ocasionadas por la risa, por el enternecimiento, ó por esos toques eléctricos al corazón con que los filósofos y los poetas conmueven nuestras fibras. Nosotros tenemos esperanza de que el público haga de la tragedia su diversión favorita en lo futuro, pues al venir á México en otros tiempos la Ristori y Valero, han sembrado la semilla, han difundido el buen gusto por esos espectáculos trágicos; ese nuevo filón se explota y toma creces cada día.

La obra de que vamos á ocuparnos, se presta muy bien, por su estructura, por su entonación y su filosofía, para juzgarla desfavorablemente. Ella no está amoldada á las prescripciones de la escuela clásica, y su autor, en vez de buscar para sí los lauros inmortales de la posteridad, solo forja las hojas y las flores para coronar á los artistas de gran talento; ellos, en su calidad de *intérpretes*, no pueden crear, porque ese don es exclusivo del génio; por eso vemos que se apoderan de un personaje como Isabel ó como María Antonieta, sin guardar las unidades, sin respetar los preceptos; esas obras no tendrán más vida que la que les quieran dar los artistas para quienes fueron escritas. En la tragedia *Isabel*, hay incidentes innecesarios é inverosímiles para la marcha de la acción y para el desenlace de la trama, que en nada contribuyen á realzar las escenas ni á dar interes creciente á la acción. Tal es la introducción en la trama de María Lambrun, personaje puramente episódico, sin más objeto que manifestar que aquella reina activa era capaz de actos generosos y magnánimos. Para dar esta pincelada maestra al retrato de Isabel, no era preciso, indispensable, incurrir en un defecto tan marcado, cuando pudo caracterizarse con una simple relación. El objeto es hacer odiosa á Isabel, y por eso se han escogido sus dos episodios únicos reprobados; la muerte de María Estuardo y la de el Conde de Essex.

Dos son en nuestro concepto las principales figuras que se destacan de ese cuadro, tanto en la obra literaria, como en la representación; estas son Isabel, Roberto D'Ebreux; á ellos concretaremos nuestro

estudio, tanto por no hacer demasiado extensa nuestra revista, como para poder juzgar en otras obras á las actrices y á los actores en la esfera de la aptitud.

La presentación de Shaskespeare en el drama; la pretensión de Leiuster, no enlazan ningún acontecimiento para el desarrollo de la acción, y aunque el público aplaudió la escena en que dicta la reina á la vez, en trozos diversos, dos comunicaciones, la una suave y prudente, para pagar las deudas de Shaskespeare, y la otra con la entonación de la cólera, para castigar á Leiuster, nosotros no experimentamos ninguna emoción. No puede ser natural que una reina colérica ó calmada haga una comedia ante su corte; ó la dulzura ó el arrebato, pero uno sólo de estos afectos es el que admite tal situación para no dar un colorido de violencia y de exagerado forzamiento á la escena.

La escena IV del 2 ° acto, cuando la reina firma la sentencia de muerte da María Estuardo, ha sido hàbilmente marcada por la Sra. Tessero; al retirarse preocupada, vacilante, manifestaba, con mudo dolor, la lucha interior de que estaba poseída; el público, afectado, prorrumpió en aplausos estrepitosos. Más al declarar la guerra á Felipe II, al desafiar al rey más temido de la tierra, sin intimidarse por la armada que se llamó la *Invencible*, no obstante la pequeña flota que debía oponérsele, es cuando se presenta esa reina cruel y sanguinaria, con toda la majestad de su entereza y con la energía de su carácter.

La noticia de la derrota de la armada de Felipe II, el acto de las recompensas á los héroes victoriosos, es lo más interesante de esta tragedia, por que es también el acontecimiento más grandioso del reinado de esa mujer, que tanto influyó en los destinos del mundo católico; asistíamos mentalmente al palacio de Windsor para escuchar en Isabel los cantos de victoria, y luego al Escorial para presenciar las palabras de resignación del rey de España: "La tempestad y no las naves inglesas destruyeron á la invencible armada; he mandado mis buques contra el poder de Isabel, no contra el poder de Dios."

Isabel no premia à Roberto por sus victorias ante las murallas de Cádiz, le hiere en el rostro, y el Conde de Essex indignado y amenazante toca el puño de su espada; la reina le manda aprehender, sobreponiéndose como reina á sus pasiones de mujer. Roberto reconoce su extravío sin pronunciar una palabra. El Sr. Biagi, con la expresión de la mímica, con la energía de sus acciones, con la contracción de sus músculos nos manifiesta su arrepentimiento tardío. Este rasgo en el actor, tan sentido, tan insinuante, tan expresivo, arrancó nutridos aplausos. Allí reveló sus grandes dotes artísticas, y los arranques de las pasiones tan encontradas que en aquel momento agitaban su alma.

El noble celo, el resentimiento, la indignación, el arrebato, el arrepentimiento..... todos estos afectos fueron manifestados con los cambios de fisonomía; el conde de Essex, siempre grande y magná—

nimo, no temió descender del pedestal de su privanza, y rompió su espada que arrojó á los piés de Isabel.

La conclusión del acto 4º es el despecho de Isabel; sus arrebatos el grito de su arrepentimiento; aquí la actriz con grito imperioso despide à su córte para entregarse á sus reflexiones, frente á frente de Dios y de sus remordimientos. La actitud de la Sra. Tessero, su entonación robusta, manifestó muy al vivo las emociones de una mujer que sostiene una lucha cruenta entre su orgullo herido y su amor lastimado. El telón no cayó con la oportunidad y prontitud que debiera, para ocultar aquella escena en que la actriz tiene qué quedar inmóvil como si fuera una estátua; la estética halaga nuestta vista, pero al pronunciar la última palabra se nos presenta la realidad; presumimos que la reina Isabel no ha de haber quedado en actitud académica, despidiendo á su córte con la mano levantada por algunos minutos. Somos nímios aún en estos detalles, porque hay hasta necesidad de que el telón venga á cubrir una escena arrebatadora, para que esta continúe en la fantasía y tenga su complemento.

Tales rasgos, hasta cierto punto superficiales, no pueden sino revelarnos algunos datos de la Sra. Tessero como trágica, pero viene el acto último que es el de la catástrofe. En la escena III cuando Isabel cae en su lecho, víctima de un vértigo que le inspiran sus remordimientos, y agoviada por la agonía, fué interpretada muy bien y con naturalidad; pero los arranques del terror al reconocer al hijo de María Estuado, que rayaba en delirio, ha sido en nuestro concepto el rasgo más prominente en esa representación; el público experimentó las emociones que la actriz se propuso despertar en su auditorio.

La agonía de la protagonista, esa lucha entre la vida y la muerte, ese deseo de reinar y de no desprenderse de su corona mientras el soplo de la muerte no empañe sus pupilas, caracterizan perfectamente á la mujer altiva, á la hija de Enrique VIII y Ana Bolena, que tuvo remordimientos por sus crueldades; pero que sus instintos celosos no perdonaron ni al hombre que logró hacer palpitar su corazón con los dulces afectos del amor.

Hasta hoy nos ha revelado la compañía italiana su aptitud para sostener con interés aquellas tragedias, cuyas representaciones nos tiene anunciadas, y los dramas sociales que el mundo admira como las producciones filosóficas de Sardou. Creemos experimentar profundas impresiones, y aún creemos que el público, poco afecto à sufrir esos golpes eléctricos que dan á nuestro corazón las escenas trágicas, concurrirá gustoso á ser admirador entusiasta de la Sra. Tessero y del Sr. Biagi, héroes en la fiesta que hemos anunciado.

Isabel de Inglaterra es un drama de Jacometti que tiene un fin premeditado, cual es la de hacer propaganda de odios hacia la heroina. Véamoslo como una San Bartolomé teatral de estos tiempos. Nada vale como obra dramática; no tendrá más vida que el que le quieran dar los trágicos italianos.

DORA.

Escribimos nuestras revistas sólo bajo las inspiraciones momentáneas que nos causan algunas obras que vemos puestas en escena. Pocas, muy pocas conocemos, y aún muchas de ellas, juzgadas ya por la sociedad de México, son para nosotros una novedad. El repertorio que está anunciado nos ofrece obras nuevas que han sido aplaudidas, y que han granjeado renombre á sus autores; entre estos descuellan los dramas de Sardou, escritor francés, que siguiendo una escuela que podríamos llamar filosòfica, busca las faltas y los vicios de la sociedad, para dar una leccion moral; con frecuencia, la fantasía forja sus tramas, pero ellas están tejidas con el ovillo que se llama *realismo;* aunque intrincado su argumento por los accidentes escénicos, sus resortes principales son sencillos, naturales, enmarañados con interés y claridad, y desenvueltos sin violencia y con maestría.

La obra de que nos ocupamos se encuentra en este caso. Como fin filosófico y social, tiene el *espionaje*, introducido en el hogar: como moral el castigo de los malvados; como ameno, el diàlogo animado; como estética, los retratos y el carácter de sus personajes siempre variados, copias fieles del natural; los contrastes se ven á cada escena; graciosas caricaturas, y almas elevadas por el sentimiento y la virtud; diálogos chispeantes donde, para más acomodar la verdad social, juega el gracejo en escenas íntimas, con preciosos equívocos que nos deleitan, y donde brilla el talento del autor y las dotes de los artistas. Un retrato, una carta y un perfume, son los resortes de esta obra. Una mujer que intriga por los celos; un agiotista que especula y que es poseedor sin saberlo de misteriosa carta; un amigo que llenando los deberes de tal, todo lo analiza con celo perspicaz por casual accidente, y siguiendo el hilo de Ariadna, llega en tal laberinto al foco de las intrigas. ¿Puede exigirse más en un plan tan sencillo en su acción, tan filosófico en sus pormenores, natural en sus incidentes, y moral en su conjunto?

Obras de esta naturaleza no pueden menos de halagar el gusto de una sociedad cansada: un conjunto de artistas estudiosos que se poseen de sus respectivos papeles para interpretar á sus personajes con natu-

ralidad, con un sentimiento fisiológico, no puede menos que distraer el interes en un público somnoliento y, lo diremos de una vèz por todas, difícil de contentar.

Nosotros habíamos pronosticado que no podría dar variedad á los espectáculos una compañía que, siguiendo sus trágicas tradiciones, habría de buscar sólo las situaciones màs sublimes del terror; pero nos hemos engañado; esas piezas realistas de la escuela francesa, tienen personajes graciosos que nos deleitan con sus excentricidades, y que divagan de las impresiones que nos causa la ternura, cuando ella va à derramarse en nuestro corazón; no es la gracia llevada al extremo de arrancarnos una extentórea carcajada, sino el ático gracejo que nos arranca una ligera sonrisa. ¿Quién no se deleita con el modo de decir de la simpàtica Sra. Bonafine, al representar el papel de la princesa Bariatini? ella, parlanchina, ' ligera, coquetona, anima su círculo con sus agudezas y su inagotable charlatanería. Su físico gracioso, su voz, su mirar, su gesticulación, son muy propios para desempeñar esos caracteres frívolos. En esta noche fué nuestra delicia; su caricatura la estamos constantemente recordando y aun á veces sonriéndonos á solas como idio......no, como inocentes. La preciosa Diligenti, protagonista de este enredo que enmarañaron sus intrigas, realzando hasta un grado heróico su carácter de mujer herida por los celos, al fin es vendida por su imprevisión, y confesa por su liviandad; ¿qué podría hacer mejor en el desempeño de este drama la actriz de más claro talento?

En otras representaciones habría determinados actores interpretando con clarísimo ingenio personajes que se les confiaran, pero dudamos que puedan presentarse escenas tan variadas y otras tan estériles, en que los actores hayan sido muy felices para sacar partido de situaciones lánguidas; en algunas, no es el ingenio del autor el que brilla; es el talento del actor que interpreta, que crea, por decirlo así, bellezas fisiológicas, con una mirada, con un gesto, con un extremecimiento natural, que nos revela un estudio profundo de la situación, de la idea del autor, y hasta del conocimiento del corazón humano; todo esto para no deslizarse en lo ridículo al tocar los límites de lo sublime. La escena X del tercer acto, aquel diálogo tan vivo, tan animado, en que cada uno sostiene distintos afectos entre Favrolle Tekli y Andrés, no tiene competidores, ni puede hacerse con más perfección; la convicción de Tekli de que de aquella familia ha salido el retrato que ocasionara su prisión; aquella sorpresa de verse amenazado por un duelo: algunas veces su confusión, sus temores; ¡oh! todas estas afecciones pasaban por su fisonomía con tal naturalidad, que veíamos afilarse su nariz, brillar sus ojos, temblar sus labios sin mostrar esfuerzo ni artificio; y hasta su acento percibíamos para hacer comprender que no era un iluso ó un engañado......

Aquí ha tocado el arte lo màs delicado de la perfección; nosotros no hemos visto nada más natural, más dramático que esta escena; aquel grupo de Talli, Rosaspina, Diligenti, pasaba en esos momen-

tos por la calificación màs austera, y se declaraba por unanimidad que aquellos artistas lo eran en grado eminente: generalmente se confesaba que la compañía es compuesta de personas notables en el arte, y que ese cuadro es superior á cuantos se han visto en México. Réstános sólo decir, que el Sr. Bertini nos caracterizó con maestría al enamorado ligero, y al agiotista despechado.

Para nuestro gusto, para cautivar nuestra admiración y nuestro entusiasmo en esta noche, han sido la Sra. Bonafini, y los Sres. Rosaspina y Talli. Ojalá en esta vez no hagamos un *quid pro quo* con estos nombres, como parece nos sucedió en nuestra anterior revista con el Sr. Diligenti.

El público está ya definitivamente resuelto en sus apreciaciones, por cierto bien favorables y merecidas hacia toda la compañía; el crédito de ella ha subido ya hasta el grado del entusiasmo, y desde luego auguramos una favorable acogida, y un resultado laudable; de aquí para adelante, la concurrencia, lo esperamos, será más numerosa; sinceros y generales los aplausos, y más *positiva* la protección á tan simpàticos actores.

La Sra. Tessero es, como la figura más prominente, la que está en la actualidad à discusión; no se duda de su mérito; no se le niegan sus dotes, pero como es natural, se juzga por comparación con la Sra. Ristori. Nosotros no hemos podido ni hemos querido hacer tal comparación; juzgamos únicamente del mérito de la artista por las emociones que nos causa en situaciones dramáticas, que requieren conocimiento de la escena y la facultad de mover nuestros afectos.

Por elevar la escuela de nuestra predilección teatral, sentimos, no sólo placer, sino que sentimos hasta el más ardiente entusiasmo con los triunfos de la compañía tràgica italiana; nos asociamos á sus esfuerzos; nos impresionamos con triste desconsuelo, temiendo un fracaso; temiendo que no lograran despertar interes sus trabajos en una sociedad que está alucinada por los triunfos de la ópera bufa. Con el anhelo más grande de ver caer una venda, hemos preguntado á nuestros amigos: ¿vale más para el sentimiento una graciosa sonrisa, una coquetería de la incomparable y encantadora Théo, que los arranques aterradores de la sublime Tessero? ¿es comparable el encanto que esparce en nuestro derredor la *realista* Princesa Bariatini, con la figura de madame Angot y madame Lange?

La ópera bufa tiene que acabar muy pronto; ella ha entrado en la época de su decadencia; y aun en la misma atmósfera de París, donde fué creada, se analiza su enfermedad y se auguran sus funerales. Nuevos artistas trágicos anuncian su advenimiento, con febril aplauso, en esa Francia, teatro de Offenbach y de la Rachel; en la poética Italia, cuna del divino Alfieri y de la Ristori.



DESPUES DE LA MUERTE.

DRAMA DEL SEÑOR D. MANUEL J. OTHON.

I.

Cada vez que vemos representar obras dramáticas de mexicanos, quisiéramos escribir como preámbulo á nuestras revistas larguísimas disertaciones sobre la dificultad de concebir un grandioso pensamiento, adecuarlo á los límites de la escena, embellecerlo, y, más que todo, encontrar en el espectador el talón vulnerable para conmoverlo, para transmitirle una lección moral y filosófica, adornada con las galas de la fantasía; dar con el martillo en el clavo, es decir, adivinar cuál es el gusto dominante en el auditorio que ha de ser su juez, cuáles sus tendencias literarias, hasta las simpatías que inspira la personalidad del autor. Nada diremos del énfasis con que fallan los presuntuosos; de la envidia de aquellos que para escribir sólo cuentan con la pobreza de su genio; nada de los celos literarios, nada de las discenciones políticas que tanto influyen en el fracaso de una obra; nada tampoco del criterio para marcar las bellezas y los defectos: Sólo debemos tener presente que, juzgar como espectador á quien afecta las emociones fugitivas, gratas ó ingratas, no es lo mismo que fallar como crítico que analiza, que debe aplicar el cartabón de los severos preceptistas, según la escuela á que una obra pertenezca, y luchar en cada situación con las innumerables reglas del arte.

II.

El público va prevenido á ser inflexible; escudriña desde la prótasis hasta el epílogo; afila el escalpelo; rebusca con la linterna de su crítica los detalles más minuciosos de la fábula dramática, y con el autor establece una lucha formidable, un combate de afectos; aquel repite los golpes de ingenio que lo impresionan, cuando éste quiere conmo-

verlo, entretenerle agradablemente, y habla á su inteligencia con la mágia de su persuación, y al alma con los acordes de su lira; toca las distintas fibras del corazón del espectador, resistentes à las emociones, á la manera que el pianista toca algunas teclas que hieren el sentimiento.

Después de esa prevenciòn apasionada, hay que luchar con el gusto dominante por alguna de las dos escuelas reconocidas, y por otros *meteoros* luminosos que aspiran á fundar *escuelas;* hay que amoldarse con el género, con la predilección comparativa del público nocturno ó vespertino hacia algún autor favorito y de renombrada reputación europea. No es extraño en esa lucha ver formar el paralelo por el público entre el niño que da los primeros pasos en el sendero de la gloria y el atleta de la literatura.

¡Cuántas veces un pensamiento psicológico no es comprendido por un grupo de espectadores descontentadizados, y se escapa á su análisis un rasgo fisiológico revelando con un destello de feliz inspiración los profundos abismos del corazón humano! Una mirada del actor, una interjección oportuna, una frase dicha intencionalmente en alguna situación, denuncian las agitaciones del alma, y éstas vienen à ser el resorte secreto que no puede, que no debe manifestarse en la declamación. Para el hombre pensador, cada palabra del poeta y del filósofo, cada gesto del actor, muestran un oceano invisible de ternura, de celos, de desesperacion ó de desconfianzas.

Téngase presente que el escritor dramàtico cuenta para desarrollar su plan sólo con estrechos horizontes, tiempo limitado y reglas contradictorias; con unos cuantos pliegos de papel, un público fácil de impresionarse lijeramente con las sombras obscuras que produce la brocha gorda, y un gusto veleidoso por las obras escenarias; además, las preocupaciones políticas y religiosas que halagan ó censuran sus pasiones, y la falta de estímulo de sus compatriotas y sus contemporáneos.

III.

Estas observaciones debe haber tenido presentes el jóven Manuel J. Othon cuando ha lanzado á la escena su precioso drama denominado, "*Después de la Muérte.*"

Esta obra pertenece por su forma y su estructura, al género realista, á ese género moderno que busca en la sociedad los vicios y los crímenes trascendentales para deducir consecuencias filosóficas, de acuerdo con la moral.

IV.

Una esposa infiel ó traidora tiene un hijo llamado Román que no es hijo de su esposo; ella muere, y es revelado el secreto por una cría-

da á la hija legítima, Consuelo; y al hijo espúreo se lo denuncian cartas encontradas entre los papeles de su padre.

Consuelo se casa. Ramón frecuenta con ella un trato social como amigo, pero á solas se entregan los dos á una ternura fraternal. En este enredo hace su papel el Gran Galeoto, por que las murmuraciones acusan de infiel á Consuelo, las que llegan á oídos del esposo, mediando las asechanzas de dos mujeres, de la alta sociedad española, Clara y la Marquesa y de un vizconde Federico que disputa á Román la predilección de su novia.

En una entrevista en casa de Consuelo, Cárlos *sorprende* á su consorte en los brazos de Román y se prepara á vengar el ultraje: Consuelo le revela el secreto de su madre, y este satisfecho ya, jura guardar la honra de una mujer que yace en la tumba, por no infamar su memoria y amargar los días de su anciano padre, D. Fernando, susceptible por defender su honor.

Esta es la prótasis del drama que se desarrolla con naturalidad desde las primeras escenas; descubierto el delito, la exposición está perfectamente hecha en acción, y sin más relato que la carta autógrafa de la madre al hijo.

Consuelo y su esposo concurren á un baile que preparan las intrigas de Federico, nuevo pretendiente de Clara, que es la novia prometida de Román. Allí son *sorprendidos* nuevamente los hermanos en una entrevista mediante las arterías de Federico, que impulsa los rumores infamantes á los dos esposos. Cárlos está satisfecho de la inocencia de Consuelo, más la sociedad ignora los lazos de familia que los une; el misterio que les rodea engendra los rumores que corren, y que vienen á confirmarse por las entrevistas secretas y rebuscadas en puntos solitarios, de la casa en que se dá el baile.

Clara, que es un personaje puramente episódico, dando crédito á los rumores, y teniendo la evidencia de las traiciones de su futuro, le niega su mano. Aquí concluyen unas relaciones que son únicamente un resorte para preparar la intriga de la entrevista en el baile entre los dos hermanos.

El padre de Consuelo, demasiado susceptible para tolerar una mancha en el honor, hiere el rostro de Román, y ante ese agravio no cabe otra solución que no sea un duelo á muerte.

El audaz Federico prepara el sitio donde debe verificarse el desafío, y previa *una carta* de despedida que el hermano remite á su hermana, los dos adversarios se baten sin que nadie pudiera impedirlo. Román es la víctima expiatoria, la víctima inocente, en una tragedia que se desarrolla sólo por las susceptibilidades del amor propio, por las inculpaciones del *Gran Galeoto.*

V.

Don Fernando viene triunfante á la escena, manchadas las manos con la sangre de su adversario; echa en cara sus delitos de flaqueza á

Consuelo; le muestra el retrato de su esposa, *ángel de celestial pureza*, cuyas virtudes son el ejemplo que ha legado á su hija. En vano se disculpa y pone á Dios por testigo de su inocencia. Don Fernado, no satisfecho con derramar la sangre de un malvado, llama al sendero del honor á su yerno Cárlos; nada puede calmar su dolor ante el aspecto de la deshonra; ni las protestas de su hija, ni las del marido que debía estar humillado, ni las maldiciones á una hija que ha creído culpable. Cárlos le refiere el misterio de aquella supuesta falta: le muestra como prueba la carta de la esposa ya muerta, y en su desesperación se lanza á tomar una pistola para suicidarse; pero Cárlos lo ha previsto, impide el que se apodere de la arma fatal, y entonces cae al suelo sin sentido.

El drama concluye con algunas frases alusivas á la mujer que delinque, cuyos males causados son de trascendencia àun *después de la muerte.*

VI.

A grandes rasgos hemos referido el argumento de este drama, en que campean con relevante aspiración los esfuerzos del filósofo, mientras que decaen los arrebatos líricos del poeta.

Carece el drama de esos arranques de sentimentalismo, de sensiblería con que deben cubrirse los vacíos de un argumento estéril, y que son la góndola en qué navegan los autores que engalanan sus obras con la filigrana de la poesía, descuidando lo principal en las composiciones teatrales, que es hablar à la razón, mostrar las consecuencias del delito, con la verdad descarnada del filósofo.

VII.

El público aplaudió con entusiasmo, con expontaneidad. Nada podríamos decir nosotros, débiles cronistas de una pieza teatral, que no fuera un aplauso merecido y una felicitación sincera al jóven Othon. El público y sus amigos le han hecho ovaciones que seràn un estímulo para que siga un sendero de espinas, á cuyo término está la gloria y el renombre, únicas recompensas dignas del verdadero talento.

VIII.

Seanme permitidos hacer algunas observaciones á esta obra, que siendo una de las primeras de su autor, no debe carecer de defectos, que nosotros no podemos conocer; no somos críticos, no pretendemos que se nos tengan como autoridades en la literatura, sino únicamente amigos que hacemos observaciones, inspiradas por la admiración al jóven autor.

Es lamentable que se haga pasar la escena en España, cuando pudo forjarse la fábula en México, lo que habría dado más interés al drama. Es necesario, es forzoso nacionalizar el Teatro Mexicano.

Son *dos sorpresas y dos cartas* las que juegan en la escena como resortes. Los preceptistas de la escuela clásica, cuyos mandatos se observan en la obra, admiten uno sólo de estos recursos cuando pueden hacerse uso de él con espontaneidad, y nacido de los mismos incidentes y de la acción.

Las sátiras de Federico contra los gobiernos, congresos y autoridades, son recursos de relumbrón, carecen de oportunidad, y manifiestan que se suscitan intencionalmente aplausos fuera de los merecimientos de la trama y de la acción. La obra no trata de política ni es del género cómico; tal licencia peca de inoportuna porque dá á la concepción del poeta, en vez de un carácter serio, algo parecido á la caricatura.

Las sátiras de la Marquesa contra las mujeres casquivanas, podrían aceptarse sólo por mezclar el gracejo como copia fiel de la vida real.

El carácter de D. Fernando lo creemos exagerado; siendo éste el protagonista, es el que debe atraerse las simpatías del espectador; se emplean los colores más subidos de la paleta, y se le dá un tinte de inverosimilitud: inculpa á su hija, y en su severidad por arrojarla de su casa como celoso de su honra, falsea sus sentimientos de padre, sentimientos que en todo corazòn generoso son inseparables de la indulgencia para con una hija, aunque se crea culpable: no hay una sóla frase que muestre compasión á la hija que flaquea.

Los elogios que hace á la virtud de su esposa, á ese ángel de celestial pureza, prueban su engaño nada más; pero el espectador, que está en el secreto del crímen, arroja una ligera sonrisa que se convierte en rumor sordo, formando la caricatura de un marido que fué engañado; esto hace descender un tanto cuanto las consideraciones y simpatías que conquista por su valor y sus aspiraciones á conservar su honor sin mancilla. Los conatos de suicidarse, aun en momentos de suprema desesperación, falsean el carácter de un hombre prudente y reposado; ninguno de sus actos revela una enagenación mental, única causa para intentar el suicidio.

La escena del primer acto en que el esposo quiere matar á su adversario, tiene fuego, acción y movimiento; pero Román no puede sostener la esecena sino con la mímica, y hacen falta en el diálogo algunas frases que le proporcionen acción y movimiento; por esta causa en momentos supremos, representa una estátua inmoble.

El carácter de Càrlos y de Consuelo son simpàticos, y no carecen de rasgos que los ascienden hasta el heroismo; el autor los hace amar del público y no hay ningún pensamiento ni concepto que falsee su carácter.

X.

Si el joven autor acogiere estas ligeras observaciones como justas

para meditarlas antes que su drama se imprima y represente en otros teatros, podría cubrir los pequeños lunares que hemos notado; nuestras opiniones no son un juicio crítico; son los acentos de la simpatía arrancados á nuestra pluma por las ovaciones de que ha sido objeto; son un débil tributo de justicia y de imparcialidad á su primera producción dramática.

SULLIVAN.

La grande acogida que esta pieza ha tenido la noche de su representación, nos obliga á dedicarle unas cuantas líneas, pues una obra que á la sencillez de su argumento, reune un pensamiento altamente moral y filosófico, y cuyo desarrollo se hace con muchísimo interés hasta su fin, merece una mención honorífica, así como la merecen los inteligentes actores que la desempeñaron con cuanta perfectibilidad es de desear.

Sullivan es un actor de mérito, que ha sabido elevarse hasta la última grada de la gloria artística, y que ocupa, debido á su talento, un lugar muy distinguido en la alta sociedad inglesa; en esa sociedad aristócrata y rigorista, que no desdeña al talento aunque no esté representado en un hombre de ilustre prosapia y de fortuna colosal. Sullivan conoció que su talento ha encontrado una admiradora constante en la joven Lelia, hija de un rico comerciante, y siente por ella una pasión vehemente, tan grande como su ambición de gloria, tan noble como son sus sentimientos caballerescos. Lelia, jóven delicada y bella, virtuosa por excelencia, y altamente despreocupada para desdeñar las ridículas exigencias de la elevada clase, se ha enamorado del gran actor, y así se lo manifiesta á su padre; éste, queriendo arrancar de raíz el sentimiento que preocupa á su hija, propone à Sullivan que abandone aquella ciudad, y le ofrece una pensión vitalicia, aun más considerable que la que el actor podría adquirir con su nombre y su trabajo; para convencerle le manifiesta que una joven hermosa, noble, rica y sensible se ha enamorado de él, y que para hacer que le olvide propone el único medio adaptable. El célebre actor, orgulloso de su posición, ambicionando un renombre artístico, y celoso de la dignidad de su arte, desprecia tan ventajosa oferta, y se compromete á no dar creces á la pasión de Lelia, puesto que él ama á una joven desconocida; propone á Mr. Jenkins fingir el papel de calavera, para que de este modo, la joven enamorada pierda las ilusiones que la han preocupa-

do; á este fin, Sullivan concurrirá á la mesa del rico comerciante, al lado de otros personajes que pertenecen á la *distinguida sociedad.*

Notamos que todos estos personajes tienen su lado ridículo, con excepción de Sullivan y Lelia, que representan el buen sentido; notamos que todos son afectos á mandar á Baco sus sacrificios, inclusas Mis Saunders y Mis Penéloppe; y si hay exactitud en esta costumbre, como hubo propiedad en los trajes, nos convenceremos que à la humanitaria y filantrópica sociedad de los *bebedores de agua*, se le presenta un ancho campo donde hacer sus conquistas bienhechoras en todas las clases de la *distinguida sociedad* inglesa.

Con todo el rigor de la etiqueta cortesana; con toda la gravedad que es característica á los hijos de la reina de los mares, ha sido presentado Sullivan á los concurrentes á la *soireé*, más cuando conoce que Lelia es la bella desconocida á quien ama, se arrepiente haber ofrecido á Jenkins ser indiferente al amor de su hija; no obstante, cumple lo que ofreció, aun á riesgo de zozobrar la nave de su amor; puerilidad ridícula para el que esté verdaderamente enamorado, pero precepto muy respetable para quien tiene por norte el cumplimiento exacto de su palabra; confesamos ingenuamente que nosotros no seríamos capaces de tal heroismo.

Sullivan representa el papel de ébrio, de jugador, de pendenciero, y esto con algunos apartes que nos manifiestan luego que todo es fingido. Aquí el autor se propone trasladar una escena del teatro al teatro mismo, poner de manifiesto el talento artístico del protagonista, y no transmitir solamente la noticia de su celebridad al auditorio por medio de una relación, con lo cual ha dado un grande interés, al drama; éste podrá tener tal cual mérito, sus escenas seràn más ó menos animadas, pero su principal interés, confiado està sólo à la inteligencia del actor que representa el grande actor; es indispensable poseer algún rasgo de ingenio para que Sullivan caracterice bien á Sullivan; y esto es tan delicado, tan difícil de comprenderse y ejecutarse, que la más leve imprevisión, el más pequeño descuido, una palabra dicha fuera de su lugar, una acción indecorosa, un chiste de mal gusto, que degenere en chocarrería, indudablemente haría rodar la representación; arrancaría una sonrisa de desdén al espectador inteligente, y produciría un efecto contrario al que el autor y actores se proponen. Aquí es preciso interrumpir nuestro comentario para tributar un homenaje de admiración al Sr. Morales.

Si hubo naturalidad al desempeñar el papel que representó, mayor fué el ingenio empleado para caracterizar al protagonista; lo primero puede estar al alcance de cualquier actor que tenga apenas conocimientos muy superficiales de la escena; más lo segundo, requiere talento artístico, génio verdaderamente cómico, sobre todo, para marcar con naturalidad las transiciones del sentimiento á lo fingido; ha sido necesario mucho estudio y una constante dedicación, para no representar un ébrio de taberna, un jugador del vulgo y un ridículo matasiete; la habilidad artística consiste en manifestar en todo, áun en medio de los

desórdenes, las maneras aristocráticas y andar cuidadosamente en un terreno tan resbaladizo, porque es un axioma que, de lo sublime á lo ridículo sólo hay un paso. Para que la joven apasionada sufriera una metamorfosis, y se haya visto obligada á despedir de su casa, á impulsos de la indignación, al hombre que tanto había dominado su afecto, era necesario un contraste de magnitud, porque no se trata sólo de desagradar á una bella, sino de agradar á otras muchas que de los palcos presencian la representación.

El pobre Sullivan, desesperado de fingir un papel tan humillante á los ojos de su amada, arrepentido de haber echado una mancha en los timbres de su gloria artística, resuelve abandonar el teatro; pero he aquí que el quisquilloso de Federico Dumple, que también hace la corte á la sensata Lelia, ¡en un momento de alegría alcohólica, le descubre que todo ha sido fingido, que el gran actor es enemigo de la intemperancia, como lo es de todos los vicios, y la jóven vuelve á recobrar la simpatía que supo inspirar en su alma: quiere impedir un duelo entre Sullivan y otro personaje, y deserta de la casa paterna; va á la de su amado, y allí es sorprendida por su padre: este se persuade que el actor enamorado es un grande hombre, à pesar de su nacimiento obscuro y su carrera anti-aristocrática, y consiente en el enlace de los dos; descubre también que el amartelado y alegrito Dumple, ha convertido su cartera en álbum de epístolas amorosas de distintas damas, y se resuelve á dejar sus antiguos proyectos de matrimonio. La pieza concluye, como todas, con una boda y con unas calabazas que se dieron al amante impertinente.

La representación ha sido de las más felices; las Sras. Suarez y García caracterizaron perfectamente à las señoras de esa sociedad inglesa, que son tan àdictas al aromático té y al ardiente *rom:* bastó que ambas se presentaran en la escena, para que el público conociera que aquellos tipos tan originales eran ingleses. Los Sres. Castro, Rodríguez, Padilla y Castañeda supieron colocarse en su línea, á la altura que demandaba su papel: no diremos más en su elogio, pues tributarles aplausos que todos los días oyen, decir que lo *hicieron bién*, es atronar sus oídos con una sempiterna cantilena que llegaría á molestarlos; la aprobación del público es su mejor elogio.

El Sr. Morales fué llamado dos veces á la escena, y aplaudido con vehemencia. Nosotros nos congratulamos con que el estudioso Sr. Morales reciba del público esas ovaciones afectuosas y significativas, que son el preludio de su gloria; nos place verdaderamente ver descollar entre los mexicanos esos talentos que han estado en la obscuridad por falta de estímulo, y que el público, *mexicanizándose* un poco, por decirlo así, vaya eliminando sus preocupaciones de extrangerismo.

A propósito nos hemos abstenido de hablar algo de la Srita. Mendez, porque deseamos dedicarle un párrafo, y hacerle observar tal cual defectillo que notamos, muy disculpables en una joven que comienza, aunque bajo felices auspicios, su carrerra artística. No dire-

mos que es una actriz, pues sabemos cuanto puede perjudicar á una artista novel grandes elogios inmerecidos. No diremos nada del nombre del protagonista, que unas veces se pronunciaba Súllivan, y otras Sul-ven porque tal impropiedad fué contagiosa á todos los actores; pero sí queremos que haga un esfuerzo por corregir en su voz cierta vibración que disuena en nuestro oído, cuando en los pasajes tiernos y animados tiene que elevarla; notamos un grande esfuerzo para concluir el período, y el público sufre la misma tortura que la jóven actriz; esto fácilmente se remediará con que la voz vaya subiendo gradualmente, para que à la conclusión, aquella sea sonora, llena y expresiva. Por lo demás, el público la recibe con aprecio, le agradan sus graciosas muequecillas y la aplaude con justicia. La graciosa señorita Mendez, gentil florecilla del teatro mexicano, es un botón que pronto se abrirá á la luz de la mañana, para embalsamar con su fragancia el aire de su patria; ojalá que nosotros podamos contribuir à formar la corona con que las bellas artes premien algún día su solicitud y su talento.

Observamos que la concurrencia al teatro esta vez, fué más numerosa que de ordinario, y esto lo creemos de buen augurio, porque tal vez la actual compañía dramática logrará levantar la escena de la decadencia en que se encuentra. Un desempeño eficaz en las piezas, y una acertada elección en estas, creemos será suficiente para conseguirlo; sobre todo, que haya variedad en los espectàculos; que no se pongan en escena sólo comedias de costumbres que nos hagan reir, porque el corazón humano es veleidoso y quiere que se muevan todos sus afectos. Si á un goloso, dice Gorostiza, se le dieran huevos moles en el almuerzo, huevos moles en la comida, huevos moles en la cena y en fin, huevos moles à todas horas, ¿no renegaría de las gallinas que los pusieron y las manos que los batieron?

La Compañía dramática, en su escasez de obras, recurre á un artificio ingenioso por demás, cual es el de anunciarnos que son comedias de costumbres algunos dramas como "D. Francisco de Quevedo" y "Las Aves de paso." Esto proviene de que hay la preocupación demasiado vulgar, de que al público no gusta conmoverse á la vista de un espectáculo triste; decimos que es una preocupación, porque á ese mismo público que rie y aplaude en una pieza de Bretón, le es grato conmoverse en los tiernísimos pasajes de "Medea," "Norma" y "Favorita," y nunca ha pedido que se ponga sólo en escena "D. Pascual" ó el "Barbero de Sevilla."



"La Torre de Nesle."

La brillantez de un cometa que arrojaba su cauda sobre el teatro, que cautivó la admiración, y que amenazaba ofuscar los faros de la antigüedad encendidos por Esquilo, Eurípides y Sòfocles, dió principio à su decadencia y entró en conjunción; hoy sólo vemos sus destellos á través de las brumas del pasado; ese cometa se llamó "el romanticismo." Los clásicos franceses, Corneille, Racine, Boileau, Voltaire, se presentaron radiando como nuevos faros, y no queriendo extinguir, sí reformaron, los preceptos de Aristóteles sobre lo que se ha llamado "la escuela clásica", como una necesidad imperiosa de la civilización: ellos y sus obras marcaron el principio de otra era en los anales del teatro. Nuevos escritores en nuestros días fundaron la "escuela romàntica," y arrojaron al mundo tragedias que bien podrían llamarse las "clàsicas del romanticismo;" ellas son modelo de perfección; sus autores, Alejandro Dumas y Victor Hugo, concibieron la idea de escribir, separándose de las reglas de la escuela griega que esclavizaban al génio, otras varias que crearan situaciones sorprendentes, interés que crece, moral en acción, terroríficas escenas, para que, al dar vuelo en la fantasía, tuviera el génio creador extensos horizontes. ¿Quién era Aristóteles para imponer leyes á la posteridad? un hombre de genio, pero sin autorización para decir á los hombres del porvenir, lo que Dios dice al Océano: "de aquí no pasaràs."

Shakespeare fué el verdadero fundador del romanticismo; el génio no necesita preceptos para crear tipos admirables, y concebir grandiosos pensamientos; por eso admiró al mundo con sus tragedias; la psicología ó la ciencia que trata de las pasiones del alma, fué la región en que se inspiró para escribir sus poemas inmortales; vino la decadencia del buen gusto, la veleidad de sus contemporàneos, y sus obras fueron olvidadas; la fuerza creadora de su fantasía había consignado en ellas, al lado de grandes defectos, bellezas inconmensurables, que hacían desaparecer aquellos. Dos ingleses, Macklin y Garrik, actores inteligentes, admiradores de Shakespeare, estudiaron sus olvidadas tragedias; interpetraron de un modo diverso á los personajes, realzan-

do con la mímica y la entonación sus grandes pensamientos, y las sacaron del olvido para que renaciera el gusto cuasi amortiguado: las nuevas generaciones pudieron admirar hasta hoy á uno de los hombres, acaso el único, que ha podido igualarse á los génios de la Grecia. Así comenzó el romanticismo sus conquistas en el mundo; en nuestra época se deseaba ver trasladada al teatro nuestra historia contemporánea, sin las trabas del clasicismo que, por conservar sus reglas, se sacrificaban grandes y bellas situaciones, hijas de la fantasía. Los muros de una prisión; las ruinas de un castillo feudal, el retrato de una mujer hermosa y de génio, eran depositarios de la tradición, de las huellas de crímenes horribles, ó de hechos magnánimos; el génio combina los tiempos, forma las tramas de la fábula, acerca las épocas; y de acuerdo con los adelantos escenógrafos, nos lleva al seno de los acontecimientos; nos revela los misterios de la sensualidad, y el martirio de los hombres, víctimas de una voluntad tiránica. Debido á esos adelantos conocemos las masmorras de la Bastilla, las prisiones del Temple, y las pavorosas torres de Londres y de Nesle.

Una de estas tragedias que abrió paso al romanticismo es la que se puso en escena en el teatro Arbeu, el domingo 9 del actual, y que traducida al castellano, lleva por título: "Margarita de Borgoña."

Acaso algún crítico, al analizar esta traducción, advierte: que dramas en que figuran personajes históricos, hay peligro de calumniarlos si se da su nombre á la cadena de acontecimientos ficticios, que sólo son los resortes dramáticos para sostener el interés, amoldarlo á la fábula, dar forma estética á la estructura de la acción, colorido à las figuras, y procurar el desenlace con naturalidad; muy especialmente en las obras de la "escuela romántica" en que todo es permitido, con tal de que sea una la acción, verosímiles las escenas. La protagonista de la tragedia, aunque la historia la dibuja como un monstruo de maldad, no lo fué tanto como el autor la pinta; por eso dió á su obra el nombre de un edificio en que se cometieron tantos crímenes en el misterio y en distintas épocas, y no el de un personaje histórico. La empresa del teatro á que en esta vez nos contraemos, no pudo, no debió indagar cual fué la causa de que el traductor le diera el título que le plugo dar. Sirva esto de advertencia para citarla en su oportunidad.

"La Torre de Nesle," según el título con que fué escrita, es uno de aquellos dramas que caracterizan la alta tragedia francesa en su más exagerado romanticismo; la juzgamos únicamente como obra fantástica en la que combinó el autor accidentes tan variados, escenas tan vivas y sorprendentes que mantienen la curiosidad al espectador hasta su inesperado desenlace. Una venganza llevada á término con interés; una lucha terrible entre la mujer sensual y el hombre astuto que poseía los secretos de su regia enemiga para perderla; un amor frenético que existe entre Gualtero y Margarita, es el argumento de la tragedia. No hay en él un personaje que posea la

virtud digna; carece de ejemplos morales, carece de filosofía en su conjunto, y no habiendo un contraste con el crimen, tendríamos que condenar la escuela, y no creer con el autor, que es una "obra maestra" que escribiera en ocho días; á no ser por su estructura. Algún escritor frances disputó á Dumas la paternidad de esta obra.

Si el fin del teatro es moralizar, esto no se conseguirá con la creación de los personajes que sostienen la acción de "La Torre de Nesle." Hemos dicho que no hay un hecho digno de imitarse, pero en cambio hay muchos que execrar; esta escuela busca pasajeros aplausos en la novedad, en la exgeración, hasta en la inverosimilitud, y pretende ocupar nuestra atención poniéndonos al vivo los crímenes inauditos: su tipo más perfecto, su creación más acabada, es Margarita, como lo son Lucrecia Borgia, Catalina de Médicis y Luis Onceno; su gloria fué efímera; débiles sus conquistas; pocos creen ahora en su resurrección, como en las tragedias de Shakespeare; y sin embargo, esa escuela resucitará algún día.

Cuando la sociedad horrorizada recuerda esos acontecimientos, que escandalizaron al mundo, tiene el pensamiento fijo en el castigo de los culpables. Expiación serían para Margarita sus remordimientos; un suplicio constante el recordarse autora de la muerte de su padre y de sus hijos; pero esto sólo no satisface la moral ultrajada; era preciso un castigo, y un castigo que esté en armonía con la magnitud de los delitos, tal como la historia nos lo revela en sus páginas sangrientas. Como el autor no se propuso poner en escena todos los hechos y el triste fin de su protagonista, sino un rasgo de su vida que se aduna con los acontecimientos que tuvieron lugar en un edificio celebre ,situado en la ribera del Sena, por eso tituló su obra "La Torre de Nesle," y no Margarita de Borgoña que es un pesonaje histórico.

La última representación no ha llenado el requisito de fidelidad, por que la obra, tal como la escribió su autor y fué traducida, la calificó de "inmoral" la dirección del Teatro Arbeu, acaso porque pinta la debilidad humana en su más alto grado de corrupción. Si tales hechos no se juzgan dignos de ponerse en escena, sería preciso hacerse pedazos la historia, pues los crímenes de que ella es depositaria, siempre escandalizarán á la sociedad. Si los altos hechos pertenecen al teatro y à la historia, los mónstruos y sus delitos, sea cual fuere su magnitud, deben estar bajo su dominio. No hay inmoralidad cuando se manifiesta el vicio con todos sus horrores y consecuencias; no la hay cuando se pretende excitar contra los criminales la execración eterna, porque nadie querría imitarlos; mas si con el tinte de la filantropía se pintare un vicio; si una falta inmoral en un personaje se le constituye en virtud; si una liviandad criminal se cubre con el velo de la indiferencia y el olvido, entonces, en nuestro concepto, envuelve un rasgo inmoral, porque sería pernicioso á la juventud que ella siguiera su ejemplo.

Para castigar tanta maldad, el autor ha puesto al final desenlace una escena bien combinada en la cual se ven descubiertos por la justi-

cia à los autores de aquellos nocturnos y misteriosos crímenes. Mas el traductor del drama citado, queriendo evitar á los espectadores el disgusto de ver que un hijo maldiga á su madre en los momentos de espirar; de que Margarita viera la agonía de su hijo, herido por su mandato; que fueran aprehendidos los delincuentes por orden del rey, ha hecho á este drama una mutilaciòn precisamente en la única escena que imprime moralidad à la obra. Contra la voluntad del autor, Gualtero mata á sus asesinos, viene á los brazos de Margarita, esta le revela que es su madre, y se justifica su desnaturalización. No pensaríamos hablar hoy de esa escuela que duerme el sueño de la muerte, si no viéramos en la traducción que se ha cometido un atentado que puede ser trascendental.

Una mano atrevida ha reformado esta trajedia indultando del castigo à los criminales, condenando al olvido la importante comisión que á Sawoasi se confiara. ¿Cuál es el fin que hoy debe suponerse á Margarita? reconociendo á su hijo ¿queda santificado su parricidio, sus costumbres licenciosas, los asesinatos que por su orden cometía el infame Orssini? ¿La voz de un hijo que le llama "madre", apaga en ella sus remordimientos, y se entregará de nuevo á cometer excesos? No sabemos con qué autorización se ha hecho esa reforma; si la obra no se considera digna de representarse tal como la escribió su autor, no debió ponerse en escena.

Esas licencias, ya sean de un traductor ó arreglador, ya de una empresa escrupulosa, bien merecen la censura, el anatema de la sociedad, porque aquellas son precursoras de otras muchas obras. Nosotros aconsejamos al Sr. Burón, que si quiere obseqiuar al público con el magnífico drama de "La Torre de Nesle," prefiera la traducción fiel de García Gutierrez á la del Sr. Bello, que hace pedazos la historia y la moral.

Por ahora, las obras maestras del romanticismo se refugian en los teatros de segundo y de tercer órden; allí se conservan sus cenizas, mientras una era, libre de la influencia del can-can, anuncia su renacimiento, como dice la fábula "del ave-fénix." Acaso un actor de ingenio saque del olvido esas tragedias que brillaron en su época; que hoy también irradian y se apagan como fuegos fatuos. Pero esto no se conseguirá si los actores, si las empresas mismas, desconceptuan las obras buenas, las convierten en inmorales, las mutilan en sus escenas más interesantes, sólo por la avidéz de la especulación. Nosotros hemos notado que el Sr. Burón, poco escrupuloso para conservar perfectas las obras de los ingenios antiguos y aún las de los modernos, suprime personajes, escenas, cuadros y hasta los actos enteros, sólo por amoldar á una diminuta compañía dramàtica, las obras que el público desea ver representadas, y que se ve chasqueado de una manera tal que suscita su disgusto. Dígalo si no la tragedia de "María Antonieta."

¿Será posible llegar algún día á la restauración del buen gusto por la escena, hacer admirar à los actores, levantar las compañías

de verso de la postración en que han caído á consecuencia de la relajación que siembran la ópera bufa y la zarzuela?

Nosotros sentimos esa decadencia; y cuando hemos querido averiguar la causa, la hemos encontrado en un público indulgente hasta la debilidad; en los mismos actores; en los celos que existen entre ellos; en el deseo de abarcar con brazos débiles todos los resortes del teatro, y en la hostilidad recíproca hasta de las medianías.

El público se aleja de los espectáculos dramáticos fastidiado de que se le mira con poquísimo respeto: los actores se limitan à figurar en un cuadro en que, siendo uno arquitecto ó albañil, se acompaña de medias cucharas; y en esa lucha constante, en ese batallar de mutuas inculpaciones entre el público y actores, se debilita el buen gusto, sin saber a quien acusar de la decadencia de las compañías de verso.

"EL PASADO,"

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS, ESCRITO EN PROSA POR EL SEÑOR MANUEL ACUÑA.

El arribo del Sr. Baladía á nuestro suelo, nos ha proporcionado el placer de ver representar por primera vez en nuestro teatro, la única producción dramática que escribiera el desgraciado poeta Manuel Acuña. El libro que circula impreso, y que reune sus magníficas poesías, carece de "El Pasado," no obstante que se publicó mucho tiempo despnés del día en que se representara. Poco conocida es esta producción, escrita por un jóven cuyo génio se admira aún: mas el Sr. Baladía tuvo la idea de ponerla en escena como un obsequio á nuestra sociedad, que agradecemos, y como un homenaje á la memoria del malogrado Acuña, que aplaudimos.

Esta obra fué juzgada en su oportunidad; ignoramos cual haya sido el juicio que de ella formara el público; ignoramos también cual haya sido la opinión de los escritores de la época de su estreno. Nosotros, al presenciar su representación en nuestro teatro, queremos juzgarla con imparcialidad, porque así evocamos el pasado y hacemos una reminiscencia del autor, que fué nuestro amigo, y á quien un rudo golpe de su destino encerró en la tumba.

El drama social está de moda en nuestro teatro moderno; invade

todas las zonas para relegar al olvido la comedia llorona de los antiguos, hoy llamado drama romántico, y la tragedia patibularia y terrorífica.

El escritor moderno explora regiones desconocidas; descifra los misterios del corazón y las preocupaciones de nuestra época; examina las úlceras gangrenosas de la humanidad; analiza los vicios de la generación presente; combate los errores arraigados tantos años, y arroja sobre ellos la luz de su pensamiento, sobre una sociedad que nace con el *virus* corruptor, que flota en el mar de las preocupaciones; al autor moderno podemos compararlo con el faro que guía à los navegantes, mediante esa luz que brilla, y que se apaga para volver á cintilar despnés. El asunto que forma el argumento del drama es un pensamiento grandioso, trascendental; el vicio que se combate se convierte á veces en delito, el cual delito no lo castigan las leyes ni la sociedad, porque es un parásito de esa misma sociedad que está alumbrada por la antorcha de la civilización y, como un sarcasmo, nutrida con la moral cristiana.

La mujer que delinque y á quien el arrepentimiento transforma en virtuosa ¿Debe ser estimada por la sociedad? He aquí el pensamiento cardinal del drama de Acuña. Nada puede haber más filosófico y moral; nada más trascendental y digno de la escena; el poeta bosqueja á grandes rasgos dos tipos que son las principales figuras de su poema; la heroina se llama Margarita, nombre que después se transforma en el de Eugenia; su marido es conocido con el nombre de David. Los demás interlocutores son personajes episódicos que poco ó ningún interés dan á la escena; no son absolutamente necesarios para urdir la tela que ha de formar la fábula. Las dos primeras figuras son las únicas que tienen contornos dramáticos. La estructura de la obra; la marcha de la acción; el carácter de los personajes, mal dibujados á veces, dan un colorido de vacilación en su fisonomía. Eugenia ó Margarita, que es la protagonista, no está delineada como una de esas mujeres vulgares que se arrastran por el fango; no está maleado su corazón ni debilitados sus sentimientos por el vértigo de la crápula. Para formar la estructura del drama y bosquejar sus horizontes era necesario crear una mujer que delinque á su pesar, obligada por la miseria para salvar á una madre que se moría de hambre; que pasado el primer impulso de la desgracia, ella se detiene en la pendiente, á la orilla del abismo, para entrar en la senda de la virtud. Indispensable era hacer simpática por este medio á una mujer ante un auditorio rígido en la moral, que se interesara por ella, sintiera el peso de sus desgracias, y condenara á los hombres malévolos y aun á la sociedad injusta que invierte la moral de Jecucristo. El enjuga las lágrimas del arrepentido y le cubre con las alas de su amor como la gallina á sus polluelos, si persevera en la virtud.

David es un hombre que dominado por la sensatéz, pone la justicia entre su raciocinio y su corazón y juzga á la mujer tal cual es, como

un sér debil y desgraciado; á un sér que, à manera de los instrumentos de la armonía produce notas ásperas ó melodiosas, según la mano que los pulsa. David, que se ha casado con Margarita sin que ignore sus extravíos, flaquea en su estimación sólo porque un amigo le transmite las censuras de la sociedad que no ignora la falta de Margarita, y que mira detrás de la careta que oculta la faz de la esposa honrada á la hetarea hipócrita. Tal es el rasgo que imprime en su carácter el cambio de nombre, costumbre de las mujeres mundanas. David ama á su mujer porque está satisfecho de su virtud; él tiene momentos de vacilación para no estimarla, porque llegan á su oído algunas habliilas de una sociedad que, cualquiera que sea el ropaje con que se adorne, no deja de ser màs que una parte de ese vulgo maldiciente, en este caso, no es á la sociedad à quien interesa *el pasado* de una mujer; sólo debe examinarlo el esposo: pero de esa vacilación se forma este dilema: Si el marido flaquea, no ama, ó si ama no debe vacilar en conceder su estimación, puesto que no ha sido engañado. Pero si es débil; si por una vulgaridad retira el amor á su esposa, imprime á su caràcter un rasgo veleidoso: justificado sería el qne no se casara, pero después de llevar á una mujer al altar, es liviandad pensar en *su pasado.* Este rasgo en David falsea su carácter, si hemos de juzgar al personaje como una figura dramática, esculpida á cincel bajo los preceptos del arte de hacer dramas. —Como personaje de la vida real, ó es un hombre del vulgo en quien es mentira la sensatéz y el raciocinio con que se le caracteriza, ó el autor no conoce el corazón humano. El sér que ama no vacila en sus afectos por críticas vulgares; en uno y en otro caso resulta debilitado, más aún, falseado el carácter del principal personaje; tales fluctuaciones son condenadas como defectos por los que dan reglas para el arte dramático. David ama á Margarita, puesto que se casó con ella: ni el tiempo ni la ausencia entibiaron su amor; es sensato, justo y prudente; después llega á ser vacilante, y en un arrebato de dolor vuelve á ser sensato, cuando éxclama: "¡Eugenia, Eugenia, yo te ámo á pesar de tu pasado!"

Prudente y sensato; desconfiado ó débil, tal debe ser su carácter desde el principio al fin; sobre este pedestal debió el autor colocar su gran figura.

Margarita ó Eugenia fué virtuosa hasta el heroísmo más tarde, y débil y delicuente al fin. ¡Cuánta vacilación y cuántas mudanzas! ella, lo mismo que su esposo, no tienen el heroísmo de la entereza ni la resignación del martirio para sobreponerse á las hablillas del vulgo, y al fin huye Margarita del lado de su esposo para no ser causa de murmuraciones que á los dos humillan.—Para que la aureola brille en la frente de la buena esposa, ésta debe permanecer en su hogar, al lado de su esposo, enclavada en el poste de su deber, sean cuales fueren las saetas del vulgo, cualesquiera que sean los riesgos que la amenacen. Pero Margarita huye del lado

de su esposo ¿á dónde vá? ¿al suicidio? á recorrer un sendero fangoso y pestilente? ¿vá al lado de sus perseguidores? He aquí lo que el autor no revela á su auditorio; esa conducta le enajena las simpatías, justifica las censuras del vulgo, y acaso imprime á su carácter, si no á la obra, un rasgo inmoral: ¿Tal desenlace nos mostrará el cansancio del filósofo? El nos ha mostrado en esta obra y en sus poesías líricas que posee en alto grado la fuerza creadora de una inteligencia vigorosa; si esto no fuera así, creeríamos que tan inesperado desenlace era feto informe de un pensamiento estéril; el aborto de un ingénio pobre. Pero no es esto; encontramos la causa en la juventud del autor; en su inexperiencia para analizar las grandes pasiones; en que no conoce el corazón humano, que es indispensable para escribir el drama social.

Si juzgáramos la obra como del género realista, que daguerreotipa las escenas de la vida tal cual ellas son, sin las galas de la fantasía, sin los adornos del estro poético, entonces hay que examinar la obra bajo otro aspecto. El realismo tiene por sistema no embellecer ni idealizar las acciones ni los personajes; el realismo descarnado y descarado, peca contra la estética, lleva á un auditorio culto ante la cloaca de los vicios, y repugna contemplar las llagas de la humdnidad degradada. Bien se percibe desde las primera escenas que esta obra dramática quiso escribirse con el escalpelo del filósofo, y no bajo el imperio de la fantasía: en ella el filósofo se sobrepone al poeta; la realidad á la ficción; la fuerza del raciocinio á los encantos de la lira; por eso notamos la carencia de afectos que tocan al alma y mueven la sensibilidad; pero aun en ese caso, no es cuerdo hacer abstración de los preceptos que conducen á la perfección del arte, ni abandonar el único camino por donde van los grandes poetas; sólo es dado al génio abrir nuevos horizontes al arte dramático, y nuevos senderos en un terreno lleno de asperezas y de tropiezos.

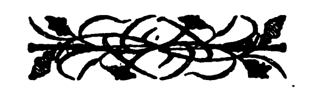
Aun en este caso, analizando el drama ante la luz de esa antorcha, de ese astro, de esa luciérnaga que brilla y que se apaga como fuego fatuo, y que se llama realismo, encontramos que no es cierto que la sociedad condene con inexorable rigor *el pasado* de una mujer que es virtuosa; la sociedad moralizada no la distinguirá en su consideración, pero sí la admira: vilipendia, sí, sólo á la mujer que habita en el fango, nunca á la que vive honestamente á la sombra tutelar de un esposo honrado. En este drama no vemos que la sociedad sea quien se agita para lanzarla de su seno; sólo vemos las intrigas de un pisaverde almibarado y de un vejete sensual y caprichoso; no son siquiera el tipo caballeresco y de finos modales, ni del calavera de alta clase; son la escoria de las clases degeneradas; no son los enamorados, sacerdotes de un culto pagano; son los sátiros del cieno.—Los habitantes de nuestra capital ocurrieron entusiastas à ver la representación de "El Pasado;" esta producción viene precedida de gran prestigio por ser la única obra dramática de Manuel Acuña. Mucho era el interés que

despertaba, porque todos conocen sus composiciones líricas; aquellos versos que revelan escepticismo, y aquel célebre *nocturno* que fué el canto del cisne, y que retienen en la memoria cuantos lo han leído. Personas había tan preocupadas, tan prevenidas en juzgar desfavorablemente la obra, que sin conocerla ya la reprobaban. ¡Triste destino es el de un joven desgraciado, que aun en su posteridad se dividen las opiniones para negarle un aplauso justo y merecido! Es que la sociedad apasionada, al admirar al poeta, equivoca el sendero, y juzga al suicida. Nosotros siempre tributaremos nuestra admiración al joven que nos dejó en sus versos un testimonio de su genio.

El Sr. Baladía, al desempeñar el papel de David, lo hizo con mucha naturalidad, con acopio brillantísimo de situaciones teatrales, que nos hacía admirar á la vez al autor y al actor. Podemos decir en esta vez, lo que se dice de él en otras partes; que interpreta todos los personajes con propiedad en el arte y con la maestría del excelente actor.

A la Sra. Cejudo se le confió el papel de Margarita. Nada desdecía la entonación de su lenguaje al interpretar á la heroina para hacerla amar del público. La conclusión del primer acto; las escenas que tienen lugar en el segundo y el tercero, han movido las cuerdas sensibles del alma; aquellos combates que sostenía entre los sentimientos de su corazón, y las censuras de sus pretendientes; el recuerdo de su pasado que entoldaba el cielo de su dicha, fueron bastante bien expresados. Aun la jóven Patiño desempeñó bien su papel de amiga leal, que no le escasea sus consuelos en los días de su desgracia.

Nos reservamos el juzgar á los demás actores cuando puedan lucir sus facultades artísticas, desempeñando otros papeles más importantes; los que en esta vez se les han confiado no se prestan al carácter por su poca importancia. Recomendamos á nuestros lectores ocurran á ver las pocas representaciones, y tendrán motivos para admirar á unos actores que son los que actualmente, en nuestra República, interpretan con más acierto los personajes del drama social, y los que mueven en el auditorio las cuerdas màs delicadas del sentimiento



"El Sacrificio de la Vida,"

DRAMA DEL SEÑOR JOSE PEON CONTRERAS.

La literatura dramática nacional se anima en estos días, desde que los autores han visto que alguna recompensa tienen sus trabajos intelectuales. No es el lucro que se puede ejercer, dando al teatro una nueva producción; no son las recompensas que un Mesenas dé al poeta que pone bajo su protección las tímidas concepciones de su ingenio; no es la retribución que su editor otorga al poeta cómico por un manuscrito que su mérito ó su novedad, dén interés á una publicación; nó, no estriva en esto la compensación para el escritor dramático; lo alienta en sus tareas dos cosas que en otros países son demasiado pueriles, y que en México son de primera necesidad; un empresario y unos actores que *quieran* representar su obra, y un público que entre sus buenas cualidades tenga la de ser bondadoso, y la de prestarse á oír, si no á juzgar con buen criterio, una humilde pieza teatral mexicana.

Al conceder el Gobierno una subvención á la Compañía del Teatro Principal, único medio de que se sostuviera, puso la condición de que se representarían obras dramàticas de los mexicanos, y que el público juzgara de su mérito, aplaudiéndolas ó reprobàndolas, pero atendiéndolas sobre todo.

Como consecuencia de ese beneficio, se han puesto en escena obras ligeras y filosóficas, de la escuela romántica del realismo, y los autores satisfechos con tan escasos emolumentos, se animan, se alientan, dan vuelo á su génio, y se lanzan á un sendero que está lleno de malezas, con la esperanza de llegar á la gloria, de adquirir renombre. Monroy, Martí, Manterola, Esteva, Rosas, Peón Contreras, han logrado ver representadas sus obras; en esos últimos días, han saboreado los aplausos de un público conocedor, indulgente y sensato.

Ninguna de las obras representadas hasta hoy pueden decirse que sea notoriaamente buena, excenta de defectos, perfectamente arreglada á los preceptos dramáticos de las distintas escuelas antigua ó moderna.—Ese público comprende que la naciente literatura nacional

necesita un estímulo; que el escritor no puede concebir en sus primeros ensayos obras admirables; en una frase, que no puede comenzar por donde preclaros ingenios han concluido; "la literatura tiene su infancia," decía Quintiliano, y para nadie es un misterio que à la última perfección, en las obras grandes del ingenio que el Orbe admira, se ha llegado por la graduación perfecta, ascendente y progresiva de la inteligencia humana.

Con el estímulo, la dedicación y estudio; con el génio, débil ahora, robusto y vigoroso màs tarde, podrán concebirse y desarrollarse pensamientos que van marcados con el sello del talento, y que entre tantos aspirantes á ceñirse lauros inmortales, pueden aparecer algunos dignos de la gloria de Alarcón y de Gorostiza.

Tales son las ideas que nos ha sugerido la segunda representación del drama del Sr. Peón Contreras titulado "El Sacrificio de la vida."

Asistimos al Teatro Principal, hasta con curiosidad. Ver representada una obra de un compatriota nuestro, debemos tenerlo como un acontecimiento; admirar las bellezas de su escuela, y reprobar sus defectos, lo mismo que analizar su pensamiento dramático, es nuestro propósito; no somos críticos; no aspiramos à ese título, y sí hemos de decir la verdad, no tenemos ese tesoro de conocimientos que son indispensables para distinguir las verdaderas bellezas de las falsas, ni confundirlas con los defectos de la obra. Juzgamos, pues, por las impresiones que nos causa una representación, adunando nuestro criterio con las reglas cardinales del arte dramático.

"El Sacrificio de la Vida" es un drama romántico y caballeresco de la escuela de Calderón y de la de Lope de Vega. Para el gusto moderno, se reciente de su antigüedad.—Las tapadas, los embosados, nos revelan las costumbres de aquellas épocas, y nos muestran que en el misterio, en los peligros y en las dificultades estaban cifrados los goces del amor platónico, y velada la belleza á que se tributaba un culto; la hidalguía y la caballerosidad de aquellos tiempos apenas nos admiran, y contenemos una carcajada que nos inspira con su sarcasmo el inmortal D. Quijote.

Al ver las figuras de la 1ª escena de ese drama, exclamamos: ¿porqué el autor tiene predilección por el desarrollo de incidentes históricos ó fantàsticos de épocas remotas, en vez de emplear su talento en buscar los vicios de la sociedad y proponer su remedio? Pero si tal es su gusto, debemos conformarnos; esa escuela antigua, también tiene sus bellezas, y practicarla y ensayarla con buen éxito, es un adelanto, es un paso que se da hacia la perfección; no condenamos, pues, la escuela romántica, sino únicamente mostramos nuestro deseo de que el escritor se amoldara al gusto del día, y empleara los rasgos más marcados de su génio en hacer la autopsía de nuestra sociedad y procurar su remedio; nuestros vicios, nuestras costumbres, los *hechos* heróicos de nuestros guerreros, nuestros tipos variados hasta el infinito, se amoldan perfectamente á las agudezas del génio cómido y á las

saetas del ridículo, así como á las màximas seductoras de là poesía y del sentimiento. Riendo se corrige; llorando, se conmueve.

La fábula es la siguiente.

El Conde Hernando fué el padre adoptivo de Enrique, y el tutor de Margarita; ambos jóvenes se amaban. Enrique fué á Madrid acompañando á Cortés, y corrió en México la noticia de la muerte de Enrique de Sandoval, padre de Margarita, y de otros capitanes; en consecuencia se celebraron los funerales.

—El Conde Hernando se casó con Margarita su pupila. Ordoño, amigo, médico, compañero y confidente del Conde, llega á México, y se precipita en sus brazos; poco después, los vítores á Hernan Cortés anuncian su llegada y Enrique con él. Margarita lo recibe con temor, pues ha sido infiel à sus juramentos: el Conde Hernando es testigo de la emoción de los dos amantes y sospecha que allí hay amor; que hay misterio; que hay agitación en Margarita. "Saluda á mi esposa, Enrique," exclama el Conde, y Enrique sorprendido de lo que pasa, siente lacerada el almá, siente en su corazón el celo. Percibe el Conde las emociones, y sospecha que su hijo y su mujer se aman.

Queda concertada entre los dos amantes una entrevista en el jardín.

El Conde está allí; y muestra á su amigo Ordoño sus sospechas, sus temores, sus celos, y la terrible tempestad que siente su alma.

Hace llamar á Nuño, criado de Enrique, y después de recordarle que á él y á su madre los alimentó en su desgracia, le obliga á revelar el amor de ambos jóvenes, y à que guarde el secreto.—Lo hace conducir una carta al guardián de los frailes franciscanos que está en Churubusco, una de las posesiones del Conde, es decir, su compartimiento, su encomienda ó feudo, pero que él llama, por un anacronismo del idioma *su hacienda.* El Conde percibe los pasos de Enrique, y se oculta esperando desengañarse de los amores de Margarita.

Enrique teme que su amada no venga à la cita, y casi desesperado se propone "hacer un escàndalo."

Margarita viene; se disculpa; advierte que es ya esposa, que ama à su marido; que ama á su amante, pero que tiene que ser esclava de sus deberes.

El Conde todo lo ha oído; se persuade de que su esposa es virtuosa, y de que su amor á Enrique no es culpable, puesto que nació y tomó creces en tiempo que podría hacerlo libremente. Viene á la escena y manifiesta que se va á sus posiciones de Churubusco; pero no consiente en que lo acompañe su esposa ni su hijo adoptivo.—"Los dos jóvenes, ardientes, llenos de vida, exclama, deben amarse." Estas frases lanzadas al acaso, son comprendidas por los dos amantes.

El tercer acto pasa en Churubusco, acaso en aquel convento de los franciscanos que hoy existe, pero que no existía aun en la época á que la escena se refiere. Una música funeral preludia el himno de los muertos; el espectador cree que el Conde ha muerto de dolor, y así lo expresan Ordoño y Nuño: Margarita y Enrique vienen à persuadirse

de su desgracia, y se retiran á ver un féretró depositado, tal vez en la capilla.

El Conde se presenta á su amigo Ordoño; le refiere una escena acontecida en la *célebre noche triste* en que el padre de Enrique, Velázquez, le salvò la vida á trueque de la suya: le muestra su resolución de fingirse muerto para el mundo, y eso con el fin de dejar en libertad de amarse á los dos amantes. Vuelve á su claustró para no ser visto de su hijo y de su esposa, y se presenta después disfrazado de religioso para entregar á Margarita, como confesor del Conde, una carta que escribió; en ella manifiesta su voluntad de que ambos amantes se casen. El drama concluye con una deprecación á Dios por la felicidad de aquellos amantes.

El pensamiento no es nuevo ni original; bastante explotado está en el teatro; y muchos ejemplos tenemos en la vida real de mujeres que se casan, teniendo un amante á quien aman.

Como pensamiento filosófico, se muestra un hombre que sabe que no es amado de su esposa y que en su sensibilidad, en su dolor, hasta en su celo, y generosos sentimientos, busca la felicidad de aquellos amantes sacrificando su vida.

Como pensamiento moral, hay la creación de Margarita, virtuosa, enérgica, sensible, esclava de su honra como esposa y como mujer; hay allí la lucha terrible del amor con el deber; la vehemencia de una pasión, con los gritos de una conciencia recta.—Este pensamiento moral y filosófico, es más digno de explotarse bajo el sistema del género realista, que bajo las prescripciones de la fantasía en la poesía romántica; propio, de más efecto en la escena sería, se hubiera hecho un drama social, màs bien que un drama caballeresco.

El desenlace del drama no carece de novedad, aunque sea un tanto cuanto inverosímil; llevar la acción del drama con un natural desarrollo, hasta formar la felicidad de aquellos amantes, es la mayor dificultad; la muerte y el suicidio, son recursos pobres y demasiado trillados; tomar el hábito de religioso, no era posible mientras viviera la esposa; y aun cuando esto fuera lícito, sería un recurso para ponerse un corazón desgraciado al abrigo de las pasiones, pero no para vencer las virtudes de una mujer heroica.—Fingirse muerto, y morir para el mundo era el único recurso posible que sale del carril de lo vulgar, aunque es un recurso no esperado.

El Conde y Margarita son las dos figuras que se destacan en este cuadro, con interés, con filosofía, con novedad y con los coloridos brillantes de la moralidad y de la fantasía. Los demás pesonajes, carecen de colorido, de interés, y apenas merecen mencionarse. Enrique es un enamorado común, que muestra su amor con palabras más bien que con la vehemencia de las pasiones, que se entrevee, que se transparenta, que se adivina en las imágenes, más bien que en ese diálogo que podríamos llamar erótico. Algunas frases que revisten un pensamiento hermoso, con ternura y energía, y con los brillantes colorídos

de una imaginación viva, se admiran en esta obra. La hermosa descripción histórica de la Noche triste; la muerte de Velázquez, para fundar en ella esa tremenda lid del afecto y de la gratitud con el celo, son un magnífico recurso dramático que el autor ha explotado con buen éxito.

Como hijos de una imaginación rica en bellas imágenes, se notan á menudo, algunos toques eléctricos al corazón, algunas reflecciones, más bien filosóficas que poéticas, y un lenguaje castizo y elegante.

La escena 1ª del primer acto, entre Enrique y Nuño, está por demàs, pues no hace sino desviar la atención del asunto principal, sin que afecte en nada la acción del drama.

Enrique quiere *armar un escándalo* si Margarita no viene á la cita. Esta frase no es propia del teatro en su situación, ni de la época y de las circunstancias de la escena; propias es, sí, de la vida real, y acaso sólo tolerada en un personaje que se rosa con el vulgo; impropio es también de un estilo elevado.

Hasta aquí estos defectos del lenguaje y de la acción pueden ser disimulables; pero contra lo que se rebela nuestro gusto es en que el autor se propone engañar á sus espectadores con la muerte y funerales del Conde, y hacerle aparecer como un fantasma; el autor casi nos *armó un escándalo;* y si hemos de usar una frase muy vulgar, aunque tengamos que descender de nuestro estilo circunspecto, diremos, que nos dió un gregorito. Con razón Ordoño quiere echar á correr cuando ve al muerto, cual la sombra del comendador, que se cuela por una puerta, y que le habla á su espalda: ¡ay! el autor contaba con el estoicismo de nuestro inolvidable Freire......Si el autor, para continuar la acción de su drama, quiere hacer morir para el mundo al Conde, y preparar así un desenlace, debió ponerlo en la escena al tiempo que se cantaba el oficio de los muertos. Tal como está concebida esta escena, no es dramática, peca contra las leyes del buen gusto, y quita su hermoso colorido á otras escenas de interés. Aun es tiempo de corregir este defecto.

El autor debe poner esta acotación en la última escena, para inteligencia de los actores.

"Ud., Reverendo Padre, al pisar la escena en su metamorfosis, no debe retirarse mucho de la puerta para tener libre la retirada en caso de aprieto. Preséntese vd. de perfil; oculte vd. su cara entre los pliegues de una capucha amplia y tupida. Las palabras "sosténme, Ordoño, que desfallezco de dolor," al entregar la carta á Margarita, suponiéndose el confesor del Conde y portador de su última voluntad, deben pronunciarse con voz sofocada. Y usted, Margarita, al acercarse al sacerdote, tanto para recibir la carta como para pedir la bendición, debe vd. hacerlo con los ojos fijos en el suelo; pues si vd., cediendo á una curiosidad mujeril, viera la faz casi oculta del sacerdote, vd. contemplaría estupefacta la resurrección de su marido; el diablo tiraría de la manta; se descubriría el enredo; caerían por el sue-

lo nuestras ficciones; se bosquejaría la caricatura del drama, y expondría vd. al autor á que lo tacharan, cuando menos, de iluso ò de poco previsor.

Bajo otra forma, la escena podría ser pasadera; y se quitaría al drama un lunar que lo hace descender de aquella altura á que el autor lo ha llevado en alas de su genio.

Nos hemos extendido màs de lo que queríamos en dar una idea de "El Sacrificio de la Vida." El público lo ha recibido con aplauso. Si el Sr. Contreras, antes de darlo á la prensa, corrige estos defectos imperdonables, no dudamos que se represente con aplauso aun en los teatros extranjeros, donde son más exigentes en la observancia de los preceptos que rigen el arte dramático.

"Un Amor de Hernan Cortes,"

DRAMA DEL SEÑOR JOSE PEON CONTRERAS.

Lope de Vega se hizo célebre por su extraordinaria fecundidad en escribir comedias, llegando á mil ochocientas su número, sin contar los autos sacramentales.

"Y más de ciento, en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro."

Así el Sr. Contreras, parece que se propone dar en cada abono una nueva producción.

Habíamos notado un rápido adelanto en cada nuevo drama que escribiera, y no dudamos que podría algún día llegar á la perfección del arte meditando profundamente sus nuevas concepciones, buscando incidentes que se presten á un desarrollo filosófico, y adornàndolo con esas galas de su ingenio de que tantas pruebas tiene dadas. Escribir una pieza teatral que pueda dejar en el auditorio gratas impresiones, no es muy difícil cuando se posee talento y se emplea el arte: crear una situación interesante, apoderarse de un pensamiento filosófico y amoldarlo á los preceptos de la escuela que se siga, sólo es dado al verdadero genio, sólo es posible á la sublime inspiración.

El Sr. Contreras escribe mucho, con precipitación, y sus obras carecen de la profunda meditación que debe emplearse formando un plan dramático, é inventar situaciones análogas y variadas, que dén

un interés creciente; parece que se propone sólo entretener á su auditorio, llevándolo de incidente en incidente, poco ligados con una trama enredada; esto puede hablar á nuestros sentidos, pero no imprime sensaciones profundas á nuestra alma, que es precisamente uno de los atributos de la escuela romántica y caballeresca que el autor profesa; que creara Torres Naharro y perfeccionara Lope de Vega Carpio.

"Un Amor de Hernan Cortés" carece de interés dramático, aunque en cambio tenga una fluidez encantadora en su versificación; tiene situaciones difíciles, aisladas, de una acción sorprendente; cuadros de gran efecto dramàtico, es verdad, pero por su aislamiento, no cautivan nuestra atención, ni tocan las fibras de nuestra sensibilidad.

¿Cuál es, pues, la acción de este drama? ¿Cuáles son las gratas impresiones que nos deja para recordarlas con entusiamo al día siguiente? ¿Cuál es su interés dramático que, naciendo en las primeras escenas, pudiera seguirlo el pensamiento como el hilo de oro de una tela que se muestra á nuestra vista, desaparece luego y vuelve á verse más adelante? Creemos que acción, propiamente considerada, no la tiene sino al final del tercer acto.

El pensamiento dramático, que se liga con la historia, es un amor de Hernan Costés, con la jóven Estrella; su esposa, Catalina Juárez (ó Suarez) que lo sabe ó lo malicia, se propone recobrar su antiguo poderío en el corazón de su esposo, y vengarse de su rival. Estrella, á su vez, viéndose engañada, extraviada por los celos, y queriendo imperar como reina absoluta en el corazón de su amado, concibe la idea de matar à la mujer que se lo disputa. Estas tremendas pasiones, que descansan en un hecho histórico, se prestan para formar una trama notablemente dramàtica, más aún, perfectamente tràgica, aunque en la invención de la fábula pudiera la fantasía sacarla un poco del carril de la historia para darles formas estéticas.

El primer acto nos muestra los amores de Cortés con Estrella, la llegada á Texcoco de Catalina, y el asesinato de Gutierre sin más justificación que habitar una casa donde se presumía vivía Estrella.—"Matad al primero que salga" decía Antuñez, y en esto obraba por mandato de Catalina. Gutierre, padre de Estrella, fué muerto alevosamente. Este trágico resorte es inútil en la trama; no sirve ni aun para justificar después la muerte de Catalina, puesto que es un hecho histórico. Aglomera acontecimientos sangrientos, escenas de bulto, sin ninguna significación dramática.

En el segundo acto sólo se desarrolla el pensamiento de descubrir à los asesinos de Gutierre y de vengar su muerte. Antuñez pretende arrastrar por la fuerza à Estrella lejos de aquel recinto; Hernan Cortés lo sorprende y lo manda prender, después de descubrir que Catalina le ha sido infiel, según la relación de una carta que el conquistador adquirió.

Todavía en las primeras escenas del tercer acto se muestra el amor de Cortés á Estrella, su indignación hacia Catalina, y la vindicación

de ésta por medio de otra carta, que muestra su inocencia y por la cual queda plenamente satisfecho de la fidelidad de su esposa; le devuelve su afecto; le manda vestirse con sus más ricas galas. Podríamos decir que hasta aquí el autor no ha hecho otra cosa que mostrar la ternura en el corazón de la mujer, y aglomerar confusamente escenas interesantes, como los cuadros truncos de hermosas colecciones; dibuja un panorama cuyo conjunto seduce, sorprende y asombra, visto de lejos como un miriaje, pero que de cerca se desvanece la ilusión; se ven rocas agrestes, sitios incultos pintados con los colores más variados de la poesía, pero que poco hablan á nuestro entendimiento, poco á nuestro corazón.

Aquella lucha de Estrella por conservar el puñal ensangrentado, larga y fatigosa, carece de naturalidad; da á este cuadro final el triste aspecto del forzamiento.

La acción del drama comienza en las últimas escenas, en los momentos en que Catalina y Estrella se encuentran, se reconocen, y se lanzan una hacia otra con toda la furia de los celos. Catalina va á buscar una arma, pero Estrella recoje el puñal con que fué asesinado su padre y da muerte á su rival.—Como se ve, este epílogo es el más interesante del drama; es la catàstrofe, la situación trágica y la acción misma.

La historia nos revela que Catalina Juárez fué extrangulada por Cortés; existe todavía el palacio que habitaba, la pieza en que murió, y la bóveda de su sepulcro en la Capilla de Coyoacán. El Sr. Contreras hace morir á Catalina bajo el golpe de un puñal que su rival esgrime en su pecho, y, para acercarse à la verdad histórica, hace recaer las sospechas del público en que Cortés cometió aquel asesinato.

Si la acción del drama ha de ser la existencia de dos mujeres rivales que se disputan el amor de un hombre hasta que una de ellas sucumba, debió el autor comenzar su drama por estas últimas escenas, por la entrevista de esas dos mujeres, y hacer rodar la acción por medio de una trama urdida con ingenio, desarrollada con interés, en que una rival pone los medios de vengarse y la otra los nulifica con astucia; en que ambas ponen en acción todos sus encantos, todas las seducciones del vicio ó de la virtud para lograr imperar en el corazón de su amado, é ir conduciendo al espectador hasta su fin con un interés gradualmente creciente.

Aquí podríamos decir que el autor ha gastado inútilmente los resortes de su inventiva, y las galas de su rica imaginación en sembrar galanas flores en un campo eriazo. Se parece al joven pródigo que esparce sus riquezas por todas partes y que á la mayor necesidad está pobre: que mira su mesa espléndida en ramos y perfumes del día anterior, y ya está vacía, sin manjar alguno que le pueda alimentar.

La galana fantasía del Sr. Contreras brilla en todas partes; magnífica es su versificación, sorprendentes algunas de sus escenas, y aún el

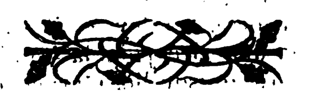
carácter de los tres primeros personajes está delineado con maestría. Todo, todo está bien, pero parece sacado de quicio, fuera de su lugar. La ternura y la constancia de Catalina, y aun su valor en situaciones difíciles, dàn á su alma el temple del heroísmo; la simpática Srita. Servín supo llevarlo á su término con la dignidad propia de la gran señora que no debe abandonar su puesto, y que se refugia en el corazón de su esposo como en un santuario digno de su virtud.

Concha Padilla, la estrella de nuestro teatro, que se presenta en nuestro horizonte con la esperanza de alcanzar algun día lauros dignos de la Cairón, de la Belaval, y de la Peluffo, nos représentó una Estrella, tierna, apasionada, dispuesta à ir al sacrificio por su amado; los afectos del corazón los expresaba perfectamente con la mímica; aquélla mujer agitada por los celos, sufría una enagenación mental; sus ojos brillaban como los de una pantera; trémula, iracunda, inexorable; su aliento era sofocado y sólo le animaba un pensamiento, *morir* y *matar*. Ciega, delirante, su acción es la del frenesí; arrolla cuanto encuentra à su paso: va en busca de su rival, y vuelve cubierta de sangre, con el vértigo que inspira la venganza. Si aventar aquel sillón; si su caída al suelo fué un acto casual y no premeditado, esto ha contribuido á dar á la escena más verosimilitud, pues patentizaba su ceguedad, resorte magnífico para que la acción fuera pronta como el rayo, precursora de un acto trágico, terrible.

El mismo Sr. Guasp mantuvo su carácter á la altura del personaje histórico que representaba; aquel hombre extraordinario, altivo, protervo, decidido, hábil y enérgico, que quemara sus naves, que venciera al débil Moctezuma y al indomable Cuauhtemoc, se presentaba en toda su verdad. Había estudiado y comprendido su papel y se esforzaba por lucirlo para mantener á la altura conveniente la fama que el autor ha sabido conquistar.

El Sr. Contreras fué llamado varias veces á la escena, pues el público no olvida las impresiones que le causára la "Hija del Rey." Esa obra dejó una estela luminosa; sus resplandores se persibían todavía al representarse, ante un público ilustrado y conocedor, "Un amor de Hernan Cortés."

Sabemos que los Srés. Altamirano y Bablot han escrito en francés un drama sobre el mismo hecho histórico. Mucho debemos esperar del consorcio de esos génios que adheridos á la alta escuela francesa la ensayan en hechos palpitantes y terribles de la historia de México.



"Luchas de Honra y Amor."

DRAMA EN TRES ACTOS

POR EL SEÑOR JOSE PEON CONTRERAS.

Damos principio á esta crónica hablando de nuestro teatro predilecto, y de los simpáticos actores que en el Principal trabajan con beneplácito del público. Habíamos pensado guardar nuestras observaciones sobre la pieza del Sr. Peón Contreras, hasta que de nuevo se pusiera en escena, pudiéramos estudiarla y analizarla para emitir nuestro juicio; hemos variado de propósito cuando vemos que su repeticiòn se retarda. Tenemos, pues, que limitarnos á escribir una revista de teatros, en vez de formar un juicio crítico de esa nueva producción.

El autor, formando de su nuevo pensamiento una obra de actualidad, desconfiaba dramatizarlo con la misma felicidad con que ha ensayado la literatura teatral en el género caballeresco, y ocultó su nombre. El asunto de ese drama, aunque es altamente moral, no creemos que sea propiamente social, en el sentido en que la escuela moderna lo crea y lo desarrolla; es un episodio de la vida real que se lleva á término con interés, pero que no es un problema que se propone, que se analiza que se resuelve, para que en ese sentido se modifique la ley, la costumbre social ó el precepto religioso.

¿Cuál es el delito que se va á criticar en este episodio dramático? ¿cómo lo castiga la religión? ¿cómo la ley? ¿cómo la sociedad? ¿cómo la familia?

Tener hijos naturales y abandonarlos, es un delito que la religión castiga con un ayuno y un golpe de pecho en esta vida: y con amenazas de tizonazos en la otra. La ley civil castiga con la indiferencia; la sociedad....con una carcajada; la familia....¡ya es otra cosa distinta! Una consorte quisquillosa, àrma un sanquintín, cuando sabe que el diablo metió la cola allá en los tiempos del extravío juvenil; y los hijos ven de reojo y con celo á los hermanitos en los primeros días; después....después todo queda en casa.

Don Francisco tiene una hija natural á quien abandona en su infancia, pero á quien proteje reservadamente en la pubertad: D. Francisco es un hombre rico, educado á la antigua, con las tradiciones de la época vireinal, con la austeridad de costumbres que en otro tiempo se creía eran las únicas dignas del hombre honrado: sin embargo, este hombre, cediendo á las debilidades humanas, puesto que la naturaleza tiene leyes imperiosas é neludibles fuera de la licitud matrimonial, reconoce, tiene una hija á quien proteje y educa, pero á quien oculta que es su padre. ¿El autor solicita para que sea social su pensamiento, la modificación de las costumbres sociales, de las leyes civiles, ó de los preceptos religiosos? Nó; se concentra en la familia, pone de manifiesto que un padre hipócrita, desnaturalizado, por rendir homenajes à las preocupaciones, guardando en secreto sus extravíos, él que poco tiene que perder, que su fortuna le levanta en la sociedad un pedestal, como si fuera un dios del paganismo, sacrifica á su hija; sacrifica lo más caro, su virtud, su honor, su porvenir.

La jóven Teresa qne vive de su trabajo en la costura, en la pobreza, en medio de las privaciones que le impiden adquirir una educación de brillo, y que en esa condición humildísima de obrera ha logrado conquistar un corazón apasionado en un jóven estudiante, se ve repentinamente rodeada de comodidades, de atenciones, hasta de lo superfluo; hay un hombre que la visita á deshoras de la noche y en el misterio; ese hombre pertenece á la alta clase, á la clase rica, á esa clase que tiene uno de los alicientes más poderosos para la seducción, el dinero. La sociedad se percibe de esas visitas nocturnas y lanza sobre aquella pobre criatura sus anatemas. Los protectores desinteresados no se conocen en una sociedad corrompida; la virtud pobre, la virtud indigente, es una planta parásita que vive del jugo de la caridad ó del trabajo, pero que no germina, que pocas veces florece; la condición de la mujer pobre en México, su escaso jornal, sus privaciones, son una constante tortura; la sociedad y las leyes no tienen siquiera una corona para premiar la virtud en la mujer, pero sí tiene los dardos de la maledicencia, las obscuras masmorras para castigar el vicio; y sobre todo esto, hay todavía la murmuración malévola, la murmuración destituida del razonado criterio, del libre exámen. Un hombre arrojó sobre una inesperta mujer el anzuelo de la seducción, y fué madre de una niña; esta niña no conoce á sus padres que se avergüenzan, no de sus delitos, sino de presentarla, de reconocerle ante el público, porque las preocupaciones sociales son á veces más poderosas que los gritos de la naturaleza y que los clamores del sentimiento religioso.

El sér á quien Teresa amaba, Teresa la costurera que ganaba su sustento con su trabajo, viene de Europa, y se sorprende de ver á su adorada en una situación suntuosa; sabe por el criado su confidente que á Teresa la visita un hombre misterioso quien le proporciona lujo y bienestar. Sabe por la boca del vulgo que ya no hace costuras por

que la visita un rico propietario en las altas horas de la noche. Luis se presenta en su casa, le echa en cara su lujo, su infidelidad, y le muestra sus sospechas. Indignada Teresa le manda salir de su casa. D. Francisco se presenta, y ante las reprensiones de Luis declara que es su hija; que conservará ese secreto por no escandalizar á la sociedad.

Despedir al novio es un arranque de la fantasía del poeta, pero en su situación dramática no es de la vida real; á no ser que se tome como un fenómeno fisiológico.

La mujer de la clase pobre ama la virtud por instinto, no por un premio; es buena por los nobles sentimientos del corazón; por la sensibilidad exquisita de su sistema nervioso delicado, no por temor al castigo; no por no caer en un fango pestilente y nauseabundo que no conoce en su retiro y en su aislamiento; la mujer profundamente apasionada, la mujer virtuosa y que en su corazón tiene lugar la moral religiosa; la joven que vive en la mediocridad y que se nutre en la pobreza, es sensible, es delicada, es humilde, y jamás estalla en arranques de altivez aunque sea insultada por su amado, porque la pasión de su alma ejerce grande imperio sobre todos sus sentimientos; se ve insultada y calumniada, y su primer movimiento es vindicarse, hablar á la razón de su amado para convencerlo, y luego vendrá el llanto á poner el sello á su inocencia y aun á resignarse con su suerte; podrá despedir á su amado de su casa, sí, pero esto será, no cuando esté apasionada, sino cuando haya lanzado de su pecho el amor que la atormenta. La exquisita organización del corazón de la mexicana, no tiene esos arranques propios del raciocinio y de la cabeza; á cada paso tenemos ejemplos de mujeres que aman con delirio, que son traicionadas en sus afectos, que reciben los mayores insultos de su amado, y hasta la muerte misma; y exclaman con angelical ternura en su agonía: "muero amando á este. . . .traidor."—Pues este es el amor y el sentimiento de la mexicana.—La mujer que recibe un insulto de su amante, y en su noble indignación, dice: "salid, salid de aquí, marchaos de mi presencia," no es la mujer que ama, es la mujer que finge amar; el poeta pinta no lo que es, sino lo que él cree que debe ser; pinta los arranques del raciocinio y de la indignación, no los dulces afectos de una alma enamorada. Este rasgo dramático es la ficción del poeta y del fisiológico; la pasión amorosa es la negación absoluta de toda idea racional; el escritor ha faltado en esto á la verdad del sentimiento.

En cuanto à los carácteres, hagamos unas observaciones.

Doña Juana y D. Francisco aparecen como tíos de Tereza en el desarrollo; y en el descenlace, como los padres de aquella niña.

La naturaleza tiene sus leyes inmutables; una mujer podrá disimular con sus palabras que es madre, pero sus acciones la venden; su ternura se desliza en una mirada, en una caricia; los padres podràn decir, cuando no son desnaturalizados, sino sólo caprichozos "te amamos

siendo nuestra sobrina de la misma manera que si fueras nuestra hija;" y aquella Doña Juana que el autor nos dibuja no es la madre oculta y misteriosa, no es la tía siquiera; es, sí, una mujer indiferente; aquel D. Francisco lleva su disimulo hasta la verdad, como ha querido el poeta, y sólo es padre cuando ve que su hija es difamada por él mismo; este rasgo sí es verdadero, sí es un estudio filosófico y fisiológico del corazón humano; con razón Luis al ver la conducta anterior tan indigna de un padre, exclama.... "no, ese hombre no puede ser tu padre."

En cuanto al carácter de Teresa, no creemos que esté bien dibujado; es mujer apasionada, y estalla en arranques de orgullo contra su amante; es una una mujer austeramente virtuosa, y abandona el hogar que es el santuario donde debe poner su virtud al abrigo de las asechanzas de la murmuración, más cuando lo abandona por insinuaciones de su amante: es buena hija, ó por lo menos debe serlo, según el autor, y va á casa de su padre á decirle: "llevaste el deshonor á mi casa, y te traigo el deshonor; me llevaste el dolor, y te lo devuelvo; vos no sois mi padre." Aquí Teresa incurre en el mismo defecto que echa en cara á su padre el mismo Luis; "ese hombre no es tu padre, exclama; lo denuncia su conducta;" "esa mujer no es su hija, exclama el público, así lo demuestra su altivez."

Esto no caracteriza á la mujer de humilde condición, de humilde carácter, de humildes pretensiones, sino á la mujer altiva, orgullosa por la virtud, orgullosa por el buen parecer. ¿Y es este el tipo en México de la buena hija?

Este carácter no es de la vida real; no es el tipo de una joven de la alta clase; no lo es de la media; mucho menos de la ínfima; es la creación del génio, es la hija de la poesía, que busca tipos sociales y los idealiza, les dá formas elegantes y caprichosas en su fantasía; por esta causa creemos que la pieza es romántica.

En cuanto á su argumento es sencillo, pero hermoso, filosófico, y lleno de situaciones dramáticas é interesantes. El episodio de las vecinas, es un adorno preciosísimo y original, muy cómico, y que dá al drama un sabor agradable de realismo.

En todos estos insidentes que se explotan bajo las formas del drama, es preciso no olvidar el gracejo como uno de los resortes que contiene más verosimilitud. ¿En cuáles actos de la vida no se dá lugar á la gracia, al chiste y aun á la broma? la seriedad en todos ellos no es de nuestro carácter.

Cuando concluyó el primer acto, la curiosidad quiso penetrar en el misterio del incógnito, y adivinar el nombre del autor. Algún periódico queriendo desviar las sospechas, y estando en el secreto, dijo que la obra era del Sr Vigil; pero el público no lo creyó. A la conclusión del segundo acto, la incógnita se había despejado, la fluida versificación, algunas situaciones en que se daguerreotipa la *Hija del Rey* y aun las emociones del Sr. Contreras que estaba en su palco, y que

veía las fluctuaciones de la opinión, emociones de que participaban también sus amigos, lo habían denunciado á su pesar.

Cuando la representación concluyó y se anunció que la obra era del Sr. Contreras, se prorrumpió en aplausos, y fué llamado á la escena tres ó cuatro veces.

Todavía en este ensayo palpamos el adelanto del escritor; de todos los que han presentado ensayos dramáticos es el que descuella con más génio, pues tiene la fortuna de poseer una imaginación fecunda y vigorosa, mucha dedicación y asiduidad por el estudio, aun más de la que podía esperarse en un médico; el aplauso sincero de un público inteligente y justo, y la protección de un empresario que prohija sus producciones y las eleva: esto se llama recorrer en ferrocarril el camino de la gloria.

Las *imperfecciones* es un sainete imperfecto que á veces nos hace reir, pero es largo y cansado especialmente desde el momento en que hay el *quid pro quo* de las cartas. Se presenta en escena un ciego, un sordo, una muda, un tartamudo; quedaron rezagados los tuertos, mancos, cojos, calvos, jorobados y raquíticos para formar otra pieza digna de formar una aureola de gloria al autor. Nuestra indignación fué grande cuando veíamos divertirse y burlarse de un ciego, aunque fuera una ficción; nos trajo à la memoria un lance de nuestra infancia, en que, en una plaza de toros, el público se reía y se burlaba de unos ciegos que por una corta retribución se prestaban à poner en relieve su terrible desgracia; y el público reía y silbaba como un idiota.

¡Espetàculo inhumano
Divertirse con un ciego!
Este pueblo desde luego
No ha de ser republicano.

Para fijar nuestra triste impresión, vimos allí un nuevo actorcito, un muchacho imberbe, expedito y decidor, cuya voz no nos era desconocida, pero que no figuraba en el elenco de la compañía; representaba el papel de Eduardo; era nada menos que D. Matildito Navarro que había tenido una modificación que podría interpretarse como *mortificación*. ¡Ay, qué despropósito! nuestra simpática Matilde, la alegre, la festiva señora Navarro sufría una metamorfosis: la pintada mariposa se convertía en oruga, hacía papel de hombre. ¡Matilde, por las once mil vírgenes! cuando el director quiera hacer pasar á usted por las horcas caudinas y le mande hacer papel de hombre, dígale usted con desenfado andaluz, ó veracruzano ó habanero.

—Oigazté, D. Enriquito; écheme una miraa de lo pié hazta el copete; ¿he renegao yó de mi caliá y de mi sexo? (guiñando el ojo, y poniendo una mano en la cintura, con dulce meneo) ¿no tengo yo un palmito má que divino? pué yo no he de hace papele que me rebaje de mi caliá de muje à gallo gallina ¿por cuantó se preztaríazté á hace el papel de jembra?

El drama "La Caridad" que tan buen éxito tubo en España carece de interés en los dos primeros actos, el tercero es un cuadro lleno de vida, de verdad, en que se muestra la realidad de la vida de la clase infeliz; al lado de la indigencia, la hermosura; al lado de la sutil seducción, la caridad ejercida por la clase alta; por esa clase que no cree en la desgracia puesto que no la palpa. El autor trabajó inútilmente en formar los dos primeros; el tercero es una joya.

"AMOR Y COQUETISMO."

COMEDIA EN TRES ACTOS DEL SR. J. SEBASTIAN SEGURA,

Miembro de la Sociedad Gorostiza.

No hace muchos meses anunciaron los periódicos que el Sr. Segura, á consecuencia de formar parte de la Sociedad Gorostiza, iba à escribir una obra teatral. El autor es bien conocido como escritor notable: es miembro de várias sociedades científicas y literarias, en nuestro país y en el extranjero, y goza dé una reputación muy alta, bien merecida entre sus conciudadanos.

Cuando una persona notable dirije su vista al teatro y brinda á la sociedad con sus producciones, nos causa un efecto agradable, aunque de sorpresa, pues creémos que habiendo adquirido renombre, debería ver con indiferencia, ó si se quiere, hasta con desdén, ese estrecho camino de la gloria que está sembrado de espinas, y que es estéril en sus resultados en nuestra patria. No deberíamos extrañar que personas consagradas á la literatura recorran el camino del teatro, donde se pueden adquirir gloriosos lauros; pero la extrañeza nace de que en México se dedica nuestra juventud à la literatura en general como medio de llegar à los puestos de la política: en cuanto á la literatura teatral, se ensaya únicamente por pasatiempo y sin esperanza de lucrar. Hasta hoy, los escritores mexicanos tienen que luchar con grandes dificultades para ver representadas sus producciones. El público, acostumbrado á ver en escena sólo las obras aplaudidas ya del teatro español, mira con mucho desdén lo que puede ofrecerle el ingenio mexicano, porque quiere ver sólo lo bueno, siendo así que de España nos viene muchísimo malo; pero el público es más indulgente con los autores del ultramar que con sus compatriotas, y de aquí resulta que no pueden hacerse grandes adelantos en el teatro sin remover esos obs-

táculos que han sido hasta hoy una rémora. Las mismas empresas de teatros, saben que para interesar los espectáculos, no tienen más que comprar un ejemplar de alguna obra nueva aplaudida en Espeña, y poco se cuidan de adoptar las que produzcan los escritores mexicanos, puesto que sería pesado y oneroso pagar originales con el tanto por ciento de sus productos, cuando otras obras nuevas se alquieren con sólo el precio del ejemplar. Muchos de nuestros compatriotas, por amor á la gloria literaria, y sin cuidarse de la especulación, ceden sus obras á una empresa y tienen que recurrir á mil recomendaciones para lograr verlas en escena. Por otra parte, nada nuevo puede escribirse sin que hiera las susceptibilidades de una sociedad exigente.

A todas partes alcanza la influencia de la prohibición. No se debe escribir contra el Gobierno porque andará, aun oculta, la mano de la policía; nada que ataque, afecte ó ridiculice la costumbre religiosa por que se hiere la susceptibilidad de un abonado; nada contra las adúlteras, porque presentar una mujer criminal ante el público, es retratar á muchas mujeres de nuestra sociedad y sacarlas á la vergüenza; entonces se dice que la pieza es inmoral, que ofende muchos castos oídos. Buscar esos tipos de nuestra sociedad, como son el avaro, el usurero, el ambicioso, cobarde, el falso patriota, el diputado venal, la coqueta, la santurrona, son tipos bien conocidos, y que, si les ayuda un poco la imaginación, pueden convertirse en retratos. No sucede lo mismo con las comedias que vienen de ultramar; allá los poetas forman sus tipos, y aunque por aquí los hay enteramente iguales, no podrá decirse que aquella doña Angustias sea copia de doña Canuta Rivascacho que vive en el callejón del Resbaladero, ni que el D. Cornelio Puntiagudo del sainete, sea el retrato de D. Claro Oronoz y Sota Riva que tiene sus mismos vicios. Hay, pues, que escribir para el teatro de una manera distinta de como se escribe en España, y no como son los tipos de la sociedad mexicana; de esta manera tendríamos que retrogradar dos siglos y que escribir sobre la vida de Santa Genoveva y de San Pascual Bailón.

El Sr. Segura, consecuente con una excitativa de la "Sociedad Gorostiza" para que todos sus miembros procuraran nacionalizar el teatro, escribió su comedia y la dió á la escena. Su representación tuvo lugar la noche del último juéves. He aquí su trama á grandes rasgos:

Un padre casado en segundas nupcias, viene de Jalapa con sus cuatro hijas à esta Capital, con objeto de buscarles acomodo, uniéndolas en santo lazo con personas ricas; pero la muerte le sorprende sin ver realizados sus proyectos; murió dejando en el corazón de sus hijas el gérmen de un vicio, la sed de riquezas. Esas hijas se llaman: Reynalda, Valeria y Rosario; en cuanto à María que es del segundo matrimonio, representa en esa pléyade de muchachas, el buen sentido.

El pensamiento filosófico y moral de esta pieza, consiste en representar á tres jóvenes que anhelan novios ricos, que entran en relaciones amorosas con cuantos están á sus alcances, con tal de que tengan dinero; ellas no aman á ninguno, pero sí desean casarse. Cada una de

tas jóvenes queda chasqueada, pues los pretendientes conocen sus nulidades y las abandonan. Rosario, que logró casarse, también se frustran sus aspiraciones, pues el esposo perdió un pleito que lo redujo á la miseria.

Esta comedia es muy sencilla en su plan, y todo su interés está en el carácter de las figuras que presenta en sus tres cuadros distintos.

El Sr. Segura, como partidario de la escuela clásica, huye de la complicación en las tramas, de los enredos inverosímiles, y busca la naturaleza en la vida real, su acción, sus resortes, sus caractéres; busca la naturalidad hasta en los chistes, las palabras, los refranes, el lenjuaje, y hasta en los usos y las costumbres de una familia de provincia; nada hay allí exagerado, sino que por el contraio, debido á esto, nos parecen débiles los caractéres, y muy semantes entre sí los de las tres hermanas; aquí el autor ha sacrificado la variedad de tipos, por no presentar los que no sean reales. Las tres hermanas son ambiciosas de riqueza, las tres reservadas entre sí y las tres hipòcritas; nosotros cremos que podían haberse formado de las hermanas diversos tipos, para que el cuadro fuera más perfecto y variado, dando á cada una un tinte más subido en el carácter, no por eso dejaría de ser real y muy verdadero. Cierto es que tres mujeres educadas baja unas mismas costumbres, en el mismo círculo de sus amistades, y con las mismas prescripciones de moral, y alicientes del vicio, deberían ser idénticas en sus inclinaciones, en sus tendencias y aun en las pasiones del alma.

En cuanto al *coquetismo*, entendemos que no está bien aplicado.

Siempre hemos creído que en nuestro idioma hace falta una palabra que defina con claridad la cualidad ó vicio que en la mujer se designa con el nombre de coquetería.

Coqueta en un sentido, es una mujer de talento, que emplea los atributos de su belleza física y moral para hacerse interesante en la sociedad, amable de cuantos la conocen y estimada bajo todos aspectos; no sólo emplea las dotes naturales, sino también el artificio. Si la mujer es por naturaleza circunspecta, reservada y adusta, lo cual podría hacerla poco amable, infundir desconfianza, aparecer repulsiva, haría muy bien en emplear el artificio para vencer esos rasgos del carácter que sin ser vicios, pueden convertirse en nulidades; una sonrisa, una expansión, un rasgo de humildad, son cualidades adquiridas, sí, pero que deben elevarla en la pública consideración y atraerle las simpatías de todos. A esta coquetería muy natural, muy justa, muy conveniente, la designan los ingleses con la palabra *flirtation*, y el español no tiene una frase con qué se le distinga de la otra coquetería que es un vicio, aunque se le llame *coquetismo*.

La palabra *coqueta*, en nuestro concepto, es tomada de la voz francesa *coquette*, y esta se ha formado de la gallina que hace zalamerías al gallo: *coque-tería*. Pero la coquetería viciosa está definida en el Diccionario de la lengua castellana. *Coquetería* y *coquetismo* les dá un mismo significado; pero el autor ha querido acercarse á la verdad em-

pleando el *coquetismo* porque infiere que el final de ella, *ismo*, es una degradación de la frase en el caso presente.

Coqueta es también la mujer desenvuelta, traviesa, de mirar picarezco, un tanto cuanto impúdica, que juega con el amor, lo explota, y no ama con el corazón sino con los sentidos; pero todo esto sin mancharse en el cieno del vicio, pues si lo tocara, pasaría à otra esfera. Ninguno de estos dos coquetismos es el que el Sr. Segura pinta en sus tipos. El primero no sería digno de vituperio, sino laudable; el segundo sólo lo presenta muy encubierto.

Cuando nosotros le hicimos notar en los ensayos que sus figuras nos parecían pálidas en el colorido, y ligeras en sus rasgos carácterísticos, nos manifestó que había querido huir de los extremos que le parecían viciosos. No presentar tipos vulgares desenvueltos y repugnantes ante una sociedad culta y escogida, ante unas señoritas pudorosas y modestas, y no caracterizar con rasgos exagerados para no incurrir en la inverosimilitud.

Nosotros respetamos la opinión y hasta las intenciones del Sr. Segura, pero no estamos de acuerdo en el modo de juzgar de la literatura teatral. En buena hora que busque sus personajes en la vida real y no los exagere para no incurrir en el defecto de la inverosimilitud; en buena hora que no dibuje retratos, sino que presente un espejo donde pueden verse muchos que se acerquen á ver su cuadro de costumbres; pero sí habría necesidad de retocar esos tipos y ponerles aquellos rasgos, apuellos pincelazos maestros, que les imprimen carácter y pueden presentarse como modelo.

Nosotros recordamos haber leído, cuando éramos niños, este pensamiento que se fijó en nuestra imaginación. "Una niña modesta puede oír cuanto quiera decirle un hombre honrado." Haciendo aplicación de esta máxima al caso presente diremos: "una sociedad selecta puede ver en escena cuanto quiera decirle un hombre de moralidad." Poner en espectáculo una coqueta algo desenvuelta en sus costumbres, y aun delincuente, nunca lo hemos considerado nosotros como un mal. Creemos que el vicio, y el crímen, son necesarios en el mundo para que tengan razón de ser la virud y el heroismo: en una sociedad en que todos tuvieran la virtud de ser santos, dejaría de ser virtud, puesto que no habría contraste. Una coqueta viciosa y repugnante, débe presentarse como ella es, aunque haya qué velárse un poco sus defectos, si estos fueran tales que no pudieran mostrarse, en plena desnudez, ante una sociedad de púdicas señoras; en esto campearía màs el ingenio del autor; el vicio en toda su deformidad débe presentarse en el teatro, y no por esto se califica de inmoral; hay otra cosa que sí lo es, que es trascendental y pernicioso, cuando se delinea una jóven que comete una falta y se dice que esá falta es disculpable porque la jóven siempre fué virtuosa; cuando se pone en escena una mujer que fué santa y honesta toda su vida menos un cuarto dehora, ¡un cuarto de hora! ¡ah! ¿qué cosa son unos minutos comparados con la eternidad?

Por esto creemos que á la creación del Sr. Segura le hacen falta algunos toques; falta poner en foco el lente del daguerreotipo para que sus figuras sean más claras; no ofenderá con esto á ninguna señora: y este temor, que podriamos llamar pueril, da à sus tipos sólo el aspecto de bocetos, y hace el sacrificio de una de las bellezas de su escuela.

Màs claro, más de bulto se nos presenta en la escena en que Valéria choca con su pretendiente.

—¿Reconoce vd. esta letra y á la persona que firma? le pregunta Próspero.

—No la conozco, contesta ella, y rompe la carta.

—¿Y este retrato regalado al maestro de idiomas y firmado por Valeria?—allí se leen estas palabras: «su prometida esposa.»

—Tàmpoco la conozco, dice ella.

Próspero le niega su estimación porque prometió ser esposa de un audaz aventurero que fué zapatero en Francia.

Tal conducta debe tomarse màs como un pretexto frívolo en el pretendiente para cortar las relaciones, que como una causa justificada. Con algunas reticencias, con algunas gesticulaciones prescritas en la la obrá, se ha querido llamar la atención del público para que se fije en que aquella carta contiene algo misterioso, algo impúdico, que ocasiona un rompimiento y que no se quiere revelar.

No es un delito, ni una liviandad siquiera en una jóven prometer *ser esposa* de uno que fué maestro de idiomas aquí, y zapatero en Francia; no es tampoco delito darle un retrato. Todos los hombres saben que las que hań escogido para esposas pueden haber tenido muchos pretendientes, y de estos, alguno correspondido cuyo matrimonio se desbarató; ellas saben otro tanto de sus novios y en todo esto no puede haber delito, ni engaño, ni coquetismo.

Pero aquella carta puede revelar algo contrario al decoro y que sí podría ser una causa fundada para llegar á un rompimiento; el autor no ha querido tampoco levantar ese velo, por no lanzar ante la faz de la sociedad moralizada una frase, un pensamiento que ataque el pudor de la mujer de aquí, de la revelación de esa palabra, puede resultar muy bien una leccion moral para las niñas pudorosas que presencian la representación; no es sólo el pretendiente quien debe para sí quedar persuadido; no es ella la que escribió, la que debe quedar avergonzada ante su propia falta; es preciso que al público se le descubra tambien, para que pueda calificar de justa ó de pueril la causa del rompimiento y aceptar el castigo de la coqueta.

Reynalda, en una de esas escenas de familia que suelen tener las hermanas, y que á solas dan sus mordisconcitos al prójimo, recuerda que Valería desprecia á Enrique porque es pobre, y porque Próspero su rival es rico. Reynalda recuerda entónces con ademan sarcástico que el asistente de su padre refería á menudo un verso que ella adecuaba en aquellas circunstancias.

Cuando un pobre se enamora
Y un rico se le atraviesa,
Entra el rico; y sale el pobre,
Rascándose la cabeza.

Perfectamente cabría este versito en boca del asistente, si él fuera actor en la comedia, como recurso para caracterizar á un granadero filósofo y epigramático; consideramos como inverosímil que unas jóvenes de buena sociedad, en conversacion muy íntima y en un momento de buen humor, recuerden las frases, las alocuciones y consejas de sus criados y de sus nodrizas; todo es muy real, muy posible, muy verdadero; pero afecta las reglas de la estética; nos trae á la memoria, el rascar la cabeza, algo vulgar y repugnante; y esto porque lo dicen jóvenes bien educadas y de buena sociedad. Cuando la urbanidad, las finas maneras han desterrado ciertos actos inocentes, como es tocarse levemente las narices y las orejas, humedecerse los dedos, pegar una carta con oblea, y todo esto como un refinamiento de limpieza y de delicadeza en los modales, podría criticarse como muy vulgar el acto que referimos, aunque se tome de la boca de un asistente. La escuela clásica requiere, que al tratarse del carácter, se pinten los hombres con fidelidad aunque sean repugnantes y groseros; pero tambien previene que al describirse lo bello no se hagan alusiones, no se pongan frases que denuncien un acto asqueroso. Nosotros recordamos haber conocido una jóven tan bella, tan simpática, tan admirablemente encantadora, que nos extasiábamos contemplándola; nuestras ilusiones murieron cuando la vimos...... ¡perdon! escupir por el colmillo.

Cuán distante estaria de creer el Sr. Segura que este versito del asistente habría de causar tanto alboroto y tanto ocasionaría la risa en el auditorio, que habría de prorrumpir en vehementes aplausos y en estrepitosas carcajadas.

Algo podríamos decir respecto del carácter de los hombres, pero hacemos demasiado larga esta revista.

Concluiremos, pues, manifestando: que si esta obra no está exenta de pequeños defectos, si se notan en ella grandes bellezas: conserva las unidades de accion, tiempo y lugar, su argumento es sencillo, y sus resortes cómicos son naturales, y se desprenden de la misma accion; creemos encontrar muy natural el desenlace aceptando como justo el misterio de la carta. Tiene situaciones verdaderamente cómicas, y está saturada de chistes graciosísimos que no quitan de nuestros lábios la sonrisa; no le faltan alusiones picantes y algunos pensamientos y máximas que hacen de la comedia un hechicero cuadro de costumbres de nuestra sociedad. Como un modelo de gracia, en que se saborea la sal ática, es aquella reflexion que hace María alegando con candor que *no se apercibió de un beso;* y la crítica sobre los postizos de pelo de difunto, el colorete y el polvo de arroz. Está escrito en un lenguaje castizo y elegante.

Bástenos decir, que muchos de los espectadores encontraban tan verdaderos aquellos tipos de las hermanas, que referían encontrar originales en distintas familias de todas las clases. Esto indica que el Sr. D. Sebastián Segura ha hecho sus estudios filosóficos en la sociedad y los delinea fielmente.

Perdone nuestro buen amigo el Sr. Segura, aunque sea una temeridad en nosotros honrarnos con ese título, si al analizar su preciosa comedia encontramos algún lunar que nos parece digno de corregirse. Su nombre está muy alto en la literatura de nuestra patria, y hasta allá han podido seguirle nuestras frases de admiración á su talento, y unas cuantas amistosas y respetuosas cosquillas de nuestra crítica mordaz, y un tanto cuanto atrevida, tratándose de un literato ilustre.

"LA CADENA DE HIERRO,"

Drama social del Sr. Agustín F. Cuenca,

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD "GOROSTIZA."

Hace menos de un año, varias personas que tienen predilección por la literatura dramática, concibieron la idea de formar una asociación cuyo objeto sería estimular los adelantos, crear el Teatro Nacional, y proteger á los actores que desfallecen en sus aspiraciones, cuando ven muerta la escena, y la sociedad en ese marasmo que la invade hace algunos años. Esa sociedad llamó á su seno á todas aquellas personas cuyos escritos les habían grangeado un nombre en la literatura teatral; muchos de sus miembros han sido autores dramáticos aplaudidos; otros han ejercido la crítica, dedicándose á la lectura de los más rígidos preceptistas, de los modelos más perfectos; cada uno sentía el deseo de escribir dramas ó comedias, pero no se habían ensayado en este género de literatura, y casi todos tenían en su mente algun pensamiento que desarrollar, para contribuir á ese afán de adquirir gloria. Natural es suponer que en aquella reunión diminuta al principio, robusta y numerosa después, debería haber adictos á las distintas escuelas, y á los diversos géneros de comedias, dramas y tragedias. Unos descollarían con un amor vehemente hácia el romanticismo, cuyos albores vuelven á percibirse después de estar ocultos ante la penumbra de algunos astros de luz prestada: á otros se les vería tributar adoraciones á lo que ellos se empeñan en llamar *escuela social ó realista*, y algunos han mostrado su predilección á la escuela clásica antigua, cu-

yos preceptos nos dejó escritos Aristóteles, ó de la clásica moderna, que ampliaran y modificaran Moliere, Boileau, Corneille y Woltaire, y antes que ellos, nuestro inmortal D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza; había el deseo de adelantar, de estudiar los buenos modelos, de mostrar cada uno sus concepciones, y sujetarlas á la censura de sus buenos amigos, sus hermanos y compañeros. Entre varias piezas defectuosas, se presentaron otras, si no perfectas, si escritas con talento. Si estas no se han representado, saben nuestros lectores que la empresa del Teatro Principal les ha negado su pase más allá del palco escénico, y quedaron guardadas en el archivo de la sociedad hasta qse una mano menos escrupulosa y más justiciera quisiera levantarlas.

Entre estas piezas se encontraban la "Cadena de Hierro", del Sr. Agustín F. Cuenca.

Muy difícil, y también muy peligroso, encontramos el estudio de esas cuestiones filosófico-sociales para llevarlas al teatro: más cuando el escritor es un jóven que comienza su carrera, que ni sus estudios, que podríamos llamar *superficiales*, lo ponen en aptitud de conocer ese libro misterioso que se llama *corazón humano*, ni del estudio psicológico de las grandes y tremendas pasiones que combaten al hombre.

El vacío de la experiencia [illegible] que [illegible] el génio; á las situaciones dramáticas, hijas del realismo, con las galas de la poesía y del sentimiento [illegible]

Hay otros escollos donde suele zozobrar la navecilla del poeta y del filósofo, y son la preocupacion social y la afición estragada por cierta clase de manjares con que se pervierte el buen gusto, con que se familiariza la vista, el oído, la fantasía y aun el corazón. Han dicho uno ó más escritores, que el teatro nada bueno enseña, que nada malo corrije. Otro asentó, con muchísima verdad, que una sátira contra los *blancos* sólo puede ser aplaudida por los *negros*. El público que concurre al teatro, en su mayoría, ¿está compuesto de *blancos* ó de *negros*? De aquí podríamos deducir que al teatro debería llevarse sólo lo que entretiene.

Si poner en escena un vicio ó una virtud fuera un pensamiento social, podríamos decir que desde la trajedia griega hasta el entremés serían sociales. Para que lo sea realmente es indispensable que también el vicio sea general en la sociedad, en todas las clases, que causen males y que se consideren impotentes para estirparle el sentimiento religioso y la ley civil; reducirlo á un problema que se estudia y se analiza, de frente ó de perfil, bajo distintas fases, en diversas formas y situaciones; iniciar la modificación del precepto religioso, legislativo y social, y resolverlo, si así lo quiere el autor, ó dejarlo para que cada uno vaya dándole en su caso la solución que más coincida con su filosofía ó su moral.

El adulterio, bajo distintas formas, que pueden multiplicarse hasta el infinito, ha sido estudiado por muchos dramaturgos.

El jóven Cuenca concibe una idea, la desarrolla y la resuelve de un modo admirable, bajo las formas de prescripciones del arte dramático, según la escuela social moderna practicada por los cultos escritores franceses.—Hé aquí el asunto.

Andrés se casa con Clemencia, y esta introduce en el matrimonio un hijo adulterino, cuyo padre es Fernando. El hijo, llamado Ricardo, crece, nutrido y vigorizado por las máximas saludables de la moral, de la religión, del honor y de la veneración á sus padres. A los veintidos años vuelve á su casa, donde le esperan los brazos de su madre y el afecto entrañable de Andrés, del hombre que él reconocía por padre. El amante concierta una entrevista con su amada, en la cual son sorprendidos por el hijo; de aquí resulta la complicación en la trama; un buen hijo ve mancillado el honor de su padre, y quiere vengarle; éste llega en esos momentos y percibe las frases injuriosas que ambos se cambian.

Allí queda arreglado un duelo entre Ricardo y Fernando.

Este es el pensamiento filosófico y social; es un incidente tan real, tan natural, que podríamos decir que á cada paso encontramos en todos los círculos hechos semejantes. De aquí se desprende la moralidad del drama: allí hay una mujer malvada que precipita al hijo contra su padre, y que puede cometerse un horrible crimen; ella, la adúltera, no podrá impedir que el duelo se lleve á efecto, y ante el aspecto de la muerte, ante el parricidio tiembla y delira. Como efecto del remordimiento, como espantada de sus liviandades, ve á su marido sufrir las penas del ridículo, y maldice aquel lazo indisoluble, aquella *cadena de hierro* que no puede romper sino la muerte, y exclama con acento dolorido:—"maldita, maldita la mujer que falta á sus deberes."

En este primer acto hay la exposición de una trama sencilla, clara, natural, perfectamente realista; no tiene una nubecilla que venga á dar sombra siquiera de violencia á la acción. Parece que el drama se precipita á su fin como una catarata, y que el autor incurrirá en el defecto más común de los escritores, cual es dar interés al primer acto, y hacer que los demás languidezcan, lo que prueba notoriamente pobreza de génio ó esterilidad en el pensamiento radical de la fábula.

Cuando todos creen encontrar el acto segundo débil y escaso en incidentes, se ve que con la misma naturalidad va creando el autor situaciones dramáticas á cual más interesantes. Clemencia refiere á su hijo, de rodillas, á sus piés, que el duelo no puede efectuarse, porque aquel hombre es su padre.—El interés es creciente: se ve la desesperación de una madre, pintada al vivo, con toda su vergüenza, con todo su remordimiento. Dan las doce, y los contrarios no se presentan en el lugar designado para el duelo.

El acto 3.º da principio con una entrevista entre el padre y el hijo: esta escena es conmovedora, porque se pinta en el segundo, es decir, en Ricardo, la desesperación al ver su porvenir desgraciado; desgra-

ciado ante la afrenta de su madre. Ricardo pide al autor de sus días el sacrificio del amor á su madre; pide que la abandone, que no la vuelva á ver para no amargar los días de Andrés, de aquel hombre á quien tanto debe.

El amante lo ofrece, y en esta situación viene Andrés á reclamar á su hijo el lugar ante el honor. Aquí se desarrolla una lucha tremenda entre los cuatro personajes; allí hay un tremendo estudio psicológico: allí se ve en toda su plenitud el crímen de la mujer adúltera, sus consecuencias trascendentales; el hijo valiente, diestro en el manejo de las armas, rehusa el duelo, y es para Andrés un acto misterioso. Amonesta á su hijo, le muestra sus deberes, le llama cobarde, le exaspera, y ofrece batirse por él. La situación es excesivamente difícil: ¿qué debe hacer cada uno en su caso? Acosados todos por la situacion y por los remordimientos, tocan á la vehemencia. El hijo cae desfallecido: Andrés corre á buscar una medecina, y este es el momento tremendo. Ricardo, en su desesperación, corre á darse la muerte con un puñal que está sobre la mesa, del cual se ha apoderado la madre para impedir un crímen, y entre madre é hijo hay una lucha cruenta disputándose el arma homicida. El amante corre á una pieza de armas, se encierra en ella, y conociendo ambos su intención de suicidarse, lo llaman á gritos, quieren forzar la puerta; y caen desfallecidos ante la detonación de una pistola. El amante se ha suicidado; el hijo le llama "padre," y Andrés que llega, comprende por aquella exclamación, todo el misterio y la falta de su esposa; ésta se confiesa culpable. El esposo ofendido los arroja de su casa.

Tal es el asunto de este drama que con tan buenas dotes de imaginación se ha escrito.

Podemos con seguridad decir que es una pieza acabada. Conserva admirablemente las unidades de acción, tiempo y lugar. Los cuatro personajes tienen su fisonomía propia, y sostenido con maestría el carácter que el autor se propuso; interés creciente desde la primera á la última escena; resortes y situaciones dramáticas nacidas de la acción muy naturales y conmovedoras.

Con sólo cuatro personajes sostiene su ación; ésta es moral, es filosófica, es social, y reales todos y cada uno de sus incidentes; su desenlace es natural, y el castigo de los culpables está marcado con el sello de la justicia.

Del conjunto se desprende la moral más recta; podemos decir que "*La Cadena de Hierro*" es un látigo con que se azota la cara á las adúlteras. Esta pieza, en nuestro concepto pertenece á la escuela clásica moderna.

Para escribir una buena obra teatral, lo difícil es apoderarse de un pensamiento feliz: si se consigue, con facilidad se crean resortes y situaciones que hermosean el cuadro y lo levantan á grande altura. Cuando se siembra en terreno estéril, difícilmente se levantarán sazonados frutos; los terrenos eriazos no producen jamás hermosas flores.

Esta primera producción del Sr. Cuenca descuella por su hermosura y perfección entre todas las que hemos admirado en estos últimos tiempos en nuestro país. Nosotros auguramos que será recibida con más entusiasmo en el extranjero que el que hasta hoy ha causado en México, no obstante que cuantos presenciaron su representación, aun los más exigentes, estaban altamente satisfechos y conmovidos.

Al presenciar su representación, no hemos encontrado algo que criticarle para que se viera con cuánta imparcialidad la juzgabamos en estos tiempos de elogios; ella se resiste á nuestro análisis. El Sr. Cuenca ha pegado su tiro en el blanco; su obra tiene un armazón de hierro y un magnífico blindaje. Ha causado el mismo escándalo que en España causó *El T*[illegible] Gil y [illegible]ate decía al novel autor cuando no conocía la obra; "estudie vd. y no haga comedias." Después que la conoció le dijo: "Haga vd. siempre comedias y alcanzará vd. renombre."

Una cosa se[illegible] de su *Cadena de Hierro.* "Haga vd. comedias, y alcanzará renombre; vd. empieza por donde otros [illegible] podemos decir en su elogio, aunque consideramos muy difícil vuelva á concebir un pensamiento tan grandioso.

Esta obra ha suscitado disensiones en la prensa, lo que prueba que es buena. Algunos escritores la califican de inmoral porque un hijo se lanza contra su padre. Esta es precisamente la moral, porque se echa en cara su crímen á las adúlteras. El público superficial no comprende las obras filosóficas; cree que son morales sólo los sermoncitos.

Agustín Cuenca tenía fiebre dos días antes de la representación de su primer drama. La campanilla que anunció el principio de la fiesta, debe haber conmovido su corazón, como si fuera herido por un golpe eléctrico. Se iba á descorrer el velo de su porvenir. La indiferencia en el público habría agostado sus esperanzas; un aplauso sería la voz de "¡tierra!" que el navegante perdido escucha en medio de la borrasca.

Cuenca puede afirmar que ha visto lucir espléndida la aurora de su porvenir.

Seríamos injustos si no tributáramos aquí una expresión de gratitud á los actores del Teatro Nacional que han acogido al jóven escritor con un amor entrañable, y han prohijado su primera producción con afecto verdaderamente paternal. Esto conquista nuestra gratitud.

No sabemos á quien tributar mayores elogios de los cuatro artistas que desempeñaron la obra; cada uno hizo en su papel poniendo todo su esmero. Galza interpretando el papel de un esposo engañado, educado en la religión del honor, Palomera, al amante criminal; la Sra. Rodríguez, á la esposa infiel; Baladía, al hijo honrado y susceptible, que al volver al hogar se siente herido por las más terrible de las desgracias. María Rodríguez tiene muchos lauros que abrirán el porvenir á inumerables poetas noveles; Baladía, en nuestro concepto, merece los honores de esta jornada.

"UN EPILOGO DE AMOR,"

DEL SR. JUAN DE DIOS PEZA.

"ROMPER CADENAS,"

DEL SEÑOR LUIS BLANC.

Varias calamidades han pesado sobre la empresa del Teatro Nacional; las consecuencias de la revolucion; los perjuicios de la lluvia; las incomodidades de la inundacion; las enfermedades de la Sra. Rodriguez; las víctimas del tifo. Todo en conjunto ha venido á poner en un mal estado á la concurrencia que proteje los espectáculos, y de aquí nace la poca esperanza de medrar en todas las empresas de los teatros. No ha sido suficiente á llamar concurrencia en el Nacional, que se hayan puesto en escena algunas producciones de nuestros compatriotas, ni la repeticion de las que han agradado altamente; tampoco ha llamado la atencion pública las comedias de mágia á que tan aficionado es el público de la tarde, ni el anuncio de algunas piezas nuevas que pueden cautivar nuestra atencion. Jamás en México se ha visto tal tibieza en el público, tratándose de ver en la escena alguna notabilidad de los teatros europeos; jamás tal indiferencia para esta clase de espectáculos que son nuestra delicia por las noches, y en los cuales pasamos el rato para distraernos de las amarguras que tantas calamidades nos infunden. Los teatros están desiertos; las familias que los frecuentaban se concretan á sus tertulias caseras, y rara vez se presentan en las diversiones y en los paseos. Hay necesidad de esperar épocas más bonancibles.

El último domingo, por la noche, se representó la pieza que estaba anunciada, del Sr. Peza, cuyo título es: "Un Epílogo de Amor."

El amor y el deber es el pensamiento que alimenta este pequeño drama en un acto, cuya estructura es ingeniosa, el desarrollo de su trama y desenlace es natural; como episodio de la vida íntima

Arturo abandona su país natal, para ir á radicarse en Paris, y abandona á Magdalena, que es su amor, con ánimo de volver á verla cuando le sea posible realizar un enlace. Entre tanto la jóven, impulsada por la miseria, se casa con un hombre á quien ama por deber. Más tarde una tía de Arturo, que sirve á aquella familia, pone en contacto á los dos amantes, y aquí arde de nuevo la llama que no se había extinguido en los dos carazones. Arturo, que ve muertas sus ilusiones, y que no puede resolverse al sacrificio, insta á su amada porque abandone aquel recinto. Ella rechaza esta propuesta con indignación; pero declara á su amante que *lo ama todavía*. D. Juan, marido de Magdalena, viene á su casa, encuentra allí al jóven, escucha las últimas palabras de su esposa, y todo lo comprende. En las explicaciones que el marido y el amante tienen, se descubre que Arturo es hijo de D. Juan; y esta casualidad pone término á las pretensiones del hijo. La niña Isabel, hija de aquellos consortes, denuncia á la madre la existencia del hermano, y Arturo parte para siempre del lado de Magdalena, no sin recibir las bendiciones de despedida de su padre, de su amada y de su hermana.

Este plan sencillo, cuya explicación se hace en las dos primeras escenas, se desarrolla y se desenlaza con interés, y mueve en alto grado el sentimiento. Magdalena rechaza las insinuaciones de su amado, fiel á su deber de esposa, y en esto hace consistir el autor la moralidad de su pequeño drama.

Creemos que para un episodio tan sencillo no debió emplear el autor tantos personajes; con una poca de meditación, y con cualquier otro recurso hubiera podido suprimir el papel de Teresa, inútil en la trama, y aun el de la pequeñita Isabel; no por esto la pieza habría decaído de interés, y sí habría encontrado el autor medios más naturales para ejercitar su inventiva; cierto es que la intervención de una inocente niña ha venido á mover la sensibilidad y á contribuir al desenlace; pero este podría venir con naturalidad sin su intervención. Los niños que se hacen aparecer en las obras dramáticas, son una dificultad para que las compañías puedan representarlas; escribir un papel adecuado á las facultades de una niña de ocho años, es encerrar á los actores en un círculo de hierro; el mismo autor se ve obligado á poner unas cuantas frases y pocas veces le puede dar interés al pequeño personaje.

Además, una niña de ocho años, supone unos amores primitivos anteriores al matrimonio, que datan de diez años. ¿Puede presentarse como verosímil un ardimiento tal después de dos lustros? En este episodio, esa niña aparece más bien como un ornato de la obra, como un adminículo que la embellece y no la interesa. En cuanto á la tía doña Teresa, es aun menos necesaria.

Los preceptistas del arte dramático *aconsejan* que se huya del vicio de poner personajes innecesarios, para no aglomerar en el cuadro hermoso figuras que no tienen objeto de estar allí.

El autor, llevado de su imaginación, pinta á una mujer que sostiene una lucha heróica entre su deber y su amor; acercándose al realimo de la vida, al misterio que rodea las pasiones, y estudiando el corazón nos pinta una mujer fiel á su marido, esclava de su deber, que no ha podido olvidar á su amante, y en un arranque de entusiasmo y de dolor, lo siente *y se lo dice.*

El autor puede haber intentado crear dos tipos igualmente hermosos: á una mujer que ama y que no olvida un primer amor, y se muestra apasionada á los ojos del hombre que fué su amante, y lo confiesa para disculparse; entonces crea un personaje real; ó bien pinta una mujer modelo de esposas, como para dar una lección de moralidad á la sociedad. Si lo primero, creemos que es una pintura fiel de la mujer, con sus veleidades, con sus vicios, con sus lijerezas; estaba apasionada, y faltó á sus juramentos obligada por la necesidad; fué esposa, faltó à sus deberes diciendo à su amante que aun *lo ama.* Esta mujer puede considerarse doblemente ligera: el poeta pinta la realidad, y la embellece; su creación es la heroina, de sus deberes físicos, por decirlo así, no de sus deberes morales. No podríamos decir que en esto se ha faltado ni à la verdad del sentimiento, ni á la realidad de la vida. Como Magdalena son casi todas las mujeres; ni ellas ni el poeta pueden dar leyes al corazón.

Si en Magdalena se ha querido pintar el modelo de la mujer virtuosa, esclava de su deber, tipo perfecto de la matrona y de la esposa sin tacha, no ha sido el autor muy feliz en su creación. Una mujer casada no debe confesar á su mismo amante, ni aun para disculpar su liviandad, que *le ama todavía;* no debe hacer consistir su deber de esposa en no querer huir con el hombre que le infundió un primer amor: no; *su deber es amar sólo á su marido;* si fué desgraciada, si no ha podido lanzar de su alma aquel sentimiento, debe dejarlo oculto en el fondo de su pecho, y debe avergonzarse aun de mostrárselo á su pensamiento. Si se quiere pintar la lucha tremenda de esa mujer, lucha entre sus pasiones, que ha querido y que no ha podido apagar, y sus deberes, que están sobre todo, entonces qué no lo diga á nadie, ni aun à su mismo amante para no descender de su estimación. La mujer que sabe dominar sus pasiones y guardarlas en secreto; que sobre todas ellas aparece su *deber de esposa,* este es el tipo heróico que debe presentarse como modelo.

Toda la pieza del Sr. Peza está escrita con sentimiento, con un estudio profundo del corazón humano; al ver el empeño con que el autor huye de las ficciones, nos ha parecido que desarrolla un incidente histórico. Este dramita sencillo, conmovedor, natural en sus detalles, nos ha revelado al escritor capaz de concepciones más profundas; propende más bien á las creaciones de la fantasía que à los estudios filosóficos.

No hemos dejado de admirar la hermosísima versificación, que nos revela el númen privilegiado que inspira al Sr. Peza; verdaderamente nos ha deleitado.

Respecto á la representaciòn, nos ha parecido exagerada la declamación, pues se trataba de un incidente conmovedor, pero de la vida real. Imitar la naturaleza es lo que tiene, según nuestro gusto, mayores atractivos.

«Romper Cadenas» es un drama social que tiene por objeto destruir la esclavitud de los negros en la Isla de Cuba. Visto bajo este aspecto, no deja de ser interesante su argumento y filantrópico y filosófico su fin. Escrito para pedir en España la abolición de la esclavitud, puede haber tenido pocos opositores su idea. ¡Cosa notable! en teoría todos los españoles lo aceptan; en el resultado práctico lo rechaza como inconveniente é inoportuno en las colonias el mismisimo Emilio Castelar, republicano y demócrata que lleva en su mano la antorcha de la civilización, como un zapador de la reforma. En Cuba hay esclavitud de negros y de blancos, puesto que ni aun los derechos de ciudadanos se les ha querido conceder. En España no ha encontrado eco la máxima del célebre orador francés: «perezcan las colonias y sàlvense los principios.»

Según la estructura y lás tendencias de esa obra, debía de llamarse: «Con unas, romper otras cadenas.»

Considerada como pieza dramática, es notoriamente mala: carece hasta de originalidad, puesto que es una imitación del arreglo, para la escena que conocemos con el nombre de la «Cabña de Tom.» Incurre en las exageraciones, sin imitar sus bellezas, y algunas de sus escenas demasiado conmovedoras.

El carácter de la negra Juana no revela cúal es el verdadero caràcter de los negros: ¡cuándo es posible que una negra hablara con aquella altivez, con que lo hace Juana, al mayoral y al capitán negrero!

El mismo carácter de Lola, cruel, altiva, inhumana para con sus esclavos que los manda azotar, revela que el autor no conoce los sentimientos del corazòn de las cubanas. No dudamos que hay hombres crueles entre los hombres que gobiernan á los negros, ¡pero entre las mujeres......! no, no es posible; el autor ha exagerado el carácter de sus personajes para pintar con hermosos colores á los esclavos. La hija de una madre tan buena y tan sensible; la hermana de Alfredo, tan generoso con los negros, y la hija de Tomás, que màs tarde liberta á sus esclavos, no puede, ni aun por instinto, tener unas inclinaciones tan bastardas, ni sentimientos tan inhumanos.

No olvidamos que el autor es español, que escribió en España, y que su obra debió representarse en aquel suelo; las máximas morales con que desarrolla su problema social y aun lo resuelve, debería ir á hablar à la razón de españoles que pueden rechazar la esclavitud, y combatir la idea de la independencia de Cuba, y por esto su pensamiento nos parece incompleto, y algunas de sus escenas inverosímiles, y forzadas: una conjuración del pueblo españolizado lo contiene, con sólo su voz, una mujer.

De toda la obra lo único que encontramos bueno es la *intención* de abolir la esclavitud, pero su problema no está analizado ni ménos re-

suelto. La libertad de los negros está en la mente de todos los hombres civilizados, aun de los hombres interesados en la esclavitud: ¿cuáles son los obstáculos que se presentan para realizarla? Son estos dos: al darles libertad ¿quién pierde el valor numérico que representan? sin el trabajo del negro ¿pueden cultivarse los campos de Cuba? Ninguno de estos pensamientos se desarrollan allí; la solución es, que cada dueño de esclavos tenga sentimientos humanitarios, un desinterés á toda prueba, y una abnegación sobrehumana para darles libertad.

Estos argumentos ¿en qué inteligencias tienen que hacer su efecto? En el cuerpo Legislativo, en las inteligencias de los republicanos, que son los únicos dignos de un pensamiento tan grandioso, vemos que el mismo corifeo de las batallas, el gran Castelar no es abolicionista. En los dueños de ingenio que tienen su fortuna y su bienestar en los negros, sería inútil oponer raciocinios contra intereses.

Por estas razones creemos que el pensamiento social que el autor se propuso, aunque muy civilizador, no se desarrolla ni se resuelve. La conjuración que llevó al patíbulo á Plácido le hubiera ministrado al autor datos históricos que pudiera explotar con mejor éxito.

Todos los demás episodios del drama, agenos al pensamiento cardinal, son aislados de la acción que apenas se percibe; inverosímiles todos los caractéres, y carece de situaciones dramáticas que muevan nuestros afectos y le den interés.

"Romper Cadenas," pasada una vez la curiosidad que naturalmente excita una obra nueva, caerá en el olvido y nadie se acordará de ella para tejer al escritor abolicionista una corona que premie su filantropía, porque su obra no es ni filosófica ni dramática.

"GRISELDIS."

I.

Dos años hace que el periódico literario "La Familia" publicó en su folletín este drama, que del alemán tradujo al castellano el Sr. J. F. Jens.

En esta capital hasta ahora sufrió su estreno en el beneficio de la Sra. Baëna.

No debemos hacer un análisis de una obra que llega laureada con los aplausos de una sociedad culta, y constantemente admiradora de las producciones del ingenio, y que sella con su aprobación las obras en que resplandece el buen gusto.

"Griseldis" no es un drama en que su grandioso argumento venga

á mostrarnos las pasiones comunes, ni en donde se bosquejan aquellos tipos que representan el vicio, el crímen ó el heroismo. Trivial es el asunto sobre que se han colocado, como en un panorama, los personajes dramáticos: sus escenas tienen interés y algunas sorprenden por su novedad.

Al raciocinio muy poco puede hablar el autor cuando su argumento no es filosófico; mas al herir el sentimiento del espectador lo hace con tal delicadeza que á nuestro sistema nervioso lo afecta en tiernas emociones.

La obra dramática pertenece á la escuela que tanto elevaron Goethe y Schiller; en que sus personajes grotescos ó sublimes, ligeros ó grandiosos, van marcados con el sello del génio. El rey, la reina, los cortesanos, no se retratan empleando los finos colores de la paleta de un gran artista, y entran en la órbita de lo vulgar: forjadas nada más en estuco ó en la blanda piedra del alabastro, no tienen los contornos delicados ni el brillo que revelan al estatuario. Hay que admirar el talento del autor en "Griseldis," esculpida á cincel en duro y límpido mármol de Paros. Hay que tributar aplausos á su genio en la sublime inspiración de la heroina; en esa niña que sale de las incultas montañas como cervatilla gentil y poética, que le dan vida las auras de la selva, como à la flor silvestre; que resplandece su virtud en la cabaña como la luz que deja el ángel de la humildad bajando de los cielos.

II.

No busqueis en "Griseldis" al sér que habita en el suelo en que vivimos. "Griseldis" no es la realidad, es un mito; no es la mujer que forma la Naturaleza con sus leyes inmutables, y que educan las sociedades con las máximas de su moral. La mujer real es débil, fácil de impresionarse, rebelde al raciocinio y por esto la dominan los vicios ó las virtudes extremas, que son los atributos de su alma y la consecuencia de su educación social.

"Griseldis" es una criatura tal cual desea el poeta que sean todas las mujeres; y para que su ideal sea perfecto y verosímil, no la ha sacado de las sociedades tumultuosas donde la contemplación de lo malo hicieran degenerar sus propensiones á lo magnànimo; es un sér angélico que espiritualiza por el amor todo aquello que en ella puede ser mundanal. No siente los agijones de la ambición y de la codicia; no le deslumbran las maravillas del lujo; los seductores afectos que la vanidad inspira no hacen latir sus arterias; aún el celo, que siempre sigió al amor como la sombra al cuerpo, no empaña un instante el diáfano cristal de su existencia.

No es un estudio psicológico porque no analiza aquellas grandes pasiones que combaten al sér racional; no es un ensayo fisiológico, por que las pasiones no afectan el organismo; su tipo es ideal, pero verosímil, como lo es la "Margarita de Goethe la "Ofelia de Sahkspeare,"

la "Tisbe de Víctor Hugo," la "Medea de Séneca."—"Griseldis" les aventaja en el heroismo del amor, en el del sentimiento y la resignación, en el de la dignidad elevada al sacrificio. Es Andrómaca, es Virginia, es Cornelia, oculta en la ignorada roca de las montañas, como el diamante está incrustado y oculto en el pedernal.

"Griseldis" no refleja á la mujer tal cual es; idealiza á la mujer tal cual debe ser para que toque con perfección su misión sobre la tierra.

Es una belleza ideal no daguerreotipada de la mujer mundana, es como la Venus de Milo, fantástica y no una copia de la mujer en la Naturaleza.

En la vida real, la mujer ama con delirio á su esposo, á sus hijos, à su padre, y es esclava de su ternura como "Griseldis," sí; pero no lleva su abnegación hasta sacrificar á su hijo y á su padre á la voluntad de su esposo. El autor ha llevado su pensamiento en alas de su fantasía hasta las regiones en que la pasión sublime toca las de la desnaturalización; pero aceptamos este rasgo psicológico como una exhuberancia del entusiasmo poético. La mujer real se sobrepone al celo y perdona; se sobrepone à la indiferencia y perdona; se sobrepone á las injurias, al abandono, y perdona también: pero también es verdad que, la heroina "Griseldis," toca estas fibras que penden del corazón y que producen suaves notas como las cuerdas del arpa que hiere el viento; están pendientes, subordinadas, al interés de estar siempre en el alma de su esposo é imperar allí como du ña absoluta.

Aquí es oportuno citar el último pensamiento del Sr. D. Ventura Ruiz de Aguilera.

> Si quieres ¡oh vate! que al hombre conmueva
> Con himnos gozosos ó tristes el arpa,
> En vez de sus cuerdas, pon otras de fibras
> Que arranquen del fondo sensible del alma.
> ¡Verás qué bien llora!
> ¡Verás qué bien canta!

Quitad la piedra angular sobre la que descansa su interés, y la estátua que ella levanta caerá de su pedestal; está tiene el cimiento de arena, de barro el pié, de bronce el cuerpo, como la visión de Nabucodonosor. La mujer todo, todo lo perdona, y como único castigo al sér amado, manda con ojos anublados por las lágrimas una mirada de ternura para acusar su rigor; una frase que arranca á su alma para echar en cara su maldad; estalla en santa indignación un instante para caer arrepentida y magnánima poco después en brazos de su esposo. Nunca es grande, sublime, angélica, sino cuando llora, ama y perdona.

III.

"Griseldis" está muy por encima de lo que es posible imaginar en

una mujer de pasiones mundanales, y entonces esta sublime creación entra en la esfera de lo ideal. Si alguna vez descansa como el colibrí en el nido formado entre rosales, pero que recibe con el aire el polvo pestilente del mundo, saldrà de él sacudiendo sus alas de esmeralda.

"Griseldis" recorre otra vía; llora, ama y perdona, pero rechaza de su regazo al hombre que por un capricho de cortesanas jugó con sus sentimientos. Heroina en el amor y en el sufrimiento, se muestra también grande y elevada en la expiación, porque expiación será también para ella el castigo de su esposo.

Una sola creación conocemos que se le parezca, y es Clara Harllowe.

Cada vez que esta obra se represente serà más grata al público por que será más comprendida la heroina del poeta alemán.

"Griseldis" no debe ser vista en el teatro sólo por el espectador; hay que estudiársele por el filósofo.

IV.

El carácter de Percival es delineado con bellísimos contornos, con maestro pincel, en el primer acto. El autor nos muestra sólo un perfil. ¡Cuánta dignidad para elevar à su esposa ante las pueriles cortesanas! ¡Con qué solicitud encomia las altas virtudes, la deslumbradora belleza de Griseldis, de la hija humilde de un carbonero! Creíamos ver uno de los personajes que Walter Scot retrata en sus poemas. Las burlas que las damas de la corte hacen del ángel que sale de una carbonera, excitan sus arrebatos. Desde aquí ya no es la galantería la que se emplea para elevar á un sér querido; no es la susceptibilidad; no es el amor propio humillado, herido por el sarcasmo; hay otro móvil que para la mujer y para la esposa es de gran valor, que se sobrepone á esos afectos: es la "estimación." Este rasgo imprime al carácter de Percival la hidalguía, el respeto, la impetuosidad del ánimo resuelto para rechazar las zaetas de la injuria; el pára los golpes y los devuelve hasta provocar el combate. No hay en su recitación dialogada, ni en sus apartes, ni en sus monólogos, una sola frase que anuncie en percival el hombre festivo, ligero, superficial extravagante, para que acepte exponer á la burla de las cortesanas de alta gerarquía el buen nombre de su esposa; acepta el juego con la seguridad de ganar la partida; pero á trueque de lacerar el alma de su amada. Esa sombra en el semblante de Percival falsea su carácter, y lo hace descender del alto asiento del hombre sensato, al tapiz de los bufones. Hay al fin de la partida una recompensa suprema, grande sobre toda magnificencia y es, que una reina proclame á Griseldis la esposa sin segunda, y que una soberana de Inglaterra doble la rodilla ante una carbonera.

El autor ha querido poner estas flaquezas en dos de sus figuras dramáticas para preparar el desenlace inesperado, nuevo en los anales del teatro, que más han de realzar el carácter de su heroina, y con el

cual rasgo enseña á las esposas cómo se ama sacrificando el reposo y cómo debe sacrificarse por salvar la dignidad.

V.

El Sr. Sr. Jens ha hecho una traducción del alemàn á un idioma que no es el suyo, pero que conoce muy bien; ha sabido encontrar las palabras que con vigor engalanan la locución y tocan del sentimiento la cuerda delicada.—En nuestro idioma participa el Sr. Jens de la gloria del autor. Del autor son la idea, el modelo de las figuras, el molde para vaciarlas, el horizonte que se ve al fondo de sus cuadros, la estructura de la obra, los resortes, el magnetismo que toca el alma. Del Sr. Jens es el cincel que dá expresión, gracia á los pliegues del vestido, verdad al semblante, chispa á la locución, colorido á la escena, el alambre que conduce el electro-magnetismo al espectador. Del autor es el alma, la idea cardinal. Del traductor la creación del diálago, el acierto para escoger las palabras delicadas ó contundentes que revisten las imágenes, que preparan el ánimo y dan á la sensibilidad el golpe de gracia.

Difícil es la versión del alemàn tan rico en palabras, á un idioma que carece de frases indicantes para que una sóla forme varias oraciones que concretas y precisas muestran los afectos.

VI.

Anunció la compañía de Arbeu la representación de esta obra confiando su desempeño á todos sus miembros, y el de los dos principales personajes á la Sra. Baéna, que era la beneficiada, y al Sr. Burón.

La concurrencia fué numerosa, atraída por el deseo de dar un testimonio de aprecio á la beneficiada, y por ver en la escena un drama que estaba anunciado como el más notable de nuestros días, puesto que fué digno de un aplauso en donde se representó por primera vez.

El Sr. Burón quiso hacer un estudio profundo de esa obra, y no la dió á luz sino cuando estuvo perfectamente ensayada.

A la Sra. Baéna se le saludó con las manifestaciones más sinceras del aprecio que el público le tiene. La recepción no se adornó con los relumbrones de costumbre y con la pompa pagana de estas fiestas como es el ruido y el oropel, las flores y la lluvia de dísticos y de sonetos.

El público que va en pos de las bellezas del arte; de las impresiones que deja en su ánimo las concepciones del génio, ha quedado complacido. La Sra. Baena supo interpretar con verdadero acierto el papel que desempeñaba.

Cuatro afectos ha trasmitido al auditorio para despertar en él distintas emociones. Como madre muestra su "dolor", y su "desesperación" cuando le arrebatan á su hijo; muy al vivo realizó el combate

del alma con la desgracia: La "resignación" de la humildad cuando se despoja del ropaje de gran señora para vestirse con el primitivo de la aldeana, y la de la devolución del anillo nupcial: La "magnanimidad" al conceder un refugio seguro contra sus perseguidores al esposo cruel, en las quiebras de aquellas montañas, con riesgo de la vida: La "indignación," el "sacrificio de su amor" por verse lastimada de su pasión por el sér que ella más ama sobre la tierra.

Los espectadores estaban altamente conmovidos; las lágrimas son el mudo aplauso para el autor que concibe el pensamiento y crea las situaciones; y para la actriz que interpreta, que siente, que trasmite á quien la escucha las expansiones de la ternura, esos toques al corazón que tanto nos conmueven. La Sra. Baena, ha sido, más que el Sr. Burón, le heroina de la fiesta.

Personas hubo en el público que abandonaron el salón, altamente afectadas. A su delicada sensibilidad no convienen los espectáculos que tristemente las impresionan. Estas personas, por su organización, son antípodas del drama y de la tragedia; su elemento es la comedia y el sainete; y si en ellas el buen gusto se ha desvirtuado, sólo pueden hallar una inocente diversión á su espíritu festivo en la ópera bufa, en la célebre "Isla de San Balandrán," en los espectáculos pueriles que recrean la vista con el relumbrón, y que halagan el oído con la melodía: pero no en los que hablan al corazón y al raciocinio.

"MARIA ANTONIETA."

I.

Los teatros Nacional y Principal han presentado en la semana pasada espectáculos notables. En el primero "Sor Teresa" y "María Antonieta;" en el segundo, un drama gracioso y entretenido, titulado: "La Montaña de las Brujas."

La Sra. Ristori, en su permanencia en México, puso en escena los dos primeros con todo su aparato, dejando en el ánimo de los espectadores profundas impresiones.

La empresa del Nacional se propuso vencer las dificultades que se presentaban para montar esa tragedia con los escasos elementos que el teatro tiene, ayudada de su buen deseo por mostrar interés en sus funciones. Una numerosa concurrencia asistió al teatro por la tarde y por la noche del próximo domingo, y los esfuerzos de la Compañía se vieron recompensados.

Gran atractivo tiene para todo el mundo presenciar los aconteci-

mientos que tuvieron lugar en París durante la revolución francesa, esa hecatombe notable de los tiempos modernos, más cuando ha de mostrarse con toda su verdad, con toda su grandeza, con esa magnificencia que realza aun en sus más insignificantes detalles, la lucha cruenta entre las ideas caducas y las novadoras del siglo pasado. Luis XVI y María Antonieta son dos figuras cuya historia es de todos sabida, y de ninguno olvidada; la causa de sus desgracias, sus últimas palabras, la fecha de su sacrificio, el nombre de sus aliados, de sus enemigos, de sus verdugos, son familiares á nuestra sociedad y por esta causa en la representación hay que ser fiel al texto y á la historia.

Personas que vieron representar esta obra sorprendente al génio tutelar de la tragedia, han encontrado pálidos los cuadros que el domingo en la noche se pusieron en escena en el Nacional. Esto ya lo inferimos; pero en la mente de todos estaban las dificultades con que la Sra. Rodriguez ha tenido que luchar. La Sra. Ristori, con esta y con otras tragedias, abarcó una empresa gigantesca que admirara al mundo civilizado; y surcó los mares en pos de la gloria y de la especulación; aun á las regiones más desconocidas, su fama le precedía y no hacía otra cosa que anunciarse para ser admirada. María Antonieta, Judit, Fedra, Isabela y otras, le eran muy familiares; sin mucho trabajo podría recibir el premio de sus desvelos de otros días.

La Sra. Rodríguez tenía que luchar con grandes obstáculos; había que crearlo todo, que improvisarlo todo; conseguido esto, había qué luchar con un público que no ha olvidado las impresiones de la Sra. Ristori, y que á cada paso formaría comparaciones aun en sus más pequeños detalles. Fué anunciada la función y el público correspondió á su llamamiento; lleno estuvo el teatro por la tarde y por la noche; magnífico estuvo el desempeño de la obra en la que tomaron parte los actores notables de otros teatros. Había propiedad en los trajes; había lujo, y en el conjunto se notaba el empeño con que la empresa del teatro procuraba el lucimiento de la "María Antonieta."

Las escenas en que se viera la sublevación del pueblo, agitado por los franciscanos y jacobinos, se mostró muy á lo vivo, con toda su grandiosidad; el pueblo-rey, el pueblo majestuoso, con sus extravíos y su demencia, con su heroismo y sus veleidades, con esa mezcla misteriosa de todo lo bueno y de todo lo malo, en sus escenas de sangre y de magnanimidad, estaba representado en el escenario. Se había corrido el velo de lo pasado y asistíamos á las escenas del pueblo de París en los días del terror. El magnífico, el simpático, el gran Lafayette, fiel al rey en los momentos de angustia, le salva y contiene aquellas oleadas populares semejante al Dios del Universo que dice al Océano embravecido: "de aquí no pasarás." Entre todas estas figuras descollaba Santerre, por su propiedad en el traje, enteramente igual al que conocemos en los magníficos grabados en acero que nos trasmitieron aquellas escenas horribles de la revolución francesa. Simón, el

nuevo ayo del Delfin, con toda su ferocidad se mostraba allí. ¿Qué podríamos decir de la protagonista, de esa María Antonieta, víctima del fanatismo repúblicano? Los actos que más impresionaron nuestro ánimo fueron los del ataque epiléptico, la separación del Delfin en el acto de arrancarlo Simón de los brazos de la reina, y cuando el verdugo corta á ésta la trenza de sus cabellos; entonces expresaba en su mirada, en una escena muda, toda la indignación de que estaba poseída; rechaza al verdugo cuando éste la toca al atarle los brazos por la espalda. Marcha á su final destino con entereza, pero agitada por una convulsión nerviosa.

Acaso la escena más imponente, la que por su propia y peculiar fisonomía no ha tenido igual en el mundo, ni aun aquella que se verificara en el camino del Gólgota, es la marcha de la comitiva y de la víctima desde el Temple hasta el lugar donde se levantaba el patíbulo.

Se descorrió la cortina, y se dejó ver la frenética muchedumbre en los momentos de su delirio, y á María Antonieta en carreta fatal, de pié y atada, sufriendo los insultos de sus verdugos, pero resignada; golpeando su cabeza contra la carreta porque no podía conservar una actitud equilibrada por las sinuosidades del terreno.

Caía el telón y volvimos como de un arrobamiento á nuestra tierra natal, á nuestro México querido. Habíamos asistido á las escenas más conmovedoras é imponentes de los últimos tiempos. Creíamos ver allí á Danton, á Marat, á Robespierre; fuimos testigos presenciales de las primeras escenas del terror en el Temple y en la Conserjería.

En tres horas creímos ver pasar á nuestra vista, como una ilusión óptica, gigantescas figuras, incidentes maravillosos que dieron principio en el juego de pelota, y terminaron con la elevación del primer Cónsul. ¡Salud, republicanos! exclamamos; la revolución, como Saturno, devora á sus mismos hijos: la guillotina derriba las cabezas de inocentes y de culpables; la historia recoge los nombres y los hechos para execrar el de los malvados, y para coronar la frente de los héroes; ¡Salud, republicanos! Perecen los inocentes, se inmolan á los buenos y á los culpables; pero de esa conflagración tremenda, de esa hoguera voraz que se extingue y se aviva, sale purificada la idea civilizadora, el ódio al absolutismo, el amor al pueblo, cuyos derechos no serán hollados impunemente.

Tales son nuestras impresiones ante la representación de "María Antonieta," de esa obra escrita por Jacometi, sin reglas, sin observar los preceptos del arte dramático, y con el plan preconcebido de que sirva de combustible en esa hoguera de las pasiones políticas, en [illegible] propaganda que los partidarios del oscurantismo emprenden co[illegible] república. La obra tiene dos acciones; la muerte de María Anto[illegible] la de Luis XVI á quien se le corona con la aureola de los már[illegible] ni una alusion, ni una palabra contra el rey delincuente, contra traidor que agitaba la guerra extranjera para que otras naciones dieran á su patria.

II.

Muchos días hacía que no concurríamos al Teatro Principal; sus espectáculos no tenían para nosotros ninguna novedad; la mayor parte de las funciones con que el Sr. Guasp ha llenado el actual abono, son repeticiones de obras que se han dado en la temporada, con excepción de una del Sr. Peón y Contreras que aun no hemos tenido el gusto de ver.

Dos de nuestros compañeros de redacción se han encargado de estudiar las funciones de este teatro, y de dar à conocer al público el mérito de las obras y el trabajo de los actores. No obstante, nos proponemos escribir nuestras crónicas teatrales, tomando las impresiones del Teatro Principal, aunque nuestros amigos y compañeros de redacción trasmitan sús impresiones á nuestros lectores. No será difícil que en el modo de juzgar del mérito de los actores y de las piezas, no estemos del todo conformes, pero no será muy divergente nuestra opinión.

Nosotros hemos visto la representación y el estreno de "La Montaña de las Brujas" que la empresa del Teatro Principal nos anunció como comedia de *mágia*. Algunos periódicos aseguran que el público salió *descontento y chasqueado*.

Esa pieza, si bien no tiene juguetes en la escena con que se *chasquea* un personaje, ni apariciones y desapariciones por escotillón, propio para divertir á los candorosos niños y á gentes superficiales, en cambio tiene un argumento interesante, calcado sobre la historia y de escenas dramáticas de algún efecto. A esto se debe agregar la parte de música cantante que la adorna; las graciosas cantineras que entonan himnos marciales; los coros de bandidos y gitanos, y los bailes que son hasta necesarios en esas obras que sólo sirven para adornar el espectáculo. También adorna el argumento de la obra dos graciosos que á cada paso excitan nuestra hilaridad de una manera agradable; una gitanilla simpática que se disfraza de bruja, y que encubre, bajo el manto de dueña, á nuestra amable Concha Padilla: vemos también á Chucha robada por los bandidos ¡pobrecita! y libertada por la gitanilla que la custodia; de improviso saca, no sabemos de dónde, su sombrero napolitano, un trabuco que no da fuego, y un puñal dispuesto á esgrimirse en el pecho del audaz bandolero, así como mandó al Limbo á otro insolente bandido.

Pero lo que hace muy agradable la representación, es el canto de las vivanderas que salió de *rechupete* como diría el Sr. Juvenal. La Sra. Navarro, con un vestido gracioso de cantinera del ejército español nos cantó redoblando en su tambor algunos aires militares, acompañados de coros que daban á la escena un aspecto encantador.

Hay algunas decoraciones preciosas, nuevas enteramente y que han venido á ser el complemento de la función anunciada.

Sabido es que el escenario del Teatro Principal no tiene capacidad

para montar obras de gran aparato, y aun la misma obra titulada, *La Montaña de las Brujas*, no tendrá esos chascos, esos juguetes en que un actor se convierte en burro, y el burro toma la forma y pluma de un criticón alucinado. Razón tenían los que esperaban otra cosa, pero ellos han sido *chasqueados*, no por los carteles, sino por el calidoscopio de su propia imaginación.

III.

Aquí se nos presenta una oportunidad de mandar nuestros saludos al Sr. D. Francisco Sosa, y de decirle que le damos las gracias por su contestación. Con gusto haremos algunas rectificaciones en nuestro juicio, puesto que el Sr. Sosa nos asegura haberse ocupado también de hacer notar las bellezas de las obras mexicanas. No hemos leído todas sus crónicas, pero nos proponemos hacer un repaso de ellas, màs bien por recreo, que por vía de rectificar lo que nos refiere el autor en su artículo de ayer.

Los cuentos de las botellas y del lobo, són anécdotas y fábulas impresas; si no hay pulcritud en ellas, culpa serà de los autores, ó de algunos espíritus maliciosos que interpretan mal los conceptos inocentes.

"Sor Juana Inés de la Cruz,"

Drama histórico en tres actos y en verso del

SR. JOSE ROSAS MORENO.

Frecuentemente vemos que las sociedades literarias, en su marcha progresista, tienden á buscar un atagonismo entre ellas mismas, y que convierten en hostilidad lo que no debía traspasar los límites de una emulación ilustrada, y de consiguiente, de benéficos resultados. No sucede así; las envidias, los celos literarios, se ponen en vigor y esta es la gangrena que va consumiendo á esas sociedades; su sávia benéfica, la sangre que circula por sus venas, que es el amor á la gloria, se convierte en linfa y concluye con ocasionar la muerte.

Esto succdió con dos sociedades dramàticas que se fundaron hace un año.

El Sr. D. José Rosas Moreno fué uno de los que contribuyeron la idea, y

ayudaron en su realización para fundar la sociedad *Gorostiza*, como se verificó; á su semejanza se fundó otra con el nombre de *Alarcón*, en la que tomó parte también el Sr. Rosas Moreno. Fundadas ambas con la mejor buena fe, pronto degeneró su institución, y se convirtieron en rivales. Varios individuos pertenecían á una y á otra sociedad, y animados por celos bastardos, tuvieron el honor de pertenecer á la otra su adversaria. De aquí nació la hostilidad que hasta hoy existe.

El Sr. Guasp, iniciado en el círculo *Alarcón*, desde luego se propuso ver con desdén al *Gorostiza*, y no representar ninguna pieza de sus miembros, sea cual fuere su mérito literario. Todo su anhelo, todo su empeño, se reducian à levantar á los miembros de su círculo favorito. Tenía formada alianza ofensiva y defensiva con poetas, autores dramàticos, escritores públicos, oradores, tribunos, hombres influentes; nada faltaba para dar á su compañía dramática y á su teatro toda la protección que daseaba. Si había un periódico que con justicia ó sin ella lo criticaba, desde luego tenía una pluma amiga que lo defendiera, y se decía que tales ataques tenían orígen en la *Gorostiza*.

El periodista, para caer en la gracia de la *Alarcón*, debería defender á todo trance á la empresa del Principal; elogiar al Sr. Guasp, y ésto, no porque él tuviera empeño, ni la aspiración siquiera, à que la culta y conocedora sociedad de México que lo ve trabajar día á día, así lo calificara, sino porque esos periódicos llevaràn tales elogios á Madrid, campo vasto donde debía resonar el eco de la trompeta de la fama. En segundo término era preciso elevar el talento de los escritores dramáticos de la sociedad *Alarcón* aun más allá de su justo merecimiento. Un crítico severo y apasionado era maldecido; uno ménos severo, pero más justo, ajeno á los celos literarios, se concideraba como enemigo también; sólo deberían tener la aprobación de ellos los que dijeran qua las obras de los alumnos de la sociedad *Alarcón* eran obras perfectísimas, y su escuela la mejor de todas las escuelas.

El antagonismo tomaba creces; los celos literarios estallaban; blanco de todos ellos eran los actores que ponían en escena una pieza dramática de la sociedad adversaria, y bajo la apariencia de una protección fraternal se ocultaba una hostilidad manifiesta. El Sr. Guasp tenía, para representar las piezas de autores mexicanos, una corta subvención del gobierno, asegurada por medio de un contrato, pero siempre ha eludido el cumplimiento. Unas veces aconsejaba al mismo autor no llevara su obra al Consevatorio ni á ninguna sociedad dramática de las que tenían por el Gobierno la facultad de designar las de su aprobación, pues no viniendo por ese conducto, ni estaba obligado à representarlas ni ménos á dar el tanto por ciento al autor conforme al contrato.

Si á pesar de sus consejos la pieza venía por el Conservatorio, entonces, para no ponerla en escena, decía que el cuadro de su compañía no le permitía representarla, ó que sus actores no tenían las facultades artísticas necesarias para sacar triunfante una obra tan buena y

librarla de una silba ó naufragio. Si el autor por una parte, si el Conservatorio por otra, si el mismo Gobierno, atendiendo á las quejas de la prensa, lo estrechaban á que diera cumplimiento á su contrato, entonces intentaba otro pretexto: ¿cómo es posible, decia, que yo ponga en escena, y disguste al público con obras monstruosamente defectuosas, en que aparecen diablos por escotillón, rancheros y usureros que hablan un lenguaje vulgar, ó personajes que tienen desafios en las azoteas?

De esta manera se constituía en censor de las piezas, opositor á determinada escuela, y un corrector, de las soluciones de los problemas sociales; queria que todos los escritores amoldaran á su gusto sus producciones; los adulterios le repugnan; los suicidios los cree inmorales; los monólogos los encuentra largos y cansados, y las escenas trágicas muy fuertes para que las pudieran sacar bien sus actores, y peligrosas por eso de impresionar y aterrorizar á señoras casadas y en estado interesante. Acaso el Sr. Guasp temia ser desterrado como lo fueron en la antigüedad aquellos actores que en Grecia representaban terroríficas tragedias, y que producían cataclismos á las señoras de sensible corazón.

¿Cuáles, pues, eran las piezas que su buen gusto podría escoger para representar? únicamente las de su favorita escuela española, y esto si tenian un galán simpático, porque el Sr. Guasp no gusta de hacer papeles de traidores odiosos, sino sólo aquellos que traen en sí mismos aplausos á la grupa; un papel de traidor, aunque fuera interesante, lo confiaba al Sr. Freire, á nuestro buen amigo Freire, que en la compañía del Principal es *el ajonjolí de todos moles.*

De aquí ha resultado que ni él ha querido ni ha podido dar ensanche á las aspiraciones de poetas mexicanos, ni protegido sus producciones sino son las de sus escritores favoritos. En cuanto á las producciones, buenas ó medianas, que no quiere representar, entretiene á sus autores; no los desengaña "para no tenerlos en su contra" y obra de tal manera, que ellos mismos se ven obligados á retirarlas, y así encuentra otro pretexto para eludir sus compromisos.

Tales han sido los motivos por los que varios diputados intentan poner en el presupuesto una partida destinada á proteger tanto á los autores como á los actores mexicanos, é imprimir cierta imparcialidad y protección decidida que el Oficial Mayor, actualmente encargado de la Secretaría de Justicia, está dando al Sr. Guasp, sin que se muestre el resultado que se propone para impulsar la literatura nacional.

La Sra. Rodríguez con la mejor buena fe, ha representado algunas piezas mexicanas; como era natural, cayó sobre la empresa del Nacional una granizada de obras nacionales, buenas unas, medianas otras, pésimas las más; y la Sra. Rodríguez, conciliando sus intereses con los de los escritores, ha representado algunas.

Allá sucede otra cosa muy parecida à lo que acontece en el Principal; en un teatro están el Sr. Peón Contreras y el Sr. Azcárate que ejercen la prévia censura; en el otro, el Sr. Altamirano que censura y

recomienda sólo las que le agradran; el autor que no tiene relaciones y simpatías con estos literatcs, no encuentra un vehículo que lo lleve al palco escénico para ver representadas sus producciones.

Creemos que no es este el mejor camino para que los escritores nacionales adelanten en la literatura dramática.

Con ansia esperàbamos la representación de un drama histórico titulado *Sor Juana Inés de la Cruz* que hace algunos meses estaba anunciado: su autor es el poeta jalisciense D. José Rosas Moreno.

Muchísimas son las dificultades con que un autor tiene que luchar para llevar al teatro un personaje histórico; la vida real nada tiene de maravilloso, nada de dramático, que pueda por sí dar interés á la acción; hay que recurrir á la fábula, sin perder de vista la verdad histórica; hay que inventar episodios sin calumniar al personaje; hay que poner en armonía la ficción con la realidad, sin caer en lo inverosímil, y que se desprendan de la acción misma algunos lances que formen el interés dramático. Creemos que el autor ha llenado estas condiciones.

Juana, hija de D. Pedro Manuel de Arbaje, se hizo notable en aquella época por sus versos, y fué dama de honor de la Vireyna; había visto á un hombre de quien se enamoró y á quien tributaba un culto, pero no sabía cual era su nombre ni su condición.

D. Nuño de Alba era un mancebo de la corte que estaba prendado de Juana Inés y aspiraba á merecer su amor uniéndose á ella en matrimonio, pero no era correspondido. Otro personaje llamado Diego Illescas procuraba por todos los medios reprobados robar á Juana y á este fin se pone de acuerdo con varios raptores y asesinos para alcanzar por el crímen lo que no podía por la persuación. Descubre que D. Nuño es su rival, y en el mismo palacio riñen con espadas. María Luisa la Vireyna, y Juana Inés, se presentan y cesan de reñir; aquí la poetisa relata aquellos versos celebradísimos en que el hombre acusa á la mujer sin razón.—Después hay una lucha entre Juana y D. Diego en que este le arranca una flor, que es un recuerdo amoroso; pero los guardias ocurren en su auxilio, y D. Nuño rescata la flor que inspiró á la histórica Juana su célebre soneto. Las murmuraciones del público contra la Vireyna y contra la poetisa, hacen sospechar al Virey en una traición de su esposa, y denunciado por Juana, prenden á D. Diego, le dan tormento, confiesa su delito y ès sentenciado á muerte. Juana alcanza el perdón. El Virey Mancera había vuelto de su partida de caza, se presenta ante Juana, ésta reconoce á su antiguo amante, y cuando se persuade que es el Virey y el esposo de su amiga y protectora, toma la resolución de negar su mano à D. Nuño que la solicita y á tomar el hábito de monja.

Como se ve, esta trama es sencilla, verosímil, de acuerdo con la historia, y en nada mancilla la honra de una mujer virtuosa, ejemplar en el siglo, austera en el claustro, é ilustre por su génio.

Cuando se lleva al teatro un personaje histórico, de talento, de gé-

nio, es preciso caracterizarlo y poner en su boca relaciones dignas de su nombre. Difícilmente podría dibujarse un Horacio, un Camoens, si el autor no tiene un momento de inspiración, un instante feliz para poner en su boca versos dignos de él; en este escollo pudo zozobrar la navecilla del Sr. Rosas Moreno, no porque le falte inspiraciòn, sino porque el sistema nervioso de la mujer es infinitamente superior al del hombre, da á las frases una exquisita sensibilidad, cuyo misterioso resorte sólo posee la mujer apasionada. Sor Juana Inés de la Cruz fué en su época muy celebrada, no sólo por su talento é instrucción, que à semejanza de Santa Teresa fué borlada, sino por su genio poético, por sus bellísimos versos, filosóficos y sentimentales, llenos de esa ternura què al leerlos hacen languidecer el alma, cuya dulzura y sonoridad nos encanta, nos seduce. No es lo mismo estó que crear para la escena una poetisa, cuyas relaciones lléveu impreso el genio del autor dramático, cuyos pensamientos participen del colorído de su paleta, de ese *aire de familia* que da una fisonomía especial á toda una generación; màs facil es crear que imitar lo bello, lo delicado, lo sublime; aquella ternura, aquella filosofía, aquel sentímiento que brota del corazón de una mujer inspirada, porque esa belleza sólo la da Dios á la mujer de genio, y ningún hombre puede imitarla sino de una manera imperfecta.

El genio más grande del Universo no sería capaz de igualar una sola estrofa de Saffo; podría superarla en belleza, en armonía, pero aun el sentimiento expresaría la virilidad, nunca su suave ternura, como no hay ninguna flor, como no hay un sólo hombre cientifico que por el arte produzca una escencia igual á la de la rosa.

El Sr. Rosas Moreno ha salvado este escollo; unas veces parafraseando las sentencias y dando extensión á las poesías más celebradas de Sor Juana Inés de la Cruz; otras poniendo en su boca versos dignos de ella, nos ha pintado á la décima musa mexicana con hermoso colorído; imita su estilo, daguerreotipa sus comparaciones; nos reviste sus pensamientos màs sutiles con la galanura, sencillez y melodía que sólo ella acostumbraba; formula los retruécanos que le eran familiares, y aun hace ostentación de sus mismas frases. Imposible sería oír los versos que pone en boca de Juana, sin exclamar, "son versos de Sor Juana Inés de la Cruz."

Con lo que anteceda hemos dicho que su versificación es magnífica. Hagamos algunas observaciones respectó de la estructura de la obra, considerada como composición dramática.

En la primera escena aparece Juana escribiendo unos versos, y en el fondo del salón dos personajes que fraguan una asechanza contra ella y contra la esposa del Virey; como esta escena es larga, y pasa en presencia de Juana, tiene mucho de forzada. Creemos que habría sido más natural y de más efecto, forjarla de modo que Juana no se dejara ver en la 1ª escena, más cuando no habla una sola palabra Tiene algunas otras escenas violentas, como es aquella en que María Lui-

sa y Juana se presentan ante los que se insultan, se desafían y riñen, en presencia de las dos damas, fingiendo que no las miran; como està escena también es larga, como el diálogo es animado, las dos interlocutoras permanecen estáticas, sin llamarlos al órden, sino hasta después.

Aun la presencia de los bandidos en los salones de la casa del Virey, donde se fragua el rapto de Juana, le da un tinte de inverosimilitud por no estar justificada.

Podríamos pasar por la fácil credulidad del Conde al desconfiar de la virtud de su esposa, hasta el grado de amenazar al que cree su rival con el puñal del asesino y no con la espada del caballero, que lleva al cinto, porque ser liviano es propio del caràcter de un celoso, y echar mano al puñal, que arroja después, lo justifica la violencia; pero no sucede lo mismo con las sorpresas en que el espectador tiene que formarse la ilusión de que los interlocutores no oyen ni miran en un momento dado.

En cambio de estos pequeños lunares, hay la magnífica escena de la flor, delicadamente dibujada, y la no menos interesante de la reconciliación entre los dos esposos, cuando recuerdan á España, á los hijos, á los padres: dignas son estas escenas de Calderón y de Víctor Hugo.

No hablaremos de las ovaciones que el Sr. Rosas Moreno recibió desde el primer entreacto; nosotros quisiéramos que si se trata de premiar el talento del autor, se reservaran estas manifestaciones para la conclusión del drama, para cuando se vea si el autor es ó no digno de ellas; anticiparlas es prejuzgar la obra: aun los mismos autores se resisten á recibirlas, cuando les agita el temor de que no agrade el resto de su obra que aun se desconoce.

El público aplaudió con espontaneidad y entusiasmo; la Sociedad Netzahualcoyotl le mandó una corona. Nada hicieron las Sociedades Alarcón y Gorostiza para alentar á uno de sus fundadores.

Proponemos al Conservatorio que ofrezca una corona al autor del mejor drama, comedia ó tragedia, que presenten cada una de las Sociedades Liceo Hidalgo, Gorostiza y Alarcón. De este modo la hostidad de esas Sociedades se convertirá en emulación.

Anticipóse el Sr. Guasp de Péris, anunciando él primero su beneficio: como los bravos militares, ha tomado la vanguardia. Esta es una falta de galantería tratándose de sus amables actrices, tan queridas del público. Aquí se realiza aquello de "quien da primero da dos veces."

Concha Padilla ha escogido para su beneficio el viejo drama *La Dama de las Camelias*. ¿Pues qué salió *canard* la remesa de comedias nuevas que se hacía de España?



"MARIANA PINEDA,"

DRAMA DEL SR. FRANCISCO ORTIZ.

Miembro de la Sociedad Gorostiza.

El Sr. Francisco Sosa, uno de los escritores que con más asiduidad se ha dedicado al estudio del teatro, con el deseo vehemente de perfeccionarlo, propone al Sr. Altamirano examine dos cuestiones, sobre el modo de fundar una escuela dramática mexicana. Es muy probable que el Sr. Altamirano se ocupe de satisfacer los deseos del ilustrado Sr. Sosa, é inicie los medios de llegar al fin propuesto. Nosotros haremos algunas observaciones que nos han sugerido, no sólo el artículo que aparece en el *Bien Público* del último domingo, sino algunos de los juicios críticos del referido Sr. Sosa.

Lamenta este escritor que en las obras dramáticas de ingenios mexicanos, que hasta hoy se han representado, no haya tres siquiera que pertenezcan á una escuela determinada, y que todas carezcan de un colorido propio que les imprima el sello de la nacionalidad mexicana.

Cierto es que esas producciones carecen de originalidad, no sólo en su estructura, sino en la invención de su fábula, en su desarrollo y aun en la pintura de sus caractéres.

El estado de la literatura nacional que se ensaya para el teatro, carece de esa originalidad, y se observa la imitación de la española y de la francesa, porque una y otra es la más conocida. Pocos helenistas hay en México que pudieran estudiar las obras clásicas de los griegos, y son muy raras las tragedias ó las comedias que están traducidas á los idiomas vivos. En cuanto á las tragedias indias, anteriores á las griegas, son aún ménos conocidas, por estar escritas en sanscrito, y cuando más, son cinco las traducidas al inglés.

Para llegar á formar una escuela dramática mexicana, con su fisonomía propia, con sus bellezas exclusivas, hay que recorrer todavía muchos grados en esa escala ascendente, que se interpone entre el imperfecto drama y la tragedia clásica.

Vasco de Díaz Tanco, el primero que escribió en España tres tra-

gedias, tomó sus argumentos de la Historia Sagrada, que se representaban en los templos; eran tan impefectas que fueron prohibidas después. Como modelos tenía el *Anfitrión* de Planto, la *Electra* de Sófocles, y la *Hécuba* de Eurípides, traducidas al castellano por Pérez Oliva y Villalobos, y siguiendo este autor, así como Lope de Rueda, Juan de Timoneda y Alonzo de Vega, un sendero enteramente distinto y desconocido, extraviaron el gusto, y llenaron con él obras pésimas y con recitaciones y representaciones en los corrales las plazas públicas, del auditorio; de aquí nació el teatro español; tuvieron orígen en esa fuente impura las obras perfectas que hoy admiramos, Lope de Vega que, no obstante conocer perfectamente los preceptos de la escuela griega, no quiso sujetarse á ella, dió vuelo á su génio, y también incurrió en los graves defectos de sus antecesores.

Acaso podría decirse que, de esas imperfecciones, que se separaban de los *buenos modelos*, y que no sólo no los imitaban, sino que desobedecían sus buenos preceptos, nació la originalidad de la escuela que se llama española, cuyas bellezas admiramos hoy en nuestros teatros.

Las obras que se consideran como perfectas de los ingenios españoles, todas están amoldadas á las reglas Aristotélicas, porque los griegos fueron y son hasta hoy, lo mismo que los indios de donde tomaron éstos sus bellezas los que han escrito *la última palabra*, en todo lo que lleva el sello de lo grandioso, de lo perfecto, de lo sublime. Las investigaciones de esos ingenios, buscando ricos filones en lo desconocido, fueron inútiles, puesto que, ninguna de sus obras han pasado á la posteridad como modelos que deben imitarse. ¿Por qué, pues, no debemos esperar que nuestros ingenios mexicanos, cuyas producciones son imperfectísimas todavía, no tanto como lo fueron las de Rueda, de Vega, Tanco, Naharro, y Navarro, no puedan llegar á la perfección?

El Sr. Sosa desea que ya los ensayos de la literatura naciente, tengan el colorido de una escuela especial; laudable es su deseo, pero esa originalidad, propia únicamente del génio, en la plenitud de su desarrollo, de sus grandes concepciones, de su virilidad, tal vez vendrá más tarde.

Formando la línea recta, las paralelas y el círculo, han comenzado su celebridad los pintores que el mundo admira. Primero será que la inteligencia se acostumbre á la concepción y desarrollo de sublimes pensamientos, aun cuando se emplee la imitación, de la misma manera que los escultores en su aprendizaje copian los buenos modelos. El día en que en nuestra patria haya muchos escritores que escriban piezas teatrales perfectas, reunidos todos, irán dando á sus producciones ese colorído especial que tanto desea el Sr. Sosa, para echar los cimientos de la literatura nacional mexicana. Se dice que las nubes toman la forma de los terrenos que fertilizan. La riqueza del idioma da á los poetas bellas imágenes para revestir sus pensamientos; nuestras costumbres y nuestra historia, cuando se estudien y se exploten en el

teatro, serán la paleta que ministrá à nuestros autores ese tinte de originalidad. Todos los poetas dramáticos de todos los países, dan á sus obras el colorido de aquellas piezas nacionales que han considerado como clásicas. Los italianos imitan á Alfieri, los alemanes á Schiller y à Goethe, los franceses á Corneille, los ingleses á Shakespeare y á Walter Scott, los españoles á Calderón, á Rojas, á Alarcón y Moratin. Son los clásicos en nuestro idioma español; ellos imprimen el buen gusto aun en el público.

El día que halla en nuestro suelo un génio que creara una escuela cuyas obras sean admiradas en todo el orbe, entonces podremos decir que tenemos una literatura propia.

Muchos son en el mundo los hombres que decsuellan notablemente en la poesía; ¿cuántos de ellos son notables en la poesía dramática? algunos muestran dotes brillantes para ejercer esta clase de literatura imitando las escuelas conocidas; ¿cuántos hay que puedan ser originales? Aun suponiendo que fuera grande el número de estos, ¿cuàntos siglos y cuántas generaciones han pasado para que aparezcan los génios como Shakespeare y como Schiller? ¿Estos genios nacen en todos los siglos y en todos los países?

"Muy pocos son los hombres, dice Balmes, capaces de levantar una bandera; más vale adherirse á las filas de un general acreditado, que andar á guisa de guerrillero, cuando se carece de verdadero génio."

Nosotros leemos con gusto las revistas teatrales que el Sr. Sosa ha publicado cuando hemos visto en escena obras dramáticas de mexicanos; justísima son la mayor parte de sus apreciaciones, en nuestro concepto, y su misma severidad en juzgarlos nos indica el vehemente deseo que tiene de ver los adelantos de nuestros escritores. Para que su crítica sea del todo fructuosa, nos parece que el Sr. Sosa debía examinar, no sólo los defectos como lo hace, sino también las bellezas que pueda contener cada una de las producciones de nuestros compatriotas; así, no se desanimarán los pocos que tienen valor de recorrer ese camino tortuoso y escarpado. La crítica es como las medicinas que se aplican á un enfermo en su oportunidad; le dan salud al cuerpo si le conviene; las cápsulas de copaiba son para los de anchas tragaderas; el jarabe de goma arábiga para los rehacios; los cáusticos y las *moxas* para las enfermedades rebeldes. Poner los defectos en el platillo de una balanza, y en el otro las bellezas, es lo justo. Cuéntase que un enfermo muy débil y raquítico, por un aire colado que recibió, se le contrajeron los músculos de sólo un lado de la cara; de uno reía, del otro lloraba; un médico recetó un bálsamo en una botella para fomentos en un lado de la cara que restañara su vigor á los nervios y los contrajera; otra botella contenía distinto bálsamo para dar lacsitud á los nervios del lado enfermo; la energía de ambos restituiría á su lugar los músculos contraídos, como las locomotoras de las cumbres de Acultzingo, que una estira y la otra contiene. El médico sabía lo que hacía; el encargado de aplicar la medicina cambió las botellas; al dia siguiente el enfermo tenía la boca cerca de una oreja, y el ojo en

la nuca. Mucho tememos que el Sr. Sosa, no obstante su buena intención, haga con su severidad que nuestros pobres dramaturgos no puedan llorar sino por un lado de la cara y haciendo horribles gesticulaciones.

Analizar los defectos de una obra y no las bellezas, y declararla por esto mala, es un absurdo; es imitar al lobo de la fábula, aquel célebre lobo que declaró que el carnero era apestoso, porque lo olía sólo por donde apestaba,

Todo esto podemos decir también respecto de nuestros actores, que carecen de un talento de grados altos, ó que son susceptibles de llegar á la perfección con el *estímulo* y el *estudio.*

Anoche se representó por primera vez en el Teatro Nacional un ensayo dramático, del jóven D. Francisco Ortiz, titulado: "Mariana Pineda."

El autor ha escrito ya otros dramas, "La Hija del Insurgente" y el "Filántropo," y esta última fué remitida á la empresa del Teatro Principal por el Conservatorio; pero la retiró su autor á consecuencia de una discusión que la prensa tuvo en aquellos días. La Sra. Rodríguez tiene amistad con el Sr. Ortiz, y le indicó un episódio de la guerra de España que llevó al patíbulo á Doña Mariana Pineda, el cual no está explotado en el teatro, y podía ministrar al jóven escritor los datos necesarios para formar un hermoso drama histórico. Este episódio tiene para la Sra. Rodríguez no sólo el amor y la admiración que en todo corazón español despierta la heroina granadina, sino algún recuerdo de familia que va unido siempre á la existencia de la artista; la madre de la Sra. Rodríguez y Doña Mariana Pineda fueron amigas.

El Sr. Ortiz escribió en pocos días el drama que anoche se representó; desde luego se nota algún descuido en el lenguaje y la violencia en algunos detalles.

Tenemos necesidad de hacer abstracción de nuestras simpatías por el autor para dar una idea en esta revista de su drama, porque el Sr. Ortiz es nuestro amigo. Sus aspiraciones á adquirir un nombre en la literatura, nos obligan á manifestarle lo que nos ha parecido mal en lo que podríamos llamar su improvisación teatral.

Para el escritor que comienza á escribir, es muy transcendental dar á luz obras que la reflexión no ha madurado; estos ensayos son los cimientos de una reputación futura, y todos los hombres han tenido que abandonar sus primeras producciones cuando otras nuevas y perfectas han venido á conquistarles un nombre glorioso. El Sr. Ortiz es muy jóven y lo desvela el afan de ver representados sus ensayos literarios.

Dos caminos, por lo menos, se presentaban al autor para llevar al teatro el rasgo histórico de "Mariana Pineda;" el uno era formar su trama en lo que podríamos llamar la vida íntima de la heroina granadina, y el otro era poner en relieve su patriotismo, y hacerla aparecer ante la historia como una víctima que inmola el absolutismo para ahogar el sentimiento constitucional que se desarrollaba en el pueblo es-

pañol. El autor se ha colocado en medio de estas dos líneas paralelas, y ha ido por senderos extraviados: unas veces toca la vida íntima de la heroina, otras el entusiasmo guerrero con que animaba á los que seguían la causa de Riego. De esa vacilación ha resultado en su obra una doble acción.

El Sr. Ortiz no desconoce las reglas cardinales del arte dramático; conoce perfectamente los teatros español y francés, y no dejará de comprender que desarrollar más de una acción es un defecto.

¿Cuáles son los rasgos históricos de la heroina granadina? ¿Fué al sacrificio víctima de su resistencia á las pretensiones amorosas de un hombre, ó por servir á la causa del pueblo? El personaje que pone con el nombre de Ramón Pedroza ¿castigó en la protagonista á la mujer que lo despreció y que lo odiaba, ó á la mujer que conspiraba contra el absolutismo de Fernando VII? Ha castigado las dos cosas á la vez. En el desarrollo de la fábula y en su desenlace, se ve que los dos pensamientos caminan unidos y enlazados entre sí. Se ve también que la fantasía comienza á remontarse para dar á la intriga de amor hermosas formas, y entonces se abandona para levantar y abandonar después también la causa política que defendía la heroina.

Es violenta aquella escena en que por el balcón, y por medio de una escala de cuerdas entran y salen los conspiradores à la casa de Mariana Pineda, cuando esta se encontraba presa y vigilada.

En lo que se percibe el génio dramático del autor es en los coloquios que la madre tiene con sus hijos, en el acto de la separación, y en la conclusión del acto tercero y último.

Aconsejamos á nuestro buen amigo el Sr. Ortiz se fije mucho en el carácter de sus personajes, para no falsearlos después. A Diego Villela lo pinta como un fiel amigo de la heroina, y como un hombre de grandiosos sentimientos. Pues bien, lo disfraza después de verdugo sólo para que con su desaparición se prolongue la vida de la víctima, y haya tiempo de que estalle la conjuración.

No había necesidad de este recurso para la marcha de la acción. Además, la escena es una imitación de la de Catalina Howard.

Esperamos que en otra pieza sea el Sr. Ortiz más escrupuloso en el desarrollo de sus fábulas dramáticas, y no vea con desdén las reglas del arte. Ese eclecticismo á que tan adicto se muestra el autor, también tiene sus preceptos que es lo que lo embellece. Sobre todo, si quiere adquirir nombre entre los escritores dramáticos de su patria, no debe escribir esas piezas que se llaman de carácter, destinadas á que un artista luzca su talento. Las improvisaciones en el teatro nunca han conquistado lauros para el autor.

La obra ha sido dedicada á la Sra. Rodríguez; las afecciones de esta eminente artista por el cruento sacrificio de su compatriota, y la amistad que la une al autor, hará que prohije con amor esta producción mexicana; no en todas partes ha de saberse que el Sr. Ortiz ha escrito un drama en unos cuantos días, y que no ha tenido tiempo para revi-

sarlo. Mucho podrá realzarlo la Sra. Rodríguez, sí, pero siempre se observará el descuido con que está escrito, lo cual puede redundar en perjuicio del nombre del autor.

Nosotros lo acojemos con entusiasmo por ser de nuestro amigo, aunque deseàramos que saliera de su pluma una obra más acabada; los aplausos que le tributó anoche el público, y haberlo llamado repetidas veces á la escena, nos causaba gratas emociones, porque conocemos su humildad; siempre hemos tenido predilección por el Sr. Ortiz; porque sabemos que para que se desarrolle un rasgo de su inteligencia sólo bastarà que el público. lo estimule, única recompensa que por ahora tiene el escritor mexicano.

OBSERVACIONES SOBRE TEATRO.

I.

Al anunciar la empresa de el Principal las obras dramáticas que debería poner en escena en los primeros abonos de la nueva temporada, vimos con satisfacción una série de obras nuevas, tanto nacionales como extranjeras, y esto nos hizo concebir la idea de que tendríamos espectáculos que nos divirtieran con su novedad y su desempeño. Nuestras esperanzas han sido del todo satisfechas.

Va á concluir el segundo abono, y como en en el primero, se nos llenará con la repetición muy frecuente de piezas del teatro español, que si bien han agradado, nos fastidiará verles con demasiada frecuencia, muy especialmente en el mismo abono. Además, se nos pone en escena alguna otra obra, siempre del teatro español, que sabemos de memoria, que ningún interés puede despertar en el espectador. Esto ha sucedido con "La Cruz del Matrimonio" y otras.

El Sr. Guasp tiene gran predilección, que raya en idolatría, por las concepciones del ingenio español, y mira con desdén todo lo bueno que produce el teatro francés. De aquí resulta cierta monotonía en los espectàculos que engendra el cansancio, y que ha de venir á producir el hastío.

La sociedad mexicana que concurre al teatro Principal, llena frecuentemente las localidades y busca con avidez lo desconocido, lo selecto, lo interesante, siquiera para matar el fastidio que le asalta en estos tiempos de pronunciamientos y de guerras fratricidas; va en pos de lo bueno que cautive su admiración, y no desdeña lo malo en que

pueda también ejercitar su criterio; es afecta á los contrastes, sí, pero quiere la novedad. Ya que hasta hoy, del repertorio español, sólo ha salido una pieza muy buena, en estos últimos meses, sí ha tenido el gusto de saborear las bellezas de otras piezas medianas y menos que medianas que también se han estrenado. En cuanto al teatro francés, una sola hemos visto en esta temporada, y eso es de las que se han repetido en todas partes. Si el Sr. Guasp quiere introducir una novedad, debería poner en escena algunas traducciones de los ingenios franceses que hoy estan en boga, y que el público desea conocer.

En cuanto á las obras de los mexicanos, son muy pocas las que ha puesto en escena, y aun podríamos decir, que no ha cumplido con los compromisos contraídos con el Gobierno.

"La hija del Rey" del Sr. Contreras, y el "Hombre adúltero" del Sr. Esteva fueron las únicas favorecidas por el Sr. Guasp en el abono anterior. En el presente, según sabemos, sólo se representarán "Los amores de Hernán Cortés" y "Sor Juana Inés de la Cruz." Queda debiendo otras dos que se sepultaron en el olvido. Sus predilecciones, pues, à determinados autores, que acaso pudiéramos tachar de poco imparciales, hace nacer en la concurrencia de su teatro la monotonía.

Algunos autores mexicanos, que han visto pasar el turno que á sus piezas tocara sin representarlas, y el desdén injusto con que se les trata, mortificados en su amor propio, retiran sus producciones, esperando una época más afortunada. Para cubrir las apariencias, se ha colocado en la contaduría una lista en que se anuncia el turno de cada una de las piezas mexicanas, y en cada abono se ha llenado un hueco con el nombre de algún autor favorecido, y que *tendrá que escribir* una pieza algún día. Nosotros sospechamos que se trata de tener á mano un pretexto para eludir un compromiso con el Gobierno, con los autores y con los abonados.

Otra de las exigencias muy justas que tiene el público, es que se aumente el cuadro de los actores, contratando otros nuevos y de conocido talento artístico, que formen el complemento de una verdadera compañía dramática. Así habrá nuevas creaciones de tipos sociales aun en piezas conocidas; habrà más verosimilitud en los caractéres, más variedad en el interés dramático, y sobre todo, tendrán tiempo los actores de estudiar, y no sacarán la pieza "como sea posible" recargándoles el trabajo.

La prensa ha estado haciendo indicaciones que no son atendidas, y lo que es peor, son calificadas como hijas de una prevención hacia los actores.

Nosotros, que somos imparciales; que somos amigos de los artistas del Teatro Principal, también hacemos nuestras insinuaciones, que esperamos no sean desoídas. Nos proponemos escribir semanariamente revistas teatrales en el "Correo del Comercio." Ya tendremos el gusto de saludar à los modestos *actores*, y à los estudiosos *autores*, á los pacientes *lectores* de nuestras crónicas.

II.

Debemos comenzar nuestros trabajos de la semana por algo que nos concierne personalmente. Nuestra crónica anterior, en que aparece un juicio crítico respecto de la última producción dramática del Sr. P. Contreras, ha encontrado un *eco lastimero* en la redacción del "Eco de Ambos mundos." Sus redactores, celosos de la reputación literaria del autor de "La Hija del Rey," encuentran injusta é infundada nuestra opinión, pues esa obra, agregan, es la de más aliento y más bien versificada del autor. De eso juicio crítico deducen que el que lo formó debe ser un gran escritor dramático, y ansían porque se ponga en escena una de sus obras que ha presentado con tal fin al Sr. Guasp director del Teatro Principal.

Ese párrafo nos ha sujerido algunas observaciones que queremos dejar consignadas en este artículo.

El que subscribe no es autor dramático, porque las piezas que ha escrito no son conocidas del público, y las que lo son no han merecido su aprobación. Ensayos fugaces, que tuvieron de existencia un sólo día, escritos durante su prisión en los aciagos tiempos de la invasión francesa, más bien como un entretenimiento, que con pretensiones de gloria literaria, no merecen siquiera una reminiscencia. "Dichoso el día en que á un hombre le dice una mujer......nó; porque al menos le dice la verdad," exclamaba Fígaro.—En medio de la desaprobación del público inteligente, hubo algunos aplausos que los amigos del autor le tributaron, ¿y qué valían esos aplausos inmerecidos? ¡ponerlo en relieve! Ay! lo digo con experiencia; son menos malos los silbidos, que esas manifestaciones de amigos, que mientras aplauden, se codean y se cierran recíprocamente un ojo.

Pero no porque alguna de esas piezas teatrales haya recibido la desaprobación del público, se crea que el autor les negara su paternidad.—El amor paternal es una virtud, y aun cuando los hijos sean jorobados, no por eso desmerecen el amor entrañable del autor de su existencia.—El que subscribe reconoce que tiene un hijo deforme, y sinembargo, lo mima, lo acaricia, lo ve con lástima y no sería capaz ¡¡jamás!! de negarle sus brazos y sus afectos.

Después de ese fracaso en que le sucedió al autor lo que al célebre titiritero, que se tragó el pito en lo más interesante de la función, y ya no pudo ésta continuar, no ha vuelto á escribir, convencido de que no tiene génio para dar obras al teatro. Le sucede también lo que á ciertas coquetas, viejas doncellas, que no pudiendo adquirir en su edad juvenil la gloria de un marido, se ocupa sólo en criticar. López, pues, no ha escrito ni ha presentado al Sr. Guasp ningún drama suyo para su representación. Los señores redactores del *Eco*, se han equivocado ó están mal informados.

Un autor del Estado de Zacatecás ha remitido á los Sres. Peredo, Altamirano y López, una pieza teatral para que se lea en el Liceo ó

en la sociedad Gorostiza, y si es aprobada por esta sociedad, que le sea presentada al Sr. Guasp.

El Sr. Peredo confirió á Lòpez la facultad de analizarla; después que al autor se le hicieron algunas observaciones la ha vuelto á mandar ya corregida para que corra su suerte. López la ha presentado al Sr. Guasp á nombre del autor. Si este señor quiere ponerla en escena, no hará otra cosa el còmisionado que trasmitir à su amigo, por medio de este periódico, como creo lo harán otros muchos, las impresiones que cause su ensayo dramático en el público; si estas son ó no favorables, nadie las prevé; correrá su suerte y será responsable sólo su autor. Parece que la aprehensión de espíritu de los señores redactores del *Eco*, no tiene razón de ser; si no fuese así, unas gotas de escencia de pimpinela podrá curarles las palpitaciones del corazón.

Suponiendo que el autor de los juicios críticos de "Un amor de Hernàn Cortés" fuere autor dramàtico ¿podría decirse por esto que sus producciones saldrían perfectas de su pluma? Acaso sucederá todo lo contrario, pues los que han ejercido la crítica escribieron piezas más malas.

En las palabras del *Eco de Ambos Mundos* creemos traslucir una suposición errónea, y es que crean sus redactores que al escribir un juicio crítico del último drama del Sr. Contreras, nos guía un principio malévolo de hostilidad hácia el autor. Nosotros no podríamos ver sino con gran satisfacción los triunfos de uno de nuestros amigos más queridos; de uno de nuestros compañeros más estimados; y si algunos no deben abrigar esas ideas son los ilustrados redactores del *Eco*. Si su memoria no es infiel, recordarán que ellos invitaron á López á escribir revistas teatrales, y á formar un juicio crítico del "Sacrificio de la vida" del mismo Sr. Peón Contreras; escrito que se hizo, y que vió la luz pública en el *Eco de Ambos Mundos*. Recordarán también que á ese artículo se le corrigieron algunas frases que pudieran lastimar al autor, al tratar de indicarle algún defecto de su obra, y esto por insinuaciones de los mismos redactores. Acaso estos señores, llevados de su adhesión al Sr. Contreras, y dando ensanche á su admiración al génio, hubiera deseado *una laudatoria* sólo de las bellezas, y no un *juicio crítico* sobre sus defectos.

Por lo demás, lo fructuoso para un escritor, es que se le demuestren los defectos de sus obras, se escudriñen y se analicen sus bellezas, y se le haga concebir amor á la gloria para que llegue á conquistar renombre, recorriendo con paso firme ese camino que está lleno de dificultades. Si un autor viejo y consumado se narcotiza con elogios inmerecidos; ¿qué otra cosa puede suceder con un escritor modesto como el Sr. Contreras, que el público mima, que sus amigos lo elogian, que lo levantan para colocar su nombre con letras de oro en el templo de la inmortalidad cuando da sus primeros pasos? Que el público tribute sus homenajes al Sr. Peón Contreras, es muy racional; que sus amigos le prodiguemos nuestro incienso y nuestra admiración es un de-

ber; pero que le golpeemos la cara con nuestro incensario como decía Fígaro, será una de los mayores inconvenientes para solidificar su nombre literario, porque este podrá ser algún día gloria nacional. Los lauros que hasta hoy ha conquistado son bien adquiridos: son las piedras finas de esa corona, y no queremos que en esa corona se incruste una piedra falsa que puede hacer desmerecer el valor de las demás. Se verá en esto que no tenemos más anhelo que ser justos.

Hay en nuestra patria un entusiasmo tal por tributar elogios en la prensa, aplausos en el teatro, alabanzas en todos los círculos, que por ellos no podremos sacar nunca la verdad: personas conocemos que recorren las redacciones de los periódicos, solicitando un elogio pomposo; que llevan escritos de su puño y letra las más encarecidas recomendaciones. ¿Cómo puede negarse un elogio á quien tiene en su mano la reciprocidad?

Ojalá y pudieran dedicar los periódicos un día de cada mes ó de cada semana, para llenarlo con nuestras propias recomendaciones, con los elogios mútuos, y decir en el resto la verdad revestida con el ropaje de la sinceridad. Apareció en nuestro suelo un hombre cuyo saber, cuyo génio es muy grande, y se le llamó *maestro*, porque de él podría aprenderse mucho; más tarde aparecieron muchos, muchos maestros; los hay en literatura, en la oratoria, en la música, en derecho constitucional......¿puede haber una irrupción más bárbara de maestrazgo?

Nosotros no queremos que el Sr. Contreras se vista con un ropaje que no sea el del verdadero merecimiento. Sus primeros pasos en el arte dramático son buenos y le auguran lauros que sabrá conquistar su génio; su última producción no podrá atraerle otros bienes que conocer lo trascendentalmente malo que es escribir sin meditar, y fiar al estro poético solamente lo que debe ser el fruto bien meditado y combinado de la imaginación, de la fantasía, de la estética y de la filosofía. Al ver la segunda representación de "Un Amor de Hernàn Cortés," Hemos creído que con todos los elementos buenos que esa obra contiene descuadernándola, por decirlo así, podría formarse una pieza buena. Muchísimos de sus amigos así lo creen, y nosotros que lo somos también, y además sus admiradores, así se lo aconsejaríamos. Es lástima que ese pensamiento histórico se haya desvirtuado.

El Sr. Contreras habrá notado que el público siendo el mismo, no ha tributado á su último pensamiento dramático el vehemente aplauso con que fuera acogido su "Hija del Rey." Esto debe hablar á su inteligencia.

La empresa del Teatro Principal tuvo la amabilidad de ayudar á la Sra. Elisa Galimberti á dar al público una función de gracia; esos dignos artistas, unidos con lazos fraternales, contribuyeron á dar amenidad á la función representando un sainetón en dos actos que hace reir con los gritos de los actores y con chistes de pésimo gusto.

La Sra. Galimberti fué aplaudida al cantar la romanza de la ópera

"D. Sebastián," en la de "Tancredi," y más aun en el magnífico wals "Vieni." La danza habanera no llamó la atención pública, acaso porque es demasiado conocida y antigua; esa música ligera sólo puede agradar cuando trae el sello de la novedad. En los entreactos y en su oportunidad hubo flores, coronas, versitos impresos arrojados de las galerías, dianas á la beneficiada, y un tierno saludo de despedida á la simpática artista que vuelve á surcar los anchos mares.

Se repitió por la tarde y por la noche "Un Amor de Hernán Cortés." Los actores estuvieron un poco fríos, tal vez cansados de repetir en seguida una misma obra. La muerte de Gutierre y su caída fué más natural que en la primera representación El Sr. Contreras fué saludado y llamado al palco escénico tres veces. Notamos que el magnífico monólogo de Hernàn Cortés no fué aplaudido como debía.

En la pieza de León y Leona, como un incidente grotesto y poco oportuno, se extrae de la vecindad, con el auxilio de un anzuelo, una pieza de ropa que puesta en espectáculo da al acto un aspecto repugnante. Aconsejamos al Sr. Guasp que suprima este accidente indigno de un público delicado y culto, y no sacrifique el buen gusto á una gracejada de payaso, propia de un teatro de barrio.

En el beneficio de la Sra. Galimberti hubo un incidente que nos llamó la atención.

Ya cerca del fin de la fiesta penetró al salón, con el desparpajo de un manolo, un soldado raso en traje de verano y con chaca ladeada, sin hacer, cuando menos, una cortesía à los porteros; su donaire mostraba ser alguno de esos artistas que tienen derecho de colarse gratis en los espectáculos que dan los hermanos del cordón. Pero aquel traje era un disfràz; con el mismo garbo andaluz penetró hasta la orquesta, y estrechó la mano de sus compañeros, los hijos de la armonía; en estos coloquios lo sorprende la presencia de un policía que sin decir una palabra le trae de la mano para pedirle el boleto de entrada; el hijo de Marte toma esa acción como un saludo y se precipita en sus brazos; el policía fué inexhorable y el artista salió de allí. "Que escándalo, decía, porque traigo uniforme y me he dejado el bigote, se me desconoce, se me pide boleto, se me lanza de este recinto donde tengo derecho de entrar de *violín;* ah!, fraternidad, fraternidad artística! ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" El miliciano reclamaba sus fueros y tenía razón.

III.

Condenados estamos á escribir nuestras crónicas únicamente sobre los espectáculos que nos ofrece la empresa del Teatro Principal, puesto que es el que nos recibe en su recinto *por cuanto vos visteis* como decían las bulas. Querríamos entretener á nuestros lectores con la reminiscencia y descripción de funciones que venden otros teatros de verso de segundo órden, y hasta de lo que acontece en el teatro Ar-

beu, último refugio de la decadente zarzuela.

Hemos oído decir que en Arbeu se hacen esfuerzos por conservar el fuego sagrado mientras que un nuevo maná caído del cielo viene á fortalecer á esos modernos israelitas. Parece que todo debe ser en vano. Retirándose la Montañés y Villalonga, aunque se quiera sustituir esta pareja con la Sra. Gómez y alguna otra artista, el público le ha cantado ya un *de profundis* á la zarzuela, se viste de luto, y le ha mandado poner en su cripta mortuoria nada menos que el epitafio que los ratones pusieron al gato.

> ¡O tú, caminante, adviertel
> Y ten por cosa sabida,
> Que lo hicieron mal en vida,
> Y no sentimos su muerte.

Cada día esa empresa ha ido de mal en peor, pues quiere llenar los espectáculos con zarzuelas que sabemos de memoria y no nos causan interés. Baste decir que las gracejadas de Castro y las de Villalonga cuando asaltan el papel de gracioso, nos hacen mal efecto, y en vez de desahogar la bílis con la risa, se nos derrama con el desdén.

Sabemos que ese teatro quedarà abandonado por la zarzuela, y nuevos huéspedes lo tomaràn bajo su protección. Muñoz, nuestro amigo Muñoz sale de su letargo, abandona su retiro, y vuelve á la escena para deleitarnos. Si logra formar una compañia más completa que la que hoy trabaja en el Principal, y si consigue una subvención del gobierno, y la protección de la prensa y la de los escritores mexicanos, habrá dos espectáculos de verso que nos hagan más variadas y deleitables las horas nocturnas que nos fastidian. La cuestión será si podrán sostenerse en México dos compañias de verso con sólo el público, demasiado reducido, que es el que concurre á las diversiones.

Una tarde visitamos el teatro de Nuevo México, y tuvimos el gusto de ver allí à varios artistas que habíamos perdido de vista en muchos años; allí vinieron nuestros recuerdos; allí estrechamos la mano de amigos que las nieblas de la decadencia teatral ha sumido en el olvido. Ese teatro que fué de las glorias de Mata, de la Peluffo, de la Cañete y otros, recibe en su recinto las masas de nuestro pueblo que se divierte con las obras de Buchardy, y busca las emociones tremendas que inspira la tragedia. Aquellós modestos actores ponen en escena humildes producciones de los mexicanos, y aquel público los aplaude, los alienta en sus tareas, y acoje sus primeros pasos, en el camino escabroso del arte dramático. Si hay una compañía que merezca una subvención es la del teatro de Nuevo México, porque contribuye á ilustrar à la clase más abyecta de nuestra sociedad, y los arranca de los focos inmundos de la prostitución y del vicio. La política invadió en mala hora ese teatro, y ella esterilizó sus trabajos, como las plagas que agostan los campos floridos, cuando se percibían las doradas espigas del Estío.

El Teatro Principal puso en escena el juéves pasado "El Estómago," obra del eminente escritor Gaspar, con el objeto de tributarle una ovación. Al terminar el tercer acto, entre una nutrida manifestación de aplausos al galante autor que ofreciera á nuestra patria las primicias de una obra dramática, se presentó el Sr. Guasp y nuestra jóven actriz la Srita. Concha Padilla, á presentar una corona elegante, y una sentida dedicatoria, con que algunos escritores obsequian al Sr. Gaspar.—España en un tiempo laureó las frentes de Alarcón y de Gorostiza, nacidos en tierra mexicana, y estas glorias son comunes á la madre generosa y á la hija emancipada; hoy, México, corresponde esas manifestaciones al talento, y le envía con sus aplausos el premio de sus desvelos, el galardón debido al génio por sus grandes concepciones.

El Sr. García Cubas concibiò la idea de encerrar esa corona en una caja, formada con la madera del árbol de la Noche Triste, que será acogida en España con entusiasmo por ser un recuerdo histórico de gran valía.

El último domingo se estrenó en el mismo teatro una obra de un ingénio de la corte titulado "El Juez de su Causa."

El público vespertino tuvo la felicidad de ver representar por primera vez una obra nueva en México. Ese público, humilde y morigerado, sin pretensiones, sin exigencias, es acaso el que paga mejor sus diversiones, y es el ménos atendido, el ménos galanteado. Plato de segunda mesa, acepta gustoso los pavos descarnados, los jamones huesosos, y las botellas algo vacías que dejaron los convidados de la víspera.

En esta vez fué el primer obsequiado y quedó complacido.

"El Juez de su Causa" es un dramita de plan muy sencillo en que describe escenas campestres de la fértil España; trivial es su argumento y escaso en situaciones, pero imita con ingénio los dramas de Calderón y de Rojas, las comedias pastoriles de Lope de Vega. Su versificación es magnífica, y en algunas de sus descripciones se asemeja mucho á las bellísimas, á las inimitables pinturas de la vida campestre de "García del Castañar."

"La Mosquita Muerta," fué la pieza final en que Matilde Navarro nos hizo reir con su perfecto desempeño. Estas piezas de carácter le caen muy bien á la simpática actriz, y el público la recibe con gusto y con aplauso.

En estas piezas caricatas, en que el autor se propone ridiculizar algún vicio, ya viene saturado el desarrollo del pensamiento con la sal y la exageración correspondiente y proporcionada; el autor ó la actriz no tienen más trabajo que poner en acción sus dotes naturales, su talento artístico, para interpretar el pensamiento; un chiste exagerado por la actriz, le quita el aticismo que es lo agradable de la sal; y cae en gracia vulgar. Esto ha sucedido sólo en el vestir y en los adornos de la cabeza en la mosquita; tanto recargo de salitre nos hace amar-

go el manjar. Nuestros queridos actores no deben separarse de la naturalidad para que el agrado del público se muestre en ligeras sonrisas, y no en estrépitsoas carcajadas. Lo primero nos ha sucedido con la representación que de esa figura graciosa hizo la Sra. Navarro; pero las exageraciones de su tocado nos hizo creer que no había la naturalidad en el adorno, propia de un candor infantil, de una niña gazmoña, sino rebuscados alicientes para excitar la risa. Siempre conservaremos un recuerdo grato de Matilde Navarro en "La mosquita muerta."

IV.

Las novedades que aparecieron en nuestros teatros son dignas de mencionarse; no sólo son las funciones que ha ofrecido el Principal con sus modestos actores, con su público sensato y prudente; no sólo es el Nacional el que presenta en su escenario alguna notabilidad artística que viene del otro lado de los mares, sino la defensa que de la última producción del Sr Peón Contreras hace el *Eco de Ambos Mundos*, y la vindicación que del bello sexo ha hecho una estimable señorita en una carta dirijida á uno de los ilustrados redactores del *Eco*; esto es más fácil creerlo que averiguarlo.

No Hace muchos días que recorriendo las calles fuí á encontrarme con Luis, mi predilecto amigo, que sin buscarnos nos encontramos, y sin vernos con frecuencia nos queremos y nos lanzamos el uno al otro con los brazos abiertos, ni más ni menos que aquellos amigos de "La Gallina Ciega."—¡Chucho!—¡Ludovico! son las palabras que preceden à nuestros abrazos fraternales.—Entre otras reconvenciones, á las cuales tiene justo derecho de hacer Ludovico, me dijo en tono de pedagogo.

—Muy reprensible es que vd., en sus crónicas, esté censurando á mi amigo Peón Contreras que es un buen chico.

—Inmejorable, le contesté yo.

—Perfectamente.

—Y con la satisfacción de que un público sensato y justo lo aplaude con entusiasmo.

—Todo eso es una verdad que yo reconozco, que yo confieso y que no me cansaré de publicar.

—Pues sépase vd., Chucho amigo, que por haber criticado vd. y otro Sr. Sosa, "El Amor de Hernán Cortés," y por haberlo recibido el público con frialdad en su segunda representación, mi amigo Peón se esforzó en escribir su último drama que le ha valido tantos aplausos; ¡ah, Chucho! mordaz Chucho! inhumano Chucho, el más injusto de los Chuchos!

—Mire vd. Ludovico, le dije algo amostazado; basta ya de tanta chuchería, y entremos en materia. Si fuera cierto que mi amigo y mi compañero Peón Contreras, que es para mí simpático y admirable por su talento, ha escrito ese nuevo drama, guiado por las observaciones

de la prensa, y más que todo, porque el público no quiere tributarle aplausos inmerecidos por su "Hernán Cortés," me felicito yo, como decía Fígaro, felicito á vd., felicito á los diarios, mando mis felicitaciones al público, y con todo el entusiasmo de mi corazón, con las efuciones de mi alma y los alientos de mis pulmones, felicito al Sr. Peón y Contreras. Las más leves causas producen los más grandes efectos, y he aquí porqué la literatura nacional gana con esos suspiros del autor de "la Hija del Rey."

—Pero hombre, vd. es severo, vd. es injusto, es vd. hasta inconsecuente. ¿Porqué quiere vd. desleir en ese líquido amargo de sus amargas críticas, esos terroncitos de azucar que nuestro querido autor nos presenta en sus notables producciones? ¿no es vd. entusiasta por las glorias literarias? ¿por qué quiere vd. derruir un pedestal que se levanta el mismo escritor con su talento?

—Mire vd. Ludovico; cuando veo que una obra dramática mexicana pasa sin que se forme de ella un juicio crítico, me parece que cae en el abismo del olvido y la indiferencia; creo que se califica de despreciable y que no merece los honores de la crítica; así han pasado muchas obras que tienen una existencia efímera, y que apenas son conocidas. Yo no soy crítico, créamelo vd. Ludovico; apenas soy un cronista que forma revistas de teatro con esa superficialidad que es hasta indispensable para los periódicos que al día siguiente van á surtir las pulperías. Yo quisiera para todos los escritores mexicanos una crítica severa, concienzuda, fundada en los preceptos más rígidos del arte, y al mismo tiempo un esfuerzo grande en el escritor novel por alcanzar lauros que admire la posteridad; esto desearía aun para mí mismo si yo fuera autor dramàtico; este es sin duda el árbol que da sazonados frutos.

—Pero hombre de todos los santos, dijo Ludovico encajándose las gafas, ¿quiere vd. perfección en un escritor tan fecundo que escribe una obra cada mes? Conteste vd. ¿quiere vd. perfección?........ ¡hum! la contestación no ha de ser fruncir el entrecejo, encojerse de hombros y quedarse callado.

—Deseo esa perfección, Ludovico; y ya que es vd. amigo del Sr. Peón Gontreras, aconséjele vd., como se lo he aconsejado yo, que escriba poco, que medite mucho, y que nos dé en un año una pieza bien acabada. Los autores dramáticos que han adquirido renombre, no lo tienen por los aplausos de sus amigos y de sus contemporáneos; no lo adquieren porque escribieron muchas piezas cómicas ó dramáticas malas ó medianas; sino por *una sola* en que emplearon muchas noches de vigilias. Las dos mil comedias de Lope de Vega no valen juntas lo que vale "Del rey abajo, ninguno, ó García del Castañar," que inmortalizó á Rojas.—Dígale vd., Ludovico, que acepte el consejo de un escritor contemporáneo, el cual se expresa en estos términos poco más ó menos:

"—Hombres que teneis la felicidad de concebir grandiosos pensamientos, no los saqueis á luz intempestivamente como fetos deformes

que la naturaleza no ha desarrollado; acojedlos con amor; meditadlos con cuidado, que ellos saldrán de vuestra fantasía como el colibrí que, al nacer, es un animal deforme, y después una maravilla de la Creación.

Ludovico haciéndome una mueca en vez de un saludo, se alejó de mí.

En cuanto á la carta que dicen los redactores del *Eco de Ambos Mundos* les ha remitido una señorita, diremos: que nos congratulamos de saber que una jóven tan sensata profese ideas que la elevan en la consideración pública, estando apasionada de su amante. Si como ella son todas las mujeres, ¡ay! México es el paraíso. La mayor parte de mis amables paisanas son virtuosas, sensatas, adorables, ¿cómo negarles yo tan buenas cualidades? Nos confesamos derrotados, y lo que es más honroso para nosotros, por una adorable señorita.... "Y sin embargo, ella se mueve."—Quiera el cielo adornar su frente con la corona de las desposadas y conservarle sus ilusiones.

Con la avidez que deben suponer nuestros lectores, ocurrimos el sábado al Teatro Nacional por conocer á una de las tres artistas que en primera línea figuran en la escena española. Se ponía en escena *María Juana ó las dos Madres*, y desempeñaba el papel principal la Sra. María Rodríguez.

No hemos querido leer las biografías que de la notable actriz han publicado los periódicos españoles y mexicanos, para no preocupar nuestra imaginación, y sí juzgar por los afectos que la artista deja en nuestra alma.

Bástenos saber que ocupa un primer lugar en el teatro español, y que su nombre ha llegado hasta nosotros aun antes de que sus plantas pisaran nuestras playas. Personas que han disfrutado de su trato en estos días, nos han hablado de sus finos modales, de su amabilidad, de su carácter expansivo. Nosotros no queremos hablar aquí de la señora de buena sociedad, sino de la artista.

No hace mucho tiempo que animó nuestra escena la Sra. Ristori, y los que la conocieron tienen un punto de partida para comparar; nosotros no tuvimos la gloria de ver á esa reina del arte, pero sí creemos podrá ser un reflejo de su génio la Sra. Rodríguez. En ese mar agitado de las opiniones, difícil es encontrar dos perfectamente acordes; más ¿para qué queremos saber el juicio de otras personas si sólo hemos de trasmitir al papel nuestras propias impresiones?

Como el público conoce esa pieza, sólo hablaremos de las situaciones que más nos han agradado, que más han cautivado nuestra admiración.

Se dice que el actor por grande que sea su talento nunca puede llegar á ser génio, porque el génio *crea*, y el artista sólo *interpreta*. Nosotros creemos que el autor de génio puede crear situaciones, hermosear pensamientos que al mismo génio no le haya ocurrido en sus grandes y profundas concepciones. Un artista de talento puede ser un au-

tor de génio, y si crea como poeta, ¿por qué no podría crear como actor? Ilumina su mente el mismo destello de inspiración, ya esté en las tablas declamando, ya en el bufete escribiendo. Pero si esto es una cuestión inoportuna en este lugar, sólo la tocamos por incidente y para fundar nuestras apreciaciones respecto de la actriz.

Cuando María recuerda que con su trabajo adquirió una pequeña suma que guarda en un armario, á excusas de su vicioso marido, y que destina al sustento de su pequeño hijo, va al lugar á donde está el tesoro; su paso es vacilante; su mirar inquieto; lanza un grito, y sobrecojida de terror, vuelve la vista hácia todas partes.

Esta escena sencilla, muda, aterradora, trasmitía al auditorio la idea que la actriz quería expresar; temía que su marido, que el amigo de éste, que alguna otra mirada imprudente descubriera que allí guardaba sus pequeños ahorros, su gran tesoro, el alimento, la vida de su hijo, se lo robara y quedara expuesto á morir de hambre. ¿Quien no ha podido ver en esta escena los temores de una madre, su ternura, su angustia, su desesperación? y todo esto, expresado en una sola exclamación, en un grito que salía del fondo del alma? Es indudable que la obra no contiene este detalle; que el autor no pensó poner este resorte que había de preparar el ànimo del espectador para creer, para calcular, que en aquella cómoda se guardaba una pequeña suma de dinero, y que extraída de allí, sería condenar á morir de hambre á un sér inocente.

Otra de las escenas en que se ha mostrado el talento de la artista, es aquella en que su marido, ébrio, indiferente, sabe que sus vicios han arrojado á su hijo à la casa de los expósitos, y culpa la resolución de una madre que abandona á su hijo por salvarle la vida.

Aquella mujer herida en lo más profundo del alma estalla en accesos de ira; es la mujer implacable; es la fiera que mira por última vez á su hijo; pero el esposo conoce sus faltas y llora su desventura; aquí la mujer se eleva de sus furores á la ternura; pasan con rapidez en su alma esos terribles afectos que son la parte angélica de la mujer; estrecha contra su pecho la cabeza de su esposo, y el llanto tierno cae sobre aquel sér infortunado, como el rocío que vigoriza una planta.—Esta transición es sublime, y la Sra. Rodríguez la hizo con naturalidad, expresando muy al vivo esas expansiones del sentimiento.

Al ir á la cuna, al reconocer á su hijo que creía muerto, que creía perdido para siempre, debía experimentar una fuerte emoción; un grito de alegría no habría sido la expresión fiel de sus impresiones, porque no es sólo la alegría lo que debe experimentar una madre en un trance inesperado.—La Sra. Rodríguez lanzó una exclamación que expresaba á un tiempo el placer, la sorpresa, la intensidad de su maternal amor; aquellas sensaciones que embargan la voz, que no dejan articular una sola palabra; en su semblante ¡cuàntas y cuàntas gesticulaciones para mostrar esos mismos afectos! y cuántos esfuerzos para sostener esa lucha de una madre que encuentra á su hijo, que se lo disputa á otra madre, y que lo defiende de la asechanza de un malvado

Tales son, descritas á grandès rasgos, las escenas más animadas en nuestro concepto, y que nos mostraron en esa noche el talento artístico de la Sra. Rodríguez. Otras personas que veían la representación habrán sido tocadas en las fibras de su sensibilidad con algunas otras escenas también conmovedoras, pues el drama tiene variadas situaciones. Nosotros fuimos vivamente impresionados por las que hemos hecho mención.

Acaso el público, indiferente hoy, ocurra á esos espectàculos que lo han de conmover profundamente; cuando sepa que en la parte trágica, en su calidad de mujer que habla el idioma castellano, la Sra. Rodríguez ha sido notable.

Algunos creen que, en muchas situaciones, la actriz ha estado á la altura de la Ristori. Nosotros no debemos dudarlo, pues si esa eminente tràgica mueve á su arbitrio los sentimientos del alma, y la Sra. Rodríguez lo hace también, ¿porqué no debemos creer que se le asemeja en algunos casos? ¿La Sra. Ristori ha monopolizado para siempre el atributo de conmover? Los que han visto á una y otra artista podràn juzgar con acierto é imparcialidad.

V.

Difícil tarea es la de escribir para el público en medio de esa conflagración de opiniones frecuentemente apasionadas, porque jamás prevalece la idea justa, la idea imparcial. Hay que apasionarse también, ó cuando menos, fingir que lo está el escritor si quiere que la avalancha de las opiniones, en el cause formidable del buen criterio, no rebose, no lo inunde y haga zozobrar su fràgil navecilla.

Nosotros hemos querido colocarnos en ese terreno eriazo, cual es el de la más severa imparcialidad, y ser narradores verídicos de los acontecimientos que tienen lugar en los teatros; presenciar el esfuerzo de los actores en el desempeño de sus tareas; examinar las obras que se pongan en escena; dar á sus autores nuestros parabienes y aun nuestros amistosos consejos, y ser intérpretes de las emociones del público cuando éste quiera mostrar sus apreciaciones.—He aquí nuestra misión.

Pues estas tareas que nos hemos impuesto, no son generalmente aceptadas por las personas y sus adeptos que tienen que ser actores en el movimiento intelectual; unos juzgan que es bien poco lo que se dice en aplauso de un actor ú autor favorito, y otros consideran exageradas nuestras alabanzas, si se comparan con sus merecimientos. Unos creen detestables las gesticulaciones de una actriz con que ha expresado algún sentimiento de dolor ó de rábia, y otros las encuentran hasta sublimes. Y si de estas apreciaciones se pasa à otro terreno, se ve con celo, con desconfianza, con grave disgusto, los elogios que se

hacen á los artistas que están opuestos en antagonismo, que tal vez ponen en ejercicio una noble emulación.

Tal cosa ha sucedido con nuestra revista anterior y con un D. Timoteo, que buscándonos, fué à cautivarse en las redes de uno de nuestros compañeros de redacción, ni más ni menos que un moscardón queda preso en una tela de araña.—Ese Sr. D. Timoteo no ha creido que la Sra. Rodríguez, actriz que trabaja en el Teatro Nacional, sea una artista de corazón, y la encuentra inferior en algunas situaciones á nuestra muy querida Concha Padilla;—También cree que el resto de los actores del Nacional son inferiores á los del Principal.

Nosotros no queremos formar comparaciones que arrastren á un antagonismo pueril á nuestros actores, ni mucho menos á las señoras que son susceptibles, y cuya tarea enojosa é imprudente no ha de traer consigo ninguna solución á las cuestiones que hoy se agitan. Por otra parte ¿cómo establecer una comparación? ¿la Sra. Rodríguez es inferior, es igual, es superior á la Sra. Ristori? Concha Padilla, nuestra jovencita actriz, que apénas ha pisado la escena, tiene los mismos puntos de comparación con la Sra. Rodríguez? ¿Cómo será posible formar igual comparación con los mismos actores? ¿dónde está el cartabón para medir las tallas? ¿dònde el *inteligenciómetro* para medir las actitudes y las aptitudes artísticas? ¿cuál es el aereópago que adjudique el premio? después de estos estudios físicos, morales y filosóficos, ¿cuántos metros más grande tiene el talento de Guasp comparado con el de Palomera ó Baladía? y si es más largo ó más tupido el ingenio de Galza que el de Loscos y de Freire ¿no podrá ser este más craso y de una tela más rica que el de su émulo? Un obeso y chaparrón decía con desparpajo y vanidad á un alto esparragudo.

—Somos iguales, porque lo que tú tienes para arriba, yo lo tengo para los lados.

Cuando hemos podido ver en escena una misma pieza por dos compañías distintas, siempre hemos admirado las bellezas del autor, interpretadas diversamente por otros actores ó por otras actrices; aquí nos pareció más sentimental lo que antes creíamos más en armonía con la ternura de una mujer: allá nos pareció más enérgico lo que aquí encontramos más natural y más en coincidencia con un carácter iracundo ó reposado. Sobre todo, si vamos al teatro en pos de emociones, estas las encontramos, más ó memos profundas en los distintos actores que se presentan en ambos escenarios. En cuanto á aparecer como sistemáticos, no queremos serlo, ni declararnos defensores de ninguna compañía.

Además, sabemos que los modestos actores del Teatro Principal, que jamás han tenido la presunción de aparecer superiores á ningunos otros, se mortifican con las manifestaciones de personas que les tienen simpatías personales, y que sólo ven en la comparación un medio de suscitar discusiones importunas. Sabemos que la Srita Padilla, demasiado humilde en su condición de actríz, no tiene siquiera la concien-

cia de creer que vale algo y que puede llegar á valer más con la edad, con el estudio y la emulación; ella cree en conciencia que mucho tiene que aprender todavía; esta abstracción de su propio mérito, descubre en ella una verdadera modestia; ¿cómo no ha de creer que la Sra. Rodríguez, actriz consumada, actriz de renombre, puede enseñarle muchos de esos tesoros artísticos que posee y que ha adquirido á fuerza de estudio y de desvelos? Concha y Magdalena son dos jovencitas que apénas comienzan á vivir, y que sólo perciben los celajes de un crepúsculo matinal. ¿Serían à los veinte años las Sras. Ristori y Rodríguez, lo que hoy es nuesta modesta actriz Concha? Ell apodrá decir á alguno de sus admiradores con Bretón:

Hijo, no me quieras tanto,
O quiéreme con talento.

En cuato á la Srita. Servín, diremos que la hemos admirado en algunos papeles que le sientan muy bien, especialmente cuando desempeña los de esas señoras de buena sociedad, ó de las que se llaman de gran tono; y si á esto se agrega las simpatías que tiene en el público, habremos explicado por qué tiene un lugar distinguido en nuestra admiración; pero todo esto no puede rebajar la benevolencia con que el público recibe á los actores del Nacional, ni establecer un antagonismo ridículo entre ambos teatros. Más ó menos hábiles los actores del Nacional, no por esto dejaremos de confesar que de tiempos atrás el público recibe con estimación y aplauso á nuestros actores del Prin-pal.

En la comedia titulada "Me Gustan Todas", se presentan cuatro tipos á cual más inverosímiles; una mamá taimada y tonta, una hija que se entrega á la política con más ardimiento que un diplomático, y que en una escena de familia pronuncia un discurso, y concluye con el —"he dicho"—de costumbre.—Otra primita, franca, decidora, inocentona, que platica y revela todos sus pensamientos, hasta el de su afan por casarse, que le hace decir con mucha gracia que no necesita saber mucho

"Para amar á su marido
Y educar á lo que venga."

Viene después un primo calavera, militar, enamorado y voluble, que á todas ama, que se enamoraría hasta de las montañas porque tienen faldas, y que por lo mismo lo desdeñan las primas, la tía, y hasta la criadita pispireta y zangandunga que servía en aquella casa. Siendo trivial el argumento, nos divierten aquellos tipos que no son de ninguna sociedad. Pase, pues, la pieza como una de tantas para hacer reír con sus extravagancias.

Pocas veces asistimos al teatro por las tardes; pero el domingo último vimos en el Principal uno de aquellos dramas sociales conmove-

dores que han preparado la revolución en los Estados Unidos con motivo de la esclavitud: tal es la "Cabaña de Tom." Exagerados como son todos los incidentes que allí tienen lugar para preparar la abolición de la esclavitud, poco pudieron conmovernos; pero en la última escena, una preciosa niñita, Concha Alonzo, recitó con angelical ternura los relatos de su salvación, que tocaron las fibras de nuestra sensibilidad; no fueron las rebuscadas palabras del autor; fueron, sí, aquellas frases que vertía con grave acentuación la preciosa niña, aquel sér delicado que acaba de abandonar la cuna, que no puede *sentir* todavía, y sin embargo, conmueve altamente y se ha hecho aplaudir con entusiasmo. Si alguna vez llega à la decrepitud y es actriz aplaudida, con cuánta satisfacción verá estas líneas que ya se escriben en su aplauso cuando sólo tiene cinco años!

En el Teatro Nacional presenciamos la representación de un drama de Larra "Perlas y Flores" la noche del último domingo. Estas piezas de carácter, escritas con estudio para adecuarlas á las dotes dramáticas de la Sra. Rodríguez, tienen que ser desempeñadas con expontaneidad y con maestría por la eminente actriz; hubo una escena en la cual nos ha parecido exagerado el sentimiento, y es cuando dice á su hija que no es ella su madre; pero arrebatada entonces de su amor maternal vuelve como arrepentida de su falta á abrazar á su hija. Esos arrebatos maternales, cuando se sabe deliberadamente que es una ficción para formar los cimientos de la felicidad futura de una hija, no pueden salir del alma como en aquellas situaciones en que se le va à perder para siempre; como esto último lo ha representado la Sra. Rodríguez. Más tarde, cuando Magdalena declara que ama á Lope, contrariando á su padre, exclama María.... "¿Veis como yo no estoy loca?" Estas frases las ha pronunciado la Sra. Rodríguez con acento tan marcado de triunfo, que nos hizo ver ahí la afección, la alegría exagerada de una madre, y un aire de satisfacción insultante al Conde.

Cuando hemos visto á la Sra. Rodríguez en esa y en otras piezas, empleando una manera muy natural para expresar sus emociones, para pintar las pasiones de su alma, hemos admirado su escuela, su magnífico sistema de sentir y de interpretar; pero hay algunos raptos de su entusiasmo en que fijando una situación, la exagera; y éstos son los escollos en que tropieza rara vez, pero que se notan á primera vista.

En esta pieza es donde el Sr. Galza nos ha parecido más feliz; su papel no es de grande importancia, pero como campesino lo desempeñó con naturalidad. Nosotros esperamos verlo en otras piezas en que pueda exhibir más artísticamente sus trabajos escénicos.

Agapito Silva ha dado en el Teatro Hidalgo una pieza que se titula "Después de la Falta. Quisimos concurrir á aquel teatro para ver esa nueva producción que, algunos amigos nuestros muy inteligentes, nos han elogiado; no pudimos concurrir, y lo sentimos. Hemos sabido que ha sido muy bien recibida por el público, y que los actores no trabajaron en su desempeño como debían, tratándose de una obra nueva,

y en la cual tiene fundadas esperanzas de adquirir renombre un escritor novel. En esa representación habrá podido el autor notar algunos defectos que tenga, y enmendarlos para cuando la dé á la prensa.

Por una casualidad hemos visto, sin poderla leer, una obra dramática que en Puebla escribió el Sr. D. Mariano Sánchez; la ha llamado *pretensión dramática*, desconfiando tal vez de su mérito; su título es "Los Martirios del Calvario," y la dedica al Sr. Altamirano, poniéndole este pensamiento:

"Ansiando un cisne remontar su vuelo, se asió de una águila y voló hasta el cielo."

Nada podemos decir de su mérito dramático porque no la leimos.

Mucho nos llamó la atención el mérito caligráfico que en ella se observa. Está escrita con absoluta limpieza, y dibujados á pluma una carátula, la dedicatoria, la lista de los personajes, y además, los tipos que representan esos personajes, lo cual contribuye à ilustrar la obra. El hábil pendolista es el Sr. D. Diódoro Reyes.

Felicitamos al Sr. Altamirano por ese obsequio.

Anuncia el Teatro Principal una nueva producción dramática de Retes y Echeverría, titulada "La Fornarina," y que pondrà en escena para la noche del próximo domingo.

Ojalá y esos gemelos autores hayan concebido algo bueno parecido al Hereu.

VI.

Parece que los dos Teatros, Nacional y Principal, haciendo esfuerzos para atraerse la concurrencia, se disputan los honores del triunfo; ambos tienen sus actrices, sus actores, sus adalides, y no faltan *machiavelos* que manejen con finura la intriga. Así debemos creerlo cuando algunos periódicos anuncian que se vendieron muchos boletos de galería á personas que tenían la negra intención de lanzar al aire unos cuantos silbidos. Nosotros nada de esto notamos, y podríamos afirmar que aun cuando fueran ciertas esas demostraciones hostiles, habrían sido contraproducentes, puesto que las intrigas entre bastidores no son solidarias con un público que aprueba y reprueba según el desempeño de los actores. Persuadidos estamos que nadie ha intentado ni silbas, ni aplausos inmerecidos. La Sra. Rodríguez, actriz de mérito, de nombre artístico bien conocido en España, no pudo envidiar la gloria de nadie, cuando con su esfuerzo conquista los lauros que quiere; muy alta está para descender à las pasioncillas pequeñas, y le será aun mortificante que llegara á suponerse que tenía celos artísticos.

No será posible que la compañía del Nacional pueda levantar el espíritu protector de su teatro, mientras se ponga en escena esa clase de piezas que son vistas con desdén por nuestra sociedad. Ella quiere lo nuevo, lo que seduce y halaga, y si esto no se consigue, cada fami-



lia, cada individuo, prefiere permanecer en su casa ó en su tertulia, antes que ir á dar al fastidio en algún espectáculo sin interés.

El Hereu, tan conocido en México por todas las clases, es una de aquellas piezas que nos seducen sus bellezas, y no nos cansamos de admirarlas, màs cuando hay esperanzas de ver brillar en la escena á la Sra. Rodríguez, desempeñando esa madre admirable, esa sublime creación de dos ingenios hermanos. Lo hemos visto también en el Principal, y nos propusimos formar un paralelo sobre el modo con que unos y otros actores interpretan aquellos grandiosos pensamientos y desempeñan aquellos tipos magníficos.

Los de Pedro y Barraqueta los hemos encontrados más vivos, más verdaderos en los Sres. Guasp y Loscos; mientras que en la madre hay màs verosimilitud en la Sra. Rodríguez; Concha Padilla tiene que hacer un esfuerzo hasta en su voz, pintarse arrugas, y encanecer su pelo para darse humo de madre de Pedro y de Jayme, es decir, de todo un Guasp y de todo un Alonzo; esa madre no se finge sino inperfectamente con el arte, puesto que la juventud de Concha no puede ayudarle.

La escena final del segundo acto nos ha parecido más bien ejecutada en el Principal, porque al venir à las manos los dos hermanos, hay una pequeña pausa en que se deja oír más claramente la voz majestuosa de una madre cuyos hijos, como fascinados por su mandato, caen de rodillas poco á poco á los piés de aquella mujer adorable. En el Nacional, acercándose más á lo natural en una riña tremenda entre hermanos, se confunden las palabras, se ofuscan las amenazas, y aun la voz de la condesa se debilita un poco, quitándole á su acento mucho de su energía que es lo que causa nuestra emoción, y el pensamiento altamente dramático que nos enagena, que nos ceduce y arranca lágrimas á nuestros ojos. La Sra. Rodríguez en esta escena nos pareció admirable.

Cuando se efectúa la reconciliación de los dos hermanos y la madre se retira contenta y satisfecha, se ha preparado la escena en el Nacional para que la Sra. Rodríguez se luzca en ella únicamente con la mimica. Nosotros encontramos su desempeño admirablemente artístico, pero no nos pareció natural, sino un tanto cuanto exagera en su situación. Aquí se sacrifica la naturalidad del arte. Por lo demás, ¿qué podriamos decir en aplauso de la Sra. Rodríguez en el resto de su desempeño? Las frases que salían de su boca de esa ternura maternal, cada inflexión de su voz, cada expresión de su mirada, eran otros tantos resortes que movían nuestra sensibilidad.

Encontramos en el Sr. Baladía nuevos medios para conocer su trabajo en la escena; su escuela para declamar, su modo de sentir y de expresar el sentimiento, nos ha parecido bastante bien, tiene arranques notoriamente dramáticos en algunas situaciones difíciles y le ayuda perfectamente su voz robusta y clara.

Había para nosotros cierto deseo de ver en representación la *Fornarina*, pieza de Retes y Echeverría. Su magnífica pieza el *Hereu*, que

tanto hemos admirado, augura otro triunfo expléndido. No obstante, la pieza nos agradó, sin tener las bellezas de aquella con quien la comparamos. En la *Fornarina* tocan los autores un rasgo histórico de Rafael Sanzio y de la bella mujer que lo inspiraba, que inmortalizaron recíprocamente su nombre. La Virgen de la silla, la Virgen del candelabro, son retratos de esa mujer incomparable. ¡A cuantas reflexiones se presta ese rasgo caprichoso del hombre! Y sin embargo, cuanto pudiera decirse, queda inerte en los labios ante los misterios del amor. El mismo León X que le mandó negar la entrada al Vaticano á esta célebre mujer, cuando Rafael como arquitecto y pintor inmortalizaba su nombre, tuvo que doblegarse ante las exigencias del génio, ante la ausencia de la inspiración.

La obra dramática muestra un rasgo de la vida privada de Rafael, y lo embellece con el colorido de la virtud y del heroismo para hacerlo digno de la escena. No está precisamente amoldado á la verdad ni á la verdad histórica, porque nadie se muere de gusto, cuando se va á casar, y la Fornarina sobrevivió á su amado. Rafael nació en 1483 y y murió en 1520 á los 35 años de edad, y la hija del molinero, ó panadero como otros le llaman, murió ocho años despues. Péro era preciso amoldar este incidente á los preceptos del arte dramático, barnizarlo con el color de la moralidad y de la fantasía y revestirlo con un ropaje más poético y más encantador que lo hiciera digno del hombre inmortal cuya admiración, cuyo recuerdo se evocan en el teatro.

Los personajes Julio y Ascanio son puramente episódicos é inútiles en la trama. Este es un defecto que condena la escuela clásica.

Si se tratara sólo de Echeverría, que es partidario acérrimo del más exagerado romanticismo; podría ser disimulable este defecto, que sólo tolera esta escuela en tanto que se hagan sobresalir bellezas de primer orden; pero no es lo mismo si consideramos que Retes ha puesto también su inteligencia en ese nuevo drama; Retes, el clásico por excelencia, el mismo que en otras piezas deja consignado su buen gusto por la escuela clásica, y que alguna de ellas puede citarse como modelo.

Esto tiene una explicación. Cuando en España un escritor tiene ya algún nombre, sus obras son acogidas con entusiasmo, y hasta la crítica se muestra ménos severa, las empresas menos exigentes, y los editores más complacientes hacia el poeta mimado por las musas y aplaudido por el público. En un país en que se escribe para vivir, poco se cuida de la corrección, de sostenener una reputación ya enclavada en buen pedestal, y se va en pos de la especulación. No sucede lo mismo en un país en que se vive para escribir; allí se buscan los reflejos de la gloria y se procura escribir acercándose cuanto sea posible á la perfección que marca los preceptos de las principales escuelas.

La Fornarina no pasa de ser más que una pieza muy mediana.

Algunos indivíduos que junto á nosotros se sientan, suelen tener entre sí, conversaciones muy animadas y que nosotros escuchamos con el mayor placer. En una de las últimas funciones se estableció un diàlogo muy divertido.

—Allí está Juvenal, decía uno; es probable que esté preparando sus afiladas tijeras para cortar el vestido de las actrices; pues para esto de modas es más inteligente que cualquiera modista francesa. Debía Concha Padilla encargarle la dirección de sus vestidos, y saldrían de rechupete.

—No; lo que debe estar cortando, es su pluma de avestruz, para darle su rociada dominical á Guasp. Cuando Tancredo tenía su palco en este teatro, Guasp era elogiado como un gran actor. Hoy que no le tiene ya, Guasp ha convertido el teatro en jacalón, y él y los actores son media-cucharas.

—Algo bueno debe encontrarse en este teatrito que le llame la atención, puesto que no falta, y su asistencia es muy temprano.

—¡Ay Perico! no deseo à mi mayor enemigo la tarea de escritor; ¡eso de tener que decir forzosamente dos veces á la semana lo que pasa, y decirlo con gracia, con novedad y con interés, es obra de romanos! Dichosos actores que han merecido las censuras de Juvenal, porque se levantan en la consideración pública.

—He notado que Guasp es más aplaudido por el público, cuanto es más censurado por los críticos.

Nosotros no sabemos hasta qué punto pueda ser cierto esto. Si así fuere, debe la compañía del Principal desear cada noche una granizada de aplausos. y cada día una censura Monitoriana.

VII.

Los acontecimeentos que han tenido lugar en el teatro de la guerra han hecho languidecer una parte de nuestra sociedad que concurre al teatro, y á esto creemos atribuir la escasa concurrencia que ocupa las localidades en el Teatro Nacional.

"El Anillo del Diablo," que se ha montado últimamente en este gran teatro, logró llamar la atención del público, tan afecto á las comedias de mágia, y lo invadió las tres veces que se ha representado. Con esa vara mágica, se ha logrado despertar al público de esa somnolencia en que ha estado tanto tiempo, y no dudámos que los cuantiosos gastos que la empresa ha hecho para montar debidamente esa obra, sean indemnizados, y proporcionen una buena ganancia á esos simpáticos actores. Hasta ahora sólo hemos oído hablar bien de la mencionada comedia de mágia: los divertidos juegos escénicos han venido á compensar en su línea la ausencia que notamos de la estimable Sra. Rodríguez. En el Teatro Principal se desempeñó con gracias muy naturales la pieza del teatro español, titulada "Viva la Libertad" en que el autor se propone poner en caricatura la exajerada libertad, llevada hasta el hogar. La Sra. Navarro hizo una criada vivaracha; y la Srita Servin, una señora fanática por la independencia de su sexo en su calidad de esposa; Loscos, un graciosísimo gallego; estos tres tipos nos divirtieron muchísimo, y fueron frenéticamente aplaudidos.

La Sra. Navarro con un gesto, con una interjección, provocó la hilaridad, y arrancó vehementísimos aplausos.

La pieza en un acto del Sr. Luciano Frias y Soto, titulada *El Santo Gremio*, se puso en escena la noche del juéves en el Teatro Principal. En esta pieza se nota desde luego la falta de acción, de trama, de enredo dramático, que pueda darle algun interés. Es un cuadro de costumbres en que se muestra que tres parejas matrimoniales viven muy mal en su estado, en contínua riña, y escandalizando á los vecinos. Es preciso que en estas piezas frívolas no se descuide el fin moral ó filosófico sólo por hacer reír al presentar un cuadro de costumbres; pero sí embellecerlo, buscar la parte ridícula de esas costumbres: ¿qué debemos deducir del pensamiento de esa piesecita? ¿qué nadie debe casarse porque los matrimonios se descomponen? Si el Sr. Frias y Soto reflexiona, verá que hay un vacío en su pieza, y este vacío es la acción. Lo único que puede considerarse como más cómico, son los caracteres, porque cada persona tiene en su lenguaje algún rasgo prominente, y notoriamente ridículo; pero estas cualidades se realizarían perfectamente desarrollando un pensamiento cómico; de la manera que está, sólo son figuras fotogràficas más ó menos dibujadas con ingenio y con algunos chistes agradables; pero nada más: Nosotros conocemos muchas personas que allí están daguerreotipadas; esposas imprudentes como Susana, tímidas como su esposo, y así iríamos diciendo de los demás; pero aun cuando estos personajes son reales, par que sean interesantes, es preciso darles una buena colocación en ese cuadro de costumbres. No hubiera sido necesario colocar tantas figuras; una de las cosas más difíciles es el caracterizar y sostener el caracter con frases expresivas, con reducidos y concretos pensamientos; pues bien, en algunos de estos personajes hay estas cualidades.

El autor ha colocado muchísimas figuras para una pieza en un acto; acaso haya tenido oportunidad de observar que en estos juguetes, sin duda los más difíles, son más interesantes y campea más el ingenio cuando más reducido es el número de personajes; hay tiempo y lugar para desarrollar un pensamiento ingenioso. Un marido que es campesino, de educación grosera que viene á casa agena, y se recuesta á dormir en un sofá, no tiene ningún interés por verdadero que sea ese tipo.

El público recibió con frialdad esa pieza, aunque no dejò de reírse con algunas sales, por la carencia de acción que la ha hecho languidecer.

Quizá esto hará que el Sr. Frias y Soto se proponga otra vez buscar un pensamiento más felíz, formar con él una trama enredada, buscar la parte ridícula, y sacar de su desenlace una lección filosófica ó moral; cuando esto haya conseguido, podrá ir colocando en este panorama sus figuras.

Nosotros hemos tenido oportunidad de leer un drama sencillo en su acción, tranquilo en su desarrollo, conmovedor en su desenlace, que ha escrito el mismo Sr. Frias y Soto, y que nos parece más bien acabado,

puesto que es un estudio más sério, se titula *Poema del alma.* Quizá en esta obra podrá lucir el autor su ingenio, y sea recibido con más entusiasmo por el público.

A nosotros nos complace que en México se escriba para el teatro, y que cada autor consiga entre muchos dramas ó comedias malas, producir alguna mediana siquiera. No está la dificultad en que se escriban piezas triviales, sino en que no se pongan en escena para que el mismo autor vaya conociendo el camino que debe seguir. Sin haberse escrito y representado *A la vejez viruelas*, no habría venido *El pelo de la dehesa* ni la *¿Quién es ella?* de Bretón.

El Sr. Peón Contreras, hace dos años, no pensaba escribir para el teatro, y lo que alentó sus esfuerzos fué ver representada su primera produccción.

Algunos escritores mexicanos que cultivan la literatura dramàtica, desagradados con la empresa del Teatro Principal, retiraron sus obras, y las pusieron bajo la proteccción de la Sra. Rodríguez: esta Sra. con la complascencia propia de su carácter, acoje benigna las producciones mexicanas, y ha comenzado á ponerlas en escena, alentando con esto á sus autores. La primera que ha representado es un drama históririco en un acto, escrito por el Sr. D. Juan de Dios Dominguez, titulado *El Hidalgo Gabriel Tellez*, que se ha publicado en el folletín del *Correo del Comercio.*

La Sra. Rodríguez, nos manifestó deseos alguna vez de proteger nuestra naciente literatura nacional; y considerando que las producciones de nuestros escritores noveles no han de carecer de defectos, nos decía que los actores pueden suplir con el buen desempeño algún vacío de la obra y disimular tal ó cual defecto, *bordando* con las dotes del arte el cuadro que pudiera ser árido ó escaso de colorido. Es indudable que del buen desempeño de una obra dramática, depende su buen éxito, cuando el autor lleva el contingente de su génio; y de este conjunto resulta el nombre del autor, y que cobra aliento para escribir nuevamente otras obras gradualmente mejoradas.

El ingénio tiene también su lactancia, su niñez, su virilidad, su edad provecta. Un niño tiene un estómago delicado que sólo puede digerir la leche delgada, con que la sábia naturaleza ha dotado á una madre, en los primeros meses de su alumbramiento; dadle á ese niño un alimento malo y se morirá; formadle el estómago, y con el tiempo estará expedito para tomar y nutrirse con todos los manjares. Estas observaciones nos ocurrían cuando la Sra. Rodríguez, con el mayor entusiasmo, nos hablaba de la protección que pensaba dar á nuestros compatriotas.

El principio del cumplimiento de ese propòsito, es el haber representado la piecesita del Sr. Dominguez, que ha sido tan bien desempeñada.

El Sr. Domínguez se propuso formar un drama de un episodio, que él cree histórico, del Maestro Tirso de Molina. El autor deberá tener

buenos datos históricos; lo que es nosotros, sólo sabemos que fué un magnífico poeta dramático, y que se ignora cuando nació, cuando profesó y murió. Supongamos el hecho histórico, puesto que sólo el autor es el responsable, en caso de que calumnie á un muerto. Se nota desde luego que el autor con cierta timidez no hizo otra cosa que poner en escena ese pensamiento, ese rasgo ficticio de un hombre notable; con exactitud matemática, sin desvirtuar el hecho con recortes é incidentes dramáticos, adaptables en el teatro para dar interés á la fábula. Escrupuloso el Sr. Dominguez, en este caso no ha creido justo alterar la verdad, y nos presenta el hecho tal cual pasó. Nosotros vemos que para dar interés á la verdad histórica que se ha de referir en el teatro, es necesario revestirla con algunos lances ficticios; la vida real es árida; los hechos de personajes notables, aun los que llevan el sello de la inmortalidad, carecen de esa belleza que el teatro seduce y cautiva nuestra admiración, y por eso la fantasía los reviste con sus preciosas galas. El Sr. Dominguez debió considerar, que en su caso, no es él un historiador severo que relata la verdad, sino un poeta, un filósofo, que va á entretener á su auditorio, á mostrarle las dotes de su inventiva. Además, en un sólo acto no sería posible, ni desarrollar un plan grandioso, ni caracterizar debidamente á los personajes, ni preparar una acción enredada. Pero aceptando este trabajo tal cual lo presenta su autor, vemos, aunque en miniatura, los rasgos prominentes del carácter de D. Gonzalo de Girón, de Gabriel Tellez y de Esperanza. En tres palabras nos anuncia el autor su epílogo; y no podría ser más concreto: Gabriel toma el hábito de religioso mercedario y Esperanza el de monja de Santa María. El claustro era en aquel tiempo donde se amortiguaban las pasiones, y donde se encerraban todos los recuerdos.

Nosotros felicitamos al Sr. Dominguez por el buen resultado de su pequeño dramita, y creemos que esto lo alentará á escribir otros muchos sobre los fecundos acontecimientos de nuestra historia. Esta piecesita la ha dedidaco el autor al Sr. Peón Contreras.

El Teatro Principal anuncia para el juéves próximo una comedia del Sr. J. Sebastián Segura, titulada "Ambición y Coquetismo," y para más tarde otra pieza nueva del fecundo Sr. Peón Contreras.

Nosotros hemos tenido el gusto de ver el primer ensayo de la que se representó el juéves. Sólo diremos que es una comedia de costumbres mexicanas, amoldada á los preceptos de la escuela clásica, y del *corte* de las de Moratín.

Esta obra inaugura un movimiento intelectual en otra vía distinta de las que hasta hoy han recorrido nuestros escritores dramáticos; difícil es la comedia, y la del Sr. Segura será apreciada debidamente por los partidarios de la escuela clásica, por los que sean capaces de conocer y distinguir las verdaderas bellezas de las falsas.

Anoche fuimos invitados à concurrir al Teatro Principal, donde la Sociedad Netzahualcoyotl daba una de sus funciones mensuales.

Nosotros hemos admirado la constancia de esas sociedades compuestas en su mayor parte de personas notables de nuestra culta sociedad, que ensaya la literatura, que se dedica á la música, y que como exhuberancia de amor á toda clase de adelantos, se dedica también à la declamación. Más digna de elogio nos parece la abnegación de las señoras que forman esa Sociedad, lo mismo que la que lleva el nombre de "Sociedad Alianza," y que da cada mes en el Teatro Arbeu una función dramática.

Muchísimas sociedades hay en México; unas caen en el olvido; otras apenas dan señales de vida, mientras que las dos que mencionamos, debido á su esfuerzo, con sus propios recursos están en actividad, y son patentes sus adelantos. Verdaderamente nos causa entusiasmo ver en las distintas localidades del teatro á tan simpáticas señoritas ostentar sus listones que las designa miembros de esa asociación cuyas principales cualidades son la constancia y la abnegación.

Allí vimos entre el grupo de actores á nuestro querido Dr. Peredo haciendo el papel de D. Leonardo en una pieza en un acto. Imposible hubiera sido conocerle, sino fuera porque su voz y los aplausos con que fué saludado, no nos hubiera denunciado á nuestro buen amigo.

Un drama de Tamayo y Baus, tal vez traducido del francés, se representó anoche en el Teatro Nacional; su título es "Angela."

Esta obra parece escrita expresamente para que puedan lucirse los actores, y entonces el escritor tiene que cortar las alas á su fantasía y escribir violentado por las circunstancias; esta pieza de brocha gorda, carece de situaciones verdaderamente dramáticas, y en su trama se nota la falta de naturalidad; sus resortes son rebuscados; y se han empleado personajes inútiles, sin un color y un carácter determinado y sin ser expontáneamente dibujados. Si la pieza agradó, podemos asegurar fué por el trabajo artístico, y no por el intelectual. Nada diremos de la Sra. Rodríguez; tendríamos que repetir hacia ella las frases de admiración que siempre nos ha inspirado; pero sí diremos que el Sr. Galza, estuvo perfectamente bien en las dos escenas últimas.

La autitud para referir, casi espirando, la trama infernal que él urdió para sacrificar à su víctima, y el acto mismo de morir, estuvo artísticamente ejecutado. Podríamos decir que esta escena final, y la retirada de Angela en la penúltima escena, fueron las únicas que nos causaron emociones. El público ha quedado complacido, muy especialmente en el trabajo del Sr. Galza.

VIII.

La fatalidad hizo que no pudiéramos concurrir al teatro en las noches en que se han representado varias piezas nuevas de autores mexi-

canos; pero según las noticias que nos comunican los periódicos, han sido aplaudidos.

Rara vez dejamos de asistir al teatro cuando vemos anunciada una obra de autor mexicano; la afición que tenemos á esta clase de espectáculos, y el deseo de conocer los adelantos de nuestros compatriotas en este ramo de la literatura, nos atrae y nos seduce. Ojalà y esta inclinación fuera peculiar á nuestra sociedad.

Hemos oído hacer grandes elogios del último drama del Sr. Peón Contreras, y algunos de nuestros amigos, que no se apasionan, nos han asegurado que "Juan de Villalpando" tiene escenas hermosísimas, tan hábilmente dibujadas como las que el autor describe en su "Hija del Rey."

Uno de nuestros amigos y compañeros de redacción ha tomado sobre sí la tarea de analizar esta obra y de comunicar sus impresiones á nuestros lectores; su juicio debe ser fundado si atendemos à su capacidad y á sus conocimientos.

Con motivo de la representación de la "Cadena de Hierro" se han suscitado en la prensa algunas discusiones. Unos encuentran la obra acabada; otros imperfecta; unos creen que de la obra se desprende una lección filosófica muy interesante, y la moral en ación; otros califican la obra de inmoral porque muestra las llagas vergonzosas de nuestra sociedad, ante ella misma, sin guardar el decoro que se le debe, descorriendo un velo misterioso é indiscreto ante los ojos de las jóvenes candorosas. Nosotros hemos sostenido que esta pieza todo puede tener, ménos inmoral; que la adúltera es una mujer que se presenta á la vergüenza ante esas mismas niñas candorosas para que aterrorizadas con el crímen huyan de él. La historia nos refiere que los lacedemonios, cuando veían en la calle á un hombre en estado de embriaguez llevaban á sus hijos pequeños á que lo vieran para que se horrorizaran, y para que à la embriaguez la vieran con aborrecimiento. Jamás se acusó su conducta como un acto inmoral.

En ese grande océano de opiniones no es posible que todas estén conformes. Muchos, que quieren aplicar al teatro y á la política la moral cristiana, sólo anhelan absurdos, mientras que otros quieren ver allí, puestas en ación, las tremendas pasiones.

Nuestro buen amigo el Sr. Altamirano, al examinar como crítico "La Cadena de Hierro," ha levantado muy alta la escuela francesa moderna y ha condenado la escuela española antigua; de paso ha criticado con frases muy despreciativas las producciones del Sr. Peón Contreras.

Nosotros creemos que hay algo de error en esas apreciaciones, y un exagerado fanatismo: cada escuela tiene sus bellezas; cada escuela tiene sus tendencias moralizadoras y su fin filosófico. Habría primero que resolver cuál de las dos escuelas es mejor, en el sentido de enseñar, de corregir y deleitar, y después examinar cuál de los dos alumnos de una y otra se acerca más á la perfección.

Muy antigua es esta lucha entre las dos escuelas; hace màs de cien

años que ambas se disputan los laureles del triunfo.—El Conde de Aranda, Ministro de Cárlos III en España, con toda la influencia que le daba su posición, apenas pudo vencer la repugnancia que los actores tenían de implantar en el teatro Español obras de *estilo francés*, y aun se refiere que el actor Espejo pretendió que en la tragedia de Sancho García se pusiera *un par de graciosos* para quitarle el sabor *afrancesado*. El mismo Conde de Aranda hizo traducir algunas tragedias francesas para ir formando el gusto de los españoles, "después de los siglos continuos de ingenioso desatinar", según Moratín.

¿Qué extraño será que en nuestro suelo y en nuestros días se perciban todavía los reflejos de aquel astro que se hundió en su ocaso?

El Sr. Peón Contreras que tantas pruebas nos ha dado de su talento, tiene predilección por esa clase de dramas caballerescos; los que somos afectos al teatro francés, no haremos otra cosa que admirar los rasgos de ingenio que nos revelan sus composiciones, y lamentar que no haga sus ensayos en la escuela social moderna en que, no dudamos, pudiera sobresalir. Que sea un poco más filósofo en la elección de sus asuntos, y adquirirá nuevos lauros.

El Sr. Monroy, cuyo nombre no es desconocido como autor dramático, quiso conmemorar el aniversario de la acción de Churubusco, escribiendo para ese día un drama patriótico. No es estéril el asunto, y el autor, á quien sólo conocemos de nombre, y como un lirista notable, escribió ese drama con la inspiración del poeta y el entusiasmo patriótico del mexicano. Como un fantasma se le presentaba á cada paso esa página sangrienta dé nuestra historia, y poco podría halagar los gloriosos recuerdos de los espectadores las sombrías escenas de ese día luctuoso.

El estro poético y el entusiasmo guerrero, fueron los únicos elementos de que pudo disponer.

Su obra es más bien un canto épico que un drama sujeto á las reglas del arte. El autor ha sido saludado con entusiasmo y con afecto.

Al repetirse la representación de la "Cadena de Hierro" sólo se aumentaron los aplausos, las felicitaciones al autor y una corona de la Sociedad Gorostiza; el autor hizo desde luego una corrección en su obra, aquella reminiscencia de la muerte del ilustre Juárez, que no tenía objeto en la trama, y sí parecía que era un *llamamiento* muy significativo á los correligionarios políticos pidiéndoles un aplauso.

El último domingo se puso en escena también en el Teatro Nacional, el drama del Sr. Estrada y Zenea, titulado "Luisa Zigea,"

En esta noche no pudimos concurrir al teatro: por esta causa no tenemos el gusto de analizar esta pieza histórica, y referir sus bellezas y aun sus defectos: el Sr. Zenea es un escritor bien conocido del público, y sus escritos los ha recibido con aplauso; esto nos hace creer que su obra dramática tenga algunas bellezas.

La empresa del Teatro Nacional hace grandes esfuerzos para complacer al público, el cual no ha correspondido premiando con su concur-

so constante y numeroso á ese llamamiento. La Sra. Rodríguez y sus colegas, no han cesado de protejer la literatura de nuestro país. Anoche debió ponerse en escena una pieza en un acto del Sr. D. Juan de Dios Peza, titulado: "Un Epílogo de Amor."

Parece que la indisposición repentina de una niñita, actriz en la pieza, impidió la representación, la cual despierta nuestra curiosidad, y deseamos verla.

Poco hemos podido decir respecto de teatro en esta semana, cuando ha sido la más fecunda en novedades; cuando nuestros amigos y compatriotas han sido saludados por un público galante, conocedor y justiciero; pero nuestra ausencia del teatro en estos días, nos privó de poner al corriente à nuestros lectores de las bellezas que contienen las obras que á cada día se escriben. Hemos notado que no bien se inicia un movimiento protector á la literatura, los escritores mexicanos se animan y se lanzan á ese terreno escabroso; de ese movimiento resultarà mucho malo y poco mediano, pero de cuando en cuando aparecerá una obra buena que dé nombre à su autor y gloria á nuestra patria. Tanto en el Teatro Principal como en el Nacional, así mismo en otros de segundo órden, se preparan á representar nuevas obras nacionales.

Luis G. Ortiz, poeta cuyos cantos líricos son notables y por lo mismo estimados, y otro jóven Ortiz, de talento pero de nombre obscuro, que no es siquiera pariente del anterior; han puesto bajo la protección de la Sra. Rodríguez dos dramas notables: el primero "Francesca de Rimini," y el segundo "Mariana Pineda," heroina granadina. El Principal pondrá en escena la obra del Sr. D. José Rosas, titulado "Sor Juana Inés de la Cruz," y otras que tiene ya en estudio. Con esto, y con que el Sr. Guasp abdicara ese poder protector á determinada escuela, y acogiera también las traducciones que se le presenten, y piezas originales de la literatura francesa, conseguiría dar variedad à los espectàculos, y no recurrir á la repetición de algunas obras del teatro español, de escaso mérito, y que notoriamente han desagradado. No basta que dos ó tres abonados le pidan la repetición de un drama que á la mayoría del público ha fastidiado; los actores del teatro Principal son estudiosos, y no esquivan consagrar su dedicación y su tiempo á obras nuevas, porque así mantienen el interés en sus abonados, y la concurrencia constante á su teatro predilecto.

IX.

Esperábamos tener á la vista las poesías que fueron dedicadas á la Sra. Rodríguez en su brillante beneficio, para adornar nuestra revista de esa función, y describirla con cuanta exactitud nos fuera dable: esta esperanza nos abandona, y tenemos qué dar cuenta á nuestros lectores de las funciones que han tenido lugar en otros teatros.

La ingrata estación que se ha propuesto mandarnos sus ingratitu-

des con toda oportunidad para aguar las funciones, nos hacía temer que la de gracia de nuestra simpática actriz, la Sra. Rodríguez, fuera interrumpida.

No fué así; el teatro estaba adornado con gusto, y podríamos decir, hasta con lujo, como es costumbre en esas noches. El público correspondió á la invitación; todos los palcos fueron ocupados por lo más selecto de nuestra sociedad; mujeres hermosas que ostentaban sus bellos actractivos, concurrieron con entusiasmo á ver representar una de las obras más celebradas de la alta escuela francesa, "Adriana de Lecouvreur", que tanto impresionó á nuestra sociedad en las distintas ocasiones que en México se ha representado. Al ver en la escena á la beneficiada, se le saludó con frenesí, con esa vehemencia que estalla, que toma creces, que muestra con toda expontaneidad el grande afecto que se tiene á una artista cuyo nombre es glorioso, cuyos lauros fueron adquiridos á fuerza de estudios y de un anhelo constante de llegar á la perfección.

Como todo el mundo sabe, esta pieza es una de aquellas en que puede mostrar sus dotes artísticas la actriz que represente á Adriana. Su agonía, su muerte, sale de la esfera común. No es la muerte de la enferma del corazón; no es la vida que se extingue por falta de aire que respirar como Sor Teresa; no es Isabel muriendo de tristeza y agobiada por los remordimientos; es el veneno que corröe las entrañas, y que se aspira al abrir un cofre. Bástenos decir que, en esta escena, la Sra. Rodríguez estuvo á la altura de su fama.

Muchas sociedades de México mandaron á la beneficiada sus coronas; muchos de sus amigos, algunos de los escritores á quienes ella ha tegido guirnaldas, é interpretado pensamientos que les han dado gloria, le mandaron suntuosos regalos; pero sobre todas estas demostraciones está la expontánea, la general, la unánime manifestación del público que estima á la señora y admira á la artista.

Quisiéramos intercalar en nuestra revista algunos de los soberbios pensamientos que en distintas poesías se dedicaron á la artista; pero nos ha sido imposible recogerlas; cada escritor ha tenido la misma pretención; quizà logremos en otra vez adornar con ellas nuestro periódico.

Se puso al fin con todo aparato, "La Hija del Mar." que había sido anunciada hace algunos días. Como todas las comedias de mágia, carece de un interesante argumento; hay que entretenerse con los juegos escénicos, apariciones y desapariciones por escotillón, algunas parejas de baile que ya de ninfas ya de *diablas* se lanzan al viento haciendo piruetas.

La vista con que concluye el segundo acto, es hermosísima; representa el fondo del mar con sus nereydas y mónstruos marinos.

Magnífica vista presenta el castillo, y bellísima su transformación instantánea, y de una vista agradable la gruta de estalactitas.

El templo del bien, las estatuas al natural sobre columnas elevadas, y el conjunto de este cuadro, es sorprendente y encantador.

Aunque la concurrencia del sábado en la noche no fué bastante, sí es la suficiente para juzgar de la obra y para recomendarla á la curiosidad de los afectos á esta clase de escenas que, á la belleza de la estética, va unido lo maravilloso.

En el coro de las hechiceras cantó el Sr. Palomera unas coplas de actualidad; una de ellas decía: que estando el hambre en abundancia, también el precio del pan está subido; que hay *uno* que está muy *alto* y que no quiere *bajar*.—Hay también otras alusiones á determinados funcionarios políticos.—Como vía de consejo, que no se nos pide pero que esperamos se nos agradezca, manifestaremos á la empresa del Teatro Nacional y al Sr. Palomera, que no es conveniente llevar á la escena las cuestiones de la política. Muy poco ó nada dicen sus coplas que no sea una nimiedad, al lado de lo que la prensa de oposición y ministerial dice todos los días, con aplausos de unos y con la rechifla de otros; cualquiera alusión llevada al teatro hará reir, hará aplaudir á los unos y si se quiere á todos; ni los aludidos, ni los lastimados, harán gran mérito de esas pequeñeces, es verdad; pero lo es también que los actores meten la hoz en mies agena, salen de quicio en su trabajo de artistas. Precisamente porque es una oficiosidad poco oportuna, se atrae la reprobación y el odio de unos, aunque en cambio lleve los aplausos y las sonrisas de otros; es muy imprudente sacrificar la paz del teatro y el bienestar de la concurrencia, á ser complaciente hacia determinadas pretensiones políticas. El Sr. Palomera tendrá oportunidad de saber que siempre que en los teatros de México se ha querido explotar la política y dar interés á los espectáculos con algunas sátiras contra las autoridades, no producen más efecto que el de reir y aplaudir por los parciales, y se atrae contra el *zoquete coplista*, instrumento bastardo de pequeñas pasiones, y aun sobre la empresa misma, males trascendentales.—Los actores no deben ingerirse en la política, porque sus espectadores sean solidarios del partido que ensalzan, ó del que critican, y estando reunidos en un mismo salón, no todos pueden tener calma para aplaudir ó ver con indiferencia las alusiones y las diatrivas personales. Distinto sería si todo el público que asiste al Teatro Nacional fuera de un sólo color político: así no habría celos ni se suscitarían disgustos en la concurrencia.

Habrá tenido oportunidad el Sr. Palomera de saber que un aplauso del entusiasta Sr. Guasp al Sr. Lerdo, fué comentado por la prensa de oposición de una manera desfavorable al primero; le concita los odios de los enemigos del Sr. Lerdo, le atrae el amor entrañable y tal vez la indiferencia de sus partidarios; pero él elude perfectamente y con viveza los ataques de la prensa, porque lo ponen en el caso de vindicarse y decir muy alto para que lo oiga el interesado que *quiere* mucho al Sr. Presidente; y nótese que esto no lo ha hecho el Sr. Guasp en la escena, sino aplaudiendo la independencia mexicana: ¿podría el Sr. Pa-

lomera conseguir para el Teatro Nacional una subvención del partido á quien halaga? Haga el Sr. Palomera el uso que quiera de estos consejos.

El Teatro Principal puso en escena el juéves próximo pasado una preciosa comedia de Copnigni, titulada "*Si yo volviera á nacer.*"

Esta pieza, casi nueva en nuestro teatro, ha sido recibida con agrado; encierra una lección filosófica, porque nos hace ver que las lecciones de la experiencia no servirían de nada contra las veleidades del corazón y de la Naturaleza. Tiene escenas muy animadas, una versificación encantadora, y una sal muy agradable, que nos deleita. Pocas piezas habrá en el teatro español que tanto lleguen á seducirnos.

El Sr. Guasp hace el reparto conforme á la aptitud de sus actrices y actores. La simpática Chucha nos hizo una Carolina muy interesante: Concha, nuestra estimable Concha, una viuda consoladora que derramaba el consuelo entre el desconsalado Gaspar; y la Sra. Navarro una Justa un poco injusta cuando se dejó engañar de Pedro. En lo que sobresalió con toda naturalidad, con toda verdad, con esa gracia picaresca que ella sola sabe emplear, fué en la Cármen de "*Una casa de empeño.*" Aquellas caricias con el abanico, aquellas miradas oblícuas y de fuego fátuo, eran para sacar de quicio no à un usurero, sino à los más resistentes á la seducción.

Se abre el último abono en el Teatro Principal. Guasp arrea su pabellón, eleva anclas y va á surcar los mares; vuelve á España á buscar nuevos actores y actrices, según ha dicho al Sr. Lerdo, cuando por influencias del Sr. Peón Contreras, y nuestro compañero el Sr. Esteva, se le han mandado pagar sus alcances, y otorgado una nueva subvención durante su ausencia.

La primera función del décimo abono ha sido la *Mosca Blanca;* la segunda será *Sor Juana Inés de la Cruz,* de nuestro amigo el Sr. Rosas Moreno. Deseamos al autor, más que los aplausos de la concurrencia del Teatro Principal, los aplausos de la posteridad. No dudamos que el Sr. Rosas Moreno se muestre digno de su nombre como poeta lírico, aunque el mejor éxito de su pieza depende del desempeño de los actores, y de la propiedad en los trajes. Quizà en esta vez no hará uno de los papeles más interesantes la Sra. Navarro, vestida de hombre, que tanta impropiedad diò al personaje en *El Pan de cada día,* ni habrá un general vestido de ropa vieja, cual si fuera general de los *arbolitos*, como en *El Hombre Adúltero,* del Sr. Esteva.

Algo ha rebajado el abono en el Teatro Principal; el público cansado de ver repetir piezas malas, se aleja de ese teatro y va en busca de novedades. Ofrece el Sr. Guasp no repetir ninguna pieza aunque agrade, pero esta promesa quedará sin efecto si un periodista, tomando la voz de los abonados, ó haciendo uso del derecho de petición, suplica que en vez de una, se pongan otras que el público ve con fastidio, pero ahorran el estudio á nuestros amables actores, más cuando están como suele decirse, *con el pié en el estribo.* No es por demás advertir que esta clase de peticiones sí las obsequia, sin observaciones, la empresa del mencionado teatro.

"LA MUERTE DE LINCOLN,"

DRAMA DEL SR. JUAN A. MATEOS.

La literatura teatral que se encuentra en su infancia entre nosotros, suele mandarnos de tiempo en tiempo sus resplandores, muy particularmente en épocas como la actual en que la libertad del pensamiento rompe los límites que le marcara la tiranía. Desde que brillaron los ingenios de Rodríguez Galvan, de Calderón y Cárlos H. Serán, han aparecido exhalaciones literarias que apénas han dejado memoria de su existencia. Tovar bajó á la tumba al aparecer en el horizonte el crepúsculo de su génio. Vigil, Estévan Avila, Tovar, Anievas, Riva Palacio y Mateos, han dado al teatro sus producciones; han aumentado el catálogo de las obras nacionales; pero todas esas concepciones han tenido, por decirlo así, una existencia fugaz; apenas son conocidas del público mexicano y ninguna ha cruzado los mares, para representarse en los teatros europeos. Esto se explica muy bien; la literatura tiene su infancia, y las piezas teatrales de nuestros poetas, deformes como son, no han encontrado admiradores al compararlos con aquellos que en otros países se han elevado á la perfección.—En México el escritor novel tropieza con mil obstáculos insuperables aun para dar à la escena los frutos de su ingenio; sin más estímulo que su gusto por la literatura, sin más esperanza que oír un aplauso de un público glacial, y algunas veces apasionado, y las más, indiferente, se lanza á ese terreno escabroso, lleno de espinas que se llama teatro, y en el cual muy pocos han alcanzado justamente gloriosos lauros. El Gobierno ha ofrecido alguna vez un premio al escritor que presentara la mejor pieza teatral sobre la historia nacional, y se fijó un plazo, demasiado corto, dentro del cual no era posible el concurso de todos los ingenios mexicanos; resultó; que el premio se adjudicó à los Sres. Mateos y Riva Palacio que fueron los únicos que aspiraron á él de una manera colectiva; ignoramos si recibieron el beneficio pecuniario. Más tarde el Gobierno del Imperio ofreció premios al que escribiera *la mejor* comedia ó *la mejor* tragedia; se nombró una comisión que presidiera este certámen literario y designara la pieza que mereciera el premio. Sabemos

que muchos escritores mandaron sus producciones, y de treinta que se presentaron, se escogieron las diez mejores; ¿se adjudicó el premio á alguna de ellas? Nó, la comisión resolvió que en su concepto *ninguna* de las presentadas lo *merecía*, y que debía prolongarse el término para ver si en lo futuro nuevos ingenios se exhibían dignos de la recompensa: también inició la comisión fueran representadas esas obras teatrales, y que el público *fallara* sobre el mérito literario de cada una de ellas. Creemos que la comisión no comprendió la mente del legislador ni se colocó á la altura de su misión en aquella vez; no se trataba precisamente de premiar la *perfección*, sino de *estimular los adelantos;* no se quería recoger desde luego un fruto maduro y sazonado, sino colocar la semilla bajo la tierra para que algún día produjera un árbol lozano y vigoroso; en una palabra, se trataba de alentar á la juventud, prohijar sus concepciones, y colocar á muchos ingenios obscuros en una vía de emulación para que llegaran con un leve impulso á la perfectibilidad: ¡qué! ¿se pretendía que en México comenzaran los escritores por donde acaban en otros países los que han practicado con buen éxito la literatura? ¿exigiría la comisión el desarrollo intelectual à un niño sin que antes hubiera ascendido gradualmente, para llegar al templo de la inmortalidad? Pero aun más original nos parece el pensamiento de que el público calificara sobre el mérito literario de cada pieza que se pusiera en escena y designara la que mereciera la primacía.—El público sensato y conocedor, pocas veces aplaude, y se limita á hacer su calificación según las impresiones del momento; no pone en acción su buen criterio para analizar el plan, el carácter de cada uno de los personajes y las escenas que más interés dan á la obra; su objeto es divertirse, pasar distraido dos horas en el teatro, y se cuida poco de manifestar su beneplácito ó su desagrado convencido de que el mal no tiene remedio; ¡qué raro es oir en el teatro un aplauso justo, tributado al mérito del autor, y que se manifieste con señales bien marcadas de entusiasmo! pero en cambio lastiman nuestros oidos los aplausos que se prodigan á las graciosas muecas de Concha Méndez, ó una sátira envenenada contra un enemigo político: tales señales de asentimiento las manifiesta otra clase de público que sin estar iniciado en las bellezas del arte dramático, confundido á veces con el público de buen gusto, aplaude *La Cola del Diablo* y *La Isla de San Balandrán* con más vehemencia que la que se empleara al ponerse en escena una obra maestra de la escuela clásica. ¿Será que en México se ha debilitado el gusto por lo que verdaderamente es bueno? que el público fuera censor nada tendría de extraño si pudieran separarse los votos apasionados de los amigos ó enemigos del autor, y los del público impresionable por las sombras de brocha gorda, de los votos de hombres de un ilustrado criterio, y que juzguen según las reglas cardinales del arte dramático; aun en este caso, bien difícil sería recoger, como en una urna electoral, los votos de la censura: á esto debemos agregar que los espectadores nocturnos de los teatros sólo les llena el gusto las piezas de Bretón ó de sus imitadores, y condenan las de la escuela de

Victor Hugo ó de Dumas; sin considerar que todas las escuelas tienen sus bellezas. En cuanto á la tragedia, y muy especialmente la tragedia antigua, sería un desproósito verla representar en nuestro teatro moderno; de aquí resulta que los actores poco se cuidan de estudiar, si pueden, con poco esfuerzo, salir del paso, para satisfacer las exigencias del público, atendiendo á aquello de

El vulgo es necio y por lo mismo es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Quedaba otro órgano de censura; la prensa: los escritores concienzudos podrían hacer una calificación justa, puesto que su misión les impone el deber de hablar con verdad y señalar los escollos con que tropieza un autor, deslumbrado por los destellos de la gloria, marcar los errores en que incurra, y las esperanzas que pueda dar un escritor para llegar á merecer coronas de un mérito indisputable; la prensa también ha extraviado el buen camino, y, pudiéramos decir, ha saboreado los frutos inmaturos del génio.—*El Siglo XIX* y *El Monitor* en otras épocas lejanas, y muy recientemente *La Sociedad*, *La Sombra* y aun *La Patria* han dado una serenata al pié de los balcones del autor, guiados más bien por un espíritu de amistosa parcialidad, cuando el público, no obstante la opinión de los periodistas, casi ha silbado los abortos de un pobre ingenio y sofocado las aspiraciones extemporáneas de una fama literaria. El Sr. Zamacois antes de poner en escena su pieza última "Con la vara que midieres" tomó todas las avenidas que pudieran conducir la crítica á minar el pedestal de su reputación, y más aficionado á oir elogios apasionados, que los consejos de una crítica razonada y fecunda en resultados, exhibió su obra predilecta bajo los auspicios de los redactores de los periódicos que se publicaban en aquellos días; de buena fe pidió señalaran los defectos que encontraran en su obra para corregirlos; más aquellos señores no tuvieron la franqueza de indicar que: tal vez por no desanimarlo; en cambio de esto le tributaron un elogio que le abrió los horizontes de un porvenir lisonjero; que prepara en su favor la opinión pública, sirviéndole de paracaida la calificación de los publicistas más sensatos. El autor recibió los plácemes de sus amigos, y aplausos que arrancara el espíritu de paisanaje, mientras que el público inteligente presenciaba sin impresionarse la representación.

Indudablemente no es el público el que debía ni podría fallar sobre el mérito de las piezas que habían de ponerse en escena, sino exclusivamente la comisión.

Hoy han aparecido varios jóvenes que se dedican á la literatura dando á luz algunas piezas de circunstancias, escritas bajo las impresiones del más puro patriotismo; pero que no por esto dejan de ser apasionadas. Las comedias de circunstancias tienen interés siempre que se desliza en ellas un moral pensamiento, aunque frívolo, desarrollado con ingenio; aun en este caso es su interés momentáneo; pasados unos

días, nadie se acuerda de ellas ni pueden formar jamás al autor el cimiento de una reputación literaria, mucho menos si se recurre á la política para arrancar aplausos de los partidarios triunfantes. Si los señores Riva Palacio y Mateos, al dedicarse en otros días á escribir piezas ligeras, de un mérito pasagero y propiamente de circunstancias; si en vez de mostrarnos su fecunda imaginación para dar cada semana una nueva, hubieran dedicado ese tiempo en formar obras bien meditadas, no dudamos que el teatro mejicano se engalanaría hoy con buenas obras dramáticas, en lugar de otras muchas que jamás darán renombre á sus autores. De todas las que en estos últimos días se han representado, creemos que la única que merece los honores de la crítica es la del Sr. Mateos quién tomó su argumento del asesinato de Linconl El pensamiento es grandioso; el sacrificio de un hombre por salvar á una raza de la abyección, puesto bajo el patrocinio del teatro, es campo bastísimo donde la imaginación puede elevarse sin mucho esfuerzo à las más altas regiones del idealismo, y mostrarnos esos pensamientos revestidos con las galas pomposas de la poesía, y con las reflexiones más filosóficas y morales. Esa obra se reciente de la precipitación con que fué escrita, y el autor ha incurrido en el defecto en que incurrieran otros muchos, cuales es el de abandonar el interés dramático, la acción creciente, la unidad de acción, por lucir un lirismo muchas veces inoportuno, que habla con agrado al oído, es verdad, pero que no mueve los afectos del corazón, ni dice nada á nuestro raciocinio.

En el primer acto se hace la prótasis del drama, presentándonos un *ingenio*, donde los negros vestidos de gala se entregan á los placeres en un día de asueto. Cristina y Ernesto, descendientes de la raza proscrita, pero cuya faz no imita en su color á la del ála del cuervo, son los protagonistas de este episodio; ellos se aman entre si, y Ernesto, de sentimientos nobles y generosos, siente la más vehemente pasión hàcia la muger que embellecerá sus días; Colbert, sargento del ejército unionista, induce á Ernesto à que abrace la causa de la libertad, y á que tome las armas para combatir la esclavitud; entre tanto pide á su amo la mano de Cristina: Harold la concede, pero más tarde, movido por una codicia sin límites, vende á Cristina á un traficante de esclavos, y Ernesto no pudiendo soportar el insulto que se hace á la humanidad y á la civilización, prorrumpe en aclamaciones y amenazas contra su amo que le valen una sentencia de muerte; cuando los mismos esclavos se preparan á ejecutarla, Colbert se presenta como caido del cielo á pregonar la libertad de los negros, á protejer bajo la sombra de la bandera unionista á los séres que hace tantos siglos han gemido en la servidumbre. El nuevo Sr. de la desdichada Cristina la arrebata de los brazos de su prometido, y con ella se marcha en seguida. Ernesto se entretiene en dirigir piropos en versos sentidísimos á la bandera, y aun mira con cierta indiferencia á la muger que, momentos ántes, amó. Los negros todos reciben con agrado á su libertador; Colbert se marcha en pos de Cristina y de su verdugo para librarla de la esclavitud.

Tal es el argumento del primer acto. Las escenas son frías, sin interés, sin animación, excepto la última en que aparece el pabellon americano que dará sombra al acontecimiento más grandioso de nuestro siglo; el Sr. Mateos puso en boca de Ernesto unos versos robustos, arrebatadores, que inflaman el corazón, que electrizan á impulsos del más ardiente entusiasmo. Personas hay que creen entrover una imitación de los versos que D. Antonio de Leyva dirige á su bandera; nosotros no encontramos similitud en los pensamientos ni en las imágenes, ni en las palabras; podría haber acaso una imitación, pero esto es muy distinto del plágio, y creemos que hay originalidad y bellezas en esos versos que revelan desde luego la imaginación ardiente del autor, y el sentimiento patriótico con que fueron escritos sin tener que robar á otros sus felices concepciones. En cada uno de los cuadros que forman este acto hay cierta irregularidad, cierta languidez que nos presentan las costumbres de los negros con pálidos colores; ellos apenas nos dan idea de lo que sufren esos desgraciados en la esclavitud. En la venida de Colbert al *ingenio* una y otra vez, hay cierto forzamiento que nos induce à creer que el autor no encontró otro medio de traer el pabellon unionista al final del acto, para lucir sus versos, y hace que Colbert se presente allí tan oportunamente y sin justificar su venida en los momentos en que Ernesto era amenazado. Ese pabellon tuvo poder para salvar à un hombre de la muerte, á multitud de esclavos de la servidumbre, y no lo tuvo para librar á una muger de la inclemencia de un bárbaro especulador. Mas era preciso que la acción siguiera adelante, pues sin este incidente carecería el drama del interés que le inspira el amor vehemente de Ernesto. Como no vemos aquí naturalidad, ni un empeño en desarrollar en este acto el pensamiento grandioso de toda la obra; como no vemos que se prepare una trama que cautive desde luego la curiosidad del espectador, y desee con avidez la continuación del acontecimiento, y sí hemos admirado hermosísimos versos, esta es la razón que tenemos para creer que el autor fijó en los dulces acordes de su lira la esperanza de conquistar un aplauso.

En cuanto al caràcter de los personajes, creemos que el único que está bien dibujado y sostenido es el de Ernesto, jóven sensible y apasionado, generoso hasta la debilidad, y entusiasta por su causa hasta el heroismo.

El segundo acto pasa en un vivac al frente de Richmond; la acción rola sobre tres escenas que carecen absolutamente de interés. Cristina viene á reclamar á Ernesto, elevado al grado de capitan en el ejército, juramentos de amor eterno que se le hicieron; el amante desconfía de la lealtad de aquella muger, ahoga sus afecciones vehementes por aquella criatura interesante y la rechaza con dolor. Los espías que se han aprehendido en el campo, son reconocidos por Ernesto; el uno era su antiguo amo, el otro el raptor y dueño de su prometida; ambos son perdonados por el generoso mulato y puestos en libertad, dando así realce á los sentimientos más nobles del corazón. Por una

ventana que está al fondo de la escena se ve la ciudad de Richmond bastante lejana, puesto pue apenas se percibe el estruendo de la artillería, pero á la luz de un incendio se mira ondear, á pesar de la distancia, el pabellón de las estrellas sobre las murallas de la plaza guerrera.

En este acto enteramente la acción languidece; si se le suprime, siempre la obra quedará intacta, sin que tal mutilación trunque los acontecimientos que nos lleven al desarrollo del plan, ni á su final desenlace. El asalto de Richmond solo se transmite á los espectadores por medio de relaciones que no tienen vigor, que carecen del interés escénico, y que no cautivan nuestra curiosidad. El telón cae y la frialdad màs absoluta domina al auditorio; no se escucha un sòlo aplauso, un murmullo siquiera, señal inequívoca de que no se esperimenta sensación alguna.

En el acto tercero se forja el plan para el asesinato de Linconl. Libertos que se entregan á los excesos de la embriaguez, y asesinos que á la luz de las bugías y entre los vapores del rom traman la muerte de hombres que han admirado el mundo. Colbert, como buen americano, y Bautista, esclavo rico y pendenciero, por su afición á la embriaguez, se trasluce debe pertenecer á alguna sociedad de intomperancia, sostienen con cansados diálogos la marcha de la acción. Colbert sospecha que algún fin siniestro detiene aquellos hombres en aquel sitio y aparentan la embriaguez para sorprender sus secretos y estar al tanto de sus acciones. Así sucede; se persuaden que se atenta contra la muerte de Linconl, y marchan á ponerlo todo en conocimiento de Ernesto: aquí la escena sufre una mutación; tenemos á la vista un palco del teatro de Foot, y en el fondo dos personages mudos que no han tenido parte en el drama; es Linconl y su esposa. Boot se presenta en la escena y dirige un tiro certero al Presidente de la Unión americana.

No sabemos por qué razones el autor apenas ha tocado muy ligeramente en su drama este acontecimiento y ha dejado fuera de la acción á un pesonage tan interesante. Comprendemos cuan grave es la dificultad de poner en escena acontecimientos y personages históricos contemporáneos, pero ya que el Sr. Mateos tuvo la feliz idea de poner en escena ese episodio sangriento de los EE. Unidos, debería haber entrado en su plan caracterizar esa figura monumental para dar más interés á su obra, para presentarnos en la plenitud de su grandeza la idea màs civilizadora de los últimos siglos: ¿desconfió acaso de su genio para caracterizar á Linconl tal cual se presenta à los ojos de sus contemporáneos, aun antes de que los rayos de un sol poniente dé á su sombra formas gigantescas?

Mas débil que los dos anteriores nos parece el cuarto acto, reducido todo á la captura y muerte del asesino y de su cómplice, en un pueblo cercano à Washington; allí se haya Cristina, y se prepara el encuentro con Ernesto que sigue la pista á los asesinos, y se efectúa la reconciliación entre los dos amantes; Boot y Harold, sabedores [illegible] persiguen se preparan á defenderse en una casa hasta el [illegible] que

las llamas colman su desesperación; un solo tiro disparado al asesino le atraviesa el corazón, y Ernesto, superando á todos en heroísmo, penetra entre las llamas (que ya se habían extinguido por la poca previsión de la compañía en preparar suficiente luz de Bengala) y trae á cuestas el cuerpo del espirante Boot; en cuanto á Harold, salió con paso mesurado del centro de las llamas para entregarse á la justicia. El drama termina con unos magníficos versos en aplauso de Linconl, y de la idea humanitaria que preparó su sacrificio.

Si otras producciones del Sr. Mateos no hubieran revelado antes su genio poético, y sus brillantes disposiciones para literatura teatral, lo que es la de que nos ocupamos no manifiesta que su autor se haya desvelado mucho para escribirla. Un plan mal forjado, sin interés dramàtico, sin esos golpes teatrales que seducen nuestra curiosidad, llevado á término con cansancio; esto y unos magníficos versos que halagan nuestro oído, es lo que forman el drama „La Muerte de Linconl„ que se nos anunció con tanto alboroto. No sabemos qué razones haya habido para prohibir su representación en otra época.

El público ha presenciado la representación sin experimentar sensación alguna.

He aquí el resultado de sacar á luz producciones que no se meditan, como fetos deformes que la naturaleza no desarrolla. Nosotros tenemos alta idea del fecundo talento del Sr. Mateos, y le creemos capaz de felices concepciones que dén honra á la literatura nacional, si con espacio, con tiempo y con estudio acoge los pensamientos que brotan á raudales en su mente. Menos lirismo y más arte dramático se necesita para que su fama vaya en alas del genio á formar una reputación adquirida justamente sin grandes esfuerzos por su parte.

En cuanto al desempeño de los actores, mucho pudiéramos decir, muy especiálmente de los Sres. Mata y Morales, pero se hace demasiado difuso este artículo y es preciso terminarlo. Tal vez para lo sucesivo nos ocuparemos en formar revistas teatrales, y entónces saludaremos con cuanto entusiasmo nos sea posible á los actores de los teatros de esta capital.



COLECCION DE ESPINELAS.

EN EL ANIVERSARIO del 16 de Septiembre de 1866.



I.

Cuando el Ibero tirano
alzaba la altiva frente,
y escarnecía torpemente
el nombre de mejicano,
Se escuchó un rumor lejano
que salía cual de un abismo;
fué la voz del heroísmo
que en desecha tempestad
proclamó la LIBERTAD
desafiando al despotismo.

II.

Ese grito que en un día
el Cura Hidalgo lanzaba,
con estruendo resonaba
en la hermosa patria mía.
El guerrero repetía
mostrando valor y zaña,
esta voz, que no fué extraña
pues se acogió con vehemencia:
"¡ya no haya más dependencia
de la despótica España!"

III.

Quién no idolatra ferviente
de MORELOS el renombre,
si está grabado su nombre
del aureo sol en la frente?
¿Quién amor pátrio no siente,
recordando la lealtad,
la entereza y dignidad
de aquel héroe denodado
què ha con su muerte afianzado
nuestra santa libertad?

IV.

Esa chispa que inflamó
de amor pátrio el corazón
en tan benigna ocasión,
nunca, jamás se extinguió.
Por muchos años ardió
mostrando sus resplandores,
hasta que de tres colores
esa bandera de Iguala,
la empresa ciñó con gala
del gran Cura de Dolores.

V.

Ese día, ¡día memorable!
en que el pueblo soberano
desbarató del tirano
el yugo màs execrable.
Ese valor indomable,
con que los libres campeones
abatieron los pendones
del castellano orgulloso,
¡No lo verán màs hermoso
las nuevas generaciones.

VI.

En este día tanta gloria
de los héroes recordamos,
y con respeto adoramos
su siempre grata memoria.
Si una página en la historia

Pudo su valor grabar
con un buril singular,
nosotros, por gratitud,
alzamos á su virtud
en nuestro pecho un altar.

VII.

¡Gloria al ilustre Rayòn
y al intrépido Galeana
que á la nación mejicana
libraron de la opresión.
¡Gloria al suriano campeón
Guerrero, cuya memoria
inmortaliza la historia!
y nunca sean olvidados
los nombres siempre adorados
de Abasolo y de Victoria.

VIII.

Pueblos! pueblos! entonad
alabanzas y loores
á los héroes de Dolores
que nos dieron libertad.
Y entusiastas recordad
que en este dichoso día,
libre fué la patria mía,
pues sus hijos esforzados
combatieron denodados
á la infanda tiranía.



AL SR. Dr. CARLOS M. LOPEZ

y á la Srita Refugio Avila, en el día de su matrimonio.



No me inspira la hermandad
que obligación suele ser;
no disfrutar de placer,
en tan buena sociedad;
oh Cárlos! en realidad,
hoy tiempla la lira mía
para cantar en tu día,
no es Minerva, no es Apolo;
es tu cariño tan sólo,
tan sólo tu simpatía.

Te ví nacer. Cuando niño
ay! ¡te matmabas el dedo!
¡qué horror! pero no puedo
olvidarlo en mi cariño.
Hoy mis recuerdos aliño;
enfrente acólito eras,
colegial en la Merced,
y arrimado á la pared
vaciabas las vinajeras.

Que escàndalo! dijo Luis:
sacrilegio! dijo Luisa,
que sin acabar la misa
ya tuvieras un Jeslíz
Hosco tu papá, infeliz,
y levantándote el saco
te cogió bajo el sobaco;
castigó tu proc der;
"con el tiempo este va á ser
más chispo que el mismo Baco."

Dios lo tenga de su mano,
dijo soltando la ropa—
señor, pordios, una copa
la apechuga un buen cristiano.
Corrió el tiempo, un cirujano
fuiste, según tu destino
en vez de un chispo ladino,
un músico diligente,
un polígloto ferviente.....
señores.....¡lo que hace el vino!

Vi á Cuca como una rosa
que se mecía en el jardín,
como alado querubín,
cual pintada mariposa.
Tu fuiste, niña preciosa,
quien el pesar distruía
formando nuestra alegría,
de esta casa la delicia....
"causa de nuestra leticia"
¿te acuerdas? ¡la letanía!

No olvides en tu existencia
esos juegos infantiles
de tus primeros Abriles,
Abriles de tu inocencia.
Cuando corrías con vehemencia
en pos de la mariposa
que libaba alguna rosa;
enlaza en tu senectud
de tu niñez la virtud
con los deberes de esposa;

Cuando en tu semblante ví
esa tu tez de carmín
y cara de serafín
dije, la gloria está aquí.
Repetí dentro de mí
herido por la mirada
de esa criatura agraciada
que inspira á todos el celo;
¿cuándo bajaste del cielo
hermosa Cuca, adorada?

Pareja del corazón!
pareja del alma mía!

nunca la desgracia impía
empañe vuestra ilusión.
Que bendiga vuestra unión
con su mano el Sér Divino;
que sea propicio el destino,
y que bondadoso el cielo
siembre de flores el suelo
y de dichas tu camino.

Si enciende el faro Himeneo
alégrase todo el mundo
con júbilo sin segundo,
con ardiente devaneo.
No os admire mi deseo
que raya en aturdimiento,
es cristiano sentimiento;
que cada mes, sin cesar,
bien quisiera frecuentar
ese santo Sacramento.

Solterones ¡á la vía!
al cañón y arda la mecha;
fuego! carguen! ¡abran brecha!
¡fijen bien la puntería!
Es triste la soltería
al que es de genio travieso;
que no se escape por eso
ni la viuda recatada;
¡con todas capirotada!
que á todas les gusta el queso.

Oh vino! qué simpatía
siente por tí quien te adora,
¡el que te sorbe á cada hora
por la noche y por el día!
¿Quién tan osado sería
que tu influjo misterioso
negara, vino espumoso,
si con mágia celestial
conviertes en bien al mal
y al cobarde en valeroso?

Te idolatra el pecho mío
con tan ciego frenesí,
que mi porvenir en tí
para mi dicha confío.
Si la muerte en su desvío

corta el estambre sutil,
de mi vida, veces mil,
á María mando una cosa;
que ponga sobre mi fosa
por epitafio un barril.

Ven, Cárlos, dáme un abrazo;
que nos sorprenda el destino
lleno el abdómen de vino,
y en la mano lleno el vaso:
Entre corrido y escaso
cantaré de varios modos;
à duo pongámonos beodos;
yo brindaré á tu salud,
con tierna solicitnd,
tú brinda por la de todos.



EL VIEJO Y LA NIÑA.

En el album de Esther.



I.

Tengo un capricho, y por eso
quiero avansár otro paso;
y aunque haga, niña, un fracaso
te ruego mes dés un peso.
La amistad que te profeso
ha servido ya de aviso;

pero tu labio indeciso
ya descolorido ó rojo
me dice „¡Vaya un antojo!
¡seguro que me deslizo!„

II.

—¿Mañana?
—Sííí. . . .
—¡Cielo santo!
¡siempre la misma canción!
tu boca á mi pretension
hace *ritornello* el canto.
Si mi esperanza levanto
me juegas una serrana;
mientras más mi voz se afana
màs desdenes voy sufriendo
y me contestas sonriendo. . . .
„mañana, señor, mañana.„

III.

Me humilla tu indiferencia
sin que haga del caso cosa:
tu boca de risa y rosa
agota ya mi paciencia.
Estoy en la inteligencia
que uno darás á mi ruego
porque hay desquite en el juego. . . .
en ésta vez ¿qué dirás?
—¿Uno quiere usted nomás?
¿ahora? ¿mañana? ¿ó luego?

IV.

—No me moveré de aquí
sin que corone el deseo
la estátua del himeneo
inaugurada por mí.
Cuando mis ojos en tí
se enclavan con interés,
te parecen entremés
que tu sarcasmo provoca,
y así prorrumpe tu boca,
„màs tarde, pronto, después.„

V.

Me incomoda la tardanza
porque de ella desconfío
pareciéndome desvío,
aborto de la esperanza.
—„El que persevera, alcanza. . . .—
dijo, tomando una red,
apoyada en la pared
y la sombrilla del suelo.—
—¡Ay, Jesús! ¡hombre de hielo!
¿por qué no se arroja usted?

VI.

—Es tanto lo que te quiero,
es tanto lo que te admiro
que allá te mando un suspiro. . . .
—¿Suspiro?
—No es el primero. . . .
—Primero. . . .
—Muy zalamero
al pedirte una merced;
que abandones esa red
y ese gancho que estoy viendo. . . .
—Esta red se está tejiendo
por ver si se enreda usted.

VII.

—Entonces, nos arreglamos,
ó te apeas por la tangente;
declara, pues, francamente
si al fín al fín nos casamos.
A solas los dos estamos;
y si te unieres conmigo
el cielo será testigo
que me consagras la mano.
—¡Ay señor! al grano, al grano,
pero. . . . la mano. . . . de amigo.

VIII.

—Aunque tan esquiva estás
quiero tu amigal ternura;

de tu trato la finura,
tu estimación, nada más.
—Que no fulgure jamás
para los dos otra estrella.
—Yo soy viejo y tú eres bella;
el yerto amor de los años
trae consigo desengaños
si *él* es viejo y jóven *ella*.



RECUERDOS DE DICHAS QUE SE FUERON.

AL SR. FRANCISCO DE P. COCHICOA

EN EL ANIVERSARIO DE SU NATALICIO.

No es la amistad, no el deber
quien mi númen sacro inspira,
y si resuena mi lira
en este día de placer,
Es sólo porque á mi ver
ha llegado la ocasión
de que hable mi corazón,
¡Oh Pancho! porque en tu día,
rebosa la simpatía,
se dobla la obligación.

Si muestro mi pensamiento
con velo, que es por demás
¿pudiera hacer algo más
el más excelso talento?

Si aplaudo tu advenimiento
à la tierra, y lo bendigo;
si en este dia soy testigo
de la dicha de tu esposa,
¿pudiera hacer otra cosa
tu más predilecto amigo?

Si en su júbilo acompaño
á tu simpática prole,
¿qué puedo hacer que no role
sobre recuerdos de antaño?
Un año tras otro año
has visto llegar propicio
el dia de tu natalicio;
el de hoy te encuentra guardado;
¡castigue Dios al menguado
que te hace tanto perjuicio!

Donde tu familia está,
abre mi afecto una brecha;
hoy le mando en una endecha
un saludo á tu papá,
No conocía á tu mamá,
pero he de rogarle á Dios
y esto se quede entre nos,
que esquive los desengaños,
para que vivan cien años
los dos contentos, los dos.

La sensatez y esa tez
de Cármen y de carmin
¿será al fin de serafin?
¿de concha nácar tal vez?
Esa donosa altivez,
esa gracia, ese candor,
hoy se ostentan en tu loor;
bendice, pues, á los cielos
que puso en tu hermana hoyuelos
donde se anida el amor.

La razón es absoluta
porque mi musa se exita,
porque alegre está Lupita
muy de gorja sin disputa.
Mi plectro de goma guta

tantas décimas espeta,
y mi aljaba una saeta
te manda con cargo y data;
si mi lira no te mata
sí pierdes hoy la chabeta

Todos tenemos derecho
de alegrarnos mucho, mucho,
y mil canciones escucho
que te dejen satisfecho.
Todos afinan el pecho;
yo, me transformo en muchacho;
Chencho se atusa el mostacho;
Concha rompe el entredicho;
Angela canta un capricho;
la "*tompa-tépida*" Nacho.

Yo no dejo meter basa;
relincha alegre mi musa,
canta con voz tan confusa
que los oídos traspasa.
Tal alboroto hay en casa,
que hasta Julia, que es rareza,
apuró ya su cerveza;
baila Lupe, llora Luisa;
doña Lupe, una sonrisa
suelta, y menea la cabeza.

Angela está tan simpática
que mi canción, si es herética,
torna en relación profética,
digna de fiesta dogmática.
Por carecer de sal ática,
es mi musa tan raquítica,
que si grazna, es impolítica
y si calla es estrambótica;
es tan pobre, tan exótica,
que bien merece la crítica.

Basta ya; pues si indulgentes
me prestaron su atención
para escuchar mi canción
todos los que están presentes,
Es justo que á los ausentes
mande mi musa gentil

y mi chirúmen sutil
con mil pujidos un verso;
á su salud sin esfuerzo,
embodegára un barril.

Todo efecto se almacena
para que suba de precio;
y por subir en aprecio
se embodegó Magdalena.
Si otro la bodega llena
de vino, porque le plugo,
yo al contrario, y no me arrugo,
aunque diga un desatino......
meto á Bodega en el vino
y á su salud lo apechugo.

Se cuenta que en Palestina
hizo á Jesús un rabino
que tomara hiel con vino;
otros dicen que estricnina.
Miró á la muger divina
de Magdala, y sin gran pena
apechugó la verbena;
razón tuvo el Nazareno;
yó, Jesús, hasta veneno
tomaría por Magdalena.....

Dice Chencho—"mi indulgencia
apura este pobre diablo;
silencio pues, ni un vocablo
se pronuncie en mi presencia"—
¡Oh Chencho! mi impertinencia
fiel tus mandatos respeta;
callaré; pero completa
tú mis versos maldecidos,
por estos nombres queridos:
Franco! Loreto! Zuvieta!

¡Oh Julia! no seas ingrata;
tu seriedad compromete,
y en tal aprieto me mete
que tu sonrisa me mata.
Si mi lengua se desata
en tu aplauso, me permite
que tu ayuda solicite;

por los *Panchos*, y de un bote
copas bebamos á escote;
has á todos el convite.



EN EL ANIVERSARIO DE SU DIA

AL Sr. PABLO ORTEGA.

No me anima la amistad,
ni me compele el deber,
ni disfrutar el placer
en tan buena sociedad.
¿Sabes, Pablo, en realidad
quien tiempla la lira mía
para graznar en tu día?
no es Minerva, no es Apolo,
sólo la tiemplan sí, sólo
mi afecto, tu simpatía.

Cuando te miro circuido
de tu familia y amigos,
y siendo todos testigos
de soláz indefinido.
Ay! un dolor comprimido
siento en el pecho; una ataque......
¡Oh poder del almanaque!
tú obligas en la ocasión
á que haga mi corazón
triqui-traque, triqui-traque.

Yo veo tu dicha, la admiro,
y he tenido la perfidia
de sentir la negra envidia
cuando contento te miro.
Abandoné mi retiro
desde el momento en que supe
que á tu lado estaba Lupe;
y aquesta palpitaciòn
sólo ha hecho mi corazón:
tipe-tupe, tipe-tupe.

Cuando ordenas, (si destella
el mirar de tu costilla,
que iluminar á Castilla
pueden sus ojos de estrella).
Que el vino de una botella
nuestro fastidio destruya,
y el buen humor restituya,
sale espumoso y estalla;
mas dulce que la pitaya,
que nos endulza Pituya.

Cuando en las hermosas ví
esa su tez de carmín
y caras de serafín,
dije: "*la gloria está aquí*"
Exclamé dentro de mí,
herido por la mirada
de una criatura adornada
con las angélicas galas:
¿dónde dejaría las álas
y su salterio Librada?

Me dicen que los luceros
nunca relucen de día,
quien me lo dijo mentía:
los de Chelina flecheros,
y los de Cuca hechiceros,
incendian cual de manola:
—si el diablo mete la cola
en álas de mi deseo
yo daría cuanto poseo
por los luceros de Lola.

Dice Anita....¡vaya un oso!

si este señor es casado;
¿como cuasi enamorado
puede estar del sexo hermoso?
Yo digo cuasi lloroso
¡piedad para un cuasi viudo!
¡compasión á quien no pudo
con su consorte cargar!......
¡Anita! ¿me has de aplicar
siempre la ley del embudo?

Aquí mi graznar termina,
pues si fastidio al extremo
que me maldiga me temo
tanta muchacha ladina.
Pablo, mi amistad se inclina
usada como resorte
aunque tu desdén soporte,
pedir no vuelvas á Vigo;
de lo contrario te digo
que envigas á tu consorte.

¿No es mejor en este suelo
cruzar la vida azarosa,
y en compañía de tu esposa
tocar con la mano el cielo?
¿No te complace el anhelo
conque todos á porfía
se entregan à la alegría
temiendo perder el juicio?
todos salimos de quicio
por festejarte en tu día.

Que nunca ese zuavo impío
pueda tu dicha turbar;
que su marrazo brillar
no vea tu esposa confío.
Que á tus pies su poderío
deje el zuavo sólo al verte;
que tengas la buena suerte
de romper alguna vez
á fuerza de puntapiés
las costillas de la muerte.

Que consigas en derecho
sofocar á todo vicho

que se muestre del capricho
de Napoleón satisfecho.
Y si á Saltillo de hecho
algún día viene un gabacho
ostentando su mostacho,
con su sangre, en su cachucha,
nos haga morcillas Chucha,
y con sus tripas un macho.

Si por tu dicha las bellas
y tus amigos brindamos,
bebe tú, y así enlazamos;
todos por tí, tú por ellas.
Que esa agrupación de estrellas
círculo forme en conjunto,
siendo tú central el punto;
suspira, pero á tus solas,
por las playas españolao;
y arreglamos este asunto.

LOS OJOS DE DOÑA INES.



Si la historia no me engaña,
se educaba con fervor,
la hija de un Comendador,
en un convento de España.
Empleando fuerzas y maña
don Juan la robó una vez;
y contándole después
su amorosa cant.nela,
le llamaba su *gacela*
y su bellísima Inés.

Espejo y luz de sus ojos,
y tantas cosas tan bellas,
que en su mirar veía estrellas,

nardos en sus labios rojos.
  Para cumplir sus antojos
humillaba su valor,
de su altivez el vigor,
y se postraba á sus pies,
pidiéndole á doña Inés
la esclavitud de su amor.

  Ella cede á su pasión
ardiente, sumisa y ciega,
y frenética le ruega
que le arranque el corazón.
  Misterios del alma son
cosas que están al revés:
¡quién lo creyera! después
con nunca sentido afán
¡ay! los ojos de don Juan
fascinan á doña Inés.

  De mármol una escultura
en triste lugar mortuorio
aterroriza á Tenorio;
él llora en la sepultura.
  Arrepentido murmura
perdón; levántase un velo;
y el alma, de Inés de hielo,
baja con amor y afán;
se une al alma de don Juan,
y los dos se van al cielo.

  Admiro la maravilla;
envidio la buena suerte;
yo sí quisiera la muerte
del burlador de Sevilla.
  Esta leyenda sencilla
fabulosa también es:
¡que de asares al travez
se acrisoló la memoria!
¡¡que don Juan se fué á la gloria
en brazos de doña Inés!!

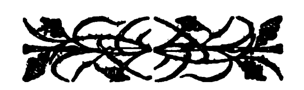
  ¡Pero yo!....¡suerte horrorosa!
lo declaro con franqueza;
no peinaré una cabeza
que no me salga tiñosa.
  Si en tendedero reposa

para secarse una enagua,
le espeto mi amor de fragua;
¡ay! cuando mi á mis trazas
me endilga las calabazas,
y no me concede ni agua.

Quíse encender un cigarro;
no había lumbre, ni un cerillo;
aunque hay un medio sencillo,
pero....¿de dónde lo agarro?
Con eslabón, un guijarro,
y una yesca, claro es
que hubo lumbre alguna vez;
Rosa dice y lo comprende;
—D. Jesús ¿por qué no enciende
aquí, en los ojos de Inés?

Señores, yo me desmayo
con sus ojos, y es notorio
que son un espejo ustorio
si nos mira de soslayo.
Si su mirar es un rayo,
ardiente su llama es:
¡ay! ¡cuánto me gusta Inés!
es mejor que leche crema
mejor que el *cognac* que quema;
mejor que el vino Jerez.

Si la miro, yo le temo
á su mirar, que es la frágua,
y grito, pidiendo agua,
"¡que me quemo! ¡que me quemo!"
Mas, en llegando á otro extremo,
declararé de una vez,
aunque se encienda mi tez,
que á mí no me quema el gas,
ni el aguardiente, ni el aguarràs,
sólo los ojos de Inés.



Pensamiento epigramático.

Quizo cantar en el coro
Con atrevimiento ciego,
Un ignorante, audaz lego,
En mengua de su decoro.
Al emprender con desdoro
Aquello que no sabía,
El menguado cometía
Tan grandes aberraciones,
Que en distintas ocasiones
Su Guardián lo reprendía.

Esto indica en conclusión
Que hacer lo que no se sabe
Es un mal, y mal tan grave
Que no merece perdón.
Haga de esto aplicación
Aquel que se halle manchado;
Hoy la experiencia ha enseñado
Con un ejemplo à la vista
Que no ha de ser buen *corista*
Quien ha sido *maldonado*.

EPIGRAMAS.

Con la viuda de un banquero
Se ha casado D. Manuel,
Por interés del dinero;
Hoy es Sargento primero,
Después será Coronel.

Hace alarde Dorotea
De su doncellez que alabo....
Mas dice un refrán de aldea;
Herradura que golpea
Sin duda le falta un clavo.

"Lo que hay detrás de la dicha."

DRAMA DEL SR. MANUEL J. OTHON.

Nuestra hermosa temporada que atrae tantos viajeros en pos de las ilusiones y de la impresión que dejan en el alma los distintos accidentes y los espectáculos variados, nos proporcionó el placer de ver en escena otra producción literaria del jóven potosino Manuel J. Othon.

Hemos visto representar el drama en tres actos nominado: "Lo que hay detrás de la dicha."

Este drama pertenece á la escuela romàntica, aunque en su forma está amoldado á un estilo que tiene sabor de españolismo muy marcado, y que en nuestros días cultiva el autor del "Gran Galeoto." La escena pasa en México, y sus personajes están dibujados con colores y pinceles mexicanos.

Una mujer llamada Virginia, bastante rica, ha recibido las adoraciones de alguno. Como el hombre es una llama y la mujer se forma de materia combustíblica, (perdonad el neologismo) el diablo vino, sopló y se ha comunicado el incendio á todo el edificio, resultado de ese siniestro un pequeño fruto que la tierra encubrió.

La señorítica se casa con Edmundo, nuevo amante; ¡qué azahares, símbolo de la pureza! ¡qué velo, emblema del pudor! qué traje, envidiando la blancura de la nieve, signo de la inocencia y del candor; pero en un monólogo nos revela aquella cándida paloma que ya había sentido los uñazos de un gavilán; y nosotros adivinamos que los azahares, el velo y el albísimo vestido, eran un sarcasmno. Entónces el público, con sonrisa maldiciente, parece entablar con la personaje un diàlogo divertido, resultando este retruécano:

"—¿Virginia es usted, vida mía?

—No, señor; Concepción.

—¡Ah! yo creía...."

La señorita es conducida al altar y allí jura y perjura lo que dicen en ese caso todas las mujeres; pronuncia la consabida afirmación que tantos males ha causado en el mundo: va á tomar posesión de su nueva casa, á poner los pies en el santuario del amor, y á despojarse de su coro-

na de desposada. Su esposo, rebozando de júbilo, estrecha su manno, y como si fuera tocada por una corriente eléctrica, la rechaza. Virginia agitada por la fiebre del remordimiento no ha podido sostener su papel de esposa casta y virtuosa, y un grito, una interjeccìon abre los horizontes de su pasado para simentar en su esposo el sentimiento de la duda; toma su mano, la lleva á sus labios convulsa y demente y en vez de un ósculo de paz, en vez de unos labios delicados y suaves como los botones de la rosa, muestra los abrojos, los guijarros de un camino lleno de malezas, hinca los dientes en aquella mano que poco antes había formado el nudo indisoluble del amor recíproco.

¡Ay! una mordida, una furibunda mordida recibe el esposo como primicias de su deseada unión! Esto es indicio seguro, una segunda prueba que podría correr el velo misterioso que cubre un pasado nebuloso y sombrio. El Sr. Baladía suprime este accidente; pero la obra lo contiene.

Este resorte tal vez podría ser de gran efecto en el teatro si pudiera escogerse la oportunidad de colocarlo; ese ataque brusco se interpretaría como un acceso de vehemencia en una mujer de mundo que fluctúa entre el temor de engañar á su marido y el de que sea descubierto su delito; alguna vez hemos dicho que el corazón tiene sus misterios y el alma su vehemencia; en este caso se aplicaria perfectamente; mas como él hombre que estudia la psicología, esos arcanos que contiene la mujer cuando es combatida por las terribles pasiones, seria un manantial inagotable de accidentes que el filósofo autor explotaría para urdir su trama. El resorte no es nuevo ni está bien colocado en el carácter de una mujer como Virginia; ya otro autor lo ha inventado, pero allá es de oportunidad porque se pinta á una mujer que es víctima de la locura; las pasiones no pueden imitarse; son el efecto de los sentimientos extraviados, porque no es de las mujeres de nuestra raza el frenesí, la altivez ni la perversidad del corazón; la mexicana es humilde, reposada, y las lágrimas son el lenitivo que calma sus dolores é impide su desesperación.

El Sr. Othon no tiene necesidad de imitar esos resortes que ya otro autor ha puesto en "Las Esculturas de carne;" demasiado fecunda es su imaginación para crear situaciones nacidas de un pensamiento altamente dramático, como ha probado en esta misma obra y en la de "Después de la muerte."

No podemos hacer el análisis de la que ya se ha puesto en escena; sólo diremos que es mucho muy inferior à la primera que el autor ha escrito. El carácter de Virginia que es la víctima y la protagonista, ni es verdadero, ni tiene en sus contornos ni en su fisonomía las sombras del delicado pincel; no es una verdadera creación del genio, sino una mujer vulgar cuyas pasiones no se prestan al estudio del filósofo: ni puede deducirse nada saludable para la sociedad; el espectador nada tiene que admirar en ella. Esta obra no da ninguna lección moral que pudiera ser nueva; sólo nos enseña que la mujer no debe engañar á su marido, y esta leccióu es pueril por demasiado sabida.

Estéril es el pensamiento desde su concepción, y solo tenemos que admirar, no al filósofo sino al autor que ha formado su fábula con gran acopio de resortes verdaderamente dramáticos; ellos revelan el ingenio del artífice, pero no la fuerza creadora del genio.—Virginia, podríamos decir, que es una mujer flaca, de pasiones vulgares, sin formas escultóricas ni pensamientos grandiosos; pero si está revestida con los bellos atavíos del arte, y con las maravillas de la imaginación.

Cuando el Sr. Othon tenga más experiencia, conozca y estudie el corazón humano, verá que Virginia es bosquejada apenas en el lienzo; ella debió ser la gran figura en quien se pusieran esos misteriosos resortes que mueven la sensibilidad en el auditorio y que hacen brotar reflexiones filosóficas en el hombre pensador. Llegará á conocer algún día que al celo ofúzcalo el raciocinio, y que el marido, al verse engañado, se sobrepone á esta furibunda pasión para decir.... "el cómplice de mi esposa no me ha ofendido á mí; yo no debo vengarme de él, sino sólo de ella, porque me ha engañado." En nuestro concepto no está pintado en este personaje el celo, sino que lo domina el deseo de vengar otra ofensa, la del engaño; esas son dos pasiones diversas entre sí.

Tenemos que aceptar la trama tal como al autor le plugo formarla; pero sí creemos que daría mucho más interés á la acción con introducir á Edmundo desde el principio de la obra, y hacer que éste jugara la intriga.

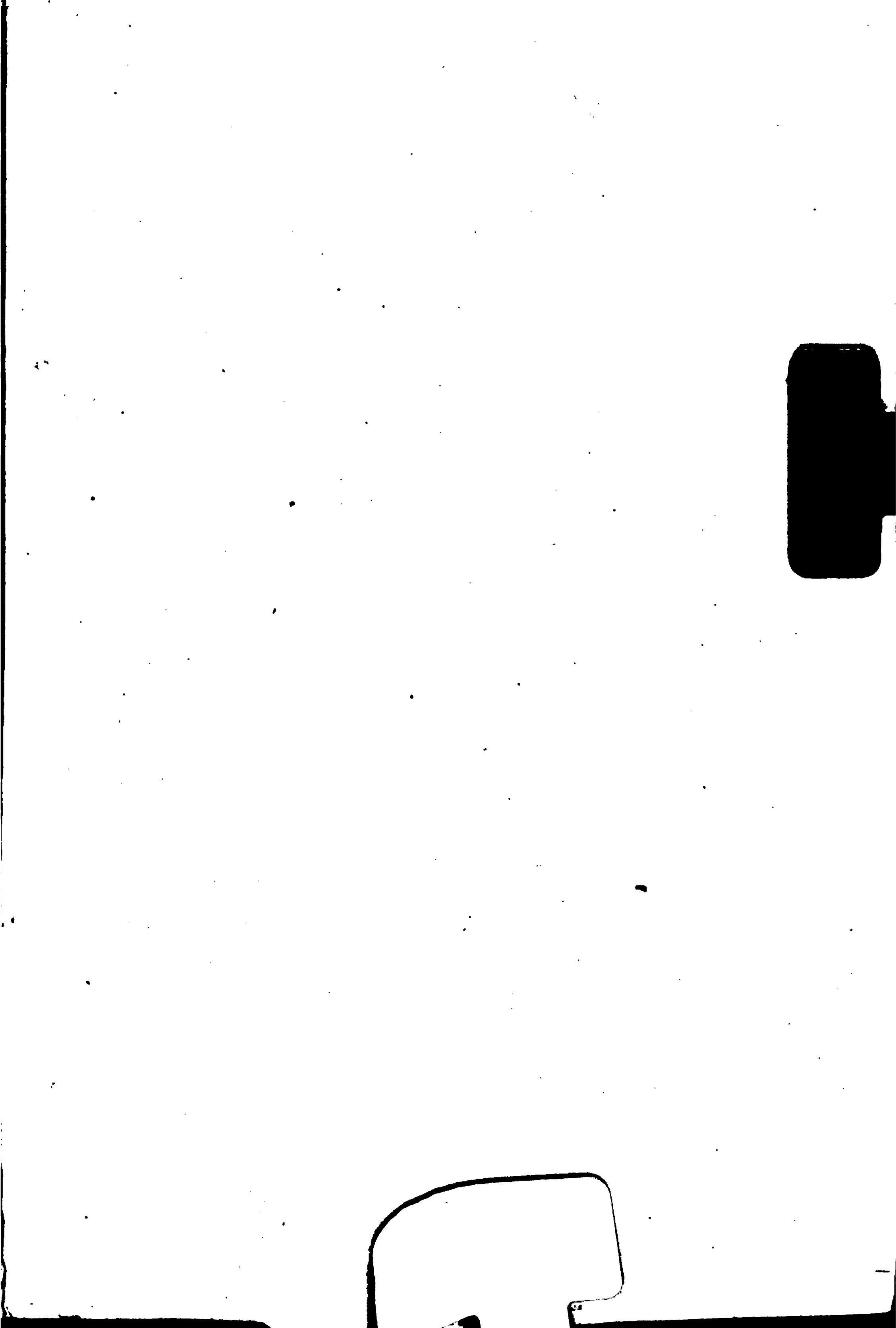
El realismo quiere que en el estudio de la trama no se ebserven las luchas del ingenio y de la reflexión para combinar los incidentes, por que las pasiones siguen su curso en la vida real sin las preparaciones que le dá el talento: con esto se cree rendir un homenaje á la *verdad.* Nosotros condenamos esa forma, porque entónces ¿para qué son los preceptos? Aceptamos el realismo pero embellecido por la fantasía.

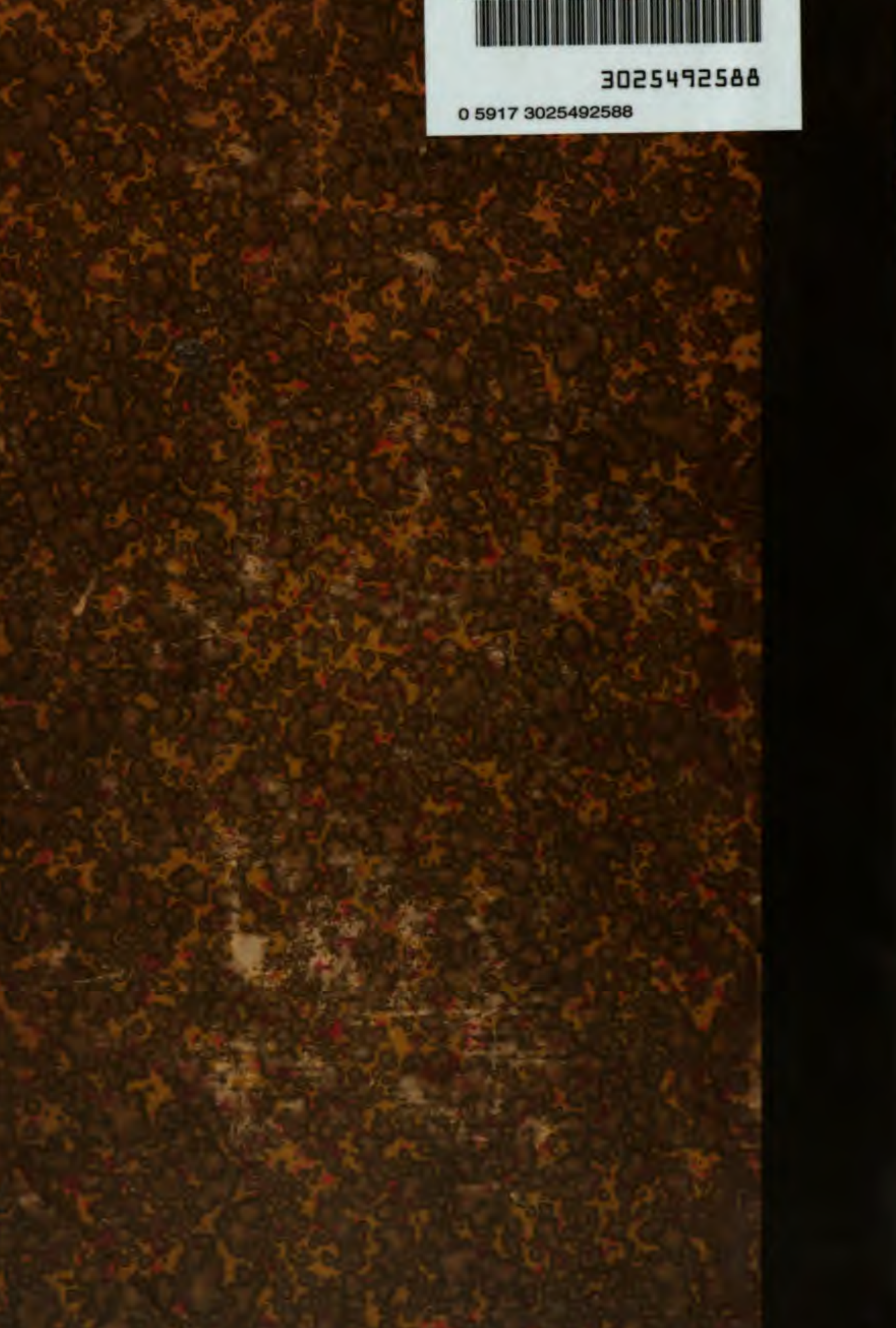
Dos muertos y una desmayada es mucho para el desenlace de un pensamiento estéril. Airoso habría salido el Sr. Othon con solo la muerte del seductor y el abandono de la desleal esposa. Ella es mala sin justificación, y no tiene una sola virtud; la caridad, el desprendimiento de sus riquezas en favor de los parientes y de los pobres, resultó ser uua mentira, es decir, otro vicio en la protagonista.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE DEL SEGUNDO TOMO.






3025492588
0 5917 3025492588